





**ROBERT SILVERBERG**

# EL LIBRO DE LOS CAMBIOS

UNA NOVELA DE LA SAGA MAJIPUR

Y ADEMÁS, NOVELAS DE

DIANA GABALDON

TAD WILLIAMS

ANNE MCCAFFREY

RAYMOND E. FEIST

ELIZABETH HAYDON

TERRY BROOKS

DE LAS SERIES

FORASTERA, OTHERLAND, PERN, LA FRACTURA,  
LA SINFONÍA DE LAS EDADES, EL CANTAR DE SHANNARA

Traducción de  
Jesús Abascal



Primera edición

*El Libro de los Cambios* © Robert Silverberg, 2003  
*Lord John y el súcubo* © Diana Gabaldon, 2003  
*El chico muerto más feliz del mundo* © Tad Williams, 2003  
*Más allá del medio* © Anne McCaffrey, 2003  
*El mensajero* © Raymond E. Feist, 2003  
*Umbral* © Elizabeth Haydon, 2003  
*Indómito* © Terry Brooks, 2003  
Introducciones © Agberg Ltd, 2003

Ilustración de portada: © Geoff Taylor

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2012, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es  
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-172-0 Depósito Legal: M-

Impreso por Blackprint CPI

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 11





## ÍNDICE

MAJIPUR.....	9
El Libro de los Cambios, <i>por Robert Silverberg</i> .....	15
FORASTERA.....	59
Lord John y el súcubo, <i>por Diana Gabaldon</i> .....	63
OTHERLAND.....	133
El chico muerto más feliz del mundo, <i>por Tad Williams</i> .....	137
PERN.....	177
Más allá del medio, <i>por Anne McCaffrey</i> .....	181
LA SAGA DE LA FRACTURA.....	211
El mensajero, <i>por Raymond E. Feist</i> .....	215
LA SINFONÍA DE LAS EDADES.....	253
Umbral, <i>por Elizabeth Haydon</i> .....	257
EL CANTAR DE SHANNARA.....	311
Indómito, <i>por Terry Brooks</i> .....	315





# MAJIPUR

Robert Silverberg



# MAJIPUR

Robert Silverberg

- El castillo de lord Valentine (1979)
- El laberinto de Majipur (1979)
- Crónicas de Majipur (1982)
- Valentine pontífice (1983)
- Brujos de Majipur (1996)
- Lord Prestimion (1999)
- El rey de los sueños (2001)

El gigantesco mundo de Majipur, con un diámetro lo menos diez veces más grande que el de nuestro planeta, fue colonizado en un pasado lejano por colonos de la Tierra, quienes se hicieron un sitio entre los piuriyar, los seres inteligentes nativos, conocidos por los intrusos procedentes de la Tierra como cambiaspectos o metamorfos por su habilidad para alterar su forma corporal. Majipur es un planeta extraordinariamente hermoso, con un clima muy benigno, lugar de sorprendentes maravillas zoológicas, botánicas y geográficas. Todo en Majipur es a gran escala, fantástico, magnífico.

En el transcurso de miles de años, las fricciones entre los colonos humanos y los metamorfos acabaron en una gran guerra y en la derrota de los nativos, que fueron acorralados en enormes reservas situadas en regiones remotas del planeta. Asimismo, durante aquellos años muchas especies de otros mundos llegaron para establecerse en Majipur (los diminutos gnomos vroones, los peludos de cuatro brazos skandars, la raza de dos cabezas de los susúheris y muchos más). Algunas de ellas, sobre todo los vroones y los susúheris, estaban dotadas de poderes mentales extrasensoriales que les permitían practicar diversas formas de hechicería. Pero durante los miles de años de historia de Majipur, los humanos han seguido siendo la especie dominante. Florecieron, se expandieron, y finalmente la población humana de Majipur llegó al billón, ocupando principalmente gigantescas e importantes ciudades de entre diez y veinte millones de personas.

El sistema gubernamental instaurado en aquellos años era una especie de monarquía dual no hereditaria. Al subir al poder el gran gobernante, conocido como el Pontífice, elige su propio gobernante, la Corona. Técnicamente, la Corona es considerado el hijo adoptivo del Pontífice, y a la muerte de este toma su lugar en el gran trono, nombrando una nueva Corona como su propio sucesor. Ambos gobernadores tienen sus hogares en Alhanroel, el más grande y poblado de los tres continentes de Majipur. La residencia imperial del Pontífice está en el nivel inferior de una gran ciudad subterránea llamada el Laberinto, de la que emerge rara vez. La Corona vive en una enorme fortaleza en la cumbre del Monte del Castillo, un pico de cuarenta y cinco kilómetros de altura cuya atmósfera es mantenida como una eterna primavera por una maquinaria muy elaborada. De vez en cuando, la Corona desciende de su opulento castillo para viajar por la faz del mundo en una gran procesión, evento diseñado para recordar a Majipur el poder y la capacidad de sus gobernantes. Dicho viaje, que con las vastas distancias de Majipur puede durar varios años, lleva invariablemente a la Corona a Zimroel, el segundo continente, lugar de gigantescas ciudades intercaladas entre tremendos ríos y grandes bosques vírgenes. Menos frecuente es que llegue al tórrido tercer continente sito al sur, Suvrael, una tierra baldía parecida al desierto del Sáhara.

Más tarde, otros dos funcionarios entraron a formar parte del sistema de gobierno de Majipur. El desarrollo de un método de comunicación telepática a través del planeta hizo posible el envío nocturno de orientación por parte de los oráculos y de consejos terapéuticos ocasionales, que se convirtieron en responsabilidad de la madre de la Corona actual bajo el título de Dama de la Isla del Sueño. Sus dependencias están situadas en una isla de tamaño continental, a mitad de camino entre Alhanroel y Zimroel. Una segunda responsabilidad telepática, el Rey de los Sueños, entró en vigencia con posterioridad. Utiliza equipo telepático más potente para supervisar y castigar a los criminales y a otros ciudadanos cuyo comportamiento se desvía de las normas aceptadas en Majipur. Este oficio es propiedad hereditaria de la familia Barjazid de Suvrael.

Las dos primeras novelas de Majipur, *El castillo de lord Valentine* y *El laberinto de Majipur*, hablan de la conspiración que consiguió destronar a la Corona legítima, lord Valentine, y reemplazarlo por un impostor. Valentine, despojado de todos sus recuerdos, es liberado en Zimroel para seguir la vida de un malabarista ambulante, pero poco a poco recupera la conciencia de su verdadero papel y organiza una exitosa campaña para reclamar su trono. En la cuarta novela, *Valentine pontífice*, el ahora maduro Valentine, pacifista de corazón, debe vérselas con un levantamiento de los metamorfos, que están decididos a erradicar de su mundo a sus odiados conquistadores humanos. Valentine les vence y restaura la paz con la ayuda de las gigantescas bestias marinas conocidas como dragones de mar, cuya poderosa inteligencia no se sospechaba en Majipur.

La colección de historias *Crónicas de Majipur* describe escenas de muchas eras y estratos sociales de la vida de Majipur, y muestra detalles de un gran número de aspectos del mundo gigante no reflejados en las demás novelas.

La historia presentada aquí ofrece un episodio fechado en una época previa a cualquiera de las novelas de Majipur jamás publicadas, un periodo de más de mil años anterior a los tiempos de Valentine. Pero está emplazada diez mil años después del primer asentamiento humano, y la historia antigua de Majipur ya es legendaria.



## EL LIBRO DE LOS CAMBIOS

Aithin Furvain, de pie frente a la estrecha ventana de su dormitorio en la mañana del segundo día de su nueva vida como cautivo, observando las aguas rojas que la sangre del Mar de Barbirike muy debajo de él, oyó cómo se abría el cerrojo que sellaba sus aposentos del exterior. Echó un rápido vistazo en derredor y vio la ágil figura felina de su captor, el jefe bandido Kasinibon, acercándose de manera sigilosa. Furvain volvió a girarse hacia la ventana.

—Como le dije anoche, es una bonita vista de verdad, ¿eh? —dijo Kasinibon—. No hay nada como ese lago escarlata en todo Majipur.

—Encantadora, sí —dijo Furvain de forma distante e indiferente.

Con el mismo buen humor incansable, Kasinibon continuó, situándose a espaldas de Furvain:

—Espero que haya dormido bien, y que encuentre confortables en general sus aposentos, príncipe Aithin.

Debido a algún residual sentido de la cortesía (¡cortesía, hasta con un bandido!), Furvain se dio la vuelta para encarar al otro hombre.

—No suelo utilizar mi título —dijo con rigidez y frialdad.

—Por supuesto. Yo tampoco, en realidad. Provengo de un largo linaje noble del este, ¿sabe? Nobleza menor, quizá, pero nobleza al fin y al cabo. ¡Mas esos tratos arcaicos, los títulos! —Kasinibon sonrió. Era una sonrisa taimada, casi conspiratoria, una mezcla de burla y encanto—. Sin embargo, no ha contestado a mi pregunta. ¿Está cómodo aquí, Furvain?

—Oh, sí. Bastante. Definitivamente, es la más elegante de las prisiones.

—Me gustaría señalar que, en realidad, esta no es una prisión sino una residencia privada, nada más.

—Lo supongo. Aun así, soy un prisionero, ¿no es cierto?

—Eso se lo concedo. En efecto, por ahora es un prisionero. Mi prisionero.

—Gracias —dijo Furvain—. Aprecio su franqueza.

Devolvió su atención al Mar de Barbirike, el cual se extendía, largo y estrecho como una lanza, unos ochenta kilómetros a través del valle situado al pie del gris acantilado en el que la fortaleza de Kasinibon se encaramaba. Jalonaban sus bordes largas filas de afiladas dunas en forma de media luna, suaves como nubes en la distancia. También eran rojas. Hasta el aire del lugar poseía un fulgor rojizo. El mismo sol parecía teñido de la misma tonalidad. Kasinibon le había

explicado el día anterior, aunque Furvain no había estado muy interesado en oírlo en aquel momento, que el Mar de Barbirike era el hogar en incontables billones de diminutos crustáceos cuyos frágiles caparazones, descompuestos a través de los milenios, habían otorgado aquel matiz sanguinolento a sus aguas que también había pasado a las arenas de las dunas adyacentes. Furvain se preguntó si su regio padre, que poseía un interés obsesivo en los efectos de color intensos, habría hecho alguna vez un viaje hasta allí para ver el lugar. Seguro que sí. Seguro.

—Le he traído algunas plumas y papel —dijo Kasinibon. Lo dejó todo con cuidado sobre la pequeña mesa que había al lado de la cama de Furvain—. Como dije antes, seguro que esta vista le inspira poesía.

—Sin duda —dijo Furvain, hablando aún con aquel tono distante, sin inflexiones.

—¿Quiere que echemos un vistazo más de cerca al lago por la tarde, usted y yo?

—¿Así que no pretende tenerme encerrado en estas tres habitaciones todo el tiempo?

—Por supuesto que no. ¿Por qué iba a ser tan cruel?

—De acuerdo, entonces. Estaré encantado de hacer una gira por el lago —dijo Furvain, tan indiferente como antes—. Puede que su belleza inspire en mí uno o dos poemas.

Kasinibon le dio al montón de papel una palmadita afable.

—A lo mejor también quiere emplear estas hojas para empezar a redactar su petición de rescate.

Furvain estrechó los ojos.

—Mañana, quizá. O pasado mañana.

—Como desee. No hay prisa, ya sabe. Es mi invitado aquí mientras quiera quedarse.

—Su prisionero, dirá.

—Eso también —dijo Kasinibon—. Mi invitado, pero también mi prisionero, aunque espero que se considere más lo primero que lo segundo. Ahora, debe excusarme. Tengo aburridas tareas administrativas de las que ocuparme. Hasta mañana, pues. —Sonrió una vez más, hizo una reverencia y se marchó.

Furvain era el quinto hijo de la anterior Corona, lord Sangamor, cuyo logro más famoso había sido la construcción de los notables túneles de Monte del Castillo que llevaban su nombre. Lord Sangamor era un hombre de fuertes inclinaciones artísticas, y los túneles, cuyos muros estaban confeccionados con un tipo de piedra artificial que refulgía con colores radiantes inherentes, estaban considerados por los entendidos como una obra de arte suprema.

Furvain había heredado el ascetismo de su padre pero muy poco de su fuerza de carácter. A los ojos de muchos en el monte, no era más que un gandul, un holgazán, un granuja incluso. A sus propios amigos, y tenía muchos, les costaba dios y ayuda encontrar algún mérito de cierta relevancia en su persona. Era un escritor sobresaliente de poesías festivas, sí, y un compañero genial en un viaje o



en una taberna, vale, y una mano presta para una broma, una adivinanza o una paradoja, de acuerdo; y sin embargo... sin embargo...

Ser hijo de la Corona no supone un futuro importante en la administración de Majipur, por antigua tradición constitucional. No se le reserva ninguna función. No puede subir al trono, ya que la Corona es adoptiva, nunca hereditaria. El primogénito de la Corona suele establecerse en una finca de lujo en una de las Cincuenta Ciudades del Monte y vive en la opulencia en un ducado provincial. El segundo hijo, e incluso un tercero, puede permanecer en el Castillo y convertirse en consejero del reino, si muestra aptitudes para los entresijos del gobierno. Pero un quinto hijo, nacido ya avanzado el reinado de su padre y, por tanto, expulsado del círculo interno por todos aquellos llegados antes que él, no suele enfrentarse a un destino mejor que el de una existencia aburrida de placeres irresponsables y comodidad. Para él no hay papel que representar en la vida pública. Es hijo de su padre, pero no es nada por derecho propio. No es probable que nadie piense que esté cualificado en ninguna clase de tarea seria, ni que tenga interés alguno en tales asuntos. Estos príncipes disfrutaban desde su nacimiento de unas dependencias dentro del Castillo y de una generosa e irrevocable pensión, y se asume que se dedicarán con toda felicidad a perezosas diversiones hasta el fin de sus días.

Furvain, a diferencia de otros príncipes de naturaleza más inquieta, se había adaptado bien a ese porvenir. Ya que nadie esperaba demasiado de él, se había exigido poco a sí mismo. La naturaleza le había provisto de un buen aspecto: era alto y esbelto, un hombre elegante y agraciado de dorados cabellos ondulados y rasgos finamente cincelados. Era un bailarín admirable, cantaba bastante bien con una voz de tenor clara y ligera, dominaba la mayoría de los deportes que no exigieran una fuerza física brutal, y era un espadachín y un conductor de carros capaz. Pero sobre todas estas cualidades sobresalía en la poesía. Esta fluía por su ser como un torrente, al igual que la lluvia que cae del cielo. En cualquier momento del día o de la noche, ya se acabara de levantar después de una larga noche de juerga alcohólica o estuviera en medio de la propia juerga, podía coger una pluma y componer, de forma casi improvisada, una balada, un soneto, un villancete, un alegre epigrama rítmico o unas coplas de ciego de verso corto, incluso una larga retahíla de pareados épicos o de cualquier tema. Desde luego, no había profundidad alguna en tales composiciones a la carrera. No estaba en su naturaleza sondear las profundidades del alma humana, por no hablar de plasmar sus descubrimientos en forma de poema. Pero todo el mundo sabía que Aithin Furvain no tenía rival en lo tocante a la composición de poesía sencilla, alegre, versos menores que celebraban la algarabía del momento, los placeres de la cama o de la botella, versos que divertían sin caer en la ácida sátira maliciosa, o que demostraban una rápida interacción verbal de ritmo y sonido sin tratar realmente de nada en absoluto.

—Haz un poema para nosotros, Aithin —decía alguien de su círculo, mientras se sentaban con sus copas de vino en una de las tabernas de paredes de ladrillo del Castillo—. ¡Sí! —gritaban los demás—. ¡Un poema, un poema!

—Dadme una palabra, cualquiera —decía Furvain.

Y alguien, quizá su amante del momento, diría algo al tuntún.

—Salchicha.

—Espléndido. Y tú, dime otra, venga. La primera que te llegue a la mente.

—Pontífice —decía alguien.

—Una más —rogaba Furvain—. Tú, el de ahí detrás.

—Estimoy —replicaba alguien detrás del grupo. Y Furvain, mirando por un instante su copa de vino como si algún poema pudiera acechar allí, inspiraba profundamente y empezaba al momento a recitar una burla épica, con una ingeniosa métrica equilibrada y el más elaborado de los ritmos anapésticos, acerca del desesperado anhelo de un Pontífice por una salchicha de carne de estimoy, y el envío del más perezoso y cobarde de los cortesanos reales a una expedición al norte de Zimroel, en busca de la guarida cercada por la nieve de semejante criatura feroz, cubierta de pelo blanco. Sin una pausa, recitaba durante ocho o diez minutos, hasta que la historia improvisada tenía un principio, un nudo y un tronchante desenlace que le proporcionaba una salva de aplausos entusiastas y una jarra llena de vino.

La recopilación de las obras de Aithin Furvain, si se hubiera molestado en recopilarlas, habría ocupado varios volúmenes. Sin embargo, era su costumbre desechar sus poemas tan rápido como los había tejido, y ni siquiera los escribía en primer lugar, y fue solo debido a la prudencia de sus amigos que algunos de ellos fueron copiados y hechos circular por el continente. Aquello, no obstante, carecía de importancia para él. Escribir poesía era tan fácil para él como respirar, y no veía razón para registrar y atesorar sus rápidas improvisaciones. Después de todo, no se trataban de esforzadas obras de arte, como los túneles de su real padre.

La Corona lord Sangamor había reinado largo tiempo y con bastante éxito como gobernante de Majipur durante treinta años bajo el Pontífice Pelxinai, hasta que al final el venerable Pelxinai había sido convocado a la Fuente por el Divino y el propio Sangamor ascendió al Pontificado. Como Pontífice, era obligado para él dejar Monte del Castillo e instalarse en el Laberinto subterráneo, en el lejano sur, hogar constitucional del mayor gobernador. Durante el resto de su vida rara vez fue visto en el mundo exterior. Aithin Furvain, de manera obediente, había visitado a su padre en el Laberinto no mucho después de su investidura como Pontífice, y se suponía que tanto él como sus hermanos seguirían haciéndolo de vez en cuando, pero dudaba que volviera a realizar tal viaje. El Laberinto era un lugar oscuro y lúgubre, con muy poco que ver con él. Furvain sospechaba que tampoco podía ser muy del agrado del viejo Sangamor, pero, como todas las Coronas, Sangamor había sabido desde el principio que sería en el Laberinto donde acabarían sus días. Furvain no tenía obligación alguna de residir allí, ni siquiera de ir si no quería. Y por tanto Furvain, que no había conocido a su padre demasiado, no veía razón por la que los dos debieran reunirse de nuevo.

También se había desvinculado del Castillo. Incluso cuando lord Sangamor seguía reinando allí, Furvain había preparado una segunda residencia para su persona en Dundilmir, una de las Ciudades de la Falda más lejanas, en la base del gigantesco colmillo afilado de roca que era Monte del Castillo. Un compañero

de estudios y amigo íntimo llamado Tanigel había recibido su herencia como duque de Dundilmir, y le había ofrecido a Furvain algunas propiedades allí, una hacienda relativamente modesta con vistas a la región volcánica conocida como Valle Ardiente. Furvain sería en esencia el juglar del duque Tanigel, un excelente compañero y compositor de versos cómicos por encargo. No era muy común para el hijo de La Corona aceptar el regalo de tierras por parte de un simple duque, pero Tanigel comprendía que el quinto hijo de La Corona rara vez era persona de independencia económica, y también sabía que Furvain se había cansado de su apática vida en el Castillo y que buscaba cambiar el escenario de su ociosidad. Furvain, que tampoco era persona que se basara demasiado en la dignidad, había aceptado encantado la sugerencia de Tanigel, y había pasado la mayor parte de los siguientes años en su residencia de Dundilmir, disfrutando de sus correrías con Tanigel y sus prósperos amigos borrachines. Solo subía al gran Castillo en la cima de la montaña en las ocasiones más formales, como el cumpleaños de su padre, pero casi no regresó allí después que su padre se convirtiera en Pontífice y se mudara al Laberinto.

Sin embargo, hasta la buena vida en Dundilmir había perdido interés después de un tiempo. Furvain estaba entrando en la mediana edad, y había empezado a sentir algo que jamás había experimentado antes, una vaga insatisfacción sin especificar que le carcomía. En realidad no tenía nada de qué quejarse. Vivía bien, rodeado de diversión y amigos ociosos que le admiraban por la pequeña habilidad que tan bien se le daba; su salud era notoria; tenía suficiente dinero para afrontar los gastos normales de su vida, que eran razonables; rara vez estaba aburrido y nunca carecía de compañía o de amantes. Y aun así, ahí estaba ese extraño dolor en su alma de vez en cuando, aquella inexplicable e injustificada punzada de malestar. Para él suponía un nuevo estado de humor, molesto, incomprensible.

Furvain pensó que la respuesta podía estar en viajar. Era ciudadano del mundo más grande, magnífico y hermoso de todo el universo, y no obstante había visto muy poco de él. Solo Monte del Castillo, no más de una docena de las Cincuenta Ciudades del Monte, y el placentero aunque no muy interesante valle del Glayge, por el cual había pasado en su único viaje hacia el nuevo hogar de su padre en el Laberinto. Allá afuera había mucho más por visitar: las legendarias ciudades del sur, lugares como Sippulgar y la dorada Arvyanda, Ketheron y sus muchas agujas, los pueblos sobre pilares que rodean el plateado lago Roghoiz, otras cientos, quizá miles de ciudades extendidas por el enorme continente de Alhanroel como joyas... Y después estaba el otro gran continente, el fabuloso Zimroel, del cual apenas sabía nada, al otro lado del lejano mar, abundante en atracciones maravillosas que parecían sacadas de una fábula. Se necesitaban varias vidas para viajar por todos aquellos sitios.

Pero al final, escogió una dirección totalmente distinta. El duque Tanigel, al que le gustaban mucho los viajes, había empezado a hablar de hacer uno al este, al territorio vacío y prácticamente desconocido que se extendía entre Monte del Castillo y las costas del inexplorado Gran Océano. Habían pasado diez mil años desde que los primeros colonos humanos había llegado para morar en

Majipur, lo que hubiese sido tiempo suficiente para llenar cualquier mundo de tamaño normal; pero Majipur era tan extenso que incluso cientos de milenios de crecimiento de población no habían sido suficientes para que los colonos establecieran asentamientos en todos los territorios. La senda del desarrollo se había dirigido hacia el oeste desde el corazón de Alhanroel, y luego cruzado el Mar Interior que separaba este continente de Zimroel hacia los otros dos. Apenas unos cuantos trotamundos empedernidos se habían molestado en ir al este. Allí había una destartalada villa de granjeros, Vrambikat, en un valle brumoso que yacía prácticamente a la sombra del Monte, y más allá de Vrambikat no había, en apariencia, más asentamientos. O al menos ninguno que pudiera ser hallado entre la lista de tareas de los recaudadores de impuestos del Pontífice. Quizá existiera algún diminuto asentamiento ocasional, quizá no. En aquella región de población tan dispersa, no obstante, había una suerte de maravillas naturales solo conocidas por las memorias de los exploradores más avezados. El escarlata Mar de Barbirike, el grupo de lagos conocido como los Mil Ojos, la enorme grieta serpenteante llamada Abismo de la Víbora, de casi cinco mil kilómetros de largo y una profundidad inconmensurable, y mucho más. El Muro de Fuego, la Telaraña de Joyas, la Fuente de Vino, las Colinas Danzantes... Puede que la mayoría fuesen puros mitos, invenciones de aventureros con imaginación pero sin crédito. El duque Tanigel propuso una expedición a aquellos misteriosos reinos.

—¡Más y más allá, hasta llegar incluso al mismísimo Gran Océano! —gritó—. Nos llevaremos a toda la corte con nosotros. ¿Quién sabe lo que encontraremos? ¡Y tú, Furvain, llevarás registro de todo lo que encontremos, componiendo una epopeya inolvidable, un clásico inmortal!

Pero el duque Tanigel, aunque era bueno concibiendo y planeando grandes proyectos hasta el último detalle, era menos diligente a la hora de hacerlos realidad. Durante meses, el Duque y sus cortesanos estudiaron mapas y narraciones de exploradores, de cientos e incluso miles de años de antigüedad, y confeccionaron grandiosos mapas con la ruta a seguir a través de lo que era, de hecho, una selva sin senderos. Furvain se vio completamente absorbido por la empresa, y en sus sueños solía imaginarse a sí mismo flotando como un gran pájaro sobre algún horizonte aún por descubrir de inconcebible belleza y peculiaridad. Ansiaba la hora de partir. El viaje hacia el este, según llegó a darse cuenta, hizo brotar en su interior algo que previamente no existía. El Duque continuó planeando el viaje sin descanso, pero en realidad nunca anunció una fecha de partida, y al final Furvain acabó por ver que ninguna expedición tendría lugar. El Duque no tenía ninguna necesidad de ir, solo de hacer planes. Y así un día Furvain, que nunca había viajado grandes distancias solo, y que por lo general encontraba la idea de los viajes solitarios un tanto desagradable, resolvió partir solo hacia el este.

Así y todo, necesitó un último empujón, y este le llegó de un sitio inesperado.

Durante el tenso y molesto período de duda e incertidumbre que precedió a su partida rindió visita al Castillo, con el pretexto de consultar ciertos mapas de

explorador que se decía estaban en depósito en la biblioteca real. Pero una vez en el Castillo, se encontró con que lo que quería no era aproximarse a la vastedad inconcebible, casi infinita, de la biblioteca, y en su lugar se dirigió a los famosos túneles de su padre, sobre la ladera occidental del Monte y dentro de una esbelta aguja de roca que sobresalía cientos de metros por encima de la propia masa del Monte.

Lord Sangamor había hecho construir sus túneles en una larga rama en espiral que subía girando a través de aquella alargada columna pétreo. En las forjas de las cámaras secretas de los artesanos reales, en lo más profundo del Castillo de La Corona, los obreros de Sangamor habían sacado la resplandeciente piedra sintética de las vetas por donde iban a pasar los túneles, y la habían fundido para fabricar grandes losetas deslumbrantes. Después, bajo la dirección personal de La Corona, los equipos de albañiles habían transformado las toscas losetas de material refulgente en bloques de pavimento de tamaño uniforme, que luego habían tenido que colocar de manera laboriosa en las paredes y techos de cada cámara, de acuerdo a una secuencia de colores cuidadosamente graduada. Mientras uno caminaba, los ojos le eran bombardeados con emanaciones pulsantes: amarillo sulfuro en esta habitación, azafrán en la siguiente, topacio en la de más allá, esmeralda, granate, una repentina explosión de rojo intenso, con tonos más apagados de fondo, malva, aguamarina, *chartreuse* suave... Era una sinfonía de colores, una incesante efusión de luz brillante en todo momento. Furvain pasó dos horas allí, moviéndose de sala en sala con fascinación y placer crecientes, hasta que de repente no pudo más. Algo erupcionaba de forma inesperada de su interior. Le sacudieron sensaciones de vértigo y náuseas. Su mente se sintió embotada por el tremendo poder y la intensidad de lo que veía. Comenzó a temblar, y sintió golpes en el pecho. Estaba claro que tenía que retirarse. Se apresuró hacia la salida. Medio minuto más en aquellos túneles, y hubiese caído de rodillas.

Una vez en el exterior, Furvain se pegó a un parapeto, sudoroso, mareado, hasta que después de un rato regresó algo de su calma. La fuerza de su reacción le había dejado perplejo. El malestar físico se había ido, pero quedaba algo más, algún tipo de inquietud flotante, difícil de comprender en un principio, pero que acabó reconociendo por lo que era con rapidez: el esplendor de los túneles había suscitado en él un sentimiento de admiración que rozaba el temor reverencial, pero este se había transformado a través de su alma en una aplastante y devastadora sensación de ineptitud personal.

Siempre había considerado aquella cosa que el viejo había construido como poco más que otra curiosidad placentera. Pero aquel día, habiendo entrado una vez más al parecer en aquel estado extrasensorial, casi neurasténico, típico de su humor reciente, se había visto sobrepasado por una nueva conciencia de la grandeza de la obra de su padre. Furvain fue recorrido por algo que se vio forzado a reconocer como humildad, una emoción con la que no se llevaba demasiado bien en particular. ¿Y por qué no iba a sentir humildad? Su padre había logrado algo único y maravilloso. En medio de todas las exhaustivas preocupaciones y

distracciones del gobierno, lord Sangamor había reunido fuerzas e inspiración para crear una obra maestra de arte.

Mientras que él... él...

El impacto de los túneles siguió reverberando en su interior toda la noche. En lugar de dirigirse a la biblioteca, quedó para cenar con una antigua amante, lady Dolitha, en el espacioso restaurante que colgaba sobre el Gran Palacio Melikand. Era una mujer de aspecto delicado, muy bella, de cabellos oscuros, piel olivácea y agudo ingenio. Habían tenido un tempestuoso asunto durante seis meses, hacía diez años. Al final, cierta mordacidad sin pelos en la lengua en el carácter de ella, una predisposición excesiva a decir las verdades que no se suelen decir, una forma demasiado sardónica a la hora de expresar sus opiniones, habían enfriado su deseo por la mujer. Pero Furvain siempre había apreciado la compañía de una mujer inteligente, y la misma cualidad de aterradora sinceridad que lo había alejado de su cama le hacía pensar en ella como en una amiga. Así que había puesto especial cuidado en preservar la amistad que había disfrutado con Dolitha incluso después de que el otro tipo de intimidad hubiese terminado. En aquel momento, era como una hermana para él.

Este le contó su experiencia en los túneles.

—¿Quién habría esperado tal cosa? —le preguntó a la mujer—. ¡Una Corona que también es un gran artista!

Los ojos de lady Dolitha relampaguearon con la irónica diversión que era su especialidad.

—¿Por qué crees que lo uno excluye a lo otro? El don para el arte es algo con lo que el artista nace. Más tarde, quizá, uno puede escoger el camino que le lleve al trono. Pero el don permanece.

—Supongo.

—Tu padre buscaba poder, y eso puede absorber todas las energías de cualquiera. Pero él también decidió ejercitar su talento.

—La señal de su grandeza es que tenía el alma lo bastante grande para hacer ambas cosas.

—O para confiar lo bastante en sí mismo. Desde luego, otras personas hacen elecciones diferentes. No siempre las correctas.

Furvain se obligó a enfrentarse directamente a sus ojos, aunque hubiese preferido apartar la vista.

—¿Qué quieres decir, Dolitha? ¿Que cometí un error por no meterme en el gobierno?

Ella se puso el reverso de su pequeña mano sobre los labios para ocultar, solo en parte, su sonrisa irónica.

—Para nada, Aithin.

—Entonces, ¿qué? Venga. ¡Suéltalo! No será un gran secreto ni siquiera para mí. He fallado en algo, ¿verdad? Crees que he desperdiciado mi don, ¿no es eso? ¿Que he malgastado mis aptitudes bebiendo, apostando y divirtiendo a la gente con pequeñas y triviales rimas, cuando hubiese debido estar encerrado en algún lugar escribiendo alguna obra maestra vasta y profunda, algo

melancólico, pesado y pretencioso que todo el mundo pudiera alabar pero que nadie querría leer?

—Oh, Aithin, Aithin...

—¿Me equivoco?

—¿Cómo voy yo a decirte lo que tenías que haber escrito? Todo lo que puedo decirte es que veo lo infeliz que eres aquí, Aithin. Lo llevo viendo mucho tiempo. Algo va mal en tu interior, y seguro que ya has llegado a darte cuenta, ¿verdad? Creo que es algo que tiene que ver con tu arte, tu poesía, ya que, ¿qué más podría ser tan importante para ti?

Él la miró fijamente. Qué característico por parte de ella decir algo como aquello.

—Continúa.

—No hay mucho más.

—Pero algo sí, ¿no? Dilo, pues.

—No es nada que no te haya dicho alguna vez.

—Bien, dilo de nuevo. Puedo ser muy terco, Dolitha.

Vio el pequeño estremecimiento en las fosas nasales de ella y el minúsculo movimiento de la punta de su lengua entre los labios cerrados, cosa que estaba esperando. Estaba claro que a partir de ese momento ya no podría esperar clemencia por su parte. Mas no era la clemencia lo que había ido a buscar esa noche. Ella habló con suavidad.

—El camino que has escogido no es el correcto. No sé cuál sería, pero está claro que no estás en él. Necesitas reorganizar tu vida, Aithin. Hacer algo nuevo y diferente de ella por ti mismo. Eso es todo. Has ido tan lejos como has podido por este camino, y ahora necesitas cambiar. Hace diez años ya sabía, incluso aunque tú no, que algo como esto iba a pasar. Bueno, pues aquí está. Como has podido darte cuenta, al fin.

—Supongo que así es, sí.

—Ya es hora de dejar de esconderse.

—¿Esconderse?

—De ti mismo. De tu destino, sea cual sea. De tu verdadera esencia. Puedes esconderte de todas estas cosas, Aithin, pero no del Divino. En lo que concierne al Divino, no hay lugar donde ocultarte. Cambia tu vida, Aithin. Yo no puedo decirte cómo.

Él la miraba, de piedra.

—No. Por supuesto que no puedes. —Estuvo un momento en silencio—. Empezaré haciendo un viaje —prosiguió—. Solo. A algún lugar lejano donde no haya nadie excepto yo, y pueda encontrarme cara a cara conmigo mismo. Y después ya veremos.

Por la mañana, desechando todo pensamiento sobre la biblioteca real y cualquier mapa que pudiera contener o no (la hora de la planificación se había acabado; era el momento de irse, simplemente), regresó a Dundilmir y pasó una semana poniendo en orden la casa y preparando las provisiones que necesitaría para su viaje a las tierras del este. Después partió, sin compañía, sin decirle a nadie dónde iba. No tenía idea de lo que encontraría, pero sabía que sería algo, y mejor para él.

Pensó que se trataría de una aventura seria, una búsqueda incluso. La búsqueda de la vida interior de Aithin Furvain, que de alguna forma se había perdido hace tiempo. *Tienes que cambiar tu vida*, había dicho Dolitha, y sí, sí, eso es lo que haría. Supondría algo nuevo para él. Nunca antes se había embarcado en algo serio. Se marchó con un humor extrañamente optimista, alerta a todas las vibraciones de su conciencia. Y fue apenas una semana después de la pequeña y polvorienta ciudad de Vrambikat cuando fue capturado por un grupo de forajidos errantes y llevado hasta la fortaleza de Kasinibon, en la cima de la colina.

El hecho de que existiese una anarquía de aquel tipo en un distrito remoto como las tierras del este era algo que nunca se le había ocurrido, pero tampoco suponía una sorpresa. Majipur era, en su mayor parte, un lugar pacífico, donde los soberanos habían gobernado durante miles de años con el consentimiento de los gobernados; pero las distancias eran tan vastas, y el mandato del Pontífice y La Corona tan frágil en algunos lugares, que era muy probable que hubiese muchos distritos donde el gobierno central existiera solo de nombre. Cuando las noticias tardan meses en viajar desde los centros de administración hasta el remoto Zimroel o el soleado Suvrael en el sur, ¿era adecuado decir que el brazo del gobierno alcanzaba de verdad esos lugares? ¿Quién podía saber, allá arriba en la cumbre de Monte del Castillo, o en las profundidades del Laberinto, lo que sucedía de verdad en aquellas tierras lejanas? Por lo general, todo el mundo obedecía la ley, sí, porque la alternativa era el caos; pero era concebible que en muchos distritos los ciudadanos hicieran más o menos lo que les diera la gana la mayoría del tiempo, mientras afirmaban ser fieles en su obediencia a los mandatos del gobierno central.

Y en aquel paraje, donde nadie había morado, o casi nadie, y donde el gobierno no había realizado muchos intentos por mantener su presencia... ¿qué necesidad había de ningún gobierno, ni del fingimiento de uno?

Desde que dejara Vrambikat, Furvain había cabalgado en silencio por los campos tranquilos, con el titánico Monte del Castillo como poderosa presencia en el horizonte del oeste tras de sí, pero empezando a disminuir un poco. Más adelante, una oscura cadena de colinas empezaba a aparecer a la vista. Cada panorama ante sí parecía extenderse durante un millón de kilómetros. Nunca había visto espacios abiertos como aquel, sin rastro de presencia de la vida humana. El aire era tan límpido como el cristal, el cielo despejado, el clima benigno, primaveral. Ante él se extendían anchas praderas onduladas de brillante hierba dorada de tallo corto y grueso, densas como una alfombra bien tejida. De vez en cuando, alguna bestia de tipo desconocido para Furvain pacía sobre la hierba, sin prestarle atención. Era el noveno día de su viaje. La soledad era refrescante. Le limpiaba el alma. Cuando más se adentraba en aquellas tierras tranquilas, mayor era su sensación de curación interior, de purificación.

Hizo un descanso a mediodía en un lugar donde las pequeñas colinas rocosas se elevaban sobre la hierba amarilla de tallos romos, para que su montura descansara



y pudiera pastar. Se había traído con él una bestia elegante, bella y fogosa, apta para carreras en realidad, y no del todo apropiada para marchas largas, lentas y pesadas. Era necesario detenerse con frecuencia para que el animal reuniera fuerzas.

A Furvain no le importaba. Sin un destino específico en mente, no había razón para adoptar un paso apresurado.

Su mente vagaba mientras trataba de visionar las maravillas que le esperaban. El Abismo de la Víbora, por ejemplo. ¿Cómo sería aquella colosal hendidura en el seno del mundo? Paredes verticales que refulgían como el oro, tan empinadas que no se podía pensar siquiera en descender al suelo de la grieta, donde un rápido río verduoso, una serpiente que no parecía tener ni cabeza ni cola, fluía hacia el mar. Se decía de la Gran Hoz que era una estrecha y curvilínea masa de agua brillante como el mármol, una escultura realizada por el Divino, elevada en un aislamiento absoluto a una altura de decenas de metros sobre una expansión ámbar de desierto plano, un arco frágil que suspiraba y sonaba como un arpa cuando los fuertes vientos soplaban cerca de su borde. Un registro de los días de lord Stiamot, cuatro mil años antes, decía que su visión, en contraste con el cielo nocturno cuando había luna o dos estrellas cerca de su punta, era tan hermosa que haría llorar a un carretero skandar. Las Fuentes de Embolain, donde estruendosos géiseres de fragante agua rosada, suave como la seda, se elevaban cada cincuenta minutos, día y noche... Y luego, a un año de viaje, o quizá dos o tres, los imponentes acantilados de piedra negra, hendidos por deslumbrantes vetas de cuarzo blanco, que guardaban la costa del Gran Océano, la extensión de agua intacta y innavigable que cubría casi la mitad del planeta gigante...

—Alto —dijo una voz severa de súbito—. Estás invadiendo este lugar. Identifícate.

Furvain había estado solo en aquellas silenciosas tierras vírgenes tanto tiempo que el áspero sonido rajó su conciencia como un fulgente meteorito abriéndose paso por un cielo sin estrellas. Se dio la vuelta y vio dos hombres encapotados, fornidos, vestidos de manera tosca, que permanecían de pie a solo unos metros sobre un pequeño afloramiento rocoso. Iban armados. Más allá, un tercero y un cuarto guardaban una reata de una docena o así de monturas, atadas juntas con una burda cuerda amarilla.

Permaneció tranquilo.

—¿Invadiendo, dice? ¡Pero si este lugar no pertenece a nadie, amigo mío! O mejor dicho, a todos.

—Este sitio pertenece al maestro Kasinibon —dijo el más bajo y malhumorado de los dos, cuyas cejas formaban una sola línea recta negra sobre su ceño fruncido. Hablaba de forma áspera, pastosa, con un acento desconocido que amortiguaba todas las consonantes—. Necesitas su permiso para viajar por aquí. ¿Cuál es tu nombre?

—Aithin Furvain de Dundilmir —contestó Furvain con suavidad—. Le agradecería que le dijera a su maestro, cuyo nombre me es desconocido, que no tengo intención de dañar sus tierras ni sus propiedades, que solo soy un viajero solitario que pasa rápidamente, que no pretende más...

—¿Dundilmir? —murmuró el otro hombre. La gruesa ceja se elevó—. Esa es una ciudad del Monte, si no me equivoco. ¿Qué hace un hombre de Monte del Castillo vagabundeando por estos andurriales? Este no es lugar para ti. ¿Y quién eres, el hijo de La Corona? —añadió con una risa de mofa.

Furvain sonrió.

—Ya que lo preguntas —dijo—, puedo informarte al respecto de ese punto de que, en efecto, soy el hijo de La Corona. O lo era, mejor dicho, desde la muerte del pontífice Pelxinai. El nombre de mi padre es...

Un rápido revés de mano cruzó el rostro de Furvain y le hizo caer de espaldas al suelo. Parpadeó por la sorpresa. El golpe había sido ligero, tan solo una bofetada. Fue lo repentino de la acción lo que le hizo perder el equilibrio. No podía recordar una sola ocasión en su vida en que alguien le hubiese pegado, ni siquiera cuando era un niño.

—...Sangamor —continuó, de manera más o menos automática, ya que las palabras aún seguían en su boca—. Quien fue Corona bajo Pelxinai, y ahora es el mismo Pontífice...

—¿Valoras en algo tus dientes, amigo? ¡Volveré a golpearte si sigues burlándote de mí!

Con tono de asombro, Furvain dijo:

—No le digo más que la simple verdad, amigo. Soy Aithin de Dundilmir, el hijo de Sangamor. Mis papeles lo confirmarán. —Se le empezó a ocurrir que anunciar su pedigrí real a hombres como aquellos pudiera no ser el camino más inteligente, pero nunca había pensado en la posibilidad de que hubiera lugares en el mundo donde revelar tal información pudiera ser una necedad. En cualquier caso ya era tarde para echarse atrás. No tenía forma de evitar que examinaran sus papeles. Dejarían bien claro quién era. Era mejor asumir que nadie, ni siquiera allí, osaría interferir en el viaje del hijo de un Pontífice, aunque solo fuese el quinto descendiente—. Le disculpo por el golpe —le dijo al que le dio el manotazo—. No tenía idea de mi identidad. Me ocuparé de que no sufra perjuicio por ello. Y ahora, si no les importa, y con todo el respeto para su maestro Kasinibon, ha llegado la hora de que continúe mi camino.

—Tú camino, de momento, te lleva hacia el maestro Kasinibon —replicó el hombre que le había noqueado—. Podrás presentarle tus respetos tú mismo.

Le pusieron en pie con rudeza y le indicaron con un gesto que se subiera a su montura, la cual había sido atada por los otros dos al final de la reata de caballos que guiaban. Furvain vio entonces algo de lo que no se había percatado entonces. Lo que había tomado por un montículo en la cresta de la colina que tenía frente a sí era en realidad una estructura de algún tipo, y mientras se acercaban, siguiendo un sendero que apenas lo era, una simple marca estrecha de huellas de pezuñas sobre la hierba, invisible a intervalos, dicha estructura se convirtió en un sólido reducto en la cima, virtualmente una fortaleza, construida con la misma piedra gris brillante de la colina. Aunque en apariencia solo tenía dos plantas de altura, se extendía por la cresta más y más durante una distancia sorprendente y, mientras la senda que seguían comenzaba a girar alrededor

de uno de los laterales, otorgando a Furvain una mejor vista, comprobó que la estructura bajaba por la ladera este de la montaña durante varios niveles adicionales que encaraban el valle aledaño. También vio el resplandor escarlata del cielo sobre el valle, y después, cuando llegaron a la cima, el sorprendente tajo rojizo de un largo y estrecho lago que solo podía ser el famoso Mar de Barbirike, flanqueado por filas paralelas de dunas cuya arena presentaba el mismo tono rojo brillante. El maestro Kasinibon, quienquiera que fuese aquel jefe bandido, había situado su ciudadela frente a una de las más espectaculares vistas de Majipur, un lugar de esplendor casi inenarrable. Furvain pensó que su audacia era de admirar. El hombre podría ser un forajido, sí, un bandido incluso, pero también debía tener algo de artista.

El edificio, una vez que arribaron a la cima de la colina y lo rodearon hasta su parte frontal, resultó ser una construcción enorme, de bordes cuadrados, diseñada para la solidez más que para la elegancia, pero no sin un cierto poder y presencia rústicos. Tenía dos alas que salían de un cuadrángulo central achaparrado y que descendían hasta alcanzar una distancia considerable por la ladera del valle Barbirike. Su constructor debía haber pensado en la inexpugnabilidad más que en otra cosa. No había forma plausible de penetrar sus defensas. El edificio no podía ser asediado de ninguna de las maneras por el este, ya que el tramo final de la colina por la que Furvain y sus captores habían llegado era casi vertical, roca desnuda imposible de escalar, y el propio edificio mostraba a cada lado solo una intimidante fachada sin ventanas. La senda de debajo, una vez que les había traído hasta el punto de no ascenso, dibujaba un brusco giro a la derecha, llevándoles sobre la cresta hasta la cima de la colina y la parte frontal del edificio, donde cualquier viajero quedaba totalmente expuesto a las armas de la fortaleza. En ese punto había torres de vigilancia. También estaba protegida por una estacada, un rastrillo y una muralla formidable. El edificio solo poseía una entrada, no muy grande. Todas sus ventanas eran aspilleras, invulnerables a los ataques pero muy útiles para defenderse en caso de asedio.

Furvain fue conducido al interior sin ceremonias. No hubo empujones, pues nadie lo tocó en realidad, pero el efecto era el de ser arrastrado por los hombres de Kasinibon, quienes sin dudarle le empujarían si fuese necesario. Se encontró marchando por un largo corredor descendente del ala izquierda, y luego subieron un tramo de escaleras que conducían a un pequeño juego de habitaciones, un dormitorio, una salita y una estancia con un excusado y un lavabo. Era un lugar austero. Las paredes eran de la misma piedra gris lisa que el exterior de la fortaleza, sin decoración de ninguna clase. Las ventanas de las tres habitaciones, como todas las del edificio, eran simples aspilleras que daban al lago. El sitio estaba amueblado con sencillez, con un par de mesas y sillas funcionales, una cama pequeña y poco invitadora, un armario, un juego de estanterías vacías y una chimenea revestida de ladrillo. Depositaron su equipaje con él y le dejaron

a solas, y cuando intentó abrir la puerta descubrió que estaba cerrada por fuera. Así que allí estaba, en una suite destinada a los invitados reticentes. Y sin duda, no era el primero.

No fue hasta muchas horas después que tuvo el placer de conocer al dueño del lugar. Furvain pasó el tiempo caminando de habitación en habitación, reconociendo sus nuevos dominios hasta haberlo visto por completo, lo cual no le llevó mucho. Luego observó el lago durante un rato, pero su encanto, a pesar de ser notable, acabó por aburrirle. A continuación compuso tres rápidos epigramas que se burlaban con ironía de su nuevo apuro, pero en los tres casos se vio extrañamente incapaz de hallar una línea de cierre adecuada, y los eliminó de su memoria sin completarlos.

No estaba molesto en particular por haber sido capturado así. En ese momento lo consideraba como nada más que una novedad interesante, un incidente curioso de su viaje a las tierras del este, un episodio con el que entretener a sus amigos a su regreso. No había razón para sentir aprensión. Con toda seguridad, aquel maestro Kasinibon era algún insignificante señorotingo del Monte que se había cansado de su estable vida de consentido en Banglecode, en Stee o en Bibiroon, o donde fuese, y se había aventurado en aquella región salvaje para forjar un pequeño principado propio. O quizá había sido encontrado culpable de algún delito menor, u ofendido a un poderoso familiar, y había decidido salir del mundo de la sociedad convencional. En cualquier caso, Furvain no veía motivo para sufrir ningún daño a manos de Kasinibon. Sin duda, este no quería más que impresionarlo con su autoridad y dominio del territorio, y montar una escandalera fanfarrona por la temeridad de Furvain al entrar en el distrito sin el permiso de su autoproclamado señor. Y después, sería puesto en libertad.

Las sombras sobre el lago rojo se alargaban mientras el sol seguía su viaje hacia Zimroel. La inquietud empezó a hacer mella en Furvain con el advenimiento del final del día. Finalmente apareció un sirviente, un yort de cara hinchada e inexpresiva con unos enormes ojos saltones de batracio, que depositó ante él una bandeja de comida y se marchó sin decir palabra. Furvain inspeccionó la comida: una jarra de vino rosado, un plato de algún tipo de carne blanda y pálida y un cuenco lleno con lo que parecían capullos de flores sin abrir. *Comida simple para gente rústica*, pensó. Pero el vino era suave y agradable, la carne era tierna y estaba bañada en una salsa ligeramente aromática, y los capullos, si eso es lo que eran, desprendieron un dulzor al morderlos que dejaba un interesante regustillo especiado al final.

No mucho después de terminar, la puerta volvió a abrirse y entró un hombre pequeño, casi élfico, de unos cincuenta años, ojos grises y labios finos, ataviado con un chaleco de cuero verde y unos leotardos amarillos. Por su pavoneo al caminar, estaba claro que era una persona de importancia. Llevaba un bigotito, una barbita corta y afilada y el pelo largo, el cual era muy oscuro pero vetado de mechones blancos. Lo tenía recogido en una apretada coleta. Tenía una pinta de pícaro y de persona juguetona y escurridiza que Furvain encontró agradable y encantadora.

—Me llamo Kasinibon —anunció. Su voz era suave y ligera, pero poseía autoridad—. Le pido disculpas por cualquier deficiencia en nuestra hospitalidad hasta el momento.

—No he notado ninguna —dijo Furvain con frialdad—. Hasta el momento.

—Pero seguro que está acostumbrado a comidas más refinadas de las que puedo ofrecerle aquí. Mis hombres me dicen que es el hijo de lord Sangamor. —Kasinibon le ofreció a Furvain el rápido aleteo de una sonrisa, pero nada que pudiera interpretarse como un gesto de respeto, y no digamos de obediencia—. ¿O han malinterpretado lo que dijo?

—No hay ningún malentendido. Soy, en efecto, uno de los hijos de Sangamor. El menor. Me llamo Aithin Furvain. Si desea ver mis papeles...

—No será necesario. Su porte es suficiente para revelar quién y qué es.

—Si se me permite la pregunta... —comenzó Furvain.

Pero Kasinibon habló cortando las palabras de Furvain, haciéndolo de manera tan habilidosa que casi no pareció descortés.

—Entonces, ¿tiene algún cargo importante en el gobierno de Su Majestad?

—No tengo cargo alguno. Supongo que ya sabe que los altos cargos nunca se otorgan en base a los ancestros de uno. Los hijos de La Corona hacen todo lo que pueden por sí mismos, pero no se les garantiza nada. Mientras crecía, descubrí que mis hermanos ya se habían aprovechado de las mejores oportunidades disponibles. Yo vivo de mi pensión. Y es modesta —añadió Furvain, pues se le estaba empezando a ocurrir que Kasinibon podría tener en mente pedir un rescate.

—¿Lo que está diciendo es que no tiene ningún cargo oficial?

—Ninguno.

—¿Qué es lo que hace, entonces? ¿Nada?

—Supongo que nada puede ser considerado un trabajo. Paso mis días en compañía de mi amigo, el duque de Dundilmir. Mi tarea es proporcionar diversión para el Duque y su corte. Tengo cierto talento para la poesía.

—¡Poesía! —exclamó Kasinibon—. ¿Es poeta? ¡Qué espléndido! —Una nueva luz iluminó sus ojos, una mirada de ávido interés que tuvo el inesperado efecto de transformar sus rasgos de tal modo que, por un momento, le desnudó de toda picardía y cambió su apariencia a extrañamente joven y vulnerable—. La poesía es mi gran pasión —dijo Kasinibon, casi en tono de confesión—. Mi consuelo y mi disfrute, viviendo como vivo aquí, en el borde de ningún sitio, tan lejos de la civilización. ¡Tuminok Laskil! ¡Vornifon! ¡Dammiunde! ¿Sabe cuántas de sus obras he memorizado? —Y dicho esto, adquirió una pose de colegial y comenzó a recitar algo de Dammiunde, una de sus composiciones más rimbombantes, una aburrida pieza antigua y romántica sobre amantes malhadados que Furvain, incluso de niño, siempre había encontrado bastante absurda. Pugnó por mantener el gesto serio mientras Kasinibon recitaba un extracto de uno de sus poemas más ridículos, la persecución mortal a través de los pantanos de Kajith Kabulon.

Al final, puede que Kasinibon acabara sospechando que su invitado no tenía el mayor de los respetos por la famosa obra de Dammiunde, ya que el rubor se extendió por sus mejillas e interrumpió los versos de súbito, diciendo:

—Un tanto pasado de moda, quizá. Pero me ha encantado desde pequeño.

—No es uno de mis favoritos —concedió Furvain—. Pero Tuminok Laskil...

—Oh, sí. ¡Tuminok Laskil! —De inmediato, Kasinibon obsequió a Furvain con uno de los poemas más bobos de Laskil, una obra muy temprana del poeta nimoyano ante el cual Furvain ni siquiera intentó disimular. Entonces, ruborizado una vez más y volviendo a dejar los versos incompletos, Kasinibon cambió a otra obra muy posterior, el tercero de los oscuros *Sonetos de la reconciliación*, los cuales recitó con sorprendente elocuencia y profunda emoción. Furvain conocía bien el poema y lo apreciaba, y lo recitó en silencio hasta el final al mismo tiempo que Kasinibon. De forma inesperada, se vio conmovido no solo por los versos en sí, sino por la fuerza de la admiración de Kasinibon y la destreza de su alocución.

—Este es mucho más de mi gusto que los otros dos —dijo Furvain después de un momento, sintiendo que había que decir algo para romper el silencio incómodo que la belleza del poema había creado en la estancia.

Kasinibon parecía complacido.

—Ya veo. Prefiere las obras más profundas y sombrías, ¿verdad? Quizá las dos primeras le hayan despiestado. No me malinterprete. Por favor, entienda que para mí, al igual que para usted, los últimos trabajos de Laskil son mejores. No negaré que aprecio las cosas simples, pero espero que me crea cuando le digo que acudo a la poesía en busca de sabiduría, consuelo, instrucción incluso, más a menudo que al entretenimiento ligero. ¿Vuestra obra, supongo, es de carácter serio? Un hombre de su obvia inteligencia seguro que merece la pena ser leído. Qué extraño que no conozca vuestro nombre.

—Ya le dije que mi talento es menor —replicó Furvain—, así como mis versos. El entretenimiento ligero es lo que mejor se me da. Y no he publicado nada. Mis amigos creen que debería, pero no creo que las composiciones frívolas que realizo merezcan la molestia.

—¿Me haríais el favor de recitarme algo?

Aquello parecía por completo absurdo, estar allí discutiendo del arte de la poesía con un jefe bandido cuyos secuaces le habían apresado sin motivo y encerrado en aquella lúgubre fortaleza fronteriza, durante lo que Furvain empezaba a sospechar que podría ser un largo cautiverio. Y de todos modos, en ese momento no le iba a llegar nada a la mente, a excepción de sus paparruchas estúpidas, la lírica trivial de un cortesano trivial. De repente, no podía soportar el revelarse ante aquel extraño hombre como el disoluto hilandero de versos fútiles que él sabía que era. Por lo tanto se excusó, afirmando que la fatiga de sus días de aventurero le había dejado demasiado cansado para hacer una recitación apropiada.

—Entonces mañana, espero —dijo Kasinibon—. Y me complacería mucho no solo que me permitiera escuchar alguna de sus mejores obras, sino también que compusiera algunos poemas memorables durante su estancia bajo mi techo.

—Ah —dijo Furvain, y le dedicó a su captor una larga y penetrante mirada—. ¿Y cuánto tiempo cree que va a durar eso?

—Eso depende —contestó Kasinibon, mientras volvía a sus ojos el destello de picardía desconfiada, ya no tan agradable— de la generosidad de su familia

y amigos. Pero mañana podremos hablar más del tema, príncipe Aithin. —Hizo un gesto hacia la ventana. La luz de la luna resplandecía sobre la superficie del lago escarlata, esculpiendo un largo rastro rubí que se extendía hacia el este—. Esas vistas, príncipe Aithin, seguro que sirven de inspiración a un hombre de su naturaleza poética.

Furvain no replicó. Kasinibon, sin inmutarse, habló un poco del origen del lago y de la multitud de pequeños organismos cuyas conchas desechadas le otorgaban su extraordinario color, como cualquier anfitrión orgulloso le explicaría las famosas maravillas locales a un invitado interesado. Pero en ese momento, Furvain apenas tenía interés en el lago o en el papel que sus habitantes habían jugado en su aparición. Kasinibon debió percibirlo al cabo de un rato.

—Bueno —dijo al final—. Le deseo buenas noches, y una agradable noche de descanso.

Así que era un prisionero, retenido para pedir un rescate. ¡Qué ridiculez tan encantadora! ¡Y qué apropiado que un hombre que en sus años maduros disfrutaba aún de aquella épica romántica infantil e idiota de Dammiunde tuviera esa idea tan rocambolesca, casi extraída de la obra de Dammiunde, de exigir un rescate por su liberación!

Mas por primera vez desde que fuera llevado allí, Furvain sintió desasosiego. Aquel era un asunto serio. Kasinibon podría ser un romántico, pero no un idiota. Solo su inexpugnable fortaleza de piedra lo atestiguaba. Alguien que había conseguido establecerse como el gobernador independiente de un dominio privado, a menos de dos semanas de viaje del mismísimo Monte del Castillo, y que muy probablemente regía dicho dominio como su señor absoluto, sin obligaciones para con nadie, la ley en sí misma. Era obvio que sus hombres no habían tenido idea de que secuestrarían al hijo de La Corona cuando cayeron sobre un viajero solitario en aquella pradera de hierba dorada, pero tampoco habían dudado en llevarlo ante Kasinibon después de que Furvain les revelara su identidad, y al propio Kasinibon no le parecía que estuviese corriendo riesgo alguno al hacer del hijo menor de lord Sangamor su prisionero.

Prisionero para exigir un rescate.

¿Y quién iba a pagar tal rescate? Furvain no tenía bienes propios de relevancia. El duque Tanigel sí, por supuesto. Pero lo más probable era que Tanigel pensara que la nota de rescate era uno de las diversiones de bufón de Furvain, se carcajeara y la tirara. Una segunda petición, más urgente, se encontraría con el mismo destino, en especial si Kasinibon pedía alguna suma ridícula como precio por la libertad de Furvain. El Duque era un hombre rico, pero, ¿consideraría que valía la pena pagar diez mil reales para tener de vuelta en la corte a Furvain? Aquel sería un precio muy alto por un compositor de versos ligeros.

¿A quién podía acudir entonces Furvain? ¿A sus hermanos? Difícilmente. Los cuatro eran hombres tacaños y avaros que se agarraban bien a cualquier moneda. Y a sus ojos no era más que una nulidad inútil y frívola. Dejarían que criara polvo

en aquel lugar para siempre antes que poner media corona para su rescate. ¿Y su padre el Pontífice? El dinero no debería ser problema para él. Pero Furvain podía imaginar con facilidad a su padre encogiéndose de hombros y diciendo:

—Creo que esto le hará bien a Aithin. Hasta ahora ha vivido muy bien: dejemos que sepa lo que son los apuros.

Por otro lado, el Pontífice no podría tolerar la anarquía de Kasinibon. ¿Asaltar viajeros inocentes y retenerlos a cambio de un rescate? Era una afrenta que golpeaba el mismísimo corazón del contrato social que permitía que una civilización tan extensa como la de Majipur se mantuviera unida. Pero llegaría una exploración militar y vería que la ciudadela es inexpugnable, y decidirían no malgastar vidas en el intento. Se redactaría un severo decreto que ordenara a Kasinibon que liberara a su prisionero y desistiera de tomar otros, pero no se haría nada para forzarlo. Furvain concluyó, lúgubre, que se quedaría allí para siempre. Terminaría sus días como cautivo en aquella fortaleza pétrea, paseando sin fin por aquellos pasillos reverberantes. El maestro Kasinibon le recompensaría con el puesto de poeta de la corte y se recitarían las obras completas de Tuminok Laskil el uno al otro hasta que perdiera la chaveta.

Una perspectiva desapacible. Pero en cualquier caso, no tenía sentido preocuparse más por ello esa noche. Furvain se obligó a poner a un lado todos aquellos pensamientos oscuros y a prepararse para ir a la cama.

Esta, pequeña y dura, era menos cómoda que la que había dejado atrás en Dundilmir, pero al menos era mejor que la simple esterilla extendida en el suelo bajo un dosel de estrellas que había utilizado en los últimos diez días de su viaje a través de las tierras del este. Mientras caía dormido, Furvain tuvo una sensación que conocía bien, la de un poema llamando a las puertas de su mente, rogándole que le permitiera nacer. Apenas lo veía, una cosa vaga sin forma, pero incluso a pesar de su borrosidad se dio cuenta de que sería algo inusual, al menos para él. Más que inusual, de hecho: algo único. Sintió que sería una obra prodigiosa, sin precedentes, un poema que de algún modo tendría mayor alcance y profundidad que nada que hubiese compuesto jamás, aunque aún no podía decir el tema. Algo magnífico, pensó con seguridad mientras la llamada continuaba y se hacía más insistente. Algo poderoso. Algo que conmoviera el alma, el corazón y la mente. Algo que transformaría a todos los que se aproximaran a ello. Tuvo un poco de miedo ante su magnitud. Apenas sabía qué hacer con algo como aquello que le había llegado a la mente. Había un gran poder, y música en aumento, sombría y jubilosa al tiempo. Pero, por supuesto, el poema no le había venido a la cabeza. Tan solo sus dimensiones, no la cosa en sí. El poema final no se dejaría ver en absoluto, al menos no por su propia voluntad, y cuando estirara el brazo para atraparlo, le eludiría con la rapidez de un bilantún asustadizo que saltaba lejos de su alcance, desapareciendo en el pozo de oscuridad que había tras su conciencia, sin regresar aunque le esperara despierto mucho rato.

Al final abandonó el esfuerzo e intentó prepararse para volver a dormirse. Sabía que los poemas nunca deben ser capturados. Solo vienen cuando lo desean, y era inútil intentar obligarlos. Sin embargo, Furvain no pudo evitar preguntarse



sobre el tema. No tenía ni idea de qué iría el poema, ni de si había estado consciente en el momento del sueño. No había especificidad ni sustancia tangible. Todo lo que podía decir es que había sido algo poderoso, una obra de amplitud y significado notables, mayestático. De todas formas, de lo que sí estaba seguro es que el poema era tan serio que nadie excepto él sería capaz de componerlo, ya que había acabado llegando a su mente. Le había provocado, tentado. Mas no le había mostrado de sí mismo más que el aura, su fulgor exterior, y luego se había escapado, como si se mofara de él por la pereza de sus años anteriores. Una tragedia irónica: el gran poema perdido de Aithin Furvain. El mundo nunca lo sabría, y él lloraría su pérdida por siempre jamás.

Luego decidió que estaba siendo un tonto. ¿Qué había perdido? Su mente adormilada le había jugado una mala pasada. Un poema que es solo la sombra de una sombra no es en absoluto un poema. Pensar que había perdido una obra maestra era pura idiotez. ¿Cómo sabía lo bueno que era el poema? ¿Había tenido alguna visión clara de él? ¿Qué medios tenía para juzgar la calidad de un poema que se había negado a materializarse? Se estaba halagando a sí mismo al pensar que allí había algo sustancioso. Sabía que el Divino no le había escogido para otorgarle los rudimentos necesarios para la forja de grandes poemas. Era un hombre superficial y despreocupado destinado a ser creador de pequeñas rimas festivas, de divertidos versos ligeros, no de obras maestras. Ese poema que llamaba a sus puertas había sido un simple fantasma, la ilusión de una mente agotada al borde del sueño, la secuela fantasmagórica de su extraña conversación con el maestro Kasinibon. Furvain se dejó ir a la deriva de nuevo hacia el sueño, y esta vez acabó allí muy rápido.

Cuando se despertó, con el vago recuerdo fugitivo del poema perdido aún en su mente, como un sueño que no acaba de irse, al principio no tenía ni idea de dónde estaba. Paredes de piedra desnudas, una cama estrecha y dura, una simple ventana aspillera a través de la cual se colaba el sol matutino con fuerza inclemente... Entonces recordó. Estaba prisionero en la fortaleza del maestro Kasinibon. Primero se enojó, pues lo que había sido planeado como un viaje de descubrimiento interior, la purificación de un alma atribulada, había sido interrumpido por una banda de rufianes merodeadores; luego volvió a sonreír ante la novedad de verse capturado de tal forma; y al final se enfadó de nuevo por aquella intrusión en su vida. Pero Furvain sabía que la ira no tenía propósito útil. Debía permanecer en calma, y considerar la situación como una aventura, la materia prima para anécdotas y poemas con los que regalar a sus amigos cuando estuviera en casa, en Dundilmir.

Se bañó, se vistió y pasó un rato estudiando los efectos de la luz de la mañana sobre la superficie en reposo del lago, el cual en aquellas horas tempranas parecía carmesí en lugar de escarlata. Después se irritó otra vez, y estuvo paseando de habitación en habitación hasta que el yort apareció con su desayuno. A mediodía, Kasinibon le hizo su segunda visita, pero solo durante unos minutos, y el resto de la mañana se alargó de manera interminable hasta que el yort regresó para traerle la comida. Durante un rato exploró su conciencia en busca

de algún vestigio del poema perdido, pero el intento fue en vano, y tan solo inspiró en él punzadas de remordimiento por no sabía qué motivo. No tenía más que hacer que observar el lago, y aunque este era en verdad exquisito, del tipo de belleza que cambiaba de hora en hora por los diferentes ángulos de la luz del sol, Furvain solo podía estudiar los cambios por un tiempo, antes de que la hermosura del momento provocara una respuesta en él.

Se había traído algunos libros con él para el viaje, pero descubrió que no tenía interés en su lectura. Las palabras parecían marcas carentes de significado sobre las páginas. Tampoco era capaz de encontrar distracción en su propia poesía. Era como si la desaparición de aquella obra maestra imaginaria de la noche anterior se hubiese llevado consigo su habilidad para escribir versos ligeros. La fuente de la que toda su vida había manado un copioso torrente se había secado de forma misteriosa. En ese instante, estaba tan vacío de poesía como las paredes de aquellas habitaciones lo estaban de ornamentos. Así que allí estaba, sin solaz para su soledad. Esta nunca había sido un problema para él con anterioridad. No es que se hubiese tenido que enfrentar a grandes dosis de ella, pero siempre había sido capaz de entretenerse componiendo versos o haciendo juegos de palabras en tales situaciones, y en ese preciso instante, por algún motivo que no alcanzaba a comprender, no podía. Mientras viajaba solo por las tierras del este, no había considerado la soledad como una carga en absoluto. De hecho, suponía para él una nueva experiencia, interesante, estimulante e instructiva; pero allí afuera había contado con la rareza del paisaje para poder apreciarlo, con las inusuales flora y fauna que encontraba cada día, y también había sido absorbido por el reto del viaje solitario, la necesidad de conseguir su propia comida, de encontrar un lugar adecuado para acampar de noche, de hallar una fuente de agua potable, todo eso. Sin embargo, allí encerrado en aquellas estériles y pequeñas habitaciones, había sido abandonado a sus propios recursos, y el único que tenía en realidad era la fertilidad ilimitada de su imaginación poética. Aunque no sabía por qué, ya no parecía tener acceso a ella.

Kasinibon regresó poco después de la comida.

—¿Al lago, entonces? —preguntó este.

—Al lago, sí.

El jefe de los forajidos le guió con solemnidad por los repiqueteantes corredores de piedra de la fortaleza, abajo, abajo, abajo, y finalmente hasta un pasillo del nivel inferior, a través del cual emergieron a un pequeño sendero en espiral cubierto con gravilla que contaba con una serie de desniveles y que les condujo hasta el lago rojo. Para sorpresa de Furvain, Kasinibon no se hizo acompañar de ninguno de sus hombres: el grupo no eran más que ellos dos. Kasinibon caminaba al frente, en apariencia despreocupado por completo ante la posibilidad de que Furvain pudiera atacarlo.

Furvain pensó que podría sacar su cuchillo de la vaina, ponérselo en la garganta y obligarle a jurar que le liberaría. O simplemente derribarlo y golpear su cabeza contra el suelo varias veces, y echar a correr hacia el monte. O...

Todo eran estupideces. Kasinibon era un hombre de pequeña estatura, pero parecía fuerte y rápido. Sin duda, haría que Furvain se arrepintiera al instante de cualquier tipo de ataque físico. Además, era probable que tuviese guardias acechando entre los arbustos. Y aunque Furvain consiguiera superarlo e huir, ¿de qué serviría? Los hombres de Kasinibon le daría caza y le harían prisionero de nuevo antes de una hora.

Furvain se dijo que era su invitado. Y él, su anfitrión. Dejémoslo así, al menos por el momento.

Al borde del lago les esperaban dos monturas. Una era la elegante y fogosa criatura de ojos rojos vivarachos e ijadas granate oscuro que Furvain se había traído de Dundilmir. La otra, un animal amarillento, de patas cortas, que parecía la bestia de tiro de un campesino. Kasinibon subió de un salto a su silla de montar y le hizo un gesto a Furvain para que hiciera lo propio.

—El Mar de Barbirike—dijo Kasinibon con la voz mecánica de un guía turístico, mientras miraban al frente— tiene casi quinientos kilómetros de largo, pero no más de seiscientos metros en su parte más ancha. Está jalonado en sus extremos por acantilados virtualmente imposibles de escalar. No hemos sido capaces de encontrar ningún arroyo que desemboque en él: se abastece por completo del agua de lluvia. —Visto de cerca, el lago parecía más que nunca un gran charco de sangre. El color rojo era tan denso que el agua no tenía transparencia. Se presentaba de costa a costa como una sábana impenetrable de rojez, sin rasgos visibles bajo su superficie. El rostro reflejado del sol ardía como una esfera de llamas sobre las aguas mansas.

—¿Puede vivir algo en él? —preguntó Furvain—. ¿Aparte de los crustáceos que le dan su color?

—Oh, sí —dijo Kasinibon—. Solo es agua, ¿sabe? Pescamos todos los días. La pesca aquí es muy cuantiosa.

Un sendero apenas lo bastante ancho para dos monturas separaba el borde del lago de las elevadas dunas de arena roja que lo delimitaban. Mientras cabalgaban hacia el este junto al lago, Kasinibon, aún en su papel de guía, daba apuntes de historia natural a Furvain: una planta con hojas cortas, violáceas, hinchadas, suculentas y con forma de dedos que era capaz de florecer en la arena casi estéril de las dunas y que pendía de las laderas en largas lianas, un ave depredadora de cuello amarillo y ojos pequeños y brillantes que planeaba sobre sus cabezas y se zambullía de cuando en cuando con una fuerza descomunal para arrebatar algún morador de las aguas del lago, pequeños cangrejos peludos de cuerpo redondo que escarbaban como ratones a lo largo de la ribera, cavando en el cieno escarlata en busca de gusanos ocultos. Le dijo a Furvain el nombre científico de cada uno, pero se le olvidaron casi al instante. Furvain jamás se había molestado en aprender mucho acerca de las criaturas salvajes, aunque encontraba dichos animales bastante interesantes, a su modo. Pero era evidente que Kasinibon, que parecía enamorado de aquel lugar, sabía todo lo que había que saber sobre cada cosa. A pesar de que escuchó con bastante amabilidad sus disquisiciones, Furvain las encontraba molestas y aburridas.

Lo que afectó de manera más profunda a Furvain fue el impresionante color rojo de Valle Barbirike. Era de una belleza sorprendente. Le parecía que todo el mundo se había vuelto escarlata. No había manera de ver más allá de la cresta de las dunas, así que la vista a su izquierda consistía en el propio lago rojo y en las dunas de la otra orilla, sin nada más a la vista, y a su derecha todo estaba tapiado por la elevada barrera carmesí de las dunas que se alzaban junto a la vereda por la que cabalgaban. El cielo sobre ellos reflejaba el color de lo que tenía debajo, y no era más que una cúpula resplandeciente de un rojo ligeramente más pálido. Rojo, rojo y rojo. Furvain se sentía cubierto por él, absorbido por él, encerrado en un reino de rojez. Se abandonó por completo a la sensación. Se dejó engullir y poseer.

Kasinibon se percató del largo silencio de Furvain, de su aire de profunda concentración.

—Lo que aquí vemos es la pura esencia de la poesía, ¿verdad? —dijo Kasinibon con orgullo mientras realizaba un amplio gesto que abarcaba ambas orillas, el cielo y la distante masa oscura de su propia fortaleza, acechante sobre la cima del acantilado que tenían a sus espaldas. Se habían detenido a casi un kilómetro valle arriba. Aquel lugar parecía igual que el sitio donde habían comenzado su excursión: rojo por todas partes, por delante y por detrás, un mundo de permanentemente escarlata—. Yo saco inspiración de aquí constantemente, y seguro que usted también. Escribiré su obra maestra aquí. Lo sé.

La sinceridad de su voz era inequívoca. Furvain se dio cuenta de que anhelaba aquel poema. Pero le molestó la discordante invasión del hombrecito en sus pensamientos y dio un respingo ante la referencia a una «obra maestra». Furvain no deseaba oír nada más acerca de obras maestras, no después del doloroso medio sueño de la última noche, en el que su propia mente se burlaba de él por la deficiencia de sus ambiciones, pretendiendo guiarle hacia alguna obra noble que no estaba en su alma crear.

—Me temo que la poesía me ha abandonado por el momento —dijo con brusquedad.

—Volverá. Por lo que me ha dicho, sé que componer poemas es algo innato en su naturaleza. ¿Ha pasado periodos largos sin componer algo? ¿Tanto como una semana, digamos?

—Probablemente no. No puedo asegurarlo con certeza. Los poemas vienen cuando vienen, siguiendo su propio ritmo. No es algo a lo que le haya prestado mucha atención.

—Una semana, diez días, dos semanas... Las palabras vendrán —dijo Kasinibon—. Sé que vendrán. —Parecía extrañamente excitado—. ¡El gran poema de Aithin Furvain, escrito mientras era el invitado del maestro Kasinibon de Barbirike! Quizá pueda incluso osar esperar una dedicatoria. ¿O sería demasiado por mi parte?

Aquello se estaba poniendo insoportable. ¿Es que nunca iba a terminar aquella insistencia de todo el mundo en que debía llevar a cabo empresas mayores con su poco dispuesta mente?

—¿Puedo corregirlo de nuevo?—dijo Furvain—. Soy su prisionero, Kasinibon, no su invitado.

—Por lo menos lo dice sin rencor, espero.

—¿De qué me sirve el rencor, eh? Cuando uno es retenido por un rescate...

—Rescate es una palabra muy fea, Furvain. Todo lo que pido es que su familia pague la fianza que cargo por cruzar mi territorio, ya que parecía incapaz de pagarla por sí mismo. Llámelo rescate, si lo prefiere. Pero el término me ofende.

—En ese caso lo retiro —dijo Furvain, escondiendo su irritación tan bien como podía tras una suavidad de voz forzada—. Soy una persona con educación, Kasinibon. Nada más lejos de mi intención que ofender a mi anfitrión.

Por la noche cenaron juntos, solo ellos dos, en una enorme sala alumbrada por velas donde un pelotón de silenciosos yorts con ropas chillonas se ocupó del servicio, entrando y saliendo con la absurda pomposidad que la gente de aquella raza tan poco atractiva gustaba de mostrar. El banquete fue espléndido. De primero una compota de frutas desconocidas para Furvain, luego pescado hervido con un sabor exquisito, servido con una salsa oscura que debía estar hecha a base de miel, y por último varios tipos de carnes a la parrilla sobre un lecho de verduras estofadas. Los vinos para cada plato fueron de una elección impecable. De vez en cuando, Furvain veía a algunos de los demás forajidos moviéndose por el pasillo del extremo inferior de la sala, figuras sombrías a lo lejos, pero ninguno entró en la habitación.

Sonrojado por el vino, Kasinibon habló sobre sí mismo. Parecía ansioso, casi rayando en lo patético, por ganarse la amistad de su preso. Él también era el hijo menor de su padre, el tercero del conde de Kekkinork. Furvain no conocía semejante lugar.

—Está a dos horas de marcha de las costas del Gran Océano —le explicó Kasinibon—. Mis ancestros fueron allí para recoger la piedra preciosa azul conocida como espato, la cual fue empleada por La Corona lord Pinitor en tiempos antiguos para decorar los muros de la ciudad de Bombifale. Cuando la obra finalizó, algunos de los mineros decidieron no regresar a Monte del Castillo. Y desde entonces han vivido en Kekkinork, en una ciudad a orillas del Gran Océano, gente libre, ignorados por el Pontífice y La Corona. Mi padre, el conde, era el decimosexto poseedor de ese título en la línea directa de sucesión.

—¿Un título conferido por lord Pinitor?

—Un título conferido por el primer conde sobre sí mismo —dijo Kasinibon—. Somos los descendientes de mineros y canteros humildes, Furvain. Pero claro, si nos ponemos así, ¿cuál de los lores de Monte del Castillo está libre de la sangre sus plebeyos?

—Es cierto —dijo Furvain. Mas esa parte no tenía importancia. Lo que luchaba por asimilar era el conocimiento de que aquel pequeño hombre barbudo sentado codo a codo con él, había visto el Gran Océano con sus propios ojos, había crecido en una parte remota de Majipur que era considerada casi como mítica. La

noción de la existencia de una ciudad real de algún tipo en la zona, una ciudad desconocida por los geógrafos y los censores, situada en una localización oscura en el punto más oriental de Alhanroel, a muchos miles de kilómetros del Monte del Castillo, superaba los límites de lo creíble.

Kasinibon rellenó sus copas de vino. Furvain había estado bebiendo con tanta moderación como pudo toda la noche, pero Kasinibon era implacable en su generosidad, y en ese momento se sentía acalorado y un poco mareado. Kasinibon había adquirido la mirada de ojos brillantes de los que están completamente borrachos.

Había empezado a hablar, de una manera inconexa y tortuosa que Furvain encontró difícil de seguir, de alguna amarga riña familiar, una disputa con uno de sus hermanos mayores sobre una mujer, quizá el gran amor de su vida, y de una apelación ante su padre en la que este se había puesto de parte de su hermano. A Furvain le sonaba familiar: el hermano codicioso, el noble padre distante e indiferente, el hijo menor tratado con desdén displicente. Pero Furvain, puede que porque nunca había sido persona de demasiada ambición o dinamismo, no había permitido que las decepciones de su vida temprana plantaran mucho resentimiento en su pensamiento. Siempre se había sentido más o menos invisible para su enérgico padre y sus agresivos y rapaces hermanos. Como mucho, esperaba indiferencia por su parte, y no le sorprendía cuando eso era lo que obtenía. Había tenido que construirse para sí mismo una vida razonablemente satisfactoria, basada en la creencia de que cuanto menos esperase uno de la vida, menos probable era sentirse insatisfecho con lo que esta le deparara.

Sin embargo, Kasinibon tenía otro talante. Era de sangre caliente, determinado, y la disputa con su hermano se había convertido en una profunda acritud que acabó en un asalto realmente violento de Kasinibon sobre su... ¿quién? ¿Su hermano? ¿Su padre? Furvain no se enteró del todo. Pero al final resultó que Kasinibon encontró aconsejable huir de Kekkinork, o puede que fuera exiliado por ello... Una vez más, Furvain no estaba seguro. El caso es que había estado vagabundeando durante muchos años de una parte a otra de las tierras del este, hasta que allí, en Barbirike, había encontrado un lugar donde fortificarse contra cualquiera que intentara suponer un reto a su independencia truculenta.

—Y aquí estamos —concluyó—. No tengo trato con mi familia, ni con ningún Pontífice o Corona. Soy mi propio señor, y el amo de mi pequeño reino. Y aquellos que cruzan mi territorio deben pagar el precio. ¿Más vino, Furvain?

—No, gracias.

Aquel lo sirvió, como si no lo hubiese oído. Furvain comenzó a mover las manos para apartar la copa, pero se detuvo y permitió que Kasinibon la llenara.

—Me gusta usted, Furvain, ¿sabe? Apenas lo conozco, pero soy muy bueno juzgando a la gente, y veo la profundidad en su interior, su grandeza.

*Y yo veo la embriaguez en ti*, pensó Furvain, pero sin decir nada.

—Si pagan la fianza, tendré que dejarle ir, supongo. Soy un hombre de honor. Pero me pesaría. He tenido muy poca compañía inteligente por aquí. De hecho, muy poca compañía de ningún tipo. Es la vida que escogí, desde luego. Pero aun así...

—Debe sentirse muy solo.

A Furvain se le ocurrió que no había visto ninguna mujer en la fortaleza, ni ningún signo de presencia femenina. Solo los sirvientes yorts, y el vistazo ocasional de alguno de los seguidores de Kasinibon, todos hombres. ¿Sería Kasinibon tan raro, un hombre de una sola mujer? ¿Había sido aquella mujer de Kekkinork, la que le arrebató su hermano, esa mujer? En tal caso, aquella debía ser una existencia muy dura, en aquel rincón desierto. No le extrañó que buscara consuelo en la poesía, ni que fuese capaz, a su avanzada edad, de encontrar tanta admiración en las pueriles efusiones sin sentido de Dammiunde o Tuminok Laskil.

—Solo, sí. No puedo negarlo. Solo... solo... —Kasinibon le lanzó una mirada inyectada en sangre a Furvain. Sus ojos se habían puesto tan rojos como las aguas del Mar de Barbirike—. Pero uno aprende a vivir con la soledad. Uno toma sus propias decisiones en la vida, ¿no?, y aunque no sean elecciones perfectas, son, después de todo, las propias, ¿verdad? A la larga, escogemos lo que escogemos porque... escogemos... porque... porque...

La voz de Kasinibon se volvió más confusa y se deslizó hacia la incoherencia. Furvain pensó que se había quedado dormido, pero no, no, los ojos de Kasinibon seguían abiertos, los labios se movían con lentitud. Seguía buscando la frase exacta para explicar lo que fuese que intentara explicar. Furvain esperó hasta que estuvo claro que el jefe bandido nunca hallaría las palabras. Entonces, le tocó en el hombro con suavidad.

—Discúlpeme —dijo Furvain—. Es muy tarde. —Kasinibon asintió vagamente. Un hombre con uniforme acompañó a Furvain a sus habitaciones.

Por la noche, Furvain tuvo un sueño de tal poder y lucidez que pensó que podría ser un mensaje de la Dama de la Isla, quien visita a millones de durmientes de Majipur cada noche para llevarles consejo y consuelo. Si en verdad era así, se trataba de su primera vez, pues la Dama no solía visitar las mentes de los príncipes del Castillo, y en cualquier caso no hubiese sido probable que visitara la de Furvain, ya que la costumbre ancestral dictaba que la elegida para ser la Dama de la Isla era la madre de La Corona regente, por lo que durante la mayor parte de su vida la Dama había sido su propia abuela. No hubiera entrado en la mente de un miembro de su propia familia excepto en caso de extrema urgencia. Desde luego, ahora que lord Sangamor se había mudado para convertirse en el Pontífice Sangamor, había una nueva Corona en el Castillo y una nueva Dama en el reino de la Isla del Sueño. Mas aun así... ¿un mensaje? ¿Para él? ¿Allí? ¿Por qué?

Mientras volvía a dormirse, una vez que el sueño le había abandonado, decidió que no había sido un mensaje, sino tan solo la obra de su propia mente agitada, llevada a un éxtasis frenético por su velada con el maestro Kasinibon. Hubiese sido demasiado personal, demasiado íntimo, tener una visión enviada por una extraña que ahora era Dama de la Isla. Sin embargo, sabía que no se trataba de un sueño común, sino de uno de esos extraños sueños por los que la vida futura de uno queda determinada.

En él, su mente adormilada había dejado el austero santuario de Kasinibon y había viajado sobre las planicies cubiertas de noche de las tierras del este, hasta el otro lado de los riscos azules de Kekkinork donde comenzaba el Gran Océano, el cual se extendía por las inconmensurables e incomprensibles distancias que separaban Alhanroel del continente Zimroel, medio mundo más allá. Allí, más al este que cualquier lugar que hubiese conocido, podía ver la luz del amanecer reflejada sobre el seno del océano, rosa suave junto a las orillas de arena, verde pálido después, y verde intenso mar adentro, hasta oscurecerse la gradación y terminar en el gris celeste de las profundidades insondables.

Furvain percibía que el Espíritu del Divino perduraba sobre aquel poderoso océano, impersonal, incognoscible, omnipresente. Aunque el espíritu no tenía ni forma ni rasgos, Furvain lo reconoció por lo que era, y el Espíritu lo reconoció a él, tocó su mente, se mezcló con ella, estableciendo un lazo durante un sorprendente momento con la vastedad de su interior. Y en el instante infinitamente largo, le fue dictado el mayor de todos los poemas, vaciado en él como una tremenda cascada, un poema que solo un dios podría crear, el poema que abarcaba el significado de la vida y la muerte, el destino de todos los mundos y de todas las criaturas que moraban sobre ellos. O eso pensó Furvain más tarde, cuando se despertó tiritando, enfebrecido por el desconcierto, contemplando la visión que le había sido otorgada.

No le quedó ni un fragmento de aquella visión, ni un solo detalle a partir del cual reconstruir el conjunto. Se había roto como una pompa de jabón y desvanecido en la oscuridad. Una vez más, había sido llevado ante la presencia de un poema sublime de grandiosa hermosura y profundidad, y una vez más se lo habían arrebatado.

No obstante, el sueño de aquella noche fue diferente en su esencia más profunda con respecto al de la noche anterior. Aquel otro sueño había sido una broma triste y cruel, una simple burla mezquina. Le habían mostrado un poema pero no se le había otorgado acceso a él, solo a la humillante conciencia de que una gran poesía de alguna clase merodeaba en su interior, aunque se mantenía fuera de su alcance. Esta vez, había tenido el mismísimo poema. Lo había vivido, línea por línea, estanza a estanza, canto a canto, en toda su magnífica intensidad. Aunque lo había perdido al despertarse, quizá pudiera encontrarlo de nuevo. El primer sueño le había dicho, *Tu talento está vacío, y no eres capaz de nada mejor que componer trivialidades*. El segundo le había dicho, *Contienes la grandeza de un dios en tu interior, y ahora debes encontrar la forma de sacarla fuera*.

Aunque el contenido de la gran visión se había esfumado, Furvain se dio cuenta por la mañana de que permanecía un aspecto de él, como si le quemara en la mente: su estructura, el contenedor de los poderosos versos; el patrón rítmico, el esbozo de la rima, el método de transformación de versos en estrofas, y el agrupamiento de estrofas en cantos. Un simple recipiente vacío, sí. Pero si le habían dejado el recipiente, había esperanza de redescubrir la hermosura que había contenido.

La estructura era tan particular que sabía que no era probable que la olvidara, pero aun así no correría riesgos. Se abalanzó sobre una pluma y una



hoja de papel en blanco y garabateó sobre ella. En ese punto, más que intentar recapturar siquiera un fragmento de aquello que sería tan complicado de recuperar, Furvain utilizó simples sílabas sin sentido para darle forma al recipiente, sonidos disparatados que le proporcionaban la base rítmica de un párrafo extenso. Cuando terminó, se quedó mirando la hoja, maravillado, murmurando para sí mismo lo escrito una y otra vez, analizando de manera concienzuda lo que había transcrito de forma automática desde la memoria de sus sueños. Era una estructura singular, sí, pero casi extrema hasta lo cómico. Mientras hacía números se preguntó si algo tan intrincado habría sido ideado por la mente de un poeta con anterioridad, y si cualquier poeta en la larga historia del universo hubiese sido capaz de llevar a cabo una obra extensa utilizando una métrica tan extravagante.

Era una maravilla de complejidad. No hacía uso de la métrica tradicional que tan bien conocía, los versos yámbicos, los troqueos, los dáctilos, los espondeos y los anapestos, a partir de los cuales había construido siempre sus poemas con rapidez y facilidad. Aquella figuras tradicionales estaban tan arraigadas en su ser que a los demás les parecía que escribía sin pensar, que simplemente exhalaba su poesía en lugar de crearla mediante acto consciente. Pero aquella estructura... La cantó una y otra vez para sí mismo, pugnando por averiguar su secreto, pero era diferente a todo lo que conocía sobre el arte de la poesía.

Al principio no pudo ver ningún tipo de regularidad en el ritmo, y le era imposible explicar su extraño poder de atracción. Luego se percató de que la métrica de su poema soñado debía ser cuantitativa, basada no en el lugar donde caían los acentos, sino en la longitud de las sílabas, un sistema que al principio desconcertó a Furvain por su arbitrariedad y su irregularidad, pero que al rato comprobó que ofrecer una versatilidad excelente en manos de alguien con el suficiente talento para manipular de manera adecuada su complejidad. Casi tendría la fuerza de un encantamiento; aquellos atrapados en su hechizo sonoro quedarían presos como por brujería. La rima también era formidable, con estrofas de diecisiete líneas que solo permitían tres rimas diferentes, distribuidas en cinco pareados internos separados de un terceto y equilibrados con cuatro líneas, en apariencia sin rimar, que en realidad lo hacían con las estrofas adyacentes.

¿Se podía escribir un poema de acuerdo a semejante estructura? Por supuesto, pensó Furvain. ¿Pero qué poeta tendría la paciencia de perseverar lo suficiente para componer una obra de tal calibre? El Divino, claro. Por definición, el Divino podía hacerlo todo. ¿Qué dificultad supondría una mera estructura silábica rítmica para una fuerza omnipotente que había creado las estrellas y los planetas? Pero para un simple mortal, no solo era blasfemo intentar competir con el Divino, sino una completa locura. Furvain sabía que podía escribir tres o cuatro estrofas con arreglo a aquella estructura, si se ponía en serio a la tarea, o quizá siete, para que tuviera alguna clase de sentido poético. ¿Pero todo un canto? ¿Y una serie de cantos que constituyeran una obra coherente de magnitud épica? No, pensó. No. No. Eso le volvería loco. Sin duda alguna, llevar a cabo una tarea de tal grandeza sería una invitación a la demencia.

Sin embargo, había sido un sueño extraordinario. El otro le había dejado sin nada más que el sabor de las cenizas en la boca, pero este le mostró que él, no el Divino sino él, un Furvain no demasiado religioso y que estaba seguro que había sido su mente soñolienta quien lo había inventado todo, sin asistencia sobrenatural, era capaz de concebir un sistema de estrofas de una dificultad casi imposible. Pensó que debía haber estado en su interior desde hace tiempo, gestándose en silencio, para acabar haciendo erupción mientras dormía. Las tensiones y presiones de su cautiverio debían haberle ayudado en el parto. Ya no encontraba tan divertido el pasar los días bajo la custodia de Kasinibon. Cada vez era más duro adoptar un punto de vista cómico sobre el asunto. La indignación que sintió al ser hecho prisionero, la frustración, la inquietud creciente: todo debía de estar alterando los procesos químicos de su cerebro, empujando a sus pensamientos hacia nuevos canales. Su tormento interior le desvelaba nuevos aspectos de su talento poético.

No es que tuviera la más mínima intención de hacer un uso real del sistema que la noche que acababa de terminar le trajera, pero era bastante agradable saber que era capaz de idear semejantes cosas. Puede que aquello presagiara el regreso de su habilidad para componer versos ligeros. Furvain sabía que jamás iba a darle al mundo la obra maestra que Kasinibon estaba tan ansioso de leer, pero al menos estaría bien recuperar el placentero don menor que había sido suyo hasta hace unos días.

Pero pasaron los días y Furvain seguía inexplicablemente improductivo. Ni los ánimos de Kasinibon ni los propios intentos de Furvain por invocar la presencia de la musa le ayudaron, y su antigua facilidad espontánea estaba tan lejos de hacer acto de presencia que casi podía convencerse de que nunca había existido.

Su cautividad le pesaba con una incomodidad cada vez mayor. Acostumbrado como estaba a una vida de ocio, aquella forma de inactividad forzosa era algo a lo que no había tenido que enfrentarse antes, y anhelaba volver a ponerse en camino. Kasinibon, por supuesto, hizo todo lo que pudo para interpretar su papel de anfitrión encantador. Llevaba a Furvain a excursiones diurnas por el valle esкарлата, le traía para sus cenas los vinos más excelentes de su sorprendente y bien surtida bodega, le proporcionaba cualquier libro que le interesase, ya que su biblioteca también estaba bien provista, y no perdía la oportunidad de entabrar con él serias discusiones acerca de las artes literarias.

Pero el hecho era que Furvain estaba allí en contra de su voluntad, encerrado en aquel adusto mausoleo prohibido, atrapado a mitad de camino de una crisis personal y obligado, antes de encontrar una solución a eso, a vivir como prisionero de otro hombre, uno tan limitado como aquel. Kasinibon ya le permitía vagar con libertad por el edificio y su terreno (si intentase escapar, ¿adónde iba a ir, de todos modos?), pero las enormes salas llenas de eco y las habitaciones vacías estaban lejos de ser agradables. Tampoco había nada de placentero en la compañía de Kasinibon, por mucho que Furvain fingiera que así era, y allí no había nadie más que él con quien estar. El caudillo bandido, atrapado por su odio hacia su

propia familia y afectado por su largo retiro allí, era tan prisionero de Barbirike como él mismo, y detrás de su amabilidad superficial y su picardía de elfo, tenía en su interior una furia oculta que acechaba y borboteaba. Furvain veía aquella rabia y la temía.

Aún no había hecho nada por enviar una petición de rescate. Le parecía algo fútil, y también embarazoso. ¿Y si hacía la petición, y nadie contestaba? Pero la probabilidad creciente de estar allí para siempre estaba empezando a provocarle una sensación de desesperación profunda.

Lo que se le hacía difícil de soportar en particular era el gusto por la poesía de Kasinibon. Este no parecía querer hablar de otra cosa. A Furvain nunca le había interesado demasiado la conversación acerca de la poesía. Se contentaba con dejarla para los académicos, quienes no tenían la chispa creativa pero encontraba una especie de satisfacción en discutir sin fin las cosas que ellos mismos no podía producir, y a aquellas personas cultas que creían que les incumbía ser vistos mientras llevaban algún volumen sobre poemas, incluso sumergirse en su lectura de vez en cuando, para más tarde recitar alguna obra de reciente aclamación. Furvain, de quien siempre habían emergido montones de versos con tan solo un mínimo esfuerzo y que no tenía una consideración muy elevada por lo que había logrado, no sentía ningún interés en tales charlas. Para él, la poesía era para crear, no para discutir. Por tanto, era horroroso estar atrapado de aquella manera en presencia del conocedor amateur del arte poético más charlatán, ¡un ignorante, además!

Como la mayoría de los hombres autodidactas, Kasinibon no tenía ningún gusto poético. Se lo tragaba todo de modo omnívoro, indiscriminado, y todo le encantaba, sin críticas. Imágenes anquilosadas, rimas plomizas, metáforas chapuceras, símiles ridículos... No tenía reparo en leer tales cosas, quizá sin darse cuenta. Lo único que exigía era una pizca de energía emocional en un poema, y si podía encontrarla, olvidaba todo lo demás.

Por tanto, Furvain pasó la mayor parte de las noches de las primeras semanas de su estancia en los dominios del rufián escuchando las recitaciones de Kasinibon de sus versos preferidos. Su enorme biblioteca, cientos y cientos de volúmenes manoseados, algunos de ellos casi hechos pedazos después de años de uso constante, parecía contener la obra de todo poeta de quien Furvain había oído hablar, y de una cantidad considerable que no. Era una colección tan extensa que bien servía de argumento para la falta de discernimiento de su propietario. A Furvain, el amor apasionado de Kasinibon por la poesía le parecía simple promiscuidad.

—¡Deje que le lea esto! —exclamaba Kasinibon con los ojos arrebatados de entusiasmo, y entonces entonaba alguna obra de incuestionable grandeza de Gancislad o de Emmengild.

Pero más tarde, cuando los últimos versos gloriosos aún reverberaban en la mente de Furvain, Kasinibon decía:

—¿Sabe lo que me recuerda este poema? —Y entonces alcanzaba su amado volumen de Vortrailin, y con el mismo entusiasmo declamaba uno de los fragmentos más horteras de basura sentimental que Furvain había oído. Parecía incapaz de distinguir la diferencia.

A menudo le pedía a Furvain que escogiera poemas que le gustara leer, deseoso por escuchar cómo un practicante del arte lidiaba con el flujo y el reflujo de la rima poética. Los propios gustos de Furvain siempre se habían encaminado hacia el tipo de versos ligeros que tan bien componía, pero, como cualquier hombre cultivado, también apreciaba obras de mayor seriedad, y en esas ocasiones solía escoger, con un placer malicioso deliberado, las obras modernas más obtusas e intrincadas que podía encontrar en los estantes de Kasinibon, poemas que él mismo apenas entendía y que también debían ser un misterio para su anfitrión. Y esos también le encantaban.

—Hermoso —murmuraba extasiado—. Pura música, ¿verdad?

Furvain pensó que se iba a volver loco.

En algún punto durante aquellas sesiones poéticas nocturnas, Kasinibon le presionó para que recitara algunas de sus propias obras. Furvain ya no podía argumentar, como hizo el primer día, que estaba demasiado cansado para acceder. Ni podía fingir que había olvidado todos los poemas que había escrito jamás. Por tanto, al final cedió y le ofreció unos cuantos. El aplauso de Kasinibon fue caluroso en extremo, y no parecía falso. Alabó durante un buen rato no solo la elegancia al recitar de Furvain, sino su visión de la naturaleza humana, lo cual era bastante embarazoso. El propio Furvain se avergonzaba de la trivialidad de sus temas y de la simplicidad de su técnica. Requirió de cada gramo de su educación aristocrática el aguantarse para no gritarle, «¡Pero no ve, Kasinibon, que se trata de un vulgar juego de palabras!».

Aquello hubiese sido cruel, y además descortés. Ambos hombres habían llegado a una pretensión de amistad, que podría no ser una pretensión por parte de Kasinibon. Uno no podía llamar a un amigo idiota a la cara, y esperar que siguiera siendo un amigo.

Lo peor de todo era el anhelo sincero de Kasinibon por conseguir que Furvain escribiera algo nuevo e importante mientras era un invitado bajo su techo. No había nada de broma en aquella esperanza expresada con tanta melancolía de que Furvain compusiera en aquel lugar una obra maestra que ligara para siempre su nombre y el de Kasinibon en los anales de la poesía. Detrás de aquella melancolía, Furvain sentía una necesidad feroz. Sospechaba que las cosas no siempre serían tan amistosas: las indirectas se habían convertido en insistencia franca, y Kasinibon le presionaría y presionaría hasta que sacara adelante la obra maestra que este ansiaba tanto que existiera. Furvain replicaba de modo evasivo a cada una de las preguntas de Kasinibon acerca de su nuevo trabajo, explicándole que la inspiración aún se le resistía, lo cual se acercaba bastante a la realidad. Pero la intensidad de las peticiones de Kasinibon iba en aumento.

La cuestión del rescate, que Furvain había seguido esquivando, necesitaba ser abordada de manera directa. Furvain sabía que no podía seguir allí mucho más sin sufrir algún tipo de explosión interior. Pero la única manera de salir de aquel lugar era con la ayuda del dinero de alguien. ¿Había alguien en el mundo que deseara poner dinero para rescatarle? Sospechó que conocía la respuesta, pero no quería confirmar sus temores. Sin embargo, si seguía sin preguntarlo, pasaría el resto de sus días escuchando el recitar solemne y devoto del maestro Kasi-

nibon de las peores obras poéticas que jamás pudo concebir mente humana, y eludiendo su insistencia de que escribiera para él algún poema de una grandeza y majestuosidad que las habilidades de Furvain no podían producir.

—¿Cuánto diría usted que debo pedir como precio de mi rescate? —preguntó un día Furvain, mientras cabalgaban a la par junto a la orilla del mar escarlata.

Kasinibon se lo dijo. Era una suma considerable, más del doble de la suposición de Furvain. Pero lo había preguntado, y Kasinibon había respondido, y no estaba en posición de regatear la cantidad con el bandido.

Supuso que el duque Tanigel sería el primero con quien debía intentarlo. Furvain sabía que no era probable que a sus hermanos les preocupara si se quedaba allí o no. Su padre adoptaría una postura más amable, pero estaba lejos, en el Laberinto, y apelar al Pontífice conllevaba otros riesgos, ya que si se enviaba un ejército pontificio a Barbirike para rescatar al príncipe cautivo, Kasinibon podría reaccionar de un modo desagradable y fatal. El mismo riesgo sería aplicable si se dirigiera a La Corona nueva, lord Hunzimar. Hablando de forma estricta, era responsabilidad de La Corona encargarse de asuntos como el bandidaje en las zonas despobladas. Pero eso era exactamente lo que temía Furvain, que Hunzimar enviara tropas para darle una lección a Kasinibon, una lección que podría tener feas consecuencias para su prisionero. Era más probable, incluso, que Hunzimar, quien nunca había mostrado mucho afecto por ninguno de los hijos de su predecesor, no hiciera nada en absoluto. No, Tanigel era su única esperanza, pequeña aunque válida.

Furvain tenía alguna noción de la extensión de la inmensa riqueza del duque Tanigel, y sospechaba que la gigantesca suma total de su rescate no sería más que el coste de una semana de festejos y juergas en la corte de Dundilmir. Quizá Tanigel se dignara a ayudarle, en memoria de los tiempos felices que pasaron juntos. Furvain se pasó medio día escribiendo y revisando su nota para el Duque, esforzándose por darle el tono apropiado de diversión, incluso de disgusto bromista, a su situación, mientras que al mismo tiempo le hacía saber que tenía que ir de verdad con el dinero si esperaba volver a ver a su amigo Furvain. Le pasó la carta a Kasinibon, quien envió a uno de sus hombres desocupados para entregarla.

—Y ahora —dijo Kasinibon—, le propongo que desviemos nuestra atención de esta noche hacia las baladas de Garthain Hagavon...

Al comienzo de la cuarta semana de cautiverio, Furvain hizo una vez más el viaje en sueños hacia el Gran Océano, y volvió a tomar notas del Divino, quien se le apareció con la guisa de un hombre alto, de hombros anchos, cabellos dorados y porte jovial, y llevaba la diadema plateada de La Corona en la cabeza. Cuando se despertó, todo seguía en su mente, cada sílaba de cada verso, cada verso de cada estrofa, cada estrofa de lo que parecía ser la tercera parte de un canto, por lo que pudo juzgar de sus proporciones. Pero empezó a difuminarse casi al instante. Loco de miedo de que pudiera perderse todo, se dispuso a trabajar transcribiendo tanto como pudo, y mientras las líneas emergían en el papel comprobó que seguían el patrón métrico y el esquema rítmico intrincados y desordenados que la mano

del Divino le había entregado aquella otra vez, semanas antes. En efecto, parecía ser un fragmento de aquel poema.

Nada más que un fragmento. Lo que Furvain había logrado salvar empezaba en medio de una estrofa, y finalizaba, páginas después, en medio de otra. El tema era la guerra, la campaña del gran lord Stiamot, hace miles de años, contra los rebeldes aborígenes de Majipur, la raza de los cambiaspectos metamorfos. El segmento que tenía ante sí trataba de la famosa marcha de Stiamot a través de las colinas del Pico Zygnor al norte de Alhanroel, la empresa culminante de aquella larga lucha agonizante, cuando le había prendido fuego a toda la zona ayudado por el calor del interminable y seco verano, para obligar a salir de su escondite a las últimas guerrillas de metamorfos. Se interrumpía en el punto en el que lord Stiamot se encontraba enfrentado a un contumaz terrateniente, un hombre de la antigua aristocracia del norte, que se negó a obedecer el aviso de Stiamot de que todo el territorio iba a ser pasado por las antorchas, y de que a todo el mundo le convenía huir de inmediato.

Cuando a Furvain se le hizo imposible continuar con la transcripción, volvió a leerla desde el principio, sorprendido, aturdido incluso. El estilo y el enfoque general, aparte de los extraños esquemas de rima y métrica, estaban sin duda alguna más allá de los suyos. Reconoció algún giro familiar, símiles de algún tipo que siempre le habían venido a la mente con rapidez, elecciones de rima que se indicaban con claridad que eran obra de Aithin Furvain. Pero, ¿cómo, si no por la intervención directa del Divino, había salido de su propia mente mediocre algo tan complicado y profundo? Eso era poesía majestuosa. No había otra palabra para ella. La leyó en alto para sí mismo, revelando las sonoridades, las asonancias internas, la vigorosa fuerza de los versos, lo inevitable de la forma de cada estrofa. Jamás había escrito con anterioridad nada remotamente parecido. Era muy probable que poseyera la técnica para ello, pero no podía imaginarse haciendo tal demanda de dicha técnica.

Además, en el fragmento se contaban cosas sobre la campaña de Stiamot que de hecho Furvain creía que nunca había sabido. Había estudiado a lord Stiamot a través de sus tutores, por supuesto. Igual que todo el mundo; Stiamot era uno de los grandes personajes de la historia de Majipur. Pero la educación de Furvain había tenido lugar hacía décadas. ¿Había oído en realidad alguna vez los nombres de aquellos lugares, Milimorn, Hamifieu, Bizfern, Kattikawn? ¿Eran nombres geográficos verdaderos, o invenciones suyas?

¿Invenciones suyas? Bueno, sí, cualquiera puede inventar nombres, supuso. Pero allí había demasiado acerca de procedimientos militares, líneas de suministro, cadenas de mando y órdenes de mando y demás, que apuntaban a la obra de otra mano, alguien con más conocimientos acerca de tales cosas de los que él había tenido nunca. ¿Cómo era posible entonces que pudiera reclamar el poema como suyo? Y sin embargo, ¿de dónde había salido, sino de él? ¿Era de verdad el vehículo a través del cual el Divino había escogido dar existencia a aquel fragmento? Furvain sintió que sus frágiles fundamentos religiosos se ponían a prueba con tales preguntas. Y aun así... aun así...

Kasinibon notó al momento que algo fuera de lo normal había sucedido.

—Ha empezado a escribir, ¿verdad?

—He comenzado un poema, sí —dijo Furvain, incómodo.

—¡Maravilloso! ¿Cuándo puedo verlo?

El resplandor de excitación en los ojos de Kasinibon era tan feroz que Furvain tuvo que retroceder unos pasos.

—Aún no, creo. Es demasiado pronto para mostrárselo a nadie. En este punto, sería muy fácil para mí perder el hilo. Una palabra casual de cualquier otro podría ser la que me desviara del camino.

—Le juro que no haré ningún comentario en absoluto. Solo me gustaría...

—No. Por favor. —Furvain estaba sorprendido por el filo acerado de su propia voz—. Todavía no estoy seguro de qué forma parte. Necesito examinarlo, evaluarlo, medirlo. Y eso tengo que llevarlo a cabo yo solo. Le digo, Kasinibon, que tengo miedo de perderlo todo si revelo ahora parte de ello. Por favor, no insista.

Kasinibon pareció comprenderlo. De repente, se volvió muy atento. De manera casi afectada, dijo:

—Sí. Sí, por supuesto, sería trágico que una torpe interferencia por mi parte influyera en el flujo de su creación. Retiro mi petición. Mas espero que me deje echarle un vistazo tan pronto como crea que ha llegado el momento...

—Claro. En cuanto llegue el momento —dijo Furvain.

Se retiró a sus aposentos y volvió al trabajo, no sin inquietud. Aquello era nuevo para él, ponerse a trabajar formalmente. En el pasado, los poemas siempre le habían encontrado a él, tomando una línea directa e inmediata entre su mente y sus dedos. Nunca había tenido que buscarlos. No obstante, en ese momento, Furvain se sentó de manera semiconsciente ante su pequeña mesa vacía, puso dos o tres plumas a su lado, ordenó los bordes de su pila de papel en blanco hasta que toda hoja estuvo alineada, cerró los ojos y esperó el calor de la inspiración.

Descubrió rápidamente que la inspiración no podía ser invitada a llegar, sin más, al menos no cuando uno estaba embarcado en una empresa de tal magnitud. Sus viejos métodos ya no servían. Lo que tenía que hacer en ese momento era salir a la búsqueda de material, fijarlo en la propia vista y sujetarlo con firmeza, obligarlo a realizar la voluntad de uno. Al parecer, estaba escribiendo un poema sobre lord Stiamot. Muy bien: concentraría cada átomo de su ser en aquel monarca ancestral, viajaría por los siglos y entraría en comunión con él, tocaría su alma y seguiría sus pasos.

Aquello era muy fácil de decir, pero no tanto de cumplir. Las lagunas de sus conocimientos históricos le ponían en aprietos. Con poco más que unos datos escolares acerca de la vida y obra de lord Stiamot, emborronados ahora en su memoria por tantos años de olvido, ¿cómo podía presumir contar el relato de un conflicto de aquella época que había terminado de una vez por todas con la amenaza aborigen sobre la expansión de los asentamientos humanos en Majipur?

Avergonzado de sus carencias de aprendizaje, merodeó por la biblioteca de Kasinibon a la espera de hallar algunas obras de erudición histórica. Pero la historia, al parecer, no era una materia que tuviese un gran interés para su

captor. Furvain no encontró textos de relevancia, tan solo una breve historia del mundo que no parecía ser más que un libro para niños. Por una inscripción de la contraportada vio que, en efecto, era una reliquia de la propia infancia de Kasinibon en Kekkinork. Contenía muy poco de utilidad, tan solo una breve y muy simplificada recapitulación de los intentos de lord Stiamot por buscar una paz negociada con los metamorfos, el fallo de dichos intentos, y la decisión definitiva de La Corona de poner fin de una vez por todas a la depredación de los metamorfos sobre las ciudades de los colonos humanos derrotándolos en batalla, expulsándolos de los territorios ocupados por humanos y confinándolos para siempre en las selvas tropicales del Zimroel. Aquello, claro está, había involucrado al mundo en una lid que duró toda una generación, y que finalizó en éxito e hizo posible el crecimiento veloz de la civilización en Majipur y la prosperidad en todos los rincones del gigantesco planeta. Stiamot era una de las figuras clave de la historia de Majipur. Pero el pequeño libro de Kasinibon solo esbozaba las líneas generales de los acontecimientos, la política y las batallas, y no ofrecía ni una frase sobre Stiamot como hombre, sus emociones y pensamientos internos, su apariencia física, nada por el estilo.

Entonces Furvain se percató de que no tenía necesidad real de conocer aquellos datos. Estaba escribiendo un poema, no un texto histórico o una biografía. Era libre de imaginar cualquier detalle que se le antojara, mientras se mantuviera fiel al guión general del relato. El que el lord Stiamot verdadero fuese alto o bajo, rechoncho o esbelto, de naturaleza jovial o enfermo de dispepsia, no suponía diferencia alguna para el intento de un poeta de recrear la leyenda de Stiamot. Este se había convertido en un personaje mítico. Y los mitos, como sabía Furvain, tenían un poder que trascendían la mera historia. Se dijo que la historia podía ser tan arbitraria como la poesía. ¿Qué era la historia, más que una cuestión de elección, de escoger ciertos hechos entre una multitud para reforzar un patrón coherente, que no era necesariamente el verdadero? El acto de seleccionar hechos, por definición, llevaba inherente el descarte de otros, a menudo los más inconvenientes para lo que el historiador trata de revelar. Por tanto, la verdad se convierte en un concepto abstracto. Tres historiadores distintos, trabajando sobre los mismos datos, pueden ofrecer al final tres verdades diferentes. Mientras tanto, los mitos ahondan en la realidad fundamental del espíritu, en ese pozo infinito que es la conciencia compartida de toda una raza, y que alcanza niveles donde la verdad no es una cuestión adicional, sino la base inevitable de todo lo demás. En ese sentido, el mito puede ser más fiel que la historia. Al crear episodios imaginarios que no se alejan de la esencia de la vida de Stiamot, un poeta puede revelar la verdad de esa historia de una forma que ningún historiador sería capaz. Por tanto, Furvain decidió que su poema indagaría en el mito de Stiamot, no en el hombre histórico. Era libre de inventar lo que quisiera, siempre que lo que ideara fuese fiel a la verdad interior del relato.

Después de aquello, todo se hizo más sencillo, aunque para él nada había de sencillo en la empresa. Desarrolló una técnica de meditación que le dejaba flotando al borde del sueño, desde donde podía deslizarse con presteza hacia una especie de



trance. Entonces, cada día más rápido, el guía de Furvain llegaba a él, el hombre de dorados cabellos que llevaba la diadema de plata de La Corona, y le orientaba a través de las escenas y eventos del trabajo de cada día.

Descubrió que el nombre de su guía era Valentine: un hombre encantador, paciente, afable, de temperamento dulce, siempre con una sonrisa en el rostro... Definitivamente, el mejor de los guías. Furvain no podía recordar ningún Corona llamado Valentine, ni los textos históricos de la infancia de Kasinibon nombraban ninguno. Era evidente que tal persona no había existido, pero eso no suponía un problema. Para los propósitos de Furvain, era lo mismo si lord Valentine había sido un personaje histórico real o solo un producto de su imaginación: lo que necesitaba era alguien que le cogiera de la mano y le condujera a través de los reinos sombríos de la antigüedad, y eso era lo que aquel guía de pelo como el oro estaba haciendo. Era casi como si fuese la manifestación perceptible de la forma de la voluntad del Divino, de la cual Furvain se habían convertido en su vehículo. Se dijo que, a través de la voz de aquel lord Valentine imaginario, el espíritu cambiante del cosmos escribía aquel poema en su alma.

Bajo las indicaciones de Valentine, la mente soñadora de Furvain examinaba los actos de lord Stiamot, empezando por la primera vez que se dio cuenta de que la larga guerra ponzoñosa con los metamorfos debía llegar a su fin, y continuando con la secuencia de batallas cada vez más sangrientas que culminaron en el incendio de las tierras del norte, la persecución de los últimos rebeldes aborígenes y el establecimiento de la provincia de Piurifayne en Zimroel como hogar permanente y lugar de eterno confinamiento de los cambiaspectos de Majipur. Cuando Furvain emergía cada día de su trance, los detalles de lo que había aprendido seguían con él, y tenían el equilibrio, la forma y el ritmo trágico que requiere la gran poesía. Veía no solo los hechos, sino los inexorables e inevitables conflictos que aquellos generaban, llevando a los hombres de buena voluntad como Stiamot a la cruel necesidad de hacer la guerra. El guión de la historia estaba allí; Furvain solo tenía que pasarlo al papel. Y ahí era donde su innata habilidad con la técnica estaba por completo bajo su gobierno, como había sido en los viejos tiempos. Pronto, las intrincadas estrofas y las complejas estructuras rítmicas que se había traído de sus primeros encuentros oníricos se convirtieron en su segunda naturaleza, y el poema fue creciendo a buen ritmo.

A veces la inspiración le llegaba *demasiado* rápido. Ahora que Furvain dominaba aquella extraña estrofa, era capaz de recitar de un tirón y sin esfuerzo página tras página con una fluidez que, en ocasiones, vagaba hacia una digresión inesperada que encubría y confundía la idea principal de su narrativa. Cuando eso sucedía, se detenía, rasgaba los fragmentos defectuosos, y continuaba desde el punto donde había comenzado a desviarse del camino adecuado. Nunca antes había revisado. Al principio le pareció una pérdida de tiempo, ya que los versos descartados eran tan elocuentes y sonoros como los que mantenía, pero luego llegó a comprobar que dicha elocuencia y sonoridad no suponían sino meros accesorios para la tarea principal, que era la de contar un relato en particular de una forma más iluminada que la de su significado interior.

Y entonces, cuando ya había llevado a su conclusión el relato de lord Stiamot, Furvain se sorprendió al descubrir que el Divino no había acabado con él. Sin pausa, siquiera para preguntarse lo que estaba haciendo, trazó una línea debajo de la última de las estrofas de Stiamot y empezó a escribir un nuevo verso (que comenzaba justo en medio de una estrofa, en la parte del terceto) que hablaba de un evento por completo anterior, el proyecto de lord Melikand de importar seres de especies diferentes a la humana para ayudar con la tarea de colonizar el mundo poco poblado que era Majipur.

Continuó con aquel proyecto durante unos días. Más tarde, aunque el canto de Melikand seguía inconcluso, Furvain se descubrió trabajando en un pasaje que contaba otra historia más, la de la gran asamblea en la Catarata Stangard, en el río Glayge, donde Dvorn había sido proclamado primer Pontífice de Majipur. En aquel momento, Furvain se dio cuenta de que estaba escribiendo no solo un simple registro de los logros de lord Stiamot, sino un poema épico que abarcaba nada menos que toda la historia de Majipur.

Fue un pensamiento aterrador. No podía creer que él fuese el hombre indicado para la tarea. Era demasiado para alguien de sus limitaciones. Consideró las dimensiones que tal poema debería tener, ya que atravesaba miles de años desde el advenimiento de los primeros colonos hasta el presente, y eran enormes. No un simple arco temporal, no, sino una serie de curvas gigantes y meandros mareantes, un relato de cambio y transformación, de la constante síntesis de los opuestos, de cómo los primeros colonos idealistas cayeron en el violento caos de la anarquía, para ser rescatados por Dvorn, el dador de leyes, primer Pontífice, de la expansión centrífuga por aquel enorme planeta bajo la guía de lord Melikand, de la construcción de las grandes ciudades de Monte del Castillo, del descubrimiento de los continentes de Simroel y Suvrael, de la inevitable y trágica colisión con los aborígenes cambiaspectos, de la disputa de la necesaria aunque horrorosa guerra contra ellos bajo el liderazgo de lord Stiamot, de los hombres de paz transformados en guerreros que los derrotaron y confinaron, y así hasta el presente día, cuando billones de personas vivían en paz en el más hermoso de los mundos.

No había historia más espléndida en todo el universo. ¿Pero sería él, Aithin Furvain, hombre de alma tan pequeña, defectuoso en tantos aspectos, capaz de abarcarla? No se hacía ilusiones respecto a su persona. Se veía a sí mismo como un hombre charlatán, perezoso, disoluto, un pelele, un evasor de responsabilidades, un hombre que había seguido toda su vida la ley del mínimo esfuerzo. ¿Cómo podría él de entre todo el mundo, que no tenía más recursos que un cierto grado de inteligencia y técnica, esperar contener un tema tan gigantesco entre los límites de un solo poema? Sería demasiado para él. Jamás podría hacerlo. Dudaba que nadie pudiese. Estaba claro que Aithin Furvain no era quién para intentarlo.

Y sin embargo, de alguna forma, parecía estar escribiéndolo. ¿O era el poema quien lo escribía a él? No importaba: la cosa estaba tomando forma, verso a verso, día a día. Llámese inspiración divina, llámese desbordamiento de algo que había

permanecido oculto en su interior sin saberlo durante años, llámese lo que sea, no se podía negar que ya había compuesto un canto completo y fragmentos de otros dos, y que cada día surgían nuevos versos. Y había grandeza en el poema: de eso estaba seguro. Lo repasaba una y otra vez, meneando la cabeza ante el asombro por la fuerza de su propia obra, la poderosa música de la poesía, el irresistible discurrir de la narración. Todo era tan espléndido que le hacía sentir humilde y le dejaba perplejo. No tenía idea de cómo había sido posible conseguir lo que había logrado, y temblaba de terror ante la idea de que su milagrosa fuente de inspiración se secara, de manera tan súbita como había manado, antes de que la gran tarea llegara a su conclusión.

El manuscrito, inacabado como estaba, se había vuelto precioso para él. Ahora lo consideraba como su reivindicación de la inmortalidad. Le preocupaba que solo existiera una copia, y que esta se guardara en una habitación que solo podía ser cerrada desde fuera. Temeroso de que algo pudiera sucederle, de que pudiera mancharse hasta volverse ilegible por algún vuelco accidental de su tintero, o robado por algún malicioso habitante fisgón de la fortaleza, celoso de la atención que le dedicaba el maestro Kasinibon, o incluso de que fuese confundido con basura por algún sirviente analfabeto y destruido, lo copió varias veces y escondió con cuidado las reproducciones en habitaciones diferentes de sus reducidos aposentos. El original descansaba cada noche en el cajón inferior del armario que contenía su ropa. Unos días después, sin saber en realidad el motivo, cayó en el hábito de colocar de manera concienzuda tres de sus plumas formando el dibujo de una estrella sobre el montón de hojas sin acabar, para saber al instante si alguien había fisgoneado en aquel cajón.

Tres días después de aquello vio que las plumas habían sido movidas. Furvain las había colocado con meticuloso esmero. La pluma central era alineada cada vez en el mismo ángulo preciso con las otras dos. Ese día, vio que el ángulo había cambiado ligeramente, como si alguien hubiese comprendido que el propósito de aquel preparativo era la detección de una intrusión, y hubiese colocado las plumas después de examinar el manuscrito, pero no hubiera empleado el mayor grado posible de precisión en el intento de imitar la agrupación de plumas de Furvain. Aquella noche eligió una nueva disposición para las plumas, y la tarde siguiente comprobó que, una vez más, las habían vuelto a colocar como él las había dejado, aunque no del todo igual. Ocurrió lo mismo los siguientes dos días.

Furvain decidió que solo podía haber sido obra de Kasinibon. Ningún miembro de la banda de forajidos, y seguro que ningún sirviente, se hubiese preocupado tanto de las plumas. Se estaba colando allí mientras él estaba en alguna otra parte. Estaba leyendo en secreto su poema.

Furioso, Furvain buscó a Kasinibon y le interrogó sobre la violación de la privacidad de sus aposentos.

Para su sorpresa, Kasinibon no hizo ningún intento de negar la acusación.

—Ah, ¿ya lo sabe? Bueno, es normal. No podía resistirme.—Sus ojos brillaban de excitación—. Es maravilloso, Furvain. Magnífico. Me sentía tan profundamente conmovido que apenas podía esperar a decírselo. El episodio de lord Stiamot y la

sacerdotisa metamorfa, cuando ella llega ante él y le suplica entre lloros por su gente, y Stiamot llora también...

—No tenía ningún derecho a hurgar en mi armario —le interrumpió Furvain con voz gélida.

—¿Por qué no? Aquí soy el dueño. Hago lo que me place. Todo lo que dijo fue que no quería discutir acerca de una obra inacabada. He respetado eso, ¿no? ¿He dicho palabra? ¿Una sola? Ahora sí, durante días he estado leyendo lo que escribía, casi desde el principio, siguiendo su progreso diario, participando prácticamente en la creación del gran poema, y las lágrimas acudían a mis ojos por su belleza... Y ni siquiera una vez le he dado una pista... Ni una vez...

Furvain sintió que su ira se acrecentaba.

—¿Ha estado entrando en mi habitación desde el principio? —le espetó, estupefacto.

—Todos los días. Desde antes que empezara con el truco de las plumas. Mire, Furvain, un poema clásico, una de las grandes obras maestras de la literatura, está naciendo bajo mi propio techo, de la mano de un hombre al que doy alimento y cobijo. ¿Es justo que se me niegue el placer de verlo crecer y desarrollarse?

—Lo quemaré —dijo Furvain—. Antes que dejar que me siga espiando.

—No diga idioteces. Siga escribiendo. Le dejaré en paz a partir de ahora. Pero no debe detenerse, si es lo que tiene en mente. Sería un crimen monstruoso contra el arte. Termine la escena de Melikand. Escriba la historia de Dvorn. Y continúe con el resto. —Se rió con maldad—. De todas formas, ya no puede parar. El poema le tiene atrapado en su hechizo. Le posee.

Furvain le miró fijamente, y le dijo:

—¿Por qué supone eso?

—No soy tan estúpido como quiere creer que soy —dijo Kasinibon.

Mas a continuación se relajó, pidió disculpas y prometió otra vez controlar su insaciable curiosidad por el poema. Parecía arrepentido de verdad. Asustado, incluso, de que inmiscuirse en la intimidad de Furvain de aquella manera podría haber afectado a la consecución del poema. Furvain se dijo que Kasinibon jamás dejaría de culparse si él tomaba aquello como pretexto para abandonar el proyecto. Pero también se volvería en contra de Furvain: «Continuará con ello. Lo hará. No hay posibilidad de dejarlo».

Furvain era incapaz de mantener su rabia ante un juicio tan perspicaz de su propio carácter. Estaba claro que Kasinibon percibía la pereza innata de Furvain, su deseo de no involucrarse en algo tan ambicioso y extenuante como una obra de tal calibre. Pero también veía que el poema le tenía esclavo, agarrado con tanta fuerza que hasta un vago como él no podía encogerse de hombros ante el imperioso impulso diario de traer el poema a la existencia. Aquella orden procedía de algún lugar en su interior, de un sitio más allá de la propia comprensión de Furvain. Sin embargo, Furvain también sabía que estaba reforzada por el anhelo feroz de Kasinibon por que completara la obra. No podía soportar la urgente energía de la avidez de Kasinibon, por encima de cualquier impulso interior. No había forma de abandonar el proyecto.

—Sí, continuaré —admitió a regañadientes—. Puede estar seguro. Pero manténgase alejado de mi habitación.

—De acuerdo.

Cuando Kasinibon iba a marcharse, Furvain le llamó y le dijo:

—Una cosa más. ¿Ha habido noticias de Dundilmir acerca de mi rescate?

—No. Nada. Nada —replicó Kasinibon, y se fue de la estancia rápidamente.

Sin noticia. Como había esperado. Tanigel había tirado la nota. O se estaría riendo de ella en la corte. ¿Podéis creerlo? ¡El pobre Furvain, capturado por bandidos!

Estaba seguro de que Kasinibon jamás recibiría noticias de Tanigel. Le pareció apropiado, pues, escribir nuevas notas de rescate (una a su padre en el Laberinto, otra a lord Hunzimar en el Castillo, quizá otras para más gente, si se le ocurría alguien que estuviese remotamente dispuesto a ayudarle), y hacer que su captor enviara a sus mensajeros.

Mientras tanto, Furvain continuó su trabajo diario. El estado de trance le venía con más facilidad cada vez. La misteriosa figura de lord Valentine aparecía en todo momento, y le guiaba encantado a través del tiempo, hacia los albores del mundo. El manuscrito crecía. Las plumas no volvieron a ser movidas. Después de un tiempo, Furvain dejó de tomarse la molestia de colocarlas.

Furvain veía ya la forma general del poema.

Habría nueve grandes secciones, que en su mente tenían la forma de un arco, con las escenas de Stiamot en la parte más alta de la curva. El primer canto trataría de la llegada a Majipur de los colonos humanos originales, llenos de esperanza tras dejar atrás las penas de la Vieja Tierra, y con el deseo de crear un paraíso en aquel el más maravilloso de los mundos. Describiría sus primeras exploraciones del planeta y su asombro ante su tamaño y hermosura, y el establecimiento de los primeros y diminutos puestos avanzados. En el segundo, Furvain mostraría la evolución de dichos asentamientos en pueblos y ciudades, las disputas entre tales poblaciones que surgieron en los siguientes siglos, los conflictos que se extendieron y causaron la ruptura de todo orden, el advenimiento de las revueltas y el nihilismo generalizado.

El tercer canto sería el de Dvorn: de cómo había emergido en medio del caos, líder provinciano de la occidental ciudad de Ksmakuran, para marchar a través de Alhanroel invitando a la gente de todos los pueblos a unirse a él en un gobierno estable que uniera a todo el mundo bajo su mano. Cómo, por medio tanto de la fuerza de su personalidad como del poder de las armas, había traído dicho gobierno a la existencia: una monarquía no hereditaria bajo la autoridad de un emperador al que se le dio el título de Pontífice, «el que tiende puentes», quien escogería un subordinado real, La Corona, para encabezar el brazo ejecutivo de su administración y, finalmente, sucederlo como Pontífice. Y Furvain contaría cómo Dvorn y su Corona, lord Barhold, habían ganado el apoyo de todo Majipur y establecido para siempre el sistema de gobierno bajo el cual todo el mundo seguía prosperando.

Después el cuarto canto, de transición, que describía la aparición de algo que se parecía al moderno Majipur a partir de la estructura básica diseñada por Dvorn. La construcción de las máquinas climáticas que hicieron posible la colonización de la montaña de cuarenta y cinco kilómetros de altura que después sería llamada Monte del Castillo, y la fundación de las primeras ciudades en la parte baja de sus laderas. La predicción de Melikand de que la población humana no bastaría por sí sola para mantener el crecimiento de un mundo del tamaño de Majipur, y la importación de skandars, vrooms, yorts y las demás razas alienígenas para que vivieran con la humanidad. La exacerbación de los conflictos entre humanos y metamorfos, cuando la relativamente escasa población aborigen se vio atestada en sus propios territorios por el crecimiento de los asentamientos. Los comienzos de la guerra.

El canto de lord Stiamot, ya completo, sería el quinto, la piedra angular del gran arco. Pero de mala gana, Furvain se dio cuenta de que Stiamot necesitaba más espacio. El canto habría de ser expandido, dividido quizá en dos, o seguramente tres, para hacer justicia al tema. Era necesario que no quedara limitada la angustia moral de Stiamot, las terribles ironías de su reinado, el hombre de paz obligado por su gente a emprender una horrible guerra contra los habitantes originales del planeta, inocentes, aunque aquellos moradores no desearan otra cosa que mantener la posesión de su propio planeta. La construcción por parte de Stiamot de un castillo para La Corona en el punto más alto del Monte, simbolizando su victoria épica, sería el clímax de la parte central del poema. Después llegarían los tres cantos finales, uno para mostrar la vuelta gradual a la tranquilidad, otro para retratar Majipur como un mundo completamente maduro, y otro, un visionario noveno que aún no tenía forma en la mente de Furvain, y que trataría, quizá, de la reparación de las inestabilidades no resueltas (la *herida*) que la guerra contra los metamorfos había dejado en el tejido social del planeta.

Furvain ya tenía un título para el poema. Lo llamaría *El libro de los cambios*, ya que el tema era el cambio, el eterno flujo de las estaciones, el incesante flujo y reflujo de los acontecimientos, y en contrapunto a todo eso, la línea continua del sagrado destino de Majipur. Aparecieron, florecieron y murieron reyes, surgieron y se apagaron revueltas, pero el bienestar siguió hacia delante como un gran río, transcurriendo por la senda que el Divino había dispuesto para él, y todos los cambios no fueron sino estaciones en el camino, un camino marcado por el desafío y la respuesta, la constante colisión de fuerzas opuestas que producía una síntesis inevitable: el necesario triunfo de Dvorn sobre la anarquía, de Stiamot sobre los metamorfos, y, algún día en el futuro, el de los victoriosos sobre su propia victoria. Eso era lo que tenía que mostrar: el patrón que emerge del paso del tiempo y que demuestra que todo, hasta el ineludible pecado de la supresión de los metamorfos, es parte de un plan inquebrantable, el inevitable triunfo del orden sobre el caos.

Siempre que no estaba trabajando en el poema, Furvain se sentía aterrado por la inmensidad de la tarea y la insuficiencia de su propia habilidad para escribirlo. Luchaba mil veces al día contra el deseo de abandonarlo, pero no podía hacerlo.

*Tienes que cambiar tu vida*, le había dicho lady Dolitha en Monte del Castillo, le parecía que hacía siglos. Sí. Sus duras palabras habían tenido la fuerza de una orden. Había cambiado su vida, y su vida le había cambiado a él. Y por eso debía continuar trayendo a la existencia aquel gran poema que donaría al mundo como expiación por todos aquellos años malgastados. Kasinibon también le agujoneaba sin piedad hacia el mismo objetivo. No volvió a espiarle, ni siquiera a preguntarle sobre el poema, pero siempre le vigilaba, midiendo sus progresos por lo demacrado de sus rasgos y el cansancio de sus ojos, esperando, aguardando, exigiendo en silencio. Ante semejante presión silenciosa, Furvain estaba indefenso.

Siguió trabajando más y más, enclaustrado ahora en sus habitaciones, saliendo rara vez excepto para las comidas, esforzándose cada día hasta la extenuación, descansando apenas, zambulléndose en el trance. Era como un viaje a través de alguna región infernal de la mente. Lleno de dudas, vagaba por senderos tortuosos y enrevesados en medio de la oscuridad. Durante horas, estaba seguro de que se había separado de su guía y no tenía idea de su destino, y sentía terrores de todas las clases, escalofríos y estremecimientos, sudores y confusión. Pero entonces, una maravillosa luz brillaba sobre él, y era transportado a praderas salvajes, donde había voces y danzas, majestuosidad de visiones y sonidos sagrados, y las palabras fluían más allá de su control consciente.

Pasaron los meses. Estaba entrando en el segundo año de su proyecto. La pila del manuscrito crecía con rapidez. No trabajaba de modo consecutivo, sino que se concentraba en la parte del poema que le llamaba la atención con más insistencia. El único canto que consideraba completo era el central, el quinto, la parte clave de Stiamot; pero había acabado la mayor parte del canto de Melikand, y casi todo el de Dvorn, y grandes secciones del prólogo que trataba de la colonización inicial. Algunas de las otras partes, las menos dramáticas, eran meros fragmentos, y del noveno canto no había compuesto nada en absoluto. Y había partes de la historia de Stiamot, el principio y el final, que permanecían sin narrar. Era una manera de trabajar caótica, pero no sabía otra forma de hacerlo. Todo conectaría a su debido tiempo, de eso estaba seguro.

De vez en cuando le preguntaba a Kasinibon si había llegado respuesta de sus peticiones del dinero del rescate, y de modo invariable obtenía la misma respuesta:

—No, no, ni una palabra de nadie.

Apenas le importaba. Nada era relevante, excepto la obra que tenía entre manos.

Entonces, cuando no llevaba más que tres estrofas del noveno y último canto, Furvain sintió de repente que se había topado con una barrera infranqueable, o quizá con un infinito abismo oscuro. En cualquier caso, había llegado a un punto en el gran proyecto más allá del cual se veía incapaz de seguir. Había sufrido veces en el pasado, muchas, en que Furvain se había sentido igual. Pero en esta ocasión era diferente. Aquellas otras veces en que había experimentado una desgana por seguir, se había visto conquistado rápidamente por la sensación de que no podía permitirse la vergonzosa opción de no continuar. Lo que sentía ahora era una absoluta incapacidad de seguir con el poema, porque solo veía negrura delante de sí.

*Ayúdame, rezaba, sin saber a quién. Guíame.*

Pero no llegó ninguna ayuda, ni orientación. Estaba solo. Y solo, no tenía ni idea de cómo manejar el material que había decidido emplear para el noveno canto. La reconciliación con los cambiaspectos, la expiación del gran pecado inevitable que la humanidad había cometido contra ellos en este mundo, la absolución, la redención, incluso la enmienda... No sabía cómo proceder con todo aquello. Allí estaba Majipur, casi diez mil años después de Dvorn y cuatro mil desde Stiamot, ¿y qué reconciliación se había alcanzado con los metamorfos? ¿Qué expiación, qué redención? Seguían confinados en aquella jungla de Zimroel, tenían fuertemente restringidos sus movimientos fuera de aquel lugar, y su presencia en Alhanroel estaba prohibida por completo. El mundo no estaba más cerca de una solución al problema de los cambiaspectos de lo que lo había estado el día que llegaron los primeros colonos. La solución de lord Stiamot, conquistarlos, encerrarlos para siempre en el sur de Zimroel y prohibirles el resto del planeta, no era una solución en absoluto, solo un simple recurso brutal, como el propio Stiamot había reconocido. Este había sabido que era demasiado para deshacer el asentamiento en el planeta. La historia de Majipur no podía «desucederse». Por eso, por el bien de los billones de colonos humanos de Majipur, millones de aborígenes habían tenido que perder su libertad.

Furvain pensó que si Stiamot no pudo encontrar respuesta al problema, ¿quién era él para ofrecer una ahora?

En tal caso, no podría escribir el noveno canto. Y lo que era peor, empezó a pensar que tampoco podía acabar los cantos inconclusos anteriores. Ahora que había visto que no había esperanza de culminar la obra con el final planeado, toda inspiración parecía huir de él. Si intentaba obligarse a continuar, sospechaba que arruinaría lo que ya estaba escrito, diluyendo su poder con material de segunda. E incluso si, de algún modo, lograra terminar, sentiría la imposibilidad y la desesperación de no poder revelar al mundo el poema. Nadie creería lo que había escrito. Pensarían que era un timo, un fraude, y se convertiría en figura de menosprecio cuando fuese incapaz de revelar el verdadero autor. Razonó que sería mejor que no hubiese poema en absoluto antes que tal desgracia cayera sobre él.

Y de esa percepción hasta la decisión de que debía destruir el manuscrito ese mismo día hubo un trecho muy corto.

Reunió las diferentes copias y borradores que tenía en los armarios y escondrijos de su apartamento en la fortaleza de Kasinibon, y lo apiló todo encima de la mesa. Era una buena montaña. Los días en que se había sentido demasiado cansado o estancado como para seguir con el poema, había ocupado el tiempo realizando copias adicionales de los textos existentes, para reducir el riesgo de que alguna desgracia le robara su obra. También había guardado las páginas descartadas, las estrofas eliminadas, las reescritas. Era una cantidad de papel inmensa. Quemarlo todo le llevaría horas, probablemente.

Con tranquilidad, cogió un taco de manuscrito de un par de centímetros de espesor de la parte superior de la pila y lo depositó en la chimenea del hogar.



Encontró una cerilla. La encendió. La miró por un instante, tremendamente calmado, y la acercó a una esquina del papel.

—¿Qué está haciendo? —gritó Kasinibon, entrando con rapidez en la habitación. De forma enérgica, el pequeño hombre pisó con la suela de su bota la cerilla encendida y la aplastó contra la chimenea de piedra. El montón de manuscritos no había tenido tiempo de prenderse.

—Lo que hago es quemar el poema —dijo Furvain con tranquilidad—. O eso intento.

—¿Que está haciendo qué?

—Quemarlo —repitió Furvain.

—Se ha vuelto loco. Su mente se ha quebrado bajo la presión del trabajo.

Furvain sacudió la cabeza.

—No, creo que aún sigo cuerdo. Pero no puedo seguir con ello, eso seguro. Y una vez que llegué a tal conclusión, presentí que era mejor destruir el poema incompleto. —Con una voz baja y sin emociones le explicó a Kasinibon todo lo que había pasado por su mente en la última media hora.

Kasinibon le escuchó sin interrumpirle. Después se quedó un silencio largo rato. Al final, mirando la ventana por encima del hombro de Furvain y hablando en un tono tenso, vació y apenas audible, dijo:

—Tengo que hacerle una confesión, Furvain. El dinero de su rescate llegó hace una semana. De su amigo el Duque. Tenía miedo de decírselo, porque quería que antes terminara el poema, y sabía que nunca lo haría si le dejaba volver a Dundilmir. Pero veo que estaba equivocado. No tengo derecho a retenerle aquí por más tiempo. Haga lo que desee, Furvain. Váyase, si quiere. Lo único que le ruego es que me permita conservar lo que ha escrito. Deje que guarde una copia cuando se vaya.

—Quiero destruirlo —dijo Furvain.

Los ojos de Kasinibon se encontraron con los de Furvain. Con más fuerza, empleando la vieja voz de látigo del caudillo bandido, replicó:

—No. Se lo prohíbo. Démelo libremente, o lo confiscaré sin más.

—Entonces, según veo, sigo siendo un prisionero —dijo Furvain con una sonrisa—. ¿Ha recibido de verdad el dinero del rescate?

—Lo juro.

Furvain asintió. Fue su turno de quedar en silencio. Le dio la espalda a Kasinibon y miró al exterior, hacia las sanguinolentas aguas del lago.

¿De verdad era tan imposible finalizar el poema?

El vértigo le inundó por un momento y se dio cuenta de que en su interior se movía alguna fuerza inesperada. La confesión avergonzada de Kasinibon había abierto una brecha en el estado de cosas. Ya no se sentía como si estuviera ante una barrera infranqueable. De súbito, el camino estaba abierto, y el noveno canto estaba a su alcance, después de todo.

No hacía falta que contuviera la respuesta al problema de los cambiaspectos. Desde los días de Stiamot, cuarenta siglos de Coronas y Pontífices había fallado

en su intento de resolver el conflicto. ¿Por qué iba un simple poeta a hacerlo? Las cuestiones gubernamentales no eran responsabilidad suya. Escribir poesía sí. En *El libro de los cambios*, le había dado a Majipur un espejo que mostraría al mundo su pasado; no era de su incumbencia proporcionar también un futuro. Al menos, no de forma tan explícita. Dejaría que el futuro se descubriera a sí mismo con el paso del tiempo.

*Supongamos, pensó, supongamos... Supongamos que termino el poema con una profecía, una visión críptica de un trágico rey de los años que están por venir, un rey que sea, al igual que Stiamot, un hombre de paz que debe librar una guerra, y que sufrirá enormemente las angustias de su reinado.* Le llegaron fragmentos de frases: *Un rey dorado... una corona en el polvo... el abrazo sagrado de los enemigos declarados...* ¿Qué significaba? No tenía ni idea. Pero no le hacía falta. Solo necesitaba cómo escribirlo. Ofrecer la esperanza de que en algún siglo futuro llegaría un monarca inimaginable que uniría bajo su mano las fuerzas de la guerra y la paz de una forma que equilibrase con precisión el sufrimiento y las hazañas de Stiamot, que pusiese punto y final a la inestabilidad del bienestar común, consecuencia inevitable del pecado original de arrebatarle el planeta a sus habitantes nativos. Acabar el poema con la idea de que la reconciliación era posible. No explicar cómo se lograría: simplemente decir que tal logro puede producirse.

En aquel momento, Furvain supo no solo que podría llegar al final, sino que debía hacerlo, que era su deber, y que aquel era el único lugar donde podría conseguirlo. Allí, bajo el ojo vigilante de su implacable captor y guardián. Jamás lo concluiría de vuelta en Dundilmir, donde, ineludiblemente, regresaría a la ociosidad de sus viejos días.

Se dio la vuelta, reunió una copia del manuscrito que incluía todo lo que había escrito, y se lo pasó a Kasinibon por encima de la mesa.

—Este es para usted —dijo—. Guárdelo. Léalo, si quiere. Solo le pido que no me diga una palabra sobre él hasta que le dé permiso.

Kasinibon cogió el paquete en silencio, apretó las páginas contra su pecho y cruzó los brazos sobre ellas. Entonces, Furvain dijo:

—Devuelva el dinero a Tanigel. Dígale al Duque que ha pagado demasiado pronto. Me quedará aquí un poco más. Y envíele esto. —Cogió del gran montón de papel de la mesa una de las copias extras del texto acabado del canto de Stiamot y se la dio—. Para que pueda ver en qué ha estado ocupado todo este tiempo en las tierras del este su viejo y perezoso amigo Furvain, ¿eh? —Furvain sonrió—. Y ahora, Kasinibon, por favor... si me deja regresar a mi trabajo...

# FORASTERA

Diana Gabaldon



# FORASTERA

Diana Gabaldon

Forastera (1991)  
Atrapada en el tiempo (1991)  
Viajera (1993)  
Tambores de otoño (1996)  
La cruz ardiente (2001)  
Viento y ceniza (2005)  
Ecos del pasado (2009)

En 1946, justo después de la 2ª Guerra Mundial, una joven llamada Claire Beaucham Randall viaja hasta las tierras altas escocesas en su segunda luna de miel. Ella y su marido, Frank, han estado separados por la guerra, él como oficial del ejército británico, ella como enfermera en el frente, y están reanudando su relación, reconstruyendo su matrimonio, y pensando en forjar una familia. Estos planes sufren un inconveniente cuando Claire, paseando a solas una tarde, entra en un círculo de piedras verticales y desaparece.

La primera persona que se encuentra, después de recuperar la posesión de sus facultades, es un hombre con uniforme de oficial del ejército inglés del siglo dieciocho un hombre que guarda un parecido sorprendente con su marido Frank. Esto último tampoco es sorprendente, ya que el capitán Jonathan Randall es el tataro tatarabuelo de su marido. Sin embargo, Jack el Negro, como se le conoce, no se parece a su descendiente en términos de personalidad, siendo como es un sádico pervertido bisexual, y al tiempo que intenta escapar de él, Claire cae en manos de un grupo de escoceses de las tierras altas que también desean evitar al capitán por sus propios motivos.

Los hechos culminan con Claire siendo obligada a casarse con Jamie Fraser, un joven de las tierras altas, para conseguir escapar de las garras de Jack el Negro Randall. Con la esperanza de huir de los escoceses el tiempo suficiente para regresar al círculo de piedras y a Frank, Claire accede... solo para descubrir que poco a poco se ha enamorado de Jamie.

La saga *Forastera* es la historia de Claire, Jamie, Frank, y un complicado matrimonio doble que ocupa dos siglos. También es la historia del Levantamiento Jacobita en tiempos del príncipe Carlos, el final de los clanes de las tierras altas, y la huida de sus habitantes tras la matanza de Culloden hacia el refugio y las promesas del Nuevo Mundo, un mundo que promete ser tan peligroso como el viejo. Y de paso, la saga *Forastera* es una exploración de los matices, funcionamiento y complejidades morales de los viajes en el tiempo y la historia.

La saga abarca cientos de personajes. Entre ellos, uno de los más complejos e interesantes es lord John Grey, a quien ya encontramos en *Atrapada en el tiempo*, y que vuelve a aparecer en los siguientes libros de la serie. Hombre homosexual en una época en que esa particular predilección puede acabar con uno colgando, lord John es una persona acostumbrada a guardar secretos. También es un hombre de honor y profundos sentimientos (sean correspondidos o no).

Las aventuras de lord John son interpolaciones en el guión principal de las novelas de *Forastera*; siguen la misma línea temporal (compleja como es) y relaciona el mismo universo y las mismas personas, pero centradas en el personaje de lord John Grey.

# LORD JOHN Y EL SÚCUBO

Nota histórica: Entre 1756 y 1763, Gran Bretaña se unió a sus aliados, Prusia y Hannover, para combatir a las fuerzas combinadas de Austria, Sajonia y un antiguo enemigo de Inglaterra, Francia. En el otoño de 1757, el Duque de Cumberland fue obligado a rendirse en Kloster Zeven, dejando temporalmente hechos añicos a los ejércitos aliados, y a las fuerzas de Federico el Grande de Prusia rodeadas por las tropas francesas y austriacas.

## 1

### La Muerte monta un caballo pálido

El alemán de Grey estaba mejorando a pasos agigantados, pero apenas era suficiente para la tarea actual.

Después de un largo y aburrido día de lluvia y papeleo, le había llegado el sonido de una disputa a voces en el pasillo del exterior de su oficina, y la cabeza del soldado de primera Helwig apareció en su puerta, mostrando una expresión de disculpa.

—¿Comandante Grey? —dijo—. *Ich habe ein kleine Englische-Problem.*

Un momento después, el soldado de primera Helwig había desaparecido por el pasillo como una anguila que se deslizaba por el cieno, y el comandante John Grey, enlace inglés con el Primer Regimiento de Infantería Suaba, se encontró a sí mismo arbitrando una discusión a tres bandas entre un soldado inglés, una prostituta gitana y el dueño prusiano de una taberna.

«Un pequeño problema con el inglés», había dicho Helwig. El problema, según pudo comprobar Grey, era la falta de inglés.

El tabernero hablaba el dialecto local con tanta fluidez y velocidad que Grey no comprendía más que una palabra de cada diez. El soldado inglés, quien como era normal no sabía más alemán que «*Ja*», «*Nein*» y las dos o tres frases sencillas necesarias para llevar a cabo transacciones inmorales, estaban tan furioso que tampoco acertaba a hacerse comprender en su propia lengua.

La gitana, cuyos abundantes encantos apenas se veían mermados por la falta de un diente, hablaba el alemán que más se acercaba a las nociones de gramática de Grey, aunque su vocabulario era más colorido y detallado.

Empleando ambas manos para detener la farfulla del soldado y el torrente de palabras del prusiano, Grey concentró su atención en las explicaciones de la gitana, tomando mientras tanto en consideración y con cuidado la fuente, lo cual implicaba descontar lo básico de la mayoría de lo que decía.

—¡...y entonces el asqueroso cerdo inglés puso sus (incomprensible expresión coloquial) en mis (palabra gitana desconocida)! Y luego...

—¡Dijo... dijo... que lo haría por seis peniques, señor! Eso dijo, pero, pero entonces...

—Estos-perros-bárbaros-cerdos-tiraron-la-mesa-y-la-pata-se-rompió-y-los-platos-se-rompieron-también-incluso-mi-fuente-grande-que-costó-seis-thalers-en-la-Feria-de-San-Martín-y-la-carne-se-echó-a-perder-al-caerse-al-suelo-y-aunque-no-hubiera-sido-así-los-perros-cayeron-sobre-ella-gruñendo-y-me-mordieron-cuando-intenté-quitarsela-de-su-alcance-y-todo-ese-tiempo-estas-viles-personas-estaban-copulando-como-sucios-zorros-en-el-suelo-y-luego...

Finalmente se alcanzó un acuerdo, cuando Grey exigió que los tres sacaran el dinero que en ese momento tenía en mano. Una cierta cantidad de reticencia, miradas y pantomimas dramáticas de búsqueda de bolsillos había resultado en tres pequeños montones de plata y cobre que él reagrupó en términos de tamaño y valor metal, sin referencia al sistema monetario actual, ya que allí estaban incluidas divisas de al menos seis principados diferentes.

Echando un vistazo al conjunto de la gitana, que incluía pendientes de oro y un simple pero ancho anillo de oro alrededor del dedo, asignó con rudeza montones iguales a ella y al soldado, cuyo nombre, una vez preguntado, resultó ser Bodger.

Asignó una montón ligeramente mayor al tabernero, miró con el ceño fruncido a los tres contendientes, señaló con el dedo el dinero, e hizo un gesto por encima de su hombro con el pulgar, indicando que debían coger el dinero y largarse mientras siguiera en posesión de su carácter.

Así lo hicieron, y almacenando en su cabeza una más que interesante maldición gitana para futuras referencias, Grey regresó con tranquilidad a su correspondencia interrumpida.

26 de septiembre de 1757  
Para Harold, conde de Melton  
De lord John Grey  
Gurgelwitz, Reino de Prusia

Querido lord:

En respuesta a tu solicitud de información en lo tocante a mi situación, tengo el honor de informarte que estoy de maravilla. Mis tareas son... [Hizo una pausa, meditó, luego escribió «interesantes», y sonrió ligeramente para sí mismo ante el pensamiento de la interpretación que



Hal podría darle a aquello]... y las condiciones son agradables. Estoy acuartelado con otros oficiales ingleses y alemanes en la casa de la princesa von Lowenstein, viuda de un noble menor prusiano, dueña de una elegante hacienda cerca de la ciudad.

Aquí tenemos dos regimientos ingleses: el 35° de sir Peter Hicks, y la mitad del 52° de Artillería. Me han dicho que el coronel Ruysdale está al mando, pero aún no le he conocido, ya que el 52° ha llegado hace solo unos días. Mientras que los suabos con quienes estoy destinado y cierto número de tropas prusianas ocupan todas las dependencias disponibles en la ciudad, los hombres de Hicks están acampados hacia el sur; Ruysdale está al norte.

Se nos ha informado de que las tropas francesas se encuentran a menos de treinta kilómetros, pero no esperamos problemas en breve. Sin embargo, avanzado como está el año, la nieve llegará pronto, e interrumpirá los combates; puede que intenten una última ofensiva antes de que llegue el invierno. Sir Peter me ruega que te envíe sus respetos.

Mojó otra vez su pluma, y cambió de tema.

Mis agradecimientos a tu buena esposa por la ropa interior, de calidad superior a la que puede encontrarse por aquí.

En aquel punto, se vio obligado a cambiar la pluma a la mano izquierda, para rascarse con ferocidad el interior de su muslo izquierdo. Llevaba un par de productos locales alemanes bajo los calzones, y aunque estaban bien limpios y libres de infecciones de bichos, estaban fabricados de lino barato y parecían haber sido almidonados con alguna sustancia derivada de la patata, la cual era en extremo irritante. Devolvió la pluma a su mano derecha y concluyó.

Dile a nuestra madre que sigo intacto, y no me muero de hambre. Más bien lo contrario, de hecho; la princesa von Lowenstein tiene una cocinera excelente.

Muy afectuosamente, tu hermano

J.

Selló la carta con un golpe enérgico de su tampón de media luna, bajó uno de los libros mayores y un montón de informes, y comenzó el trabajo mecánico de registrar muertes y desertiones. Había una epidemia de disentería entre los hombres; más de una veintena de muertos en las últimas dos semanas.

El pensamiento le trajo a la mente las últimas palabras de la mujer gitana. Hizo referencia a la sangre y al vientre, aunque temía haberse perdido algunos de los refinamientos. ¿Pudiera ser que tratara de maldecirlo con la disentería?

Hizo una pausa momentánea y jugueteó con la pluma. Era bastante inusual que esa enfermedad tuviera lugar en un clima frío; era más común en un verano cálido, mientras que el invierno es la estación de la tisis, el catarro, la gripe y la fiebre.

No era muy propenso a creer en maldiciones, aunque sí que creía en el veneno. Una puta tenía abundantes oportunidades de administrar veneno a sus clientes, mas... ¿con qué fin? Pasó a otra carpeta de informes y pasó las páginas al azar, pero no vio ningún incremento en los informes de robos o de objetos perdidos... y los compañeros de los soldados muertos habrían tomado nota de todo. Las pertenencias de un hombre eran vendidas en subasta a su muerte, y el dinero usado para pagar sus deudas y para enviárselo a la familia (si quedaba algo).

Colocó la carpeta en su sitio y se encogió de hombros, desechándolo. La enfermedad y la muerte seguía de cerca los pasos de un soldado, sin importar la estación ni la maldición de una gitana. Sin embargo, puede que mereciera la pena advertir al soldado Bodger que tuviera cuidado con lo que comía, en particular si estaba en compañía de cascos ligeros y otras mujeres dudosas.

Una suave lluvia había empezado a caer de nuevo en el exterior, y su golpeteo contra los cristales combinado con el relajante ruido del pasar de páginas y del garabateo de las plumas le produjo una placentera sensación de amodorramiento. El sonido de unos pasos en la escalera de madera le sacó de su estado de trance.

El capitán Stephan von Namtzen, landgrave de Erdberg, introdujo su apuesta cabeza rubia por el hueco de la puerta, agachándose de manera automática para evitar dejarse los sesos en el dintel. El caballero que le seguía no tuvo tal dificultad, ya que era unos treinta centímetros más bajo.

—Capitán von Namtzen —dijo Grey mientras se ponía en pie con amabilidad—. ¿Puedo serle de ayuda?

—Vengo con el señor Blomberg —dijo Stephan en inglés, señalando al pequeño, redondo y nervioso individuo que le acompañaba—. Desea tomar prestado vuestro caballo.

—¿Cuál de ellos? —Grey se había visto lo bastante sorprendido por aquello como para preguntar eso en lugar de «¿Quién es el señor Blomberg?», o «¿Para qué quiere el caballo?».

La primera de las cuestiones era, en cualquier caso, bastante académica; el señor Blomberg llevaba una elaborada cadena de oficial sobre su cuello, fabricada con eslabones anchos y planos de esmalte y grabados de oro, y de la cual pendía una estrella de siete puntas que rodeaba una placa de esmalte con alguna escena de interés histórico pintada en ella. Los botones repujados de plata de la chaqueta y las hebillas de los zapatos de Blomberg se bastaban para proclamar su riqueza; la cadena de oficial confirmaba simplemente su importancia como laico, más que como noble.

—El señor Blomberg es el burgomaestre de la ciudad —explicó Stephan, abordando los asuntos en un estrictamente lógico orden de importancia, como era su costumbre—. Necesita un semental blanco, para poder encontrar y destruir un súcubo. Alguien le ha mencionado que usted posee un caballo de tales

características —concluyó, frunciendo el ceño ante la temeridad de quien fuera que había estado compartiendo dicha información.

—¿Un súcubo? —preguntó Grey, reorganizando de manera automática el orden lógico de su discurso, como era su costumbre.

El señor Blomberg no hablaba inglés, pero era evidente que reconoció la palabra, ya que asintió con vigor, lo que hizo que su peluca pasada de moda se moviera de su sitio. Se lanzó a un discurso apasionado, acompañado de mucha gesticulación.

Con ayuda de Stephan, Grey entendió que la ciudad de Gurgelwitz había sufrido recientemente una serie de misteriosos y turbadores hechos, los cuales implicaban a cierto número de hombres que afirmaban haber sido víctimas de acoso por parte de una mujer de aspecto demoníaco mientras dormían. Para cuando tales eventos llegaron a reclamar la atención del señor Blomberg, la situación ya era seria: un hombre había muerto.

—Desgraciadamente —añadió Stephan, todavía en inglés—, el hombre muerto es de los nuestros. —Apretó los labios, expresando su disgusto por la situación.

—¿Nuestros? —preguntó Grey sin estar seguro de lo que la palabra implicaba, aparte de que la víctima había sido un soldado.

—Mío —aclaró Stephan, con apariencia molesta—. Uno de los prusianos.

El landgrave de Erdberg tenía trescientos soldados de infantería suabos, reclutados en sus propias tierras, equipados y financiados con su fortuna personal. Además, el capitán von Namtzen comandaba dos compañías adicionales de caballería prusiana, y temporalmente estaba al mando de los restos de una compañía de artillería cuyos oficiales habían muerto todos en el brote de disentería.

Grey deseaba oír más detalles concernientes a la inmediata muerte y, más aún, a las visitas demoníacas, pero sus preguntas al respecto fueron interrumpidas por el señor Blomberg, quien se estaba poniendo más nervioso por momentos.

—Pronto oscurecerá —apuntó el burgomaestre en alemán—. No queremos caer en una tumba abierta, con la humedad que hace.

—*Ein offnen Grab?* —repitió Grey, sintiendo que un repentino escalofrío le subía hasta la nuca.

—Así es —dijo Stephan, con un gesto de malhumorada aquiescencia—. Sería terrible que su caballo se rompiera una pata. Es una criatura espléndida. Venga, vayamos.

—¿Qué es un s-súcubo, mi señor? —Los dientes de Tom Byrd castañeteaban, en gran parte por el frío. El sol se había puesto hacía rato, y estaba lloviendo con más intensidad. Grey podía sentir cómo la humedad atravesaba los hombros de su abrigo de oficial; la fina chaqueta de Byrd ya estaba empapada, y se pegaba al achaparrado torso del joven valet como el papel del carnicero que rodea una pieza de carne.

—Creo que es una especie de... espíritu femenino —dijo Grey, evitando con cuidado el término «demonio», más evocativo. Las verjas del cementerio se abrían

ante ellos como fauces, y la oscuridad de detrás parecía en extremo siniestra. No había necesidad de aterrorizar al muchacho por nada.

—A los caballos no les gustan los fantasmas —dijo Byrd, truculento—. Todo el mundo sabe eso, mi señor.

Se envolvió con los brazos, temblando, y se acercó a Karolus, quien sacudió sus crines como si estuviera de acuerdo y salpicara de agua aposta a Grey y Byrd.

—¿Estás seguro de que no crees en fantasmas, Tom? —dijo Grey con intención de tranquilizar las cosas de manera jocosa. Se apartó un mechón de cabellos rubios empapados de la cara, deseando que Stephan se diera prisa.

—No es cuestión de lo que yo crea, mi señor —replicó Byrd—. ¿Y si el fantasma de esa señora sí que cree en nosotros? ¿Y quién es ella, por cierto? —La linterna que llevaba chisporroteó de forma irregular por la humedad, a pesar del fanal. Su tenue luz fracasaba en su intento de iluminar más que una vaga silueta del muchacho y del caballo, pero de modo perverso incidía en el brillo de sus ojos, confirniéndoles una inquietante apariencia sobrenatural, como de fantasmas.

Grey desvió la vista, buscando a Stephan y al burgomaestre, quien había ido a reunir un grupo de excavadores. Se produjo un movimiento en el exterior de la taberna, solo visible desde el extremo opuesto de la calle. Estaba claro que era Stephan. Era más probable que los hombres con una buena cantidad de cerveza en el buche estuvieran más entusiasmados ante el panorama actual que los sobrios.

—Bueno, yo no creo que sea precisamente cosa de fantasmas —dijo—. No obstante, las creencias alemanas parecen sostener que el súcubo... er... el espíritu femenino... puede poseer el cuerpo de una persona recientemente muerta.

Tom echó un vistazo a las negras profundidades del camposanto, y volvió a mirar a Grey.

—¿Oh? —dijo.

—Ah —replicó Grey.

Byrd se bajó el ala de su sombrero sobre la frente y se subió el cuello del abrigo hasta las orejas, sujetando las bridas del caballo cerca del pecho. Nada de su redonda cara quedaba al descubierto, a excepción de una boca con las comisuras hacia abajo, lo cual era elocuente.

Karolus pateó el suelo con una pezuña, cambió el peso de pata y dio un pequeño tirón con la cabeza. No parecían importarle ni la lluvia ni el cementerio, pero se estaba poniendo impaciente. Grey palmeó el grueso cuello del semental, confortándose con la sólida sensación de la firme y fría piel y del enorme cuerpo. Karolus giró la cabeza y le dio un soplado de aire caliente en la oreja, con afecto.

—Ya casi está —dijo en tono tranquilizador, entrelazando los dedos en las crines empapadas del animal—. Escucha, Tom. Cuando el capitán von Namtzen llegue con sus hombres, Karolus y tú caminaréis delante muy despacio. Lo guiarás arriba y abajo por todo el cementerio. Mantente unos metros delante de él, pero lleva floja la brida.

La razón de este proceder, desde luego, era evitar que Karolus cayera sobre una lápida o en una tumba abierta, dejando que Tom lo hiciera primero. Lo ideal, según había entendido Grey, sería soltar al caballo por el cementerio y dejar que

vague sobre las tumbas a voluntad, pero ni Stephan ni él deseaban arriesgar las valiosas patas de Karolus en la oscuridad.

Había sugerido esperar hasta la mañana, pero el señor Blomberg fue insistente. El súcubo debía ser encontrado, sin demora. Grey sentía mucha curiosidad por escuchar los detalles de los ataques, pero lo más que le habían contado era que el soldado Koenig había sido encontrado muerto en los barracones, y su cuerpo tenía marcas que dejaban clara su forma de morir. *¿Qué marcas?*, se preguntaba Grey.

Gracias a su educación clásica, había leído acerca de los incubos y los súcubos, pero le habían enseñado a considerar tales referencias como supersticiones pintorescas, del tipo de otras populares supercherías medievales como santos que caminaban con la cabeza en las manos o estatuas de la Virgen cuyas lágrimas curaban a los enfermos. Su padre había sido un racionalista, un observador de las vías de la naturaleza y un firme creyente en la lógica de los fenómenos.

Sin embargo, sus dos meses de estancia entre los suabos le habían enseñado que eran profundamente supersticiosos; más incluso que los soldados ingleses comunes. Hasta Stephan guardaba en todo momento la pequeña imagen grabada de alguna deidad pagana sobre su persona, para que le protegiera de ser alcanzado por un rayo, y los prusianos parecían abrigar creencias semejantes, a juzgar por la actitud del señor Blomberg.

El grupo de excavadores se abrió camino sendero arriba, reluciente a causa de las chisporroteantes antorchas, entonando fragmentos de canciones. Karolus resopló en sus oídos. Según le habían dicho a Grey, al caballo le encantaban los desfiles.

—Bueno, en fin. —Stephan surgió a su lado de repente, desde la oscuridad. Parecía encantado consigo mismo bajo el ala ancha de su sombrero—. *¿Todo preparado, comandante?*

—Sí. Adelante pues, Tom.

Los excavadores, en su mayoría trabajadores armados con palas, azadas y azadones, iban detrás, tambaleándose como ebrios y pisándose los zapatos los unos a los otros. Tom, con la linterna sostenida con delicadeza delante, a la manera de una antena de insecto, dio varios pasos al frente y luego se detuvo. Se volvió, tirando de la brida.

Karolus permaneció en pie, negándose a moverse.

—Se lo dije, mi señor —dijo Byrd, sonando más animado—. A los caballos no les gustan los fantasmas. Mi tío tuvo una vez un viejo caballo de tiro que jamás daba un paso dentro de un cementerio. Teníamos que dar un rodeo para pasarlo.

Stephan hizo un sonido de disgusto.

—No es un fantasma —dijo caminando al frente con su prominente barbilla bien alzada—. Es un súcubo. Un demonio. Es muy diferente.

—*¿Daemon?* —dijo uno de los excavadores cuando entendió la palabra. De repente, parecía indeciso—. *¿Ein Teufel?*

—*¿Un demonio?* —dijo Tom Byrd, y le dedicó a Grey una mirada de profunda traición.

—Algo por el estilo, creo —dijo Grey, y tosió—. Si es que tal cosa existe, lo cual pongo en duda.

Un escalofrío de incertidumbre pareció sobrecoger al grupo a causa de la demostración de reticencia del caballo. Hubo murmullos y susurros, y las cabezas se giraron para volver a mirar en la dirección de la taberna.

Stephan, quien hacía caso omiso de esta tendencia a la pusilanimidad en sus tropas, palmoteó el cuello de Karolus y le habló en alemán tratando de animarlo. El caballo bufó y arqueó el cuello, pero continuó resistiéndose a los tirones de brida de Tom Byrd. A cambio, volvió la enorme cabeza hacia Grey, haciendo tropezar a Byrd. El chico perdió las bridas, se bamboleó desequilibrado, intentando en vano sostener la linterna, y finalmente resbaló sobre una piedra sumergida en el barro. Aterrizó sobre sus nalgas con un violento ruido de chapoteo.

Este contratiempo tuvo el saludable efecto de causar en los excavadores un rugido de carcajadas, lo que hizo que recuperaran el ánimo. Varias de las antorchas se habían extinguido para entonces por la lluvia, y todo el mundo estaba completamente empapado, pero de los bolsillos empezaron a salir petacas de piel de cabra y jarras de cerámica que fueron ofrecidas a Tom Byrd como reconstituyente. Luego se las pasaron entre los demás con camaradería.

El mismo Grey tomó un largo trago del fuerte licor de ciruelas, se lo pasó al siguiente, y tomó una decisión.

—Yo lo montaré.

Antes que Stephan pudiera protestar, Grey se agarró fuerte a las crines de Karolus y tomó impulso para subirse al ancho lomo del semental. Karolus pareció encontrar tranquilizador el peso familiar de Grey. Las grandes orejas blancas, que habían estado apuntando suspicaces a ambos lados, volvieron a alzarse, y el caballo empezó a caminar de bastante buena gana ante el toque de los pies de Grey en sus costados.

Tom también se serenó bastante, y corrió para coger la brida. Se produjo una algarabía de celebración por parte de los excavadores, y el grupo se puso en movimiento con lentitud a través de las enormes verjas.

El cementerio parecía mucho más oscuro desde dentro que desde fuera. También mucho más silencioso. Las bromas y los chascarrillos de los hombres se extinguieron y llegó un silencio inquietante, roto tan solo por los juramentos ocasionales de alguno cuando tropezaba con una lápida en la penumbra. Grey podía oír el repiqueteo de la lluvia sobre el ala de su sombrero, y el sonido de succión y pisadas de las pezuñas de Karolus mientras andaba obediente por el cieno.

Aguzó la vista para ver lo que había delante, más allá del débil círculo de luz arrojado por la linterna de Tom. Estaba oscuro como la pez, y tenía frío, a pesar del refugio de su abrigo. La humedad estaba aumentando y salía una bruma del suelo. Podía ver cómo jirones de esta hacían círculos entre las botas de Tom, para desaparecer a la luz de la linterna. La mayor parte acababa en una neblina espeluznante que rodeaba las lápidas mohosas de las tumbas desatendidas, las cuales se inclinaban como dientes podridos en sus alvéolos.

La teoría, como se la habían explicado, era que un semental blanco tenía el poder de detectar la presencia de lo sobrenatural. El caballo se detendría ante la

tumba del súcubo, con lo cual podrían abrirla y tomar los pasos necesarios para destruir a la criatura.

Grey encontraba cantidad de pegas lógicas a esa proposición, y la mayor de todas era, aparte de la cuestión de la existencia de los súcubos y de por qué un caballo inteligente querría tener nada que ver con uno, que Karolus no elegía su propio camino. Tom hacía lo que podía para mantener la brida floja, pero con solo sujetarla el caballo iba simplemente a seguirle.

Por otro lado, reflexionó, era probable que Karolus no se detuviera en ningún sitio mientras Tom siguiera caminando. De ser así, el resultado final de aquel ejercicio solo sería que se perderían sus cenas y quedarían completamente mojados y helados de frío. Sin embargo, supuso que se mojaría más si se veían obligados a abrir tumbas y a continuación ejecutar el ritual...

Una mano le cogió de la pantorrilla y se mordió la lengua, lo cual fue una suerte porque evitó que gritara.

—¿Está bien, comandante? —Era Stephan, como una aparición a su lado, alto y oscuro en su capa de lana. Se había quitado su casco empenachado, y llevaba un sombrero de ala ancha para protegerse de la lluvia. Eso le hacía parecer menos impresionante y más accesible.

—Claro —dijo Grey, dominando sus nervios—. ¿Cuánto tiempo tenemos que hacer esto?

Von Namtzen encogió un hombro.

—Hasta que el caballo se pare, o hasta que el señor Blomberg quede satisfecho.

—Hasta que el señor Blomberg empiece a tener ganas de cenar, querrá decir. —Podía oír la voz del burgomaestre a cierta distancia detrás, elevada por la exhortación y la confianza.

Un jirón blanco de aliento se elevó desde debajo del ala del sombrero de Namtzen, y la risa detrás de él apenas fue audible.

—Es más... ¿resuelto?... de lo que pueda suponer. Es su deber, el bienestar de la ciudad. Resistirá tanto como usted, se lo aseguro.

Grey apretó su lengua mordida contra el cielo de la boca, para evitar comentarios imprudentes.

La mano de Stephan seguía aferrada a su pierna, justo por encima de la caña de su bota. Con el frío que hacía, no sintió ningún calor ante el contacto, pero la presión de la gran mano suponían un consuelo y algo más.

—El caballo... va bien, *nicht wahr?*

—Es maravilloso —dijo Grey con total sinceridad—. De nuevo, le doy las gracias.

Von Namtzen sacudió su mano libre quitando importancia al comentario, pero hizo un sonido de satisfacción, grave, desde la garganta. Había insistido, contra las protestas de Grey, en hacer del semental un regalo para Grey, «como muestra de nuestra alianza y amistad», había dicho con firmeza, palmoteando a Grey entre los hombros y dándole un abrazo fraternal, besándole formalmente en ambas mejillas y la boca. Al menos, Grey estaba obligado a considerarlo un abrazo fraternal, hasta que las circunstancias le probaran otra cosa.

Pero la mano de Stephan seguía agarrada a su muslo, oculta bajo el faldón de su sobretodo.

Grey observó el bulto achaparrado de la iglesia, una masa negra que emergía detrás del cementerio.

—Me sorprende que el pastor no esté con nosotros. ¿Desaprueba esta... excursión?

—El pastor está muerto. Algún tipo de fiebre, *ein flus*, hace más de un mes. Nos enviarán otro desde Strausberg, pero no ha llegado aún. —Sería un pequeño milagro; hay un gran número de tropas francesas entre Strausberg y la ciudad. El viaje sería complicado, si no imposible.

—Ya veo. —Grey miró por encima de su hombro. Los excavadores se habían detenido para abrir otro jarro. Sus antorchas parpadeaban con la distracción del momento.

—¿Cree usted en este... este súcubo? —preguntó, cuidando de mantener bajo el volumen.

Para su sorpresa, von Namtzen no contestó de inmediato. Al final, el suabo inspiró hondo y encorvó sus anchos hombros en un gesto que no llegaba al encogimiento.

—De vez en cuando, he visto... cosas extrañas —dijo von Namtzen con voz muy baja—. En particular, en este país. Y después de todo, hay un hombre muerto.

La mano de su pierna le apretó con brevedad y se soltó, enviando una pequeña onda de sensaciones que subió por la espalda de Grey.

Tomó una bocanada de aire frío, pesado, teñido por el vapor, y tosió. Era como el hedor de una tumba, pensó, y después deseó que no se le hubiera ocurrido ese pensamiento.

—Confieso que hay una cosa que no comprendo —dijo, enderezándose sobre la silla de montar—. Un súcubo es un demonio, si no me equivoco. ¿Cómo es, entonces, que tal criatura se refugia en un cementerio, en tierra consagrada?

—Oh —dijo von Namtzen, sorprendido de que no fuera obvio—. El súcubo toma posesión del cuerpo de una persona muerta, y descansa de día dentro de él. Desde luego, tal persona debe ser corrupta y malvada, llena quizá de depravación y perversión. Así que el súcubo encontrará un refugio apropiado incluso en un cementerio.

—¿Cuánto tiempo ha de hacer que la persona ha muerto? —preguntó Grey. Con toda seguridad, su paseo sería más eficiente si iban directamente a las tumbas más recientes. Por lo poco que podía ver a la luz de la linterna de Tom, la mayoría de las lápidas de las cercanías llevaban allí décadas, si no siglos.

—Eso no lo sé —admitió von Namtzen—. Algunos dicen que el propio cuerpo se levanta con el súcubo; otros que el cuerpo permanece en la tumba, y que por la noche el demonio viaja por el aire como un sueño, a la búsqueda de hombres que duerman.

La silueta de Tom Byrd no se distinguía en la niebla cerrada, pero Grey veía sus hombros alzados, casi tocando el ala de su sombrero. Volvió a toser, y se aclaró la garganta.



—Ya veo. Y... er... exactamente, ¿qué van a hacer, si encontramos el cuerpo apropiado?

Aquí, von Namtzen pisaba terreno más seguro.

—Oh, muy sencillo —le aseguró a Grey—. Abriremos el ataúd, y atravesaremos el corazón del cadáver con una estaca de hierro. El señor Blomberg ha traído una.

Tom Byrd hizo un sonido inarticulado, que Grey juzgó que sería mejor ignorar.

—Ya veo —dijo. La nariz se le empezaba a humedecer por el frío, y se la limpió con la manga. Por lo menos ya no tenía hambre.

Continuaron en silencio durante un rato. El burgomaestre también se había callado, aunque los sonidos lejanos de chapoteo detrás de él le indicaban que el equipo excavador se mantenía leal, con la ayuda de más brandy.

—El hombre muerto —dijo por fin Grey—. El soldado Koenig. ¿Dónde fue encontrado? Y mencionó marcas en el cuerpo... ¿Qué tipo de marcas?

Von Namtzen abrió la boca para contestar, pero fue interrumpido. Karolus miró de repente a un lado, con los ollares muy abiertos. Luego lanzó su cabeza hacia arriba con un gran relincho de sorpresa que casi golpeó en el rostro a Grey. Al mismo tiempo, Tom Byrd pronunció un estridente grito, dejó caer la brida, y echó a correr.

El enorme caballo flexionó sus cuartos traseros, se retorció y saltó por encima de un pequeño ángel de piedra que se encontraba en su camino; Grey lo vio como una pálida aparición, pero no tuvo tiempo de preocuparse por ello antes de que pasase por debajo de las pezuñas extendidas del semental, quedando su boca de piedra abierta como si estuviera sorprendida.

Sin las bridas e incapaz de coger el ronzal, Grey no tenía otro recurso que aferrarse a las crines del caballo con ambas manos, apretar las rodillas y clavarse como un erizo. Se produjeron gritos y chillidos a su espalda, pero no tenía atención que perder en nada más que en el viento en sus oídos y la fuerza elemental entre sus muslos.

Se desplazaron como una bala de cañón que rebotara a través de la oscuridad, golpeando el suelo e impulsándose por los aires. Parecían cubrir kilómetros con cada zancada. Se inclinó hacia delante y se sujetó aún más, mientras las crines le azotaban la cara como ortigas punzantes. La respiración del caballo sonaba alta en sus oídos. ¿O era la suya?

A través de sus ojos llorosos, divisó una luz que titilaba en la distancia, y se percató de que se dirigían a la ciudad. En su camino había una pared de piedra de casi dos metros; tan solo esperaba que el caballo se diera cuenta a tiempo.

Lo hizo; Karolus patinó al detenerse, y a su alrededor se elevaron terrones de barro y hierba marchita mientras Grey se tambaleaba sobre el cuello del animal. El caballo se encabritó, volvió a bajar, giró con brusquedad, trotó varios metros, y ralentizó su marcha hasta el paso, sacudiendo la cabeza como si intentase liberarse de las bridas que colgaban de él.

Con las piernas temblando como si tuvieran fiebre, Grey desmontó, y con unos dedos entumecidos por el frío, cogió la brida.

—¡Enorme bastardo blanco! —dijo, colmado por la alegría de haber sobrevivido, y rió—. ¡Eres endemoniadamente maravilloso!

Karolus se tomó el cumplido con elegancia tolerante, y le dio un empujón, resoplando con suavidad. Al caballo parecía habersele pasado el susto, fuese lo que fuese su origen. Esperaba que a Tom Byrd también.

Grey se apoyó en el muro, jadeando hasta que recuperó el aliento y su corazón desaceleró un poco. La excitación de la cabalgada seguía en él, pero ahora tenía un momento para dedicarle a otras cosas.

En el extremo alejado del cementerio, las antorchas se arracimaban juntas, alumbrando la niebla con un fulgor rojizo. Podía ver al grupo de excavadores, de pie y hombro con hombro en un corrillo, todos en actitud de extremo interés. En su dirección, apareció de entre la calina una alta figura negra, cuya silueta brillaba rojo por las antorchas que tenía detrás. Se llevó un susto momentáneo por lo siniestro de la figura y la oscura capa que flotaba a su alrededor... pero se trataba, por supuesto, del capitán von Namtzen.

—¡Comandante Grey! —le llamó von Namtzen—. ¡Comandante Grey!

—¡Aquí! —gritó Grey, encontrando el resuello. La silueta cambió ligeramente de dirección, apresurándose hacia él con largas y forzadas zancadas que zigzagueaban para evitar los obstáculos del camino. ¿Cómo, en nombre de Dios, había sido capaz Karolus de galopar por aquel terreno, sin romperse una pierna o el cuello de ambos?

—Comandante Grey —dijo Stephan, estrechándose ambos las manos con fuerza—. John, ¿se encuentra bien?

—Sí —dijo él, soltando su mano—. Sí, claro. ¿Qué ha ocurrido? Mi valet, el señor Byrd... ¿está bien?

—Se ha caído en un hoyo, pero no está herido. Hemos encontrado un cuerpo. Un hombre muerto.

Grey sintió una sacudida en el corazón.

—¿Qué...?

—No en una tumba —se apresuró el capitán a asegurarle—. Tumbado en el suelo, apoyando contra una de las lápidas. Su valet vio de repente el rostro del cadáver a la luz de su linterna, y se asustó.

—No me sorprende. ¿Es uno de los suyos?

—No. De los suyos.

—¿Cómo? —Grey levantó la vista hacia el suabo. La cara de Stephan no era más que un óvalo negro en la oscuridad. Apretó las manos de Grey con suavidad y las soltó.

—Un soldado inglés. ¿Viene?

Asintió, sintiendo el pesado aire gélido en el pecho. No era algo imposible; había regimientos ingleses al norte y al sur de la ciudad, a no más de una hora a caballo. Los hombres que no estaban de servicio vendrían a la ciudad en busca de bebida, dados y mujeres. Después de todo, esa era la razón de su propia presencia en el lugar: actuar como enlace entre los regimientos ingleses y los aliados alemanes.

El cuerpo tenía una apariencia menos horrible de lo que había supuesto; a pesar de estar muerto, el hombre parecía en paz, desplomado y medio sentado contra la rodilla de la estatua de piedra de una severa matrona que sostenía un libro. No había sangre ni heridas aparentes, y no obstante Grey sintió que el estómago le daba un vuelco.

—¿Le conoce? —Stephan le observaba con atención, con un rostro tan severo e inmaculado como los de aquellos monumentos conmemorativos de piedra.

—Sí. —Grey se arrodilló junto al cadáver—. Hablé con él hará solo unas horas.

Con delicadeza, puso el reverso de sus dedos contra la garganta del hombre. La carne muerta estaba empapada por la lluvia, pero aún caliente. Lo cual era muy poco agradable. Bajó la mirada, y vio los pantalones del soldado Bodger abiertos y la camisa por fuera, arrugada sobre sus muslos.

—¿Conserva aún su verga, o se la ha comido la cosa? —dijo una voz baja en alemán. Una débil risilla nerviosa recorrió al grupo de hombres. Grey apretó los labios y tiró hacia arriba del faldón de la camisa. El soldado Bodger estaba más que intacto, según estuvo encantado de comprobar. Al igual que los excavadores. Se produjo un claro suspiro de alivio común detrás de él.

Grey se puso en pie, consciente a la vez de su cansancio y su apetito, y de la lluvia que salpicaba sus hombros.

—Envolvedlo en una mortaja y traedle... —¿Dónde? El hombre muerto debía ser devuelto a su regimiento, pero no esa noche—. Traedlo al castillo. ¿Tom? Enséñales el camino; pídele al jardinero que te encuentre un cobertizo apropiado.

—Sí, señor. —Tom Byrd estaba casi tan pálido como el hombre muerto, y cubierto de cieno, pero de nuevo con el control sobre sí mismo—. ¿Me llevo el caballo, señor? ¿O montará usted en él?

Grey se había olvidado de Karolus por completo, y pareció confuso. ¿Adónde se había ido?

Era evidente que uno de los excavadores había captado y comprendido la palabra «caballo», ya que corrió un murmullo de «*Das Pfer*» por el grupo, y los hombres empezaron a mirar en derredor, alzando las antorchas y estudiando los cuellos.

Uno de ellos expelió un grito de excitación y apuntó a la oscuridad. Una gran mancha blanca se erigía a poca distancia.

—¡Está sobre una tumba! ¡Se ha quedado quieto! ¡Lo ha encontrado!

Aquello causó una corriente de inmediato nerviosismo; todo el mundo se puso en marcha, y Grey rezó para que el caballo no se alarmara y volviera a desbocarse.

No había peligro; Karolus estaba absorto mordisqueando los restos revenidos de varias guirnalda de flores, amontonadas al pie de una lápida imponente. Esta servía como centinela de un pequeño grupo de tumbas familiares, una de ella muy reciente, como mostraban las coronas y la tierra removida. Cuando la luz de las antorchas bañó la escena, Grey pudo leer con facilidad el nombre cincelado en negro sobre la piedra.

BLOMBERG.

Se encontraron Schloss Lowenstein iluminado con velas y fuegos de bienvenida, a pesar de la hora tardía de su regreso. Se había pasado bastante la hora de cenar, pero había comida en abundancia en el aparador, y Grey y von Namtzen se avituallaron por completo, interrumpiendo de cuando en cuando su festín improvisado para relatar las aventuras de la noche a los demás moradores de la casa, los cuales sentían gran curiosidad.

—¡No! ¿La madre del señor Blomberg? —La princesa von Lowenstein se apretó los dedos contra la boca, con los ojos abiertos por la divertida sorpresa—. ¿La vieja Agathe? ¡No me lo creo!

—Tampoco el señor Blomberg —le aseguró von Namtzen, cogiendo un muslo de faisán asado—. Él fue más... ¿vehemente? —Se giró hacia Grey con las cejas alzadas y volvió a mirar a la princesa, asintiendo con aplomo—. Vehemente.

Era cierto. Grey hubiese escogido «apopléjico» como mejor descripción, pero estaba seguro de que ninguno de los alemanes presentes conocía el término, y no tenía ni idea de cómo traducirlo. Todos hablaban inglés, como cortesía hacia los oficiales británicos presentes, los cuales incluían a un capitán de caballería llamado Billman, al coronel sir Peter Hicks y al teniente Dundas, un joven oficial escocés a cargo de una sección del servicio de cartografía.

—¡Esa señora era una santa, una santa absoluta! —protestó la anciana Lowenstein, santiguándose con piedad—. ¡No me lo creo, no puedo!

La joven princesa le echó una mirada fugaz a su suegra, y luego apartó la vista, encontrándose con los ojos de Grey. La princesa tenía los ojos azules, brillantes a causa de la luz de las velas, del brandy... y de su picardía.

La princesa era viuda desde hacía un año. A juzgar por el gran retrato sobre la repisa de la chimenea del salón, Grey vio que el difunto príncipe era unos treinta años mayor que su esposa; esta soportaba su pérdida con valentía.

—Madre mía —dijo, procurando parecer encantadora, a pesar de su ansiedad—. ¡Como si no fuese bastante con los franceses! ¿Ahora estamos siendo amenazados por demonios de pesadilla?

—Oh, usted está a salvo, señora, se lo aseguro —la tranquilizó sir Peter—. ¿Cómo no? ¿Con tantos caballeros galantes en la casa?

La anciana viuda miró a Grey, y dijo algo acerca de los caballeros en un alemán con mucho acento que Grey no acabó de comprender, pero la princesa se sonrojó como una peonía en flor y von Namtzen, al alcance del oído, se atragantó con un trago de vino.

El capitán Billman palmoteó solícito la espalda del suabo.

—¿Hay noticias de los franceses? —preguntó Grey, pensando que la conversación quizá pudiera desviarse hacia asuntos más terrenales antes de que el grupo se retirase a la cama.

—Parece que hay unos cuantos bastardos en los alrededores —dijo Billman casualmente, dirigiendo sus ojos hacia las mujeres de una forma que sugería que

el término «unos cuantos» era un eufemismo bastante discreto—. Se espera que sigan moviéndose en dirección al oeste en un día o así.

O en dirección a Strausberg, para reunirse con el regimiento francés allí apostado, pensó Grey. Le devolvió a Billman una mirada cargada de significado. Gurgelwitz se asentaba al pie de un valle fluvial, justo entre los franceses y Strausberg.

—Entonces —dijo Billman, cambiando de tema con una gran dosis de jocosidad—, su súcubo se escapó, ¿no?

Von Namtzen se aclaró la garganta.

—Yo no lo diría así, en realidad —respondió—. El señor Blomberg se negó a permitir que los hombres profanaran la tumba, como es obvio, pero tengo hombres con órdenes de custodiarla.

—Una tarea muy poco popular, me atrevería a pensar —dijo sir Peter, observando la ventana más cercana, donde incluso varias capas de seda, cortinas de lana y pesadas contraventanas fracasaban en su intento de amortiguar el repiqueteo de la lluvia y el estruendo ocasional de un trueno distante.

—Buena idea —dijo uno de los oficiales alemanes, con un marcado acento pero un inglés muy correcto—. No deseamos que corran rumores de que hay un súcubo portándose mal con los soldados en las inmediaciones.

—Pero exactamente, ¿qué hace un súcubo? —preguntó la princesa, pasando su mirada por las caras de todos con expectación.

Se produjo un repentino y masivo aclarar de gargantas y tragar de vino, al tiempo que todos los hombres presentes trataban de evitar sus ojos. Un explosivo bufido de la viuda expresó lo que pensaba de aquel comportamiento cobarde.

—Un súcubo es un demonio fémina —dijo la vieja dama, con precisión—. Llega a los hombres en sueños, y mantiene relaciones con ellos para extraerles su semilla.

Los ojos de la princesa se abrieron como platos. No lo sabía, observó Grey.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Qué hace con ella? Los demonios no dan a luz, ¿verdad?

Grey sintió cómo una carcajada pugnaba por abrirse paso en su pecho, y tomó otro trago con rapidez.

—Bueno, no —dijo Stephan von Namtzen, algo ruborizado, pero controlado—. No exactamente. El súcubo se procura su... er... esencia —dijo haciendo un ligero gesto de disculpa a la viuda—, y luego se aparea con un ícubo, que es un demonio varón, ¿comprende?

La mujer madura parecía sombría, y se llevó una mano a la medalla religiosa que llevaba prendida en su vestido.

Von Namtzen hizo una profunda inspiración, viendo que nadie continuaba sus palabras, y fijó su mirada en el retrato del difunto príncipe.

—Después, el ícubo busca de noche una mujer humana, copula con ella, y la impregna con la semilla robada, la cual da a luz un engendro demoníaco.

El teniente Dundas, que era muy joven y probablemente presbiteriano, parecía como si se estuviese ahogando con su bufanda. Los demás hombres, todos bastante sonrojados, intentaban aparentar un total conocimiento de los fenómenos

que se discutían y poca preocupación. La viuda miró pensativa a su nuera, luego al cuadro de su hijo fallecido, y sus cejas se levantaron como si mantuviera una conversación silenciosa.

—¡Ooh! —A pesar de lo tardío de la hora y la informalidad de la reunión, la princesa tenía un abanico, que extendió en ese momento sobre su rostro, asombrada, quedando sus grandes ojos azules justo por encima. Aquellos ojos rodaron hasta Grey, y parpadearon, suplicantes.

—¿Y cree en serio, lord John, que hay una criatura semejante... —Se encogió de hombros con un seductor estremecimiento de su pecho—... merodeando por la zona?

Ni los ojos ni su busto lo conmovieron, y vio claro que la princesa encontraba la idea mucho más excitante que aterradora, pero sonrió de manera tranquilizadora, como un inglés en su racionalidad.

—No —dijo—. No lo creo.

Al instante, como contradicción a esa sólida opinión, un golpe de viento sacudió el castillo, llevando con ella una ráfaga de granizo que martilleó las contraventanas y cayó siseando por la chimenea. El trueno de la tormenta de granizo al otro lado de las paredes y el techo fue tan grande que por un momento ahogó toda posibilidad de conversación.

El grupo se puso en pie, paralizado, a la escucha del rugido de los elementos. Los ojos de Grey encontraron los de Stephan; el suabo levantaba la barbilla en señal de desafío a la tormenta, y le dirigió una pequeña sonrisa privada. Grey le devolvió la sonrisa y apartó la vista, justo a tiempo de distinguir una figura oscura que cayó por la chimenea y se zambulló en las llamas con un chillido estridente.

El grito fue coreado al mismo tiempo por las mujeres... y posiblemente por el teniente Dundas, aunque Grey no podría asegurarlo.

Algo luchaba en el fuego, agitándose y retorciéndose, y el hedor de la piel chamuscada les llegó fuerte y acre a la nariz. Por puro instinto, Grey agarró un atizador y sacó a la cosa del fuego hasta la alfombra, donde aleteó como loca, emitiendo sonidos que taladraban los tímpanos.

Stephan dio un paso al frente y pisoteó la cosa, poniendo fin a la desconcertante situación.

—Un murciélago —dijo con calma, apartando la bota—. Llévate.

El lacayo a quien había dado la orden se movió con rapidez, extendió una servilleta sobre el cuerpo ennegrecido, lo recogió y se lo llevó en una bandeja. Semejante ceremonial le dio a Grey una inapropiada visión del murciélago en una segunda aparición, en el desayuno, asado con guarnición de compota de ciruelas.

Un silencio repentino había caído sobre los presentes. Este fue roto por las campanadas del reloj, que hicieron saltar y luego reír nerviosamente a todos.

El grupo se disolvió. Los hombres se pusieron en pie con toda caballerosidad mientras las mujeres se retiraban. Luego conversaron durante breves instantes mientras se terminaban el vino y el brandy. Sin sorprenderse demasiado, Grey se encontró a sir Peter colgado de su brazo.

—¿Puedo tener unas palabras con usted, comandante?—dijo Peter en voz baja.

—Por supuesto, señor.

Se habían fragmentado en grupos de dos o tres; no fue difícil alejarse un poco, con el pretexto de examinar una pequeña y exquisita estatua de Eros que se sostenía sobre una de las mesas.

—Espero que envíe el cuerpo de vuelta al 52° por la mañana. —Todos los oficiales ingleses le habían echado un vistazo al soldado Bodger, declarando que no era de los suyos. Por eliminación, debía pertenecer al 52° de infantería del coronel Ruysdale, acampado en ese momento en el otro lado de Gurgelwitz.

Sin esperar el gesto de asentimiento de Grey, sir Peter continuó hablando, mientras tocaba la estatua, abstraído.

—Los franceses planean algo; esta mañana me llegó el informe de un explorador acerca de un gran movimiento entre sus tropas. Se están preparando para levantar el campamento, pero aún no sabemos a dónde van ni cuándo. Me sentiría más feliz si se pudiese enviar algún escuadrón de Ruysdale a defender el puente de Aschenwald, por si acaso.

—Ya veo —dijo Grey con cautela—. Y usted desea que lleve un mensaje al coronel Ruysdale a tal efecto.

Sir Peter hizo una ligera mueca.

—Ya he enviado uno. No obstante, creo que sería de ayuda si le sugiriera que también fue idea de von Namtzen.

Grey soltó un sonido evasivo. Era de conocimiento popular que sir Peter y Ruysdale no se llevaban bien. Era probable que el coronel se sintiera más inclinado a complacer a un aliado alemán.

—Se lo mencionaré al capitán von Namtzen —dijo—, aunque espero que esté de acuerdo. —Debería haberse ido entonces, pero sir Peter vacilaba, indicando que había algo más—. ¿Sir?

—Creo... —dijo sir Peter, mirando en derredor y bajando la voz más aún—... que quizá la princesa debería ser advertida... con precaución, sin necesidad de alarmar... que hay una ligera posibilidad... si los franceses fueran a cruzar el valle de verdad... —Descansó una mano de forma pensativa sobre la cabeza de Eros, y miró al resto de la decoración de la sala, incluidos un buen número de objetos raros y costosos—. Puede que desee llevarse a su familia a un lugar más seguro. No estaría de más sugerir que también ponga a buen recaudo unas cuantas cosas. No querríamos que una cosa como esa decorara el despacho de un general francés, ¿verdad?

«Esa» era la calavera de un enorme oso (un oso de las cavernas prehistórico, según les había informado antes la princesa), que reposaba sobre una pequeña mesa con tapete. El cráneo estaba cubierto de oro, aplanado a martillazos y ornado con diseños primitivos, con una fila de piedras semipreciosas por todo el hocico que llegaba a rodear el hueco de las órbitas oculares. Era un objeto impactante.

—Sí—dijo Grey—, estoy totalmente... oh. ¿Quiere que yo hable con la princesa? Sir Peter se relajó un tanto, una vez cumplido su objetivo.

—Parece que se siente atraída por usted, Grey —dijo, con su jovialidad original recuperada—. Seguro que recibirá mejor el consejo de usted, ¿eh? Además, usted es un enlace, ¿no?

—Por supuesto —dijo Grey, menos que complacido, pero consciente de que había recibido una orden directa—. Me encargaré tan pronto como pueda, señor. —Se despidió de los demás que quedaban en el salón, y se abrió paso hasta la escalera que conducía a las plantas superiores.

La princesa von Lowenstein sí que se sentía atraída por él; no le sorprendía que sir Peter se percatara de las sonrisas y caídas de ojos de ella. Por fortuna, parecía igual de atraída por Stephan von Namtzen, tanto como para tener *Maulthausen*, un tipo de bolas de carne especiadas suabas, servidas en su honor en la cena.

Al llegar a lo alto de la escalera, titubeó. Había tres pasillos que comenzaban en el rellano, y siempre le llevaba un momento asegurarse de cuál de los corredores de suelo de piedra llevaba hasta su propia habitación. Un movimiento intermitente a su izquierda atrajo su atención y se fue por ese lado, para descubrir que alguien se ocultaba agachado detrás de un armario alto que se apoyaba contra la pared.

—*Wo ist das?* —preguntó con severidad, obteniendo como respuesta un jadeo sofocado.

Con cautela, echó un ojo por el borde del armario y se encontró con un pequeño muchacho moreno pegado a la pared, con ambas manos sobre la boca y los ojos abiertos como platos. El chico vestía una camisa y un gorro de dormir, y estaba claro que se había escapado de su ama. Reconoció al chico, aunque solo lo había visto una o dos veces con anterioridad; era el hijo menor de la princesa. ¿Cómo se llamaba el chaval? ¿Heinrich? ¿Reinhardt?

—No tengas miedo —le dijo con amabilidad al chico, con su lento y meticuloso alemán—. Soy amigo de tu madre. ¿Dónde está tu dormitorio?

El chico no contestó, pero sus ojos parpadearon hacia la parte opuesta del pasillo. Grey no vio puertas abiertas, pero le tendió una mano al muchacho.

—Es muy tarde —continuó—. ¿Buscamos tu cama?

El chico sacudió tanto la cabeza que la borla de su gorro golpeó la pared.

—No quiero ir a la cama. Allí hay una mujer mala. *Eine Hexe*.

—¿Una bruja? —repitió Grey, y sintió cómo un extraño repelús le bajaba por la espalda, como si alguien le hubiera tocado la nuca con un dedo frío—. ¿Cómo era esa bruja?

El chico le miró sin comprender.

—Como una bruja —dijo.

—Oh —dijo Grey, bloqueado por un instante. Sin embargo, se recuperó y le hizo una señal con los dedos al chico—. Ven, entonces, enséñamela. Soy soldado, no tengo miedo de las brujas.

—¿Vas a matarla, a arrancarle el corazón y a freírlo al fuego? —preguntó el muchacho entusiasmado, separándose de la pared. Estiró la mano para tocar el mango de la daga de Grey, aún en su vaina.



—Bueno, quizá—trató Grey de ganar tiempo—. Primero vamos a encontrarla. —Cogió al niño en brazos. Este aceptó de buena gana, rodeó con sus piernas la cintura de Grey y se abrazó a él en busca de calor.

El corredor estaba oscuro; solo una vela de junco chisporroteaba en un candelabro de pared en el extremo opuesto, y de las piedras emanaba un frío que le hizo dar la bienvenida al propio calor del chiquillo. La lluvia seguía cayendo con fuerza. Un diminuto goteo de humedad se había filtrado entre los postigos del final del pasillo, y la luz parpadeante brillaba sobre el charco.

Un trueno bramó en la lejanía, y el niño rodeó con los brazos el cuello de Grey al tiempo que soltó un jadeo.

—Está bien. —Grey palmoteó la pequeña espalda de manera tranquilizadora, aunque su propio corazón había sufrido una convulsión ante el estruendo. Sin duda, el sonido de la tormenta había despertado al muchacho.

—¿Dónde está tu habitación?

—Escaleras arriba. —El chico apuntó vagamente hacia el extremo opuesto del pasillo; era presumible que hubiese escaleras en las cercanías. El castillo era inmenso y caótico. Grey no había aprendido de su geografía más que lo necesario para alcanzar sus propios aposentos. Esperaba que el niño conociera mejor el lugar, para no verse obligados a vagar por los escalofriantes pasillos toda la noche.

Cuando se aproximaban al extremo del pasillo, los rayos refulgieron de nuevo, formando una línea vívida de color blanco que enmarcó la ventana, y le mostró claramente que esta se hallaba abierta, así como los postigos. Con el trueno llegó un golpe de viento, y una de las contraventanas golpeó hacia atrás de repente, dejando entrar una gélida ráfaga de lluvia.

—¡Oooh! —El chico se aferró aún más a su cuello, casi ahogándose.

—Todo va bien —le dijo tan tranquilo como pudo, trasladando el peso de su carga para liberar una mano.

Se inclinó para coger la contraventana, intentando al tiempo refugiar al muchacho con su cuerpo. Un relámpago silencioso iluminó el mundo con un destello negro y blanco, y Grey parpadeó, deslumbrado, quedándole imágenes en círculos en las retinas. El trueno vino después, con un sonido tan semejante al de un carro de bueyes lleno de piedras que alzó la mirada de forma involuntaria, medio esperando ver pasar uno de los antiguos dioses alemanes conduciendo jubilosos a través de las nubes.

Sin embargo, la imagen que vio no fue la de un cielo sacudido por una tormenta, sino la de algo que distinguió cuando brilló el relámpago. Parpadeó para aclararse los ojos y volvió a mirar. Allí estaba. Una escalera apoyada contra el muro de la casa. Bueno, en ese caso puede que el niño hubiera visto a un extraño en la habitación.

—Aquí —le dijo al chico, posándolo en el suelo—. Aléjate de la lluvia mientras cierro los postigos.

Se dio la vuelta, se asomó a la tormenta y empujó la escalera para que cayera en la oscuridad. Luego cerró y trancó las contraventanas, y recogió de nuevo al

tembloroso muchacho. El viento había apagado la luz, y se vio obligado a regresar a tientas al corredor.

—Está muy oscuro —dijo el niño con un temblor de voz.

—Los soldados no temen a la oscuridad —le aseguró, pensando en el cementerio.

—¡No tengo miedo! —La mejilla del niño estaba apretada contra su cuello.

—Por supuesto que no. ¿Cómo te llamas, joven señor? —preguntó con la esperanza de distraer al chico.

—Siggy.

—Siggy —repitió, tanteando con una mano la pared—. Yo soy John. Johannes, en tu idioma.

—Lo sé —dijo el muchacho, sorprendiéndole—. Las sirvientas creen que eres guapo. No tan grande como el landgrave Stephan, pero más guapo. ¿Eres rico? El landgrave es muy rico.

—No paso hambre —dijo Grey, preguntándose cuán largo sería el condenado pasillo, y si podría descubrir la escalera sin caerse en la oscuridad.

Al menos parecía que el chico había perdido parte de su miedo. Se aferraba con fuerza, frotando la cabeza contra la barbilla de Grey. Tenía un aroma distintivo. No desagradable; más bien el olor de una camada de cachorros de un mes, pensó Grey. Algo animal y cálido.

Entonces se le ocurrió algo que tenía que haber preguntado antes.

—¿Dónde está tu niñera? Un chico de tu edad seguro que no duerme solo.

—No lo sé. Quizá la bruja se la comiera.

Aquella sugestión halagüeña coincidió con un parpadeo de luz bienvenido en la distancia, y el sonido de voces. Apresurándose hacia ellas, Grey encontró al fin las escaleras, así como a una mujer de ojos enfadados con camisón, gorro y chal que sostenía un candelabro.

—¡Siegfried! —gritó—. Señorito Siggy, ¿dónde estaba? ¿Qué...? ¡Oh! —En ese momento se dio cuenta de que Grey estaba allí, y retrocedió como si le hubieran golpeado en el pecho con fuerza.

—*Guten Abend, Madam* —dijo con amabilidad—. ¿Es tu niñera, Siggy?

—No —dijo Siggy, desdeñoso ante semejante ignorancia—. Solo es Hetty. La doncella de mamá.

—¿Siggy? Siegfried, ¿eres tú? ¡Oh, mi niño, mi niño! —Una luz tenue les iluminó desde arriba mientras que una figura bajaba las escaleras a toda prisa, y la princesa von Lowenstein acogió en sus brazos al muchacho, lo abrazó y lo besó con tanta pasión que a este último se le cayó el gorro.

Por las escaleras bajaban más sirvientas, con menos precipitación. Dos lacayos y una mujer que debía ser la camarera, todos con diferentes grados de semidesnudez, pero equipados con candelabros o velas de junco. Era evidente que Grey había tenido la fortuna de toparse con un grupo de búsqueda.

Hubo un rato de conversación confusa, ya que los intentos de explicación de Grey se veían interrumpidos por el relato inconexo de sus aventuras por parte de Siggy, puntuado por exclamaciones de horror y sorpresa de la princesa y de Hetty.

—¿Una bruja? —decía la princesa, mirando alarmada a su hijo—. ¿Viste una bruja? ¿Has tenido una pesadilla, cariño?

—No. Simplemente me desperté y había una bruja en mi habitación. ¿Puedo tomar algo de mazapán?

—Puede que sea buena idea buscar por la casa —consiguió decir Grey—. Es posible que la... bruja... siga en el interior.

La princesa tenía una piel fina, blanca y radiante a la luz de las velas, pero ante el comentario se le puso de un color enfermizo, como de hongos venenosos. Grey miró intencionadamente a Siggy, y la princesa le entregó el niño a Hetty de inmediato, diciéndole a la doncella que se lo llevara al cuarto.

—Dígame qué está pasando —dijo cogiendo a Grey del brazo. Este así lo hizo, finalizando su discurso con una pregunta.

—¿Y la niñera del chico? ¿Dónde está?

—No lo sabemos. Fui a su cuarto a ver a Siegfried antes de retirarme... —La mano de la princesa temblaba sobre su pecho, como si se acabara de dar cuenta de que apenas llevaba un camisón de lana indecoroso y un gorro de dormir, con un pesado chal y unas medias gruesas llenas de bolitas—. No estaba allí, ni tampoco la niñera. Jakob, Thomas... —Se giró hacia los lacayos, haciéndose cargo de la situación de inmediato—. ¡Buscad! Primero en la casa, luego en la finca.

El retumbar lejano de un trueno les recordó a todos que en el exterior seguía cayendo la lluvia, pero los sirvientes desaparecieron a toda velocidad.

El inmediato silencio que siguió a su marcha imbuyó a Grey de una ligera sensación de sobrecogimiento, como si las gruesas paredes de piedra se hubieran acercado con sigilo. Una sola vela ardía, abandonada en las escaleras.

—¿Quién haría esto? —dijo la princesa con una voz pequeña y asustada—. ¿Pretendían llevarse a Siegfried? ¿Por qué?

Grey estaba casi seguro de que el secuestro había sido el plan; en su mente no cupo ninguna otra posibilidad, hasta que la princesa volvió a cogerle del brazo.

—¿Piensa... piensa que fue... ella? —susurró esta, con los ojos dilatados por el horror—. ¿El súcubo?

—No creo —dijo Grey, cogiendo las manos de ella para tranquilizarla. Estaban frías como el hielo, lo cual no era sorprendente a la vista de la temperatura del interior del castillo. Le sonrió, apretando sus dedos con amabilidad—. Un súcubo no necesitaría de una escalera, ¿verdad? —Se abstuvo de añadir que no era probable que un chico de la edad de Siggy tuviera nada que un súcubo pudiese desear, si había entendido correctamente la naturaleza de tales criaturas.

Un poco de color volvió al rostro de la princesa, como si viera la lógica de aquello.

—No, eso es cierto. —La comisura de su boca tembló en un intento de sonreír, aunque sus ojos seguían asustados.

—Sería recomendable apostar un guardia cerca de la habitación de su hijo —sugirió Grey—. Aunque espero que la... persona... haya sido ahuyentada por el momento.

Ella se encogió de hombros, mas no pudo distinguir si fue por el frío o por la idea de unos intrusos errantes. No obstante, ella estaba más tranquila ante el

pensamiento de actuar, y siendo así, aprovechó a regañadientes la oportunidad de compartir con ella los temores de sir Peter Hicks, creyendo que quizá un enemigo sólido como los franceses sería preferible a fantasmas y amenazas sombrías.

—Ja, esos comerranas —dijo ella, confirmando la suposición de Grey al elevar la voz con un toque de desdén—. Ya han intentado antes hacerse con el castillo. Nunca lo han conseguido, y no lo harán ahora. —Hizo un breve gesto hacia los muros de piedra que les rodeaban, como justificación de su opinión—. El tátara tátara abuelo de mi marido construyó el castillo; tenemos un pozo dentro de la casa, un establo, comida de reserva. Este lugar fue construido para resistir un asedio.

—Estoy seguro de que tiene razón —dijo Grey, sonriendo—. Pero quizá quiera tomar algunas precauciones. —Dejó sus manos, deseando que ella finalizara la entrevista. La excitación había pasado, el día había sido muy largo y estaba helado.

—Lo haré —le prometió ella. Vaciló un instante, sin estar segura de cómo irse con elegancia. Dio un paso al frente, se puso de puntillas, y con las manos sobre los hombros de Grey le besó en la boca.

—Buenas noches, lord John —dijo en voz baja, en inglés—. *Danke*. —Se dio la vuelta y subió deprisa las escaleras, recogiendo su faldón mientras se marchaba.

Grey se quedó mirándola durante un sorprendido momento, con la desconcertante sensación de sus pechos libres de corsé presionados sobre su tórax. Luego sacudió la cabeza y cogió la vela que había dejado en la escalera para él.

Se estiró, soltó un enorme bostezo y las fatigas del día cayeron sobre él como mil kilos de metralla. Solo esperaba poder encontrar su propia habitación en aquel viejo laberinto. Quizá debiera haberle preguntado a la princesa por la dirección.

Deshizo su camino por el pasillo. La llama de la vela parecía endeble e insignificante ante la oscuridad opresiva formada por los grandes bloques de piedra de Schloss Lowenstein. Solo cuando la luz se reflejó en el charco del suelo le llegó el pensamiento: alguien tenía que haber abierto los postigos desde el interior.

Grey volvió con rapidez hasta la parte superior de las escaleras principales, solo para encontrarse a Stephan von Namtzen subiendo por ellas. El suabo estaba un poco sonrojado por el brandy, pero aún tenía la mente clara, y escuchó el relato de los hechos de Grey con consternación.

—¡*Schmutzen!* —dijo, y escupió en el suelo para enfatizar su opinión de los secuestradores—. Los sirvientes están buscando, dice usted... ¿pero cree que no encontrarán nada?

—Quizá encuentren a la niñera —dijo Grey—. Pero si el secuestrador tiene un aliado dentro de la casa... o aliada, vamos —matizó—. El chico dijo que vio una bruja.

—Ja, ya veo. —Von Namtzen parecía lúgubre. A un costado, una de sus grandes manos formó un puño, pero luego se relajó—. Puede que vaya y hable con la princesa. Haré que mis hombres vengán y guarden la casa. Si hay un criminal en el interior, no escapará.

—Estoy seguro de que la princesa estará agradecida.—Grey se sintió de repente cansadísimo—. Debo llevar a Bodger, su cuerpo, de vuelta a su regimiento por la mañana. Oh, a propósito... —Le explicó los deseos de sir Peter, a los que von Namtzen accedió con un gesto de la mano.

—¿Tiene algún mensaje que quiere que le lleve a las tropas del puente? —preguntó Grey—. Ya que voy en esa dirección, me coge de paso. —Uno de los regimientos ingleses acampaba al sur de la ciudad y el otro, el de Bodger, al norte, entre la ciudad y el río. Una pequeña compañía de artillería prusiana bajo el mando de Stephan estaba situada pocos kilómetros después, vigilando el puente hacia Aschenwald.

Von Namtzen frunció el ceño, pensativo, y luego asintió.

—Ja, tiene razón. Es mejor que sepan de manera oficial lo del... —De repente parecía incómodo, y Grey comprobó un tanto divertido que Stephan no quería pronunciar la palabra «súcubo».

—Sí, mejor evitar rumores —convino, salvando el embarazo de Stephan—. Hablando de lo cual, ¿cree que el señor Blomberg dejará que los ciudadanos exhumen a su madre?

La cara ancha de Stephan rompió a sonreír ante aquello.

—No —dijo—. Creo que antes dejaría que atravesaran su propio corazón con una estaca de hierro. Sin embargo —añadió, borrándose el humor de su cara—, sería mejor que alguien descubriera quién emplea estos trucos, y le pusiera fin. Cuanto antes.

Stephan también estaba cansado, según vio Grey. Su gramática inglesa empezaba a cometer errores. Se quedaron de pie un momento, en silencio, escuchando el martillo distante de la lluvia, ambos sintiendo todavía en los huesos el toque espeluznante del cementerio.

De súbito, von Namtzen se volvió hacia él, le puso una mano en el hombro, y lo apretó.

—Cuídese, John —dijo, y antes de que Grey pudiera hablar o moverse, Stephan le acercó y le besó en la boca. Luego sonrió, volvió a apretar el hombro de Grey, y con un apagado «*Guten Abend*» subió por las escaleras hacia su habitación.

Grey cerró la puerta de su dormitorio tras de sí y se apoyó contra ella, como si fuera un hombre perseguido. Tom Byrd, que dormía arrebujado sobre la alfombra de la chimenea, se sentó y parpadeó.

—¿Mi señor?

—¿Quién si no? —preguntó Grey, jocosamente a pesar de las excitaciones y las fatigas de la noche—. ¿Esperabas la visita del súcubo?

El rostro de Tom perdió su somnolencia y miró incómodo la ventana, bien cerrada y asegurada contra los peligros nocturnos.

—No debería bromear así, mi señor —le dijo en reprocho—. Es un inglés el que está muerto.

—Tienes razón, Tom; pido disculpas por el soldado Bodger. —Grey vio que la reprimenda era justa, pero estaba demasiado sobrecogido por los hechos para estar dolido por ella—. Seguimos sin saber la causa de su muerte. Seguramente no haya prueba de que fuera ocasionada por ningún tipo de intervención sobrenatural. ¿Has cenado?

—Sí, mi señor. La cocinera se había ido a la cama, pero se levantó y nos sirvió algo de pan y salsa, y cerveza. Quería saber todo sobre lo que yo encontré en el cementerio —añadió.

Grey sonrió para sí mismo; el ligero énfasis en el «yo» en aquella aserción le indicó que las protestas de Tom a favor del difunto soldado Bodger procedían tanto de un sentido de propiedad como de decencia.

Se sentó para que Tom le quitara las botas y los calzones todavía empapados. La habitación que le habían otorgado era pequeña, pero cálida y bien iluminada. Las sombras de un fuego bien atendido aleteaban sobre las rayas del papel de pared de damasco. Tras el frío húmedo del cementerio y el crudo escalofrío de los pasillos de piedra del castillo, el calor sobre su piel era una sensación gratificante, que se vio realizada por el descubrimiento de un cántaro de agua caliente para lavarse.

—¿Iré con usted, mi señor? Por la mañana, quiero decir. —Tom deshizo la coleta del pelo de Grey y empezó a peinarlo, sumergiendo el peine de cuando en cuando en una colonia de hojas de laurel y camomila, con el objeto de alejar a los piojos.

—No, no creo. Cabalgaré y hablaré con el coronel Ruysdale antes; uno de los sirvientes puede seguirme con el cuerpo. —Grey cerró los ojos y empezó a sentirse adormilado, aunque pequeños retazos de excitación palpitaban aún en sus muslos y abdomen—. Si puedes, Tom, me gustaría que hablaras con la servidumbre; descubre lo que comentan de los acontecimientos. —Sabía Dios que había mucho de lo que hablar.

Limpio, cepillado, calentado y cómodo con su ropa y su gorro de dormir, Grey despidió a Tom, quien tenía en los brazos un montón de piezas del uniforme sucias.

Cerró la puerta detrás del muchacho y vaciló, mirando la superficie pulida de la madera como si observara a través y viera quién estaba al otro lado. Sin embargo, solo el borrón de su propio rostro se encontró con sus ojos, y solo se oía el crujido de los pasos de Tom encaminándose pasillo abajo.

Pensativo, se tocó los labios con un dedo. Luego suspiró, y puso el pestillo de la puerta.

Stephan ya le había besado antes. Besaba a mucha gente, era un besucón empedernido. Pero estaba seguro de que esa vez había sido algo más que el abrazo fraternal de un compañero soldado o de un amigo especial. Aún podía sentir el apretón de la mano de Stephan alrededor de su pierna. ¿O le engañaban la fatiga y el aturdimiento, y se imaginaba más de lo que había?

¿Y si tuviera razón?

Sacudió la cabeza, sacó el calentador de las sábanas y se arrebujó entre ellas, pensando que de todos los hombres de Gurgelwitz, por lo menos él estaba a salvo de cualquier súcubo merodeador.

## Un remedio contra el insomnio

Las dependencias del 52º regimiento estaban en Bonz, una pequeña aldea que se erigía a unos quince kilómetros de Gurgelwitz. Grey encontró al coronel Ruysdale en la habitación central de la mayor posada, en conferencia urgente con varios oficiales, y poco dispuesto a encargarse del cuerpo de un recluta.

—¿Grey? Oh, sí, conozco a su hermano. ¿Que ha encontrado qué? ¿Dónde? Sí, está bien. Veamos... sargento mayor Sapp. Sí, eso es. Sapp sabrá quién... —El coronel sacudió una mano con gesto vago, indicándole que, sin duda, encontraría la ayuda que pedía en cualquier otra parte.

—Sí, señor —dijo Grey, pisando con sus botas el aserrín—. Así lo haré. ¿Debo entender, no obstante, que hay acontecimientos de los cuales deben ser informados nuestros aliados?

Ruysdale se lo quedó mirando con ojos fríos y el labio superior tenso.

—¿Quién le ha dicho eso, señor?

Como si le hiciera falta que se lo dijeran. Las tropas estaban siendo reunidas en el exterior del pueblo, los tamborileros tocaban la llamada a las armas, los cabos gritaban por las calles y los hombres salían de sus barracones como un hormiguero hostigado con un palo.

—Soy un oficial de enlace, señor, asignado a la infantería suaba del capitán von Namtzen —replicó Grey, evadiendo la pregunta—. En la actualidad, están acuartelados en Gurgelwitz. ¿Necesita de su ayuda?

Ruysdale pareció muy ofendido por la idea, pero un capitán que llevaba una escarapela de artillería tosió con diplomacia.

—Coronel, ¿desea que le dé al comandante Grey los particulares de la situación por si fuera de utilidad? Ustedes parecen tener asuntos importantes que resolver... —Asintió hacia los demás oficiales reunidos, quienes parecían atentos, pero poco decididos a intervenir.

El coronel soltó un breve bufido e hizo un gesto a caballo entre un rechazo elegante y un manotazo para alejar un insecto nocivo, y Grey se inclinó murmurando:

—A su servicio, señor.

En el exterior, las nubes de la tormenta de la noche anterior formaban un rápido éxodo, alejándose con un viento frío. El capitán de artillería se agarró el sombrero con una mano, e hizo un gesto con la cabeza indicando una tetería calle abajo.

—¿Un poco de calor, comandante?

Dado que la aldea no estaba en peligro inminente de invasión, Grey asintió, y entró con su nueva compañía en un antro oscuro y lleno de humo que olía a patas de cerdo y a repollo fermentado.

—Benjamin Hiltern —dijo el capitán, echando hacia atrás su capa y elevando dos dedos hacia el camarero—. ¿Tomará algo, comandante?

—John Grey. Gracias. Presumo que tenemos tiempo de beberlo antes de ser invadidos.

Hiltern rió, y se sentó frente a Grey, frotándose su nariz enrojecida por el frío con un nudillo.

—Deberíamos tener tiempo para nuestro refinado invitado —asintió hacia el camarero arrugado cuando posó la jarra—, para cazar un jabalí, asarlo y servirlo con una manzana en la boca, si así lo desea.

—Se lo agradezco, capitán —dijo Grey echándole un vistazo al camarero, quien tras un examen más detallado reveló tener una sola pierna, siendo la otra apoyada en una pata de palo de mal aspecto—. Por desgracia, acabo de desayunar.

—Pues vaya. Yo no. *Bratkartoffeln mit Rührei* —le dijo al camarero, quien hizo un gesto afirmativo y desapareció en una guarida aún más miserable en la parte trasera de la casa—. Patatas fritas con huevos y jamón —explicó, sacando un pañuelo y metiéndolo en el cuello de su camisa—. Delicioso.

—Bastante —dijo Grey con amabilidad—. Uno esperaría que sus tropas estén igual de alimentadas, después del esfuerzo que las he visto hacer.

—Oh, eso. —El semblante querúbico de Hiltern perdió un poco de su alegría, pero no mucho—. Pobres cabrones. Al menos ha dejado de llover. —En respuesta a las cejas alzadas de Grey, se explicó—. Castigo. Ayer hubo partida de bolos, entre un grupo de hombres del coronel Bampton-Howard y nuestros muchachos, en la bolera local. Ruysdale tenía una apuesta fuerte con Bampton-Howard, ¿sabe?

—Y su equipo perdió. Sí, ya veo. Así que sus chicos están corriendo...

—Quince kilómetros hasta el río y volver, con todos los pertrechos. Al menos, les mantiene en forma y alejados de problemas —dijo Hiltern, medio cerrando los ojos y levantando la nariz ante el aroma de las patatas fritas que había comenzado a flotar en el aire.

—Ya. Entonces, ¿debo asumir que los franceses se han movido? Nuestro último informe de inteligencia les situaba a pocos kilómetros al norte del río.

—Sí, nos proporcionó un poco de excitación durante uno o dos días; pensamos que podrían venir por aquí. Sin embargo, parece que se han desviado, dando un rodeo hacia el oeste.

—¿Por qué? —Grey sintió una comezón de incomodidad espinazo abajo. Había un puente en Aschenwald, un punto lógico de paso... pero había otro varios kilómetros al norte, en Gruneberg. El puente más oriental estaba defendido por una compañía de artillería prusiana; un destacamento de granaderos, bajo las órdenes del coronel Bampton-Howard, guardaba presumiblemente el paso occidental.

—Hay un montón de franceses más allá del río —replicó Hiltern—. Creemos que tienen en mente reunirse con el otro grupo.

Aquello era interesante. Se trataba de una información que debía ser compartida con los comandantes suabo y prusiano mediante despacho oficial, no adquirida de forma accidental por la visita casual de un oficial de enlace. Sir Peter Hicks era escrupuloso a la hora de mantener la comunicación con los aliados; era evidente que Ruysdale no veía tal necesidad.

—¡Oh! —dijo Hiltern adivinando su pensamiento—. Estoy seguro que se lo hubiésemos hecho saber, es solo que las cosas por aquí están un poco revueltas. Y con sinceridad, no parecía urgente. Los exploradores solo han dicho



que los franceses están sacándole brillo a sus pertrechos, reorganizando los suministros, cosas así. Después de todo, tienen que ir a alguna parte antes de que caigan las nieves.

Alzó una ceja oscura y sonrió a modo de disculpa, excusas que Grey aceptó con un titubeo de menos de un segundo. Si Ruysdale iba a ser tan errático con los despachos, a Grey le vendría bien mantenerse informado por otros medios, y era obvio que Hiltern estaba en una buena posición para saber lo que ocurría.

Charlaron de modo casual hasta que el posadero salió con el desayuno de Hiltern, pero Grey no se enteró de nada más que tuviera utilidad, salvo que Hiltern demostró una notable falta de interés en la muerte del soldado Bodger. También fue vago acerca de las «cosas revueltas» a las que se había referido, descartándolas con un movimiento de mano.

—Un poco de follón político. Muy aburrido.

El sonido de pezuñas y ruedas que se movían despacio les llegó desde el exterior, y Grey oyó una voz con un distintivo acento suabo que preguntaba por *Der InglischerKamp*.

—¿Qué es eso? —preguntó Hiltern, girando su taburete.

—Espero que sea el soldado Bodger, que vuelve a casa —replicó Grey, incorporándose—. Gracias por todo, sir. ¿Sabe si el sargento mayor Sapp está en el campamento?

—Mmm... no. —Hiltern hablaba con dificultad, ya que tenía la boca llena de patata y huevo—. Se ha ido al río.

Aquello era un inconveniente. Grey no quería perder todo el día, esperando el regreso de Sapp para que se encargara del cuerpo y se hiciera responsable de él. No obstante, se le ocurrió otra idea.

—¿Y el cirujano del regimiento?

—Muerto. Disentería. —Hiltern comió más huevos, concentrándose—. Mmp. Inténtelo con Keegan. Es el ayudante del cirujano.

Con la mayoría de los hombres vaciando el campamento, le llevó algo de tiempo localizar al ayudante del cirujano. Una vez allí, Grey depositó el cuerpo en un banco, y mandó el carro de vuelta al castillo de inmediato. No quería dejar posibilidades de que le dejaran a su cargo al soldado Bodger.

Keegan resultó ser un galés desaliñado, equipado con gafas sin montura y un extraño copete de bucles rojizos. Parpadeando a través de las gafas, se inclinó sobre el cuerpo y lo pinchó con un sucio dedo exploratorio.

—No hay sangre.

—No.

—¿Fiebre?

—Probablemente no. Vi al hombre unas horas antes de su muerte, y parecía tener una salud razonable.

—Hmmm. —Keegan se inclinó más y observó las fosas nasales de Bodger, como si sospechara que la respuesta a la muerte prematura del soldado acechaba por allí.

Grey arrugó el entrecejo ante los nudillos mugrientos y la fina costra de sangre que ribeteaba las mangas del ayudante. Nada extraño en un cirujano, pero la suciedad le molestaba.

Keegan intentó levantar uno de los párpados, pero se le resistió. Bodger se había congelado durante la noche, y aunque las manos y los brazos habían recuperado su flacidez, el rostro, el cuerpo y las piernas estaban duros como la madera. Keegan suspiró y empezó a despojar al cadáver de sus calzones. Las plantas del calzado estaban manchadas de barro. El izquierdo tenía un agujero por el que asomaba el gran pulgar de Bodger, como la cabeza de un gusano curioso.

Keegan se limpió una mano en la pechera de su ya mugrosa camisa de lana, dejando manchas, y luego se frotó la nariz sorbiendo con fuerza. Grey sentía la necesidad de alejarse de aquel hombre. Luego se dio cuenta, con una sensación de asombro mezclada con molestia, que estaba pensando en la Mujer. La esposa de Fraser. Fraser le había contado poco sobre ella, pero aquella reticencia solo añadía más significado a lo que sí dijo.

Una noche, en las dependencias del gobernador de la Prisión de Ardsmuir, su partida de ajedrez se había alargado más de lo normal. Unas tablas muy trabajadas, de las que Grey obtuvo más placer del que hubiera sacado de una victoria sobre un rival inferior. Solían beber jerez, pero no aquella noche. Tenía un burdeos especial, regalo de su madre, y había insistido en que Fraser le ayudara a terminarla, ya que el vino no se conservaría una vez abierto.

Era un caldo fuerte, y entre la embriaguez y el estímulo del juego, hasta Fraser había perdido un poco de su extraordinaria reserva.

Pasada la medianoche, el ordenanza de Grey, que había llegado para llevarse los platos de su cena, se tambaleó somnoliento en el umbral de la puerta al marcharse y cayó cuan largo era, haciéndose un feo corte con un fragmento de cristal. Fraser había saltado como un gato, ayudado a incorporarse al muchacho, y presionado la herida con el faldón de su propia camisa para que dejara de sangrar. Mas cuando Grey quiso llamar a un médico, Fraser lo detuvo, diciendo de forma seca que lo hiciera si deseaba matar al chico, pero que sería mejor que permitiera que él lo atendiese.

Y eso hizo, con habilidad y cuidado, lavándose antes las manos y luego la herida con vino. Pidió aguja e hilo de seda. Sorprendió a Grey remojando también este último en el vino, y pasando la aguja por la llama de una vela.

—Mi mujer lo haría así —dijo, frunciendo el ceño por la concentración—. Existen unos pequeños bichitos, llamados gérmenes, y si... —Apretó por un momento los dientes contra los labios mientras daba la primera puntada, y luego continuó—. Si entran en la herida, esta supurará. Por eso hay que lavarse bien antes de ocuparse de la herida, y pasar una llama o alcohol por los instrumentos, para matar los gérmenes. —Sonrió ligeramente al ordenanza, quien presentaba el rostro lívido y temblaba sobre el taburete—. Nunca dejes que un cirujano con las manos sucias te toque, me dice ella. Es mejor morir rápido por desangrarte que lentamente por la pus, ¿de acuerdo?

Grey era tan escéptico acerca de la existencia de los gérmenes como de la de los súcubos, pero desde entonces siempre miraba de forma automática las manos

de todo médico, y le parecía que quizá los más higiénicos tendían a perder menos pacientes, aunque no había hecho un estudio serio del asunto.

Sin embargo, en el caso presente, el señor Keegan no suponía ningún riesgo para el difunto soldado Bodger, y a pesar de su aversión, Grey no protestó cuando el cirujano desnudó el cuerpo mientras soltaba pequeñas exclamaciones de interés en respuesta a los fenómenos post mortem revelados.

Grey ya se había dado cuenta de que el soldado había muerto en estado de excitación sexual. Dicho estado parecía ser permanente, aunque los miembros hubiesen comenzado a perder su rigor, y aquello también fue ocasión para otra de las exclamaciones del señor Keegan.

—Bueno, al menos murió feliz —dijo Keegan, parpadeando—. Dulce Dios Todopoderoso.

—¿Cree que esta es una... manifestación normal? —inquirió Grey. Había esperado que la condición de Bodger hubiera remitido al cabo de las horas. A la luz del día, parecía particularmente pronunciada. Por supuesto, podría ser un mero efecto del color, que ahora era un virulento morado oscuro, en claro contraste con la carne pálida del cuerpo.

Keegan tocó el miembro con cuidado, con la yema del dedo.

—Tieso como la madera —dijo sin necesidad—. ¿Normal? No lo sé. Bueno, la gente que veo pasar por aquí han muerto en su mayoría de fiebre o disentería, y los que están enfermos no suelen tener en mente... *hmm*. —Volvió a contemplar el cuerpo, pensativo—. ¿Qué dijo la mujer que estaba con él? —preguntó, saliendo de su ensimismamiento instantes después.

—¿Quién, la mujer con la que estaba? Desapareció. No es que nadie pueda echárselo en cara. —Siempre asumiendo que fuese una mujer, añadió para sí mismo. Aunque dado el encuentro anterior del soldado Bodger con la gitana, uno pensaría que...—. ¿Puede determinar la causa de la muerte? —quiso saber Grey cuando vio que Keegan empezaba a inspeccionar todo el cuerpo, a pesar de que su mirada de fascinación seguía regresando a... Sin contar el color, era verdaderamente notable.

El ayudante de cirujano sacudió sus rizos, absorto en su lucha con la camisa del fallecido.

—No hay heridas a la vista. ¿Un derrame en la cabeza, quizá? —Se inclinó muy cerca, examinando la cabeza y el rostro del cadáver, tocando aquí y allá como si estuviera explorando.

Un grupo de hombres con uniforme se dirigió hacia ellos al trote, apresurándose a abrocharse hebillas y botones, a colocarse petates y mosquetes y a maldecir en el proceso. Grey se quitó el sombrero y lo colocó estratégicamente sobre el cuerpo, pues no deseaba promover rumores. Sin embargo, nadie se molestó en echarle un vistazo a la mesa junto a la tienda del cirujano; un hombre muerto era igual que cualquier otro.

Grey recogió su sombrero y observó cómo se marchaban, quejándose como una pequeña tormenta de truenos. La mayor parte de las tropas ya estaba presente en la plaza de armas. Pudo verlos a distancia mientras se movían como un

remolino lento y desordenado que se transformaría en una pulcra formación a la llamada del sargento mayor.

—Conozco la reputación del coronel Ruysdale —dijo Grey después de una pausa pensativa—, aunque no personalmente. He oído describirle como un hueso, pero no sabía que también fuese un poco burro.

Keegan sonrió, con los ojos fijos en su trabajo.

—Burro no —contestó—. Un completo imbécil. —Grey mantuvo un silencio invitador que surgió efecto en el cirujano en breves segundos—. Los tiene extenuados. Los hace regresar tan cansados que caen dormidos en la cena.

—¿Ah, sí?

—Han estado en vela toda la noche. Nadie quiere quedarse dormido, por si la cosa, la chupóptera, viniera en mitad de sus sueños. Bueno, a los taberneros les viene bien, pero no tanto a la disciplina, porque con tanto hombre cayendo dormido en el turno de centinela, o en medio de la instrucción... —Keegan levantó la vista de su inspección y miró a Grey con interés—. Usted mismo no ha dormido bien, ¿verdad, comandante? —Pasó un dedo sucio por debajo de sus ojos, indicando la presencia de ojeras oscuras, y rió.

—Anoche estuve despierto hasta altas horas, sí —replicó Grey, ecuaníme—. Debido al descubrimiento del soldado Bodger.

—*Hm*. Sí, ya veo —dijo Keegan, enderezándose—. Parece como si la chupóptera se hubiera alimentado de él.

—¿Así que conoce los rumores acerca de un súcubo? —preguntó Grey, ignorando el intento de bromear del ayudante.

—Por supuesto. —Keegan parecía sorprendido—. Todo el mundo lo sabe. ¿No se lo acabo de decir?

Keegan no sabía cómo había llegado el rumor al campamento, pero se había extendido como el fuego, llegando a todo hombre del destacamento en menos de veinticuatro horas. Las burlas del principio habían dado paso a una atención escéptica y luego a una creencia escéptica, mientras empezaban a circular más historias sobre los sueños y los tormentos sufridos por los hombres de la ciudad. Por último, el asunto había desembocado en pánico, con la noticia de la muerte del soldado suabo.

—Supongo que no vería su cuerpo —preguntó Grey, interesado.

El galés sacudió la cabeza.

—Dicen que al pobre idiota le sacaron la sangre, ¿pero quién sabe la verdad? Quizá fuera una apoplejía. Las he visto actuar a veces. La sangre sale a chorros por la nariz, para aliviar la presión sobre el cerebro. Algo bastante desagradable de presenciar.

—Parece un hombre racional, sir —dijo Grey a modo de cumplido.

Keegan soltó un pequeño bufido de risa enojada, descartando el comentario, y volvió a incorporarse mientras se frotaba una vez más las manos en la camisa de lana.

—Trate con soldados tanto tiempo como yo, comandante, y se acostumbrará a historias descabelladas, eso es todo lo que le digo. En especial, cuando los hombres

están acampados. No hay suficientes tareas para mantenerlos ocupados, y una buena historia se extiende como la mantequilla sobre una tostada caliente. ¡Y si hablamos de los sueños...! —Alzó al aire las manos.

Grey asintió, reconociendo la verdad de sus palabras. Los soldados daban mucho crédito a los sueños.

—¿Así que no puede decirme nada concerniente a la causa de la muerte del soldado Bodger?

Keegan meneó la cabeza, rascándose al tiempo una sucesión de picaduras de pulga del cuello.

—No veo nada, sir, siento decirlo. Aparte de lo... um... obvio —dijo asintiendo con delicadeza a la región media de cadáver—, y eso no suele ser fatal. No obstante, puede preguntarles a los amigos del soldado. Por si acaso.

Aquella críptica alusión hizo que Grey alzara los ojos de modo inquisitivo, y Keegan tosió.

—Dije que los hombres no dormían, ¿no? No querían darle una invitación a la chupóptera, por así decirlo. Bueno, algunos fueron un poco más lejos que eso, y se encargaron del asunto, por así decirlo, con sus propias manos.

Unos cuantos audaces, según dijo Keegan, habían razonado que si lo que el súcubo deseaba era la esencia viril, estarían a salvo eliminando de su cuerpo dicha tentación. Aunque la mayoría de ellos decidieron de forma oportuna tomar sus precauciones en privado, los hombres vivían muy cerca unos de otros. De hecho, más de un ciudadano se había quejado de flagrante indecencia colectiva por parte de los soldados, lo que había provocado el edicto del general Ruysdale.

—Solo se me ocurre, sir, que si la oportunidad se me presentara, un cementerio húmedo quizá no fuese el lugar que elegiría para un romance. Pero a lo mejor un grupo de hombres que pensara en enfrentarse a la chupóptera en su propio terreno... Y si el soldado... ¿Bodger era su nombre, sir?... fuese a caer en medio de tal proceder... bueno, sería de esperar que sus camaradas se esfumaran a toda mecha para no tener que responder preguntas.

—Tiene una interesante y retorcida forma de pensar, señor Keegan —dijo Grey—. Muy racional. Supongo que no sería usted quien sugirió esta particular... precaución.

—¿Quién, yo? —Keegan intentó mostrar ira, pero falló—. ¡Vaya idea, comandante!

—Exactamente —dijo Grey, y se marchó.

A lo lejos, las tropas abandonaban la plaza de armas de forma ordenada, cada rango en su momento, al son del repiqueteo de las cantimploras y los mosquetes y de los gritos de los cabos y los sargentos. Se detuvo un instante a observarlos, disfrutando del calor del sol de otoño en su espalda.

Tras la furia de la tormenta nocturna, el día había amanecido despejado y tranquilo, y prometía ser templado. No obstante, el suelo estaba muy embarrado a juzgar por la tierra removida de la plaza de armas y los terrones que salían volando de los pies de los soldados, salpicando sus pantalones. Sería una

marcha muy pesada, además del arduo trabajo de limpieza posterior. Puede que Ruysdale no hubiese planificado el ejercicio como un castigo, pero eso es lo que sería.

Artillero como era, Grey evaluó de modo automático la calidad del terreno para el paso de los carros de municiones. Imposible. El suelo era blando como el queso fundido. Hasta los morteros se hundirían.

Se dio la vuelta, oteando las colinas lejanas donde se decía que estaban los franceses. Si tenían cañones, no tendrían oportunidad de ir a ningún sitio por el momento.

Aun así, la situación le dejó una persistente sensación de incomodidad, aunque estaba poco dispuesto a admitirlo. Sí, era probable que los franceses intentaran moverse hacia el norte. No, no había razón aparente para que cruzaran el valle; Gurgelwitz no tenía ninguna importancia estratégica, ni tenía el tamaño suficiente para merecer un saqueo. Sí, las tropas de Ruysdale estaban entre los franceses y la ciudad. Pero miró la plaza de armas desierta, y a las tropas desapareciendo en la distancia, y sintió un hormigueo entre los omoplatos, como si alguien estuviese detrás de él con una pistola cargada.

«*Me sentiría más feliz si se pudiese enviar algún escuadrón de Ruysdale a defender el puente*». Las palabras de Hicks resonaron en su memoria. Así que sir Peter también sentía ese hormigueo. Era posible, pensó Grey, que Ruysdale sí que fuese un imbécil.

#### 4

### La dotación del cañón

Para cuando alcanzó el río, ya había pasado el mediodía. Desde la distancia, era un paisaje tranquilo bajo un elevado sol pálido. El río estaba jalonado por una espesa franja de árboles con hojas otoñales, sus dorados viejos y sus rojos escarlatas brillando en contraste con el negro parduzco de los campos en barbecho y las praderas listas para ser sembradas.

Sin embargo, un poco más cerca el mismo río disipaba aquella impresión de encanto pastoral. Era un corriente ancha y profunda que se movía rápida y turbulenta, alimentada por las lluvias recientes. Incluso desde la lejanía, pudo ver las tambaleantes formas de los árboles y los arbustos desarraigados, y el cadáver ocasional de algún animal pequeño, ahogado en el río.

La artillería prusiana estaba situada sobre una pequeña elevación del terreno, oculta por un soto. Solo un cañón del diez, comprobó con desasosiego, y un pequeño mortero, aunque había suficiente provisión de proyectiles y pólvora, y tan bien resguardados de la lluvia como correspondía al sentido del orden prusiano, bajo una lona.

Los hombres le recibieron con gran cordialidad. Cualquier distracción del aburrimiento que suponía guardar el puente era bien recibida. Y más aún si dicha distracción traía cerveza, dos grandes odres de rubia en el caso de Grey.

—Comerá con nosotros, comandante —dijo el teniente suabo al cargo, aceptando la cerveza y los despachos y haciendo un elegante gesto con la mano hacia una cómoda roca.

Hacía rato ya del desayuno, y Grey aceptó la invitación con gusto. Se quitó el abrigo y lo extendió sobre la piedra, se arremangó la camisa y se unió amigablemente al festín de galletas, queso y cerveza. Aceptó con gratitud unos bocados de salchicha fibrosa y especiada.

El teniente Dietrich, caballero de mediana edad con una barba exuberante y cejas a juego, abrió los despachos y los leyó mientras Grey practicaba su alemán con los soldados. Sin embargo, al tiempo que charlaba, mantenía un ojo cauto sobre el teniente, por la curiosidad de ver lo que el artillero haría con el despacho de Namtzen.

Las cejas del teniente eran unos excelentes indicadores de su condición interior. Se mantuvieron a la misma altura en los primeros instantes de lectura, luego se alzaron hasta un nivel de asombro, donde se quedaron suspendidas durante no poco tiempo, volviendo a su posición original con pequeños temblores de consternación, mientras el teniente decidía cuánta de aquella información sería prudente comunicar a sus hombres.

El teniente dobló el papel, lanzándole a Grey una aguda mirada interrogativa. Este le devolvió un ligero gesto afirmativo; sí, sabía lo que el despacho decía.

El teniente miró a sus hombres y luego detrás por encima de su hombro, como si juzgara la distancia que había a través del valle hasta el campamento británico y la ciudad más allá. Después volvió a mirar a Grey, moviendo pensativo su mostacho, y sacudió la cabeza imperceptiblemente. No mencionaría el asunto del súcubo.

Grey creía que eso sería lo más sabio, e inclinó su cabeza en señal de acuerdo. Solo había diez hombres presentes; si cualquiera de ellos ya supiera de los rumores, todos lo sabrían. Y aunque el teniente parecía contento a su cargo, el hecho era que se trataba de un prusiano, no de sus propios hombres. No podía estar seguro de su reacción.

El teniente reorganizó sus papeles y se unió a la conversación. No obstante, Grey observó con interés que el asunto del despacho pesaba sobre su mente, de tal forma que la conversación giró hacia la manifestación de lo sobrenatural, sin brusquedad aparente pero con la inexorabilidad del balanceo de una aguja de brújula.

Siendo como era un buen día, con las hojas doradas meciéndose suavemente a su alrededor, el borboteo del río cercano y cantidad de cerveza a mano, las distintas historias de fantasmas, de monasterios sangrientos y de batallas espectrales en el cielo no eran más que un entretenimiento. Bajo las frías sombras de la noche sería diferente, aunque se seguirían contando. Más aún que las balas de cañón, las bayonetas o las enfermedades, el aburrimiento era el mayor enemigo de un soldado.

Sin embargo, en determinado momento, un artillero contó la historia de una casa elegante de su ciudad, donde los gritos de un bebé fantasmal reverberaban en las habitaciones por la noche, para consternación de los dueños. Con el tiempo, rastrearon el sonido hasta una pared en particular, picaron el yeso, y descubrieron

una chimenea enladrillada, en la que encontraron los restos de un niño junto a la daga que le había rebanado la garganta.

Varios de los soldados hicieron el signo de los cuernos ante aquello, pero Grey vio claras expresiones de incomodidad en los rostros de dos de los hombres. Intercambiaron miradas entre sí, y después desviaron la vista con rapidez.

—¿Quizá había oído esta historia con anterioridad? —preguntó Grey dirigiéndose al más joven de los dos. Sonrió al mismo tiempo, haciendo todo lo posible por parecer inofensivo.

El muchacho, que no podía tener más de quince, vaciló, pero tanta fue la presión de los que le rodeaban que no pudo resistirse.

—No es una historia —dijo—. Yo... nosotros... —dijo haciendo un gesto hacia su compañero—... anoche, en la tormenta. Oímos llorar a un niño cerca del río. Fuimos a echar un vistazo con una linterna, pero allí no había nada. Sin embargo, continuábamos oyéndolo. Seguía y seguía, aunque buscamos de un lado a otro, llamando y rastreando, hasta que estuvimos calados hasta los huesos, y casi congelados.

—Oh, ¿eso es lo que estabais haciendo? —intercedió un compañero de unos veinte años, sonriente—. Y nosotros que pensamos que Samson y tú os estabais dando el uno al otro bajo el puente.

La sangre subió al rostro del chico con tanta rapidez que los ojos se le salían, y se lanzó contra el otro, tirándole del asiento y rodando con él entre las hojas en una maraña de puños y codos.

Grey se puso en pie como un rayo y les separó, agarrando al joven por el cogote y meneándolo. El teniente estaba gritándoles con ira en un alemán cerrado que Grey ignoró. Sacudió al muchacho con suavidad para que recobrará el sentido común, y le dijo muy bajito:

—Ríete. Era un chiste.

Miraba con fijeza los ojos del muchacho, deseando que se tranquilizara. Los escuálidos hombros bajo sus manos vibraban por la necesidad de golpear algo, y sus ojos castaños estaban vidriosos por la rabia y la confusión.

Grey lo sacudió más fuerte, luego lo soltó, y con la excusa de quitarle unas hojas muertas del uniforme, se acercó más.

—Si actúas así, lo sabrán —dijo con un rápido susurro—. ¡Por el amor de Dios, ríete!

Samson, que tenía la suficiente experiencia para saber qué hacer en tales circunstancias, lo estaba haciendo. Empujaba a los compañeros bromistas, replicando a sus chistes groseros con otros aún más ordinarios. El joven le miró mientras una chispa de conciencia regresaba a su faz. Grey le dejó ir y se giró hacia el grupo, diciendo en alto:

—Si yo fuese a sodomizar a alguien, esperarí a buen tiempo. ¡Hay que estar desesperado para darle la vuelta a cualquier cosa bajo esa lluvia y esos truenos!

—Hace mucho tiempo ya, comandante —dijo entre risas uno de los soldados. Realizó unos gestos obscenos con las caderas—. ¡Hasta una oveja en una tormenta de nieve parecería genial en estos momentos!



—Ja, ja, ja. Que te jodan, Wulfie. La oveja pasaría de darte. —El chico seguía ruborizado y con los ojos húmedos, pero volvía a tener el control sobre sí mismo. Se restregó una mano por la boca y escupió, forzando una sonrisa mientras los demás se carcajaban.

—Puedes darte a ti mismo, Wulfie... si tu polla es tan larga como dices. —Samson le lanzó una mirada lasciva a Wulf, quien sacó una lengua asombrosamente larga como respuesta, meneándola con burla.

—¡No quieras averiguarlo!

La discusión fue interrumpida en aquel punto por dos soldados que llegaron resoplando colina arriba, mojados hasta la cintura y arrastrando con ellos un gran cerdo muerto, pescado del río. Semejante añadido para la cena fue celebrado con gritos de aprobación, y la mitad de los hombres se dispusieron a la tarea de la matanza, mientras los demás volvían con desgana a su conversación.

Sin embargo, el vigor de esta había decaído, y Grey estaba a punto de irse cuando uno de los hombres dijo algo, entre risas, acerca de las mujeres gitanas.

—¿Qué has dicho? Quiero decir... *¿Was ist das Du hast sprechen?* —chapurreó en alemán—. ¿Gitanas? ¿Las has visto hace poco?

—Oh, *ja*, comandante —dijo el soldado con amabilidad—. Esta mañana. Cruzaron el río seis carretas con mulas. Ya los he visto antes, van y vienen todo el rato.

Con un pequeño esfuerzo, Grey mantuvo en calma la voz.

—¿De verdad? —Se volvió hacia el teniente—. ¿Sería posible que hubieran hecho tratos con los franceses?

—Por supuesto. —El teniente parecía ligeramente sorprendido, y después sonrió—. ¿Qué le van a decir a los franceses? ¿Que estamos aquí? Creo que eso ya lo saben, comandante.

Hizo un gesto hacia un claro entre los árboles. A través de él, Grey pudo ver a los soldados ingleses del regimiento de Ruysdale, puede que kilómetro y medio. Las filas se agolpaban en la ribera del río como maderos a la deriva, mientras tiraban sus mochilas y se sumergían en la corriente para beber, sofocados y embarrados por la carrera.

Era cierto; la presencia de los regimientos inglés y suabo no era un secreto para nadie. Cualquiera con un catalejo sobre los riscos podría contar las manchas del perro del coronel Ruysdale. En cuanto a la información concerniente a sus movimientos... Bueno, ya que ni Ruysdale ni Hicks tenían idea de adónde iban a ir ni cuándo, no existía mucho peligro de que tales datos fuesen a ser revelados a los enemigos.

Sonrió, y se despidió con elegancia del teniente, aunque en su interior resolvió hablar con Stephan von Namtzen. Quizá los gitanos fuesen inofensivos, pero habría que investigarlos. Aunque no fuese más, los gitanos estaban en posición de poder decirle a cualquiera que se molestase en preguntar cuántos hombres estaban guardando aquel puente. Y de algún modo, pensaba que Ruysdale no tenía en mente considerar la petición de sir Peter de enviar refuerzos, a pesar del mensaje.

Saludó de forma casual a los artilleros, quienes no se dieron cuenta, hundidos hasta los codos como estaban de sangre y tripas de cerdo. El muchacho estaba solo, cortando leña verde para el asador.

Abandonó el campamento de artillería, cabalgó hasta el puente e hizo una pausa, sujetando las riendas de Karolus mientras miraba al otro lado del río. El terreno era llano durante un trecho, pero luego se convertía en colinas rocosas que se elevaban hasta un promontorio escarpado. Arriba, sobre los acantilados, los franceses presumiblemente seguían acechando. Sacó de su bolsillo un pequeño catalejo, y examinó la cima de los riscos, despacio. Nada se movía en las alturas; ni caballos, ni hombres, ni banderas al viento... Mas unas débiles volutas grises se elevaban allá arriba, una nube sobre un cielo despejado. El humo de las hogueras del campamento. Muchas. Sí, los franceses seguían allí.

Oteó las colinas de debajo, buscando con atención, pero si los gitanos también estaban allí, ningún penacho de humo delataba su presencia.

Debería encontrar el campamento gitano e interrogar él mismo a sus habitantes, pero se estaba haciendo tarde, y en ese momento no tenía estómago para ello. Tiró de las riendas y giró la cabeza del caballo hacia la lejana ciudad, sin mirar el bosquecillo que ocultaba el cañón y su dotación.

El chico habría aprendido bien (y rápido) a esconder su naturaleza, o se convertiría en el culo de cualquiera que quisiera utilizarlo. De cualquiera. Wulf tenía razón; después de meses en el campo de batalla, los soldados no eran especiales, y el chico era mucho más atractivo que una oveja, con aquellos suaves labios rojos y su piel delicada.

Karolus echó atrás la cabeza y ralentizó el paso, incómodo. Las manos de Grey temblaban sobre las bridas al asirlas tan fuerte. Se obligó a relajarse y a apaciguar el temblequeo, y le habló con calma al caballo para que volviera a coger velocidad.

Había sido atacado una vez, en alguna parte de Escocia, días después de Culloden. Alguien había caído sobre él en la oscuridad, y le había agarrado desde detrás con un brazo sobre su garganta. Había pensado que iba a morir, pero su asaltante tenía otra cosa en mente. El hombre no habló en ningún momento, y fue brutalmente rápido, dejándolo momentos después acurrucado en el suelo, detrás de un carro, mudo por la sorpresa y el dolor.

Nunca supo quién había sido: oficial, soldado u otro intruso anónimo. Jamás averiguó si el hombre había distinguido algo en su apariencia o comportamiento que le condujera al atacarlo, o había sido solo porque pasaba por allí.

Pero sí supo el peligro de decírselo a alguien. Se lavó, se puso derecho y caminó con firmeza, habló con normalidad y miró a los hombres a los ojos. Nadie sospechó de la carne magullada y desgarrada bajo su uniforme, ni de la lesión en su esternón. Y si su asaltante compartió asiento y pan en las comidas con él, nunca se enteró. Desde aquel día, siempre llevaba una daga, y nunca habían vuelto a tocarle contra su voluntad.

El sol se ponía a su espalda, y las sombras del caballo y del jinete se estiraban bastante ante sí, como volando, sin rostro.

Una vez más, llegó tarde a la cena. Sin embargo, en esta ocasión le trajeron una bandeja, y se sentó en el salón. Cenó mientras el resto del grupo charlaba.

La princesa atendía sus necesidades, y se sentó con él un rato, atenta hasta el halago. No obstante, él iba con la misma ropa después de un día de cabalgar, y sus respuestas a las preguntas de ella fueron breves. Esta pronto se marchó y le dejó en pacífica relación con el venado frío y la tarta de pasas de damasco.

Casi había terminado cuando una mano grande y cálida se posó sobre su hombro.

—Así que ha visto a los artilleros del puente. ¿Están en buen estado? —preguntó von Namtzen.

—Sí, muy bueno —replicó Grey. No había motivo, al menos por el momento, para mencionarle a von Namtzen lo del joven soldado—. Les dije que vendrían más hombres procedentes del regimiento de Ruysdale. Espero que así sea.

—¿El puente? —La viuda, cazando al vuelo la palabra, dejó su conversación mientras fruncía el ceño—. No tiene de qué preocuparse, landgrave. El puente está a salvo.

—Estoy seguro que estará a salvo, señora —dijo Stephan, golpeando galante sus tacones mientras le hacía una inclinación—. Puede estar segura, el comandante Grey y yo seremos sus protectores.

La anciana parecía ligeramente molesta ante aquella idea.

—El puente está a salvo —repitió, tocando la medalla religiosa sobre el canesú de su vestido largo, y mirando con agresividad a los dos hombres—. Ningún enemigo ha cruzado el puente de Aschenwald en trescientos años. ¡Y ningún enemigo lo hará!

Stephan miró a Grey y se aclaró ligeramente la garganta. Grey le imitó e hizo un cumplido gentil sobre la comida.

Cuando la viuda se marchó, Stephan meneó la cabeza a sus espaldas, e intercambió una breve sonrisa con Grey.

—¿Sabe lo de ese puente?

—No, ¿pasa algo raro con él?

—Solo una historia. —Von Namtzen encogió los hombros con un desdén tolerante con la superstición ajena—. Se dice que hay un guardián, un espíritu de alguna clase que protege el puente.

—¿Ah, sí? —dijo Grey, recordando un tanto incómodo los relatos de los artilleros acampados cerca del puente. Se preguntó si la gente del lugar conocería la historia.

—*Mein Gott* —dijo Stephan negando con su gran cabeza como si le atacaran los mosquitos—. ¡Esos cuentos! ¿Cómo puede la gente cuerda creer en tales cosas?

—Deduzco que no se refiere a esta historia en particular —dijo Grey—. ¿La del súcubo, quizá?

—No me hable de ese tema —dijo von Namtzen, taciturno—. Mis hombres parecen espantapájaros, y saltan ante la sombra de un pájaro. Todos tienen miedo

de poner la cabeza en la almohada, por temor a darse la vuelta y ver el rostro de una bruja en medio de la noche.

—Sus chicos no son los únicos. —Sir Peter había llegado para servirse otro trago. Levantó el vaso y tomó un sorbo largo, estremeciéndose un poco. Billman, a su espalda, asintió lúgubre.

—Malditos sonámbulos. Vaya banda.

—Ah —dijo Grey, pensativo—. Quisiera hacer una sugerencia... no mía, ya saben. Algo que mencionó el cirujano de Ruysdale...

Les explicó el remedio de Keegan, manteniendo la voz discretamente baja. Su audiencia fue menos discreta al responder.

—¿Qué? ¿Que los hombres de Ruysdale le dan a la zambomba, o a la puerta trasera? —Grey creyó que sir Peter moriría sofocado por las carcajadas. Como si el teniente Dundas no estuviese presente.

—Puede que no todos —dijo—. Sin embargo, es evidente que los suficientes para preocuparse. Supongo que aún no ha experimentado un fenómeno similar entre sus tropas...

Se hizo una pausa delicada y luego von Namtzen dijo en voz demasiado alta:

—¿Zambomba? —Stephan le hizo una seña a Grey con el codo, y levantó sus espesas cejas rubias, perplejo—. ¿Puerta trasera? ¿Qué significa eso, por favor?

—Ahhh... —Al no tener idea del equivalente alemán de tales expresiones, Grey ejecutó un fugaz gesto gráfico con una mano, mirando por encima del hombro para asegurarse que ninguna de las mujeres estaba observando.

—¡Oh! —Von Namtzen parecía un tanto sorprendido, pero sonrió de forma abierta—. ¡Ya veo, sí, muy buena! —Volvió a dar un codazo a Grey, de manera más familiar, y bajó un tanto la voz—. Quizá sea inteligente tomar precauciones personales, ¿no cree?

Las mujeres y los oficiales alemanes, concentrados hasta ese momento en una partida de cartas, miraban a los ingleses, confundidos. Un hombre le hizo una pregunta a von Namtzen, y por fortuna Grey se libró de contestar.

Sin embargo, algo se le ocurrió, y cogió a von Namtzen del brazo antes que este se fuera para unirse a los demás en una mano de bravo.

—Un momento, Stephan. Quería preguntarle... Ese hombre cuyo que murió, Koenig. ¿Vio el cuerpo usted mismo?

Von Namtzen aún sonreía, pero ante aquello su expresión se volvió más sombría, y meneó la cabeza.

—No, no lo vi. Me dijeron, no obstante, que su garganta estaba retorcida de manera horrible, como si un animal salvaje lo hubiese atacado. Pero no había salido: lo encontramos en su barracón. —Volvió a sacudir la cabeza, y se marchó para jugar la partida.

Grey terminó su cena en medio de una conversación cordial con sir Peter y Billman, aunque echando miradas concupiscentes al curso del juego de cartas.

Esa noche, Stephan iba vestido de uniforme. Un hombre más pequeño hubiese parecido recargado con todo aquello. El gusto suabo para la ornamentación militar

era excesivo para el ojo inglés. Aun así, con su gran constitución y su melena rubia, el landgrave de Erdberg era simplemente... vistoso.

Parecía haber atraído la atención no solo de la princesa Luisa, sino de las otras tres mujeres jóvenes, amigas de la princesa. Estas le rodeaban como tres satélites atrapados en su órbita. Ahora metía la mano en el bolsillo interior de su casaca y sacaba algún pequeño objeto, consiguiendo que se arracimaran alrededor para mirarlo.

Grey se giró para contestar alguna pregunta de Billman, pero volvió a su posición, tratando de no mirar de manera demasiado obvia.

Había intentado suprimir el sentimiento que Stephan hacía crecer en él, pero al final tales cosas siempre eran incontrolables. Surgían. A veces, como la explosión de un proyectil de mortero, otras como la inexorable punta verde del azafrán, que empujaba a través de la nieve y el hielo pero conseguía salir.

¿Estaba enamorado de Stephan? Esa no era la cuestión. Le gustaba el suabo, y lo respetaba, pero no había locura ni anhelo. ¿Quería a Stephan? Una suave calidez en su espalda, como si de algún modo la sangre le hubiese empezado a hervir a fuego lento, le sugirió que así era.

El antiguo cráneo de oso seguía en su lugar honorífico, bajo el retrato del viejo príncipe. Se movió lentamente para examinarlo, manteniendo medio ojo sobre Stephan.

—¡Seguro que no ha comido suficiente, John! —Una mano delicada sobre su codo le hizo darse la vuelta, y vio el rostro de la princesa, la cual le sonreía con hermosa coquetería—. Un hombre fuerte, todo el día de viaje... Deje que llame a los sirvientes para que le traigan algo especial.

—Le aseguro, alteza... —Pero no le dejó seguir, y golpeándole de forma jugetona con el abanico, se deslizó con rapidez como una nube dorada para traerle algún postre especial.

Grey, que se sentía como un ternero engordado listo para la matanza, buscó refugio en la compañía masculina, deteniéndose al lado de von Namtzen, quien estaba plegando lo que fuese que les había enseñado a las mujeres. Estas miraban ahora por encima de los hombros de los jugadores y hacían apuestas.

—¿Qué es eso? —quiso saber Grey, haciendo un gesto hacia el objeto con la cabeza.

—Oh... —Von Namtzen pareció un tanto desconcertado por la pregunta, pero tras un solo momento de vacilación, se lo pasó a Grey. Era una pequeña cartera de cuero con cierre de oro y un gozne—. Mis hijos.

Se trataba de una miniatura fabricada por una mano experta. Las cabezas juntas de dos niños, chico y chica, ambos rubios. El chico, claramente un poco mayor, tenía quizá tres o cuatro años.

Grey se sintió por un momento como si hubiese recibido un golpe real en la boca del estómago. Abrió la boca, pero fue incapaz de hablar. O al menos, pensó que lo era. Para su sorpresa, escuchó cómo su propia voz sonaba tranquila, con un tono de amable admiración.

—Son muy guapos. Estoy seguro que son un buen consuelo para su esposa, en su ausencia.

Von Namtzen sonrió ligeramente, y se encogió un poco de hombros.

—Su madre está muerta. Murió al dar a luz a Elise. —Un enorme dedo tocó el rostro diminuto, con mucha delicadeza—. Mi madre los cuida.

Grey pronunció las palabras de condolencia apropiadas, pero había dejado de oírse a sí mismo, por la confusión de pensamientos de especulación que llenó su mente.

Tanta fue que, cuando llegó el postre especial de la princesa, una enorme mezcla de frambuesas en conserva, brandy, bizcocho y crema, se lo comió todo a pesar de que las frambuesas le producían alergia.

Continuaba ensimismado en sus pensamientos mucho después de que las damas se hubiesen retirado. Se unió a la partida de cartas, apostó mucho y jugó de forma agresiva. Ganó, con la perversidad habitual de la diosa Fortuna, aunque no prestaba atención a sus cartas.

¿Se habría equivocado por completo? Era posible. Todas las atenciones de Stephan hacia él habían permanecido dentro de los límites de la normalidad, y aun así...

Y aun así no era extraño que hombres como él mismo se casaran y tuvieran hijos. Claramente, los hombres como von Namtzen, con un título y propiedades que legar, desearían tener herederos. Aquel pensamiento lo tranquilizó, y aunque tuvo que rascarse de vez en cuando el pecho o el cuello, prestó más atención al juego... y entonces empezó a perder.

La partida de cartas acabó una hora después. Grey se rezagó un poco, con la esperanza de que Stephan le buscara, pero el suabo estaba entretenido en una discusión con el capitán Steffens, y al final Grey subió las escaleras, rascándose todavía.

Esa noche los pasillos estaban bien iluminados, y encontró el suyo sin dificultad. Esperaba que Tom siguiera despierto; quizá el joven valet pudiera conseguirle algo para la comezón. Puede que algún ungüento, o... Oyó un frufrú de tejido detrás de él, y se dio la vuelta para encontrarse con que la princesa se le aproximaba.

Volvía a estar en ropa de cama, pero no con la prosaica ropa de lana de la noche anterior. Esta vez iba ataviada con un camisón vaporoso de lino diáfano, que colgaba de su pecho y revelaba con bastante claridad sus pezones a través de la tela. Grey pensó que estaría pasando frío, a pesar de la bata suntuosamente bordada que llevaba sobre el camisón.

No llevaba gorro, y se había cepillado el cabello, pero aún no se lo había trenzado para dormir. Este flotaba en ondas doradas bajo sus hombros. Grey también empezó a tener frío, a pesar del brandy.

—Mi señor —dijo ella—. John —añadió, y sonrió—. Tengo algo para usted. —Sostenía algo en su mano: una cajita de alguna clase.

—Alteza —dijo él, reprimiendo el impulso de dar un paso atrás. Ella llevaba un fuerte perfume, con fragancia de rosas. Un aroma en particular que le disgustaba.

—Mi nombre es Luisa —dijo, dando otro paso hacia él—. ¿No va a llamarme por mi nombre? ¿Aquí, en privado?

—Desde luego. Si así lo desea... Luisa. —Dios, ¿cómo había llegado a aquello? Tenía la suficiente experiencia para saber de qué iba. Era un hombre apuesto, de buena familia y con dinero. Le había ocurrido a menudo, pero no con la realenza, que solía estar acostumbrada a coger lo que querían.

Tomó la mano extendida de ella, aparentando que quería besársela. En realidad era para mantenerla a distancia. ¿Qué quería? ¿Y por qué?

—Esto es... para darle las gracias —dijo ella mientras Grey levantaba la cabeza de sus nudillos enojados. Depositó la caja en la mano libre de él—. Y para protegerlo.

—Le aseguro, señora, que no es necesario darme las gracias. No he hecho nada. —Cristo, ¿qué era aquello? ¿Creía que tenía que acostarse con él, en señal de agradecimiento? O mejor, ¿se había convencido a sí misma de que tenía que hacerlo, porque lo deseaba? Ella tenía ganas. Podía ver su excitación en los ojos azules muy abiertos, las mejillas arrojadas, el pulso rápido de su garganta. Él apretó suavemente los dedos de ella y los soltó, y después intentó devolver la caja.

—De verdad, mi señora... Luisa... no puedo aceptarlo. Seguro que es algún tesoro de su familia. —Parecía valioso. Pequeño, bastante pesado, hecho de plomo bañado o de oro sólido, lucía un buen número de piedras cortadas de manera tosca a modo de cabujón, las cuales Grey se temió que fuesen preciosas.

—Oh, lo es —le aseguró ella—. Ha pertenecido a la familia de mi marido durante cientos de años.

—Oh, bueno, pero entonces...

—No, debe quedárselo —le dijo con vehemencia—. Le protegeré de la criatura.

—Criatura. Se refiere a...

—*Die Nacht Toter* —dijo ella, bajando la voz y mirando de modo involuntario sobre un hombro, como si temiera que algo abyecto levitara en el aire de las proximidades.

*Nacht Toter*. Significaba «asesino nocturno». Muy a pesar suyo, un breve escalofrío tensó los hombros de Grey. Los corredores estaban mejor iluminados, pero aún albergaban corrientes de aire que hacían que las velas parpadearan, y las sombras flotaran por las paredes como agua en movimiento.

Bajó la vista hacia la caja. Tenía letras grabadas en la tapa, en latín, pero de un tipo tan antiguo que requerían un examen minucioso para entender lo que decían.

—Es un relicario —dijo ella acercándose para indicar la inscripción—. De San Orgevald.

—Ah, er... sí. Muy interesante. —Pensó que era un tanto espantoso. De todas las prácticas papistas objetables, el hábito de amputar santos y repartir sus restos por los confines del mundo era con toda posibilidad el más censurable. Mas, ¿por qué tendría la princesa semejante objeto? Los von Lowenstein eran luteranos. Desde luego, era muy antiguo. Sin duda, lo guardaba nada más que como un talismán familiar.

Estaba tan cerca que su perfume le embotaba los orificios nasales. ¿Cómo iba a librarse de aquella mujer? La puerta de su habitación estaba a menos de un

metro, y sentía la urgente necesidad de abrirla, saltar dentro y dar un portazo, pero no sería correcto.

—Usted me protegerá, y protegerá a mi hijo —murmuró ella, mostrando una absoluta confianza en él desde detrás de sus pestañas doradas—. Así que yo le protegeré a usted, mi querido John.

Lanzó los brazos alrededor de su cuello, y una vez más pegó sus labios a los de él en un beso apasionado. La cortesía requería que devolviera el abrazo, aunque su mente estaba echando a correr, en ferviente búsqueda de un escape. ¿Dónde diablos estaban los sirvientes? ¿Por qué nadie les había interrumpido?

Y entonces, alguien les interrumpió. Se produjo una tos ronca muy cerca, y Grey rompió el abrazo con alivio, una emoción efímera, mientras levantaba la vista para descubrir al landgrave de Erdberg de pie, a pocos metros, con el ceño fruncido bajo sus espesas cejas.

—Discúlpeme, alteza —dijo Stephan con tono gélido—. Deseaba hablar con el comandante Grey. No sabía que hubiese nadie más aquí.

La princesa estaba ruborizada, pero se había recompuerto. Se cubrió el cuerpo con la bata, estirándose de forma que su hermoso busto se viese bien realzado.

—Oh —dijo ella, muy fría—. Es usted, Erdberg. No se preocupe, tan solo me despedía del comandante. Ahora se lo dejo para usted. —Una minúscula sonrisa de engreimiento aleteó en la comisura de su boca. De forma deliberada, posó una mano sobre la mejilla sonrojada de Grey, y dejó la marca del paso de sus dedos sobre su piel mientras se giraba. Después se marchó despacio (¡maldita mujer, paseando!) mientras meneaba la cola de su bata.

Cayó un profundo silencio sobre el pasillo.

Al final, lo rompió Grey.

—¿Deseaba hablar conmigo, capitán?

Von Namtzen parecía distante, como si estuviese decidiendo si darle un pistotón.

—No —dijo al fin—. Puede esperar. —Giró sobre sus talones y se fue, haciendo bastante más ruido en su marcha que la princesa.

Grey se apretó una mano contra la frente, hasta que pudo confiar en que no le estallaría la cabeza. Tembló, y arremetió contra la puerta de su habitación antes que nada más pudiese ocurrir.

Tom estaba sentado en un taburete junto al fuego, remendando un par de calzones que habían sufrido desperfectos en las costuras mientras Grey le hacía una demostración de estocadas de sable a uno de los oficiales alemanes. Levantó la vista de inmediato cuando Grey entró, pero si había oído algo de la conversación del pasillo, no hizo referencia alguna.

—¿Qué es eso, señor? —preguntó en su lugar al ver la caja en la mano de Grey.

—¿Cuál? Oh, eso. —Grey lo posó, con un vago sentimiento de disgusto—. Un relicario. De San Orgevald, fuese quien fuese.

—¡Oh, yo lo conozco!



—¿Tú? —Grey levantó una ceja.

—Sí, mi señor. Hay una pequeña capilla consagrada a él, abajo en el jardín. Ilse, una de las doncellas de la cocina, me la estuvo enseñando. Es muy famoso en los alrededores.

—Vaya. —Grey comenzó a desvestirse, dejó la chaqueta en la silla y comenzó a desabrocharse el chaleco. Sus dedos estaban impacientes, y resbalaban sobre los pequeños botones—. ¿Famoso por qué?

—Por evitar que mataran a más niños. ¿Le ayudo, señor?

—¿Qué? —Grey se detuvo, miró a su joven valet, sacudió la cabeza y volvió a tironear de los botones—. No, continúa. ¿Que mataran a qué niños?

El cabello de Tom estaba de punta, como si tendiera a hacerlo cada vez que estaba interesado en algo, debido a su hábito de pasarse una mano a través de él.

—Bueno, verá, mi señor, suele ser costumbre, cuando construían algo importante, comprarle un niño a los gitanos... o simplemente cogerles uno, supongo... y emparedarlo en los cimientos. En especial, con los puentes. Evita que alguien malvado lo cruce, ¿sabe?

Grey seguía desabrochando botones, más despacio. Sintió un hormigueo en los pelos de la nuca.

—El niño... el niño asesinado... lloraría, ¿verdad?

Tom pareció sorprendido por su perspicacia.

—Sí, mi señor. ¿Cómo sabía eso?

—No importa. Así que San Orgevald puso freno a esta práctica, ¿no? Bien por él. —Miró con mejores ojos la pequeña caja dorada—. Hay una capilla, dices... ¿Está en uso?

—No, mi señor. Está llena de restos de basura apilada. O mejor dicho, no está en uso para las oraciones. Hay gente que va allí. —El chico se ruborizó un poco, y arrugó el entrecejo como si volviera a su trabajo. Grey dedujo que Ilse le había enseñado otro uso para la capilla desierta, pero decidió no insistir en ese tema.

—Ya veo. ¿Te dijo Ilse algo más de interés?

—Depende de lo que usted llame interesante, señor. —Los ojos de Tom seguían fijos en la aguja, pero Grey pudo saber por la forma en que se mordía el labio superior que estaba en posesión de un poco más de jugosa información.

—En este momento, mi interés principal se centra en mi cama —dijo Grey, librándose al fin del chaleco—, pero dímelo de todos modos.

—¿Recuerda la niñera que sigue desaparecida?

—Sí.

—¿Sabía que su apellido era Koenig, y que era la esposa del soldado tudesco atacado por el súcubo?

Grey iba a aconsejar que se abstuviera de llamar «tudescos» a los alemanes, al menos en presencia de estos, pero escogió pasar por alto el lapsus.

—Pues no. —Grey se desabrochó el corbatín muy despacio—. ¿Lo sabían todos los sirvientes? Y lo que es más importante, ¿lo sabía Stephan?

—Oh, sí, mi señor. —Tom había dejado la aguja, y levantaba la vista entusiasmado por sus noticias—. Verá, el soldado solía hacer trabajos aquí, en el castillo.

—¿Cuándo? ¿Era de la zona, entonces? —Era bastante corriente que los soldados redondearan su sueldo haciendo chapuzas para los ciudadanos en sus horas libres, pero los hombres de Stephan llevaban menos de un mes en las inmediaciones. Mas si la niñera era la mujer del soldado...

—Sí, mi señor. Nacidos aquí, ambos. Se alistó en el regimiento local hace unos años, y vino aquí a trabajar...

—¿Qué trabajo hacía? —preguntó Grey, sin estar seguro de si tendría relación con el fallecimiento de Koenig, pero con la necesidad de un momento para abarcar toda la información.

—Carpintero —replicó Tom, solícito—. Parte de los pisos superiores tenía polilla y debía ser reparado.

—*Hmm*. Pareces pero que muy bien informado. ¿Cuánto tiempo pasaste en la capilla con la joven Ilse?

Tom le devolvió una mirada de inocencia pura, mucho más inculpatoria que una mirada lasciva.

—¿Yo, señor?

—No importa. Sigue. ¿Estaba el hombre trabajando aquí cuando fue asesinado?

—No, mi señor. Se marchó con el regimiento hace dos años. Vino hará una semana o así, según Ilse, solo para visitar a sus amigos entre los sirvientes, pero ya no trabajaba aquí.

Grey ya se había bajado los calzoncillos, quitándoselos con un suspiro de alivio.

—Cristo, ¿qué clase de país perverso es este donde ponen almidón en la ropa interior de un hombre? ¿No puedes hablar con las lavanderas, Tom?

—Lo siento, mi señor. —Tom se apresuró a recoger los calzoncillos—. No conozco la palabra alemana para almidón. Pensé que lo había dicho bien, pero fuese lo que fuese que dije, solo les hizo reír.

—Bueno, no hagas que Ilse se ría mucho. Dejar preñadas a las sirvientas es un abuso de hospitalidad.

—Oh, no, mi señor —le aseguró Tom con honestidad—. Estábamos demasiado ocupados hablando como para, er...

—Como para estar seguros de si lo estabais haciendo —dijo Grey con ecuanimidad—. ¿Dijo algo más de interés?

—Puede. —Tom ya había oreado el camisón y lo había colgado junto al fuego para calentarlo. Lo sostuvo para que Grey metiera la cabeza por él, sintiendo la suavidad gratificante de la lana mientras se deslizaba por la piel—. Verá, solo son rumores.

—¿Mmm?

—Uno de los lacayos de más edad, que solía trabajar con Koenig, habló con uno de los sirvientes después que Koenig viniera de visita. Dijo, según oyó Ilse, lo poco que estaba creciendo Siegfried para ser semilla suya. De Koenig, quiero decir, no del lacayo. Pero entonces vio que Ilse estaba escuchando y se calló.

Grey interrumpió el gesto de coger su bata, y se quedó mirando.

—Claro —dijo. Tom asintió, modestamente complacido por el efecto de sus pesquisas.

—Ese es el anciano marido de la princesa, ¿verdad?, el que está sobre la repisa del salón. Ilse me mostró el retrato. Tiene pinta de viejo sarasa, ¿no?

—Sí —dijo Grey, sonriendo un poco—. ¿Y?

—No tiene... quiero decir, no tenía más hijos que Siegfried, a pesar de haber estado casado con anterioridad otras dos veces. Y el señorito Siegfried nació seis meses después que el viejo muriera. Ese tipo de cosas siempre dan de qué hablar, ¿verdad?

—Diría que sí, en efecto. —Grey metió los pies en las zapatillas que le ofreció el joven—. Gracias, Tom. Lo has hecho mejor que bien.

Tom se encogió de hombros con modestia, aunque su cara redonda relució como si fuese iluminada desde dentro.

—¿Le traigo té, señor? ¿O un dulce?

—Gracias, no. Vete a la cama, Tom, te has ganado el descanso.

—Muy bien, mi señor. —Tom hizo una inclinación; sus maneras estaban mejorando notablemente, gracias al ejemplo de los sirvientes del castillo. Recogió las ropas que Grey había dejado sobre la silla para llevarlas a cepillar, pero entonces se detuvo para examinar el pequeño relicario que Grey había abandonado encima de la mesa.

—Es un objeto hermoso, mi señor. ¿Un relicario, dijo? ¿Eso no es un trozo de alguien?

—Así es. —Grey iba a decirle a Tom que se llevara la cosa con él, pero se detuvo. Sin duda, era muy valioso. Mejor dejarlo ahí—. Es probable que sea un dedo de la mano o del pie, a juzgar por el tamaño.

Tom se inclinó para ojear las letras desgastadas.

—¿Qué dice, mi señor? ¿Puede leerlo?

—Posiblemente. —Grey cogió la caja y la acercó a la vela. Con el ángulo adecuado, las letras talladas se volvían legibles, al igual que los dibujos de la tapa, que para entonces Grey había imaginado que serían simples líneas decorativas. Las palabras lo confirmaron.

—¿No es un...? —dijo Tom, riéndose.

—Sí, así es. —Grey posó la caja con cuidado.

La contemplaron en silencio por un momento.

—Ah... ¿De dónde la ha sacado, señor? —preguntó al fin Tom.

—Me la dio la princesa. Como protección ante el súcubo.

—Oh. —El joven valet cambió su peso de pierna, y miró la caja de reojo—. Esto... ¿cree que funcionará?

Grey se aclaró la garganta.

—Te aseguro, Tom, que si el falo de San Orgevald no me protege, nada lo hará.

Una vez solo, se hundió en el sofá junto al fuego, cerró los ojos, e intentó serenarse lo suficiente para pensar. La conversación con Tom le había proporcionado otra perspectiva desde la cual contemplar las cuestiones de la princesa y de Stephan... excepto que tales asuntos no admitían contemplaciones.

Sintió unas ligeras náuseas, y se levantó para servirse un vaso de brandy de ciruelas de la licorera de la mesa. Eso le ayudó a asentar tanto su estómago como su mente.

Se sentó para beberlo despacio, y poco a poco surgió su capacidad mental para concentrarse en los aspectos menos personales de la situación.

Los descubrimientos de Tom arrojaban una nueva e interesante luz sobre el asunto. Si Grey había creído alguna vez en la existencia de un súcubo, y era lo bastante honesto para admitir que había habido momentos, como en el cementerio y en los pasillos penumbrosos del castillo, ya no creía.

El intento de secuestro no era más que obra de humanos, y el descubrimiento de la relación entre los dos Koenig, la niñera desaparecida y su marido muerto, indicaba con claridad que la muerte del soldado Koenig era parte del mismo asunto, sin importar las patrañas entretrejidas alrededor de todo.

El padre de Grey había fallecido cuando él contaba con doce años, pero había tenido éxito en inculcar a su hijo su propia admiración por la filosofía de la razón. Además del concepto de la Navaja de Occam, su padre también le había iniciado en la útil doctrina del *Cui bono*?

La respuesta más simple y obvia era la princesa Luisa. Admitiendo por el momento que el rumor fuese cierto, y que Koenig fuera el padre de Siegfried... la última cosa que la mujer querría es que Koenig regresara y se quedase donde los parecidos embarazosos se pudieran descubrir.

No tenía ni idea de las leyes alemanas en lo concerniente a la paternidad. En Inglaterra, un niño nacido en matrimonio era legalmente descendencia del marido, aunque todos, incluido el perro, supiesen que la esposa había sido infiel. Varios caballeros conocidos suyos tenían niños por esos medios, a pesar de que estaba muy seguro de que los hombres nunca habían pensado compartir las camas de sus esposas. Quizá Stephan...

Agarró ese pensamiento por el cuello y lo hizo a un lado. Además, si el miniaturista había sido fiel a la realidad, el hijo de Stephan era el vivo retrato de su padre. Aunque los artistas solían producir las imágenes que sabían que su patrón deseaba, a pesar de la realidad...

Levantó el vaso y bebió de él hasta que se quedó sin aire y le zumbaron los oídos.

—Koenig —dijo con firmeza en voz alta. Fuesen verdad o no los rumores (y habiendo besado a la princesa, pensó más bien lo primero; ¡no tenía un pelo de tímida, la chica!), y tanto si el parecido con Koenig amenazaba la legitimidad de Siggy como si no, la presencia del hombre no era, ciertamente, bienvenida.

¿Lo bastante para planear su muerte?

¿Por qué, cuando iba a irse de nuevo enseguida? Era probable que las tropas se movieran en una semana. Seguro que antes de un mes. ¿Había ocurrido algo que volvió urgente la eliminación del soldado Koenig? Puede que el mismo Koenig ignorara la paternidad de Siegfried... y al descubrir el parecido del chico consigo mismo en su visita al castillo, decidiera chantajear a la princesa, por dinero o por favores.

Y dándole otra vuelta a la tuerca... ¿había sido todo el asunto del súcubo un mero disfraz para la muerte de Koenig? Y en caso afirmativo, ¿cómo? El rumor había exaltado hasta el límite la imaginación tanto de las tropas como de los ciudadanos, y la muerte de Koenig había alcanzado las proporciones del pánico. ¿Pero cómo había comenzado el rumor?

Abandonó la cuestión por un momento, ya que no había manera racional de abordarla. Sin embargo, en cuanto a la muerte...

Pudo visionar sin dificultad la conspiración de la princesa Luisa en la muerte de Koenig. Ya había notado con anterioridad lo despiadadas que se volvían las mujeres en lo tocante a sus hijos. No obstante... era de suponer que la princesa no iba a entrar en los aposentos de un soldado y causar su muerte con sus propias manos, blancas como la azucena.

¿Quién lo había hecho? Alguien con grandes lazos de lealtad hacia la princesa, presumió. Pensándolo dos veces, no tenía por qué ser nadie del castillo. Gurgelwitz no era el hervidero de gente que era Londres, pero la ciudad tenía el suficiente tamaño para contener un número razonable de criminales. Uno de estos podía haber sido inducido a cometer el asesinato... si es que era un asesinato, se recordó. No debía perder de vista la hipótesis cero en su deseo de alcanzar la solución.

Y más aún... incluso si la princesa hubiese extendido el rumor acerca del súbucubo, y fuera culpable de la muerte del soldado Koenig... ¿quién era la bruja de la habitación de Siggy? ¿Había intentado alguien secuestrar al niño de verdad? El soldado Koenig ya estaba muerto. Él no podía tener nada que ver.

Se pasó una mano por los cabellos, frotándose la cabeza con suavidad para ayudarse a pensar.

Lealtad. ¿Quién era el más leal a la princesa? ¿Su mayordomo? ¿Stephan?

Sonrió, pero examinó el pensamiento con cuidado. No. No había circunstancias concebibles bajo las que Stephan hubiese conspirado en el asesinato de uno de sus propios hombres. Grey podía albergar dudas sobre de muchas cosas en lo concerniente al suabo, pero no sobre su honor.

Eso le devolvió al comportamiento de la princesa hacia él mismo. ¿Actuaba por atracción? Grey era modesto acerca de sus propios encantos, pero también honesto para admitir que poseía algunos, y que su persona era razonablemente atractiva para las mujeres.

Pensó que, si la princesa había conspirado en la eliminación de Koenig, sus acciones hacia él debían ser tomadas como una distracción. Sin embargo, había otra explicación más.

Uno de los corolarios menores de la Navaja de Occam sugería que, a menudo, el resultado observado de una acción era en realidad el fin deseado de dicha acción. El resultado final del encuentro en el corredor fue que Stephan von Namtzen le había descubierto abrazado a la princesa, y dicho descubrimiento le había molestado con toda claridad.

¿Era el motivo de Luisa tan simple como provocar celos en von Namtzen?

Y si Stephan estuviese celoso... ¿de quién?

La estancia se había vuelto sofocante hasta lo intolerable, y se incorporó inquieto para ir hacia la ventana y abrir las contraventanas. La luna era llena, un enorme y fecundo orbe amarillo que colgaba bajo sobre los campos oscurecidos, y que arrojaba su luz sobre los tejados de pizarra de Gurgelwitz y el mar de tiendas de lona más pálido que se extendía más allá.

¿Dormirían plácidamente las tropas de Ruysdale esa noche, exhaustas por el saludable ejercicio? Se sentía como si él mismo pudiera beneficiarse de dicha actividad física. Se apoyó en el marco de la ventana e hizo presión, sintiendo que los músculos de los brazos se le marcaban, imaginó que huía hacia el frescor de la noche, que corría desnudo y silencioso como un lobo, con la fría tierra blanda cediendo bajo sus pies...

El aire gélido le acarició el cuerpo, poniéndole de punta los pelillos del cogote, pero en su interior ardía. Entre el calor del fuego y el brandy, la calidez antes gratificante del camión se había vuelto opresiva. El sudor le recorría el cuerpo, y el tejido de lana se le pegaba a la piel.

Impaciente de súbito, se la quitó y se quedó frente a la ventana abierta, nervioso e inquieto, mientras la brisa helada acariciaba su desnudez.

Se produjo un zumbido y un crujido en la hiedra cercana, y entonces algo, varios «algos», pasaron en absoluto silencio tan cerca y rápido frente a su rostro que no tuvo tiempo ni de echarse atrás, aunque el corazón se le subió a la garganta ahogando su involuntario grito.

Murciélagos. Las criaturas habían desaparecido en un instante, mucho antes de que su sorprendida mente se hubiese repuesto lo bastante para ponerles nombre.

Se asomó al exterior, buscando, pero los murciélagos habían desaparecido en la oscuridad, ocupados en su caza. No era extraño que las leyendas sobre súcubos abundaran en una zona con tantos quirópteros. El comportamiento de las criaturas parecía sobrenatural.

Las paredes de la pequeña habitación le ahogaban de forma intolerable. Podía imaginarse un demonio del aire desplegando sus alas para rondar los sueños de un hombre, sentarse en su cuerpo y tomarlo. ¿Podría volar tan lejos como hasta Inglaterra? ¿Sería la noche lo bastante larga?

Los árboles del límite del jardín se balanceaban nerviosos, agitados por el viento. La misma noche parecía atormentada por una inquietud otoñal, un sentimiento de cosas que se movían, que cambiaban, que se conmocionaban.

Su sangre seguía caliente, habiendo alcanzado en ese momento una suerte de violento hervor, pero no le dio salida. No sabía si el enfado de Stephan era por su causa... o por la de Luisa. Sin embargo, en ningún caso podía en ese momento hacer una demostración abierta de sus sentimientos por von Namtzen. Era demasiado peligroso. No estaba seguro de la actitud alemana hacia los sodomitas, pero presentía que no era probable que fuese más tolerante que la de los ingleses. Ya se tratase de la sólida moralidad protestante, o del más ferviente de los misticismos católicos (le echó una mirada breve al relicario), ninguno sentía simpatía por sus propias predilecciones.

La mera contemplación de la revelación, y la pérdida de su posibilidad, le había mostrado algo importante.

Stephan von Namtzen le atraía y le excitaba, pero no era por sus indudables cualidades físicas. Se trataba más bien del grado en que dichas cualidades le recordaban a James Fraser.

Von Namtzen tenía una altura parecida a la Fraser, hombre fuerte de hombros anchos, piernas largas y una presencia al instante respetable. Sin embargo, Stephan pesaba más, tenía una constitución menos refinada, y menos elegancia que el escocés. Y aunque Stephan le calentara la sangre, el hecho era que el suabo no convertía su corazón en llama viva.

Finalmente, se tumbó en la cama y apagó la vela. Se quedó contemplando los juegos de luces de la hoguera sobre las paredes, pero no veía el temblor de las llamas sobre la madera, sino la luz del sol sobre unos cabellos pelirrojos, el resplandor del sudor sobre un cuerpo pálidamente bronceado...

Una breve y brutal dosis del remedio del señor Keegan le dejó seco, si no sosegado. Permaneció tumbado boca arriba, mirando las sombras sobre el techo de madera tallada, capaz al menos de pensar otra vez.

La única conclusión de la que estaba seguro era que tenía mucha necesidad de hablar con alguien que hubiera visto el cuerpo de Koenig.

## 6 Abracadabra

Encontrar el último lugar de residencia del soldado Koenig fue sencillo. Acostumbrados a alojar soldados con ellos, los prusianos construían en sus casas una habitación separada a tales efectos. De hecho, el populacho no veía tal hospedaje como una imposición, sino como algo caído del cielo, ya que los soldados no solo pagaban el alojamiento y la comida y realizaban tareas como cortar leña o traer agua, sino que también eran una protección contra los ladrones mejor que la de un perro guardián, y sin gastos.

Los registros de Stephan eran, por supuesto, impecables. Podía echar mano de cualquiera de sus hombres en el momento. Y aunque recibió a Grey con extrema frialdad, accedió a su petición sin preguntas, señalando a Grey una casa en el extremo oeste de la ciudad.

De hecho, von Namtzen vaciló un instante, preguntándose si el deber le obligaba a acompañar a Grey en sus pesquisas, pero el soldado de primera Helwig apareció con un nuevo contratiempo (la media era de tres diarios), y Grey se quedó para llevar el asunto.

La casa en la que Koenig había sido hospedado no tenía nada de extraordinario, hasta donde pudo ver. No obstante, el propietario de la casa era curioso, ya que se trataba de un enano.

—¡Oh, ese pobre hombre! ¡Nunca habría visto usted tanta sangre!

Puede que el señor Huckel le llegase a Grey a la cintura. Mirar tan abajo para conversar con un adulto era una sensación novedosa. Sin embargo, la inteligencia y la coherencia del señor Huckel eran mayor que su tamaño, lo cual también suponía una novedad para Grey. La mayoría de los testigos de un hecho violento tendían a perder los estribos y a olvidar todos los detalles, o a imaginar otros falsos.

El señor Huckel, en cambio, le mostró encantado la habitación donde había sucedido la muerte, y le explicó lo que él mismo vio.

—Era tarde, ¿sabe, señor?, y mi mujer y yo nos habíamos ido a la cama. Los soldados estaban fuera, o eso suponíamos. —Los soldados acababan de recibir su paga, y la mayoría estaban ocupados perdiéndola en tabernas o burdeles. Los Huckel no habían oído ruido en la habitación de los soldados, y por tanto asumieron que los cuatro soldados hospedados con ellos estaban ausentes, dedicados a sus asuntos.

A altas horas de la noche, el buen hombre fue despertado por unos gritos terribles procedentes de la habitación. No se trataba del soldado Koenig, sino de uno de sus compañeros, que había vuelto en estado de avanzada embriaguez y tropezado con un caos de sangre.

—Yacía ahí, señor, eso es. —El señor Huckel hizo un gesto con la mano para indicar la posición que el cuerpo ocupaba al fondo de la acogedora estancia. En ese momento no había nada, excepción hecha de unas manchas oscuras e irregulares que ensuciaban el suelo de madera.

—Ni con lejía salen —dijo la señora Huckel, que se había situado en la puerta de la habitación para mirar—. Y tuvimos que quemar la cama.

Para gran sorpresa de Grey, no solo era de altura normal, sino bastante hermosa, con un cabello suave y brillante que le asomaba bajo la cofia. Ella frunció un ceño acusador en su dirección.

—Ahora ninguno de los soldados querrá quedarse aquí. ¡Piensan que la *Nacht-Toter* les cogerá también a ellos! —Estaba claro que aquello era culpa de Grey. Se inclinó para pedir disculpas.

—Lamento eso, señora —dijo—. Dígame, ¿vio el cuerpo?

—No —apuntó ella—, pero vi a la bruja.

—Claro —dijo Grey, sorprendido—. Err... ¿Qué aspecto tenía? —Esperaba no recibir una descripción lógica pero inútil, a la manera de Siggy, «como una bruja».

—Bueno, Margarethe —dijo el señor Huckel poniendo una mano sobre el brazo de su esposa a modo de advertencia—, podría no haber sido...

—¡Sí que lo era! —Transfirió el gesto ceñudo a su esposo, pero no se sacudió la mano. En su lugar, la tapó con la suya propia, antes de devolver su atención a Grey—. Se trataba de una mujer anciana, señor, con el cabello blanco trenzado. Se le cayó el chal por el viento, y la vi. Hay dos ancianas que viven en las cercanías, es cierto... pero una camina con bastón, y la otra no puede andar. Esta... cosa se movía con rapidez. Iba un poco encorvada, pero era ligera de pies.

El señor Huckel parecía cada vez más incómodo a medida que la descripción avanzaba, y abrió la boca para interrumpirla, mas no tuvo oportunidad.

—¡Estoy segura de que era la vieja Agathe! —dijo la señora Huckel, transformando su voz en un portentoso susurro. El señor Huckel cerró los ojos con una mueca en la cara.

—¿La vieja Agathe? —preguntó Grey, incrédulo—. ¿Se refiere a la señora Blomberg, la madre del burgomaestre?

La señora Huckel asintió con gesto de seria certeza.



—Hay que hacer algo —declaró la mujer—. Todo el mundo tiene miedo de noche, ya sea de salir o de quedarse en casa. Los hombres cuyas mujeres no los vigilan de noche mientras duermen se caen rendidos en el trabajo, o mientras comen...

Grey pensó por un instante mencionar el remedio prescrito por Keegan, pero descartó la idea, y en su lugar se volvió hacia el señor Huckel para pedirle una descripción minuciosa del estado del cuerpo.

—Me han dicho que la garganta fue perforada como por los colmillos de un animal —dijo, a lo que Huckel contestó con una rápida señal contra el mal y asintió, palideciendo un tanto—. ¿Estaba la garganta desgarrada, como si le hubiese atacado un lobo? ¿O...? —Pero el señor Huckel ya estaba negando con la cabeza.

—¡No, no! Solo dos marcas... dos agujeritos. Como los colmillos de una serpiente. —Plantó dos dedos en su propio cuello para ilustrar sus palabras—. ¡Pero había demasiada sangre! —Se estremeció, apartando la vista de las marcas del suelo entablado.

Grey había visto en una ocasión a un hombre mordido por una serpiente, cuando era muy joven, pero recordó que no había habido sangre. Claro, también era de tener en cuenta que el hombre había sido atacado en una pierna.

—¿Agujeros grandes? —persistió Grey, sin querer presionar al hombre para que recordara de forma vívida detalles desagradables, pero dispuesto a obtener tanta información como fuese posible.

Con algún esfuerzo, se estableció que las marcas de dientes habían sido considerables, de quizá casi un centímetro o así de diámetro, y localizadas en la parte frontal del cuello de Koenig, a media altura. Después hizo que Huckel le asegurara repetidas veces que el cuerpo no mostraba ninguna otra herida cuando fue desvestido y aseado para el entierro. Miró las paredes de la estancia, las cuales habían sido blanqueadas recientemente. Sin embargo, se distinguía con dificultad una gran mancha oscura, cerca del suelo. Probablemente, allí donde Koenig había tropezado con la pared en la agonía de su muerte.

Había esperado que una descripción del cuerpo de Koenig le permitiera descubrir alguna conexión entre las dos muertes, pero la única similitud entre los fallecimientos de Koenig y Bodger parecía ser que ambos estaban muertos, los dos bajo circunstancias imposibles.

Le dio las gracias a los Huckel y se preparó para irse, solo para darse cuenta de que la señora Huckel había reanudado su curso de pensamientos y le estaba hablando con bastante fervor.

—...llamar a una bruja para leer las runas —decía.

—¿Disculpe, señora?

Esta resopló con profunda exasperación, pero refrenó el reproche.

—El señor Blomberg —repitió, dedicándole a Grey una mirada dura—. Va a llamar a un bruja para leer las runas. ¡Así se descubrirá la verdad de todo!

—¿Que va a hacer qué? —Sir Peter miraba a Grey de reojo sin poder creérselo—. ¿Brujas?

—Solo una, creo, señor —le aseguró Grey a sir Peter. Según la señora Huckel, las cosas se habían acelerado en Gurgelwitz. El rumor de que la madre del señor Blomberg era el custodio de un súcubo se había extendido por la ciudad, y la opinión pública amenazaba con sobrepasar al pequeño burgomaestre.

Sin embargo, el señor Blomberg era un hombre terco, y muy devoto con el recuerdo de su madre. Se negó por completo a permitir que su ataúd fuese exhumado y su cuerpo profanado.

La única solución, declarada por Blomberg en un acto de desesperación, parecía ser el descubrir la verdadera identidad y lugar de descanso del súcubo. Para tal fin, el burgomaestre había convocado a una bruja que leyera las runas.

—¿Qué es eso de las runas? —preguntó sir Peter, confundido.

—No estoy seguro del todo, señor —admitió Grey—. Algún objeto de adivinación, supongo.

—¿En serio? —Sir Peter, vacilante, se frotaba los nudillos contra su larga y estrecha nariz—. Huele a chamusquina, ¿verdad? Esta bruja podría decir cualquier cosa, ¿no?

—Supongo que el señor Blomberg espera que si paga por la... er... ceremonia, la señora se muestre dispuesta a decir algo en favor de su situación —dijo Grey.

—*Hmm*. Sigue sin gustarme —dijo sir Peter—. Sin gustarme nada. Puede traer más problemas, Grey, ¿no le parece?

—No creo que pueda detenerle, sir.

—Puede que no, puede que no. —Sir Peter rumiaba algo, con el ceño arrugado bajo la peluca—. ¡Ah! Bueno, a ver, entonces... vaya y prepárelo, Grey. Dígale al señor Blomberg que puede realizar su juego de manos, pero que debe hacerlo aquí, en el castillo. De ese modo, podremos vigilar la situación, y que no se produzca una excitación adversa.

—Sí, señor —dijo Grey, reprimiendo con valentía un suspiro, y se marchó para cumplir las órdenes.

Para cuando alcanzó su habitación con idea de cambiarse para la cena, Grey se sentía sucio, irritable y completamente fuera de sus casillas. Le había llevado la mayor parte de la tarde encontrar a Blomberg y convencerle de que celebrara en el castillo su... Cristo, ¿cómo decirlo...? ¿Sesión de lectura de runas...? Luego se había tropezado con el pelma de Helwig, y antes de poder escapar, le había embrollado en una enorme controversia con un grupo de muleros que reclamaban no haber sido pagados por el ejército.

Aquello le había supuesto una visita a dos campamentos militares, la inspección de treinta y cuatro mulas, entrevistas con el oficial pagador de sir Peter y el de von Namtzen, y otra entrevista más fría aún con Stephan, quien se había portado como si Grey fuese el responsable personal de todo el asunto, y luego le

había dado la espalda, dejando a Grey con la frase a medias, como si no soportara tenerlo a la vista.

Se quitó el abrigo, envió a Tom a por agua caliente, y tiró de sus calzones con rabia, deseando poder golpear a alguien.

Dieron un golpe a la puerta y se quedó helado, desvaneciéndose su enfado en un momento. ¿Qué hacer? Simular que no estaba sería lo obvio, en caso de tratarse de Luisa con su vestido translúcido de lino. Pero, ¿y si fuese Stephan, ya fuera para disculparse o para exigir una explicación más detallada?

La llamada volvió a sonar. Era un golpe sólido. No una que se esperara de una mujer, y en particular no de una mujer que intentara coquetear. Con toda seguridad, la princesa se decantaría por un discreto arañazo.

El golpe se repitió, perentorio, exigente. Con un gran suspiro e intentando amortiguar los latidos de su corazón, Grey abrió la puerta.

—Quisiera hablar con usted —dijo la anciana viuda, y entró en la habitación sin esperar a ser invitada.

—Oh —dijo Grey, perdiendo toda noción de alemán en el momento. Cerró la puerta y se volvió hacia la anciana dama, reabrochándose la camisa de modo instintivo.

Ella ignoró el gesto silencioso de él que le indicaba una silla, y se quedó de pie frente al fuego, mirándole con ojos gélidos. Estaba completamente vestida, según vio Grey con un leve alivio. No hubiera podido soportar la visión de la viuda *en déshabillé*.

—He venido a preguntarle —dijo sin más preámbulo— si tiene usted intención de casarse con Luisa.

—Pues no —dijo él, regresando su alemán con milagrosa prontitud—. *Nein*. Una rala ceja gris se retorció hacia arriba.

—¿*Ja*? Eso no es lo que ella piensa.

Grey se restregó una mano sobre el rostro, buscando alguna respuesta diplomática y encontrándola al llegar a la barba incipiente de su propia mandíbula.

—Admiro en gran medida a la princesa Luisa —dijo—. Hay pocas mujeres que la igualen —*y gracias a Dios que es así*, añadió para sí mismo—, pero me temo que no soy libre para asumir esa responsabilidad. Tengo un... acuerdo. En Inglaterra. —Su acuerdo con James Fraser era que si alguna vez ponía una mano sobre el hombre o le hablaba de amor, Fraser le rompería el cuello en un instante. Sin embargo, era un acuerdo, claro como el cristal irlandés.

La viuda le miraba con unos ojos entreabiertos de tal penetración que quiso dar varios pasos hacia atrás. No obstante, se mantuvo en su sitio, respondiendo a la mirada con otra de sinceridad patente.

—*¡Hmpf!* —dijo al final—. Bien, pues. Eso es bueno. —Sin otra palabra, se giró sobre sus talones. Antes de que pudiera cerrar la puerta detrás de ella, Grey la cogió del brazo.

Esta se volvió, sorprendida y enojada por su atrevimiento. Sin embargo, él ignoró esto, absorto en lo que había visto cuando ella se dio la vuelta.

—Disculpe, alteza —dijo. Tocó la medalla clavada al canesú de su bata. La había visto cientos de veces, y asumido siempre que contenía la imagen

de algún santo, lo que era cierto, pero no de la manera tradicional—. ¿San Orgevald? —inquirió. La imagen estaba repujada de forma tosca, y podía ser tomada con facilidad por otra cualquiera... si no se hubiese visto la versión más grande en la tapa del relicario.

—Ciertamente. —La anciana dama le miró con ojos relucientes, sacudió la cabeza y se marchó, cerrando la puerta con fuerza.

Por primera vez, a Grey se le ocurrió que quienquiera que hubiese sido Orgevald, era totalmente posible que al principio no hubiese sido un santo. Se fue a la cama pensando en ello, rascándose con la mente ausente.

## 7

### Emboscada

El día siguiente amaneció frío y ventoso. Grey vio faisanes arrebuados bajo los arbustos mientras cabalgaba, cuervos en el suelo por los campos llenos de rastros, y tejados de pizarra atestados de pichones que apretaban unos contra otros sus cuerpos emplumados, en busca de calor. A pesar de su reputada estupidez, tuvo que admitir que los pájaros eran más sensatos que él.

Las aves no tenían obligaciones, aunque no era simplemente el deber lo que le impulsaba a salir en medio de aquella mañana fría y despacible. En parte era simple curiosidad y en parte sospecha oficial. Quería encontrar a los gitanos; en particular a una gitana, la mujer que había reñido con el soldado Bodger justo antes de su muerte.

Siendo honesto, y sintió que podía permitírselo porque se encontraba en los límites privados de su propia mente, tenía otro motivo para viajar. Sería completamente normal detenerse en el puente para intercambiar unas palabras cordiales con los artilleros, y quizá ver por sí mismo cómo le iba al muchacho de labios encarnados.

Aunque todos aquellos motivos eran indudablemente lícitos, la verdadera razón para su expedición era poder alejarse del castillo. No se sentía a salvo en una casa que contuviera a la princesa Luisa, por no hablar de su suegra. Tampoco podía ir a su oficina habitual de la ciudad, por miedo a encontrarse con Stephan.

Toda la situación se le antojaba en extremo ridícula; no obstante, no pudo evitar pensar en ella... y en Stephan.

¿Se había engañado a sí mismo respecto a la atracción de Stephan por él? Supuso que era tan vanidoso como cualquier hombre, y sin embargo juraría que... Sus pensamientos dieron más y más vueltas, en el mismo círculo agotador. Aun así, cada vez que pensaba en descartar el asunto, volvía a sentir la abrumadora sensación de calidez y posesión casual con la que Stephan le había besado. No se lo había imaginado. Pero...

Atrapado en aquella tediosa pero ineludible rueda, alcanzó el puente a media mañana, solo para descubrir que el joven soldado no estaba en el campamento.

—¿Franz? Se habrá ido a forrajear —dijo el teniente suabo con un encogimiento de hombros—. O le habrá entrado la nostalgia y habrá huido. Los jóvenes suelen hacerlo.

—Se asustaría —sugirió otro de los hombres, metiéndose en la conversación.

—¿Asustarse de qué? —preguntó Grey con aspereza, preguntándose si, después de todo, los rumores sobre el súcubo habían llegado al puente.

—De su propia sombra —dijo el hombre que recordó como Samson con una mueca—. Sigue hablando del niño, de que oye los lloros de un niño por la noche.

—Pensé que tú también lo habías oído, ¿no? —dijo el suabo, sin parecer amistoso del todo—. La noche que tanto llovió.

—¿Yo? Yo no oí nada excepto los chillidos de Franz. —Se produjo una algarabía de risas ante aquello, ante la cual se le cayó el corazón a Grey. *Demasiado tarde*, pensó—. Por los relámpagos —añadió Samson sin convicción, entendiendo la mirada de Grey.

—Se ha ido a casa —declaró el suabo—. Que se vaya; aquí no hacen falta cobardes.

Grey pensó que había una pequeña sensación de inquietud en las maneras del hombre que contradecía sus palabras. Sin embargo, no había nada que hacer respecto al tema. No tenía autoridad directa sobre aquellos hombres. No podía ordenar una búsqueda.

No obstante, mientras cruzaba el puente no pudo evitar mirar abajo. El agua había descendido solo un poco; el torrente seguía arrastrando con fuerza hojas rotas y objetos semihundidos. No quería detenerse y ser visto examinando el lugar, y aun así miró con tanta atención como pudo, medio esperando ver el pequeño y delicado cuerpo de Franz quebrado entre las rocas, o los ojos ciegos de una cara ahogada y atrapada bajo el agua.

No vio más que los detritos habituales de una riada, y con una leve sensación de alivio, continuó hacia las colinas.

No sabía más que la dirección en que iban las carretas de los gitanos la última vez que fueron vistos. Era difícil que pudiera encontrarlos, pero rastreó con tenacidad, haciendo pausas a intervalos para otear el horizonte con el catalejo, o para buscar columnas de humo.

Esto último ocurría de cuando en cuando, pero acababan siendo cabañas de campesinos o quemadores de carbón, y todos ellos desaparecían al instante en cuanto veían su chaqueta roja, o se quedaban mirando y se santiguaban, pero ninguno afirmó haber oído de los gitanos, y mucho menos haberlos visto.

El sol bajaba por el cielo, y se dio cuenta de que debía regresar pronto, o sería atrapado por la noche en campo abierto. Tenía yesca y una botella de cerveza en las alforjas, pero no comida, y la perspectiva de quedarse tirado de esa manera no le sedujo, en especial con las tropas francesas a solo unos kilómetros al oeste. Si el ejército británico tenía exploradores, lo mismo los franchutes, y llevaba pocas armas. Solo un par de pistolas, un sable de caballería bastante mellado y su daga.

Como no quería arriesgar a Karolus en terreno pantanoso, cabalgaba sobre otra de sus monturas, un fornido caballo bayo que respondía al poco favorecedor

nombre de Porco, pero que tenía maneras excelentes y patas firmes. Lo bastante firmes para que Grey pudiera ignorar el terreno mientras enfocaba su atención en un último vistazo, dolorido por la tensión prolongada. El follaje de las colinas de alrededor empezaba a ralear y cambiaba constantemente por el viento reinante. Una y otra vez creyó ver cosas (figuras humanas, animales en movimiento, un breve vistazo de la esquina de una carreta), pero resultaron ser ilusiones cuando se acercaba a ellas.

El viento gemía incesante en sus oídos, añadiendo voces espectrales a las ilusiones que le plagaban. Se pasó una mano por la cara, entumecida por el frío, e imaginó por un instante que oía el lamento del niño fantasmal de Franz. Meneó la cabeza para disipar la impresión... pero esta persistió.

Detuvo a Porco mientras miraba a un lado y a otro y escuchaba con atención. Estaba seguro de haberlo oído... ¿pero qué era? No se distinguían palabras sobre el quejido del viento, pero había un sonido, de eso estaba seguro.

Al mismo tiempo, parecía llegarle de ningún sitio en particular. A pesar de intentarlo, no podía localizar la fuente. El caballo también lo oía, y vio cómo estiraba las orejas y daba vueltas, nervioso.

—¿Dónde? —dijo en voz baja, colocando las riendas sobre el cuello del caballo—. ¿Dónde es? ¿Puedes encontrarlo?

El caballo parecía tener poco interés en encontrar el sonido, pero sí algo en alejarse de él; Porco retrocedió, arrastrando los pies sobre el terreno arenoso, dando coces a los montones de hojas amarillas y húmedas. Grey lo detuvo con brusquedad, se apeó de un salto y ató las riendas en el trono sin ramas de un árbol joven.

Con la repulsión del caballo como guía, examinó lo que había pasado por alto: la tierra removida de la madriguera de un tejón, medio oculta por las raíces salientes de un gran olmo. Una vez concentrado en aquello, pudo determinar que el sonido salía de allí. ¡Y maldito fuese si había oído alguna vez un tejón como aquel!

Con la pistola desenfundada y cargada, se acercó al banco de tierra con un ojo puesto en los árboles de las inmediaciones.

En verdad era un lamento, pero no de un niño. Se trataba de una especie de gemido amortiguado, intercalado con el tipo de respiración contenida que los hombres heridos solían tener.

—*Wo ist das?* —preguntó, deteniéndose justo en la entrada de la madriguera con la pistola en alto—. ¿Está herido?

Se oyó un jadeo de sorpresa, seguido al instante por un ruido de arañazos.

—¿Comandante? ¿Comandante Grey? ¿Es usted?

—¿Franz? —dijo, atónito.

—*Ja*, comandante! ¡Ayúdeme, ayúdeme por favor!

Tras ponerle el seguro a la pistola y devolverla al cinturón, se arrodilló y miró por el agujero. Las madrigueras de los tejones solían ser profundas, discurriendo rectas unos dos metros antes de torcer a un lado hacia la verdadera guarida del animal. Aquella no era una excepción; la mugrienta faz atravesada por lágrimas

del joven soldado prusiano le miraba desde el fondo, su cabeza a unos treinta centímetros por debajo del borde del estrecho agujero.

El chico se había roto la pierna al caer, y sacarle de allí no sería cosa fácil. Grey lo consiguió improvisando un cabestrillo con su propia camisa y la del chico, atado a una ropa asegurada a la silla de montar de Porco.

Al final tenía al muchacho tendido en el suelo, cubierto por su abrigo y tomando pequeños sorbos de la botella de cerveza.

—Comandante... —Franz tosía y escupía, intentando incorporarse sobre un codo.

—*Chist*, no intentes hablar. —Grey le dio palmadas de tranquilidad en el brazo, y se preguntaba la mejor manera de llevarle al puente—. Toda va a ir...

—Pero comandante... ¡los casacas rojas! ¡*Der Englischen*!

—¿Qué? ¿De qué estás hablando?

—¡Los ingleses muertos! Era el niño pequeño, le oí, y cavé, y... —La historia del joven estaba salpicada de un torrente de prusiano, y a Grey le llevó no poco tiempo calmarle lo suficiente para desentrañar la maraña de lo que estaba diciendo.

Grey entendió que había oído repetidas veces el llanto cerca del puente, pero que sus compañeros o no lo oían, o no querían admitirlo, en lugar de hacerle bromas sobre el asunto. Al final decidió ir él mismo y ver si podía hallar la fuente. Puede que el viento gimiendo a través de un agujero, como le había sugerido su amigo Jurgen.

—Pero no era así. —Franz seguía pálido, pero en la piel traslúcida de sus mejillas aparecieron pequeños parches de color. Había hurgado en la base del puente, descubriendo al final una pequeña grieta en las rocas de la base de un pilar, al otro lado del río. Pensando que podía tratarse del origen del sonido, había insertado su bayoneta y hecho palanca, y la roca había cedido al momento, descubriendo una cavidad en el interior del pilar que contenía una calavera pequeña, redonda y muy blanca—. Y también más huesos, creo. No me detuve a mirar. —El muchacho tragó saliva. Simplemente había echado a correr, demasiado asustado para pensar. Cuando al fin se detuvo, completamente sin aliento y con las piernas como gelatina, se había sentado para descansar y pensar qué hacer—. No pueden pegarme más de una vez por irme —dijo, con el fantasma de una sonrisa en la boca—. Así que pensé que podría seguir desaparecido un poco más.

Aquella decisión enlazaba con el descubrimiento de un bosquecillo de nogales, y Franz se había dirigido a las colinas, recogiendo nueces y moras. Grey vio que sus labios seguían manchados por el jugo.

Aquella pacífica búsqueda fue interrumpida por el sonido de un arma de fuego. Echándose al suelo, había reptado un poco más adelante, hasta poder ver sobre el borde de un pequeño acantilado rocoso. Debajo, en un claro, vio un pequeño grupo de soldados ingleses, trabados en combate mortal con austriacos.

—¿Austriacos? ¿Estás seguro? —le preguntó Grey, asombrado.

—Sé cómo son los austriacos —le aseguró el muchacho, un poco áspero. Sabiendo de lo que los austriacos eran capaces de hacer, había retrocedido al instante, se había puesto en pie y corrido tan rápido como pudo en dirección contraria... solo para caer en la madriguera de tejón en su huida.

—Tuviste suerte de que el tejón no estuviese en casa —apuntó Grey, con los dientes empezando a castañetear. Había reunido los restos de su camisa, pero eran insuficientes para cobijarle de las temperaturas descendentes y el viento penetrante—. Pero has dicho algo de ingleses muertos.

—Creo que estaban todos muertos —dijo el soldado—. No fui a comprobarlo.

Sin embargo, Grey tenía la obligación. Dejó al chico cubierto con su abrigo y un montón de hojas muertas, desató al caballo y volvió la cabeza en la dirección que Franz le había indicado.

Procediendo con cuidado y precaución por si había austriacos al acecho, encontró el claro casi a la puesta de sol.

Era Dundas y su grupo de medición cartográfica. Reconoció los uniformes al momento. Con una maldición, se arrojó del caballo y recorrió los cuerpos uno a uno, esperando lo imposible mientras apretaba unos dedos temblorosos contra sus mejillas flácidas y unos pechos que se congelaban.

Dos seguían vivos: Dundas y un cabo. Este último estaba malherido e inconsciente; Dundas había recibido un culatazo en la cabeza y una bayoneta en el pecho, pero por fortuna la herida se había cerrado sola. El teniente estaba incapacitado y dolorido, pero no cerca de la muerte.

—Cientos de hijos de puta —croó sin aliento mientras se aferraba al brazo de Grey—. Vimos... todo un batallón... armas. En dirección a... los franceses... Fanshawe... les seguía... espionando... nos oyeron. El jodido súc... súc... —Tosió con fuerza, salpicando un poco de sangre con la saliva, pero aquello pareció tranquilizar su respiración por un tiempo.

—Era una treta. Tenían putas... agentes. Dormían con los hombres y les daban opio. Sueños. Pánico, ¿sabe? —Estaba medio sentado y esforzándose por decir las palabras, por conseguir que Grey comprendiera.

Grey lo entendía, demasiado bien. Un médico le había dado opio una vez, y recordaba de manera vívida los extraños sueños eróticos resultantes. ¿Habrían hecho lo mismo con hombres que probablemente jamás habían oído hablar del opio, y no digamos ya probarlo, y al mismo tiempo comenzado rumores de un demonio que acechaba a los hombres en sus sueños? Sobre todo de un avatar de la sangre, que pudiera dejar esas marcas y convencer a un hombre de que había sido atacado.

Muy efectivo, y una de las tretas más inteligentes que jamás había visto, desmoralizar al enemigo antes de atacarlo. Solo que aquello le dio alguna esperanza, mientras acomodaba a Dundas, le hacía una almohada con abrigos de los muertos, y arrastraba al cabo cerca del teniente para que compartieran calor, buscando al tiempo una mochila abandonada en busca de agua.

Si la fuerza combinada de los franceses y los austriacos fuese enorme, no tendrían necesidad de tales agudezas. El enemigo simplemente pasaría por enci-



ma de los ingleses y de sus aliados alemanes. Pero si las fuerzas eran parejas, y fuese necesario dirigir a sus hombres hacia aquel embudo que eran los estrechos puentes... entonces sí, lo mejor era enfrentarse a un enemigo que no hubiese dormido durante noches, cuyos hombre estuviesen cansados y asustadizos, cuyos oficiales no prestaran atención a la posible amenaza, demasiado ocupados con las dificultades más inmediatas.

Podía verlo con claridad; Ruysdale estaba ocupado vigilando a los franceses, quienes estaban sentados felizmente en sus riscos, moviéndose lo justo para mantener la atención desviada del avance austriaco. Estos bajarían al puente, probablemente de noche, y luego los franceses detrás.

Dundas temblaba con los ojos cerrados y los dientes clavados con fuerza en su labio inferior para amortiguar el dolor del movimiento.

—Christopher, ¿puede oírme? ¿Christopher! —Grey le meneó con tanta suavidad como era posible—. ¿Dónde está Fanshawe? —No conocía los miembros del grupo de Dundas; si Fanshawe había sido capturado, o... Pero Dundas sacudió la cabeza, gesticulando sin fuerzas hacia uno de los cadáveres que yacía con la cabeza abierta.

—Adelante —susurró Dundas. Tenía el rostro ceniciento, y no solo por la luz tenue—. Avise a sir Peter. —Puso el brazo sobre el cabo inconsciente, e hizo un gesto afirmativo hacia Grey—. Nosotros... esperaremos.

## 8

### La bruja

Grey había estado observando absorto el rostro de su valet durante unos instantes, antes incluso de darse cuenta de lo que estaba viendo, y mucho menos del porqué.

—¿Uh? —dijo.

—He dicho —repitió Tom con algún énfasis— que será mejor que beba esto, mi señor, o se caerá de bruces, lo cual no sería bueno, ¿verdad?

—¿No? Oh. No. Claro que no. —Cogió la taza y añadió un tardío agradecimiento—. Gracias, Tom. ¿Qué es?

—Se lo he dicho dos veces, no voy a tratar de decir el nombre otra vez. No obstante, Ilse dice que le mantendrá en pie. —Tom se inclinó hacia delante y olió el líquido de modo aprobador. Este era marrón y espumoso, lo que le indicó a Grey la presencia de huevos.

Imitó el gesto de su valet y lo olió, retrocediendo un poco ante el hedor. ¿Sales de amonio, quizá? También tenía mucho brandy, lo demás no importaba. Y necesitaba mantenerse despierto. Sin más precaución que la tensión de los músculos de su estómago, echó atrás la cabeza y loapuró.

Había permanecido despierto durante casi cuarenta y ocho horas, y el mundo a su alrededor tenía tendencia a enfocarse y desenfocarse, como una imagen a través de un catalejo. También era proclive a quedarse sordo de manera intermitente, y a no oír lo que le decían. Tom tenía razón, aquello no era bueno.

La noche anterior le había llevado su tiempo recoger a Franz, subirlo al caballo (lo cual conllevó una cierta cantidad de quejidos, ya que Franz nunca había montado a caballo antes) y llevarlo hasta donde yacía Dundas, pensando en que estarían mejor juntos. Había puesto su daga en manos de Franz y dejado al muchacho custodiando al cabo y al teniente, quien para entonces alternaba estados de conciencia y desmayo.

Después, Grey se había puesto su abrigo y había vuelto para dar la alarma, cabalgando en un caballo de magras fuerzas al galope sobre un terreno oscuro como la boca de un lobo, a la débil luz de la luna. Se había caído dos veces al tropezar Porco, machacándose los huesos y triturando sus riñones, pero escapando por fortuna en ambas ocasiones de una lesión.

Había alertado a la artillería del puente, galopado hasta el campamento de Ruysdale, despertado a todos, hablado con el coronel a pesar de todos los intentos para evitar que se le despertara, reunido un grupo de rescate, y cabalgado de vuelta para auxiliar a Dundas y los demás, llegando al claro casi al amanecer para encontrar muerto al cabo y a Dundas a punto, con la cabeza en el regazo de Franz.

Por supuesto, el capitán Hiltern había enviado a alguien al castillo para informar a sir Peter, pero fue necesario que Grey informara personalmente a sir Peter y a von Namtzen cuando llegó a mediodía con el grupo de rescate. Después de eso, los oficiales y los hombres habían dejado el lugar como una bandada de murciélagos, todo el aparato militar en movimiento como el armazón de un gran motor, chirriante, quejicoso, pero volviendo a la vida con sorprendente rapidez.

Lo cual había dejado a Grey solo en el castillo hacia el atardecer, con la mente y el cuerpo en blanco, sin nada más que hacer. No había necesidad de un enlace; los correos revoloteaban de un regimiento a otro transportando órdenes. No tenía tareas que realizar; nadie a quien dar órdenes, nadie de quién recibirlas.

Por la mañana cabalgaría con sir Peter Hicks como parte de su guardia personal, pero en ese momento no se le necesitaba. Todo el mundo atendía sus propios asuntos, y Grey permaneció olvidado.

Se sentía extraño; no mal, pero como si los objetos y la gente a su alrededor no fuesen del todo reales, ni completamente sólidos al tacto. Sabía que debía dormir, pero no podía, no con el mundo entero fluyendo en sus inmediaciones, y con ese sentimiento de urgencia que zumbaba sobre su piel, incapaz de penetrar en el corazón de sus pensamientos.

Tom le estaba hablando; hizo un esfuerzo por prestar atención.

—Bruja —repitió mientras su conciencia pugnaba por hacerse un hueco—. Bruja. ¿Quieres decir que el señor Blomberg aún pretende celebrar su... ceremonia?

—Sí, mi señor. —Tom limpiaba con una esponja el abrigo de Grey. Frunció el ceño mientras trataba de eliminar una mancha del faldón—. Ilse dice que el señor Blomberg no descansará hasta que el nombre de su madre quede limpio, y que se atrean los austriacos a detenerle.

La conciencia irrumpió a través de la niebla de Grey como una burbuja de jabón al estallar.

—¡Cristo! ¡No lo sabe!

—¿El qué, mi señor? —Tom se volvió para mirarle con curiosidad, con la esponja y el vinagre en las manos.

—El súcubo. Tengo que decirle... explicarle... —Sin embargo, se dio cuenta de que aunque se lo contara, tal explicación tendría poca influencia sobre el verdadero problema del señor Blomberg. Sir Peter y el coronel Ruysdale podrían aceptar la verdad. Pero era mucho menos probable que los ciudadanos aceptaran haber sido engañados... ¡y por los austriacos!

Grey sabía lo suficiente de rumores y chascarrillos para darse cuenta de que ninguna explicación sería suficiente. Menos aún si tal explicación venía filtrada por Blomberg, cuya parcialidad en el asunto era obvia.

Hasta Tom arrugaba el entrecejo lleno de dudas mientras le explicaba con rapidez el asunto. *La superstición y las sensaciones son siempre más atractivas que la verdad y la racionalidad.* Las palabras reverberaban como si se las dijieran al oído, con la misma entonación arrepentida y graciosa con la que su padre le habría hablado, hace muchos años.

Se pasó una mano por la cara, sintiendo que volvía a la vida. Quizá tuviera una tarea más que cumplir, en su rol de enlace.

—Esta bruja, Tom, la mujer que va a leer las runas, sea lo que eso sea en el nombre de Dios. ¿Sabes dónde está?

—Oh, sí, mi señor. —Tom había dejado aparte las ropas, interesado—. Está aquí... en el castillo, quiero decir. Encerrada en la despensa.

—¿Encerrada en la despensa? ¿Por qué?

—Bueno, porque tiene una buena cerradura en la puerta, mi señor, para evitar que los sirvientes... Oh, ¿quiere decir que por qué está encerrada? Ilse dice que no quería venir. Se negaba en redondo, y no quería oír nada del asunto. Pero el señor Blomberg tampoco quería oír su negativa, y la arrastró hasta aquí y la encerró hasta esta noche. Ha ido a buscar al concejo municipal y al magistrado, y a todos los pelucones que pueda reunir, según dice Ilse.

—Llévame con ella.

Tom quedó boquiabierto. Cerró la boca con un chasquido y miró a Grey de arriba a abajo.

—No así. ¡Ni siquiera se ha afeitado!

—Precisamente así —replicó Grey, metiéndose los faldones de la camisa—. Ahora.

La despensa estaba cerrada, pero como Grey había supuesto, Ilse sabía dónde se guardaba la llave, y no podía resistirse al encanto de Tom. La habitación en sí era una alcoba detrás de las cocinas, y llegar a ella sin ser visto era cosa simple.

—No tienes por qué seguir adelante, Tom —dijo Grey en voz baja—. Dame las llaves; si alguien me encuentra aquí, diré que las cogí yo.

Tom, que había tomado la precaución de armarse con una tostadera, aferró con más fuerza las llaves en su otra mano, y sacudió la cabeza.

La puerta se abrió en silencio gracias a los goznes de cuero. Alguien le había dado a la mujer cautiva una vela; iluminaba el pequeño espacio y arrojaba sombras fantásticas sobre las paredes, debido a los patos, faisanes, cisnes y gansos que allí colgaban.

El bebedizo había restaurado la energía mental y física de Grey, pero sin eliminar la sensación de irrealidad que había pervertido su conciencia. Por tanto, no fue una sorpresa que al ver a la mujer que se giró hacia ellos reconociera a la prostituta gitana que había discutido con el soldado Bodger unas horas antes de la muerte de este.

Estaba claro que ella también le reconoció, aunque no dijo nada. Sus ojos pasaron por él con un frío desdén, y les dio la espalda, absorta en silenciosa comunión con una cabeza de cerdo seccionada que reposaba en una bandeja de porcelana.

—Señora —dijo en voz baja, como si pudiera despertar a las aves de corral y hacer que de repente se fueran volando—, me gustaría hablar con usted.

Ella le ignoró, y cerró las manos detrás de su espalda. La luz les devolvió un guiño de oro reflejado en los pendientes y los anillos de la mujer, y Grey vio que uno era un sello tosco con el emblema protector de San Orgevald.

Le sobrevino una súbita sensación premonitoria, aunque no creía en tales cosas. Sentía que las cosas se movían a su alrededor, cosas que no comprendía y que no era capaz de controlar, cosas que se colocaban por sí mismas en una posición ordenada y prefijada, como las esferas giratorias del planetario de su padre, y deseó protestar contra el estado de las cosas, pero no podía.

—Mi señor. —El siseo de Tom le sacó de su desorientación momentánea, y miró al muchacho con las cejas alzadas. Tom miraba a la mujer, que seguía de espaldas, pero cuyo perfil era visible—. Hanna —dijo, haciendo un gesto hacia la gitana—. Se parece a Hanna, la niñera de Siggy. Ya sabe, mi señor, la que desapareció.

La mujer se había dado la vuelta con rapidez ante la mención del nombre de Hanna, y se los quedó mirando a los dos.

Grey sintió que los músculos de su espalda se soltaban, muy despacio, como si alguna fuerza le hubiese cogido y le sostuviera por la nuca. Como si fuese uno de los objetos en movimiento, colocado en el sitio ordenado por él mismo.

—Tengo una proposición para usted, señora —dijo con calma, y cogió un tonel de pescado en salazón de uno de los estantes. Se sentó en él y, alargando la mano, cerró la puerta.

—No quiero oír nada de lo que diga, *Schwein-hund* —dijo ella con frialdad—. En cuanto a ti, lechón... —Sus ojos se oscurecieron con un brillo no muy halagüeño mientras miraba a Tom.

—Ha fallado —continuó Grey, ignorando el inciso—. Y está en un peligro considerable. El plan austriaco se ha destapado. Puede oír a los soldados preparándose para la batalla, ¿verdad? —Así era; los sonidos de los tambores, los gritos lejanos

y el murmullo de muchos pies marchando eran audibles incluso allí, aunque se veían amortiguados por las paredes de piedra del castillo.

Grey sonrió complacido a la mujer, y sus dedos tocaron el colgante de plata que se había puesto antes de abandonar su habitación. Colgaba de su cuello, sobre su camisa a medio abotonar. El símbolo de un oficial de servicio.

—Le ofrezco su vida, y su libertad. A cambio... —Hizo una pausa. Ella no dijo nada, pero levantó una ceja morena muy despacio—. A cambio, quiero algo de justicia. Quiero saber cómo murió el soldado Bodger. Bodger —repetió, viendo su mirada de incomprensión, y dándose cuenta de que, probablemente, nunca supo su nombre—. El soldado inglés que dijo que usted le había timado.

La mujer se sorbió la nariz con desprecio, pero una arruga de diversión iracunda apareció en la comisura de su boca.

—Fue Él. Dios le mató. O el diablo, lo que prefiera. O no... —La arruga se hizo más profunda, y estiró la mano con el anillo del santo, cerca de su cara—. Creo que fue mi santo. ¿Cree en santos, cerdo inglés?

—No —dijo con tranquilidad—. ¿Qué ocurrió?

—Me vio salir de una taberna, y me siguió. Yo no sabía que estaba allí. Me cogió en un callejón, pero me libré de él y corrí hacia el cementerio. Creí que no me seguiría hasta allí, pero lo hizo.

Bodger había estado enfadado y excitado, y había insistido en que se tomaría la satisfacción que ella le había negado con anterioridad. Ella había luchado y dado patadas, pero él era más fuerte.

—Y entonces... —Se encogió de hombros—. *Puf*. Dejó lo que estaba haciendo, e hizo un sonido.

—¿Qué tipo de sonido?

—¿Cómo voy a saberlo? Los hombres hacen todo tipo de ruidos. Pedos, gruñidos, eructos... *pff*. —Crispó los dedos y los extendió de repente, despachando a todos los hombres y sus costumbres con un gesto.

Al momento, Bodger cayó pesadamente sobre sus rodillas, y aún aferrado al vestido de ella, cayó redondo. La gitana había soltado sus dedos con rapidez y había huido, agradeciendo la intercesión de San Orgevald.

—*Hmm*. —¿Un ataque repentino al corazón? ¿Una apoplejía? Keegan había dicho que tal cosa era posible, y no había pruebas que contradijeran las afirmaciones de la gitana—. Entonces, no fue igual que con el soldado Koenig —dijo Grey, observando con cuidado.

La cabeza de la mujer dio una sacudida y esta se quedó mirándole con los labios fruncidos.

—Mi señor —dijo Tom detrás de él en voz baja—. El apellido de Hanna es Koenig.

—¡No lo es! —les espetó la gitana—. ¡Es Mulengro, como el mío!

—Lo primero es lo primero, si no le importa, señora —dijo Grey, reprimiendo el impulso de levantarse cuando ella se inclinó furiosa hacia él—. ¿Dónde está Hanna? ¿Y qué es de usted? ¿Hermana, prima, hija...?

—Hermana —dijo, escupiendo la palabra. Tenía los labios apretados como una costura, pero Grey volvió a tocar su colgante.

—Vida —dijo—. Y libertad. —La contempló con seriedad, notando cómo la indecisión jugaba con sus rasgos como el vaivén de las sombras en las paredes. Ella no tenía modo de saber lo poderoso que él era; no podía ni condenarla ni liberarla... ni ninguna otra persona, atrapados todos como estaban en el caos próximo de la batalla.

Al final Grey consiguió su propósito, como sabía que haría, y se sentó a escucharla en un estado que no era ni trance ni sueño; tan solo una sosegada aceptación de las piezas que caían frente a él, una sobre otra.

Era una de las mujeres reclutadas por los austriacos para extender los rumores acerca del súcubo, y se había divertido mucho, a juzgar por la manera en que se humedecía el labio inferior mientras lo contaba. Su hermana Hanna se había casado con el soldado Koenig, pero le había dejado porque él era un perro infiel, como todos los hombres.

Con el rumor de la paternidad de Siegfried en mente, Grey asintió pensativo, instando a la mujer a que siguiera con el movimiento de una mano.

Así lo hizo. Koenig se había marchado con el ejército, pero luego había regresado, y había tenido la osadía de visitar el castillo, intentando revivir la llama con Hanna. Temiendo que él pudiera conseguir seducir de nuevo a su hermana («Hanna es débil», dijo con un encogimiento de hombros, «¡confía en los hombres!»), había visitado a Koenig de noche con la idea de drogarlo con opio en su vino, como había hecho con los demás.

—Solo que esta vez puso una dosis fatal, supongo. —Grey había posado el codo en su rodilla cruzada, con la mano bajo la barbilla. El cansancio había vuelto; planeaba a su alrededor, pero aún no nublabla sus procesos mentales.

—Creo que sí, así es. —Soltó una carcajada corta—. Pero él conocía el sabor del opio. Me lo arrojó, y me agarró de la garganta.

Después de eso, había desenvainado la daga que siempre llevaba en el cinturón y le había apuñalado, introduciendo la hoja en su boca abierta y atravesando el cerebro.

—Nunca habría visto usted tanta sangre —dijo la gitana, sin saber que reproducía las palabras del señor Huckel.

—Oh, ya lo creo que sí —dijo Grey con amabilidad. Su mano se dirigió a su propia cintura... pero había dejado la daga con Franz—. Pero por favor, continúe. ¿Las marcas como de colmillos de animal?

—Un clavo —dijo con un encogimiento de hombros.

—¿Fue él, quiero decir Koenig, quien intentó llevarse al pequeño Siggy? —Tom, completamente absorto en las revelaciones, no pudo evitar saltar con esta pregunta. Tosió e intentó volver a segunda línea, pero Grey le indicó que aquella pregunta tenía bastante interés.

—No me ha dicho dónde está su hermana, pero supongo que fue a usted a quien vio el chico en la cámara. —¿Cómo era esa bruja? Como una bruja. ¿Era ella? A Grey no le parecía que enajenara con el concepto de bruja... pero, ¿qué era una bruja, sino el producto de una imaginación limitada?

Era alta para tratarse de una mujer, morena, y su rostro mezclaba una extraña sexualidad con un aspecto de fruto prohibido, una combinación que muchos hom-

bres encontrarían intrigante. Grey pensó que eso no sería algo que impresionara a Siggy, pero era evidente que algún otro rasgo sí.

Ella asintió. Se estaba toqueteando el anillo y le estaba mirando a él, sopesándolo, como si considerara si decirle una mentira o no.

—He visto la medalla de la princesa viuda —dijo con amabilidad—. ¿Es austriaca, de nacimiento? Asumo que usted y su hermana también lo son.

La mujer le miró fijamente, y dijo algo en su propio idioma que sonó poco halagüeño.

—¡Y cree que soy una bruja! —continuó, traduciendo el pensamiento.

—No, yo no —dijo Grey—. Pero los demás sí, y eso es lo que nos trae aquí. Si no le importa, señora, concluyamos nuestro trato. Supongo que en breve alguien vendrá a por usted. —En el castillo era la hora de la cena. Tom le había llevado a Grey una bandeja, que este había rechazado debido al cansancio. Sin duda, la lectura de runas sería el entretenimiento de después de la cena, y debía aclarar más cosas antes de eso.

—Bueno, está bien. —El asombro de la gitana ante su perspicacia se difuminó hacia la mofa habitual—. Lo del secuestro fue culpa suya.

—¿Disculpe?

—Fue la princesa Gertrude... la princesa viuda, como usted la llama. Vio que Luisa, esa ramera —escupió al suelo, casi sin pararse, y siguió—, le ponía ojitos, y tuvo miedo de que quisiera casarse con usted. Luisa creía que se desposaría y se iría a Inglaterra, para estar a salvo y ser rica. Pero en ese caso, se llevaría a su hijo con ella.

—Y la viuda no quería verse separada de su nieto —dijo Grey, despacio. Fuese cierto el rumor o no, la anciana amaba al niño.

La gitana asintió.

—Así que planeó que nos lleváramos al niño, mi hermana y yo. Estaría a salvo con nosotros, y después de un tiempo, cuando los austriacos le hubiesen matado a usted o hecho huir, le devolveríamos.

Hanna había bajado la primera por la escalera, para tranquilizar a Siggy si se despertaba en mitad de la lluvia. Pero Siggy se había despertado antes, y fastidió el plan saliendo de la habitación. Hanna no tuvo otra elección que huir cuando Grey tiró la escalera, dejando a su hermana escondida en el castillo. Esta salió al amanecer, con la ayuda de la viuda.

—Está con nuestra familia —dijo la gitana con otro encogimiento de hombros—. A salvo.

—El anillo —dijo Grey, haciendo un gesto hacia el aro de la gitana—. ¿Sirves a la princesa viuda? ¿Eso es lo que significa?

Con tanto como había confesado, era evidente que ahora la gitana se sentía cómoda. De modo casual, apartó una bandeja de pichones y se sentó sobre el estante con los pies colgando.

—Somos rumanos —dijo, estirándose con orgullo—. Los rumanos no servimos a nadie. Pero conocemos a los Trauchtenberg, la familia de la viuda, desde hace generaciones, y es tradición entre nosotros. Fue su tátara tatarabuelo quien

trajo al niño que custodia el puente, y ese niño era el hermano pequeño de mi cuatro veces tatarabuelo. El anillo fue entregado entonces a mi ancestro, como señal del trato.

Grey oyó que Tom gruñía ligeramente, confuso, pero no dijo nada más. Las palabras le habían impactado tan fuerte como un puñetazo, y no pudo hablar durante un momento. El asunto era demasiado espantoso. Tomó una profunda bocanada de aire, luchando contra la visión relatada por Franz. La pequeña calavera redonda, muy blanca, que le miró desde el hueco de puente.

Sin embargo, los sonidos de las bandejas y los platos procedentes de la tras-cocina le indicaron que se estaban quedando sin tiempo.

—Muy bien —dijo con tanto brío como fue capaz—. Quiero una última pizca de justicia, y nuestro trato estará sellado. Agathe Blomberg.

—¿La vieja Agathe? —La gitana rió, y a pesar del diente que le faltaba, pudo ver lo atractiva que era—. ¡Qué divertido! ¿Cómo pueden suponer que semejante pajarraco pudiera ser un demonio del deseo? Una bruja, vale, pero, ¿un súcubo? —Rompió a carcajadas, y Grey dio un salto, cogiéndola del hombro para silenciarla.

—Silencio —dijo—, o vendrá alguien.

La mujer se calló, aunque seguía soltando bufidos de diversión.

—¿Hecho, entonces?

—Hecho —dijo él con firmeza—. Cuando haga su ceremonia, sea cual sea por la que esté aquí, quiero que exonere a Agathe Blomberg. No me importa lo que diga o cómo lo haga, eso se lo dejo a usted, que bastante me parece.

Ella le miró por un momento, bajó la vista hasta la mano de él sobre su hombro, y se sacudió esta.

—¿Eso es todo? —preguntó, sarcástica.

—Eso es todo. Después podrá irse.

—Oh, ¿podré irme? Qué amable. —Se quedó allí plantada, sonriéndole, pero no de forma amistosa. De repente, a Grey se le ocurrió que ella no le había exigido ninguna garantía; no le había pedido su palabra de caballero, aunque supuso que dado el caso no hubiese tenido valor para ella.

Se percató con asombro que a ella no le importaba. No había dicho nada para salvarse, ni mostraba miedo. ¿Pensaba que la anciana la protegería, en base a su antiguo vínculo, o porque conocía lo del secuestro fallido?

Quizá. Puede que confiara en alguna otra cosa. Y si así era, él prefirió no pensar en qué podría ser. Se levantó del barril de pescado y lo empujó de vuelta a los estantes.

—Agathe Blomberg también era una mujer —dijo.

Ella se levantó, y se quedó mirándole mientras se frotaba el anillo, pensativa.

—Lo era. Bien, puede que lo haga, entonces. ¿Por qué dejar que los hombres desentierren su ataúd y paseen sus pobres restos por las calles?

Grey sintió cómo Tom, detrás de él, temblaba por las ganas de marcharse; el traqueteo de la cocina se hacía más fuerte.

—Usted, sin embargo...



Él la miró, sorprendido por el tono de su voz, en el cual había algo diferente. Ni burla ni veneno, ni ninguna otra emoción que conociera.

Sus ojos eran enormes y relucían por la luz de las velas, pero tan oscuros que parecían pozos sin fondo. Su rostro era inexpresivo.

—Jamás satisfará a ninguna mujer —dijo en voz baja—. Toda mujer que comparte su cama se marchará después de no más de una sola noche, maldiciéndole.

Grey se pasó un nudillo por su mentón sin afeitarse, y asintió.

—Es muy probable, señora —dijo—. Buenas noches.

## Epílogo: Entre las trompetas

Se había dado el orden de ir a la batalla. El sol de otoño apenas había salido, y las tropas marcharían durante una hora para encontrarse con su destino en el puente de Aschenwald.

Grey estaba en los establos, comprobando los arreos de Karolus, apretando la cincha, ajustando las bridas, anotando cada segundo hasta que tuviera que partir, como si cada uno de ellos supusiera una irrecuperable y preciosa gota de su vida.

En el exterior todo era confusión. La gente corría de un lado a otro reuniendo posesiones, buscando a los niños, llamando a las esposas y padres, esparciendo posesiones reunidas solo un instante antes, ajenos a todo en su distracción. El corazón le latía rápido en el pecho, y por los muslos le subían escalofríos intermitentes que se concentraban entre ellos, tirando de su escroto.

Los tambores sonaban en la distancia, transmitiendo órdenes a las tropas. La vibración retumbaba en su sangre, en sus huesos. *Bum, bum, bum*. Tenía el pecho tenso; le resultaba difícil inspirar profundamente.

No oyó los pasos que se aproximaban sobre la paja de los establos. Sin embargo, nervioso como estaba, sintió la perturbación de aire en las cercanías, aquella sensación de intrusión que de vez en cuando le salvaba la vida, y se giró con la mano sobre su daga.

Era Stephan von Namtzen, llamativo con todo su uniforme, su enorme casco con plumas bajo un brazo. Su rostro, en cambio, era sobrio en contraste con su atuendo.

—Casi es la hora —dijo el suabo con tranquilidad—. Me gustaría hablar contigo... si quieres oírme.

Grey alejó despacio la mano de la daga, y tomó esa profunda inspiración que había estado buscando.

—Sabes que sí.

Von Namtzen inclinó su cabeza en reconocimiento, pero no habló de inmediato. Parecía tener que reunir las palabras, aunque en ese momento estuviesen hablando en alemán.

—Voy a casarme con Luisa —dijo por fin, de manera formal—. Si vivo hasta Navidad. Mis hijos... —Vaciló, y puso la mano libre sobre la pechera de su casaca—. Sería bueno que volvieran a tener una madre. Y...

—No tienes por qué dar explicaciones —le interrumpió Grey. Sonrió al gran suabo, con afecto. La precaución ya no era necesaria—. Si es lo que quieres, os deseo lo mejor.

El rostro de von Namtzen se iluminó un tanto. Inclino un poco la cabeza, y tomó aire.

—*Danke*. Como he dicho, me casaré si sigo vivo. Si no... —Su mano seguía descansando sobre su pecho y la miniatura de sus hijos.

—Si sobrevivo, y tú no, iré a tu hogar de Suabia —dijo Grey—. Le diré a tu hijo lo que sé de ti. ¿Es ese tu deseo?

La seriedad del suabo no se alteró, pero una profunda calidez suavizó sus ojos grises.

—Eso es. Tú me has conocido mejor que nadie, quizá.

Permaneció quieto, mirando a Grey, y al mismo tiempo el incesante paso del tiempo se detuvo. La confusión y el miedo continuaban afuera, y los tambores golpeaban con fuerza, pero en el interior de los establos había una gran paz.

La mano de Stephan abandonó su pecho, y se extendió. Grey la cogió y sintió que el amor fluía entre ellos. Pensó que su corazón y su cuerpo debían estar completamente fundidos, aunque solo fuese por un momento.

Después se separaron, retrocediendo ambos, viéndose el uno al otro un destello de desolación en las caras. Sonrieron tristes por aquella visión.

Stephan se estaba girando para irse cuando Grey se acordó de algo.

—¡Espera! —le llamó, y se volvió para rebuscar en su silla de montar.

—¿Qué es esto? —Stephan, confuso, le daba vueltas a la pequeña y pesada caja que tenía ahora en las manos.

—Un encantamiento —dijo Grey con una sonrisa—. Una bendición. Mi bendición... y la de San Orgevald. Espero que te proteja.

—Pero... —Von Namtzen arrugaba el ceño por la duda, e intentó devolver el relicario, pero Grey no lo aceptó.

—Créeme —dijo en inglés—, te hará más bien a ti que a mí.

Stephan le miró un largo rato, luego asintió, y metiéndose la cajita en el bolsillo, se dio la vuelta y se marchó. Grey se volvió hacia Karolus quien, impaciente, daba cabezazos y bufaba con suavidad por sus ollares.

El caballo pateó el suelo, con fuerza, y la vibración recorrió los largos huesos de las piernas de Grey.

—¿Das tú al caballo la fiereza? —citó en voz baja, con la mano acariciando las crines adornadas que colgaban suaves, como serpientes, de la parte superior del cuello del semental—. ¿Adornas su cuello de tremolante crin? Piafa en el valle, se alborozaba con su fuerza, con brío va al encuentro de los ejércitos. Se ríe del miedo, nada lo amedrenta, ni ante la espada retrocede.

Se inclinó hacia el caballo y pegó su frente al lomo de este. Unos músculos enormes se abombaron bajo la piel, cálidos, ansiosos, y el límpido aroma de almizcle de la excitación del caballo le llenó. Se puso derecho y palmoteó la tensa y crispada dermis.

—A cada toque de clarín exclama « ¡Ah! », olfatea de lejos la batalla, su estrépito, y los gritos de los capitanes.

Grey escuchó de nuevo las trompetas, y las palmas de las manos le empezaron a sudar.

*Nota histórica: En octubre de 1757, las fuerzas de Federico el Grande y sus aliados se movieron con rapidez, atravesando el campo para vencer a las fuerzas conjuntas de los ejércitos francés y austriaco en Rossbach, Sajonia. La ciudad de Gurgelwitz quedó intacta. El puente de Aschenwald nunca ha sido cruzado por un enemigo.*



# OTHERLAND

Tad Williams



# OTHERLAND

Tad Williams

La ciudad de la sombra dorada (1996)

Río de fuego azul (1998)

La montaña de cristal negro (1999)

Mar de luz plateada (2001)

Los personajes de los cuatro volúmenes de Otherland escritos por Tad Williams viven en un futuro muy cercano y nos descubren un universo que existe paralelo al nuestro, un universo fantástico, artificial y oculto dentro de la red de información mundial. Y en ese universo hay mundos dentro de otros mundos dentro de otros mundos.

Ese universo es la red Otherland, la creación de algunas de las personas más ricas y poderosas del mundo, una asamblea amoral conocida como la Hermandad del Grial. La red Otherland contiene cientos de mundos virtuales, los mejores que el dinero y los programadores de altos vuelos pueden producir. Muchos son recreaciones casi perfectas de épocas históricas, otros son famosas historias como *El mago de Oz* o *El señor de los anillos* de Tolkien hechas realidad, y otras, como la interminable *Casa de la Cocina de Cartón* son únicos en la red. Los magnates de la Hermandad del Grial pretenden no solo visitar estos caros paraísos, sino vivir en ellos, plantar allí sus cuerpos envejecidos y vivir *online* para siempre como dioses inmortales de ese universo de bolsillo.

Sin embargo, hay algo en la red Otherland que está enviando a los niños del mundo real al coma. La Hermandad del Grial hará todo lo posible por encubrirlo, incluido el asesinato, por lo que un grupo de gente normal procedente de todas partes del planeta son conectados en secreto por una misteriosa figura llamada señor Sellars. Su objetivo es entrar en la red Otherland y descubrir lo que le está pasando a los niños. Pero una vez dentro de la red virtual, estos voluntarios hacen un terrible descubrimiento: algo en la red no permite que sus mentes regresen a sus cuerpos. Y no solo eso, sino que sus cuerpos reales, que ahora están en coma, como los de los niños que intentan salvar, se han vuelto vulnerables a los peligros de los mundos virtuales. Si son asesinados en la red Otherland, morirán de ver-

dad. De modo que se encuentran atrapados en mundos ultrarrealistas llenos de monstruos y otras locuras, en un momento huyendo para salvar la vida de uno de los *Jabberwocks* de Lewis Carroll, y al siguiente asediados dentro de las murallas de Troya o perseguidos a través del desierto por un dios egipcio furibundo.

Los misterios reales del sistema resultan ser incluso más extraños que el mecanismo que mantiene a los exploradores allí atrapados. Mientras estos héroes accidentales penetran más y más en sus lugares inexplorados, comienzan a darse cuenta de que la red no solo es más compleja de lo que habían imaginado, sino que hay algo vivo en su núcleo, algo que tiene sus propios planes.

Al final, estas personas corrientes se ven en el centro del más extraordinario de todos los sucesos imaginables, luchando no solo contra la rica y poderosa Hermandad del Grial y su asesino a sueldo John Dread, así como contra los extraños peligros de los mundos virtuales, sino también contra sus propios miedos y defectos. El adolescente Orlando Gardiner, un inválido con una enfermedad incurable que solo se siente realmente vivo cuando se aventura en la red, lucha justo en el momento de su propia muerte para proteger a su amigo Sam Fredericks y a los demás atrapados con él en las redes de Otherland, y gracias en gran parte a él, esta gente corriente logra una inesperada victoria. Por supuesto, pagando un gran precio. Orlando y los demás han dado sus vidas por ello.

Pero en la red Otherland, hasta la muerte está lejos de ser algo definitivo...



## EL CHICO MUERTO MÁS FELIZ DEL MUNDO

Tharagorn el Montaraz estaba enfrascado en una conversación con Elrond el Semielfo en las silenciosas sombras del Salón de Fuego. El hombre del oeste acababa de volver de dar la vuelta al mundo, y el señor elfo y él no habían hablado desde hacía mucho tiempo. Los asuntos del momento estaban en sus mentes, así como la repentina avalancha de incursiones de orcos cerca de las Montañas Nubladas. Por eso el mensajero elfo, con la elegante inseguridad propia de su clase, esperó largo rato en la puerta antes de que ninguno de ellos se percatara.

—Hay un visitante que desea hablar con Tharagorn —replicó el elfo ante la pregunta de Elrond—. Parece ser un hobbit.

—Sí, eso debo ser. —La voz era alta y, hay que decirlo, un poco menos culta de lo que era normal escuchar en el Último Hogar. La figura en la puerta tenía la mitad de tamaño que cualquiera de los demás presentes, y tenía los pies cubiertos de un pelo tan espeso y enmarañado que parecía estar metido hasta los tobillos en los cadáveres de dos pequeñas cabras de montaña—. Bongo Pelusaloca, a su servicio —dijo con una gran reverencia—. Bonito lugar tenéis aquí, Elrond. Me encantan las obras del mundo antiguo. Tharagorn, ¿tienes un segundo?

—Oh, por el amor de Dios, Beezle —dijo el montaraz entre dientes—. Lo siento de veras —le dijo al dueño de la casa—. ¿Me excusas un momento?

—Por supuesto. —Elrond parecía un poco confundido, aunque la simulación era experta en incorporar o ignorar simplemente las anomalías—. ¿Es un hobbit de verdad? Creo que no hemos visto uno desde que Gandalf nos trajo a su amigo Bilbo Bolsón desde la Comarca, hace algunos años.

—Sí, bueno, este... este es un tipo diferente de hobbit. —Tharagorn bajó la voz—. Una rama menos agraciada de la especie, si se me entiende.

—¡Oye! ¡Lo he oído!

Elrond y el mensajero se retiraron, dejando a Tharagorn, también conocido como Orlando Gardiner, a solas en la sala de techos altos con aquel pequeño y desarrapado visitante.

—Beezle, ¿qué demonios estás haciendo?

—No me eches la culpa, jefe, tú eres el que dijo que no podía entrar aquí a menos que interpretara un personaje. —Levantó un pie y lo admiró—. ¿Qué opinas? Bonita pelambarrera, ¿eh?

—¿Bongo Pelusaloca?

—¿No es el tipo de nombre que tienen todos? Dios, he pasado demasiado tiempo en el canal del *trivial* de Tolkien, ya sabes.

Orlando se quedó mirando el horror de medio metro que tenía delante. Se podría discutir si aquella simulación le quedaba mejor que su apariencia habitual, de múltiples piernas y con pinta de dibujos animados, pero no cabía duda que estaba mirando al hobbit más feo del mundo. Orlando empezaba a sospechar que el sentido del humor del agente de software había evolucionado un poquito más de lo que cubría la garantía original. Con el paso de los años, quizá le había dado a Beezle demasiada libertad para autoprogramarse en la red.

—Quiero decir —dijo Beezle—, mira lo que le dijo la sartén al cazo, jefe... ¿Tharagorn? ¿*Tharagorn*? ¿Esperas el Retorno del «Th-rey» o qué?

—Ja, ja. Oh, qué fragmento de código tan divertido. Lo escogí porque suena parecido a Thargor. —Lo que era, claro, el avatar *online* de su infancia, el musculoso espadachín bárbaro que había conquistado tantos mundos de juego en los viejos días, cuando Orlando Gardiner aún tenía un mundo real al que volver al final de cada aventura. No es que ahora no le diera un poco de vergüenza—. Mira, quería algo fácil de recordar. ¿Sabes cuántos nombres tengo en esta red? —Se dio cuenta de que se estaba justificando ante una entidad que una vez fue un regalo de cumpleaños, y ni siquiera el más caro de aquel año—. ¿Qué era lo que querías, a ver?

—Solo hacer mi trabajo, jefe. —Beezle parecía dolido de verdad—. Sirvo de enlace de pies peludos para tu ajetreteado calendario social. Ya hemos hablado de la cena con tus amigos, así que sé que lo recuerdas. Sabes que estás citado en primer lugar con Fredericks, ¿verdad?

—Sí. Quedé con ella aquí.

—Oh, bien, seguro que será divertido para todos. ¿Puedo recomendarte la Sala del Canto Nostálgico Sin Fin? ¿O quizá el Salón de la Risa Plateada?

—Tu sarcasmo es notable. —No es que el propio Orlando no tuviera pensamientos ocasionales poco reverentes acerca del mundo de Tolkien, pero después de todo seguía siendo lo más cercano a un hogar que tenía. Al principio de su vida a tiempo completo en la red, cuando Orlando fue aplastado por todo aquello que le pasó, la Tierra Media, y Rivendel en particular, había sido un refugio sagrado para él, un lugar familiar y querido donde poder relajarse, sanar y asumir sus responsabilidades, incluso las posibilidades de la inmortalidad, un tema que le perseguía en cada rincón de la antigua residencia de Elrond.

—A propósito, esta noche también es el primer viernes del mes en Mundo Wodehouse —continuó Beezle—. ¿También recordabas eso?

—Oh, coño. No, lo olvidé. ¿Cuánto tiempo tengo?

—La cita es en unas tres horas.

—Gracias. Estaré allí. —Pero Beezle se quedó de pie, esperando, obligando a Orlando a preguntarle—. ¿Qué pasa ahora?

—Bueno, si tengo que interpretar el personaje y salir de este gigantesco motel hasta llegar al puente para poder dejar la simulación, al menos podría decir: «¡Te digo adiós, Bongo Pelusaloca!», o algo por el estilo.

Orlando frunció el ceño.

—Estás de broma.

—Solo es amabilidad.

—Coño. —Pero Beezle no mostró signos de querer marcharse así—. Jolín, vale. Te digo adiós, Bongo Pelusaloca.

—No olvides «Y que el pelo de tus pies se vuelva más rizado aún».

—Sal de aquí de una vez.

—De acuerdo. Yo también te digo adiós, Tharagorn, El que Abraza a los Elfos.

Y resultó que, cuando tenía que hacerlo, Beezle podía moverse con rapidez sobre aquellos pies peludos.

Sam Fredericks llegaba casi una hora tarde, pero no pasaba nada: los invitados en Rivendel podían conseguir algo de comer y beber a casi cualquier hora, si no les importaba lo limitado del menú. La gente que había programado hace años aquella simulación de mundo (un equipo de Holanda, según había descubierto Orlando) se había ceñido al original con mucho detalle. No había mención específica en los libros de que se sirviera carne en Imladris, el nombre élfico para el suntuoso hogar de Elrond, así que lo que la cocina ofrecía era poco más que pan, miel, fruta, verduras y productos lácteos. Orlando, quien había pasado mucho tiempo en la simulación de Tolkien al principio de sus días de vida en la red, podía recordar más de una ocasión en que hubiese deseado arrastrarse hasta Mordor en busca de algo de salchichón.

Cuando ella llegó, tenía exactamente el mismo aspecto de su última visita, vestida a la manera de un elfo varón, con su piel color café con leche radiante y su ensortijado cabello como una gloriosa confusión sujeta con una cinta que le hacía parecer un tanto pirática. Orlando y ella se abrazaron. Sam se soltó primero.

—¿Quieres comer algo?

—En realidad no tengo hambre —dijo ella—. Si tú quieres, adelante.

—Sam, la comida aquí no te llena, y no necesito comer. Solo es algo social. —La condujo a una de las terrazas cubiertas. Podían oír el río resonando en el valle que tenían debajo, aunque los faroles de Rivendel solo iluminaban las copas de los árboles.

Sam se sentó en un banco. Orlando hizo lo propio a su lado y estiró sus largas piernas. Aquella era una de las taras de su enfermedad que incluso él reconocía. Jamás volvería a estar enfermo o a tener un cuerpo inválido si podía evitarlo.

—Bueno, en fin —dijo—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Oh, ya sabes. Dando vueltas, echándole un ojo a las cosas. Este trabajo ha resultado ser distinto a lo que esperaba. Cuando accedí a ser una especie de jefe de exploradores, pensé que me dedicaría a, no sé, detener guerras o así.

Sam sonrió.

—¿Como Superman?

—O como Dios, sí. Intento no poner límite a mis ambiciones. —Esperó; la risa de Sam llegó un poco tarde—. Pero como Sellars y Kunohara convencieron a todos los demás de dejar las cosas a su libre albedrío, ahora soy más como un antropólogo o algo por el estilo. —Patrick Sellars había reunido al grupo de gente que había evitado que la red se utilizara para su propósito original, que había sido el de otorgar la inmortalidad dentro de sus confines a la Hermandad del Santo Grial, un grupo de personas tan desagradables como ricas. Kunohara, un antiguo miembro menor del Santo Grial que se había vuelto contra ellos, se había unido al final a Sellars para salvar la red. Y en esencia, para salvar las vidas de todas las complejas simulaciones de la red, como el propio Orlando, quien había sido copiado en la red antes de su muerte física y existía ya solo como información. Sellars también había dejado atrás pronto su cuerpo moribundo para llevar su existencia a la red Otherland, pero a diferencia de Orlando, su mudanza había sido voluntaria.

—¿Antropólogo? —apuntó Sam.

—Sí, bueno, a excepción del arreglo de algunos errores de código muy evidentes, lo cual no ocurre mucho, principalmente hago un montón de informes y vigilo las cosas interesantes e inesperadas. Pero como Sellars ya no está y Kunohara está muy ocupado, me pregunto para quién hago los informes.

—Para el resto de nosotros, supongo. Y para otras personas que podrían estudiarlos algún día. —Sam se encogió de hombros—. ¿Le echas de menos? ¿A Sellars?

—Sí. No se puede decir que fuésemos amigos o así, no como tú y yo. —Esperaba ver su sonrisa, pero ella solo asintió con la cabeza—. Él era demasiado... algo. Viejo. Listo. Pero llegué a apreciarlo una vez que le conocí. Y era la única persona que vivía aquí conmigo, Sam. Sabía que no iba a estar por aquí para siempre, que estaba cansado, que quería seguir a aquella gente simulada y sumergirse en la gran nada. —Por supuesto, lo estaba suavizando por Sam. Cuando Sellars se fue, había sido mucho más devastador de lo que había esperado: Orlando se sintió abandonado, incompleto. Después de todo, el ex-piloto inválido había sido la única otra persona en el universo capaz de comprender lo extraño de saber que solo estabas vivo en la red, que tu cuerpo real ya era cenizas, que la mayoría de la gente que te conocía pensaba que estabas muerto... y más o menos tenían razón.

Además, Sellars había sido una persona amable y, a causa o a pesar de su propio sufrimiento, un buen oyente. Había sido una de las pocas personas que habían visto llorar a Orlando Gardiner. Aquello había sido antes, en sus primeros días de vida en la red, claro. Orlando no volvió a llorar. No había tenido tiempo para cosas como aquella.

Sam y Orlando se quedaron sentados en la terraza de Rivendel otra media hora, hablando de toda clase de cosas, compartiendo incluso algunos chistes, pero seguía habiendo algo incómodo en el comportamiento de su amiga. Afectó a Orlando con un sentimiento que no esperaba sentir en torno a Sam Fredericks, y le llevó unos minutos reconocerlo como miedo. Se sentía casi aterrorizado ante la idea de que no quisiera estar allí con él, de que su amistad se hubiera convertido al final en una obligación.

Habían vuelto al asunto de la red. Para sorpresa de Orlando, ella parecía pensar que era él el que necesitaba animarse.

—El que tienes sigue siendo un trabajo extraordinario: explorador de todo el universo. Todos esos mundos son responsabilidad tuya.

—Trescientos noventa y ocho por el momento, pero algunos otros se han colapsado temporalmente y los están poniendo de marcha de nuevo. Es más o menos una cuarta parte de lo que solía ser, pero Sellars desconectó algunos de ellos porque eran demasiado violentos, horripilantes o criminales.

—Lo sé, Orlando. Yo también estaba en la reunión.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? Pareces... No lo sé, triste. —La miró de arriba a abajo—. Y ahora que lo pienso, no has cambiado de simulación en un año de visitas.

—¿Y? Jesús, Gardiner, tú eres el que quiere que todo el mundo se disfrace de elfo guay aquí.

—No me refiero a la ropa. —Estuvo a punto de contarle la versión de Beezle de lo que era chic, pero no podía ignorar lo que de repente le molestaba—. Sam, ¿qué está pasando? ¿Hay algún motivo por el que no cambias tu simulación? Seguro que debes tener algo más actualizado para los desconocidos, los amigos y la gente de casa.

Se encogió de hombros (cosa que hacía mucho), pero no le miró a los ojos.

—Sí. ¿Pero qué importa? Pensé que eras mi amigo, Orlando. ¿Tan importante es ver si... si mis pechos se han desarrollado desde la última vez que me viste?

Él se estremeció.

—¿Crees que ese es el motivo por el que quiero ver tu aspecto real?

—No. No lo sé. ¿Cuál es tu problema?

Orlando se tragó su enfado, tanto por el resurgimiento del miedo como por todo lo demás. Había veces que se sentía como si su amistad con Salome Fredericks fuese la única cosa que le mantenía en contacto con el mundo que había sido forzado a dejar atrás. Sus padres eran diferentes (eran sus padres, por el amor de Dios, y siempre lo serían), y los demás supervivientes de la red Otherland siempre serían sus amigos, pero Sam...

—Maldita sea, Fredericks, ¿no lo entiendes? Tú eres... eres parte de mí.

—Muchas gracias. —A pesar de las palabras de burla, parecía más infeliz que enojada—. Toda mi vida quise ser algo importante, pero, ¿parte de Orlando Gardiner? ¡Jamás lo hubiera pensado!

—Eso no es lo que quería decir y lo sabes. Coño, quería decir que estás en mí... Vale, estás en mi corazón, aunque eso suene un tanto ñoño. Tú eres el motivo

por el que aún me siento como una persona viva cuando, bueno, ambos sabemos que no es así.

Ahora le tocó a ella el turno de estremecerse, pero seguía existiendo una especie de muro entre ellos.

—¿Qué tiene eso que ver con mi simulación? ¡Cuando nos conocimos, pensabas que era un chico!

—Pero esto es diferente, Sam. —Vaciló, y puso su mano sobre el brazo de ella. El motor de simulación más potente del mundo le hacía sentir el tacto como se supone que tenía que sentirlo, la piel cálida de su muñeca, los pliegues aterciopelados de la manga sobre los músculos, tendones y huesos...—. Sé que nunca creceré, no de manera normal. Puede que ya no tenga un cuerpo real, pero eso no significa que espere que todos los demás jueguen conmigo para siempre en el Paraíso de Peter Pan. Mírame, Sam. —Sabía que, en gran parte, era la culpa lo que hacía que ella le mirase, pero en ese momento quería utilizar todo lo que tenía—. Si me ocultas las cosas, en especial las cosas normales, porque crees que no puedo soportarlas... bien, eso sería la peor cosa que se me ocurre. Fui un lisiado toda mi vida. Tener progeria no era solo saber que iba a morir joven. Era saber que cada persona que me viera por primera vez apartaría la vista con rapidez, como si fuese algún tipo de horrible accidente de coche humano. Incluso las buenas personas que intentaban tratarme como a cualquier otro... bueno, digamos que era obvio que tenían que esforzarse. No quiero volver a dar lástima nunca, Sam.

Ella parecía abatida y avergonzada.

—Sigo sin comprenderlo, Orlando. ¿Qué tiene que ver con mi simulación?

—No quieres que vea cómo eres ahora, pero no porque tengas un grano o algo de lo que te avergüences. Es porque sabes que parece diferente, que estás creciendo o cambiando o lo que sea. Dime que me equivoco. Dios, Fredericks, he vivido en esta red durante casi tres años, ¿crees que espero que las cosas no cambien? No me va a hacer daño. Pero si no puedes enseñármelo, entonces... En fin, es como si no confiaras en nuestra amistad. Como si solo pudiéramos ser el tipo de coleguitas que éramos antes, en el juego de Middle Country.

Ella le miró con algo de la antigua Sam en el rostro, divertida aunque irritada.

—El viejo Gardiner. Sigues sabiéndolo todo. —Hizo una profunda inspiración—. De acuerdo, ¿quieres ver cómo soy ahora? Bien. —Por un momento, su simulación de Rivendel se congeló mientras volvía a seleccionar su apariencia y la nueva información pasaba por una serie de repetidores que mantenían la red privada Otherland aislada de la red del mundo real. Luego, de repente, como una copia que sale de una impresora, la imagen de Sam cambió—. ¿Satisfecho?

—No pareces tan diferente —dijo, pero no era verdad. Era casi cinco centímetros más alta, y también tenía más curvas y aspecto de mujer. Tenía las caderas más anchas ahora incluso que antes, cuando los calzones élficos se pegaban a su cuerpo. La Sam que había conocido había sido una atleta con pinta de galgo. También tenía una longitud de rostro que antes no estaba. Era realmente encantadora, y no solo porque fuese la Sam que él amó. Se dio cuenta de que tampoco le había

dicho la verdad sobre algo más: verla de repente un año mayor, con diecisiete en vez de dieciséis, dolía. Dolía como el infierno—. Gracias.

—Oh, Orlando, lo siento. Estoy siendo una estúpida. No se trata de eso, en absoluto. —Se desplomó en el banco, y se inclinó hacia delante hasta que sus codos reposaron en sus rodillas. Había vuelto a dejar de mirarle a los ojos—. Es que... estoy viendo a alguien.

Por un momento, no entendió lo que ella quería decir. Pensó que seguía hablando de simulaciones e imágenes.

—Oh. ¿Es serio?

—No lo sé. Sí, supongo. Llevamos saliendo por ahí un par de meses.

Orlando cogió aliento.

—Bueno, espero que funcione. Coño, Frederico, ¿eso es lo que te incomodaba todo el tiempo? Eso de los celos lo dejamos atrás hace mucho tiempo. —En parte, tuvo que admitir, porque Sam había dejado claro desde el principio de su amistad, después de averiguar Orlando que era una chica y de saber ella lo de su enfermedad, que aunque lo amaba tanto como él a ella, nunca iba a ser de manera romántica. Lo cual estaba muy bien, había decidido él, porque lo que tenían duraría toda la vida y no sería empañado por el sexo.

Se preguntó si los adolescentes vivos reales se decían a sí mismos las mismas mentiras patéticas.

—No lo sé, es solo que... me asusta. A veces me siento como... —Sacudió la cabeza—. Como si no fuese para ti una buena amiga. No digo que seas tú el que lo piense —corrigió apresurada la anfibología—. No te veo con tanta frecuencia como antes. Debes pensar que soy horrible.

Él se rió, sorprendido.

—Nunca se me ha pasado por la mente. Ya sabes, Sam, no es por ofender, pero cuando no estás aquí no es que me sienta por ahí a esperar tu próxima visita. Hace dos días estaba esquivando flechas en Edo mientras un grupo de señores de la guerra intentaban derrocar al shogun de Tokugawa. La semana anterior pasé unos días con el capitán Nemo explorando unas ruinas submarinas.

—Entonces... ¿estás bien? ¿Todo correcto? ¿No estás ni aburrido ni... solo?

Volvió a apretar el brazo de ella antes de soltarlo. Los elfos volvían a cantar en el Salón del Fuego, un acto de meditación a la luz de los Dos Árboles. Las voces casi parecían pertenecer al propio valle, a la noche, al bosque y al río, todas juntas cantando.

—¿Aburrido? No cuando sopeso las alternativas. No, no te preocupes por mí, Frederico. Siempre tengo lugares a los que ir, cosas que hacer y gente a la que ver. Debo ser el chico muerto más feliz de todo el mundo.

No era el hecho de que Sam estuviera saliendo con alguien lo que me molestaba, reflexionó mientras se preparaba para conectarse a la casa de sus padres, ni siquiera el hecho de que lo mantuviera en secreto por un tiempo. De hecho, ahora que pensaba en ello, seguía sin saber si su nueva pareja era varón o mujer.

Sam siempre había sido vaga al respecto, ni quería hablar de ese tipo de cosas. Le irritaban las preguntas, como si Orlando fuese a pensar de ella diferente por el hecho de dejar claro su género o sus inclinaciones sexuales. No, no se trataba de que ella saliera con alguien, o que estuviera creciendo. La amaba de verdad, y quería que tuviera una vida feliz, no importaba cómo. En realidad, todo era por la repentina preocupación de que él no pudiera crecer, como siempre había asumido que sería, a pesar de lo extraño de la situación. Sentía una especie de escalofrío cuando pensaba en ello, y se preguntaba si se estaba volviendo irrelevante para todos, no solo para Sam. A pesar del hecho de que los años pasaban en la Tierra de la Fantasía de igual modo que para ella en el mundo real, sus experiencias aquí no serían lo mismo que crecer de verdad.

*Puede que haya que ser real para hacerlo. Quizá tengas que hacer cosas reales, hacer el tonto en una fiesta, viajar, despellejarte la rodilla, enamorarte, o... o... tener latidos. Puede que nunca cambie. Seré como una de las simulaciones... Una simulación de un chico de catorce años. Para siempre.* Apartó de su mente aquella idea enfermiza. En ese momento era la Noche en Familia, lo cual era bastante difícil de llevar en las mejores ocasiones.

No era justo estar muerto y tener que seguir yendo a casa de visita. No es que no quisiera a Conrad y a Vivien. De hecho, era porque les quería tanto que se le hacía difícil.

Inspiró hondo, de forma metafórica (de todas formas, sentía como si pudiera hacer una profunda inspiración) y, mientras lo hacía, recordó que se suponía que su madre y su padre tenían una sorpresa para él esa noche. Le pidieron que se conectara en una localización de la casa distinta a la pantalla de la pared.

—Bueno, en realidad es una sorpresa de Conrad —le había explicado su madre. Había sonreído, pero no parecía del todo complacida por lo que iba a pasar. Orlando había visto antes aquella expresión: era la que mostró cuando Conrad le había dado la bicicleta por su cumpleaños decimoprimeros. Todos, incluso el propio Orlando, le habían dicho a su padre que sus huesos eran demasiado quebradizos y sus músculos demasiado débiles para pensar siquiera en montar en bicicleta, pero Conrad Gardiner había insistido en que su hijo tuviera todas las oportunidades de ser normal.

Cuando en el último año había quedado postrado en cama de forma más o menos permanente, sus padres se habían deshecho finalmente de ella para hacer más espacio en el garaje para el equipo médico, los filtros de repuesto y las botellas de oxígeno. Por supuesto, jamás había montado en ella. La progeria, la enfermedad que había arruinado y terminado con su vida anterior, era una dolencia que convertía a los niños en ancianos renqueantes hasta matarlos, en su mayoría antes de que alcanzaran incluso la adolescencia.

Mientras hacía la conexión, Orlando se preguntó por qué no podía reunirse con ellos en la pantalla de la pared, como siempre. Le gustaba hacerlo, porque no se sentía distinto a un niño que llamaba a sus padres, como si simplemente estuviera en el colegio en otro estado, en lugar de vivir en lo que era prácticamente otro universo.



*A lo mejor Conrad ha cambiado la vieja pantalla por una de esas cosas con más profundidad. Hace un tiempo mencionó algo sobre invertir en una de cristal sólido.*

La conexión se abrió y vio a sus padres, quienes le estaban mirando a él. Su madre tenía los ojos húmedos, como siempre cuando se veían por primera vez. Su padre estaba radiante por lo que parecía orgullo. Pero también había algo inusual en la forma en que ambos aparecían. Le llevó un momento procesar lo que pasaba.

*Estoy mirando a través de un monitor diferente, decidió. Era lo que pensé, es una pantalla nueva.* Pero se dio cuenta al instante de que si sus padres hubiesen comprado de verdad una nueva unidad, la habrían instalado en el comedor en lugar de en la sala. Podía ver la vieja mesa de roble por encima de sus cabezas, y el póster de las bailarinas de can-can francesas al lado que había estado en la pared durante años.

—Hola. ¿Qué pasa? ¿Nueva pantalla? —Sin pensarlo, levantó la mano para darle a su madre un beso como siempre hacía. Sí, era vergonzoso, pero tienes que hacer las cosas de modo diferente cuando no puedes tocar de verdad... Y entonces, algo indefinido se le acercó deprisa. Incluso después de años sin un cuerpo real, no pudo evitar estremecerse un poco. La cosa nueva se detuvo y flotó ante su vista del mismo modo que lo haría una mano simulada.

Era una mano, pero no simulada. En vez de eso, parecía estar surgiendo enfrente de la pantalla de sus padres, y por tanto flotando ante sus ojos, una mano de apariencia extraña, lisa, granate, hecha de algo que se asemejaba a plastilina brillante. Medio olvidando su estado incorpóreo, estiró su propia mano para tocarla. La otra también se extendió desde su punto de vista, como si fuera la suya, en respuesta a sus pensamientos. Fascinado y torpe como si empezara a cogerle el truco, intentó hacer que los dedos se menearan mientras hacía lo propio con sus manos simuladas. Los dedos de plastilina le imitaron. Pero aquellos dedos no eran una de sus simulaciones, y ni siquiera estaban en la red. Estaba en el comedor de Conrad y Vivien, en el mundo real.

—¿Qué demonios es esto?

—¿Te gusta? —Su padre asentía con la cabeza, de la forma en que lo hacía cuando alguien probaba su cerveza casera, en los días en que aún tenían visitas.

*Bueno, eso es cierto, pensó Orlando. Ahora que no estoy, al menos pueden volver a ver gente.*

—¿Gustarme? ¿Qué es? ¿Algún tipo de brazo robótico acoplado a la nueva pantalla?

—No es una nueva pantalla, es todo un cuerpo. Para que, ya sabes, puedas estar aquí. Dentro de la casa con nosotros. Siempre que quieras.

Orlando había descubierto el otro brazo. Lo flexionó, juntó las dos manos, y luego miró hacia abajo. El punto de vista giró, mostrándole el torso cilíndrico de color remolacha y las piernas articuladas.

—¿Un... cuerpo?

—Tenía que haber pensado antes en ello —dijo su padre—. No sé por qué no lo hice... Tu agente de software solía llevar aquel pequeño cuerpo con patas

metálicas para poder moverse por toda la casa, ¿recuerdas? Busqué hasta que encontré algo que pudiera funcionar. Es un muñeco a control remoto que utilizan para cierto tipo de operaciones de reconocimiento... Creo que en un principio lo construyeron para la Antártida, por asuntos militares o algo así. Di con un coleccionista y lo compré. Tuve que ponerle unos pies diferentes... tenía algo parecido a manos al final de las piernas. —Era obvio que estaba un poco nervioso: cuando estaba nervioso, parloteaba—. Ideales para escalar y moverse sobre hielo y eso. Me sorprende que no tuviese esquiés u orugas tractoras, o quizá...

—Conrad —dijo Vivien—, ya basta. No quiero oír hablar de manos en piernas. Es... inquietante. —Le echó una mirada rápida a Orlando, quien estaba más que un poco anonadado.

—¿Qué... qué se me ve?

—La cara —dijo su padre—. Bueno, así será, pero tenemos que cambiar lo que aparece desde tu lado. No quería estropear la sorpresa, así que ahora mismo hay un pequeño Orlando ahí de pie, en la pantalla de la cara.

—Todavía estoy tratando de digerirlo. ¿Quieres decir... se supone que puedo... moverme por ahí con esto?

—¡Claro, adelante! —Conrad estaba encantado con la pregunta—. ¡Camina! ¡Puedes ir a cualquier sitio de la casa!

—No tiene que hacerlo si no quiere —dijo su madre.

Orlando flexionó los músculos, o realizó las acciones mentales que flexionaban los músculos en el mundo real y en los mejores mundos virtuales. Los dedos se estiraron y se cogieron a la mesa. Puso los pies debajo de sí y se levantó. El punto de vista se elevó, aunque no sincronizado a la perfección. Ahora que prestaba atención, pudo oír el débil siseo húmedo de los fibromotores extendiéndose y relajándose.

—¿Necesitas ayuda?

—No, Conrad. Estaré bien. —Se levantó, dio unos cuantos pasos vacilantes y se detuvo para mirarse los pies. Eran enormes óvalos, como los zapatos de Mickey Mouse. Era extraño estar en un cuerpo tan patoso como aquel: sus otros cuerpos de Otherland respondían exactamente como si fuesen el suyo, y le hacían más fuerte, rápido y hábil de lo que nunca había sido en la vida real.

No había estado en el cuarto de baño desde su muerte. Era interesante, incluso extrañamente conmovedor, volver a moverse por su antigua casa, pero no estaba seguro de nada de aquello. Miró su reflejo en el espejo, la rara forma de muñeco de palo de la cosa. La pantalla del rostro mostraba la simulación de Orlando a cuerpo completo, por lo que parecía uno de esos gigantescos monstruos robot japoneses con un controlador humano moviéndose en el interior de la cabeza. Cambió la escala de la señal de salida de su simulación para que solo apareciera su rostro, y de repente, aunque no era su verdadera cara ni de lejos (ni siquiera incluyendo la que el mismo Orlando había visto desde que su cuerpo físico fuera cremado), el conjunto se hizo más realista y también más perturbador.

*¿Es esto lo que quieren para mí? ¿Esta... cosa?* Sabía que las intenciones de Conrad eran buenas, que sus padres solo buscaban la forma de hacer más real su

presencia continua en sus vidas, más física, pero no sabía si podría soportar, ni siquiera en cortos períodos de tiempo, aquel inquietante espantapájaros plastificado.

Observó el rostro que usaba con sus padres, la cara apropiada de un adolescente de su edad, confeccionada con ayuda de varios nodos de ilustración de la policía forense, hecha a escala a partir de escáneres de su propio cráneo y con rasgos incorporados de su padre y su madre. *El rostro del muchacho que deberían haber tenido*, pensó. *Ensartado en esta cosa como una piruleta en su palo.*

Orlando hizo lo que pudo. Se sentó con ellos durante la cena e intentó prestar atención mientras sus padres le contaban cosas sobre amigos y familiares, acerca de sus trabajos y las pequeñas molestias de la vida en la amurallada *Crown Heights Community*, pero se sintió incluso más alienígena de lo habitual. Los servomúsculos del cuerpo eran difíciles de manejar, y los tractores menos avanzados que a lo que estaba acostumbrado: tiró el vaso de su madre dos veces y casi volcó la mesa cuando se levantó al final de la cena.

—Voy a acabar haciéndolo una noche de estas —dijo.

—¿Estás bien? —le preguntó su madre—. Pareces un tanto abatido.

—Estoy bien, es solo que tengo una reunión en el Club Drones.

—¿Es ese lugar inglés de 1920 del que nos hablaste? —preguntó Conrad—. Debe ser interesante. ¿No dijiste que había una guerra allí?

—Algo así. —Seguía siendo difícil hacer que sus padres comprendieran lo de John Dread, y la terrible destrucción que el asesino había obrado en tantos mundos de la red Otherland en los pocos días que había gobernado sobre el sistema como una especie de dios malvado—. La simulación está regresando, pero estamos dejando que las cosas se reordenen por sí solas en lugar de eliminar lo que ha ocurrido y volver a comenzar los ciclos, así que sigue habiendo bastantes cosas incorrectas en algunos de ellos. Adaptaciones, casi como después de un incendio forestal que cambia un ecosistema. Muy guachi. —Se percató de la confusión de sus caras—. ¿Guachi? Significa divertido. Expresado de un modo extraño.

—Sabes mucho de esas cosas —dijo su madre—. Esa complicada red. Has aprendido mucho. Y has trabajado duro para sacar algo positivo de... —Vivien Fennis estuvo a punto de decir algo como *tu terrible situación*, pero por supuesto tenía mucha mano izquierda, era demasiado lista y amable para emborronar ese momento de orgullo maternal que le estaba dando—. De tu vida en este mundo nuevo. Universo nuevo, en realidad. Aún es difícil de creer o de comprender.

—Estás recibiendo ahí una educación científica de primera clase —metió baza Conrad—. Aunque no esté titulada. Las experiencias de la vida tienen que contar para algo, ¿no? Quizá algún día...

—Todo esto tiene que permanecer en secreto: yo, la red Otherland, todo. Si alguna vez se hiciera público, habría pleitos durante décadas para decidir a quién pertenece la red. Costaría trillones, y al final sería destrozada por los militares para buscar códigos de armamento. Lo sabéis. —Orlando desinfló con amabilidad las fantasías de su padre, pero tenía que hacerlo: Conrad aparecía con planes llenos de esperanza y vacíos de practicidad cada pocos meses, y algunos de ellos hacían parecer normal el cuerpo robótico granate—. Mirad,

la verdad es que nunca volveré a vivir en el mundo real. Lo siento. Ojalá pudiera crecer aquí y hacer todas las cosas que queréis para mí. —Tomó aire. Se notó enojado, y no quería. Pero, ¿por qué seguían todos proyectando ridículas expectativas e ideas sobre él? Más o menos, podía imaginárselo de sus padres, pero la falta de confianza en él de Sam le seguía doliendo—. De todas formas, no importa. Esto es mucho mejor que estar muerto. No os preocupéis por mí. Como habéis dicho, la red es todo un universo nuevo y yo soy el encargado de explorarlo. Me siento feliz.

Feliz o no, empezaba a sentir que no podía respirar. Hizo todo lo que estuvo en su mano para aparentar jovialidad mientras se despedía, e incluso permitió que su madre y su padre le dieran un abrazo al cuerpo de robot, aunque se tratara de una experiencia rara e incómoda, seguro que hasta para Conrad. Mientras sentaba la forma mecánica en una silla para que no se desplomara cuando ya no la animase, Orlando encontraba más y más complicado ocultar su mal humor. Al final, salir de aquella horrible y rechinante prisión y regresar a la libertad de la red fue como quitarse un jersey de Navidad que te pica y te queda mal después de que la tía que te lo ha regalado se marche a casa.

Tenía media hora que matar antes de la reunión con la Sociedad de Viajamundos. Vagó por las calles del Londres de P. G. Wodehouse, reflexionando.

Antes de Dread, aquella simulación de mundo había sido una pequeña y reluciente creación de alegría sin adulterar, un Londres donde los pobres estaban contentos de serlo y los ricos inocentes podían concentrarse en las cosas importantes, como comer un buen desayuno y evitar a las brujas de sus tías (que podían aparecer y estropear los mencionados desayunos, por no mencionar los otros tropecientos momentos de ocio, con sorprendente rapidez). Ahora, aquel Londres en particular se había convertido en un lugar muy distinto. Como un demagogo socialista que para hasta un conservador paranoico sería difícil de imaginar, John Dread había enfurecido primero y armado después a la clase trabajadora de la ciudad, un grupo minoritario en el mundo de Wodehouse, pero no del todo ausente. Una horda consistente en su mayoría en jardineros, mayordomos, chóferes, repartidores, doncellas y taxistas había irrumpido en las casas de clase superior, asediando y atacando a los ricos en sus mansiones, en sus apartamentos de Kensington y en sus clubes. Manzanas enteras fueron pasadas por la antorcha mientras algunos de los socialistas y anarquistas más feroces de Wodehouse, cuya existencia se rumoreaba pero rara vez era ratificada, resultaron ser más que chismes, algunos bastante habilidosos para los incendios. Incluso se produjeron algunas masacres, matanzas públicas de los enemigos de clase (la clase de las víctimas dependía de qué bando era más numeroso en ese momento en particular de la guerra), aunque gracias a la naturaleza despreocupada del mundo de Wodehouse, hasta la maligna influencia de Dread se había desvanecido con rapidez en cuanto acabó su supervisión directa. Sin embargo, para cuando Sellars y Kunohara llegaron para apaciguar los resultados de la intervención de Dread,

algunas semanas después del derrocamiento de este, la ciudad se había sumido en un extraño estado crepuscular, algo que combinaba la ruina del Londres de la posguerra con la anarquía espontánea de su anterior encarnación isabelina, con más de un toque de las amenazantes sombras que habían envuelto a la ciudad en el siglo diecinueve durante los crímenes de Jack el Destripador.

Aquellos días, Curzon Street estaba atestada de caballos y carretas (muy pocos coches habían sobrevivido a la Infamia, como se le llamaba al reino de terror), y Orlando tuvo que vigilar dónde pisaba mientras se abría paso hasta Hyde Park. Los campamentos improvisados que habían aparecido en las primeras semanas del levantamiento se habían convertido en asentamientos más o menos permanentes, y con el frío de la noche que caía sobre ellos, las fogatas ardían por todas partes. Había que tener cuidado al atravesar el parque: la gente, desesperada por el frío y el hambre, había arrasado hacía tiempo con las ardillas y las aves acuáticas del Serpentine, y había cortado para hacer leña la mayor parte de los hermosos y viejos árboles. Muchos de los ciudadanos acomodados que se suponía que ahora que la Infamia había acabado podían regresar a sus hogares para cabalgar por Rotten Row habían descubierto que, aunque el ganado equino podía entrar en el parque sobre sus propias pezuñas, la única manera de abandonarlo era en el interior del estómago de alguien.

No obstante, si había alguien que aquellos días pudiera caminar despreocupado de su seguridad personal por Hyde Park, ese era Orlando Gardiner, el tímido semidiós del sistema, y el semidiós tenía mucho en lo que pensar.

*¿Es cosa mía? La intención de Conrad y Vivien es buena. ¿Por qué es tan difícil complacerlos? Después de todo, soy su único hijo y es bastante obvio que las cosas no van a salir como habían esperado: sin graduación, sin novias, sin matrimonio, sin nietos...* Pero no importaba lo que pensara. Era incapaz de sentir otra cosa que no fuese resentimiento horrorizado ante la idea de llevar aquel cuerpo a control remoto. En lugar de hacerle sentir más natural, conseguía el efecto contrario, acentuaba las diferencias entre su nueva vida y la vieja, como si el mundo real se hubiese convertido en una especie de planeta alienígena, un entorno tóxico en el que solo pudiera entrar equipado con un traje de robot que sonara a metálico. El hecho de que para él el mundo real se hubiese convertido exactamente en eso, y así era desde hacía tres años, no tenía importancia: como solo visitaba a sus padres por teléfono, podía medio fingir que solo estaba pasando un año en África con el Cuerpo de Servicios de la ONU o algo así, pero ahora la compulsión de Conrad por arreglar las cosas iba a poner en serias complicaciones la negación que Orlando se había ganado a pulso.

Sin embargo, era el asunto de Sam lo que en realidad le afectaba. No quería ser alguien que jamás creciera ni cambiara, a pesar de las experiencias que acumulara. Eso era peor que el cuerpo: era como estar muerto de verdad. Sería una especie de fantasma.

*Un fantasma en un mundo muerto. Nada cambia, ni yo, ni estos mundos.*

Desanduvo el camino a través del parque en dirección a Dover Street y el club. Había grupos de matones reunidos alrededor de fogatas prendidas en cubos de

basura, cantando burlas a sus rivales. Sonaba como si estuvieran trabajando en un recital de jerga local para una guerra de bandas.

*Tienen libre albedrío, se recordó a sí mismo. No es de mi incumbencia. De todas formas, ocurre todo el tiempo, y no puedo estar ahí para detenerlos a todos.*

Observó a los jóvenes sonrientes con bufandas, guantes sin dedos y sombreros de copa robados, tan pulcros como golfillos de Dickens. Algunos afilaban en público cuchillos y navajas. En un proyecto de mundo simulado más normal estarían programados para nada peor que la travesura de tirarle bolas de nieve a un sacerdote confiado o a un perista obeso, pero ni siquiera esta evidencia de una cierta flexibilidad de ambiciones permitida por el sistema cambiaba los sentimientos de Orlando. Podrían haber hecho ajustes en el elevado nivel de caos local, pero aquellos gamberros seguían siendo en esencia el mismo tipo de personajes secundarios que habían sido en las anteriores reencarnaciones de su mundo. Era obvio que, según las primeras y más benevolentes predicciones de Kunohara y Sellar, cierto grado de realidad, un chispazo de imprevisibilidad, había sido eliminado por el bien común de la red Otherland con la muerte del sistema operativo. Lo que quedaba seguía siendo un complejo fabuloso, pero sin vida en el fondo.

*No me extraña que todo el mundo me siga preguntando si estoy bien. El problema no soy yo, es esta red. Nada cambia en realidad, o si lo hace, es como la hiedra que crece en el patio de alguien: el mismo tipo de cambios una y otra y otra vez. No es un universo en evolución, sino un enorme juguete roto, y aunque sea más complejo que nada de lo que nadie haya fabricado nunca, jamás será igual que vivir en el mundo real.* Se dio cuenta de que no era la falta de otras personas lo que le deprimía, ya que las simulaciones que moraban en los diversos mundos sorprendían por su variedad y autonomía, y su programación interactiva era tan flexible y sus historias grabadas tan comprensibles que en la mayoría de los casos nunca llegabas a conocer lo bastante a ninguno de ellos como para ver los fallos en su remedo de vida casi perfecto. Sin embargo, Orlando sabía que no eran reales, y esa era una parte muy grande del problema. También era la persona más poderosa de aquel universo de bolsillo ahora que Sellars se había ido y Hideki Kunohara se ausentaba tanto, lo que acrecentaba el desequilibrio entre su persona y los demás habitantes.

*Sí, eso es... eso es lo que soy, se percató. No soy Aragorn ni el Llanero Solitario, sino Superman, como dijo Sam. Soy único en estos mundos y voy a pasarme toda la vida haciendo cosas para seres inferiores que ni siquiera me parecen lo bastante reales. Y eso es mucho tiempo, ya que podría vivir para siempre.*

Por primera vez desde que renaciera en el sistema, su inmortalidad potencial le pareció más una carga que un don.

La reunión ya había empezado, pero algunos de los últimos en llegar seguían entrando en el Salón en Memoria de W. Wooster (una sala dedicada, según había averiguado Orlando, a un antiguo miembro del Club Drones que había sido asfixiado hasta la muerte por una turba enloquecida de mozos de estación durante

la Infamia). Orlando cogió su Coca Cola y se sentó al fondo de la estancia. Sus primeras peticiones de tal bebida habían desconcertado al personal del bar del club, pero el propietario había intervenido, y ahora una botella de sirope y un sifón de soda le esperaban cada vez que se dejaba caer por allí.

Por supuesto, eso solo ocurría las noches de reunión. Para empezar, la simulación Wodehouse no era su tipo de mundo, y Orlando nunca había mostrado interés por ingresar en clubes ni siquiera cuando estaba vivo, pero la Sociedad era diferente.

—Antes de dar la bienvenida al ponente de hoy —decía el presidente—, tenemos algunas notas importantes, mensajes enviados por miembros que no han podido asistir esta noche, pero que sin embargo tienen información de importancia que compartir. —El presidente, sir Reginald de Limoux, era un hombre atractivo de treinta y tantos, de nariz de halcón, esbelto y bronceado de una forma que le proclamaba como obrero o aventurero. Estaba claro que no era un obrero—. El paso entre la Bizancio de Chrysostom y Toyland ya no es seguro. Toyland sigue inestable, y algún tipo de grupo militar ha capturado la tienda donde opera el portal y la ha convertido en su cuartel general. Son soldados de madera, según me han dicho, así que al menos que alguno sea una termita, se les sugiere que eviten esa puerta por el momento. —Unos cuantos miembros del club rieron con educación—. Los que visiten Toyland aún pueden emplear el portal del bosque, protegido por facciones menos reacias a la libertad de viaje. Ahora, continuando con el tema de los portales, tenemos un informe de uno nuevo descubierto en Benin, en un oasis justo en las afueras de la ciudad...

Mientras De Limoux continuaba con los anuncios, Orlando bebía de su refresco y le estudiaba. Se preguntó cuánto de la personalidad original del presidente quedaría. Fue una de las sombras de Malabar, basado en copias realizadas a partir de Félix Malabar, el primer dueño de la red Otherland en una época en que el anciano industrial planeaba vivir para siempre dentro de sus circuitos, como un dios que gobernara sobre varios mundos. En efecto, Malabar había conseguido cierto tipo de inmortalidad, al igual que otros ricos, poderosos y amoraes fundadores de la Hermandad del Santo Grial de la red, pero de una forma que ni él ni los demás esperaban.

En lugar de servir al propósito para el que fueron creadas, estas copias, que iban a ser la base de encarnaciones inmortales basadas en información, habían sido moldeadas y transformadas durante los últimos días de locura del sistema operativo original. Después, se había permitido que las copias se esparcieran y dispersaran por todo el sistema. Nadie sabía cuántas de ellas existían, o en qué se habían convertido, ya que no había un método infalible de rastrear simulaciones individuales en la gigantesca red. Una de las razones de que Orlando Gardiner, en su papel de conservador de la red, se hubiera unido a la Sociedad de Viajamundos era que podía vigilar a varios de estos clones de la Hermandad del Santo Grial, muchos de los cuales parecían ser atraídos hacia el club por algún impulso que podría quedar en sus subconscientes.

Al principio, Orlando se había sorprendido de que Sellar y Kunohara, los dos hombres que mejor comprendían el sistema Otherland, ni siquiera hubiesen

intentado eliminar aquellos restos de los dueños originales del sistema, pero le habían explicado que incluso si todas las sombras pudieran ser encontradas e identificadas, no serían consideradas más criminales de lo que podría asumirse de los hijos de un ladrón, y que incluso el más desagradable de los Hermanos del Santo Grial no era peor que otras repugnantes personalidades simuladas que habitaban desde el principio algunos de los mundos de la red. Había sido la riqueza y el poder personal de los maestros de la Hermandad, y también su control sobre la red desde el exterior, lo que les había hecho peligrosos. Dentro de la red, estos clones y remedos comenzaron de cero, algunos con defectos personales admitidos que germinaron en la mayoría de las encarnaciones, pero otros con una sorprendente capacidad para convertirse en ciudadanos decentes. Mientras observaba al presidente de la Sociedad, Orlando pensó que esta versión particular de Malabar, sir Reginald de Limoux, parecía situarse en un punto medio: arisco y claramente ambicioso, pero no un villano empedernido.

El otro legado otorgado a las sombras del Santo Grial y a unos pocos seres similares que el viejo sistema operativo había creado (algunos basados en amigos y conocidos reales de Orlando, como el inglés Paul Jonas) era que solo ellos entre todas las almas simuladas de la red podían viajar con relativa libertad entre los mundos de la red, o incluso conocer que había mundos fuera de la simulación en la que vivían. A diferencia de Orlando, estos viajeros no comprendían lo que eran, o qué tipo de universo moraban, pero tenían una libertad de pensamiento que les diferenciaba del resto de las simulaciones. De hecho, en ese momento eran lo más parecido a Orlando Gardiner. Sentarse en el bar del Club Drones después de una reunión de los Viajamundos, escuchando las historias cómicas y los alardes imposibles de los miembros de la Sociedad, era lo más cercano a la felicidad que había estado en las tabernas de aventureros de su viejo juego Middle Country.

Y, por supuesto, incluso en sus historias más locas, aquellos caminantes de los mundos traían joyas de información que Orlando encontraba muy útil. Podía ser un explorador con poderes como los de un dios, pero seguía sin poder apagar toda hoguera desatendida en cuatrocientos mundos.

Cuando el presidente terminó sus anuncios, el ponente presentado tomó el atril y comenzó a describir los descubrimientos de su más reciente expedición. Este caballero parecía haber pasado la mayor parte de su tiempo en Troya y Xanadú, dos mundos simulados que Orlando conocía bien, así que dejó que su atención derivara hacia otras cuestiones. Se ensimismó tanto en preguntarse cómo volver a conectar con Sam que no se dio cuenta por unos instantes de que alguien que había carraspeado varias veces a su espalda le estaba dando golpecitos en el hombro.

—¿Señor Roland? Alguien desea hablar con usted urgentemente. —La voz pertenecía al propietario del Club Drones, un tipo alto con cara de póquer llamado Jeeves, y del cual decían los rumores que había estado en algún tipo de servicio doméstico antes de la Infamia, pero que había ascendido muy alto y muy rápido durante aquellos tiempos inestables—. ¿Me ha oído, señor Roland?



A Orlando le llevó otro largo segundo reconocer su seudónimo local.

—Lo siento, lo siento. ¿Alguien quiere verme? —¿Sería otra vez Beezle, vestido para la mayor de las vergüenzas con una faja o un casco acolchado? Pero solo era en Rivendel, la cosa más parecida a un refugio que tenía, cuando el agente no podía contactar con él de manera directa: era difícil relajarse y disfrutar de los pacíficos cantos de los elfos y de la trémula luz de las hogueras cuando recibías cuatro o cinco llamadas por hora de un agente con la voz cascada y los groseros modales de un taxista de Brooklyn de la vieja escuela.

—Sí, una visita, señor —dijo Jeeves, inclinándose hacia él—. Una joven dama. Muy atractiva, si se me permite, pero quizá un tanto... confundida. Me he tomado la libertad de instalarla en uno de los salones sin usar. Algunos de los miembros más ancianos no son muy receptivos con el tema de las mujeres en el club, ni siquiera hoy en día. Le ruego me disculpe por interrumpirle. Dijo que no podía esperar, y por su conversación parecía tener que ver con algo que usted preferiría tratar... con discreción.

Orlando miró el rostro sombrío del hombre y su frente alta e inteligente. Se suponía que Jeeves no sabía quiénes eran en realidad los Viajamundos (en teoría, solo era un club conservador normal de viajeros y aventureros que se reunían una vez al mes en el Club Drones), y no digamos ya tener una simple pista de la verdadera naturaleza de Orlando Gardiner, pero siempre había tratado a Orlando con extremado respeto y cierto centelleo en los ojos, como si sospechara que era más de lo que aparentaba. A cambio, Orlando se preguntaba a menudo si el nuevo propietario del club no sería también un Viajamundos, aunque sin descubrir. Si así era, había encontrado el sitio perfecto para esconderse, justo bajo las narices de la Sociedad.

Tomó nota mental de investigar a Jeeves cuando tuviera tiempo libre y volvió a contemplar la sala. Los miembros de la Sociedad se habían enfrascado en una civilizada pero conflictiva discusión acerca de la proposición de una nueva expedición. Orlando sabía que estarían debatiendo durante al menos media hora, y que era probable que la discusión no finalizara ese mes. Las expediciones necesitaban de recursos, y aquellos Viajamundos que tan ricos eran en un mundo simulado rara vez podían trasladar recursos valiosos o tangibles de una simulación a otra. De hecho, el único capital verdaderamente real y por completo móvil era el conocimiento, y esa era una de las razones de que la mayoría de los miembros de la Sociedad valoraran su pertenencia por encima de todo, excepto sus vidas. Se levantó, seguro de que esa noche no sucedería nada de lo que no pudiera enterarse después, en el bar.

Jeeves le condujo a la puerta del salón antes de deslizarse por el pasillo, silencioso como un ladrón felino. Orlando entró en la confortable sala y casi se tropezó con una mujer joven ataviada con un vestido pálido que se calentaba al fuego de la chimenea de carbón. Solo cuando alzó la mano para presentarse se dio cuenta de que seguía llevando la Coca-Cola.

—Lo siento —dijo, y posó el vaso sobre la repisa—. Mi nombre es Roland. Me han dicho que quería verme.

Era hermosa, como Jeeves había sugerido, de ojos grandes, un tanto tísica, y la negrura de sus cabellos rizados y el rubor de sus mejillas solo conseguían enfatizar la palidez casi traslúcida de su piel. Le devolvió la mirada con un punto de enojo, como si en cualquier momento él pudiera atacarla... o peor, reírse de ella.

—Puede que me haya confundido. Me han dicho... Entendí que podría encontrar aquí a la persona que estaba buscando. Roland es el nombre que me dieron. Yo busco a Orlando Gardiner. —Ella le examinaba como si fuese miope, o como si buscara el parecido en un familiar lejano al que acabara de conocer, y luego bajó el rostro—. Pero usted no es él. No le había visto nunca.

Se sorprendió de escuchar en voz alta su nombre verdadero de boca de una simulación, casi tanto como de que le dijeran que él no era él mismo, pero escuchar su voz confirmó lo que había imaginado cuando la vio por primera vez. Aquella mujer joven era otra sombra de Avialle Malabar, bien una de las copias originales de la hija muerta de Félix Malabar, o bien una variante programada a partir de aquellas copias en los últimos días del sistema operativo. La Avialle original había estado enamorada de manera obsesiva del inglés Paul Jonas, y la mayoría de las copias, al menos todas aquellas que habían sido hechas a partir de la Avialle viva después de conocer a Jonas, habían continuado con su capricho. Habían surgido bajo numerosos disfraces durante los viajes del amnésico Jonas por la red Otherland, unas veces animándolo, otras ayudándolo de forma activa, otras rogando su amor o comprensión.

Pero ninguna de ellas había tenido mucho que ver con Orlando, y no tenía ni idea de por qué le buscaría ahora una, especialmente bajo su nombre real.

—Dice que nunca me había visto antes. —Le hizo un gesto para que se sentara. Ella parecía preparada para saltar como un conejo al menor de los ruidos, y él sentía curiosidad—. Tengo que admitir que yo tampoco la reconozco. Sin embargo, conozco a alguien llamado Orlando Gardiner, y puedo hacerle llegar un mensaje. ¿Puede contarme algo de su problema? —Se dio cuenta de que el escenario comenzaba a influir en él. Empezaba a sonar como uno de los personajes nativos de aquel mundo simulado.

—Oh. ¿Usted... usted le conoce? —Pareció un tanto más esperanzada, pero era una esperanza pírrica, como si le hubiesen dicho que en vez de la tortura, le darían una muerte rápida y piadosa—. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Puede darme el recado. Le prometo que lo escucharé.

Ella se llevó una mano a la boca, vacilante. Estaba muy pálida, temblaba un poco, pero Orlando podía ver ahora que detrás de sus ojos de liebre había una determinación que contradecía su apariencia externa. *Se está arriesgando al venir aquí*, pensó. *Debe ansiar con todas sus fuerzas que el mensaje me llegue.*

—Muy bien —dijo al fin—. Mi vergüenza no puede ser mayor. Confiaré en su discreción, señor Roland, y en que se comporte como un caballero. Por favor, dígame al señor Gardiner que necesito verlo tan pronto como sea posible. Estoy en un terrible apuro. Terrible. Si no viene a verme no sé lo que voy a hacer. —De repente, sus reservas se derrumbaron, y las lágrimas inundaron sus ojos—. ¡Estoy desesperada, señor Roland!

—Pero, ¿por qué? —Orlando buscó un pañuelo, pero ella ya se había sacado uno de la manga, y se secaba la cara—. Lo siento, señora... señorita... Me temo que no conozco su nombre. Mire, no quiero empeorar las cosas, pero tengo que saber de verdad por qué quiere hablar con él antes de pasarle su mensaje.

Ella le miró con ojos todavía húmedos, y pareció que tomaba una decisión. Su labio dejó de temblar. Habló con una dignidad que se burlaba de sí misma.

—No es una historia demasiado inusual en este mundo loco en que vivimos, señor Roland. Mi nombre es Livia Bard. Soy una mujer soltera y estoy embarazada. El niño es del señor Gardiner.

Entonces, como si hubiesen alcanzado el clímax de un truco de magia particularmente bueno, la mujer joven se desvaneció en el aire.

*¿Encontrar una mujer en solo cuatrocientos mundos simulados o así, cada uno de ellos con una geografía como el de la vida real, entre quizá unos cuantos millones de ciudadanos simulados, sin un sistema de rastreo central? Claro, sin problema. Como robarle un caramelo a un niño. Aquellos días ni siquiera él mismo se encontraba gracioso.*

—¿Beezle? ¿Sabemos algo de aquel lugar amazónico, ese Mundo Perdido con los dinosaurios? ¿Cómo se llama?

—La Tierra de Maple White, jefe. Sí, tenemos un avistamiento confirmado. Parece otra sombra de Avialle Malabar, en efecto, pero parece diferente y utiliza un nombre distinto: Valda Jackson, o algo así. También es mayor, si nuestro informador no se equivoca. Y tampoco se comporta como una mujer embarazada. Encabeza expediciones al interior y bebe como una esponja.

—Coño. —Paseó la vista por la espaciosa estancia, con el ceño fruncido. El río del exterior sonaba musical, y el aire olía a cosas verdes, aunque el ambiente no era tan balsámico como solía ser. Empezaba a encontrar Rivendel menos confortable que antes, y aunque ahora dejaba incluso que Beezle contactara con él en la simulación sin tener que simular su apariencia real, cada vez le parecía menos el lugar ideal para ese tipo de trabajo. Después de todo, no quería convertir El Último Hogar, el ideal de su niñez, en la ajetreada capital permanente de la Tierra de Orlando. Quizá tuviera que pensar en mudar su base de operaciones—. En tres meses, esa mujer podría haber sido borrada del código de la red, por lo que sabemos de ella. ¿Dónde está?

—Es una operación de búsqueda, jefe. Como siempre dices, no hay oficina central de registro. Lleva tiempo. Pero me parece que el tiempo es algo de lo que andas más que de sobra.

—Cuando quiera filosofía, me compraré un módulo *plug-in*. Cuando contactes con Sam, pregúntale si esta vez podemos vernos en un lugar diferente. A su elección.

—Tus deseos son órdenes para mí, oh, maestro.

—Es muy bonito, ¿verdad? Siempre me han gustado las casas de té japonesas y esas cosas.

Orlando arrugó la nariz.

—Creo que es la primera vez que te oigo usar la palabra «bonito», excepto cuando me dices «¿Te parece bonito, Gardiner?».

Sam Fredericks frunció un poco el gesto, pero su simulación samurái mostró una expresión ceñuda que habría sido el orgullo de una máscara Noh.

—¿Qué se supone que significa eso? ¿Qué me estoy volviendo cursi o así?

—No, no. —Estaba deprimido. Solo había recibido unas pocas visitas cortas de Sam desde que empezó el asunto de Livia Bard, y la había echado de menos, pero parecían estar fuera de sintonía, el uno con el otro—. Es solo que no esperaba que escogieras un lugar así para que nos encontráramos.

—Siempre estás diciendo lo mucho que te gusta. —Miró fuera de la casa del té. Más allá de los paneles abiertos de la pared y del diminuto y ordenado jardín de rocas, arena y árboles pequeños, los tejados de madera de la ciudad se extendían por doquier. En el extremo más lejano del Nihonbasi, el imponente arco de madera que sorteaba el Sumida, se erigía orgulloso el Castillo Edo.

—Bueno, me gusta la parte de la guerra, aunque se ha terminado en gran parte en esta época. El shogun ya casi la ha resuelto. También me gustan las armaduras *ho dzang*.

—*¡Ho Dzang!* Hacía tiempo que no oía a nadie decir eso. —Vio la mirada de él y continuó, con prisa nerviosa—. Sí, esa armadura es genial, en especial el yelmo con los cuernos... Hacen que tus elfos parezcan aburridos. Sin embargo, la música no me vuelve loca. Siempre pensé que sonaba como gatos descontentos.

Orlando dio unas palmadas e hizo que se retirara la geisha que había estado tocando *Jiuta* con su shamisen. El único canto que quedó era el grito ronco que un vendedor de agua que les llegaba desde la calle de debajo.

—¿Mejor así?

—Supongo. —Le miró con cautela—. Perdona que no te haya preguntado antes. ¿Qué tal tu noble misión?

—¿Noble misión? ¿Como las que solíamos hacer en Middle Country? —Combatió un instante de pánico. ¿Pensaría que no había cambiado en absoluto?—. Te refieres a la mujer embarazada.

—Sí. —Se obligó a sonreír—. Y es una misión muy noble, Orlando, porque tú eres un tipo muy noble.

—Excepto que parece que he dejado embarazada a esta pobre muchacha y luego la he abandonado. En realidad, no es la clase de cosas que la gente suele calificar de noble.

Sam arrugó el entrecejo, pero esta vez porque estaba enojada por su frivolidad.

—Pero no lo hiciste. Solo porque haya algún clon malvado tuyo por ahí...

—Puede, pero no lo creo. Nunca había habido rastro de otra versión mía, ni siquiera una pista. Créeme, he tenido a Beezle peinando cada registro desde que iniciamos de nuevo la red.

—Pensé que no había ningún registro principal.

—No lo hay, pero existe uno informal que Kunohara comenzó cuando Sellars y él reiniciaron el sistema, y la mayoría de los mundos individuales tienen sus propios registros que son parte de la simulación. Por ejemplo, el mundo Wodehouse donde me encontré con esta mujer empezó mucho antes que el Londres del siglo veinte que simula, así que hay registro de nacimientos y defunciones, directorios telefónicos y todo. La información a veces es un poco confusa porque es una especie de mundo de comedia, pero no hay mención alguna a Livia Bard.

—Así que crees que viene de otra parte. Es una de esos viajeros, pues, los que pueden cruzar de un mundo a otro. No lo recuerdo... ¿todas las sombras de la hija de Malabar podían hacerlo?

Meneó la cabeza y sintió el baile del moño en su cabeza.

—No lo sé. Siempre fueron las más raras de todas las sombras, porque el sistema operativo experimentó mucho con ellas. —Se echó atrás, jugueteando con su bol de té. Era fácil de creer que su misteriosa mujer creyera que estaba embarazada. Muchas de las sombras de Avialle pensaban que así era porque la original lo había estado, al menos por un tiempo. Orlando había investigado toda la historia de Sellars y las notas al margen de Kunohara intentando hallarle un sentido, aunque ya había oído algo de la historia de la propia boca de Paul Jonas (un relato un tanto extraño y difícil de creer).

—¿Orlando?

—Lo siento, Sam. Estaba pensando en algo.

—Solo quería preguntarte... ¿Estás absolutamente seguro de que... de que no lo hiciste?

—¿Hacer qué...? Coño, Fredericks, ¿quieres decir dejarla embarazada? —Sintió cómo sus mejillas enrojecían de un modo muy poco samurái.

Sam parecía preocupada.

—No pretendía avergonzarte.

Descartó el comentario con un movimiento de cabeza, aunque sí que estaba avergonzado. Era un inválido de catorce años cuando murió, un chico al que se le había negado una infancia o una adolescencia normales. Obsequiado con una vida después de la muerte, con una salud y un vigor más allá de lo que nunca hubiese imaginado (por no mencionar una ausencia total de supervisión adulta), había experimentado, por supuesto. Al principio, el saber que sus parejas no eran más reales que lo que se podía alquilar en algún sórdido nodo porno interactivo no le había molestado, no más de lo que las mujeres en dos dimensiones de las revistas de desnudos molestaban a las generaciones jóvenes, pero el sentimiento de novedad se había perdido rápido. Además, dado lo incómodo de sus orígenes, se había impuesto la norma personal de no relacionarse con ningún miembro femenino de la Sociedad de Viajamundos, por lo que se había visto casi incapaz de quedar con nadie que tuviese una voluntad libre real.

El amor y el sexo, claro está, no eran asuntos con los que se sentía cómodo a la hora de comentarlos con Sam Fredericks.

—Digámoslo de esta manera—dijo al final—. Si hubiera estado en una situación en la que podría haber ocurrido, me acordaría. Pero eso no importa, Sam. No es una persona real y no es un embarazo real... ¡Ella es un producto!

—De todas formas, ¿no tenían todas esas chicas Nosequé Malabar algo con el embarazo? Todas pensaban que lo estaban, o algunas de ellas, o así, ¿no?

—Avialle Malabar. Sí, y como he dicho, no eran embarazos reales. Pero esa no es la cuestión. La cuestión es: ¿Por qué sabe esta mi nombre real y por qué cree que es mi hijo?

Sam asintió, despacio.

—Sí, todo esto canta bastante. ¿Qué vas a hacer?

—Ojalá lo supiera. He estado buscando durante meses, pero está desaparecida. Beezle quiere que autorice un rebaño de mini-Beezles para buscar por el sistema con más efectividad, no solo por esta mujer, sino siempre que lo necesitemos. En realidad no es una mala idea, pero no estoy seguro de querer ser el Napoleón de un ejército de bichitos.

Sam Fredericks enderezó la espalda, sosteniendo su bol de infusión.

—Pareces... no sé, un poco más jovial que el último par de veces que te he visto.

Él se encogió de hombros.

—Me mantengo ocupado. Pensé que eras tú la que estabas deprimida.

—Bloqueada. Probablemente, molesta contigo por alguna razón.

Orlando sonrió.

—Probablemente.

Sam se removió.

—Te he traído algo. ¿Puedes importarlo a la red? Está en el nivel superior de mi sistema, con la etiqueta «Orlando».

—¿Me has traído algo?

—No pensarías que olvidaría tu cumpleaños, ¿no?

Él mismo lo había medio olvidado.

—En realidad es mañana. —Era extraño lo poco que significaba un cumpleaños cuando no ibas a la escuela y apenas tenías amigos... Ningún amigo normal, en realidad.

—Lo sé, pero mañana no nos veremos, ¿no?

—Diecisiete años. Ahora soy un viejo.

—Un viejo... ¡ja! Eres menor que yo, así que suénate los mocos. —Un pequeño paquete envuelto para regalo apareció en la mesa baja—. Bien, lo encontraste. Ábrelo.

Le quitó la tapa y miró la cosa que reposaba entre algodones virtuales, en una caja virtual.

—Es muy bonito, Sam.

—Feliz cumpleaños, Gardino. No te lo quedes mirando. Es un brazalete de amistad, idiota. Tienes que leer lo que pone.

Le dio la vuelta al brazalete de plata. La inscripción decía: *Para Orlando, de Sam. Amigos para siempre.* Por un momento, le falló la voz.

—Gracias.

—Sé que hay lugares a los que vas donde no puedes llevarlo, pero pasé un montón de tiempo pensando qué le puedes regalar a alguien que lo tiene todo en el mundo... coches cohete, un dinosaurio vivo de mascota... ¿Le pusiste nombre? Lo único que tengo que no puedas conseguir en esos mundos soy yo. Somos amigos, Gardiner, recuérdalo. No importa lo que pase. Mientras vivamos.

Orlando se sentía agradecido de que su simulación fuese demasiado *bushi* para llorar. El rubor ya había sido suficiente.

—Sí—dijo—. No importa lo que pase. —Inspiró profundamente—. Oye, ¿quieres dar un paseo antes de irte? Te enseñaré un poco de la Tokaido, esa especie de carretera principal. Es el lugar con las mejores vistas. Si tenemos suerte, algunos de los *daimyo* estarán todavía entrando en la ciudad. Son nobles que tienen que hacer peregrinaje hasta aquí dos veces al año. Algunos de ellos vienen con miles de criados y soldados, caballos, estandartes, concubinas y la leche, un gran desfile. Es como Disneylandia Samurái.

—¡Te conoces este sitio de verdad!

—Me mantengo ocupado.

—Has dejado libre esta noche, ¿verdad? —le preguntó Beezle a Orlando mientras reanimaba su simulación de Rivendel—. Tus padres tienen planes.

—Oh, coño, cierto, mi cena de cumpleaños. Eso significa que querrán que lleve ese cuerpo de robot cutre. Probablemente, Conrad le habrá incorporado un tubo de aire para que pueda soplar las velas de la tarta. —Le molestaba tanto ir a trompicones dentro de aquella cosa que había estado evitando a sus padres por esa razón. Aun así, en solo tres visitas había roto una mesa y varios vasos, y sacado de sus goznes una puerta por accidente. La cosa tenía una respuesta manual muy delicada, pero el resto fue concebido para moverse en excavaciones mineras o en bodegas de barcos hundidos, y era tan grácil como un elefante sobre patines. Orlando no quería herir sus sentimientos, y Conrad estaba muy orgulloso de su idea, pero él lo odiaba.

*No es que no esté ocupado, precisamente.* En ese momento, dos miembros de la Sociedad estaban atrapados en la simulación de House en medio de una revuelta armada, incapaces de escapar; había un fallo técnico de programación o algo por el estilo que causaba mutaciones en las plantas carnívoras de Mundo Bronte, motivo por el cual Haworth se veía acosado por cactus carnívoros, y seguía sin tener idea de dónde podría estar Livia Bard, por no hablar de la explicación para aquella extraña acusación. *Sí, me mantengo ocupado.*

—¿Alguna decisión sobre lo de dejar que despliegue algunos subagentes, jefe?

—Aún lo estoy pensando.

—Bueno, no te hagas daño. He oído que pensar no es para principiantes. ¿Estás preparado para ver a tu gente? Porque tienes un mensaje urgente del Elrond ese que tienes que atender en primer lugar. Te necesita escaleras abajo ahora mismo.

—Dios, esto nunca para. Haz la conexión con ese juguete robot en casa de mis padres, ¿vale? Cuando termine aquí abajo me meteré en un armario o algo así e iré directamente.

—Sí, no queremos joderla con la continuidad. —Sonaba sospechosamente a sarcasmo—. No te preocupes, jefe. Estoy en ello. Ve a ver a Elrond.

Se encontraba a mitad de camino de las finas escaleras de madera, entre la casita que llamaba su hogar y el edificio central, cuando se le ocurrió algo. *¿Por qué demonios me pasa Beezle un mensaje de Elrond? Rivendel no funciona así.*

Todas las preguntas fueron contestadas cuando entró en la sala principal y descubrió a su madre, su padre y varias decenas de elfos, enanos y otros habitantes de la Tierra Media, esperándole.

—¡Sorpresa! —gritó la mayoría—. ¡Feliz cumpleaños!

Orlando se detuvo justo en el dintel de la puerta, mudo de asombro. El salón estaba atestado de banderitas de tela dorada, y las velas ardían por todas partes. Cubiertas de comida y bebida, unas enormes mesas con caballetes. Su madre se adelantó y le puso los brazos alrededor, le besó y le abrazó. Cuando se echó atrás le miró preocupada, pero también estaba invadida por la emoción.

—¿Te parece bien? Dijiste que tu red podía encargarse de las incongruencias. Esto no destruirá nada, ¿no?

—Está bien, Vivien. Es solo que estoy... bueno, sorprendido.

Ella vestía ropas élficas, un largo vestido con tonos amarillos y beige pálido, y se había recogido el cabello en lo alto de la cabeza, donde estaba prendido por horquillas de diamantes.

—¿Estoy bien? —preguntó—. Esa tal Arwen, muy guapa, me dio estas cosas para el pelo. Creo que ese era su nombre... No la recuerdo de cuando leí los libros, pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Esa tal Arwen? —Orlando no pudo evitar sonreír—. Sí, estás fantástica.

Conrad se acercó con una copa en cada mano.

—A esos enanos les gusta beber, ¿verdad? ¿Qué te parece? ¿Te hemos sorprendido?

Orlando solo pudo asentir, paralizado y conmovido. La fiesta parecía estar ya en su apogeo. Alguien le puso una copa de cerveza en las manos. Elrond se aproximó e hizo una reverencia a los padres de Orlando.

—Felicidades en este día de fiesta, Tharagorn —dijo el elfo—. Siempre eres objeto de adorno en nuestro hogar.

Vivien empezó a flirtear con Elrond, para horror de Orlando, pero el dueño de la casa lo aceptó con buen humor. Para mayor fortuna, Conrad ya estaba vagando por ahí para mirar más de cerca las viguetas del techo (gustaba de la carpintería en sus ratos libres), así que Orlando ni tuvo que preocuparse de que su padre iniciara una pelea de celos con un lord elfo.

Arwen Undómíel, la hija de Elrond, a la que madre se había referido como «muy guapa», estaba allí de pie con su amor, Aragorn, quien iba ataviado con una capa hecha jirones y parecía haber venido directamente del camino. El hombre



cuyo nombre había tomado más o menos prestado Orlando para su encarnación en este mundo dejó a su prometida lo justo para ir a darle la mano.

—Mis mejores deseos, primo. No nos hemos visto hace más de un año. No conocía a nadie, aparte de los hobbits, que celebrara el día de su nacimiento de esta manera.

—La culpa es de mis padres.

—Nada de culpa. Son gente muy noble. —Aragorn le abrazó y luego regresó al lado de Arwen, donde sus hermanos Elladan y Elrohir también se habían reunido, vestidos a la manera de Aragorn, como si hubiesen cabalgado a toda prisa para estar allí. La princesa elfa alzó su copa en dirección a Orlando a modo de silencioso saludo. Le hubiesen temblado las piernas si no supiese que todo era simulado, solo programación.

—No quiero ni saber cómo has preparado esto, Vivien —le dijo a su madre.

—Beezle me ayudó. —Apuntó hacia una pequeña y desaliñada figura de pies peludos en el extremo opuesto de la sala, que estaba ocupada bebiendo con tres enanos del valle—. Es casi humano, ¿verdad?

—¿Quién no? —Volvió a abrazarla—. Gracias. Realmente no me lo esperaba.

Vivien le estaba preguntando a Elrond algo sobre quehaceres domésticos (creyó oír que usaba la frase «encontrar ayudantes de cocina»), cuando la atención de Orlando fue atraída de repente por una figura pálida que se movía entre la muchedumbre por el centro del salón. Por un momento se la quedó mirando, preguntándose qué personaje de Tolkien sería, y por qué le resultaba tan familiar.

—Oh, Dios mío —dijo—. ¡Es ella!

Ya estaba atravesando la estancia antes de que Vivien terminara de preguntarle adónde iba, y la alcanzó cuando ella entraba en el Salón de Fuego. La intermitente luz de las llamas hacían que la mujer pareciese un fantasma, pero si no era Livia Bard la que estaba frente a él, era su duplicado exacto.

Ella le vio aproximarse, sorprendida e incluso un poco asustada.

—¿Qué quiere?

Se dio cuenta de que la mirada de su cara bien podría asustar a cualquiera. Después de meses de búsqueda, que pasara delante de ella de manera tan simple...

—Señorita Bard. Livia. La he estado buscando.

Ella se giró hacia él, y este se llevó una segunda sorpresa. Bajo la vaporosa bata blanca, la mujer estaba claramente embarazada.

—¿Quién es usted? —Se quedó inmóvil, y luego parpadeó—. ¿Es posible? ¿Eres él, de verdad...?

Y entonces volvió a desaparecer.

—¡Beezle! —bramó—. ¡Era ella! ¡Justo aquí, y ha vuelto a esfumarse! ¿A dónde fue?

—No puedo decirlo, jefe. Espera, deja que me libre de Snori y estaré ahí contigo.

Para cuando sus padres y su leal agente de software llegaron hasta él, Orlando estaba de rodillas en el Salón de Fuego, golpeando el suelo por la frustración. Conrad y Vivien sugirieron dar por finalizada la fiesta, pero Orlando sabía que era tanto para ellos como para él, así que se incorporó y les condujo de vuelta

a ella. Sin embargo, a pesar de toda la diversión y de las distracciones ofrecidas por Rivendel, apenas se percató de lo que le rodeaba. Tan pronto como pudo se excusó y se dirigió a la cama, deteniéndose camino a sus aposentos para tener una charla con Beezle.

—De acuerdo, tienes mi permiso, me he quedado sin ideas. Reúne a tu pequeño ejército de subagentes. Pero hazme un favor y no los disfraces de bichos, ¿eh? Voy a tener que ver a Kunohara, y tendré bastante de lo que ocuparme durante años.

—Así lo haré, jefe.

Orlando se fue a la cama. Beezle se quedó hasta tarde bebiendo con los enanos del valle. Les enseñó cómo eructar varias estrofas de la Canción de la Reina Berúthiel, y también que hay un punto en el que hasta los enanos deberían dejar de beber.

Los elfos no se quejaron, pero la gente de Elrond tuvo que enfrentarse a una terrible labor de limpieza a la mañana siguiente.

—Señor Gardiner, siempre es un placer verlo, pero espero que sea comprensivo. —Kunohara le hizo un gesto para que se sentara en una de las sillas orientadas al balcón que daba a la extensión de maleza que brotaba como la ola congelada de un tsunami. Era un hombre pequeño y esbelto, con un kimono de estilo moderno y que parecía ser de mediana edad, o al menos su simulación. La barba y el cabello negros estaban veteados de gris—. Mi tiempo es muy limitado estos días. Un sobrino mío, apenas un adolescente, está provocando un levantamiento hostil contra mí. Reclama gran parte del dinero de la empresa de mi familia que ha sido gastado en lo que él llama «los caprichos del presidente». Este último soy yo, y uno de los caprichos sería esta simulación, excepto que aún no sabe que existe. —Fruunció el ceño—. Una empresa construida con mis patentes, y piensan arrebátarmela. Les aplastaré, por supuesto, pero es triste para la familia e irritante para mí. Se lleva gran parte de mis recursos.

Orlando asintió.

—Aprecio que me haga un hueco. —Nunca había hecho muchas migas con Hideki Kunohara, ni lo conocía tan bien como al resto de sus compañeros. Había veces en las que Kunohara no parecía estar disponible, incluso cuando estaba sentado enfrente de ti, hablando de forma amigable, abiertamente. Orlando siempre se había preguntado lo que aquel hombre pensaba de verdad, y por eso nunca había confiado del todo en él, pero sin Sellars, Kunohara comprendía la lógica subyacente del sistema mejor que ningún otro.

*Si es que la lógica tiene algo que ver en esto*, pensó con amargura.

—He revisado sus mensajes —dijo Kunohara, deteniéndose de repente para observar una mariposa de rayas negras y naranjas del tamaño de un pequeño avión que revoloteaba en su campo de visión. Casi tocó el suelo y volvió a elevarse, con las alas relucientes por la luz del sol—. Una ninfálida —anunció—. *Numata*, parece. Es bueno verlas tan cerca de la estación.

La casa de Hideki Kunohara era un edificio reciclado demasiado grande para ser morada apropiada de algo menos que la fortaleza de un rey, o al menos así

sería en el mundo real, donde la gente estaba limitada por las pequeñas molestias de las leyes de la física. En cambio, el tamaño no era problema en un nodo privado donde se podía viajar de manera instantánea. La casa había sido con anterioridad una estación científica que Kunohara había arrendado al gobierno y al departamento de biología de la universidad porque todos los visitantes del mundo de Kunohara tenían la sensación de ser más pequeño que la mayoría de los insectos y otras faunas invertebradas. Era una perspectiva fascinante, aunque en ocasiones terrorífica: las instalaciones de investigación habían sido destrozadas por hormigas soldado y todas las simulaciones humanas habían muerto durante el trastorno de la red. La propia casa de Kunohara había sido demolida. La balconada sobre la que él y Orlando se sentaban en ese momento había sido una de las galerías que recorrían la fachada sur del edificio principal del complejo; mientras hablaban, Orlando podía ver todo tipo de animales monstruosos alimentándose y sirviendo de comida en la ladera debajo de ellos, incluidos pájaros del tamaño de aviones de pasajeros que sacaban del suelo cubierto de rocío gusanos largos como vagones de metro.

—Bueno, que he leído sus mensajes y en realidad no tengo mucho que decir, señor Gardiner. ¿Ha considerado la posibilidad de que ella sea alguien de fuera de la red? ¿Una persona real que ha descubierto su nombre en alguna parte, o hasta alguien que le conoce y que le está gastando una broma?

—Eso sería peor que el misterio que se nos presenta —dijo Orlando—. Porque a menos que se tratara de uno de mis amigos, y no me imagino a ninguno de ellos pensando que esto es divertido, significaría que nuestra seguridad está comprometida. Se supone que esta red es un secreto.

—Tenemos algunas personas en el exterior que nos ayudan de manera activa a mantenerla como una red distribuida.

—Sí, pero ni siquiera esas personas saben de mí.

Kunohara asintió.

—La posibilidad de que esto sea obra de alguien del exterior no parece probable, se lo reconozco.

—Creo que debe haber una sombra de Orlando, aunque nunca he visto ninguna, ni oído nada de su existencia hasta ahora.

—Eso también suscita preguntas, señor Gardiner. Es posible que exista un duplicado de usted, y también que haya escapado a nuestro conocimiento durante casi tres años... Después de todo es una red extensa. Incluso es posible que el duplicado utilice su nombre real, aun sin atraer nuestra atención. Pero quedaría una pregunta que contestar antes de poder aceptar esa hipótesis como una teoría válida.

—Lo sé. —Orlando miró de reojo a un par de lo que parecía moscas que se perseguían la una a la otra por entre aquella hierba alta como un árbol, objetos iridiscentes del tamaño de taxis que realizaban un *pas de deux* en el aire, con sus alas cristalinas reflejando la luz. No es que los bichos le volvieran loco, y no digamos los que eran bastante más grandes que él, pero había momentos como aquel en que podía comprender el mundo de Kunohara, si no al propio Kunohara—. El problema con la teoría de la sombra de Orlando es cómo sabía ella que

yo tenía algo que ver con Orlando Gardiner cuando me encontró en el mundo Wodehouse. Y cómo volvió a encontrarme en el mundo de Tolkien. ¿Cómo pudo rastrearme así?

—Las copias derivadas de la hija de Félix Malabar son realmente notables, como ya sabes —dijo Kunohara—. Algunas de las sombras de Avialle parecen capaces de moverse a voluntad de una simulación a otra. Otras pueden viajar entre simulaciones, pero solo de la forma en que lo hacen los Viajamundos, empleando portales. Y algunas de las Avialle no salen de sus casas simuladas para nada, a menos que resulte que esas versiones tienen alguna posición inusual o de poder en sus mundos.

—Sí, como la que encontramos en el congelador del Mundo de la Cocina de Cartón. Supongo que la Avialle original, la persona real, tenía mucha importancia para el viejo sistema operativo, por lo que puede que todas sus sombras sigan teniendo cierta relevancia para el sistema. —Algo le vino a la mente, una idea sin forma definida—. ¿Pero por qué? Quiero decir, ahora tenemos todo un sistema operativo diferente, ¿no?

—En parte, pero es mucho más complicado que eso. —Kunohara chasqueó la lengua contra los dientes—. No todos los restos del viejo sistema operativo, de esa pobre criatura torturada conocida como el Otro, pudieron ser eliminados de la red. Esa es una de las razones por las que sospechamos que algunos de sus intentos de crear vida, como ya hizo una vez con la materia sin tratar de los propios experimentos de Sellars, podrían haberse propagado por toda la red y transformarla por completo en otro tipo de cosa. Una especie de entidad viva capaz de evolucionar.

—Pero no resultó así. Eso es lo que siempre decías.

—Cierto, no hay prueba de ello. No hemos visto otras criaturas de información como las que surgieron entonces, y que ahora ya no existen. Ni ha habido signos de iniciación de proceso evolutivo de ninguna otra clase. Ni uno. Puede creermelo, señor Gardiner. Las permutaciones de vida, o de pseudo-vida, son mi pasión, y he rastreado durante mucho tiempo en busca de una evidencia de ellas en la red actual. Es una creación asombrosamente compleja, pero en esencia se ha convertido en lo que la otra red es: un artefacto sin vida. Me temo que con la muerte del Otro y la huida de sus criaturas de información al espacio, la red esté muerta.

Orlando sabía más o menos aquello. Después de todo, la monotonía de las cosas, la carencia de cambios reales, le habían estado preocupando durante meses. Sin embargo, el que se lo dijeran de una manera tan categórica como la empleada por Kunohara se parecía bastante a recibir un directo en el estómago.

—Pero las propias simulaciones se reproducen dentro de sus mundos simulados. Tienen bebés. Los animales tienen crías. Mira tus bichos. Ponen huevos, ¿no? Tienen pequeños bichitos gigantes.

—Sí, pero solo dentro de la matriz de las simulaciones. El que las simulaciones parezca que se reproduzcan es parte del programa, pero no la vida real, no más que si escribiera una historia en la que alguien da a luz. La nueva vida en este sistema es una construcción. Mira tus sombras de Avialle. Algunas de ellas

tienen embarazos permanentes, como es probablemente el caso de la que estás buscando. No es un embarazo real, sino un rasgo programado, como el color del pelo de una simulación, o lo rápido que puede correr.

—¡Pero la última vez que la vi parecía preñada de verdad! Ninguna de las sombras de Avialle había llegado nunca al punto de mostrar su embarazo. Lo leí en una de sus notas.

Kunohara sacudió la cabeza.

—Señor Gardiner, es un joven muy listo, y un excelente conservador de los mundos de la red. Estoy seguro de que esté donde esté, Patrick Sellars está orgulloso de haberle escogido, pero no es un científico. Aún no, vamos. ¿Sabe de seguro que ella tenía la barriga de una mujer en estado de varios meses, o se basa por completo en lo que creyó ver desde una distancia de varios metros durante un período de pocos segundos? La gente simulada puede ser tan complicada psicológicamente como la real. Quizá se sintiera embarazada pero su barriga no creciera (y nunca crecerá, aunque ella no lo sabe), y la ansiedad hizo que se rellenara con una almohada o algo similar. No, señor Gardiner, amigo mío, cuando la examinemos y veamos que realmente tiene un embarazo avanzado, empezaremos a preguntarnos por qué difiere de las otras sombras de Avialle. Hasta entonces, le recomiendo que no saque conclusiones.

A Orlando no le gustó mucho ser sermoneado.

—Así que está diciendo que todo este embrollo no es más que otro clon histórico de Avialle que dio con mi nombre de algún modo... ni más ni menos.

—No estoy diciendo nada, señor Gardiner, porque no tengo suficiente información. —Kunohara hizo tamborilear sus dedos y meneó la cabeza—. Estoy compartiendo mis sospechas, y también mis dudas. La gente gasta trillones de créditos en esta red para hacer que las cosas parezcan lo más reales posibles, pero por favor, no confunda apariencia con realidad, y en especial no mezcle la apariencia de reproducción y otros síntomas de vida, por muy sofisticados que sean, con la reproducción verdadera y la vida real. La vida es un fenómeno muy obstinado que utiliza un asombroso número de estrategias para perpetuarse. Lo que esta red hace es imitar esos procesos en beneficio de sus usuarios humanos, para crear un entorno realista, una experiencia no demasiado distinta a una vuelta por el parque de atracciones. Pero el hueco entre lo simulado y el proceso real que imita es vastísimo. Y ahora discúlpeme, pero mis abogados me esperan dentro de media hora.

Orlando le dio las gracias, pero Kunohara ya estaba haciendo su llamada y solo asintió. Orlando le dejó hablando consigo mismo, o eso parecía, mientras echaba otro vistazo a su dominio de tamaño gigantesco. Las flores, altas como secuoyas, crujían y se mecían bajo la brisa fresca.

Beezle estaba esperando a Orlando en su habitación de Rivendel. Fuera de la vista del ojo público elfo y con las nuevas reglas distendidas, el agente ni siquiera se había molestado en disfrazarse de hobbit, y había vuelto a su forma original, algo

que podría ser un estropajo con ojos, una araña de cartón, o incluso una inquietante mancha de tinta de Rorschach. El buen aspecto natural de Bezzle estaba hoy reforzado por una chistera flexible a rayas. Sonrió de forma abierta cuando Orlando entró y ejecutó un pequeño baile con sus patas peludas.

—Estás de buen humor.

—No pareces tú, jefe. ¿Ha habido suerte con Kunohara?

—Nada que aclare las cosas. Creo que piensa que estoy exagerando.

—Bueno, sé lo que te animará. Puedes conocer a mi equipo.

—¿Tu qué? Oh, los subagentes. Mira, Beezle, no creo que me apetezca tener una banda de bichos reptándome por encima...

—Nada de bichos, ya me lo dijiste. —El agente se quitó el sombrero y una horda de pequeñas formas comenzaron a salir de él. En un segundo, cubrían todo el suelo alrededor—. He copiado la idea del mundo del doctor Seuss. Te presento a los Little Cats A1 a A99, B1 a B99, C1 a C99...

—Ya cojo la idea. —A Orlando ya le llegaba por los tobillos una laguna de diminutos gatos con sombrero—. No necesito conocer los dos mil seiscientos. Supongo que puedo dar gracias de que no robaras tu idea de *Hop on pop*. —Miró de reojo los minúsculos gatos que ahora trepaban por las mantas de la cama y hacían el trampolín desde la almohada—. ¿Cómo demonios van estas cosas a conseguir la información que necesitamos de manera discreta? No pasan desapercibidos, precisamente, ¿no?

—Jefe, jefe. —Si Beezle tuviera cuello, hubiera meneado la cabeza. En vez de eso, se movió como un *hula hop* peludo—. Son mis subagentes. No pensarás que yo voy a buscar información con esta pinta, ¿verdad? Pareciendo nada, por cierto. Soy una máquina, una buena máquina. Solo interacciono con las cosas de forma directa, a bajo nivel, al igual que ellos. Pensé que los informes serían más divertidos de esta manera.

—Fantástico. —Beezle era la segunda persona en un hora (la segunda cosa, mejor dicho) que le decía que cometía el error de juzgar las cosas por su valor aparente. Ese era el poder de la red: mucho tiempo y dinero invertidos para que los mundos parecieran lugares reales. Eso le recordó algo. Miró su muñeca virtual, la muñeca de Tharagorn ya que estaba en Rivendel, y el brazalete de amistad virtual que llevaba ahora en ella. Parecía real, pero no lo era. Nunca lo había sido, pero significaba mucho más que cualquier pieza de metal real, porque la amistad que representaba sí era verdadera.

Ahí subyacía el núcleo de una idea, algo sobre lo que necesitaba pensar, pero se distrajo cuando la alfombra de gatos vivientes se convirtió de repente en una nube giratoria de felinos miniaturizados, y se esfumaron de vuelta al sombrero de Beezle con un *¡pop!*

—Oye, jefe, se me olvidaba decirte. Te necesitan de vuelta en la simulación de P. G. Wodehouse. Alguien te dejó una nota en tu casillero del club.

—Pero la siguiente reunión no será hasta dentro de unas semanas.

—Reunión de emergencia del comité de dirección, y es tu turno.

—No tengo tiempo. Envía disculpas.

—En realidad, puede que quieras ir. Intentan librarse del tipo ese, De Limoux, el presidente.

—¿Por qué?

—Parece que un par de miembros femeninos van a tener bebés, y dicen que él es el padre.

—¡No tengo nada que ver! —Sir Reginald estaba casi blanco por la ira—. ¡Con ninguna de ellas! Apenas conozco a la señorita Hayes, y desprecio a esa Macapan. Todo el mundo lo sabe.

El propio Orlando apenas reconoció el primer nombre: era una mujer callada y sosa que parecía deberle su existencia simulada a algunas de las primeras pruebas de equipo de ingenieros del Proyecto Grial. La segunda era una sombra de Ymona Dedoblanco, la única mujer del círculo interno de la Hermandad del Santo Grial. La mujer real podía muy bien ser descrita como un monstruo, pero su sombra apenas parecía incorporar algunos de sus rasgos menos asesinos, aunque aun así irritantes, concretamente un narcisismo que rayaba en la megalomanía. Como su plantilla, también poseía una buena dosis de ambición, motivo por el cual ella y la sombra de Malabar, sir Reginald, a menudo tenían propósitos encontrados.

—¿Por qué no están aquí las dos mujeres? —preguntó Orlando—. ¿No debería De Limoux tener la oportunidad de carearse con sus acusadoras?

—Roland, usted es un hombre honorable —dijo sir Reginald—. En efecto, ¿dónde están? ¿A qué viene este tribunal de la inquisición, basada en acusaciones ridículas? Todo el mundo sabe que soy un hombre felizmente casado, con una esposa y familia en la Tercera República de París.

—Los hombres felizmente casados pueden descarriarse —sugirió un viajero de grandes bigotes llamado Renzi, de quien Orlando sospechaba que era la sombra de otro de los primeros ingenieros de la red, o posiblemente una versión muy difuminada de su amigo Paul Jonas.

—¡Pero no con esa Macapan! —De Limoux parecía más ofendido por esa idea que por la acusación en sí—. Antes me arrojaría a una jaula de leonas hambrientas.

—Ambas mujeres se encuentran indispuestas, señor Roland —le explicó Renzi—. Y sus historias, si han de ser admitidas, son un tanto confusas. Pero ambas juran que sus acusaciones son verdaderas, y aunque la señorita Macapan es conocida por tener mala sintonía con sir Reginald, la señorita Hayes no parece de la clase de las que inventarían tales cuentos.

—A menos que la furcia de Macapan la sobornara —bufó De Limoux—. Haría cualquier cosa por robar la presidencia.

—Si puede sobornar a una, puede sobornar a dos —dijo Orlando—. Si solo trata de arruinar su reputación, sir Reginald, parece extraño que finja ser una de las víctimas, ya que todo el mundo sabe que alberga rencor hacia usted.

—Estoy seguro de que no sugiere usted que cree en esas paparruchas, señor Ronald...

—No digo que crea o descrea nada, sir Reginald. No tengo suficiente información. Solo pienso en voz alta.

Después de aquello, dejó que los demás hablaran mientras la idea empezaba a tomar forma. Incluso con su forma primitiva, era una idea muy extraña.

Tenía todos los registros de viajes de los miembros de la Sociedad Viajamundos en forma de manuscritos esparcidos por toda la mesa de madera que le servía de escritorio en Rivendel, libros encuadernados en piel y manuscritos en tinta, de acuerdo a la simulación. Un año antes, el propio Orlando había ejercido una presión encubierta y ayudado a instaurar la regla que obligaba a todos los miembros a guardar registro de sus viajes y ponerlos a disposición de la biblioteca de la Sociedad en el Club Drones, y ahora se alegraba de haberlo hecho.

Orlando se había percatado de algo muy interesante acerca de De Limoux y sus dos acusadoras, y se había confeccionado un pequeño gráfico para intentar dar sentido a sus idas y venidas. Acababa de confirmar sus sospechas y estaba mirando el cuadro, mordiendo el extremo de su lápiz con algo parecido al asombro, cuando oyó que su agente le hablaba al oído.

—*¿Jefe?*

—Déjame adivinar, Beezle. Tienes noticias para mí. Hay otro embarazo en la Sociedad y otro rechazo de mi responsabilidad.

Tras un momento de pausa, el agente dijo:

—*Oye, muy buena, jefe. ¿Cómo sabías lo de la Sociedad?*

—Me empiezan a llegar algunas ideas.

—*¿Quieres saber quién está involucrado?*

—Si las ideas que comienzo a tener son correctas, no importa en realidad. Déjame volver a lo que estoy haciendo, Beezle. Te lo haré saber cuando te necesite, y probablemente sea pronto.

—*¿Jefe?*

—Beezle, intento concentrarme en serio. Gracias por traerme la información, y ahora piérdete, ¿OK?

—*Es importante, jefe.*

Orlando suspiró.

—*¿Qué pasa?*

—*Bueno, es sobre los Little Cat N42 y N45... dos de mis subagentes, ¿recuerdas? Puede que quieras considerar conseguirles un pequeño trato. Un año de suministro de cabezas de pescado o algo por el estilo.*

—*¿Cabezas de pescado? Beezle, me estás volviendo loco. ¿De qué demonios me hablas?*

—*Solo como recompensa. Porque han encontrado a tu novia.*

—*¿Que ellos...? —Se incorporó—. ¿Estás seguro?*

—*Sombra de Avialle, cabello oscuro rizado, claramente embarazada. Sí, muchísimo.*



—Cabezas de pescado para todos. No, dales todo el pez. ¿Dónde?

—*Vive en un apartamento en Vieja Chicago. No creemos que lleve mucho allí. Te he enviado su dirección, pero es fácil de encontrar. Está encima de un club en el cruce de la 37 con Giles.*

—Voy para allá.

Y allí se presentó con solo una orden no vocalizada que le llevó al corazón del mundo simulado de modo más rápido y certero que una alfombra mágica. A veces estaba bien eso de ser una especie de dios.

La calle 37 era ruidosa y animada. No había gánsteres tipo Al Capone a la vista, que era lo que Orlando siempre asociaba a Vieja Chicago, pero las aceras estaban atestadas de montones de personas normales de todos los colores. Todo el mundo parecía vestido para ir a algún sitio importante, los hombres de corbata y las mujeres con vestidos. El apartamento se encontraba encima de un club llamado La Pelea del Piños, el cual tenía una boca de neón zumbante que sonreía sobre la puerta. Había media docena de hombres negros ataviados con elegantes trajes con hombreras de pie bajo la marquesina de entrada, fumando, hablando y mirando al cielo encapotado, y casualmente bloqueaban la escalera del edificio de apartamentos junto a la puerta del club. Orlando se preguntó si los hombres serían gánsteres. Ni siquiera estaba seguro de si en aquellos días tenían gánsteres afroamericanos, pero no quería perder tiempo en riñas. Por desgracia, llevaba su única simulación preparada para el mundo Chicago, que estaba claro era caucásica, y aunque era razonablemente alta y fuerte, resultaría más sospechosa que amenazadora para la gente. Pero los hombres enfrente de la puerta parecían mucho más interesados en el cigarrillo que compartían; apenas le miraron cuando pasó por delante de ellos y empezó a subir la estrecha escalera.

—Parece que la señorita tiene otro caballero a la puerta—dijo uno a espaldas de Orlando.

—Y no es el primero —dijo otro, y los hombres rieron en voz baja.

El pasillo olía un poco a mohó, y las alfombras del vestíbulo estaban tan oscurcidas por años de suciedad que no pudo distinguir el dibujo, aunque estaba bastante seguro de que tenía uno. Llamó a la puerta que tenía el número que Bezzle le había dado.

Ella la entreabrió hasta donde lo permitió la cadena. Sus ojos se ensancharon. Le dejó entrar, pero casi como si estuviese sonámbula. Era evidente que estaba asustada y confusa. Llevaba una bata acolchada de color azul claro y el cabello suelto, caído sobre los hombros.

—¿Quién es? —preguntó.

Si ella estaba confusa, él lo estaba más aún.

—¿Quién es usted? —Pero él sabía quién era: una sombra de Avialle Malabar. El cabello oscuro rizado, los grandes ojos y aquella voz en especial había alejado toda duda. Y, como Bezzle había dicho, estaba claramente preñada. El problema es que aquella no era su sombra de Avialle Malabar, y las diferencias no eran sutiles. Aparte del parecido con el pelo y los ojos, esta era una mujer por completo diferente.

—Mi... mi nombre es Violet Jergens. —Parecía apunto de llorar—. ¿Qué quiere? Me resulta familiar.

No tenía otras ideas, así que fue a por todas.

—Soy Orlando Gardiner.

Por un momento, su rostro casi pareció iluminarse, como la cara de maravilla y gozo de un niño la mañana de Navidad, para después vacilar su sonrisa, reemplazada una vez más por el desconcierto y la ansiedad.

—Yo... he soñado con el día en que Orlando vendría a mí para formar una familia. Pero a usted no le había visto antes. —Retrocedió levantando las manos—. Por favor, sea quien sea, no me haga daño.

Orlando sacudió la cabeza. Había estado trabajando en una teoría que aparentaba ser prometedora, pero ahora volvía a estar confuso.

—Lo siento. No pretendo hacerle daño. —Puede que su idea original siguiera teniendo sentido. Decidió hacerle la misma pregunta que le habría formulado a Livia Bard—. Solo dígame una cosa. ¿Qué aspecto tiene Orlando Gardiner?

La pregunta molestó a la mujer, pero tras un instante su faz cambió.

—Ha... pasado tanto tiempo... Eso es todo lo que... yo...

—No se acuerda, ¿verdad?

Ella ya estaba llorando.

—He estado enferma.

Vio una oportunidad de reunir más información.

—Ahora va a tener que confiar en mí. ¿Puedo... puedo tocar su barriga?

—¿Qué?

—Le juro que no le haré daño ni a usted ni al bebé, señorita Jergens. Por favor. Le prometo ser delicado.

La mujer no asintió, pero tampoco retrocedió cuando él se acercó. Despacio, extendió la mano y la puso en la curva del estómago, donde su bata se abombaba como una vela al viento. La hinchazón era firme y, por lo que pudo comprobar, cálida y viva.

Esta vez no se sorprendió demasiado cuando Violet Jergens desapareció de repente de su propio apartamento, como una burbuja de jabón que explotara. No se molestó en buscarla en la calle 37 ni en ningún otro sitio. No necesitaba encontrarla, de eso empezaba a estar seguro, ya que lo más probable es que volviera a verla, y a otras como ella.

*Kunohara, pensó, me debes una disculpa.*

—No lo entiendo —dijo Sam—. ¿Así que otra de esas Avialle cree que eres el padre de su hijo? —Hablabla con él por teléfono porque estaba en medio de los finales y no podía dejar de estudiar mucho rato. Estaba bien, pensó Orlando, hablarse desde diferentes lugares. Era como volver a estar en el mundo real, solo que Sam Fredericks estaba en Virginia Oeste y él, en ese momento, se encontraba en Atlántida, o mejor dicho flotando sobre su tumba acuática, solucionando un problema con el movimiento de las olas antes de

que la ciudad volviera a surgir del océano y recomenzara su ciclo—. ¿Qué está pasando?

—Volví a visitar a Kunohara. Creemos que al final descubrimos todo el embrollo. —No pudo evitar añadir lo siguiente—. Lo descubrí yo, más que nadie, pero él está de acuerdo, y aportó la única parte que mi cabeza no podía resolver. Lo que me puso sobre la pista fueron los embarazos de la Sociedad de Viajamundos. Ahora ya hay una media docena, por cierto. Aún no sé cómo solucionar esa parte del enredo. Se están volviendo locos con tantas acusaciones, negaciones, reuniones y personas amenazando con tomar acciones legales. Y la cosa es que, al igual que yo mismo con las sombras de Avialle, todo el mundo tiene razón.

—Espera.—Sam dejó su libro—. He estado todo el día chapando las propiedades de coligación para mi final de química, pero esto es peor. ¿Qué quieres decir con que todo el mundo tiene razón? Dijiste que nunca la habías visto, y no digamos ya revolcarte con ella.

Orlando sacudió la cabeza.

—Ni lo uno ni lo otro. Ni con la otra, y casi seguro que hay más. Y el presidente de la Sociedad, De Limoux, tampoco se ha acaramelado con su archienemiga, la señorita Macapan, ni le ha concedido el regalo de la maternidad... excepto que, en cierto modo, sí que lo ha hecho.

—Pero... Te has vuelto tarumba, Gardiner. Estás para que te encierren para siempre en Locolandia. No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Al principio, eso es lo que Kunohara me hizo pensar. Me habló de confundir la apariencia con la realidad, y dijo algo como «Nunca subestime el número de estrategias que la Vida utiliza para perpetuarse, señor Gardiner», de esa manera irritante que es su costumbre. Bueno, al menos a mí me irrita. Y eso me hizo reflexionar acerca de lo compleja que siempre ha sido esta red. El Otro, el sistema operativo original, realmente crea vida a partir de virus y antivirus informáticos. Y eso crea imitaciones de niños, basados en niños reales. Puede que no estén vivos, pero tampoco son simulaciones normales.

—Eso no, él. El Otro era una persona, Orlando, a pesar de las cosas horribles que la gente del Grial le hizo. Pero ahora ya no está.

—Sí, pero el sistema se construyó a partir de su cerebro, así que sus impulsos originales tienen efecto sobre todo en esta red. Su influencia, y de aquí partió mi idea, es especialmente fuerte sobre las sombras de personas reales, todas esas copias que hizo y liberó en el sistema.

—Como tus amigos de la Sociedad, los que pueden viajar de mundo en mundo a través de portales. Y las sombras de Avialle.

—Que no necesitan portales, aunque pueden usarlos. De hecho, aparte de mí, las sombras de Avialle son las únicas simulaciones que pueden viajar con libertad por toda la red. Eso las convierte en las más avanzadas de todas las copias, aunque algunas de ellas estén un poco chifladas. Por tanto, las sombras de Avialle y yo somos, con mucho, las cosas más avanzadas de la red. ¿Empiezas a imaginarte el cuadro?

Sam frunció el ceño.

—No te pongas en plan Profesor Misterio. He estado levantada casi toda la noche estudiando *Química: La ciencia fundamental* y tengo un dolor de cabeza de campeonato.

—Bueno, yo he pasado varias noches seguidas estudiando biología, así que, ¿quién está exagerando ahora?

—Limítate a explicármelo.

—¿Y si te digo que, en vez de «los más avanzados», también podrías llamarnos a mí y a las sombras de Avialle «las criaturas más adaptadas de la red»? ¿Como en «la supervivencia de los que mejor se adaptan»?

—¿Quieres decir que es algo evolutivo?

—Sí, en cierto modo empieza a parecerse a eso. De alguna manera, sin el sistema operativo original, esta red sigue teniendo tendencia a... bien, si no a estar viva de verdad, digamos que a tener un comportamiento muy similar. Quiere reproducirse. De hecho, ahora que el cerebro original de la red no existe, se le puede considerar más como un organismo de verdad. Tan solo está probando cosas, y si algunas de ellas funcionan, continuará. Mira, en cierto modo la gente de la red, al menos aquellos como yo y los miembros de la Sociedad que más o menos viven, somos gente real. Pensamos, sentimos, hacemos planes. Pero para la red, somos más como células en un solo organismo, o puede que como individuos, pero en una cultura de enjambre. La red es la colmena, y nosotros somos los zánganos, las trabajadoras y todo eso. Ese es el ejemplo que Kunohara empleó, al menos. Está bastante excitado con todo esto, por cierto, aunque signifique que se equivocaba sobre lo de que la red está muerta.

—Le encanta todo lo que tenga que ver con enjambres. Pero sigo sin entender esto, Orlando. ¿Estás diciendo que el sistema quería que tú y las sombras de Avialle os reprodujeráis? Pero si antes de verla ya estaba embarazada. No tiene sentido.

—Lo tiene si recuerdas lo que dijo Kunohara, que no debíamos confundir apariencia con realidad, y que la Vida tiene muchas estrategias. Solo porque parezcamos humanos y las mujeres aparenten estar embarazadas de la forma tradicional, no quiere decir que tenga que seguir el mismo procedimiento. Piensa en las flores. También se reproducen, pero a veces la información genética viene de plantas que están a kilómetros. No se ven la una a la otra. Pero cuando los humanos o nosotros las simulaciones humanoides pensamos que estamos embarazados, la ascensión natural es que ha ocurrido al viejo estilo. —Arrugó el ceño—. A diferencia de la reproducción humana normal, tengo que decir que el modelo de la red carece del componente de motivación. Ya sabes, lo de *lo hacemos porque es divertido*.

—Alto ahí, Sherlock. ¿Así que el sistema está... mezclando material genético tuyo y de otra gente para hacer nuevas personas? Pero tú no tienes material genético. —De repente le miró avergonzada—. Lo siento, Orlando, no quería decir...

—No te preocupes, estos días he estado pensando en ese tema. Este juego es extraño y diferente, e incluso un chico muerto como yo puede jugar. Mira, no se trata de material genético en el sentido normal de la palabra, sino lo que Kunohara llama el código de la red que tenemos... las huellas de nuestras copias, que es lo más parecido a los genes que tenemos. Ha encontrado una manera de

mezclarlas. —Ella seguía turbada, así que sonrió—. Es como hacer un revuelto de cosas, sí, más o menos, aunque no tan al azar. Un buen sistema reproductor suele tener un componente de «los mejores llegan a la meta». Por eso mi material fue elegido en primer lugar, y fue emparejado con el de una sombra de Avialle... Los padres mejor adaptados, ¿recuerdas? Ese es el motivo por el que más de una de las Avialle está embarazada de mí. Tenemos la mayor movilidad, y en mi caso, yo tengo el mayor poder (aunque no estoy seguro de que la red lo considere un factor), así que mi material... Voy a tener que emplear otra palabra, «material» no se ajusta... Mi «información» es la más atractiva. Solo hay uno como yo, pero existen unas cuantas sombras de Avialle, y estas tienden a seleccionar mi información si pueden acceder a ella.

—¿Cómo? ¿Es la red la que las... impregna con ella?

—No. Ese es otro aspecto raro. Empecé a tener una pista con los miembros de la Sociedad. Dos mujeres quedaron preñadas, y la sombra de Malabar decía que él no lo había hecho. Considerando mi propia experiencia, me pregunté si no estaría diciendo la verdad. Así que busqué en los diarios de viaje de las tres personas involucradas y vi que casi no habían estado en el mismo mundo a la vez, y mucho menos tenido relaciones. De hecho, solo habían estado cerca los unos de los otros durante las reuniones de Viajamundos en la versión Wodehouse de Londres, y la sombra de Malabar siempre volvía a su mundo de origen justo después, lo que significa que no hubo mucha oportunidad para una concepción regular simulada a la vieja usanza y un embarazo. Sin embargo, todos habían viajado mucho a través de los mismos portales entre mundos de la red, De Limoux primero (él es el hombre), y después las mujeres...

—¿Portales? ¿Quieres decir que fueron los portales?

—Eso creemos, sí. Del mismo modo que las abejas se manchan de polen y lo llevan a otra flor, o del modo en que algunos insectos o peces van al mismo lugar a depositar el esperma o los huevos, pero no tienen que estar juntos al mismo tiempo. El sistema está fabricando información masculina reproductiva activa a partir de gente como Limoux o yo, para que después los receptores femeninos puedan recogerla cuando pasan a través de los portales. De hecho, Kunohara y yo vamos a restringir la frecuencia de éxito de las conexiones o las mujeres de la Sociedad quedarán embarazadas todo el rato.

Ella se retorció las manos de la forma en que lo hacía cuando tenía problemas.

—¿Quieres decir que vais a dejar que ocurra? Pero... pero, ¿qué tipo de bebés van a tener esas mujeres? ¡Esto es muy raro, Orlando! O sea, si esos embarazos son como los de los insectos o los peces, puede que tengan... ¡uck! Enjambres de bebés. —Por segunda vez en pocos minutos, ella parecía afligida—. ¿Se parecerán siquiera a niños humanos?

—Pensamos que sí. Aunque la metodología sea la de un enjambre o algo parecido, la red parece estar utilizando modelos de tipo humano para los embarazos. Recuerda que está programada para simular cosas que ya existen. Parece que los embarazos progresan al ritmo correcto, y los médicos del Mundo Wodehouse que han examinado a las mujeres de la Sociedad solo escuchan un latido de corazón

por madre. Además, hay un par de pistas que sugieren que serán bebés humanos... o tan parecidos como el sistema pueda conseguirlo, considerando que no se trata de padres humanos reales, sino copias, algunas de ellas bastante imperfectas. Una es que es mucho esfuerzo emplear simulaciones humanas dentro del sistema como donantes de información (padres) si luego vas a cambiar la información para toda una camada. Es más fácil usar los modelos humanos de padres e hijos que ya existen, ¿no? Pero la otra razón es la respuesta a una de las preguntas que me molestaban antes de empezar a resolver el misterio. Yo no pude dar con ello, pero Kunohara sí.

—Desembucha. Intentaré tragármelo todo. —Sam tenía el aspecto de haber sido golpeada en la cabeza de verdad—. Docenas de mujeres hacen cola en la red para tener hijos tuyos, Gardiner. Debes estar viviendo en la Calle Soy Especial.

—Sería más halagador si ocurriera a la antigua usanza. Bueno, mientras juntábamos todas las piezas, le hice a Kunohara dos preguntas que aún me quemaban en el cerebro. Una era por qué las sombras de Avialle sabían mi nombre aunque no nos hubiésemos conocido nunca. Kunohara cree que eso es otra prueba de que tendremos bebés humanos. Los mamíferos superiores, en especial los humanos, tienen largas infancias, y necesitan un montón de cuidados paternos. Fue en interés de la estrategia reproductiva de la red el conceder a los donantes la oportunidad de entablar relación para educar a los niños, así que a las madres no solo se les implantó la información genética masculina, sino también el conocimiento de quién era el padre y la habilidad de localizarlo. Por eso las mujeres de la Sociedad saben que De Limoux era el padre, y las sombras de Avialle saben que los suyos son mis hijos... Supongo que tendré que llamarlos así, aunque en realidad no tenga nada que ver con ellos.

—Pero eso no tiene sentido, Orlando. O sea, en cierto sentido sí, pero si la red quiere de verdad que te involucre con esos niños como padre, ¿por qué desaparecerían las madres cada vez que encontrabas una?

—¿Lo ves? Incluso después de horas de restregar tu pobre cerebro magullado contra la química, Federico, sigues siendo más lista de lo que tú te crees. Esa fue exactamente mi otra pregunta. Kunohara también resolvió esa. En realidad, es bastante embarazoso.

—Coño, dilo ya.

—Bueno, entre los mamíferos superiores, en especial aquellos como nosotros que necesitan a los dos padres, suele darse una estrategia de cortejo que ayuda a unir al padre y a la madre y a que se produzca el nacimiento. Como no hay nada que se le parezca remotamente al cortejo antes del embarazo en la estrategia reproductiva de la red... el sistema se inventó un sustituto. Una especie de cortejo después del embarazo. Como una danza de apareamiento o... ¿Cómo dijo Kunohara, respecto a las abejas? Un vuelo nupcial.

—¿Eh?

—En realidad, solo funciona bien con las sombras de Avialle porque pueden viajar de manera instantánea, pero algunas de las mujeres de la Sociedad también se han esfumado y desaparecido de formas más convencionales. Esa mujer llamada

Maisie Macapan ha acabado en el Imperio Romano, por ejemplo. Toda esta huida se supone que es para mantener al padre interesado. Él tiene que perseguirlas, ¿sabes? —Sacudió la cabeza—. Tía, conmigo funcionó.

Este era el trago más difícil, y Orlando sabía que estaba esquivando la cuestión. Pensó en la última cosa que le dijo Sam antes de desconectarse.

—*Supongo que está bien* —le dijo—, *porque pareces bastante excitado e interesado. Me estaba empezando a preocupar de verdad por ti, pues parecías bastante deprimido últimamente. ¿Pero ahora qué? ¿Cómo vas a compaginar el hecho de ser el padre de todos esos bebés, si así es como resulta ser? ¿Qué vas a hacer, Orlando?*

Y la verdad es que no lo sabía. De hecho, aún había cientos de preguntas sin respuesta. ¿Cómo había llegado el sistema hasta aquel punto, en apariencia de repente? ¿Había estado probando cosas en un laboratorio evolutivo de algún mundo, oculto entre los pliegues de la red? ¿Era consciente, como lo había sido el antiguo sistema operativo, o simplemente seguía las viejas tendencias abandonadas del sistema original? ¿O se estaba moviendo en realidad hacia alguna nueva clase de conciencia? ¿Se transformarían al final Orlando y las demás simulaciones en células de un ser vivo mayor? Algunas de las preguntas eran bastante espeluznantes. El entusiasmo de haber resuelto el misterio no se había difuminado del todo, pero sabía que la realidad del asunto no iba a ser tan sencilla como explicárselo a la gente. Ni iba a ser siempre tan fácil, en especial la explicación que estaba a punto de dar, la que había estado evadiendo.

*Si hay docenas de bebés míos, no podré ser un padre a tiempo completo, eso es obvio. Tendremos que detener el proceso después de este primer grupo, al menos en lo concerniente a mi información. De otra forma, ¿qué pasa si la red planea seguir haciéndolo todo el rato, generación tras generación? ¿Como si yo fuese la abeja reina, el zángano rey, o lo que sea, y nacieran miles de criaturas de las cuales yo sería el padre?* Al menos, tenía algo de tiempo para pensar en ello, para discutir el tema con Kunohara, ya que había un número limitado de madres potenciales, y los embarazos parecía durar tanto como en el mundo real. El entomólogo estaba en éxtasis con todo este nuevo desarrollo, y se apresuraba a preparar su maletín para poder investigar el nuevo paradigma.

*Para él es fácil. Su información no está copiada en el sistema. Él no va a ser el padre de docenas de chicos, ni a tener toda esa responsabilidad.* Pero si había alguien en posición de proteger a sus hijos, ese era Orlando Gardiner, explorador de la red. Después de todo, como solían decir los sheriffs del Salvaje Oeste, yo soy la ley a esta orilla de la realidad.

*Dios, no sé. Ya lo pensaré. Tengo amigos. Será raro, pero estoy muerto y estoy a punto de visitar a mis padres, así que ¿cuánto más raras podrían ser las cosas? Será toda una aventura.*

*¡Voy a ser padre! ¡Yo!* No podía dominarse. Era aterrador y excitante. ¿Cómo serían los niños? ¿Qué le ocurriría a la red cuando esta primera generación

creciera y se reprodujeran entre ellos, creando patrones hereditarios aún más complejos? Nadie en la historia de la humanidad había experimentado algo así. *Un país desconocido. Todo un país desconocido por delante.*

—Voy para allá, Beezle —anunció—. No quiero ser interrumpido a no ser que el universo tal y como lo conocemos se esté derrumbando, ¿de acuerdo? Recoge los mensajes.

—*Sin problema, jefe. Me quedaré aquí en un espacio imaginario y jugaré con los gatos.*

Orlando se conectó a la casa de sus padres. Esta vez, hasta estaba deseando llevar ese horrible espantapájaros de plástico. Después del trabajo de preparar aquella fiesta de cumpleaños surrealista y conmovedora en Rivendel, sentía que les debía algo a Conrad y Vivien. Y lo que era más importante, quería que estuvieran de buen humor cuando les dijera que, contra toda lógica, parecía que iban a ser abuelos después de todo.

Quizá cuarenta o cincuenta veces.



PERN

*Anne McCaffrey*



# PERN

Anne McCaffrey

## TRILOGÍA DEL DRAGÓN:

El vuelo del dragón (1968)

La búsqueda del dragón (1971)

El dragón blanco (1978)

## RENEGADOS DE PERN

Moreta: dama de dragón de Pern (1983)

El amanecer del dragón (1988)

Todos los weyrs de Pern (1991)

Insatisfechos con la vida en una Tierra tecnológicamente avanzada, cientos de colonos viajaron a través del espacio hacia la estrella Rukbat, la cual tenía seis planetas en órbita a su alrededor, cinco en trayectorias estables y uno que daba vueltas de forma impredecible. El tercer planeta era capaz de albergar vida, y los viajeros espaciales se establecieron allí y lo llamaron Pern. Desmontaron sus naves espaciales para tener material con el que construir sus hogares.

Pern era ideal para la colonización, excepto por una cosa. A intervalos irregulares, el sexto planeta de su sistema pasa cerca y libera multitud de esporas micorrizoides mortales, que devoran todo lo que tocan y vuelven yermo el suelo donde aterrizan durante revoluciones. Los colonos empezaron de inmediato a buscar la forma de combatir a las Hebras, como denominaron a las esporas. Para su defensa, recurrieron a los dragones, pequeños lagartos voladores que los colonizadores domesticaron al llegar. La habilidad de escupir fuego de estos reptiles había sido de gran ayuda en la primera Caída de las Hebras. Mediante la mejora genética y la crianza selectiva de estos reptiles a través de las generaciones, los colonos crearon una raza de dragones de gran tamaño.

Con los dragones y sus jinetes trabajando juntos, los colonos de Pern fueron capaces de combatir a las Hebras de manera efectiva y de establecer un asentamiento estable en el planeta. Crearon una sociedad agricultora casi feudal, construyendo

Fuertes para los administradores y los trabajadores del campo, Artesanados para los artesanos y Weyrs para los dragones y sus jinetes.

Muchas de las novelas de Pern detallan la política de los Fuertes y los Weyrs entre Caídas. La saga completa de libros abarca más de dos mil quinientos años, desde el aterrizaje de los primeros colonos hasta el descubrimiento de los ordenadores de las naves por parte de sus descendientes, siglos después. *El vuelo del dragón*, la primera de las novelas de la saga, está situada dos mil quinientas revoluciones después del aterrizaje inicial. Las Hebras no han sido vistas en cuatro siglos, y la gente empieza a ser escéptica ante las antiguas precauciones. Tres dragoneros, Lessa, F'lar y F'nor, creen que las Hebras están regresando, e intentan movilizar las defensas del planeta. Lessa, sabiendo que no hay suficientes dragones para combatir a las Hebras de manera efectiva, viaja en el tiempo cuatrocientas revoluciones atrás hasta justo después de la última Caída, cuando los dragoneros de la época empiezan a intranquilizarse y a aburrirse por la falta de actividad. Lessa convence a la mayoría para regresar con ella y combatir a las Hebras en su tiempo. Llegan y las vencen.

*La búsqueda del dragón*, el segundo libro, continúa siete revoluciones después del final del primer libro. Las relaciones entre los Antiguos, como son llamados los jinetes de dragón que viajaron en el tiempo, y la generación actual se están poniendo tensas. Después de pelearse con uno de los antiguos dragoneros, F'nor es enviado al Continente Meridional de Pern para recuperarse de su herida. Allí, descubre una lombriz que neutraliza las Hebras después de enterrarse bajo tierra. Percatándose de haber descubierto una poderosa nueva arma contra las Hebras, F'nor empieza a planear la siembra de las lombrices por ambos continentes.

Mientras tanto, una Caída de Hebras inesperada es el catalizador de un duelo entre F'lar, caudillo del Weyr de Benden, y T'ron, el líder de los Antiguos. F'lar gana y veta a todos los jinetes de dragón que no acepten su cargo de caudillo supremo. Los vetados se marchan al Continente Meridional. El libro termina con la crianza de lombrices para su distribución por todo Pern.

El tercer libro, *El dragón blanco*, es la crónica del período de adiestramiento del joven Jaxom mientras cría el único dragón blanco de Pern, una anomalía genética. Jaxom se encuentra con el prejuicio y el desprecio de los demás dragoneros, porque su dragón es más pequeño que el resto. También está planeado que gobierne uno de los más antiguos Fuertes de Pern, y hay aquellos que dudan de su habilidad para gobernar. Jaxom y su dragón Ruth superan los retos y consiguen demostrar que el tamaño no es lo importante. Jaxom gobierna su Fuerte, consigue a la chica y todo acaba bien en el mundo.

La trilogía *The Harper Hall Trilogy* (*Dragon song*, *Dragonsinger* y *Dragon drums*, no publicada en nuestro país) está dirigida a lectores jóvenes, y trata de una chica llamada Menolly y su paso de insignificante hija a Arpista y guardiana de los lagartos de fuego.

En las muchas novelas siguientes, y en la novela corta aquí publicada, McCaffrey examina otros aspectos de la vida de Pern desde los primeros días de su colonización por parte de los humanos.

# MÁS ALLÁ DEL MEDIO

## Prólogo

Cuando los primeros colonos humanos se establecieron en Pern, el tercer planeta del sol Rukbat, en el Sector de Sagitario, prestaron poca atención a la excéntrica órbita del planeta que llamaron Estrella Roja. Después de todo, el sistema estelar había sido investigado y calificado como seguro, y los colonos terráneos, todos ellos veteranos de guerra, estaban más preocupados por construir una sociedad agraria pacífica y poco tecnológica para sí mismos y sus hijos. Así que no estaban preparados cuando el desastre se desató, ocho revoluciones después, en la forma de una amenaza procedente del espacio: un organismo no inteligente que caía del cielo en finas briznas y que consumía a su paso toda materia orgánica. Los colonos lo llamaron «Hebras», y aunque estas podían ser destruidas por el agua o el fuego, y no podían traspasar la roca o el metal, cayeron tan de continuo que parecían casi imparables.

Después encontraron la solución: utilizando su ingenio y la ingeniería genética, los colonizadores alteraron una forma de vida indígena que recordaba a los dragones legendarios. Los enormes «dragones» resultantes se convirtieron en el arma más efectiva de Pern contra la Hebra. Los dragones podían masticar y digerir un mineral rico en fosfina, y escupir fuego y quemar las Hebras aerotransportadas antes de que alcanzaran el suelo. Capaces no solo de volar sino también de teletransportarse, los dragones podían maniobrar con rapidez para evitar las heridas durante su batalla contra las Hebras. Y su conexión telepática con sus jinetes humanos (un vínculo forjado en el momento de la eclosión de los huevos) permitía a los dragones y los humanos trabajar en perfecta armonía en sus campañas contra la Caída de la Hebra.

Los dragoneros se convirtieron en los héroes de Pern, y llegar a ser uno de ellos era el sueño de muchos niños, para compartir aquel increíble lazo emocional y mental con uno de los grandes dragones. Pero tal vínculo tenía también un inconveniente: la muerte era una separación que ninguno podía soportar. Si el jinete moría, el dragón cometería suicidio. Si el dragón moría, el jinete atentaría del mismo modo contra su propia vida o, en el mejor de los casos, estaría condenado a llevar desde entonces una media vida.

Una vez que el primer ataque de cincuenta revoluciones de duración terminó, se desarrollaron tres sociedades dispares en Pern: los Fuertes, donde los hombres

resueltos eran los señores de las tierras y protegían a la gente durante la Caída de la Hebra; los Artesanados, donde se practicaba y perfeccionaba la artesanía; y los Weyrs, donde los dragones y sus jinetes moraban.

Durante la Sexta Pasada de la Hebra, en 1543, en el tercer día del décimo mes, sucedió algo tan inusual que no tenía precedentes ni en los cuidadosos registros del Artesanado de los Arpistas ni en el de los Weyrs. Una plaga había arrasado el continente, y los Curanderos habían desarrollado una vacuna preventiva que tenía que ser administrada tan pronto como los dragones y sus jinetes la llevaban a cada Fuerte y cada Artesanado de costa a costa. En su esfuerzo por realizar este inusual reparto, los dragones y sus jinetes contaron con una habilidad de los dragones poco conocida, o comprendida: la de teletransportarse no solo al espacio que sus jinetes pudieran visualizar, sino al tiempo. Es muy peligroso cruzar no solo la distancia sino el tiempo, y, cuando están cansados y confusos, hasta el dragón y el jinete mejor entrenados pueden cometer errores.

Cuando los animales corredores empezaron a intranquilizarse, Thaniel no prestaba mucha atención. Como solía ocurrir, estaba soñando cariñosamente con su amada esposa, fallecida hace tiempo y aún añorada. Habían sido como dos mitades: una vez unidas se convertían en un todo perfecto. Sacó un viejo pañuelo de su bolsillo y lo acarició con ternura, toqueteando las flores azules y verdes bordadas en una esquina, cuidadosa labor tan típica de su esposa. Suspiró con pesadez. La muerte parecía muy injusta... y terriblemente definitiva.

—¿Por qué los árboles y las plantas siempre regresan a la vida después de cada estación fría, cuando nosotros solo tenemos este corto tiempo? —se quejaba cuando los pensamientos sobre la muerte le sobrepasaban.

Thaniel estaba en las últimas revoluciones de su mediana edad, y era esbelto y enjuto, producto de décadas de montar y trabajar con animales. Tres revoluciones antes, un certero golpe de pezuña en la rodilla le había dejado con una lesión permanente. Como ya no era lo bastante rápido de pies para manejar a los corredores, se había visto obligado a dejar que sus hijos se encargaran de la interminable rutina del trabajo, mientras él se ocupaba de la mayor parte de las tareas que su esposa solía llevar a cabo, como mantener la fortaleza ordenada y cocinar para su familia. El más joven era Bill, cuyo parto complicado le había costado la vida de su madre. Maynar era el mayor y el más competente a la hora de domar y educar a los animales corredores. Jerra era una mujer joven y responsable que pronto, o eso esperaba Thaniel, se desposaría con el hijo de uno de los propietarios de los alrededores. Brailli, la menor de las dos hijas, era bastante lista e iría al Artesanado de las Tejedoras para formarse, una vez que la plaga estuviese bajo control. Destry, el más soñador de sus hijos, apuntaba a Maestro Ganadero.

Los estridentes chillidos de su animal de monta favorito, el viejo Rusty, le distrajeron, y con una sacudida de su cabeza volvió su atención al presente. ¿Qué podría estar molestando de tal manera al viejo corredor? Nada atemorizaba tanto a Rusty como los dragones, pero la probabilidad de que llegaran allí era lejana.

Entonces, Thaniel recordó: su fortaleza iba a recibir la vacuna para la plaga que se estaba extendiendo por el continente. Sabía que alguien repartiría la vacuna con instrucciones para su uso. ¿Un dragonero?

Con la copa de klah caliente y dulce que se acababa de servir en la mano, Thaniel dejó la cocina y salió a la puerta principal de su hogar. Escudriñó la escena ante él, pero no vio nada, solo las suaves planicies de hierba moteadas por los sotos de árboles robustos que sobrevivían en aquellas tierras a menudo congeladas y barridas por el viento. En las inmediaciones se erigía su establo. No se trataba de un establo «real» de piedra, como los que se podían construir con facilidad en Crom o en Nabol con las piedras que algunos de los señores decían que eran su único cultivo, pero era suficiente para criar animales. A su lado, una valla conducía al potrero más cercano: unas sólidas estacas de madera que le habían llevado un día entero a un hombre fuerte clavarlas en el duro suelo. Junto al vallado, había un abrevadero que algún ancestro ingenioso había manipulado para que siempre estuviera lleno de agua procedente del pozo situado a doce longitudes de dragón. Estaba bastante seguro de que un dragón estaba batiendo sus alas para aterrizar en el espacio abierto junto al abrevadero. El bueno y viejo Rusty nunca se equivocaba, pensó Thaniel, riendo mentalmente ante la asombrosa habilidad del corredor para sentir los dragones.

Thaniel apresuró el paso para reunirse con los recién llegados, con cuidado de no derramar el klah caliente sobre su mano. Lo primero que le chocó fue que el dragón era de un color dorado pálido y tenía la cabeza gacha, lo que sugería que estaba muy cansado. Cuando aterrizó, su hocico casi tocó el suelo, pero tiró hacia atrás y recuperó el equilibrio con un largo suspiro de alivio. Los dragones reinas eran los más fuertes y grandes de los dragones perneses, y nunca había visto uno tan torpe, ni siquiera después de las fatigas de una larga Caída de las Hebras.

—Thaniel —dijo el jinete para su total sorpresa, ya que se trataba de Moreta, la mujer Weyr del Weyr de Fort. La conocía de Gathers, a donde gente de todo el mundo solía ir para divertirse, pero Ista era el Weyr al que pertenecía Thaniel, y por lo general era Ista el responsable de evitar que la Hebra cayera en sus tierras.

Moreta alcanzó las alforjas que colgaban del dragón de su cuello y le entregó dos paquetes. Se dio prisa en cogerlos y en ofrecerle una taza de klah.

—Acabo de servirlo, y parece que lo necesitas más que yo —dijo.

—No tienes idea de cuánto te lo agradezco —dijo, dedicándole una sonrisa de gratitud mientras sorbía la bebida caliente. Después del primer trago, agitó sus hombros como si liberara la tensión sobre ellos. Miró el sol del oeste y suspiró profundamente, esta vez debido a una satisfacción que no le explicó, aunque no es que los jinetes reinas y las mujeres Weyr tuviesen que explicar sus actos o compartir sus pensamientos a simples propietarios como él.

—Esa es la vacuna para tus animales corredores y para ti y tus inquilinos, Thaniel. Hay un curandero en camino por si no quieres inyectártela tú mismo. —La palabra «inyectar» hizo que Thaniel se estremeciera, pero le dio las gracias—. Debe hacerse, mejor hoy, seguro que para mañana —dijo, y le explicó cómo introducir la aguja en la parte carnosa del antebrazo o del muslo. Miró el

gran patio a su alrededor, como si esperase ver más gente. Thaniel comprendió su mirada de curiosidad.

—Están todos fuera, atendiendo los animales —dijo, y echó un vistazo dentro del más pequeño de los paquetes para ver los viales cuidadosamente protegidos que le protegería a él y a su familia de la plaga—. Aquí hay justo lo necesario para todos en mi hacienda. —La miró agradecido y se dio cuenta de que ella estaba totalmente exhausta. La recordó como una mujer muy hermosa, con el cabello corto y rubio y unos ojos profundos. Ahora los ojos estaban rodeados por oscuras ojeras de fatiga, su cuerpo estaba lánguido, y su piel macilenta, lo que le hacía parecer mayor de lo que él sabía que era. La mujer Weyr vieja de Fort era Leri, no Moreta. Quizá fuese la luz de la puesta de sol reflejada en su rostro. No obstante, estaba claro que el dragón estaba agotado. Su piel se marchitaba en cerviz y patas, y la luz de la vida apenas brillaba en las muchas facetas de sus ojos.

—¿Por qué estás haciendo el trabajo de un novato, mujer Weyr? —preguntó, permitiendo que su tono fuese crítico. Seguro que otros menos importantes que un oro podían haber repartido la vacuna a un fuerte pequeño como el suyo.

—Crecí en Keroon. Ya estuve aquí antes, en el Fuerte de Waterhole. Ninguno de los jinetes de Ista conocería la zona tan bien como yo. Tú utiliza la vacuna tan pronto como vuelvas a tu fuerte, Thaniel. —Mientras sostenía la taza vacía para que él la cogiera, este se dio cuenta de que la otra mano se aferraba a la silla para evitar caerse del dragón—. Era justo lo que necesitaba, Thaniel. Te doy las gracias.

—Y yo te las doy a ti, mujer Weyr. —Retrocedió, consciente aunque pareciera que ella no, de que su reina se agitaba debajo.

—Esta es nuestra última parada, Señor Thaniel —dijo mientras acariciaba el cuello de la vieja reina y le sonreía—. Hemos repartido toda la vacuna de nuestra ruta. —Volvió a mirar al sol del oeste.

—Vuela por cielo seguro, mujer Weyr. La luz se acabará pronto.

—Un último salto al medio, eso es todo lo que nos resta, Holth —le dijo en tono animado al dragón mientras lo guiaba hacia la derecha.

Thaniel escuchó el resuello de alivio de su voz y que también parecía dar energía a la reina, ya que se elevó por los aires y desapareció. Bastante pegado al suelo, pensó, pero, ¿quién era él para juzgar eso? Llevó de vuelta a su casa la taza y los paquetes con las vacunas, depositando con mimo la medicina en el centro de la gran mesa donde su familia hacía las comidas.

Se sirvió otra taza de klah, le echó azúcar, y sintió una punzada de orgullo por haberle servido a una mujer Weyr de una olla de su propia cosecha. Hacía un buen brebaje, todo el mundo se lo decía, y ahora la mujer Weyr también lo había alabado. Se sentó con las manos curtidas por el trabajo alrededor de la taza de porcelana caliente, para desentumecer las articulaciones de sus dedos.

—¿Holth? —Pronunció el nombre en alto, debido a la sorpresa. ¡Eso sí que era raro! No era lo único inusual del día (¿un dragón reina repartiendo un paquete?), pero si la memoria y sus conocimientos sobre fuertes y weyrs no le fallaban, la mujer Weyr de Fort, Moreta, cabalgaba sobre Orlich, no sobre Holth.



Pero Orloth había anidado hacía poco, lo que podría ser el motivo por el cual Moreta no volaba en su propio dragón reina. Los dragones dorados tendían a ser muy protectores con sus huevos. Y los informes decían que la nidada era de veinticinco, uno de los cuales era probable que fuese una reina.

Holth era la reina de la anciana Leri. Estaba seguro de eso, ya que había sido mujer Weyr desde que él tomara posesión de las tierras de su familia. Había oído que sufría mucho de artritis, y que su condición física se había deteriorado tanto que no podía guiar al Weyr contra la Caída de la Hebra. Y si Moreta estaba montando a Holth, quizá por eso el dragón parecía tan pálido y cansado: separado de su jinete de toda la vida, quien seguro que nunca había forzado tanto a la vieja reina.

Justo en ese momento, el rebaño, que había vuelto a pastar, apareció de nuevo corriendo hacia el extremo este del corral. El viejo Rusty expelió otro de sus escalofrantes chillidos como si una serpiente de campo le estuviese atacando. Aquello sería bastante extraño, ya que las grandes serpientes de cuerpo aplastado nunca asustaban a Rusty. De hecho, hasta parecía disfrutar pisoteándolas hasta la muerte con sus enormes pezuñas. Pero esta vez, el grito de Rusty hizo que Thaniel se estremeciera, como si hubiera pasado algo terrible que no pudiese comprender.

Thaniel no vio polvareda en ninguna dirección que sugiriera que sus hijos volvían a casa, ni nada extraño en el cielo que justificara el chillido de Rusty. Miró el lago, ancho, tranquilo y poco profundo, del que derivaba el nombre de su fuerte. El lago nunca se secaba (el agua burbujeaba en su centro por la presencia de alguna fuente subterránea), y por tanto abastecía de agua a cualquiera que viniese en su busca. Siempre estaba el río Keroon, pero el Waterhole estaba más cerca para algunos de sus vecinos del oeste. Y todos decían que el agua era más dulce.

Se sacudió de encima la sensación de malestar que había sentido cuando Rusty chillara y regresó a la cocina para remover el guiso; la cazuela se estaba calentando bien. Se sirvió más klah y pensó en los eventos del día.

Thaniel, siempre el más preocupado, cerró sus dedos más fuerte alrededor de la taza. ¿Por qué estaba Moreta haciendo las tareas de reparto? ¿Y por qué montaba el dragón de otro? Holth, había dicho, lo bastante claro para que malinterpretara el nombre de la reina sobre la que cabalgaba.

Oh, bueno, criticar a los dragoneros no era asunto suyo. Quizá cuando el curandero llegase, tendría respuesta a aquello. Removió la cazuela, inhalando el aroma a carne con placer y anhelando el regreso de su familia para poder contarles lo que había sucedido.

Maynar, Jerra, Brailli, Destry y Bill llegaron justo cuando la luz del atardecer comenzaba a debilitarse. Volvían cargados de noticias de primales bien engordados y con aspecto saludable, y habían tomado buena nota de las marcas, por lo que los rebaños más pequeños podrían ser encontrados con facilidad. Thaniel les explicó cómo la mismísima Moreta había traído la vacuna. Su relato fue recibido con asombro ante la idea de una jinete reina que repartiera en su pequeño fuerte, pero después de una breve e intensa discusión, devolvió su atención hacia los

paquetes de vacunas sobre la mesa. Tan pronto como el curandero llegara con todo lo necesario, todos estarían a salvo de la plaga.

—No tiene sentido, padre —dijo Jerra—, yo inyectaré la vacuna. No tenemos por qué esperar —añadió—. La plaga podría llegar con el próximo viento, y pareceríamos estúpidos con la medicina posada sobre la mesa, sin usar.

No pareceríamos estúpidos, sino muertos, pensó Thaniel.

—Cenaremos, y después nos inyectaré a todos —continuó Jerra con tono imperioso—. He visto cómo lo hace el curandero. Tan solo hay que clavar en la carne del brazo.

Puede que Jerra fuese un tanto dominante a veces (al contrario que su madre), pero siempre había hecho lo mejor por su familia, se recordó Thaniel. Así que aceptó el ofrecimiento con un gesto de la cabeza y toda la familia se sentó a la mesa, aunque nadie apartó la vista del pequeño paquete durante la cena.

El agudo chillido de Rusty casi tiró a Thaniel de su taburete.

—¿Qué está pasando? —exclamó—. Ese pobre animal me ha estado dando sustos todo el día.

Maynar, el más cercano a la ventana, se levantó de su asiento para mirar el exterior. Thaniel se le unió.

—¿Visitantes? Pues no nos queda suficiente cena para llenar siquiera el fondo del plato más pequeño —dijo Jerra, incómoda.

—Más dragones —dijo Thaniel. Descolgó la lámpara de su gancho y, abriendo la puerta, avanzó para darle una bienvenida apropiada a sus visitantes. Se quedó asombrado al ver tres dragones con sus jinetes, cada uno con un pasajero, descendiendo hasta el suelo.

—¿El Fuerte de Waterhole? ¿Es esto Waterhole? —gritó uno de los hombres.

—Lo es, ¿quiénes sois vosotros?

—Soy el Maestro Tirone, acompañado de Kamiana, jinete reina de Pelianth, y Desdra del Artesanado de Curanderos... Y con nosotros viajan A'dan, jinete de Tigrath, D'say y Critith. ¡Necesitamos saber si Moreta vino por aquí esta tarde!

—Así es, a la caída del sol, para entregarnos la vacuna —replicó Thaniel con voz clara en la oscuridad—. Entrad en el fuerte. Tenemos vino y klah.

Mientras les hacía un gesto para que se acercaran, todo lo que Thaniel pudo pensar es que una de aquellas personas era del Artesanado de Curanderos y que podría inyectarles, salvando a toda la familia de los intentos bienintencionados pero inexpertos de Jerra. Por fortuna, tenía klah recién elaborado, y Jerra y sus hermanos habían sacado unos vasos caros en los que servir una botella de vino recién descorchada. En concreto, un delicioso tinto procedente de las colinas Crom.

—Muy amables, Thaniel, Jerra, pero no tenemos tiempo que perder, aunque apreciamos vuestra hospitalidad —dijo Tirone mientras él y los demás entraban en el fuerte—. Tan solo dinos lo que sepas de Moreta y Holth. —Sus ojos, al igual que los de sus compañeros, estaban apagados por la tristeza.

El miedo sacudió a Thaniel hasta el corazón, ya que Moreta y Holth deberían haber llegado al Weyr de Fort hace rato. ¡Horas!

—Le di una taza de klah para ayudarle en el camino —les dijo, esperando haber hecho lo correcto.

—¿Qué dijo? —preguntó Kamiana.

—Me dio las gracias —contestó Thaniel.

—¿Dijo algo más cuando Holth y ella se fueron?

—Oh, sí, y lo sentí mucho por la pobre reina. Estaba bastante apagada por la fatiga y parecía muy vieja, ya sabéis. —A Thaniel le preocupó que su observación fuese irrelevante—. Dijo, si mi memoria es buena, «solo un salto más *al medio*, Holth, es todo lo que nos queda». Pensé que era extraño, ya que estoy seguro de que la reina de Moreta es Orloth. —Nadie le contradijo.

—¿Seguro que visualizó el Weyr de Fort? —murmuró Desdra a los demás en medio del silencio que se había producido. Los visitantes se miraron entre ellos, nerviosos.

—Pero debían estar exhaustos para cuando llegaron aquí —dijo Kamiana—. Moreta había estado cabalgando toda la mañana sobre Orloth. Y recorrer todas las paradas en Keroon sería mucho esfuerzo para una vieja reina como Holth.

Como curandero que era, Desdra cogió el paquete más pequeño de vacunas y miró dentro.

—¿Tienes alguna objeción en que os dé yo la inyección?

—No, no —dijo Thaniel con rapidez—. No tenemos ni idea de cuándo vendrá nuestro Curandero, ya que estamos alejados de casi todas las rutas, aunque mi hija dijo que le había visto hacer estas cosas.

Si Jerra se sentía decepcionada por tener que olvidarse del placer de inocular a su familia, no dio muestras de ello, y se desabrochó y subió la manga con presteza.

—Thaniel, ¿fue firme el salto de Holth? —preguntó Kamiana con ansiedad.

—Oh, yo diría que lo bastante firme, aunque ambos estaban muy cansados, como ya he dicho.

Kamiana expelió un suspiro.

—Muy cansados. Quizá demasiado cansados para hacer esa otra cosa más que un jinete siempre hace con su dragón, en especial si no está familiarizado con él.

—Moreta conoce muy bien a Holth —protestó el Maestro Tirone.

Kamiana hizo caso omiso del comentario.

—Como amiga, ya que Moreta visitaba a menudo el weyr de Leri, pero no como jinete. Creo que supone una diferencia mayor de la que pensábamos.

—Y el ritmo al que tenían que ir. Hubiera sido suficiente para nublar el juicio de cualquiera —dijo Desdra, apretando con firmeza el algodón contra el brazo de Jerra, ahora que la diestra inoculación estaba completa. Los visitantes cayeron en un silencio preocupante tras sus palabras.

Sin embargo, Thaniel y su familia apenas se percataron; su atención estaba puesta en las agujas y las vacunas. Thaniel tomó el lugar de Jerra junto a la Maestra Curandero, con la camisa arremangada. Desdra pellizcó la piel de su brazo y le puso la inyección. Hizo una pequeña mueca mientras la aguja se introducía, y soltó un suspiro cuando la vacuna recorrió su brazo. Qué afortunados eran de que viniera una mujer Curandero con los demás.

Una vez que todas las inyecciones estuvieron puestas, los visitantes se levantaron, pidieron disculpas por sus prisas y agradecieron a la familia su hospitalidad y tiempo.

—Creo que han muerto *en el medio* —le escuchó Thaniel decir a Kamiana, vacilante, mientras iluminaba su camino hasta los dragones—. Los dragones sueltan lamentos por ellos.

—Qué pérdida —dijo el Maestro Tirone—. Debes proteger a los demás del mismo destino, Kamiana.

—No temas. Los weyrs tomarán precauciones inmediatas. Es solo que no comprendo cómo una jinete experimentada como Moreta fue incapaz de visualizar su lugar de destino. O por qué Holth no se dirigió de forma automática hacia Leri. La misión había terminado.

—¿Dónde vamos ahora? —preguntó Tirone en voz baja, montando detrás del jinete azul.

—De vuelta al Fuerte de Fort, ya que debéis estar exhaustos, Maestro Tirone y Maestra Desdra —dijo Kamiana—. Será mejor que estéis a salvo de vuelta en vuestros artesanados.

Mientras los dragoneros hablaban de su siguiente paso, los dragones se elevaron del suelo. Al momento desaparecieron, camino del *medio*, dejando solo a Thaniel con la luna creciente y los chillidos de los animales corredores.

La noche después que Moreta desapareciese, Thaniel estaba solo en el Fuerte de Waterhole. Sus hijos habían estado vacunando su ganado y volverían tarde a casa. De repente, Rusty profirió un grito más agudo que nunca. Preguntándose si un wherry estaría atacando a su viejo animal corredor, Thaniel apartó con cuidado la cortina para mirar por la ventana. Rusty era la única bestia inquieta; todas las demás estaban en calma, aunque curiosas ante el comportamiento de Rusty. Thaniel se preguntó si Rusty no estaría haciéndose demasiado viejo, y quizá un poco débil de sesera. Debería sacrificar al viejo corredor.

Un extraño y palpable escalofrío de aprensión recorrió a Thaniel. Sobrecogido por una enorme sensación de terror, cerró la cortina. Con la respiración entrecortada y el corazón latiendo fuerte, se dirigió a la puerta, abrió una rendija y echó un vistazo. No vio nada salvo al aterrorizado Rusty. Abrió más la puerta y salió a la noche.

—¿Qué ocurre? ¿Quién anda ahí? —gritó Thaniel caminando hacia el corral. Rusty volvió a chillar y Thaniel se volvió hacia el animal.

—Estúpida bestia. Aquí no hay nadie. —Hizo un gesto con la mano indicando el espacio vacío.

Rusty siguió chillando, mostrando el blanco de sus ojos y abriendo sus ollares mientras galopaba por el corral, fuera de sí por el miedo.

—¡Deja de berrear! —le gritó Thaniel a Rusty—. Los jinetes que buscaban a Moreta se han ido todos a sus weyrs. No hay señal de dragones en el cielo.

De súbito, Thaniel sintió como si le tocara en el brazo una vara de puro hielo. Pegó los brazos al cuerpo, murmurando en voz baja:

—¿Qué es esto que me hace temblar como si estuviésemos en mitad del invierno y cogiera un resfriado?

Después, en voz más alta, como si un pensamiento aterrador le sobreviniera, exclamó:

—¿Me ha alcanzado la plaga, después de todo?

Tiritando con violencia, Thaniel se giró y corrió, aterrado, hacia su casa, dando un portazo detrás de sí.

Un rato después, Jerra, Maynar y los demás volvieron al fuerte y encontraron a su padre visiblemente alterado. Estaba sentado junto al fuego al borde de su taburete; sus manos, con las palmas juntas, se aferraban con fuerza a sus rodillas.

—¿Qué pasa, papá? —preguntó Jerra con el rostro compungido por la preocupación.

—No es nada, nada.

—¿Has visto algo? —quiso saber Maynar.

—No he visto nada —replicó con aspereza Thaniel, y mirando fijamente el fuego.

Al día siguiente, dos dragoneros visitaron Waterhole para comprobar que todos los habitantes y los animales corredores habían sido vacunados y que nadie sufría efectos secundarios por la inyección. Su llegada fue, por supuesto, anunciada por los chillidos de miedo de Rusty. Thaniel, una vez que les asegurara que todos en el fuerte habían sido vacunados por nada menos que la Maestra Curandera Desdra, quiso añadir que el único efecto secundario era que su viejo animal corredor chillaba todos los días por la aparición de dragones, pero en lugar de eso sujetó su lengua, consciente del dolor que estaban pasando los dragoneros. No pudo evitar pensar que había sido la última persona en ver a Moreta y a Holth. Aquel pensamiento acechaba su mente y le provocaba ansiedad.

Dicha ansiedad no pasaba desapercibida para sus hijos, así que aquella noche y el día siguiente uno de los hijos de Thaniel se quedaría con él en el fuerte mientras los demás seguían con las rutinas del cuidado del ganado. Pero entonces, justo antes del anochecer, Bill regresó galopando con su pequeño corredor, sintiéndose importante con la noticia de que un animal había quedado atrapado en un barranco angosto y no podía hacer pie lo suficiente para salir. Hacía falta toda mano posible para poner a salvo al animal, por lo que Jerra, que se encargaba de su padre aquel día, tuvo que irse con su hermano. Thaniel y Bill prepararon cuerdas, correas y linternas, y las colocaron con cuidado en el corredor de Bill. Jerra y el chaval se resistían a dejar solo a su padre, pero Thaniel les aseguró que estaría bien y que, después de todo, debían rescatar al animal.

El polvo levantado por las monturas de Bill y Jerra se acababa de posar cuando Thaniel fue sorprendido por un terrible sentimiento de ahogo que se vio incrementado por un escalofriante berrido de Rusty. Con el corazón detenido varios latidos, Thaniel se arrastró hacia la puerta, sosteniendo una gruesa vara larga como el brazo de un hombre. Abrió la puerta y escudriñó el horizonte en busca de un signo de dragones. Todo lo que vio fue a Rusty sobre sus patas traseras,

golpeando con sus pezuñas delanteras un enemigo invisible. Al cabo de unos instantes, el corredor empezó a tranquilizarse, para empezar a chillar de nuevo. Estaba tan asustado que se alejó de la valla tan rápido como se lo permitieron sus patas. Luego se detuvo, las patas clavadas al suelo y los ojos fijos al frente... mirando nada. Con una preocupación que sobrepasaba el miedo cuando la aterrORIZADA bestia empezó a patear el suelo, Thaniel abandonó la seguridad de su refugio y se aproximó al corral, llamando a Rusty. El animal le ignoró, con las orejas apuntando hacia delante y los ojos fijos sobre algo que tenía enfrente y solo él podía ver.

—¿Qué pasa, viejo amigo? ¿Qué te inquieta? —preguntó Thaniel mientras observaba el temblor de los músculos del lomo de Rusty. Este volvió a golpear el terreno con sus pezuñas. Thaniel se pasó una mano sobre los ojos, restregándolos, antes de volver a mirar al espacio vacío que paralizaba a Rusty. De repente, el animal corredor dio un gran paso atrás, casi sentándose sobre los cuartos traseros en su intento de retirada veloz. Después, tras dar una coza alta detrás de sí y clavar sus patas delanteras en el suelo, el animal alterado rompió a galopar por el corral como un primal desbocado, dando vueltas y reculando como si las Hebras o algún otro horror inimaginable le tragara.

Thaniel estaba boquiabierto.

—Solo hace eso cuando hay dragones cerca —se dijo a sí mismo—. Puede que Rusty se haya vuelto loco, y lo más misericordioso que se pueda hacer es sacrificarlo. ¡No puedo tenerlo chillando así todas las noches! —Sacudiendo la cabeza, se alejó del animal y volvió al fuerte.

El comportamiento salvaje de Rusty continuó, noche tras noche, hasta el quinto ocaso desde que Moreta desapareciera en el *medio*. Aquella noche, Thaniel estaba mirando en el momento correcto. Para su total asombro, la luna llena iluminaba las formas etéreas de un dragón y un jinete.

Gritando más alto que Rusty, Thaniel dejó caer su vara, se volvió y huyó hasta el fuerte, donde cerró la puerta muy deprisa a sus espaldas.

*Cinco días antes...*

Moreta se sintió reconfortada por el klah que el anciano señor le había dado. No podía recordar la última vez que había comido, pero debía haberlo hecho aunque su estómago no sintiera el hartazgo. Mas también estaba cansada, y ni siquiera la más larga de las Caídas le había parecido nunca tan interminable y agotadora. Solo un último salto al *medio* y también Holth podría descansar, ya que la vieja reina había sido muy valiente. Mientras se elevaban del suelo en aquella su última posta del día en el viaje, Moreta empezó su letanía contra el miedo al *medio*.

—Negro, más negro, negrísimo...

Nunca el *medio* le había parecido tan gélido, incluso con la calidez del klah recorriendo sus venas. Abrazándose a sí misma para resguardarse del frío, cerró los ojos ante la implacable negritud del *medio*. Volvió a abrirlos, y por el raballo del ojo, su cerebro registró algo diferente en los alrededores, algo inesperado.

¿Es eso una luz? Se giró hacia ella, meneando la cabeza, esperando a que la ne-grura cayera otra vez sobre sus ojos. En vez de eso, tenía enfrente una grisura que se mezclaba de manera imperceptible con el negro del *medio*. Por alguna razón, ya no sentía el frío. Lo que sintió fue un deseo imperioso de salir de la grisura, y entonces se dio cuenta de que Holth estaba paralizada. Seguro que habían pasado los habituales ocho segundos. Casi había acabado los versos de su letanía y seguían... inmóviles... en *medio*...

¿Holth?, gritó en su mente. ¿Qué ha ocurrido? ¡No hemos vuelto al Fuerte de Fort!

*Estamos en medio. No «veo» por dónde debemos ir,* replicó Holth en tono quejumbroso y estridente por la angustia.

El pánico inundó el pecho de Moreta, e intentó recordar lo que le había dicho a Holth mientras el cansado y viejo dragón había despegado a tumbos del suelo. Sacudió la cabeza.

¿Tenía que haber visualizado el Weyr de Fort por ti, Holth!, protestó, obligando a su mente debilitada a recordar con exactitud lo que había dicho. *He sido jinete demasiado tiempo para cometer un error tan estúpido.*

*Ambas estamos cansadas,* contestó Holth con voz plana. *Estamos en medio, como has dicho. Eso es lo que ha ocurrido.*

¿Por qué no me preguntaste a dónde?, reprochó Moreta con aspereza, preguntándose cómo un dragón con tanta experiencia podía haber olvidado algo tan básico.

*Me has estado diciendo dónde ir, y en qué momento ir, todo el día. Siempre me das las direcciones. Direcciones específicas, de acuerdo al sol. Esta vez solo me dijiste que fuera al medio.* La desesperación acechaba en la voz mental del dragón.

Dominando a la desesperada su propio pánico creciente, Moreta recordó que, en efecto, solo le había dicho a la débil y vieja Holth que fuese al *medio*, asumiendo que el dragón también le había oído decir que sería la última vez que iban a saltar. Quería decir, desde luego, que después saltarían hacia «casa», el Weyr de Fort, donde ambos podrían descansar después de una jornada ardua, junto a Leri, Orlith y sus huevos. Se abrazó más fuerte y miró enfrente en la distancia, como si estuviese observando su pasado. Un pasado que no podía cambiar.

¡Muévete, Holth! Quizá podamos encontrar el camino de vuelta. Holth expelió un sonido de incredulidad y no movió ni un ala ni una pata.

*No puedo ir a ningún sitio.* Hubo un ligero énfasis en la palabra «ir».

—¿Qué quieres decir con que no puedes «ir»? —gritó en voz alta Moreta.

*Todavía no, y tampoco contigo,* fue la réplica críptica de Holth.

*Debemos irnos a casa. Nos están esperando. Leri se preocupará por ti, y Orlith se volverá loca.*

*Lo sé,* replicó el dragón. *No puedo alcanzarlos,* añadió tras una breve pausa.

Asustada, Moreta obligó a sus pensamientos a centrarse en el confortable recuerdo de Orlith, siempre presente en un rincón de su mente y a menudo más fuerte cuando estaban separadas. Por primera vez no estaba allí, y Moreta jadeó. ¡Esto no puede estar sucediendo!, pensó cuando, de modo espontáneo, las lágrimas recorrieron sus mejillas. Una tristeza sobrecogedora la consumía.

—¡Orlith! —gritó.

Entonces vio algo que se movía, gris sobre más gris aún, con forma de dragón con un jinete sobre su lomo.

—¡Hola, ahí! —gritó una voz de hombre. Y le saludó con la mano.

Moreta se quedó paralizada por un momento, y después se secó la cara mojada con desesperación. Se trataba de una pesadilla imposible, y ahora encima oía cosas además de verlas... ¡en el *medio*!

—¡Espérame! —volvió a gritar el hombre.

Estupefacta y aturdida, Moreta esperó mientras un dragón marrón e inusualmente pequeño se detenía hocico con hocico delante de Holth. El viejo dragón adelantó la nariz y realizó el esperado toque de cortesía con un recién llegado. Después, Holth retrocedió con mucha más energía de la que había mostrado con anterioridad.

¿*Duluth?*, preguntó el dragón dorado, sorprendido.

—¿Qué ocurre? ¿Quién eres? ¿Por qué puedo oírte y verte? —gritó Moreta. El pánico volvía a alzarse en ella. La vieja reina retrocedió un paso más.

—Me llamo Marco Galliano —dijo el joven jinete con tono calmado y medido. O al menos, Moreta pensó que era joven. Tenía que ser un nuevo jinete, ya que no conocía ningún dragón marrón llamado Duluth.

—No os preocupéis, puedo ayudaros. ¿Tenéis frío? Ambos estáis tiritando.

—No es por el frío —respondió Moreta, tratando de controlar el pánico de su voz, mas, ¿qué otra cosa se puede sentir, atrapado en *medio*?

—Mira, sé que todo esto es nuevo para ti, en este lugar. Duluth y yo hacemos turnos todos los días para buscar extraviados.

—¿Hacer turnos? ¿Buscar extraviados? —repitió Moreta, incrédula. Sentía como si la grisura se cerrara a su alrededor, y se agarró a las bridas, temerosa de perder el sentido. Si se caía del lomo de Holth, se sumergiría en el *medio*. Un gemido espontáneo surgió de su garganta.

—Venga, os llevaré donde hace calor.

Su dragón se volvió.

—¡Espera! ¿Adónde vas? —gritó ella.

*Tan solo sígueme. Es fácil*, dijo el dragón.

—No sé por qué funciona —dijo Marco de manera casual—, pero siempre puedo volver a Paraíso.

Duluth despegó con velocidad, y en un momento volaba de modo tan competente que Moreta tuvo que espolear con rapidez a Holth para que hiciera lo propio. Holth se elevó con presteza, como si quisiera, al igual que Moreta, ir a cualquier lugar que no fuera aquel, no importa a dónde. La visión de Moreta volvió a nublarse mientras el pánico seguía ejerciendo su presión sobre ella. Se sentía desorientada por completo.

Volaron en línea recta durante lo que pareció un largo rato, y de repente, de modo inesperado, Marco y Duluth cayeron planeando y se sumergieron en el negro suelo del *medio*. Un agujero apareció para engullirlos, y Moreta instó a Holth a seguirlos.



Aparecieron sobre un mar muy azul, de cara a un banco de arena blanca y a la alta fronda de árboles apostada a lo largo de una orilla. El sonido del agua golpeando en la ribera tronaba en los oídos de Moreta. Duluth aterrizó en la playa, seguido de Holth, quien, suspirando mientras mantenía instintivamente las alas abiertas para absorber el calor que todos los dragones emanaban, hundió sus patas en la cálida arena. El tórrido sol golpeaba a Moreta en el rostro, y esta jadeó aliviada.

*¡Estamos a salvo! ¡Ahora podemos irnos a casa, Holth!*, gritó. Holth no le contestó. Rápidamente, Moreta trató de orientarse, pero el calor, combinado con el absoluto cansancio que sentía, era demasiado. Comenzó a deslizarse del cuello de Holth y cayó a cuatro patas sobre la arena caliente.

—Mira, ambas estáis terriblemente agotadas. Tu dragón ha tenido una idea muy buena. Vamos —dijo Marco, ayudándola a ponerse en pie con gran facilidad. Moreta quiso replicarle, decirle que Holth no era su dragón, pero su boca no podía formar las palabras. Él, con amabilidad, puso una mano bajo el codo de ella y empezó a guiarla hasta la sombra. El calor era desesperante, y de modo inconsciente se quitó la pesada casaca de vuelo. Enmudecida por la conmoción y la fatiga, se dejó llevar por Marco, mirando por encima del hombro para asegurarse de que Holth estaba cómoda sobre la arena. La vieja reina soltó un resoplido, movió los hombros, dejó caer la cola en la playa, y empezó a roncar de forma sonora.

—Aquí, siéntate un rato. Te sentirás mejor si descansas un poco. —Marco apartó algunas hojas secas de la resistente hierba que crecía bajo la sombra de los árboles.

Su mano cambió de posición, forzándola prácticamente a sentarse en el suelo. A Moreta no le quedaban fuerzas. Cuando él le quitó la casaca de sus lasas manos e improvisó una almohada sobre la hierba, ella se tumbó. Cerró los ojos y deseó que cuando los abriera, estuviera de vuelta en su propio weyr, y que todo hubiese sido un horrible sueño.

El joven y extraño jinete murmuró unas palabras amables de consuelo que ella no escuchó, ya que cayó de manera casi instantánea en un profundo sueño.

Cuando Moreta se despertó, alertada por el ruido que Holth hizo al cambiar de posición sobre la arena, Marco seguía allí. Le puso una mano en el hombro y la habló con toda la calma de un hombre de cinco veces más edad. Extrañamente, el pánico que había sentido antes de dormirse no volvió. Una sensación de tranquilidad invadía ahora sus sentidos.

—No ha sido un sueño, aunque te guste que lo fuera. Esto es real. Fuiste al medio y no saliste. Pero yo te encontré —dijo confiadamente.

Marco le hizo un gesto para que se incorporara y se apoyase en el tronco de un árbol. Moreta se dio cuenta por primera vez de que él iba ataviado con un extraño uniforme de vuelo, pero la preocupación por Holth hizo que sus ojos se desviaran hacia el dragón, el cual se reasentaba sobre la playa.

—Ella está bien —dijo Marco—. Creo que necesita calentarse también por el otro lado. Es la primera vez que se mueve desde que te has dormido, excepto para roncar. Lo cual hace muy alto, como ya sabes.

Marco era un joven atractivo, pero no se acercaba a la belleza de Alessan, pensó para sí misma. Apartó los pensamientos acerca de su amante. Esa situación terrible ya era bastante difícil de comprender sin torturarse con el pensamiento de perderlo.

—¿Dónde estamos, Marco? —le rogó—. Y, si no hemos salido del *medio*, ¿qué es todo esto entonces? —Hizo un gesto hacia la playa y el agua que golpeaba suavemente la orilla.

—Holth dice que tu nombre es Moreta y que eres la mujer Weyr de Fort —dijo con calma, mirándola con respeto—. Duluth está impresionado.

—¿De qué weyr dijiste que eras?

—No lo he dicho, porque Duluth y yo nunca hemos estado en un weyr. ¿No conoces la historia de los dragoneros? —Parecía decepcionado.

Moreta, sorprendida de ser acusada de tal modo, se lo quedó mirando.

—Por supuesto que sí.

—Entonces —replicó muy tranquilo—, ¿quién fue el primer jinete?

Ella se dio cuenta de que se había quedado boquiabierta mientras le miraba. Sabía quién era el primer jinete y... Intentó entender el concepto.

—Duluth y tú... —dijo, sacando los hechos de su memoria—. Duluth y tú fuisteis la primera pareja en ir al *medio*, para evitar una colisión con un trineo aéreo en Río Paraíso... —Hizo una pausa, mirando en derredor.

—Por supuesto, la mecánica de los viajes seguros al *medio* fue aprendida con posterioridad —continuó Marco—. Duluth y yo tan solo actuamos por instinto.

—¿Y has estado en... *medio*... desde entonces? —preguntó Moreta con un enorme nudo en sus entrañas.

—Más o menos. Me llevó un tiempo darme cuenta de que podía volver a Río Paraíso siempre que quisiera. Por supuesto, para cuando me percaté y volví allí, todo el ejército de Jim Tillek ya se había ido. Volé al este en la dirección en que sabía que se dirigían, pero nos topamos con una tormenta salvaje que casi me arranca de lomos de Duluth, así que desistí. Duluth se había lesionado un ligamento en el ala derecha. Por suerte, tenía suficiente emplaste de hierbas para aliviar la lesión. Para cuando pudimos seguir, nos imaginamos que ellos también habrían sido alcanzados por la terrible tormenta. Había incluso algunos fragmentos de barcos naufragados entre los desperdicios que llegaban a la orilla. Ningún cuerpo, que nosotros viéramos. Así que regresamos a Paraíso y lo convertimos en nuestra base. Hay algunos edificios por allí atrás. Al principio, guardaba las cosas que llegaban a la playa, por si alguien venía buscándolas. Nadie lo hizo. Más tarde, descubrí que otros fueron atrapados de la misma forma.

—¿Otros? ¿Dónde están?

—Seguramente cazando. A los dragones todavía les gusta cazar, ya sabes. Es instintivo. Pero una vez que matan a la presa, ni siquiera se molestan en comerla. Había un montón de buen ganado que se tuvo que dejar suelto después de la Segunda Travesía. No había espacio más que para el ganado de cría en los barcos que se dirigían al nuevo asentamiento. Se multiplicaron, y los gatos...

—¿Gatos? —exclamó Moreta, nerviosa.

—Sí, gatos. Los grandes felinos que Ted Tubberman crió y dejó sueltos por aquí.

—¡Oh! Pero esas son las criaturas que nos trajeron la plaga. ¡No dejes que se te acerque ninguna!

Marco rió, y el nudo de tensión que sentía Moreta en su interior se aflojó poco a poco.

—No es probable, Moreta, por dos motivos: uno, en general, tienen miedo de los dragones; y dos, no tenemos armas —y abrió las manos para demostrarlo—, así que mantenemos las distancias. ¿Cómo pudieron extender una plaga?

—Créeme, pueden —dijo Moreta—. No sé cuánta gente ha muerto, pero los Curanderos lograron desarrollar una vacuna.

—¿Cómo llegaron los gatos al norte? —se preguntó Marco.

Moreta chasqueó la lengua.

—Algunos marineros naufragados junto a la costa encontraron al animal y lo trajeron de vuelta, pensando que ganarían algún dinero enseñándolo en Gathers. Antes de que rastreáramos la enfermedad hasta el gato, ya se había infectado demasiada gente.

—¿No sabe tu gente lo que es una cuarentena? —quiso saber Marco, desconcertado.

—Por supuesto que sí, pero la plaga se extendió demasiado deprisa. Al principio, nadie sabía qué la había iniciado. Contraemos enfermedades contagiosas de vez en cuando, pero suele ser cosa de la estación, y solo afectan a un pequeño número de personas. Esta plaga afectó a casi todo el mundo.

—¿También murieron dragones y jinetes?

—Sí —replicó con tristeza—. ¿Cómo lo sabes?

—He visto unos cuantos —dijo, haciendo una mueca—. Más de los que se requieren para una Caída de la Hebra copiosa.

—¡Pero si los has visto en *medio*, entonces habrás visto a dónde fueron! —Moreta sintió una oleada de esperanza.

Él meneó la cabeza despacio.

—No sé dónde fueron. Nunca había estado allí. —Una expresión curiosa apareció en su rostro mientras hablaba. Duluth gorjeó con dulzura hacia su jinete.

Moreta se lo quedó mirando, pensando en que él y los primeros jinetes debían tener diecinueve o veinte revoluciones cuando Impresionaron a aquellos primeros dragones. ¡Marco debía tener mil quinientas revoluciones de edad! Bueno, si es que en realidad existía. Quería extender la mano y tocarlo.

—Sigo sin entender... —Su voz tembló por la incertidumbre. Sentía las lágrimas a punto de salir de sus ojos.

—¿Cómo puedo estar aquí y en *medio*? —Sacudió la cabeza—. Yo tampoco lo entiendo, pero es demostrable que así es. *Cogito, ergo sum*.

—¿Disculpa?

—Es una lengua muy antigua de la tierra, llamada latín. Se traduce como «Pienso, luego existo».

—Oh.

—Doble «oh», Moreta. ¿En qué año, quiero decir, revolución, estamos?

Moreta le miró fijamente cuando le dijo:

—Mil quinientas cuarenta y tres. Estamos casi en la Sexta Pasada.

Él movió afirmativamente la cabeza, mirando algún punto lejano en el horizonte. Un suave suspiro se escapó de sus labios.

—¿Pero *cómo* has sobrevivido?

—No estoy seguro, pero creo que el tiempo debe ser diferente en *medio*. Lo que apoya mi teoría de que es otra dimensión o nivel, o algo por el estilo.

—¿No te sientes —Moreta se detuvo, reticente a herir a aquel joven amable con su curiosidad—... solo? —preguntó.

—Tengo a Duluth. —Miró al dragón descansando junto a Holth en la arena. Cuando estableció contacto mental con su compañero, Moreta vio el brillo del vínculo en sus ojos que todos los dragoneros conocían. Aquello hizo que echara de menos a Orlith aún más.

Duluth ronroneó con afecto a su jinete, y Holth se removió un poco en las cálidas arenas.

—¿Qué os ha pasado a ti y a Holth?

—Mala suerte, mala visualización. La nuestra se puede decir que fue debida a la fatiga y a demasiados cambios de tiempo.

—¿Cambios de tiempo?

Moreta hizo una profunda inspiración, recomponiéndose antes de comenzar la historia. Mientras relataba los hechos de los últimos días, la tranquilidad creciente que la había invadido se difuminó. A la conclusión de su relato, sus emociones habían vuelto a brotar.

—Todo lo que le dije fue, «un último salto al medio, eso es todo lo que nos resta, Holth». Y entonces nos quedamos atrapadas hasta que nos encontraste. —Moreta rompió a llorar cuando recordó que no había descrito con claridad a dónde tenían que haber ido—. Nunca le dije adiós a Orlith —gritó entre sollozos.

—Y aquí es donde te ofrezco mi ayuda —dijo Marco con amabilidad, mientras cambiaba su postura para poder poner un brazo sobre los hombros de ella. La acunó con delicadeza hasta que volvió a calmarse—. ¿Repartiste paquetes en cuarenta sitios diferentes en el espacio de una mañana? —No pudo evitar sonar incrédulo—. Pero si despegar y aterrizar lleva un montón de tiempo.

—Bueno, hacemos dos horas de trabajo en una, puede que tres. Los dragones también pueden ir en *medio* del tiempo, ¿sabes?

—¿Los dragones puede ir en *medio* del tiempo? —preguntó Marco, atónito.

—Bien, como puedes ver, puede resultar peligroso y desorientar por completo al jinete. Lo ha hecho antes, e incluso hacia el futuro, pero solo porque la necesidad de combatir esta plaga lo hacen inevitable. Pero estamos cortos de jinetes. Como yo era la que mejor conocía las llanuras y los fuertes de Keroon, me ofrecí para hacer la ruta. Utilicé la posición del sol para guiarme, pero para poder hacer llegar la medicina a todo el mundo en un día, como prometí, tuve que retroceder en el tiempo. Ambas estamos exhaustas por el tiempo que hicimos en el último reparto.

Él tocaba su hombro y estudiaba su rostro con una mirada de comprensión tal, que parpadeó sorprendida.

—Marco, ¿por qué has estado aquí tanto tiempo?

Él se encogió de hombros.

—No hay más sitios a los que pueda ir o regresar.

—¿Pero no habéis intentado seguir a alguno de los otros dragones y jinetes cuando les habéis visto en *medio*? —preguntó.

—Sí, lo hemos intentado. Pero todo acaba en una grisura interminable. ¡Hemos volado durante horas, no, días! Mas siempre es lo mismo. Al principio, pensé que podía ver el otro extremo, e intentaba llegar hasta él, pero nunca pude. Siempre se alejaba tan rápido como Duluth y yo nos aproximábamos. —Hizo otra larga inspiración—. Sin embargo, a veces... veo dragones, por lo general con sus jinetes, alejándose más y más... a veces, hacia arriba... —Gesticuló con la mano hacia una dirección cualquiera, sin especificar—. No se dirigen al *medio*, porque ya están en *medio*. Se dirigen a otro destino... *más allá del medio*.

—¿Más allá del *medio*? —Un escalofrío le recorrió la espina dorsal—. Pero si no hay nada más allá del *medio*.

Un pesado silencio cayó sobre ellos, y pasó bastante tiempo antes de que ninguno volviera a hablar.

—¿Estás segura? —preguntó Marco en voz baja.

—Tú deberías saberlo. Llegaste aquí en una nave espacial, así que habrás visto todo lo que había que ver de Pern.

—Puedes creerlo. —Su tono era nostálgico—. Nos pusieron las imágenes en todas las pantallas para que pudiéramos verlas de cerca. La mayoría de nosotros estábamos despiertos, preparándonos para el aterrizaje, y no creo que muchos se molestaran en comer o dormir. No podíamos dejar de mirar. —Sus ojos refulgieron—. Más hermosa que la Tierra, bonitos océanos azules y pastos verdes, y también algunos lugares desiertos. Pero muy hermosos... ¡y *nuestros*!

—¿Y viste el *medio*?

Él le dirigió una mirada pensativa antes de negar con la cabeza, lentamente.

—El *medio* era algo que necesitamos que los dragones encontraran por nosotros. Es algo que hacen *ellos*. Nosotros no. Es su propio lugar especial.

—Los dragones van al *medio* a morir —dijo Moreta con voz inexpresiva.

—Pueden atravesar el *medio* —replicó él—, pero no quedarse allí. No hay cuerpos. He ido a comprobarlo cuando he visto algún dragón en la grisura.

—¿Estás seguro?

—Sí.

Moreta ya no estaba segura de nada, pero no dijo nada. Sabía que los dragones iban al *medio* si sus jinetes habían muerto. Sabía que, a veces, los jinetes y los dragones iban al *medio* juntos si la vida de uno de ellos se había vuelto insoportable. Su cuello chasqueó al ser invadida por una sobrecogedora sensación de urgencia.

—Tengo que estar con Orlith y devolverle a Leri a Holth de algún modo —dijo.

—Lo comprendo —dijo Marco.

—¿No dijiste que podía volver al lugar del que vine? ¿Waterhole? —Se puso en pie, sacudiéndose la arena de la ropa.

Él la miró desde abajo, casi sin expresión.

—Puedes volver a Waterhole, sí, pero no estoy seguro de que te haga ningún bien.

—Si puedo volver a Waterhole, puede que consiga regresar al Weyr de Fort.

—Él inclinó a un lado la cabeza, con una mirada irónica en los ojos.

—El problema no es ese. Verás, estás muerta.

Ella le miró con una combinación de horror e incredulidad.

—¡Por las cáscaras del huevo de mi dragón! ¿Entonces por qué estoy aquí contigo? —Ella inclinó la cabeza, mirando a Marco a los ojos con intensidad, y extendió el brazo para ayudarlo a levantarse. Este miró su mano tendida y luego, abriendo y cerrando la mandíbula, le devolvió la mirada firme. Moreta sostuvo su aliento pero no rompió el contacto visual.

—No estás con el dragón correcto. ¡Podrías irte del *medio* con Orloth, no con Holth! —dijo, y con un suave movimiento agarró el antebrazo que le ofrecían y tiró para levantarse.

—¿Y no puedo encontrar la manera de enviarle un mensaje a Leri?

Él sonrió de manera extraña.

—No creo que te viera —dijo en tono comedido—. Y no estoy seguro de que escribir un mensaje funcione tampoco.

—¿Por qué no?

Él suspiró.

—El problema es hacerlo visible.

Moreta miró desesperada el sol, el cual estaba muy cerca del horizonte.

—Ahora debo irme —dijo, poniéndose su casaca de jinete.

Estaba a punto de llamar a Holth cuando Marco puso una mano pesada sobre su hombro para evitar que se moviera.

—Debería volver y ver qué pasa —dijo, zafándose de la presa.

—¡No! —dijo él con voz firme y alta. Holth levantó la cabeza y Duluth miró por encima de esta desde donde dormitaban al sol, con un pacífico color verde en sus ojos facetados—. No os haría ningún bien. Estoy convencido de eso.

Se detuvo, más por la confusión que porque él la hubiese prevenido de nada. Moreta pensó que había algo que él sabía y que no le contaba. Marco miraba con intensidad la cara de Moreta.

—He tenido un montón de tiempo para pensar, Moreta. Más que cualquier hombre jamás. Y he empezado a creer que los dragones pueden ser inmortales. Creo que por eso estoy aquí con Duluth.

—¿Inmortales?

—Quiero decir que no envejecen como nosotros, ni sus cuerpos se desgastan. Pueden vivir cientos de revoluciones.

—Pero los dragones pueden quedar heridos en la Caída de la Hebra y enfermar —protestó Moreta, aferrándose al único hecho que podía comprender.

—Claro, pero sus organismos no degeneran, así que, técnicamente, pueden durar tanto como quieran. Por lo habitual, duran tanto como su jinete, porque el vínculo entre los dos es tan fuerte que no desean vivir una vez que el jinete se ha ido. —Marco hizo una pausa y una profunda inspiración, pugnó por encontrar las

palabras y continuó—. Los dragoneros, y supongo que los demás habitantes de Pern, tienen reglas y creencias por las que se rigen. De donde yo vine, teníamos pocos sistemas de creencias. Algunos eran muy útiles, y otros estaban en desuso. Ahora no voy a entrar en detalle. Pero por encima de todo, el principio que más apreciaba la gente de mi mundo era el de que hay una parte de nosotros que es más que huesos y sangre. —Cuando Moreta sacudió la cabeza, más confundida que nunca, él siguió hablando—. ¿No crees que todos tenemos algo que es especial, diferente? —le preguntó Marco—. ¿Una esencia que nos distingue de los demás?

—Yo no soy muy diferente de todos los demás que conozco —dijo ella, casi a la defensiva.

—Bueno, tú eres una jinete reina —dijo—, y tu esencia, o poder, y el de tu dragón están enlazados para siempre. Nunca os separaréis.

Una expresión de tortura desfiguró el hermoso rostro de Moreta. Las palabras de Marco le producían confusión. Toda su charla acerca de creencias, sangre y huesos se le hacía un embrollo en la cabeza. Necesitaba hacer algo. ¡Ya! Se temía que estaba perdiendo el tiempo.

—Ahora mismo estoy separada de mi dragón —dijo, y caminó hacia Holth—. Si puedo regresar a Waterhole, debo hacerlo ya.

Él la siguió mirando a Duluth, quien de inmediato salió de su sopor en la arena. Holth se despertó, sobresaltada, con los ojos empezando a brillar con un rojo anaranjado de alarma.

—¿Qué ocurre?

—Nada, cariño, nada, todo va bien —dijo Moreta—. Volvemos a Waterhole. Tengo que intentar reunirme con Orlich. De alguna forma, le haré llegar un mensaje a Leri para que se reúna con nosotros.

Leri. Holth repitió el nombre con un tono apenado que tintineó en su voz mental. Moreta se volvió hacia Marco.

—¿Estás seguro de que puedo hacer el viaje de vuelta?

Marco asintió despacio.

—Todos nosotros podemos volver a nuestro último punto de entrada. Y a ningún otro sitio, con excepción de a Río Paraíso, porque yo puedo guiarnos aquí. —Con un hondo suspiro, tocó el hombro de Moreta en un gesto de simpatía—. No podéis saltar ahora a donde intentasteis hacerlo *antes*. —Se encogió de hombros dentro de su desgastada casaca de jinete—. Iremos con vosotros... para guiaros.

Holth se movió con lentitud hasta que Duluth se inclinó hacia ella, tocándole el hocico. Aquello revivió a la vieja reina. Moreta hizo el resto, acariciándole el cuello y murmurándole las palabras de confianza y cariño apropiadas mientras se subía a lomos del dragón.

—Ahora, será mejor que visualices Waterhole después del anochecer —dijo él, asegurándose el yelmo y frotándolo brevemente para colocárselo sobre el pelo—. Duluth y yo os esperaremos en *medio* para ayudaros a regresar aquí.

Moreta capturó en su mente el paisaje: la forma en que las vallas se unían en un punto común a tres campos, y el fuerte a la izquierda; la manera en que el sol descendiente había reflejado chispazos en el tejado de pizarra azul grisáceo...

—Adelante—dijo Marco, mostrando los pulgares de ambas manos hacia arriba.

—Vamos a Waterhole, Holth—dijo, y la reina, resbalando un poco en la arena, logró un despegue mucho más poderoso que las últimas dos veces.

—Negro, más negro, negrísimo... —musitó Moreta por el hábito mientras sentía elevarse el cuerpo del dragón.

—Estáis listas para dejaros caer, Moreta—gritó Marco, y antes de que pudiera coger otra bocanada de aire, Holth y ella atravesaron cayendo la grisura y se encontraron en el aire fresco y límpido. Sobre ellos, Timor, la más pequeña de las lunas, empezaba a elevarse. Un animal corredor berreaba hasta el límite de sus pulmones. Era una criatura ruana de morro gris, y sus inusuales manchas relucían por el efecto de la luz de la luna. Los demás corredores del corral galopaban a su alrededor, aterrorizados y desbocados. Sin Marco y Duluth al lado, Moreta tuvo miedo.

Holth consiguió planear hacia su destino en la intersección de las vallas. Las luces cálidas y amarillentas de las lámparas del fuerte eran visibles. Moreta escuchó gritos súbitos de temor. Todas las luces se apagaron, mientras la puerta del fuerte era cerrada con violencia por quienquiera que hubiese visto el motivo de los chillidos de las bestias. Estaba a punto de azuzar a Holth para que caminara hacia la vivienda y comprobaran por qué se habían asustado tanto cuando la puerta volvió a abrirse, solo una simple rendija, y la silueta de una figura quedó enmarcada por la luz.

—¿Quién es? ¿Quién anda ahí?—Moreta reconoció la voz como la de Thaniel.

—Moreta, por supuesto, Thaniel—exclamó, pero él no parecía verla. Rusty volvió a chillar y Thaniel se volvió hacia el sonido.

—Estúpida bestia. Aquí no hay nadie.—Hizo un amplio gesto con la mano como si no viera más que espacio vacío. Un espacio vacío que Moreta estaba segura que ella ocupaba.

—¡Thaniel! Estoy aquí. ¿No puedes verme?—gritó tan fuerte como pudo, instando a Holth a que avanzara.

Rusty incrementó sus quejidos, recorriendo de arriba a abajo su prisión vallada y mostrando el blanco de los ojos por el pavor.

—¡Deja de berrear!—le bramó Thaniel a Rusty—. Los jinetes que buscaban a Moreta se han ido todos a sus weyrs. No hay señal de dragones en el cielo.

Moreta estaba atónita. Debería haber vuelto antes. Si él podía oír a esa miserable criatura, seguro que podría oír sus propios gritos. Desmontó a Holth rápidamente y corrió hacia Thaniel, para situarse justo enfrente de él. De hecho, cuando Thaniel giró la cabeza en su dirección, Moreta tuvo que dar un paso atrás para que sus narices no se tocaran. Extendió el brazo para agarrarle del brazo, y Thaniel sintió de inmediato un escalofrío evidente que le recorrió desde sus polvorientas botas hasta su pelo largo.

Murmuró algo que Moreta no pudo oír y se abrazó a sí mismo.

—¿Me ha alcanzado la plaga, después de todo?—exclamó en voz alta.

—No, viejo idiota. Intento hacer que me veas—contestó Moreta. Pero él no parecía escucharla, aunque Rusty continuaba berreando y dando vueltas



al corral, sobresaltando al resto de los animales. Thaniel se dio la vuelta de repente, temblando, y corrió de vuelta a su casa, dando un fuerte portazo detrás de él.

—Marco tenía razón. ¿Cómo voy a comunicarme con él si no me ve ni me oye? —exclamó Moreta mientras regresaba a Holth y montaba sobre la espalda del dragón.

A la luz de la ventana frontal del fuerte, Moreta vio que Thaniel seguía con los brazos sobre su cuerpo, en clara postura de protección ante el miedo.

*No nos ve, Moreta, dijo Holth con tristeza. Fuimos al medio pero nunca llegamos.*

*Ahora, Holth, piensa con intensidad en el Weyr de Fort, y llévanos allí. Piensa en la cadena montañosa que hay detrás del weyr. Piensa en el saliente sobre el que tanto yaces, protegiendo a Leri. Piensa en el hogar, Holth. Llévanos allí.*

La última frase de Moreta era un deseo, además de una orden. Sacando fuerzas de lo más profundo de su interior, Holth saltó con las alas golpeando de forma valiente detrás de su cuerpo, y se fueron al *medio*. Estaba frío y... gris, pero la gelidez no les llegaba hasta los huesos, como antes. Y la letanía de Moreta no hizo nada por asegurarle que aparecerían sobre el ocaso del Weyr de Fort, junto al familiar sistema montañoso, la cuenca y los salientes donde los dragones se tumbaban a tomar el sol.

Un gran escalofrío recorrió la nuca de Moreta, y su espina dorsal hasta los pies. Se inclinó hacia el cuello de Holth, sintiendo el calor del dragón a través de los guantes y la mejilla que puso contra su piel. Seguían en *medio*, y la grisura les rodeaba, fundiéndose en la distancia con el negro.

—No ha habido suerte, ¿eh? —Marco apareció delante, con Duluth.

—Thaniel hablaba consigo mismo, o puede que con su aterrizado corredor. Dijo que habían ido jinetes a buscarme —dijo, tratando de contener el pánico que teñía su voz—. Pero no me veía. —Volvió a temblar.

—Entonces volvamos a Río Paraíso: allí hace más calor. Pensaremos qué podemos hacer —dijo Marco con un aire de optimismo en la voz.

—¿Qué quieres decir? —Moreta intentó eliminar todo rastro de tensión en su tono.

—Has dicho que Thaniel hablaba consigo mismo, o con su corredor. ¿El animal estaba atemorizado? —Moreta asintió—. Aunque Thaniel no te viera —continuó Marco—, quizá su corredor sí. Si continúas volviendo a Waterhole y aterrizas al pobre animal, Thaniel podría empezar a preguntarse la razón. —Sonaba como si sus palabras contuvieran una especie de divertimento privado.

—¿Seguir volviendo a Waterhole? —repetió Moreta—. ¿Por qué?

—Deja que me explique. En la Tierra, algunas personas creían que veían la «esencia», por así decirlo, de las personas que habían muerto. Algunos hasta afirmaban que la «esencia» o «fantasma» volvían, una y otra vez, a su lugar favorito. —Hizo otra pausa mientras Moreta le miraba sin comprender—. Los fantasmas, decían, aparecían para que los vivos cumplieran su misión.

—No sé una palabra sobre fantasmas. Pero sí sé que no quiero ir por ahí asustando a la gente —dijo ella, dogmática.

—¡Por las campanas del infierno, mujer, ya casi has hecho la mitad del trabajo! Has asustado al animal corredor, y posiblemente has aterrorizado a Thaniel también. ¡Saben que estás muerta! Tienes que seguir yendo.

—¿Qué?

—Sigue yendo y puede que Thaniel te vea. Entonces quizá encuentres el modo de hacerle saber lo que quieres. Es la única opción que se me ocurre de que puedas reunirte con tu dragón.

—¿Debo volver ahora mismo?

—*Hmmm*, no, no creo. Deberías volver a la misma hora todos los días... o noches, mejor. De otra forma, Thaniel creará que su animal está loco. Vuelve mañana a la misma hora. Ahora, Holth y tú deberíais volver a la playa.

Moreta no imaginaba cómo iba a funcionar el plan de Marco, pero no obstante lo siguió. Marco condujo a su dragón hacia arriba, y luego, con toda la seguridad de un jinete experto, apuntó hacia abajo y desapareció a través del irregular suelo del *medio*.

—Cansada, sí, debía de estar muy cansada —dijo Leri, y Kamiana se preguntó cuántas veces habría repasado la anciana mujer Weyr los trágicos hechos que la habían dejado sin su amado dragón. Esta tragedia había envejecido de manera terrible a la mujer—. La plaga fue tan virulenta, y estamos tan escasos de dragones y jinetes... Orlith se estaba ocupando de sus huevos y yo estaba débil, por el dolor de mis articulaciones. Ambas quisieron completar el reparto, y yo les animé a ello. Pero —y ahora sus ojos brillaron con rabia, además de lágrimas— tenían que haber vuelto a Fort.

Leri gimió y cogió la taza que siempre tenía cerca de su mano derecha, espantosamente retorcida. Suspiró antes de beber un largo trago. Esperó a que empezara a calmarse el dolor.

—Estoy deseando con todas mis fuerzas que todo esto se acabe —dijo Leri débilmente—. Estoy cansada de este viejo cuerpo. Orlith dice que si aguanto hasta que su nidada esté lista para eclosionar, ella me llevará al *medio*.

Kamiana inclinó la cabeza; no tenía palabras de réplica. Se sentó en silencio, con una mano amable sobre el brazo de Leri.

A lo largo del corredor de piedra que conducía a las dependencias de Leri se escucharon unos pasos, y Kamiana oyó que alguien se aclaraba la garganta. Se levantó en silencio de su asiento junto a la cama de Leri y se dirigió a la puerta.

—Hemos venido a ver a Leri —dijo Sh'gall. Hizo un gesto hacia Desdra, Lidora, Levalla y el Maestro Arpista Tirone, todos ellos de pie en silencio detrás de Sh'gall, con la preocupación y la ansiedad claramente estampadas en sus rostros.

—Por favor, pasad. —Kamiana les franqueó el paso—. Se encuentra débil por el dolor, cansada de vivir, aunque creo que vuestra visita será bienvenida... para ayudar a pasar el tiempo... —Condujo al grupo hasta la habitación de Leri, y la anciana mujer Weyr les saludó con un vaivén de la mano.

—Me he estado regañando a mí misma —le dijo Leri a los reunidos a su alrededor—. No debería haber instado a Moreta y a Holth a repartir esas vacunas. Altas Extensiones tenía que cubrir Tillek y los pequeños fuertes de las llanuras de Telgar. Pero M'tani se negó, así que repartimos la carga restante. Con todas las reinas entrando y saliendo del Weyr, Orlith se puso defensiva con sus huevos y no quería dejarlos... —Hizo una pausa, ya que el terrible dolor de su pérdida hacían imposible que continuara.

—Y Holth —prosiguió Kamiana por ella, inclinando la cabeza en señal de deferencia— se presentó voluntaria.

—Por mi culpa —dijo Leri con aspereza, y Kamiana asintió con respeto—. Holth dijo que podía hacerlo. Sabía que yo estaba dolorida por nuestros viajes de esa mañana, y estaba deseando ayudar a Moreta a terminar la entrega. ¡Insistió! —Frució el ceño ante el recuerdo—. Y le di mi bendición. —Las lágrimas anegaron sus ojos y resbalaron por su rugosa faz hasta que Kamiana pasó por ella un pañuelo suave—. Holth puede ser vieja, pero estaba segura y preparada.

Kamiana intercambió miradas con Tirone y Desdra. Nadie sabía con exactitud lo que le había ocurrido a Moreta y a Holth. Cualquiera que fuese el motivo, ambas habían desaparecido.

Leri enderezó sus hombros encorvados, pues no quería que los demás pensasen que su última afirmación fuera de crítica.

—No es que Moreta no fuese una de las mejores jinetes de nuestro weyr. ¿Recordáis la ocasión en que salvó a Kordeth cuando tenía las alas tan chamuscadas? Ella y Orlith se acercaron tanto a la pareja que V'sen solo tuvo que saltar sobre el lomo de Orlith desde su dragón. Y también fueron capaces de dejar a Kordeth sobre el suelo. ¡Nadie, excepto un dragonero de alto nivel, podría haberlo hecho!

Todo el mundo estuvo de acuerdo: aquel rescate en medio del aire había sido un absoluto triunfo. Tanto el jinete como su dragón azul seguían sirviendo al weyr.

Leri manoseaba las sábanas de su cama, con las lágrimas colgándole de los ojos.

—¿Perderé para siempre a Holth, Orlith y Moreta? —La mirada de súplica de la anciana jinete reina era demasiado para el aplomo del grupo reunido. Los hombres cambiaron el peso de pie y las mujeres se limpiaron los ojos con rapidez; Kamiana no era la única persona pugnando por no llorar.

—Es algo en lo que he pensado a menudo —dijo Sh'gall en voz baja—. Cuando nuestras vidas como dragoneros llegan a su fin, ¿vamos con nuestros dragones a algún otro sitio, o esto es todo lo que hay?

—Me gusta pensar que hay algo más, en alguna parte —dijo Leri, melancólica, entre un torrente de lágrimas—. Otro aspecto de esta vida. Pero solo soy una estúpida vieja, a la espera de su ansiado *medio*.

—Con respecto a eso —se aclaró la garganta el Maestro Tirone, balanceándose sobre sus talones mientras asumía un tono académico—, solo sabemos que hay una zona de vacío que separa lo de aquí de lo de más allá. Pero hay más... —Hizo una pausa dramática—. Más de lo que nunca sabremos. Otra dimensión, quizás, a través de la cual solo pueden viajar los dragones.

—¿Otra dimensión? —Lidora parecía sorprendida.

—Las dimensiones tienen altura, anchura y largura. El *medio* puede tener semejantes características.

—Pero no lo sabemos, ¿verdad? —dijo Levalla, la mujer weyr de Benden, con voz confusa.

—No, no lo sabemos y tampoco sé cómo se aplica a esta... situación —dijo Sh'gall.

—¿Ha oído Orlith a Moreta? —dijo Tirone esperanzado, moviendo su cabeza para mirar en dirección de la Sala de Eclosión.

—Dice que no —replicó Leri—. Le pregunté antes —añadió en un tono que le sugirió a Tirone que no debería haber supuesto que Orlith no había sido consultada—. Está destrozada. —Leri suspiró profundamente—. Orlith y yo no iremos al *medio* tan pronto como los huevos estén listos para eclosionar.

Se produjo una furiosa protesta por parte de todos.

—¿Y por qué iba a quedarme? —preguntó Leri cuando Sh'gall pidió silencio con la mano—. De todas formas ya lo tenía planeado. Sin mi propio dragón, no tengo razón para quedarme, y sí para irme.

—Querida Leri, si tu dolor ha empeorado, puedo incrementar la dosis de jugo de fellis en tu taza —dijo Desdra, pero Leri le miró a los ojos.

—No tienes un remedio lo bastante fuerte para aliviar mi pérdida de Holth —dijo, casi enojada—. No es hora de lamentaciones —añadió mirando a Lidora, quien lloraba abiertamente—. Hay un huevo reina que eclosionar, y otros veinticuatro. Son nuestro futuro, y merecen todo nuestro cuidado y devoción. Vuestro cuidado y devoción. —Contempló con gesto severo a Kamiana, cuyos ojos estaban empañados por lágrimas que no acababan de caer. La mujer weyr más joven abrazó con delicadeza a la anciana, con cuidado de no aplastar su maltrecho cuerpo.

—Tienes más coraje que todos nosotros, querida Leri.

La segunda noche que Moreta y Holth regresaron a Waterhole, aquella intentó una nueva táctica. Desmontando, se dirigió directamente a la potrera de Rusty, donde este se erguía con las cuatro patas extendidas mientras bramaba su habitual anuncio acerca de la proximidad de un dragón.

—¡Buh! —gritó Moreta, saltando la valla en dirección al corredor.

Soltando un berrido estridente que hizo que Moreta se agarrara más fuerte a la parte superior de la cerca, Rusty retrocedió, salpicando fragmentos de tierra en todas direcciones en sus ansias por huir.

Al oír el estrépito, Thaniel apareció en la puerta de entrada. Rusty se elevaba sobre sus patas traseras y golpeaba con los cascos delanteros una amenaza que solo él podía ver.

Ahora que Moreta tenía audiencia, dio varios pasos atrás y se detuvo muy quieta, a la espera de que Rusty se calmara. Entonces, consciente de que Thaniel podría volverse al interior, corrió de nuevo hasta estar justo enfrente del hocico de Rusty.

—¡Buh! —gritó otra vez. El animal relinchó, retrocediendo tan rápido como se lo permitían sus patas. Moreta volvió a retroceder, lo que confundió tanto al

tembloroso y viejo animal que se quedó paralizado por el miedo de ver qué sería lo siguiente que haría ella.

Pateó el suelo que tenía delante, como si la retara a acercarse. Pero fue Thaniel el que se acercó y llamó al corredor.

—Bien. ¡Rusty, haz tu trabajo! —gritó Moreta—. ¿Ves a Holth allí? Siempre chillas cuando hay dragones en las cercanías. ¡Deja que te oiga la vieja Holth!

Holth se movió desde donde estaba. Aquello fue la chispa. Rusty casi se sentó sobre sus cuartos traseros en su intento por poner distancia entre él y lo que sus instintos le decían que era veneno para su existencia. Dio algunas coces como protesta por la presencia del dragón.

Moreta vio la expresión de incredulidad del rostro de Thaniel.

Pero todo lo que hizo fue darse la vuelta y volver a su fuerte.

Moreta creía que Rusty había sentido su presencia y que la había mirado a ella, no a través de ella. Tenía que haber alguna manera de que Thaniel comprendiera lo que quería.

Aquella vez, Marco no la estaba esperando en *medio*. Le llevó unas cuantas bocanadas profundas de aire amortiguar su preocupación, pero al frío que ya sentía se le añadió una punzada de temor.

*Holth, ¿sientes a Duluth en las cercanías?*

La preocupación de Holth dobló la de Moreta. ¿Qué les ocurriría si se veían obligadas a quedarse en *medio*? ¿Dónde estaba Marco?

*Holth, ¿puedes llevarnos a Río Paraíso?*, preguntó Moreta, sabiendo ya la respuesta.

*No, fue la lúgubre réplica. Si pudiera ir al medio como solía hacer sin problema, podríamos llegar en un vuelo directo, pero es un camino muy largo desde Waterhole.*

Moreta empezó a tiritar, ansiando el vivificante calor de Río Paraíso. ¿Qué harían Holth y ella si Marco no venía?

De súbito, sintió movimiento en el aire a su derecha, y una figura oscura se aproximó a ellas.

—Lo siento. No habéis estado tanto tiempo como pensé —dijo Marco.

—¿Dónde estabas? —exigió ella—. Estaba asustada —añadió después, arrepentida.

—Ah, Moreta, sabes que no te dejaría aquí. —Marco hizo un gesto que abarcó toda la oscuridad a su alrededor—. Fui a comprobar un movimiento que vi. —Apuntó por encima de su hombro en la dirección de la que venía—. Nada. —Se encogió de hombros—. Siento haberos asustado a ti y a Holth.

Con un gesto de asentimiento, ella aceptó sus disculpas.

—¿Y cómo os fue la aparición de hoy? —preguntó Marco cuando ya habían aterrizado en la ensenada de Río Paraíso.

—¿Aparición?

—Es la palabra que utilizábamos en mi mundo de origen para describir lo que tratáis de hacer.

—Oh, ya veo —replicó, y procedió a relatar lo ocurrido. Él se divirtió mucho con lo del «¡Buh!» a Rusty, y la regañó por tratar así a un pobre animal—. Ahora mismo, estoy encantada de que nadie me vea. —Se frotó la cara—. Si tan solo pudiera darle un mensaje a Thaniel...

Ambos estaban observando cómo sus dragones se revolcaban en las blancas y cálidas arenas. Él le hizo un gesto a ella para que se sentara en las rocas que rodeaban un agujero donde, según Marco le contó, encendía un fuego todas las noches porque era consolador.

—Si consigo que me vea una sola vez, Marco, podría darle un mensaje de algún tipo —dijo mientras removía la arena con una vara rota y chamuscada.

—Me pregunto cómo podría hacerse.

—Algo tiene que servir. No puedo «aparecerme» por siempre. Se supone que Thaniel es más listo que Rusty.

Marco se inclinó y le cogió el palo de la mano. Con su extremo, escribió una gran M en la arena.

—Nunca me había pasado esto antes. Ningún jinete se había quedado atrapado en *medio* con el dragón equivocado. —Se enjugó los ojos y continuó—. En realidad no sé si funcionaría, pero puedes intentar escribir un mensaje para Thaniel en el suelo. ¿Qué quieres decirle?

—Trae a Leri. Moreta.

—Es corto, dulce, y va al grano. Esperemos que lo vea —dijo Marco.

Y así, Moreta volvió una y otra vez, todas las noches a la misma hora, hasta que se convirtió en una rutina tal que Thaniel salía de su fuerte para plantarse junto al corral de Rusty como si la estuviera esperando. Y cada anochecer, Moreta llevaba a cabo las mismas tácticas para asustar a Rusty y escribía su mensaje en el suelo. Para Moreta, era obvio que el corredor la veía, ya que la miraba directamente mientras escarbaba su mensaje en la tierra, pero Thaniel seguía mirando a través de ella, ignorante ante el mensaje que quería que viera.

Para la quinta noche, estaba al límite de su paciencia cuando la luna llena, de repente, relució entre las nubes barridas por el viento, remarcando su silueta lo suficiente para que Thaniel la viera mientras escribía en el suelo.

—¡Moreta! —jadeó el anciano, para después correr, gritando tan fuerte como Rusty, entrar en el fuerte y cerrar de un portazo.

—Creo que ahora ya lo tengo —dijo ella con gran satisfacción mientras volvía a montar en Holth.

*¿Cuánto tiempo tendremos que seguir haciendo esto, Moreta?, preguntó Holth, quejumbrosa.*

*No mucho más, Holth. Acarició con afecto el cuello del viejo dragón. Volvamos al medio con Marco.*

Después de que Marco las guiara hasta la ensenada de Río Paraíso, ella le contó sus progresos.

—Probablemente le has asustado tanto que crea que se está volviendo tan loco como su animal corredor. —Marco sonrió—. Creo que ya casi lo has logrado.

Fue el propio Jefe de Corredores el que llevó el mensaje de inmediato al weyr, para Leri de parte de Thaniel del Fuerte de Waterhole. Todo el mundo lo leyó: «Viene todas las noches a la misma hora, justo después de la puesta de sol, cuando oscurece. Pregunta por Leri. ¿Qué puedo hacer?»

—¡Ja! ¡Somos estúpidos! —dijo Leri, mordaz—. ¡Orlith! ¿Están tus huevos lo bastante duros ya?

Un retumbar resonó desde la Sala de Eclosión, procedente de Orlith, quien seguía confeccionando un montón de arena apropiado para situar su huevo reina más alto que el resto. Se movía tan despacio y con tanto cuidado que parecía que situaba cada grano de arena en su lugar de forma individual. Sin embargo, aquello hacía que observar durante mucho tiempo su tarea resultara patéticamente triste.

—Es su manera de pasar el tiempo —había señalado Leri cuando se lo contaron.

Agradeció al Jefe de Corredores la entrega personal y le entregó un crédito del Artesonado de Arpista por las molestias.

—Un placer, mujer weyr. ¿Puedo enviar una contestación de vuestra parte?

—Eso sería muy amable por tu parte —dijo Leri con gran dignidad, mientras el Jefe de Corredores se apresuraba a sacar un pequeño cuaderno y algo para escribir—. Dale las gracias y dile que estaremos allí pronto. No podemos hacer nada hasta que Orlith decida que los huevos están listos para eclosionar. Muchas gracias por sus molestias.

El Jefe de Corredores hizo una inclinación mientras salía del weyr.

Fue una mañana antes de amanecer, no mucho después, cuando Orlith informó a Leri de que los huevos eclosionarían ese mismo día. Con suaves golpes de sus alas, hizo rodar su huevo reina hasta su montículo especial, mientras Leri aguardaba en su weyr, ataviada con sus mejores ropas de abrigo.

—No es que estas prendas sirvan de mucho en *medio* —apuntó a su cáustica manera. Cojeó hasta la entrada del weyr sin mirar atrás. Levantó la vista hacia el cielo; pronto tendrían un magnífico amanecer—. El día perfecto para comenzar el resto de mi viaje —dijo—. Espero que este día no se estropee con alguna tristeza innecesaria, Orlith. El Día de la Eclosión es para mirar el futuro, no para lamentar el pasado.

Thaniel se había quedado aquel día en el Fuerte de Waterhole para hornear pan. Necesitaba mantenerse ocupado. Todo el asunto le había vuelto blanco el pelo pero, sin embargo, cuando el Jefe de Corredores le trajo la contestación de Leri, sintió que su terrible experiencia terminaría pronto. Ignorando las súplicas de sus hijos de que se les uniera en las rondas para comprobar el ganado, Thaniel estaba decidido a permanecer en el fuerte a la espera de Leri. Por sugerencia de su padre, Maynar ensilló a Rusty y se lo llevó con sus hermanos.

Sin Rusty por allí, Thaniel no se dio cuenta de que un dragón y su jinete habían aterrizado cerca del abrevadero. Pero cuando levantó la vista de su tarea, vio al gran dragón dorado, y a Leri acurrucada entre pieles sobre su lomo. Con presteza, cogió un pedazo de pan caliente recién hecho y una taza de klah para la mujer weyr, quien se lo agradeció y comió de buena gana. A Thaniel le dolió ver lo retorcidos que estaban los dedos de la anciana y lo torpe que se había vuelto su cuerpo.

—Si hay algo más que pueda hacer por ti, mujer del weyr, no tienes más que llamarme y acudiré —dijo Thaniel.

—Estoy bien así —le replicó Leri con sus maneras bruscas, devolviendo la taza vacía al señor del fuerte.

Thaniel volvió a su trabajo, pero mantuvo un ojo puesto sobre la pareja a través de la ventana, mientras amasaba la segunda hornada. Estaba limpiando los restos de harina de la mesa cuando se dio cuenta de que el sol comenzaba a ponerse, así que sirvió otra taza de klah, y se preguntó si debería sacar otra para llevarle a la anciana jinete antes de percatarse de que ya había servido dos. Le llevó una a Leri, quien le agradeció sus atenciones, pero bebía tan despacio que Thaniel, al que le dolía la pierna mala de estar todo el día cocinando, volvió a la casa para descansar por lo que pudiera ocurrir en aquel día tan inusual.

Cerca de una hora después, el segundo dragón apareció. Thaniel dejó escapar un profundo suspiro al escuchar los gritos de entusiasmo de la mujer, y el estruendo ruidoso de los dragones.

La reunión trajo lágrimas a los ojos de Thaniel, quien miraba desde la puerta. Moreta saltó de lomos de Holth y corrió hacia Orlith. Acarició el cuello de su reina, tocando el pálido cuello dorado con gran ternura mientras miraba con adoración los ojos facetados que brillaban, azules por la felicidad. Leri dejó caer la taza y caminó tan rápido como fue capaz para encontrarse con Holth; abrazó el cuello de su dragón con fervor, como lo haría un dragonero con una montura recién Impresa. Más tarde, Thaniel diría que pensaba que se le iba a romper el corazón, ante el alborozo de la anciana mujer Weyr.

—Pensé que no volvería a verte, cielo —dijo Leri entre lágrimas de alegría, mientras sus dedos recorrían la textura de las barbas de Holth.

Las dos mujeres Weyr hablaron en voz baja entre ellas, bajo las primeras luces de la luna. Thaniel nunca supo lo que hablaron, pero cuando vio a Leri sentada, con dificultad, sobre su dragón, se apresuró a acercarse a ellas.

—Gracias, Thaniel, por tener la agudeza de saber lo que necesitábamos. Los Weyrs siempre os estarán agradecidos a ti y a tu familia, al igual que Orlith y yo. —La voz de Moreta, aunque débil, estaba llena de calidez mientras se dirigían al viejo señor, y de respeto. Luego volvió su atención a Leri.

—Ahora estamos bien emparejadas —dijo con un aire de intensa satisfacción.

En ese momento, Orlith subió la cabeza de repente y movió los ojos en dirección al Weyr de Fort. Soltó un bramido triunfante, repetido por Holth.

—¡El huevo reina ha eclosionado; su nombre es Hannath y su jinete es Oklina!  
¡Oh, estoy muy contenta! Las buenas nuevas hacen más fácil el viaje más largo.



—¿La hermana menor de Alessan ha Impresionado? —dijo Leri—. Te dije que había sangre dragonera en el Fuerte de Ruatha.

—Bueno, estoy encantada —dijo Moreta. Cuadró sus hombros, apartando otros pensamientos de su cabeza. Ahora no podía pensar en Alessan. Se volvió hacia Leri—. Podemos irnos juntas, tú y yo, Orlith y Holth.

Puso a su dragón en movimiento.

—Solo un salto más al *medio*, Orlith —dijo—. Y eso es precisamente lo que quiero decir.

El dragón asintió una vez y, alejándose de Holth, trotó unos pasos para tomar impulso. Holth iba justo detrás de ella, y pisó con una pata la taza de klah que Leri había dejado caer, esparciendo los pedazos. La vieja y cansada reina consiguió saltar del suelo y quedarse en el aire, instada por su propia y ansiosa jinete. Ambos dragones estuvieron pronto a bastante altura, y sus alas se movían en un ascenso magnífico. Enmarcadas por la luz de la luna llena, las dos jinetes reina levantaron sus brazos derechos por encima de las cabezas, rasgando el aire con sus puños cerrados. Thaniel contuvo el aliento y, de súbito, ambos dragones desaparecieron en *medio*.

Thaniel les deseó buena suerte, y sus lágrimas por fin salieron. Se inclinó para recoger el asa de la taza, que era todo lo que quedaba. Se sentía en paz por primera vez en muchas revoluciones. Quizá sí que hubiese otro lugar al que ir al final; algún sitio que aún no conocía. Algún destino donde pudiera volver a ver a su amada esposa. Deslizó el asa rota en el bolsillo de su delantal y le dio una palmadita... Algo para recordar a Moreta.



# LA SAGA DE LA FRACTURA

RAYMOND E. FEIST



# LA SAGA DE LA FRACTURA

Raymond E. Feist

LA SAGA DE LA FRACTURA

Mago: aprendiz (1982)

Mago maestro (1982)

El espino de plata (1985)

Una oscuridad en Sethanon (1989)

El bucanero del rey (1989)

La saga de la Fractura de Raymond E. Feist comienza con las aventuras de dos chicos, Pug y Tomas, que desean mejorar la baja condición de sus vidas. Pug desea convertirse en mago, Tomas en un gran guerrero. Ambos logran su sueño a través de factores externos y de sus propias habilidades naturales; Pug es secuestrado durante la Guerra, se descubre que tiene talento para la magia, y es muy bien entrenado. Tomas se encuentra con un dragón moribundo que le da una armadura imbuida con una magia arcana, lo que le transforma en un guerrero con un poder legendario.

Mientras Pug y Tomas experimentan sus transformaciones y controlan cada vez más los poderes que les han sido concedidos, el ámbito de la novela se extiende para revelar más sobre los dos mundos en los que tiene lugar el conflicto conocido como la Guerra de la Fractura: Midkemia y Kelewan. Midkemia es un mundo joven, vibrante y lleno de conflictos, mientras que Kelewan es antiguo y está atado a las tradiciones, aunque no libre de problemas. Los beligerantes tsurani, de Kelewan, han invadido el Reino de las Islas de Midkemia para expandir su dominio y conseguir los metales comunes en Midkemia pero raros en su hogar. La única vía franca entre estos mundos es una Fractura mágica, y a través de ese portal en el espacio-tiempo los invasores han establecido un asidero en el Reino. Poco a poco, Tomas descubre que ha sido investido con el poder de un valheru, una de las criaturas místicas legendarias en Midkemia. Los Señores de los Dragones eran seres casi divinos que una vez les hicieron la guerra a los propios dioses. La acción en la trilogía llega a su clímax en *Una oscuridad en*

*Sethanon*, con la resolución de la guerra entre el Reino y los tsurani invasores, Tomas ganando el control de la magia ancestral que quería conquistarle, y Pug regresando al hogar de su niñez.

Feist ve Midkemia como un mundo virtual y objetivo, aunque sea ficticio. Considera todos los relatos situados en Midkemia como novelas históricas y leyendas de este fantástico reino. *El mensajero* es una historia emplazada en medio de la saga de la Fractura, cuando la guerra se ha convertido en una lucha en un frente permanente.

## EL MENSAJERO

El viento combaba los árboles.

Sus ramas se balanceaban y crujían en protesta al tiempo que las últimas hojas marrones del otoño eran arrancadas. El susurro de los pinos y los abetos mientras sus ramas cargadas de agujas parecían quejarse, eran un triste presagio de las largas noches de invierno y los gélidos días que se aproximaban con rapidez.

En el exterior de las tiendas de mando, los soldados se arracimaban junto a las hogueras. Puede que la nieve tardase semanas en aparecer, pero la mayoría de los hombres del lugar podía sentir que llegaba el invierno antes de tiempo. El frío atravesaba sus casacas enguatadas como una cuchilla de hielo. Los soldados, que se habían puesto todas sus prendas de ropa interior además de dos o incluso tres pares de calcetines, metiéndose las botas a la fuerza, se quejaban de tener los dedos entumecidos cuando sus pies se mojaban. Los del lugar sabían que iba a ser un mal invierno. Muchos volvían sus ojos hacia el cielo, anticipando los primeros copos que seguro caerían pronto. El invierno llegaría antes de tiempo, sería duro y duraría mucho.

Las estribaciones de las montañas de las Torres Grises rara vez se apiadaban de los hombres sorprendidos a descubierto cuando el clima cambiaba de repente, y los soldados del Reino de las Islas iban equipados para enfrentarse con cualquier cosa, excepto con la más cruel de las estaciones. Esperaban estar de vuelta en las ciudades de la provincia de Yabon cuando la furia del invierno se hubiese desatado, metidos en sus casas o barracones, al calor de la chimenea y protegidos de la nieve que se amontonaría en sus ventanas. Pero los veteranos experimentados sabían que a menos que el tiempo cambiase a mejor enseguida, las columnas de soldados que dejaran el frente marcharían por altos y estrechos ventisqueros en su intento de alcanzar la ciudad de LaMut, Ylith y Yabon. Algunos de los heridos que podrían hacer el camino a casa en una estación más normal probablemente no sobrevivirían a la marcha.

Alrededor de todo el campamento se estaba generando una sensación de presagio, ya que era seguro que los duques que comandaban esta guerra se darían cuenta de que un invierno prematuro y severo caería pronto sobre ellos y el combate se detendría. El jefe de cocina, sus cocineros y ayudantes, el intendente y los chicos que se encargaban de inspeccionar las escasas armas restantes y las ropas disponibles para los soldados... Todos se detenían de vez

en cuando para mirar el cielo, presentir el clima inmediato, y preguntar si era el momento de volver a casa. El armero sostenía una coraza de caballero mellada para ver qué se podía hacer para repararla, mientras su aprendiz provisionaba de carbón la fragua; ambos se preguntaban si la armadura haría falta, ya que era hora de irse, ¿no? Los soldados heridos en las tiendas de la enfermería, los caballeros en sus tiendas y los mercenarios con sus petates y fardos que dormían donde podían encontrar un sitio... Todos se preguntaban, ¿no es hora de volver a casa?

En el interior de la tienda de mando, Vandros der LaMut miraba las órdenes que acababan de llegar y asentía. Miró a su capitán, Petir Leyman, y dijo:

—Nos vamos a casa para el invierno. Órdenes de los duques Brucal y Borric.

—Justo a tiempo —dijo el esbelto capitán. Se sopló las manos para dar más énfasis, aunque sus guanteletes reforzados mantenían sus dedos lo bastante calientes. Luego sonrió—. Me aseguraré de que tenemos reservas de leña de sobra en el castillo, señor. —Perdió la sonrisa—. Parece que se aproxima un mal invierno.

El conde de LaMut miró por la abertura de la tienda, más allá del brasero que le protegía del frío, y dijo:

—Tendremos mucha nieve que apartar para cuando me llame el comandante Muster desde Yabon. —Suspiró de manera apenas audible, pero sintomática—. Suponiendo que pueda llegar allí. En efecto, parece un invierno muy duro.

Leyman asintió.

Vandros se levantó y dijo:

—Necesito que un mensaje cabalgue hasta las posiciones de vanguardia. —Se acercó hasta el mapa de campaña y señaló—. Estas tres posiciones, Gruder, Moncrief y Summerville. —Su dedo aplastó cada localización—. Necesito que se retiren en orden. Hace el frío suficiente como para que los tsurani hagan lo propio hasta sus propios refugios invernales.

—Es una suposición peligrosa, mi señor.

—Estoy de acuerdo, pero nunca se han movilizad contra nosotros una vez que las nieves empiezan. Allí sufren tanto frío como nosotros aquí, y han estado por la zona lo suficiente para saber que la nieve está a solo unos días. Se retirarán a sus propios campamentos de invierno.

—Podrían hacernos un favor a todos y quedarse allí hasta la primavera, mi señor.

Vandros asintió.

—Informa al maestro de armas Argent de que empezamos la retirada. Yo iré detrás con la retaguardia. Y dile a quien envíes que tenga cuidado —añadió Vandros—. Tengo un informe sobre una patrulla minwanabi que se ha equivocado de camino y se ha perdido al este del Camino Real, al norte de LaMut. Nadie sabe con seguridad dónde han ido, pero es fijo que aparecerán en el momento más inoportuno.

—Sí, señor —dijo Leyman.

—Y envíame un mensajero —añadió cuando el capitán dejaba la tienda.

Vandros reflexionó mientras esperaba al mensajero. Había sido un joven oficial en la corte de su padre, capitán de caballería ligera, la unidad de soldados más



rápida de Yabon. Vandros recordó con una sensación de envejecimiento la severa educación que los tsurani le habían proporcionado. Después de años de sangrienta guerra, toda ilusión de gloria en la batalla se había esfumado.

Los tsurani, alienígenas de otro mundo (aunque a más de un noble del reino le había costado mucho tiempo aceptar la realidad del hecho), habían alcanzado el mundo de Midkemia a través de una fractura, un portal mágico que atravesaba el espacio, que les trajo al Reino de las Islas. La fortuna quiso que aterrizaran en un valle alto de las montañas de las Torres Grises. La buena noticia era que aquello dificultaba para los tsurani la tarea de atacar rápidamente desde el valle. La mala era que resultaba imposible para el Reino echarles de su fortaleza, arriba en las cumbres.

Luchadores implacables y despiadados, los tsurani llevaban armaduras de brillantes colores fabricadas con algún material alienígena, hueso, cuero o lo que fuese, desconocido en Midkemia, que tenía una dureza cercana a la del metal. Habían atacado sin previo aviso la primera primavera de la guerra, siete años atrás, arrasando desde las montañas una gran zona del Reino de las Islas y de las Ciudades Libres de Natal.

La guerra había sido una verdadera partida en tablas durante sus siete años, desde la primera campaña. Vandros meneó la cabeza de modo imperceptible mientras pensaba en la contienda, en apariencia interminable. Había sido conde durante cinco de esos años, y las cosas habían ido de mal en peor. Tres años atrás, los tsurani habían lanzado una ofensiva contra Crydee, al oeste, en un intento por arrebatárle al Reino toda la Costa Lejana, atacando desde su fortaleza más septentrional, pero el asedio había fallado. Desde entonces, tablas.

El coste de mantener el ejército era asombroso, los impuestos subían todos los años y cada vez se reclutaban menos soldados. Ese último año había sido tan malo que Vandros se había visto obligado a contratar mercenarios al duque de Yabon para aumentar sus levas. Algunos habían resultado útiles, pero la mayoría eran poco más que cuerpos que lanzar enfrente de las espadas de los tsurani.

Y el clima. Había vivido allí toda su vida y sabía que sería un invierno castigador. Las ventiscas no eran infrecuentes durante los meses más fríos del invierno de la región, pero hoy parecía que el aire pudiera golpearle en cualquier momento. La orden del Duque para retirarse a los refugios de invierno no llegaba lo bastante a tiempo, según la opinión de Vandros.

El mensajero apareció en la entrada de la tienda.

—¿Mi señor? —dijo para anunciarse.

—Entra, Terrance.

El joven se plantó frente al Conde e hizo sonar los talones de sus botas. Llevaba el uniforme tradicional lamutiano del Cuerpo de Mensajeros. Gorro redondo de piel, llano por la parte superior, con una brillante insignia dorada del cuerpo en un lateral, inclinado sobre su cabeza en un ángulo correcto y garboso. La casaca verde bosque llegaba hasta la cintura, y presentaba galones de oro en los hombros y las mangas y seis pares de botones en el frente. Los mensajeros vestían pantalones ajustados de montar de color gris con los fondillos de cuero, y metidos en botas

bajas de jinete de piel negra. Cada hombre portaba un sable de caballería y un cuchillo de mano, pero poco más. Vandros sabía que el jinete tendría un abrigo pesado que llevaría sobre el uniforme, una vez que estuviese en camino, mas por otro lado solo contaría con una ración de avena para el caballo y un odre de agua. La velocidad era la marca del Cuerpo de Mensajeros.

Vandros miró a este mensajero en particular con una ligera sensación de irritación. Era un primo lejano, nieto-sobrino de su abuelo, y había utilizado su relación con el Conde para abrirse camino en el ejército a una edad que Vandros consideraba muy temprana, a pesar de las objeciones de su madre. El chico era demasiado joven e inexperto. Sin embargo, allí estaba, y no había nada que el Conde pudiese hacer sin deshonar a la familia. Terrance tenía apenas dieciséis años, uno de aquellos niños que nacieron semanas antes del Día de Medioverano en que se celebraban los cumpleaños. Aún no se afeitaba.

Vandros se recordó a sí mismo que los había más jóvenes en el servicio, y servir en el Cuerpo de Mensajeros no era igual que hacerlo en la Caballería Ligera o con los Lanceros. El chico era un espadachín válido a caballo o sin él, así que podía haber sido asignado con facilidad a una unidad del frente. Solo un excepcional talento como jinete le había librado de la caballería, ya que solo los mejores jinetes de Yabon servían en el Cuerpo de Mensajeros del Duque.

—¿Tu turno?

—Sí, mi señor —dijo Terrance—. El capitán Leyman envió a por dos de nosotros, y Williamson Denik estaba el primero, así que ya está camino de LaMut, y yo era el segundo, y aquí estoy.

Los mensajeros servían en rotación, y ningún capitán o noble podía cambiar aquello sin ganarse la ira de los mensajeros. Cada grupo dentro del ejército tenía sus tradiciones. Y aquella tenía sentido, ya que sin ella, ciertos mensajeros con años de servicio se quedarían con las misiones fáciles, junto a los caminos seguros, dejando las tareas más arduas para los novatos.

Vandros no dijo nada por un momento. Ojalá hubiese sabido que su joven, aunque lejano, primo estaba en lo alto de la rotación, ya que hubiese dado instrucciones a Petir para que le enviara a Williamson a la tienda, y mandara a Terrance a la relativa seguridad de LaMut.

Hizo a un lado tales pensamientos y apuntó al mapa. Los intentos de parlamentar habían sido repelidos, y las mejores razones para la invasión no eran más que especulaciones. La que encontraba más creyentes entre los nobles del Reino era un deseo tsurani por el metal. Por la escasa información obtenida de los prisioneros tsurani capturados (los soldados morían luchando o mataban a sus heridos al retirarse), el metal era muy raro en su mundo de origen. Sin embargo, Vandros encontraba insuficiente dicha explicación. Habían muerto demasiados hombres sin ganancia estratégica como para tratarse de algo tan simple como el metal. Tenía que haber otra razón. Era solo que no sabían cuál era.

Terrance miró el mapa, cada línea y marca ya memorizada. La región mostrada limitaba al oeste con las montañas de las Torres Grises y al este con el Ducado de

Crydee y las costas del Mar Sin Fin. Pero aquellas zonas estaban bajo el mando del príncipe Arutha y los barones de Carse y Tulan, y no afectaban al conde Vandros. Su área de operación estaba limitada por la frontera entre el Ducado de Yabon, a lo largo de la antigua frontera con las Ciudades Libres, y las colinas de las Torres Grises.

El dedo índice de Vandros señaló tres lugares en el mapa, uno al suroeste, otro al sur de este último, y otro ligeramente al suroeste con respecto al segundo. Aquellas tres bases, junto al campamento de Vandros, era la base de la línea defensiva del Reino por toda la región. Las fuerzas de cualquiera de los cuatro capos podían responder con rapidez a cualquier ofensiva tsurani.

Pero eran imposibles de abastecer durante los crueles inviernos de la región, forzando al Reino a retirarse cada estación cuando llegaban las nieves.

—Mensajes para los barones Gruder, Moncrief y Summerville: infórmales de que es hora de retirarse. —Le dio órdenes específicas sobre quién tendría que retirarse primero, cómo quería que fuese el orden de marcha, y cuándo esperaba que alcanzaran su ciudad de destino para alojarse durante el invierno.

Terrance estudió el mapa, aprendiéndose su ruta de memoria, y dijo:

—Sí, señor. Lo he memorizado.

Vandros sabía que no hacía falta pedirle que repitiera las órdenes, ya que las oiría exactamente como él se las había dado. Además de ser un buen jinete, tener una buena memoria era un requisito importante para el cuerpo. Mientras que otros informes y documentos se enviaban por mensajero, todas las órdenes militares se daban de forma oral, para que los documentos no cayeran en manos del enemigo si el jinete era abatido.

—Retirada ordenada y organizada. Combate solo defensivo —dijo el Conde. Aquello era una orden para los comandantes de campo para que evitaran el conflicto con cualquier unidad tsurani en la medida de lo posible, mientras se retiraban hacia el este. Se suponía que los tsurani no pretenderían ganar terreno estando tan avanzada la estación; en vez de eso, estarían buscando un refugio caliente para sí mismos.

—Retirada ordenada y organizada. Combate solo defensivo —repitió el mensajero.

—Suenas un poco resfriado —dijo Vandros—. ¿Puedes montar?

—No es más que un ligero catarro, mi señor. Nada importante.

—Entonces ve —dijo Vandros—. Y... ¿Terry?

—¿Sí, mi señor? —dijo el joven desde la entrada de la tienda.

—Mantente vivo. No tengo ganas de explicarle a tu madre cómo conseguí que te mataran.

Con una juvenil sonrisa, replicó:

—Haré lo que pueda, señor.

Y se fue.

Vandros reflexionó acerca de enviar a alguien tan joven al peligro, y luego se resignó al hecho de que esa era la esencia del mando, y que había tenido que enviar a muchos jóvenes y chicos al frente en los cinco años que había sido

conde. Y aunque prefiriera que Terrance se dirigiera a LaMut, probablemente habría poco peligro de quedar expuesto ante el enemigo tan avanzado como estaba el año. Seguro que los tsurani querían estar en algún lugar caliente tanto como sus propios hombres. Dejó de preocuparse por Terrance, y empezó a pensar en la orden de marcha para el grueso de su ejército, al otro lado de la entrada de su tienda.

Como era habitual, Terrance recibió las burlas y las carcajadas de los regulares del campamento mientras caminaba hacia su tienda.

—¿No es precioso? —exclamó un veterano con voz quejumbrosa—. ¡Creo que me lo quedaré de mascota!

Los hombres alrededor de la hoguera rieron, y Terrance resistió el impulso de decir nada. Había sido advertido por los mensajeros más veteranos cuando se unió al cuerpo la primavera pasada de que aquellas bromas eran comunes. Se consideraba que los mensajeros tenían la vida resuelta, ya que a menudo podían ser vistos sentados alrededor de sus tiendas durante días, a la espera de órdenes para cabalgar. Desde luego, en una batalla cabalgaban constantemente, con poco o nada de sueño y comida, teniendo que abrirse camino por el corazón de la batalla para llevarles mensajes a los comandantes de campo. Pero entonces los demás soldados también estaban demasiado ocupados manteniéndose vivos para darse cuenta de las idas y venidas de los mensajeros.

Terrance era alto para su edad, un poco más de metro ochenta y cinco de estatura, y empezaba a desarrollar la espalda y los hombros anchos de un hombre. Pero era rubio y de ojos azules, y su barba se negaba a hacer más que manchar sus labios y barbilla con una rala pelusilla rubia. Aquello le irritaba, ya que era tradición en el Cuerpo de Mensajeros dejarse bigote y perilla, lo que llamaban «barba de chivo». Terrance había intentado dejársela, pero había vuelto a afeitarse al mes, ya que su aspecto era ridículo. Los demás mensajeros no le habían escatimado bromas, pero varios le dijeron en privado que la barba le saldría y que no se preocupara. De hecho, afeitarse hacía que creciera más rápido, según le sugirieron algunos.

Terrance descubrió que quedarse callado y con expresión seria le servía de mucho, ya que odiaba la idea de que nadie pudiese darse cuenta de lo inseguro que a veces se sentía. Tras su primer mes de servicio supo que aquello estaba más allá de sus posibilidades, pero a través de los siete meses que llevaba en el cuerpo, se había enfrentado a algunos peligros reales. Sin embargo, no podía librarse de la constante preocupación de que podría quebrarse bajo presión, o fallar de algún modo, lo que justificaría la condena de su familia respecto a su enrolamiento en el servicio a su edad, y haría caer la desgracia sobre todos ellos, incluido el Conde. No había pensado en aquella responsabilidad en su momento, y ahora se arrepentía de haber actuado con precipitación.

Quizá tras un año de éxitos en su haber, y pasando el invierno con su familia en su hacienda a las afueras de LaMut, podría adquirir la confianza que fingía. Al

menos, al regresar a casa sano y salvo, su madre dejaría de una vez de enviarle constantes mensajes escritos para pedirle que volviera.

Terrance llegó a la tienda que compartía con Charles McEvoy, de Tyrsgo, y se encontró con este tumbado en su saco, sobre el frío suelo, leyendo un mensaje.

—¿De Clarise? —preguntó Terrance al entrar.

—Sí —dijo el otro joven, cuatro años mayor que él—. ¿Tienes una carrera?

—Es mi turno —dijo Terrance.

—¿A dónde, Terry?

Con una sonrisa, Terrance se inclinó sobre Charles y dijo:

—A las tres escalas. Órdenes para el barón de volver a casa. Estarás de nuevo con Clarise en un par de semanas. La retirada invernal.

El jinete mayor se incorporó.

—Justo a tiempo. ¡Hace bastante frío para congelar mi hombría! ¿De qué utilidad le iba a ser a ella, entonces?

Terrance rió. Charles se había casado el invierno anterior y había estado alejado de su esposa desde el deshielo de la primavera.

—La pregunta es, ¿de qué le sirves ahora?

—¡Fuera de aquí! —dijo el otro con un gesto alegre de su mano.

—Solo necesito coger mi abrigo y me pongo en marcha.

—Cabalga seguro, Terry —dijo Charles con el tradicional saludo de los mensajeros.

—Cabalga seguro, Charlie —le respondió Terrance mientras abandonaba la tienda.

Se apresuró hacia donde su yegua estaba atada a una estaca. Esta tenía nueve años y era baya, de pies seguros y reflejos rápidos. No era el animal más rápido del cuerpo, pero Terrance amaba su temperamento estable y su resistencia. Correría todo el día si él se lo pedía, y moriría sin quejarse. Se llamaba Bella.

Levantó la cabeza cuando él se aproximó, sabiendo que era su jinete el que se acercaba y que sería su turno de galopar. Terrance le palmeó el cuello y le dijo:

—Pongámonos en marcha, chica.

Se acercó a la talabartería, situada bajo un tejado apoyando en cuatro postes unos metros más allá de las estacas, y cogió su silla de montar. Preparó la yegua con rapidez y se aseguró de tener un odre lleno de agua y un saco de avena. El viaje duraría solo dos días: uno para llegar al primer punto, donde pasaría la noche y comería todo lo que el campamento pudiera ofrecerle, y otro para regresar, describiendo un arco hacia el suroeste y luego al sureste, parando en los otros dos destinos en el camino. Miró al cielo. Solo habían pasado dos horas desde el amanecer, por lo que el viaje sería fácil si no se encontraba con problemas. Debería estar de vuelta a la caída de sol de mañana.

Desató su yegua, se subió a la grupa y empezó a cabalgar al oeste. Una vez fuera del campamento, después de que Bella hubiese calentado, impuso un medio galope y dejó que ella hiciera el trabajo.

El viento traspasaba su abrigo y tenía la cara entumecida. Los mocos le caían de la nariz, y ya había dejado de limpiársela con la manga. La tenía completamente taponada, y se había visto obligado a respirar por la boca, lo que empezaba a irritarle los pulmones. La opresión de su pecho era mayor que la de a primera hora del día. Sabía que podía haberse librado de cabalgar por una enfermedad seria, pero renunciar por algo tan simple como un resfriado era impensable. Sin embargo, tenía la persistente duda de que eso era lo que tenía que haber hecho, decirle al Capitán de Mensajeros que estaba demasiado enfermo para cabalgar y quedarse en su tienda.

Terrance se había detenido dos veces desde el mediodía, para refugiarse mientras descansaba Bella. Permaneció de pie, temblando, detrás de una hilera de abedules, lo que le protegía un poco del viento. No era bueno quedarse quieto demasiado tiempo en esas condiciones, ya que Bella podría enfriarse e incrementar la posibilidad de una cojera.

No obstante, era una yegua fantástica, fiable y sensata, la montura perfecta para un mensajero. Obedecería sus órdenes y reaccionaría con presteza. Y era tranquila; en verano, había hecho una pausa en el camino y mirado abajo, donde vio una víbora que se deslizaba hacia ella. Muchos animales hubiesen respondido con pánico, pero Bella había levantado una pezuña con toda tranquilidad y aplastado a la serpiente antes de que pudiera reaccionar.

Se subió a la silla cuando Bella hubo descansado y se dirigió hacia su primer destino. Mirando al cielo, se dio cuenta de que había fallado en sus cálculos, y resistió la tentación de galopar. Alcanzaría el campamento unas pocas horas después de lo que había anticipado, pero el mensaje llegaría en un tiempo razonable, y tendría comida caliente y un refugio relativamente cálido. Sabía que si el viento no amainaba, el viaje de mañana sería más castigador, ya que le quedarían dos campamentos por visitar, arriba al pie de las colinas y cercanos a las líneas enemigas.

Mantuvo en la mente la misión inmediata, atravesando los bosques, evitando las escasas patrullas tsurani que peínaban la frontera antes de la caída de las primeras nieves invernales, y sin permitir que su montura se lesionara. A pie se arriesgaría a quedarse congelado durante la noche, por lo que le llevaría hasta el mediodía del día siguiente alcanzar el primer campamento.

Después de dos horas de constante cabalgar, volvió a dejar que Bella descansara, aunque esta bufó en protesta al tener que caminar con su jinete delante, cuando sabía que la avena, el heno y el calor relativo detrás de un parapeto con otros caballos le esperaban al final de esa etapa del viaje.

Media hora de caminata a pie y volvió a montar. Obligó a Bella a ir a un medio galope constante y mantuvo los ojos en el paisaje. Era fácil soñar despierto o dejarse arrastrar por alguna característica del panorama. Un mensajero era casi el miembro más vulnerable del ejército del Duque, superado solo por los chicos que montaban con los pertrechos y servían al cocinero jefe. Dos o tres hombres armados y emboscados y las órdenes del conde nunca llegarían a sus barones.

Tres horas antes del ocaso vio movimiento en el norte. Un indicio de color en la línea de árboles y nada más, pero era suficiente. Una patrulla tsurani, sin

duda, ya que los brillantes adornos naranjas que usaban los invasores minwanabi sobre sus armaduras negras no estaban fabricados con ninguna planta natural de estos bosques, al igual que el escarlata y el amarillo de los anasati. Espoleó a Bella para que aumentara la velocidad y buscó más señales de los invasores, pero los bosques no revelaron nada más.

Se mantuvo alerta el resto del día, y no se relajó hasta que estuvo a pocos minutos de su primer objetivo.

Mientras se aproximaba al primer campamento, pudo oler el humo de las hogueras, ya que el viento soplabla de cara. Dio la bienvenida al agujijón acre del aroma, y supo que estaba a solo unos minutos del descanso.

Escuchó el grito de un guardia:

—¡Viene un jinete!

De haber ido a pie, era probable que a Terrance le hubieran dado el alto media docena de veces desde que dejara los bosques y entrara en el territorio del Reino, pero los tsurani no tenían caballos, por lo que un jinete nunca era detenido. Se preguntó por qué en todos aquellos años los tsurani no habrían entrenado jinetes para utilizar los caballos capturados, pero como nadie que él conociera había hablado con un tsurani vivo, no tenía respuesta.

Terrance conocía la situación de la tienda del comandante, y cabalgó hasta allí. La frontera estaba siendo defendida por soldados de la provincia de Yabon, reforzados por levas desde tan lejos como la Marca del Sur. Este comandante era el barón Gruder, uno de los hombres del duque Sutherland puestos bajo el mando del Conde. Había hablado con él tres veces desde que se convirtiera en mensajero y le había parecido de los que no se andaban con rodeos, directos al grano y carentes de toda habilidad social.

Un guardia le precedió hasta la tienda del comandante, mientras que otro se llevó a Bella hasta el cortavientos donde eran atendidas las monturas. Los lanceiros lamutianos se alojaban allí, así como la compañía de caballería ligera de Zun. Dos compañías de infantería de Ylith y Tyr-Sog completaban ese ejército, y había pasado un año largo y duro luchando contra los tsurani y sus aliados cho-ja, o «chinchés», como los hombres del sur les llamaban.

Terrance se plantó ante el barón y dijo:

—Órdenes del Conde, mi señor.

—Bien, ¿nos retiramos? —dijo el robusto Gruder, mostrando en su rostro que ya había previsto la orden.

—Sí, mi señor. Debéis retiraros de forma ordenada, hacia los refugios asignados por el duque. —Los políticos del Reino del Oeste pusieron celosos a los nobles menores con sus prerrogativas, y a Gruder no le hacía gracia ser secundado por un conde «extranjero», así que los mensajeros habían aprendido a mencionar que las órdenes provenían de los duques Brucal y Borric tan a menudo como podían, para evitar discusiones con el barón. Terrance estaba casi congelado, y hambriento, y deseaba evitar otra larga diatriba sobre los pocos hombres, comida, armas, oro y cualquier otra cosa que él juzgaba necesario para llevar su parte de la guerra con los que Vandros había dejado allí a Gruder—. Combate solo defensivo.

—¿Algo más?

—Hace unas tres horas divisé movimiento entre los árboles al norte del camino que viene del este. Los colores eran tsurani.

—¿Sabrías decir de quién?

—Minwanabi y anasati, mi señor.

Gruder consideró aquello en silencio por un instante.

—Por lo que nos dice inteligencia, son dos Casas que no se aprecian mucho entre ellas. Deben planear algo para marchar juntos bajo órdenes. Tendré que echar un vistazo.

—Señor —dijo Terrance, de modo tan neutral como le fue posible. Se preguntó cómo había llegado el Reino a saber algo de los tsurani, dado que preferían morir a ser capturados, pero mantuvo a raya su curiosidad; estaba allí para llevar mensajes, no para interpretarlos ni comprenderlos.

El barón miró al mensajero como si se diera cuenta de que aún seguía allí y dijo:

—Muy bien. Come algo y descansa, y luego continúa. Comenzaremos la retirada con las primeras luces.

Cuando Terrance dejó la tienda del comandante, oyó al barón gritar órdenes. Su ayudante les llevaría el mensaje a todos los oficiales del campamento en unos minutos. Terrance miró el cielo mientras la luz se difuminaba. Del oeste llegaban nubes, y aunque la puesta de sol solo estaba comenzando, oscurecía con rapidez.

Aquello significaba que las nubes venían cargadas de humedad y, a juzgar por el frío, aquella noche no llovería, sino que nevaría. Terrance quería una comida caliente y descansar, pero antes comprobaría la remonta para ver cómo se atendía a Bella, y después cuidaría de sí mismo.

Mientras se dirigía a la remonta, algo mojado tocó su mejilla y volvió a mirar hacia arriba. Unos cuantos copos empezaban a caer. Se detuvo un momento, mientras los soldados pasaban apresurados junto a él y la actividad en el campamento se incrementaba al correrse la voz de la retirada invernal.

Al tiempo que el humor de los hombres a su alrededor resplandecía, ya que muchos estarían en casa para pasar el invierno en unos días, Terrance sintió que una oscura preocupación surgía en su interior; si la nieve caía con fuerza esa noche, su segundo día sería duro, y cabía la posibilidad de tener que quedarse en el tercer campamento antes de volver a la posición del Conde. En silencio, deseó que Killian (la diosa de la naturaleza) retuviera las nieves al menos otro día. Al mirar los rostros de los hombres deseosos de estar en casa, corrigió aquel pensamiento; mejor una semana.

Se sacó de aquellas reflexiones y se puso en movimiento para ver a su yegua.

El mozo de cuadra había atendido bien a Bella, y esta resopló a modo de bienvenida levantando la vista de su montón de heno. Sin embargo, Terrance siguió con el proceso de inspeccionar sus patas, asegurándose de que estaban bien secas, y le complació comprobar que se le había asignado un lugar relativamente cálido



detrás del cortavientos, en lugar de ser atada a una estaca en un extremo, fuera del refugio.

Entonces, Terrance se percató de que había menos caballos de los que debería. Se volvió hacia el mozo.

—¿Hay una patrulla grande fuera?

—No —dijo el viejo soldado—. Hemos perdido bastantes muchachos este año. —Hizo un gesto con la barbilla hacia el extremo opuesto de la hilera—. Y muchos caballos, también.

Terrance asintió, y palmeó el cuello de Bella.

—Gracias por cuidar de ella.

—Es mi trabajo —dijo el soldado, y se marchó.

Terrance sonrió, y se dio la vuelta. Se apresuró hacia la tienda del comedor y se alineó detrás de un oficial joven. Un chico de la cocina le alcanzó un plato de madera y una taza de metal cuando gracias a su uniforme quedó claro quién era; la mayoría de los soldados de la fila tenían sus propios platos y tazas, los cuales guardaban con sus cosas en sus tiendas.

La comida era caliente y llenaba, aunque no era del otro mundo, y el té era amargo, pero también caliente. Comió solo, sentado en el suelo bajo la parte de la tienda al sotavento. Como era habitual, la mayor parte de los soldados le ignoró. Cuando terminó, devolvió el plato y la taza al chico, y se fue a buscar un sitio para dormir.

Como mensajero, se esperaba que encontrase un sitio donde pudiera, y a menudo aquello quería decir dormir en el suelo con una alforja a modo de almohada y su abrigo como manta. Eso era aceptable durante casi todo el año, pero en esa gélida noche era inaceptable.

Mientras se acercaba a las hileras de tiendas empleadas por la caballería, Terrance tosió y se vio de repente incapaz de controlar un acceso de ahogo. Extendió el brazo y se agarró al tronco de un árbol, se inclinó a medias, y se obligó a respirar hondo, expectorando después una gran cantidad de desagradables flemas verdes. Escupió e hizo una mueca ante el amargo sabor a azufre de su garganta y el picor que se había convertido en un dolor agudo.

—Maldición —dijo en voz baja.

Se estaba poniendo más enfermo de lo que pensaba, y aún tenía por delante todo un día de cabalgar. Quizá más, si el tiempo se ponía peor, antes de poder volver al campamento del conde y conseguir una medicina del apotecario que servía en la enfermería. Sin embargo, no había nada que hacer sino continuar con su misión.

Se dirigió a la primera línea de tiendas, y empezó a preguntar:

—¿Tenéis espacio?

La primera media docena de preguntas obtuvo réplicas negativas, pero en la séptima tienda halló un soldado de caballería junto al poste central de la tienda.

—Adelante —dijo el hombre acompañando sus palabras de un ligero encogimiento—. Él ya no lo necesitará.

Terrance no preguntó quién era «él», ya que era obvio que se trataba de un camarada abatido. Se sentó e intercambió miradas con el soldado. El hombre

le sacaba a Terrance al menos diez años, pero parecía dos veces mayor. Tenía los ojos hundidos y ribeteados de rojo, como si no hubiese dormido en días, y unos círculos oscuros bajo los ojos acentuaban su aspecto de estar sumamente fatigado.

—¿Acabas de llegar? —dijo Terrance.

—Ayer —contestó el hombre—. Nos topamos con una patrulla tsurani en campo abierto... —Su voz se perdió y se recostó sobre su esterilla de dormir—. Nuestro capitán no se dio cuenta de que habíamos cargado solo sobre la vanguardia hasta que el resto de ellos salió de entre los árboles. Estaban muy cerca.

—¿Una fuerza combinada? ¿Más de una Casa?

El hombre asintió.

—Éramos treinta contra cien o más. No fue agradable. —Suspiró—. No pienses que soy un grosero, pero necesito dormir. Mañana salimos otra vez.

Terrance resistió el impulso de decirle al hombre que tendría nuevas órdenes por la mañana, ya que no era cosa suya. Tan solo dijo:

—Que duermas bien.

Pero la respiración del hombre ya era profunda y regular. Terrance desató la cuerda que mantenía la tienda abierta, dejando que la solapa cayera en su sitio; después se enrolló en una gruesa manta mientras se acomodaba en la delgada esterilla. La manta estaba áspera por el sudor y la suciedad de otro hombre, y el suelo estaba frío y desigual, pero Terrance había dormido en peores condiciones y, además, era joven y estaba cansado. Tuvo dos ataques de tos, y en ambas ocasiones miró a ver si había molestado a su compañero de tienda. No fue así. Como la mayoría de soldados, el de caballería se había acostumbrado a dormir sin importar los ruidos de alrededor.

Terrance cerró sus propios ojos e intentó relajarse. Sentía su transpiración bajándole por el cuello y la espalda a pesar del frío, y se arrebujó aún más en la manta. Su mente se llenó de imágenes de su hogar y su familiar, pero nada era coherente. Después de unos momentos intermitentes, el sueño llegó con rapidez.

La mañana empezó con una ráfaga de nieve. Mientras Terrance se abría camino hacia la cantina el ritmo del campamento era veloz, extendida ya la orden de dejar el frente hacia los refugios de invierno. Los hombres que pensaban que aquel día traería otra batalla respiraron aliviados, capaces apenas de contener las sonrisas y las lágrimas al darse cuenta de que era casi seguro que vivirían hasta la próxima primavera.

A Terrance le dolía todo el cuerpo y se sentía como si no hubiese descansado. No obstante, tenía una misión que cumplir, así que se hizo con un desayuno de pan caliente recién salido del horno, miel, mantequilla, frutos secos y una loncha grande de carne cocida la noche anterior. El cocinero estaba siendo generoso, ya que cuanto más comieran los hombres esa mañana, menos tendrían que empaquetar y transportar de vuelta a LaMut.

Cuando acabó de desayunar, Terrance fue abordado por un sargento, un veterano lleno de cicatrices con un parche sobre el ojo izquierdo.

—El barón te llama —dijo. Sin más palabras, se dio la vuelta, esperando que Terrance le siguiera, cosa que el mensajero hizo.

Terrance se anunció en la entrada de la tienda y se le ordenó que pasara al pabellón. El barón Gruder sostenía una cajita de mensajes.

—Añade esto a tu equipaje, chico —le dijo—. Es para el Conde. Los barones Moncrief y Summerville también tendrán sin duda informes para que lleves de vuelta.

Terrance asintió.

—Sí, señor.

—Combate defensivo, claro —susurró Gruder para sí mismo—. ¿En qué estás pensando Vandros? —Como si necesitara que alguien respaldara su opinión, elevó el tono de voz—. ¡Tengo noticias de otro puesto avanzado atacado hace solo cuatro días! Los tsurani no están enviando simples patrullas. Están movilizando grandes cantidades de hombres; traman algo. Si hemos de ganar esta guerra alguna vez, tenemos que llevar el combate hasta ellos.

Bajó la vista hacia el mapa sobre la mesa de su derecha y clavó los ojos sobre cada marca, como si intentara leer el futuro en él. Después levantó la mirada y dijo:

—Algunos de los muchachos dieron con una patrulla tsurani anteayer, y no era la que tú viste, así que mantén los ojos abiertos. Creo que nuestros amiguitos del otro bando están pensando en moverse detrás de nosotros mientras nos retiramos. Cavarán y establecerán fortificaciones, así que habrán expandido su territorio para cuando volvamos en primavera. Diles esto a los otros barones, si llegas, y avísales que me estoy retirando en fases, preparado para darme la vuelta y luchar si es necesario. Combate defensivo, sí. —Hizo un gesto hacia la caja en la mano de Terrance—. Y asegúrate de que le llegan mis mensajes al conde Vandros, chico.

Terrance asintió, memorizando todos los comentarios del barón. Esperó por si había algo más. Al final, Gruder se percató de que Terrance estaba esperando a ser despachado y le hizo un gesto para que partiera.

Terrance saludó, se dio la vuelta y dejó la tienda, dirigiéndose directamente al cortavientos. En menos de quince minutos, tuvo colocados los arreos de Bella y montó, pasando entre los hombres agitados que recogían el campamento a su alrededor. Se movía con resolución, pero lentamente, dejando que el caballo frío se desentumeciera antes de imprimirle velocidad.

El terreno no estaba helado, y la nieve nocturna se convertía con rapidez en barro a causa del ejército que levantaba el campamento. Terrance sabía que tendría que detenerse varias veces y secar las pezuñas de su yegua, pero al menos no sería el espeso barro que podía tragarse las herraduras de un caballo o las botas de un jinete con el deshielo de la primavera.

Mientras daba gracias por los pequeños dones, dirigió su montura hacia el suroeste con un trote ligero. Sintió cómo el animal daba un respingo cuando él rompió a toser, pero le palmeó en el cuello cuando se pasó y Bella se relajó.

Subió la velocidad hasta un medio galope, y permaneció vigilante mientras los kilómetros quedaban atrás.

Terrance tiró de las riendas de Bella. El viento no soplaba, como si el clima contuviera la respiración como anticipación del siguiente asalto. Las precipitaciones de nieve se habían detenido una hora después de dejar el campamento, pero Terrance sabía que pronto habría más. El calinoso sol dominaba el cielo, y su ligero toque sobre su rostro se burlaba de él con la promesa de una calidez que le sería negada. El gélido aire empezaba a congelar el suelo, y las pezuñas de Bella rompían más cristales de hielo a cada minuto que pasaba. El frío atravesaba el abrigo de Terrance y el aliento de Bella formaba nubes de vapor. Por el oeste, más nubes se aproximaban.

Desde que dejara el campamento de Gruder, Terrance no había encontrado nada fuera de la normal, pero tenía que seguir alerta. La fiebre que le estaba atacando le hacía difícil concentrar la atención tanto como quería, pero podía ignorar en gran medida el dolor que se filtraba en cada hueso de su cuerpo.

Dejó que Bella descansara un momento mientras contemplaba el paisaje. Cabalgó junto a un sendero pegado a una línea de árboles que se extendía hacia el sur. Hacia el norte, el terreno se transformaba en una enorme pradera. Terrance se fijó en los puntos de referencia en la distancia, ya que no llevaba mapas en previsión de una captura enemiga. Como todos los mensajeros, se había aprendido de memoria todos los mapas locales y podía reconocer dónde estaba a partir de un punto de referencia dado.

Algo llamó su atención en el extremo opuesto de la pradera. Un grupo de figuras emergió, moviéndose en silencio hacia su posición. Al principio pensó que podría ser una patrulla tsurani, pero descartó tal idea con rapidez. Eran aproximadamente dos docenas de personas que viajaban de manera desordenada, sin ningún propósito aparente que no fuera el de moverse hacia el sur tan veloces como fuese posible. Todos carecían de la colorida armadura marca de los tsurani.

Terrance esperó. El tiempo perdido en investigar el grupo de gente estaría bien empleado si conseguía información razonable acerca de los movimientos de los tsurani en el norte o el oeste. Mientras se acercaban, la figuras resultaron ser un grupo de aldeanos, puede que granjeros o leñadores a juzgar por su vestimenta. Hombres, mujeres y unos pocos niños, todos con fardos, aproximándose.

Un hombre vio y señaló a Terrance, y los demás empezaron a saludar con la mano y a gritar. Hizo girar a la yegua y bajaron la ladera en aquella dirección. Para cuando les alcanzó, ellos ya estaban en medio de la pradera, claramente fatigados. Los niños iban en brazos de los adultos y todo el mundo estaba sin aliento.

—¡Hola! —gritó un hombre cuando Terrance entró en su radio de voz—. ¿Eres soldado? —El hombre hablaba la lengua de las Ciudades Libres, el natalés. Como nativo de Yabon, Terrance comprendía la mayor parte; su dialecto yabonés estaba bastante relacionado, aunque la Lengua del Rey era el idioma predominante en su familia.

—Sí —dijo Terrance—. ¿Quiénes sois?

—Venimos del pueblo de Ralinda, diez kilómetros al norte.

Terrance asintió. Sabía dónde estaba.

—Creía que estaba en manos tsurani.

—Se retiraron ayer —contestó una mujer al lado del hombre—. Todos y cada uno. El año pasado dejaron un puñado de soldados para obligarnos a trabajar, pero este año no. Así que huimos.

Terrance volvió a hacer un gesto afirmativo. Se dio la vuelta y señaló ladera arriba.

—Una vez que alcancéis esa elevación, torced al noreste y seguid la cadena de montañas. Eso os llevará a un sendero en los bosques que lleva a donde el campamento del barón Gruder se está levantando para regresar a LaMut. Podéis ir con ellos y encontrar refugio para el invierno. —Se giró hacia el hombre—. ¿A dónde han ido los tsurani?

—Al suroeste.

Terrance realizó unos cálculos mentales momentáneos y dijo:

—Gracias. Buena suerte.

Dio la vuelta a Bella y la espoleó hacia la ladera, con un repentino sentimiento de urgencia. Si toda la guarnición de aquella aldea no regresaba a su refugio al noroeste, en las montañas de las Torres Grises, eso significaba que estaban reuniendo otras unidades para un último asalto, y por la dirección que habían tomado solo podía ser sobre la posición del barón Moncrief. Por un breve instante, consideró el volver para decirles a los aldeanos que informaran al barón Gruder, pero aunque alcanzaran el campamento antes del anochecer, cualquier batalla en el campamento de Moncrief se habría decidido mucho antes de que Gruder enviase refuerzos.

Además, pensó, solo estaba especulando y podría equivocarse.

Pero en sus entrañas, sabía que no era así.

Hizo que Bella marchara a galope tendido y esperó poder llegar a Moncrief antes que los tsurani.

Bella se esforzó en seguir galopando. Terrance había intentado mantener su paso tan rápido como era posible sin desfondarla. Habían alternado largas galopadas con trotes, pero no le había dejado descansar desde que se enteró de la retirada de los tsurani del pueblo de Ralinda. A pesar de amar a su yegua, sabía que el deber le obligaba a sacrificarla para llevar el aviso al barón Moncrief.

Podía escuchar el aliento de Bella, el áspero y profundo jadeo que le indicaba que estaba cerca de su final. Tenía carácter y seguiría hasta morir debajo de él, lo sabía. Terrance se enfrentaba a una prueba terrible, entre la necesidad de ir veloz y la necesidad de mantener a Bella con vida. Sus posibilidades de alcanzar a Moncrief antes que los tsurani estarían próximas a la inexistencia si se veía forzado a cubrir a pie aunque fuesen los tres últimos kilómetros.

Aminoró la marcha de su montura hasta la velocidad de paseo, recuperándose la trabajosa respiración de esta poco a poco, tras cinco minutos a ese paso. El jinete se enjugó la frente con el dorso de su enguantada mano derecha, y pudo notar la fría transpiración que le bajaba por el cuello y se colaba en su túnica. Sintió una extraña indiferencia cuando se dio cuenta de que estaba empapado bajo el abrigo, a pesar del aire gélido. Tenía la garganta seca, no importaba cuánta agua tragara, y notaba los pulmones contraídos, lo que le hacía difícil respirar hondo. Los accesos de tos le habían obligado a tirar de las riendas en tres ocasiones, inclinándose sobre la silla para escupir fluidos. Le dolían las costillas.

Ignoró su propio malestar y miró en derredor en busca de señales, y se percató de que estaba entrando en un valle estrecho, de unos cinco kilómetros de largo, que se convertía en una «V» en el suroeste. Era el último paso que encontraría antes de alcanzar la posición de Moncrief.

Un movimiento a lo largo de una hilera de árboles en el norte captó su atención, y detuvo a Bella por un momento. Se puso de pie sobre los estribos y estudió los árboles. Justo detrás de la primera fila se veía movimiento, débiles rastros de color entre las sombras del bosque posterior, azul, verde, rojo.

Sabía que eran los tsurani, y por la variedad de colores que divisó, un comando combinado. Gruder tenía razón: los tsurani se estaban posicionando para barrer por detrás las fuerzas en retirada del Reino y establecer zonas de control más extensas.

Los tsurani habían dejado de intentar expandir sus dominios el primer año de invasión, desarrollando un frente estable durante los últimos seis años, siendo las únicas excepciones el ataque sobre Crydee y el intento de alcanzar Puerto Natal y el Mar Amargo.

Pero eso no significaba que no lo estuviesen intentando ahora.

Terrance obligó a continuar al agotado animal.

Sabía tan bien como la mayoría que los tsurani eran los mejores soldados de infantería jamás vistos en Midkemia, capaces de marchar ochenta kilómetros día y noche y seguir luchando cuando llegaban a su destino. Y treinta kilómetros eran un paseo para ellos.

Calculó la distancia desde los árboles hasta donde sabía que estaba la entrada al paso y se dio cuenta de que tendría que darse prisa para llegar allí antes que la vanguardia tsurani. Espoleó fuerte los flancos de su montura, y la valiente Bella respondió.

Al principio corrió casi tan rápido como cuando estaba descansada, pero Terrance sintió que su energía se desvanecía al minuto. Cuando había cubierto la mitad de la distancia hasta el desfiladero, Bella apenas podía mantener un medio galope débil, y cuando estuvieron cerca de los árboles, el trote se convirtió en un paso vacilante.

Saltó de la grupa, y rápidamente se quitó el abrigo. Era demasiado pesado para correr con él. Con el frío cortándole a través de la casaca, los escalofríos provocados por la sudoración de su piel se redoblaron. Se aseguró sobre el hombro el morral que llevaba el informe de Gruder para el Conde, y se despidió en silencio de Bella. Giró la cabeza hacia la ruta por la que había venido, elevó una muda

oración a Ruthia, diosa de la suerte, y le dio una fuerte palmada a la yegua en el flanco. Esta se alejó y luego se detuvo con el cuerpo palpitante debido a la lucha por respirar. La yegua le miró, y él le dijo:

—¡A casa, Bella!

El animal casi pareció asentir cuando se dio la vuelta y comenzó a caminar con lentitud por donde habían venido.

Fijando la vista en el desfiladero que tenía delante a menos de tres kilómetros, empezó un trote constante. El terreno estaba tan helado que cualquier intento de correr sería desastroso. No podía arriesgarse a una lesión que impidiera la consecución de la misión asignada. Y si se caía ahora, casi seguro que sería capturado o asesinado por los tsurani.

Unas cuantas veces sintió que sus botas resbalaban un poco, pero la mayoría del tiempo el trote que mantenía le llevaba con rapidez a su objetivo al tiempo que le otorgaba un paso firme. Cuando alcanzaba un pequeño claro antes de los bosques que precedían al desfiladero, unos gritos en la distancia le indicaron que los tsurani le habían visto abrirse camino. Ignorando el suelo helado, Terrance empezó a correr.

Miró a la derecha y vio media docena de soldados tsurani, ataviados con el negro y el naranja de la Casa Minwanabi, que intentaban cortarle el paso. Calculó el ángulo y decidió que podía llegar a los árboles antes de que le atraparan. Esperaba que los que le perseguían no conocieran la zona tan bien como él, ya que había un par de sitios donde podría ganar algo de tiempo si no dominaban los alrededores.

En caso contrario, probablemente le matarían.

Bajó la cabeza y esprintó.

A menos de cien metros de la primera línea de árboles, Terrance pudo oír el sonido de las sandalias de los tsurani quebrando el suelo helado y corriendo para interceptarlo. A cincuenta metros, pudo oír su respiración pesada mientras se aproximaban. A veinte metros, una flecha pasó junto a su cabeza, fallando por menos de un metro, y se agachó, alcanzando los árboles al tiempo que otra se clavó en el tronco que acababa de dejar atrás.

Torció a la izquierda, y bajó por un estrecho sendero jalonado por media docena de troncos. Le ardían los pulmones, y podía sentir cómo le temblaban las piernas, pero mantuvo la mente concentrada en librarse de los tsurani. Le latía mucho el corazón y notaba el pánico tan cerca de sobrecogerlo que tuvo que parpadear para evitar las lágrimas. Mantuvo los ojos fijos en el camino. Era un sendero de caza que conducía a un pequeño estanque, unos doscientos metros más abajo. Cuando faltaban menos de cincuenta, empezó a moverse a la derecha, subiendo una ligera cuesta. Sabía que si los tsurani perdían su rastro, lo más seguro es que continuaran sendero abajo hacia la laguna, y que ganaría unos minutos valiosos.

Pero aunque despistara a la media docena que le perseguía, aún estaba el grueso de la fuerza tsurani que se dirigía a su mismo destino, y si no llegaba al menos cinco minutos antes que ellos, lo más probable es que uno de sus arqueros le abatiría, ya que había un claro antes del paso que no ofrecía ninguna cobertura a un hombre corriendo.

Por primera vez desde que empezara su servicio, Terrance maldijo la necesidad de los tacones altos para montar. Notaba que sus tobillos temblaban, y casi cedieron unas cuantas veces mientras atravesaba los bosques a la carrera. Se preguntó si podría conseguir que un zapatero le cortara la parte delantera y le añadiera cordones y presillas para poder ajustárselas. Luego se dio cuenta de que la opción más inteligente era evitar tener que correr.

Llegó al pequeño claro a toda velocidad, prefiriendo correr tanto como fuera posible en lugar de zigzaguear de un lado a otro, con la esperanza de estar en las rocas antes de que el arquero tsurani se detuviera, cargara, apuntara y disparara.

Algo, el ruido de una cuerda de arco al soltarse, el sonido de las pisadas persecutoras disminuidas en una, o tan solo la intuición, hizo que esquivara a la izquierda en el último instante. Una flecha negra pasó a su lado, fallando por menos de quince centímetros. Torció a la derecha y llegó al desfiladero entre las rocas, arrojándose al lado izquierdo.

El desfiladero era lo bastante estrecho para que solo dos hombres a caballo pudieran cabalgar a la par, y Terrance sabía que era un punto lógico de paso para los defensores hacia el suroeste. Habría al menos una pequeña compañía de soldados del Reino en el otro extremo, y estaría a salvo si conseguía sortear el kilómetro y medio de camino rocoso antes que los tsurani le alcanzaran.

Rezó para que se volvieran cautos y disminuyeran el ritmo al entrar en el desfiladero, temiendo quizá que podrían estar cayendo en una emboscada. Pero momentos después, el ruido de hombres corriendo retumbó detrás y se dio cuenta de que los tsurani eran de todo menos cautos. Habían visto un hombre, armado solo con una espada, corriendo por su vida.

Terrance sintió que la fatiga le quemaba las piernas y que sus pulmones no cogían el aire suficiente. Se obligó a respirar de forma tan profunda como pudiese, expeliendo todo el aire, para después respirar con normalidad. Sintió que le venía un ataque de tos y exhaló aire de manera abrupta, superando el impulso. Notaba que perdía fuerzas por momentos, y sintió un terror desesperado a desplomarse antes de alcanzar su objetivo. Combatió el pánico, pues sabía que podría matarlo más rápidamente que cualquier otra cosa. Estaba cansado y enfermo, pero siguió concentrado y moviéndose tan veloz como le era posible, a sabiendas de que la muerte se encontraba a solo cincuenta metros detrás.

El desfiladero se curvaba y torcía, evitando que los tsurani le volvieran a disparar. Terrance también sabía que el sendero se enderezaba durante casi ciento cincuenta metros, además de ensancharse, en la boca suroeste del paso. Rezó por que los arqueros del Reino estarían lo bastante alerta para reconocer su uniforme, así como para reconocer quiénes le perseguían.

Y allí estaba, doblando una curva y mirando el camino de ciento cincuenta metros que bajaba hacia lo que solo podía ser una barricada del Reino, un reducto construido en el desfiladero la última vez que lo había recorrido a caballo. Unos gritos desde el reducto le indicaron a Terrance que le habían visto, y levantó la mano derecha a modo de señal mientras corría.



Sabía que no se parecía en nada a un tsurani, pero esperó que fuera obvio para los arqueros que le encaraban. Entonces, mientras se acercaba al reducto, vio que cargaban los arcos y soltaban sus flechas.

Las saetas pasaron sobre la cabeza de Terrance y escuchó un grito de dolor a sus espaldas. Se dio cuenta de que los tsurani ya estaban a la vista, pero no miró atrás, por si los tsurani ignoraban los disparos de cobertura y seguían tras él.

Cuando alcanzó el reducto saltó en el aire, aterrizando sobre la barricada y dejando que su cuerpo se relajara mientras los soldados del Reino le agarraban de la casaca y tiraban de él.

El hombre que le ayudó a incorporarse era un sargento canoso que mostraba una fea cicatriz en la cara, de hacía menos de una semana y mal cosida, a juzgar por su aspecto.

—Por poco, ¿eh, chaval? —dijo.

—No... tuve más... remedio —dijo Terrance entre jadeos y un súbito acceso de tos—. Mi caballo... agotado... tenía que llevar... mis mensajes al barón Moncrief.

—Sí —dijo un soldado cercano acucillado detrás del parapeto—, pero, ¿tenías que traerte a esos contigo? —Apuntó hacia donde los arqueros tsurani intercambiaban disparos con los arqueros del Reino.

—No era mi idea —dijo Terrance, poniéndose en pie, pero manteniendo gacha la cabeza. De repente rompió a toser, su cuerpo se retorció y las costillas le dolieron por el esfuerzo. Expectoró fluidos de sus pulmones, se giró y escupió.

—¿Vas a sobrevivir? —preguntó el sargento.

—Viviré —dijo Terrance—. Solo es una fea congestión respiratoria. Nada digno de mención. —Descansó unos instantes con las manos sobre las rodillas, y luego se enderezó—. Sargento, necesito un caballo.

—Ve y coge uno de la cerca —dijo el sargento—. Hemos perdido a unos cuantos muchachos esta última semana. ¿Qué nos espera?

—Un montón de tsurani, al parecer —dijo Terrance—. Se lo diré al barón. Tiene toda la pinta de ser un empujón de última hora para hacerse con toda la región.

—Maravilloso —dijo el sargento, sacando la espada—. ¡Preparaos, chicos! —gritó mientras Terrance salía deprisa de la posición defensiva.

Una docena de pequeñas tiendas estaban montadas a unos cien metros al sur de las barricadas, y los soldados que habían estado descansando allí corrían ahora hacia el punto defensivo; el sargento debía haber enviado la noticia cuando vio a Terrance correr por el desfiladero. Hizo un cálculo rápido y consideró que habría unos cien hombres en la barricada. Con los arqueros, deberían ser capaces de resistir a los tsurani durante una hora, puede que dos. Sería suficiente para que Terrance alcanzara el campamento del barón y para que llegaran los refuerzos en ayuda del sargento.

Evaluó los caballos con rapidez y escogió uno gris, de pecho fuerte y grueso y patas robustas. Tenía aspecto de ser un animal con fuerza y resistencia, y necesitaba eso más que la velocidad que los demás caballos poseían.

Para asegurarse, inspeccionó las pezuñas del caballo y vio que estaban bien cuidadas, sin heridas ni otros problemas. Examinó las sillas de montar que des-

cansaban en fila y eligió una que era casi tan ligera como la que él utilizaba con Bella. Tuvo que detenerse dos veces al experimentar sendos ataques de tos, pero después de escupir más fluido, se sintió mejor y pudo respirar con más facilidad. Pensó que quizá el frío le estuviera quemando por dentro. Revisó la silla. Era probable que se tratara de la silla de un explorador, ya que el resto eran muy pesadas, diseñadas para los que combatían a lomos de un caballo. La compañía allí apostada era infantería montada, pero a veces también eran utilizados como caballería de apoyo, y sus sillas de montar así lo reflejaban.

Terrance ensilló al animal y montó, concentrando su mente en la misión. Seguía pensando en lo asustado que había estado cuando corría, y apartó su cabeza de ese miedo, ya que abrazarse a él le paralizaría, lo sabía. Si no ignoraba el miedo, evitaría que pudiese continuar con la misión y no podía soportar el sentimiento de desgracia que aquello conllevaba.

Con un bufido, el animal se dirigió al sendero, lejos de la batalla en ciernes, y Terrance dejó que se acomodara en un rápido trote durante unos minutos, como calentamiento. Después, clavó los talones en los flancos del caballo y lo puso al galope.

El campamento del barón estaba a menos de seis kilómetros, así que solo le llevó unos minutos cubrir la distancia. Sin una palabra, Terrance desmontó y le tendió las riendas de su montura a un guardia apostado fuera de la tienda del barón. Al guardia que estaba al otro lado de la entrada le dijo:

—¡Órdenes del Conde!

El guardia asintió y metió la cabeza en la tienda, dijo algo, y un momento después se hizo a un lado, franqueando la entrada para Terrance. Este entró y dijo:

—Mensajes del conde y del barón Gruder, mi señor.

Moncrief era un hombre más viejo, cerca quizá de los setenta, y la guerra le hacía parecer mayor. Su cabello gris le caía sobre los hombros, y tenía los ojos hundidos y rodeados de círculos negros.

—Adelante —dijo en voz baja.

—Del Conde: ordena la retirada a los cuarteles de invierno. Retirada ordenada. Combate solo defensivo.

»Del barón Gruder: sospecha que una gran ofensiva tsurani ocupe estos territorios mientras nos retiramos, y conseguir así expandir sus dominios para la primavera.

»Y señor, mientras venía, su barricada del paso del norte estaba siendo atacada por lo que yo considero una compañía o más, de al menos dos Casas mayores, Anasati y Minwanabi.

El barón parpadeó.

—¿Cómo?

—Su barricada del paso está bajo asalto en estos momentos, y el sargento al mando requiere respetuosamente refuerzos.

—¿Por qué no dijiste eso en primer lugar? —exigió el barón, pero sin esperar respuesta. En su lugar, empezó a gritar órdenes de que el campamento se preparara para moverse al norte en respuesta del ataque tsurani.

Terrance estaba esperando, ya que no había sido despachado. Cuando el barón había terminado de repartir órdenes, se volvió hacia Terrance.

—¿Algo más?

—Señor, perdí mi caballo camino de aquí y cogí uno de la remonta de la barricada. ¿Puedo quedármelo y continuar mi misión?

—Sí —dijo el barón, descartando la cuestión con la mano.

—¿Tiene algún mensaje que desee que lleve, mi señor?

—Normalmente, escribiría un informe para el Conde, pero dadas las circunstancias estaré demasiado ocupado. —Su ordenanza entró en la estancia, seguido de otros dos sirvientes, portando la armadura del barón. Era obvio que el anciano pretendía liderar él mismo a los refuerzos hasta la barricada—. Le daré mi informe al Conde en persona cuando vuelva a LaMut. Solo dile al barón Summerville lo que está pasando aquí y pídele que considere bien cómo retirarse mientras protege su flanco.

—Señor —dijo Terrance.

—Puedes retirarte —dijo el barón.

Terrance dejó la tienda y cogió las riendas de su caballo. Estaba enfermo, muerto de hambre y cansado, y más que cualquier otra cosa, sediento. Se abrió paso por un campamento alborotado en el que cientos de soldados corrían para formar compañías y prepararse para marchar hacia el norte. Incluso los reservas que se quedarían protegiendo el campamento o que reforzarían otras posiciones en el frente estaban formando.

Llegó a la tienda del intendente y encontró a este y a sus chicos preparándose de modo frenético para alimentar a los hombres del frente. Cogió a un chico que llenaba de pan caliente una cesta sobre un carrito, y dijo:

—¿Un odre de agua?

El chico se zafó de su mano y contestó:

—No quedan. Pregúntale al cocinero jefe.

Terrance cogió una barra de pan de la cesta a pesar de las protestas del chaval. Pasó entre otro par de chicos que llevaban un barril medio lleno de manzanas y cogió una antes de que se dieran cuenta. La fruta empezaba a mostrar signos de su edad, pero ignoró las manchas marrones y le dio un mordisco.

Encontró al intendente supervisando la carga de suministros y dijo:

—Soy el mensajero del Conde. Necesito un odre de agua, y un abrigo, si hay alguno.

El jefe de intendencia miró a Terrance y vio la túnica y los galones.

—¿Perdiste el tuyo?

—Con mi caballo.

—Un tanto imprudente, ¿no crees?

Terrance ignoró el apunte.

—¿Los tienes?

El hombre hizo un gesto hacia un montón de ropa que dos chicos estaban metiendo en una carreta vacía, en un extremo de la zona de intendencia.

—Podrás encontrar aquí una capa o un abrigo, si no te importa la sangre. —Se dio la vuelta y rebuscó en un montón de sacos de lienzo—. Y aquí hay un odre de agua para ti. Encontrarás los barriles de agua por allí —añadió antes que Terrance pudiera preguntar, apuntando al centro del campamento. Allí, los hombres llenaban sus odres para la marcha—. Si yo fuese tú, me daría prisa.

Terrance entendió lo que quería decir aquel hombre; debido al conflicto de la barricada, los pertrechos y las cocinas se moverían para apoyar a los refuerzos. Los mozos de cocina se apresuraban a llenar carretas, subirse a los caballos y subir los suministros al lugar de la batalla, tan rápido como fuese posible.

Terrance tragaba mordiscos de la manzana y de pan mientras llevaba al caballo en dirección al montón de ropa. En algún momento antes de la irrupción del caos, los chicos de la ropa habrían registrado la ropa de los muertos, determinando qué se podía salvar, limpiar y devolver al cuartel general. Los abrigos, capas, casacas y calzones demasiado estropeados para ser reparados se quemarían.

En ese momento, los chicos lo cargaban todo con frenesí en la carreta.

—¡Esperad un minuto! —gritó Terrance.

Detuvieron su labor, y uno de ellos dijo:

—¿Qué?

—Necesito un abrigo. El mío lo perdí con los tsurani.

—Date prisa —dijo el otro chico, un muchacho bajo y de hombros anchos que probablemente estaría en el ejército el año que viene—. Tenemos órdenes de llevar todo esto de vuelta a LaMut y ordenarlo allí.

Terrance ignoró el aroma de sangre seca, sudor, orina y desechos fecales que suponían la marca personal de las ropas cogidas de los muertos en el campo de batalla. Con rapidez, hizo a un lado media docena de abrigos y capas, hasta que vio un diseño gris familiar.

Sacó un abrigo de mensajero de debajo de un montón de pantalones empapados en sangre y lo inspeccionó. A excepción de un agujero que indicaba que una flecha había alcanzado a un jinete entre los omóplatos, estaba intacto. Se lo echó por encima del brazo y dijo:

—Me llevo este.

Los chicos no dijeron nada y volvieron a sus labores.

Terrance se alejó de los restos andrajosos de los hombres perdidos en batalla, y condujo su montura despacio hasta el extremo sur del campamento. Llenó su odre con el agua del barril y, mientras montaba, llegaron media docena de mozos, cogieron el barril y lo derramaron. Los arroyos eran abundantes en aquella zona, por lo que no había necesidad de llevar el agua de vuelta a LaMut.

Dio dos pasos y de repente se vio doblado sobre sí mismo. La sacudidas de la tos le obligaron a respirar hondo y a escupir una flema pastosa. Repitió el proceso hasta que le dolieron las costillas, pero al final pudo respirar un poco mejor. Se incorporó y la cabeza le bailó por un instante, para después recuperar el rumbo.

Tomó una lenta y profunda bocanada de aire y sintió un cosquilleo, aunque no ganas de toser. Con la segunda inspiración, dejó escapar un largo suspiro. Se acabó el pan y la manzana y se puso el abrigo. Trató de ignorar el hedor, pues

sabía que pronto dejaría de notarlo, pero no podía dejar de pensar quién sería el anterior propietario. Habían perdido tres mensajeros en los últimos seis meses, así que el abrigo pertenecería a uno de ellos. Por un momento, consideró las posibilidades. Jack Macklin cabalgaba hacia ese lugar cuando fue abatido, por lo que era probable que la prenda fuese suya. Terrance se preguntó si se enteraría.

Se subió a la silla y puso en marcha el caballo, en dirección al campamento del barón Summerville. Elevó la vista al cielo y supo que perdería medio día y tendría que dormir una noche más en el suelo antes de regresar al campamento del conde.

Sin pensarlo, dio unas palmaditas a la bolsa que colgaba de su cintura para asegurarse de que los mensajes del barón Gruder seguían allí. Respiró hondo y lanzó su montura a un veloz galope, ya que no quería estar en el camino cuando llegara la oscuridad.

El caballo no era Bella, pero era obediente y conocía la ruta. Respondía muy bien, y Terrance sintió que de verdad podría ver el final de aquel día, interminable en apariencia. Sabía que solo habían pasado ocho horas desde que dejara el campamento de Gruder, pero le parecían días. Estaba extenuado y dolorido, y había descansado muy poco después de una cabalgada mortal y una huida de los tsurani.

La tarde pasó despacio, y en dos ocasiones notó que un calor que le subía por el cuerpo le obligaba a sudar por todas partes, lo que se convertía en una capa helada bajo el gélido viento. Pugnó por mantener su mente en la misión, ajena a su malestar general. Al ocaso, avistó el campamento de Summerville. Los soldados de la estacada le saludaron con la mano sin más comentarios y llegó a la tienda de mando del barón cuando la oscuridad caía.

Uno de los guardias del barón anunció la llegada de Terrance y cogió las riendas de su caballo mientras el joven mensajero entraba para entregar su informe.

El barón Summerville era el único comandante de los tres al que Terrance conocía bien; era el hijo de otro primo lejano, y servía como barón de la corte en Krondor.

—¡Terry! —dijo, encantado de ver a su pariente lejano—. ¿Qué noticias me traes?

—Señor, el Duque envía órdenes de regresar al hogar para el invierno.

—Maravilloso —dijo Summerville, indicándole a Terrance que podía tomar asiento—. Pareces salido del infierno —continuó el barón, fijándose en su aspecto por primera vez—. ¿Estás enfermo?

—Un resfriado de pecho, mi señor. Nada digno de mención.

—¿Vino?

—Un poco, mi señor. —La garganta de Terrance estaba irritada y pensó que el vino podría calmarla un tanto.

El barón hizo un gesto y su sirviente personal sirvió una copa para cada uno. Terrance dio la bienvenida a la reconfortante bebida, y después dijo:

—Órdenes del Conde. Retirada ordenada. Combate solo defensivo. Del barón Gruder: cree que los tsurani avanzarán tras la retirada y se apoderarán de las tierras hasta la primavera. Del barón Moncrief: los tsurani están atacando su posición desde el norte.

El barón Summerville se levantó y se fue hasta un mapa, lo estudió por unos instantes, y dijo:

—Creo que Gruder tiene razón. Esos bastardos están intentando desplazar a Moncrief hacia el sureste. Eso nos dejaría aislados de Gruder, cuya única opción sería retroceder directamente hasta LaMut. —Se frotó la barbilla, espléndida con la barba rubia que le costaba dios y ayuda mantener tan bien cuidada, incluso en el campo de batalla—. Aquí no tenemos movimiento, y nuestros exploradores no han visto señal de los tsurani. Creo que puedo seguir las instrucciones del Conde y al tiempo acudir en ayuda de Moncrief. Si nos «retiramos» juntos, cómo no, en perfecto orden, podemos hacer retroceder a los tsurani hasta sus propias posiciones, y después desviarnos al este, mientras Gruder defiende su terreno. Y luego, nos marchamos todos. —Asintió—. Sí, eso servirá. Hace demasiado frío y sería muy difícil que intentaran otro ataque en semanas, y eso es lo que puede llevarles reagruparse y volver a la carga, lo cual se verían forzados a hacer si dejamos una guarnición en retaguardia. Sí, eso es lo que voy a hacer. —Se volvió hacia Terrance—. Me temo que tengo que pedirte que hagas tu largo camino de vuelta, Terry.

—¿Señor?

—Con la primera luz, quiero que regreses donde Moncrief y le digas que me estoy «retirando» en su dirección. Moveré el grueso de mis fuerzas en apoyo de su posición mañana a mediodía. Emplearé el resto como retaguardia de hostigamiento en caso de que haya más tsurani en los alrededores.

—Sí, señor.

Con una sonrisa, el barón Summerville dijo:

—¿Cómo está tu familia, Terry?

—Bastante bien, mi señor. Recibí una carta de Madre hace un mes. Todo está tranquilo en casa, gracias a los dioses. Padre aún sirve en el ejército del duque Brucal, al norte de Yabon, pero ella acababa de recibir noticias tuyas de que todo iba bien, justo antes de escribirme. Mi hermano Gerald sigue comandando una compañía de caballería de Tyr-Sog bajo el mando de Padre.

—Es mejor asumir que las cosas van bien antes de oír lo contrario —dijo el barón Summerville—. De otro modo, tienes problemas para mantener la comida en el estómago, si sabes lo que quiero decir.

—Sí, señor —dijo Terrance.

—Hablando de comida, te invitaría a quedarte y cenar, primo, pero como nos pondremos en marcha al alba, tengo mucho que hacer. Busca al cocinero y coge lo que necesites. No hace falta que te presentes otra vez antes de irte. Ponte en camino al amanecer, ¿de acuerdo?

—Sí, mi señor —dijo Terrance. Entendiendo que estaba siendo despachado, se inclinó y se marchó.

Cuando alcanzaba la salida, el barón le dijo:

—Y, Terry...

—¿Sí, mi señor?

—No dejes que te maten: eres un buen muchacho.

—Señor —dijo Terrance con una sonrisa, y se fue.

Terrance cogió su caballo y caminó por el campamento, hacia la intendencia. Antes de llegar, el tono del campamento cambió, y volvió a sentir el apremio de la actividad mientras pasaban la noticia de que saldrían por la mañana, temprano, para apoyar a Moncrief. ¡Y después, a casa!

Encontró la tienda, cogió su comida y se sentó detrás de la tienda tan cerca de la hoguera de la cocina como pudo; el calor del fuego atravesaba la lona y confortaba su espalda, al igual que la comida que estaba devorando. Tenía incluso un buen trago de vino en el fondo de una botella, sobrante de la cena del barón de la noche anterior, que el cocinero fue lo bastante amable para darle al chico, claramente exhausto. Iba por la mitad de la cena cuando le sacudió otro ataque de tos, y escupió hasta que se quejó todo su cuerpo. Sentía las costillas como si se hubiese peleado contra el campeón del Duque y este le hubiera dado un gigantesco abrazo de oso. Apenas podía respirar sin sentir dolor. Apoyó la espalda y cogió pequeñas y lentas bocanadas de aire. Notaba la fatiga en cada articulación, y cerró los ojos para que descansaran un momento.

De repente, Terrance sintió que la punta de una bota le tocaba en la pierna con suavidad.

—Oye, chico. Te vas a congelar hasta morir si no te mueves.

El mensajero levantó la mirada y comprobó que el cocinero había salido a tirar los desperdicios y le había encontrado durmiendo, con el plato de comida aún en el regazo y la cuchara de madera aferrada en la mano derecha.

—¿Tienes sitio donde dormir? —le preguntó el cocinero.

—Todavía no he encontrado uno —dijo Terrance.

—Lo más probable es que no lo consigas. No ha habido mucho combate por aquí desde que llegó el último reemplazo, así que no hay tiendas vacías. —El viejo cocinero se frotó la barbilla—. Al intendente no le importará que duermas cerca del fuego, mientras no te importe levantarte antes del amanecer... que es cuando cocinaremos la última comida antes de marcharnos.

—No me importa —dijo Terrance—. De todos modos, tengo que estar en camino antes del alba.

—Bien, entonces entra.

Terrance siguió al cocinero hasta el otro extremo de la tienda, donde había muchachos alimentando las hogueras que se usarían por la mañana. Dos de ellos levantaban grandes paladas de ceniza, con las que cubrían la madera y el carbón en llamas. Terrance se dio cuenta de que nunca se había molestado en fijarse en que usaban ambos combustibles. Se percató entonces de que había muchas cosas acerca de la intendencia a la que no había prestado atención.

Al lado de una tienda había jarras y cazuelas de barro, y había chicos que utilizaban largas paletas de madera para sacar humeantes barras de pan caliente. A pesar de haber comido hace un momento, Terrance encontró casi sobrecogedor el aroma del pan recién hecho, y su boca empezó a salivar.

—¿Os lleváis los hornos a LaMut? —preguntó.

—Podríamos hacerlo —dijo el cocinero—. Necesitaríamos una carreta y un equipo para cada uno, pero se podrían levantar con una cuerda y una polea, hasta depositarlos en la carreta. Mas, ¿para qué molestarse? Los dejamos aquí y nos esperan hasta la primavera. La nieve no los daña. Tan solo ahuyentamos a cualquier animal o pájaro que haya decidido anidar en ellos y con una pequeña limpieza están listos para funcionar. Si este campamento es trasladado alguna vez, podemos transportar uno o dos al día hasta el siguiente campamento. Quédate aquí —dijo, apuntando hacia dos docenas de carretas que transportaban los pertrechos del ejército—. Entra por ahí y coge una manta. Los muchachos estarán merodeando por ahí abajo cuando el pan para mañana esté hecho. Son un hatajo de pequeños bastardos, pero no te molestarán. Y verás que tener un montón de ellos alrededor te mantendrá bien caliente. Te despertarán una hora antes del amanecer.

Terrance le dio las gracias y se metió debajo de la primera carreta. Tuvo que sortear un verdadero laberinto de ruedas, vajilla, efectos personales, montones de ropa sucia y unos cuantos muchachos durmiendo que parecían estar enfermos. Halló un lugar sobre una manta sucia cerca de una pila de otras mantas, de las cuales cogió una para sí mismo.

Terrance observó la cantidad de chavales que había con el equipaje y la intendencia. Ya había oscurecido y la mayoría de los soldados estaban durmiendo, aunque aquellos chiquillos estaban ocupados empaquetando las cosas del campamento, armas, ropa, vendas, y los demás trabajaban en las cocinas haciendo pan, cocinando carne y preparando lo que quedara para alimentar a los hombres antes de la marcha matutina al noroeste. Los chicos podrían dormir unas cinco horas antes de empezar el trabajo para el día siguiente. Terrance se dio cuenta de que echaban siestas durante la mañana y a primera hora de la tarde, pero aun así seguían teniendo un horario demoledor.

Notó un sudor frío por el cuerpo, y a pesar de la manta y de la proximidad del fuego, se vio atacado por escalofríos. Luchó contra un acceso de tos, sucumbió a otro, y por último se relajó lo suficiente para intentar dormir.

Terrance recordó un soldado, durante su primera semana en el campamento del Conde, que le había dicho:

—Aprende a dormir en cada ocasión que tengas, chico. Nunca sabes cuánto pasará antes que tengas otra oportunidad.

Terrance comprendía la sabiduría de aquel consejo y se durmió enseguida.

Por un momento, no supo dónde estaba. El sonido de los chicos protestando acerca de la necesidad de levantarse después de un sueño tan corto y su propia y profunda fatiga confundían sus sentidos. Se sentó y se golpeó fuerte la cabeza contra la parte inferior de una carreta.

Aún estaba oscuro.

—Eh, oye —le dijo un chico a su lado—. Tranquilo, o te romperás la crisma. Frotándose la mollera dolorida, Terrance dijo:

—Gracias. Tendré más cuidado.



Los muchachos salieron reptando de debajo de las carretas y se apresuraron a comenzar sus diferentes tareas. Terrance se quedó quieto hasta que terminó el éxodo de chavales y después salió él mismo. Notaba más rigidez de lo habitual de dormir en el suelo, y se sentía cansado y deprimido, a pesar de la noche de sueño. Le poseyó otro acceso de tos y escupió y escupió hasta que sus costillas se quejaron y las lágrimas se formaron en sus ojos por el dolor.

Durante un buen rato luchó contra la necesidad de sentarse en el suelo y romper a llorar. Nunca en su vida se había sentido tan cansado o abatido. Parecía que su cuerpo luchaba contra él además de contra los elementos, y la idea del viaje que tenía por delante casi era más de lo que podía soportar.

En el campamento del conde había un apotecario que tenía una poción, hecha de hierbas y raíces, que curaba con rapidez los catarros y los pechos congestionados, incluso los peores. Según su plan original, debería estar de vuelta allí esa misma tarde, encontrar al apotecario y encargarse de su enfermedad. Pero el destino había querido que volviera por el mismo camino, y había un ejército de tsurani entre Moncrief y Gruder, lo que significaba otro día y otra noche en el camino.

Terrance admitió que estaría rondando la neumonía para cuando alcanzara el campamento del Duque, si tenía suerte. Casi se rindió a la desesperanza, pero se percató de que no tenía elección. Concentró su mente en hacer lo que había que hacer en cada momento, y decidió no pensar en el esfuerzo que requería la tarea entre manos.

Vagó entre el caos de chicos que preparaban la última comida del campamento y que empaquetaban hasta el último de los suministros, para que el intendente y los pertrechos pudieran seguir detrás del ejército en su avance. Contempló cómo había un orden dentro de aquel caos aparente, y admiró la forma en que cada muchacho parecía saber lo que se esperaba de él. Se producían una buena cantidad de empujones y empujones, pero eran chiquillos y no se dejaban distraer de las tareas que les ocupaban.

Los chavales de los campamentos tenían una vida dura, pensó Terrance, pero no peor que la de los golfillos sin hogar de las ciudades. Al menos, aquí tenían una o dos comidas al día y un lugar para dormir donde no serían molestados. En otros ejércitos, puede que los soldados borrachos abusaran de los muchachos, pero desde antes que Terrance naciera, las agresiones o las violaciones eran delitos castigados con la horca en el ejército del Rey.

Algunos acababan haciéndose soldados, mientras que otros encontraban puestos de ayudantes de cocina, conductores de carreta o supervisores de equipaje. Terrance vio un par de estos últimos, muchachos apenas convertidos en hombres, puede que solo dos o tres años más jóvenes que él, moviéndose con rapidez entre la muchedumbre, impartiendo instrucciones y ayudando a algunos chicos por medio de cogotazos o pellizcos en la oreja.

La tienda del cocinero ya estaba siendo desmantelada. Mientras que los hogares de ladrillo serían dejados allí para esperar el regreso del ejército en primavera, las estufas de metal se recogían y preparaban para el transporte.

La comida descansaba en mesas de madera dispuestas por el recinto, y Terrance se apresuró a coger algo de comer antes que las trompetas reunieran en asamblea a los soldados. Vio unos cuantos soldados, los procedentes de la guardia nocturna, colocados ya en fila para comer. Tropezó con un soldado de infantería alto y delgado que llevaba un tabardo de cuestor y se hizo a un lado. Cuando alcanzaba el final de la primera mesa, las trompetas sonaron, y pudo oír a los fatigados hombres maldiciendo, al tiempo que los soldados de las tiendas cercanas respondían a la llamada.

Terrance cogió algo de pan fresco, una pera que no parecía demasiado dañada y una loncha de queso duro. Se metió la pera en el bolsillo para comerla de camino. Buscó en vano un odre de agua, y esperaba que el que tenía en sus alforjas siguiera allí cuando recogiera el caballo en las remontas.

No se molestó en sentarse con los soldados a comer. Masticó el alimento mientras se dirigía a los caballos. Se encontró con soldados de caballería que inspeccionaban sus monturas antes de ir a comer, ya que sabían que sus vidas dependían de ellos. Los mozos estaban demasiado ocupados como para ayudarlo, así que embutió lo que le quedaba de comida en su túnica desabrochada y encontró su caballo. El animal apenas había sido atendido. Le llevó unos minutos comprobar las pezuñas y encontrar su silla. Como temía, el odre de agua ya no estaba.

Fue hasta los almacenes y halló un morral y un saco de cebada casi vacío, pero suficiente para su animal. Llenó el morral, regresó hasta el caballo y se lo puso al animal en el hocico. Dejaría que el caballo comiera mientras buscaba otro odre de agua.

Tardó casi un cuarto de hora en encontrar uno y llenarlo, y cuando Terrance volvía a las remontas, se topó con un mozo fornido que le quitaba el morral al caballo.

—¡Oye! ¿Qué estás haciendo? —preguntó Terrance.

El mozo, un joven de hombros anchos con la nariz aplastada por las muchas peleas, se giró y dijo:

—Me estoy llevando esta bolsa. Nadie me dijo que alimentara este caballo, y esta parte de la línea es mía, ¿ves?

—Es mi caballo y necesito alimentarlo.

—Esto es para los que van a luchar, calzones bonitos, así que puedes esperar hasta que acaben los demás, ¿lo entiendes?

Terrance reconocía a un matón cuando lo veía, y se percató de que aquel idiota estaba buscando pelea. No lo dudó. Dio un paso adelante y le dio al mozo una patada tan fuerte como pudo en la ingle. Con un gemido de dolor, el hombre cayó de rodillas, agarrándose mientras los ojos se le ensanchaban y pugnaba por recuperar el aliento.

Terrance se vio forzado a admitir que era duro, ya que se rehizo en una fracción del tiempo en que la mayoría de los hombres se hubiesen quedado rendidos, incapaces de moverse. Pero para cuando el mozo se recuperó Terrance ya había sacado el sable y apuntaba con él a su garganta.

—Y ahora, bufón, vas a dejar ese morral hasta que mi caballo termine. Irás hasta allí y recogerás aquella silla y las bridas, y prepararás al animal. Si crees que estás metido en un problema, espera a ver lo que ocurre si el barón descubre que estás interfiriendo en sus órdenes. ¡Se supone que tengo que estar cabalgando ya! De modo que, ¿qué vas a hacer?

—Ensillar el caballo... señor.

Terrance apartó la espada. El mozo se puso en pie con dificultad, todavía dolorido, y cojeó hasta coger la silla de montar.

Terrance se volvió hasta ver que un soldado de caballería le observaba. El alto soldado le dijo:

—¿Qué hubieses hecho sin sable?

—Perder un montón de tiempo encontrando un oficial que le intimidara para que me obedeciera —dijo Terrance—. Está claro que yo no voy a asustarle.

El hombre estudió a Terrance durante un momento y sonrió.

—Un hombre que conoce sus límites. Me gusta eso.

Terrance empezó a toser, y el jinete le preguntó:

—¿Estás enfermo?

—Nada digno de mención —dijo Terrance, jadeando un instante y recuperando la compostura.

El soldado se encogió de hombros.

—Que cabalgues bien —se despidió. No esperó respuesta, terminó de inspeccionar su propio caballo y se fue a por su desayuno.

El mozo ensilló el caballo bajo el ojo vigilante de Terrance. No habría cinchas flojas ni frenos incómodos en su montura. Acabó de comer y colgó el odre de agua en las alforjas, montó a lomos del animal y echó a cabalgar.

El pecho se le cerraba por momentos, y sentía una picazón por todas partes. Tenía que ir a buen paso para llevarle al barón Moncrief el mensaje del barón Summerville. Incluso el pequeño esfuerzo requerido para domeñar al mozo le había hecho romper a sudar.

Entonces comenzó a nevar.

—Dioses —dijo Terrance casi sin aliento—, está resultando una mañana asquerosa. —Durante breves instantes pensó en volver a la tienda del barón. Le enviarían a la enfermería y descansaría durante uno o dos días, luego viajaría en carreta en retaguardia. Estaba claramente enfermo y Summerville era pariente, aunque lejano. Haría saber a la familia que Terrance había hecho todo lo posible. Luego se preguntó si aquello era todo lo que estaba en su mano.

Durante un largo minuto, permaneció quieto, considerando las opciones. Después admitió que no tenía ninguna y puso el caballo en movimiento.

Era casi mediodía cuando Terrance avistó el campamento del barón. Los guardias estaban alerta, ya que solo habían dejado un pequeño escuadrón para cuidar de las tiendas, el equipo y los animales. Le hicieron señal de que pasara con el brazo y cabalgó hasta la tienda de mando.

—El barón está en la barricada, comandando la defensa en persona —le gritó el guardia cuando pasó al lado.

—¿Cómo va?

—Parejo —fue todo lo que dijo el hombre.

Terrance siguió galopando, deseando poder alargar el tiempo antes de dejar que el caballo descansase. Le había cogido cariño al pequeño y resistente animal. No era tan fuerte como Bella, pero tenía brío y era obediente.

Terrance se encontraba muy mal. Cada paso que daba el caballo provocaba las quejas de su dolorido cuerpo, y sabía que estaba invadido por una fiebre alta, a pesar del viento helado. Sudaba bajo la pesada capa, y de manera alternativa se sentía sofocado por el calor para después estremecerse por los escalofríos. Se detuvo para llenar el odre de agua y para aliviar la vejiga. Sabía que su única posibilidad era beber tanto como pudiera, hasta que regresara al campamento del conde y encontrara al apotecario.

Los más de seis kilómetros hasta el frente de batalla estaba marcados por unas cuantas señales de lucha, un caballo y su jinete muertos a un lado del camino, un par de hombres heridos caminando con los brazos uno alrededor del otro, abriéndose paso con lentitud hasta la enfermería, en el campamento base. A poco más de un kilómetro de la barricada, se podía oír el estruendo del combate.

Cuando avistó la barricada, vio cientos de hombres que en apariencia se apiñaban sin sentido detrás de la muralla, hasta que se acercó lo suficiente para comprobar la disposición de los soldados. Las compañías estaban listas para avanzar a guarecer la barricada, mientras que los ingenieros cargaban de manera frenética las catapultas y dejaban volar su carga mortal de rocas sobre los atacantes. Los sonidos de la batalla reverberaban sobre las pétreas laderas. Era una cacofonía ensordecedora que hacía imposible escuchar a nadie a unos metros de distancia.

Otros hombres se desplegaban para proteger los flancos del ejército de cualquier elemento de las fuerzas tsurani que pudiera haberse abierto camino a través de las rocas que tenían por encima, en un intento de rodear a los defensores del Reino. Y mirara donde mirara, vio hombres demasiado heridos para moverse, o muertos.

A un lado del camino, habían dispuesto a los hombres en una fila, tres docenas o más, mientras que en el otro lado los chicos de la enfermería sacaban cuerpos del frente de batalla.

Terrance alcanzó la retaguardia de la barricada y le gritó a un sargento que había sobre la muralla:

—¿Dónde está el barón? —El esfuerzo supuso otro acceso de tos.

El sargento miró hacia abajo y dijo:

—Con los muertos. ¿Cuáles son las noticias?

Terrance tragó con dificultad y se obligó a respirar tan hondo como pudo.

—El barón Summerville viene deprisa. —La voz le salía débil y ahogada, pero fui oída.

—¿Cuándo?

—En no más de una hora, dos a lo sumo.

—Podemos resistir —gritó el sargento—, pero por poco.

—¿Necesita que conteste el mensaje?

—Solo si hace falta decirle al barón que se dé más prisa.

—No hace falta. Viene tan deprisa como las condiciones lo permiten.

—Entonces no tengo nada para ti, mensajero, salvo que le lleves noticia al Conde de que el barón Moncrief murió con valentía, rechazando a los invasores. Dio su vida por el Rey y por el país.

—Así lo haré, sargento. Que Dios le proteja.

—Que Dios nos proteja a todos —dijo el sargento, volviendo su atención al mando de la defensa de la barricada.

Terrance hizo girar a su caballo y volvió al camino. Rememoró el mapa de la zona, y se dio cuenta de que tendría que cabalgar kilómetros al este para encontrar un sendero entre las montañas, uno que subía a más de trescientos metros de altitud con respecto a ese camino, antes de poder rodear a los invasores y volver al campamento del Conde.

La nieve seguía cayendo, y Terrance deseó que el paso no estuviera cubierto por completo para cuando él llegara. Palmoteó al caballo en el cuello y dijo:

—Nada de descanso para ninguno de los dos hasta que estemos de regreso y a salvo con el Conde, me temo. —La idea de pasar las próximas horas cabalgando casi consiguió abatirle, y en sus ojos se formaron lágrimas, pero parpadeó para enjugarárselas.

Temblando a causa del frío y la fiebre, Terrance trató de arrebujarse más en su abrigo mientras conducía a su montura hacia el este. La cabeza le latía y tenía la garganta más irritada de lo que nunca había experimentado. No podía respirar por la nariz y el aire gélido le raspaba la garganta cada vez que tomaba aliento. Se dio cuenta de que no tenía opción; a sus espaldas rugía la batalla, y no había lugar donde descansar. Si tenía que luchar, que fuese intentando finalizar su misión. Siguió cabalgando.

El caballo avanzaba con gran dificultad por el paso, resbalando en las rocas heladas de vez en cuando. Terrance pugnaba por mantener su mente concentrada, lo cual se estaba haciendo más y más difícil, ya que notaba que la fiebre empeoraba. Sabía que cualquier descuido allí significaría la muerte, ya que no era posible salir caminando de aquellas alturas nevadas. Aunque tales pensamientos le hubiesen causado pánico solo unas horas antes, ahora sentía una especie de indiferencia, como si no le importara cuál fuese el resultado de todo aquello. No tenía más opción que continuar.

El paso en el que las fuerzas de Moncrief y Summerville estaban trabadas en combate con los tsurani estaba a unos trescientos metros de altitud, pero este paso estaba a casi quinientos, y la nieve había estado cayendo constantemente durante días. Aún no había empezado a amontonarse, así que confiaba en alcanzar pronto la cima, pero siempre existía la posibilidad de un accidente.

Si el viento allá abajo había sido como dagas que le cortaban la cara, ahora eran cuchillas las que le estaban siendo administradas en cada centímetro de piel

expuesta. No era la primera vez que deseaba tener más ropa, un par de pantalones gruesos, una bufanda de lana, unos guantes más calientes, pero ahora el deseo era más ferviente. Comprendió la necesidad de aligerar al caballo de tanto peso como fuera posible, pero en ese instante hubiera cambiado dos horas de viaje por un par de guantes forrados de piel.

Llegar a la cumbre le supuso una repentina sensación de alivio, a pesar del viento que le azotaba como las garras de un depredador. Instó al caballo a continuar con su medio paseo bamboleante sobre el sendero helado, con el pensamiento de que cada segundo de viaje estaba un poco más cerca de la seguridad.

Una hora después encontró una brecha entre rocas que ofrecía un refugio relativo ante el viento, y se detuvo para dejar que el animal descansara. Desmontó y se colocó entre el cuello del caballo y las rocas, con el fin de que el calor de la bestia le proporcionara un respiro contra el brutal frío. Se palpó los bolsillos hasta encontrar la pera, y se la dio al caballo. No era mucho, pero el pequeño bocado de comida pareció reavivar un poco a su montura, y Terrance se sintió mejor por ello.

Después de media hora a sotavento de las rocas, Terrance consideró que el animal estaba sufriendo más por el frío que por el viaje, así que volvió a montar y descendieron la montaña.

Casi era de noche cuando alcanzaron el pie de las colinas y al sendero de escasos árboles que les llevaría de vuelta al camino principal, hacia el campamento del Conde. Tendría o que seguir moviéndose de noche, o acampar y encender un fuego.

Se trataba de una elección difícil, ya que seguir el viaje significaba peligro, y la posibilidad de lesionar al caballo. Un fuego era igual de peligroso, ya que los tsurani podrían tener unidades por el flanco vigilando los pasos como el que acababa de atravesar.

Decidió arriesgarse y detenerse solo si hallaba un claro seguro para acampar. Se movía a través de una zona de bosque ralo cuando avistó una pequeña senda que se separaba de la que estaba siguiendo. Podría ser un sendero de caza, pero también un camino de guardabosques que condujera a un refugio. Pensó que investigarlo no suponía más riesgo del que ya corría y dirigió los pasos del caballo por el nuevo ramal.

Casi un kilómetro después vio una figura baja en la penumbra, ya que no había más luz que la de las lunas amortajadas por las nubes. Solo la presencia de la luna grande y la mediana le proporcionaban iluminación.

Identificó la silueta como la de una cabaña pequeña, construida en la ladera de un altozano. Una carbonera o un refugio de guardabosques, pensó.

Desmontó y echó un vistazo. La cabaña estaba abandonada, pero tenía una chimenea de piedra y se dispuso a hacer una hoguera con rapidez. Si los tsurani le encontraban tan lejos del camino principal sería solo porque los dioses le habían destinado la muerte y tendría que resignarse a ella.

Cogió yesca y pedernal de la bolsa de su cinturón y encontró algo de madera muy seca cerca del hogar que logró encender con facilidad. Después salió y encontró algunos leños húmedos que echó al fuego. Observó cómo se alzaban las nubes de humo, ya que la madera mojada se resistía a las llamas.

Cuando estuvo seguro de que la hoguera no se apagaría, volvió a salir y atendió al caballo. Trató de secarlo con un puñado de paja rancia procedente del suelo de la cabaña, y cogió agua con la mano para que el animal bebiera. Por la mañana miraría a ver si había forraje, pero sospechaba que tanto él como el animal llegarían famélicos al campamento del Conde.

Una vez que terminó de cuidar al caballo, regresó al interior y se tumbó en la dura piedra junto al fuego. El calor en el rostro le sentó de maravilla, y halló una manta raída tirada en un rincón, que enrolló a modo de almohada, cubriéndose con el abrigo.

Su aliento era entrecortado y no podía respirar hondo sin toser. Le dolía el cuerpo de la cabeza a los pies, pero estaba cansado hasta el entumecimiento, y rápidamente cayó en un sueño inquieto y febril.

Terrance apenas podía moverse cuando despertó. El fuego se había extinguido hasta dejar unas ascuas resplandecientes, y el escaso calor que generaban se contrarrestaba con el doloroso frío que sentía en el costado de su cuerpo que no daba a la chimenea. Se dio la vuelta con esfuerzo y sintió que su lado congelado absorbía el calor.

La cabeza le dio vueltas cuando intentó levantarse. Le temblaban las piernas y le latía la cabeza. Tenía un nudo en el estómago y le dieron arcadas. Tragó con fuerza y luchó contra las náuseas. Estiró el brazo y se agarró a las jambas de la puerta, con la cabeza gacha y los ojos cerrados, y dejó que su quejumbroso cuerpo alcanzara el equilibrio. Hizo una larga y lenta inspiración, y abrió los ojos.

Mirando a través de la puerta parcialmente abierta, consideró que había pasado media mañana. Sabía que estaba enfermo hasta un punto peligroso, y que su única esperanza era llegar al campamento del Conde antes de perder toda la habilidad de cabalgar.

Se tambaleó hasta el exterior y encontró al caballo esperando con paciencia donde Terrance lo había atado, a sotavento de la cabaña. Terrance tuvo que concentrarse para ensillar el animal hasta el punto de perlar el sudor su frente.

Calculó que había agua suficiente en el odre, así que no se molestó en buscar más. También sabía que cruzaría un arroyo entre aquel lugar y el campamento del Conde, así que podría llenarlo allí si era necesario.

Cuando montó estuvo a punto de perder la consciencia, y la cabeza le dio vueltas durante casi un minuto debido al esfuerzo. No necesitaba un sanador ni un cirujano para decirle que ardía a causa de una fiebre tremenda, y sus pulmones borboteaban cuando respiraba hondo. Tenía neumonía y no podía pasar otro día sin ser atendido.

Condujo al caballo de vuelta al camino y siguieron en dirección al campamento del Conde.

El viaje matutino fue una bruma de imágenes y alucinaciones, y Terrance era consciente de ello. A ratos se sentía bien, hasta que se despertaba por una sacudida que casi le tiraba de la silla. Se dio cuenta de que estaba soñando que se encon-

traba bien. Le resultó extraño no tener miedo en ese momento. Simplemente sabía que o moriría en el camino o alcanzaría la salvación. Ya no se molestaba en considerar los riesgos.

El caballo marchaba tan despacio como él se lo permitía, así que de manera constante tenía que espolearlo para que cogiera un paso más veloz, hasta que descubría que se había despistado y que el caballo había vuelto a caminar.

En más de una ocasión, recuperó la concentración para comprobar que el caballo se había salido del camino para ramonear el escaso follaje que se podía encontrar. Hacia el mediodía, apenas era capaz de aguantar sobre la silla.

Terrance sabía que detenerse significaría su muerte. Si se caía del caballo, perdería la conciencia y se congelaría hasta perecer. Desató la correa del morral del mensaje y la volvió a atar alrededor de su cintura, pasándola por dos argollas de la silla de montar para afianzarse sobre ella. El morral aleteaba detrás de sí a cada paso que daba el caballo.

Los latidos de su cabeza continuaban, y tenía la garganta caliente e hinchada. Los pulmones le protestaban con cada inspiración, y ya no sentía ni las manos ni los pies.

Dos veces más durante el día recuperó la lucidez suficiente para ver que se había salido del camino. Apenas consiguió regresar al pequeño sendero.

En algún momento de las en apariencia interminables horas que pasó tambaleándose sobre la silla de montar, se percató de que había dejado dicha senda procedente de las montañas para viajar por el camino principal que llevaba al campamento del Conde. Aquel reconocimiento le animó un poco y durante gran parte de la hora siguiente se vio más concentrado y atento a lo que le rodeaba.

Vagó por el campo durante interminables momentos de duermevela hasta que una sensación de alarma le despertó. El caballo había relinchado y bufado, y un súbito sentimiento de peligro acabó de despejarlo.

Estaba a unos cien metros del camino, de nuevo sin rumbo, pero a pesar de la fiebre y del dolor del cuerpo se levantó sobre los estribos. El morral con los mensajes que tenía atado a la cintura tiraba de él, pero examinó el horizonte en todas direcciones, en busca de la causa de la alarma del caballo.

Entonces la vio, una hilera de figuras a menos de cien metros al sur, agachadas y avanzando con rapidez. Un destello de color verde le indicó todo lo que necesitaba saber: tsurani.

No sabía si se trataba de un destacamento enviado por la izquierda para realizar un movimiento de rodeo en apoyo de los que atacaban la posición de Moncrief, o si no era más que una unidad tras las líneas enemigas intentando regresar a su propio campamento antes de la caída de las primeras ventiscas.

No se puso a debatir qué sería más probable, pero dio la vuelta y espoleó con fuerza los costados del animal. El caballo necesitó poco acicate, ya que sentía el peligro de los hombres que se aproximaban. Saltó hacia delante, de vuelta al camino. En menos de diez segundos volvían a estar en su ruta y al galope tendido.

Terrance se inclinó sobre el cuello de su montura, con las nalgas levantadas de la silla, en posición de carrera y con los dedos de los pies sobre los estribos. Luchó



contra la fiebre y el miedo y mantuvo al caballo sobre el camino, rezando porque no le estuviera esperando otro grupo de tsurani más adelante.

Los que se le estaban acercando gritaron, y aparecieron más en su camino, pero ninguno estaba lo bastante cerca para interceptarlo. Pasó volando junto al soldado enemigo más cercano, quien le disparó una flecha más por frustración que con la esperanza real de impactar en el apresurado jinete.

Con el último reducto de sus fuerzas, el caballo aceleró dejando atrás cinco kilómetros de camino para después ser vencido por la fatiga. Terrance dejó que el animal decelerara.

Bregando por mantener un ritmo cadencioso, Terrance se dio cuenta de repente de dónde estaba, y supo que una vez que coronaran una pequeña elevación a menos de un kilómetro, estarían a la vista del primer puesto de centinela del camino.

Terrance se sintió como aquella vez que disputaba una carrera en su pueblo, durante el festival del Día de Medioverano. Se encontraba entre los más jóvenes de la carrera y se había propuesto llegar a la meta, sin pensar en estar entre los ganadores. Al final del recorrido, de casi ocho kilómetros, había visto la línea de llegada en la lejanía. Otro chico iba unos metros por delante, y Terrance se había jurado no ser el último en cruzar la meta. Por pura concentración se esforzó más y más, hasta que cruzó la línea un paso por delante de un muchacho mayor que él. Después se desmayó y tuvo que ser llevado hasta la casa de su padre.

Rebuscó en su interior la misma resolución. Se concentró y mantuvo al caballo en el camino a un trote constante. A lo lejos vio a los primeros centinelas, y mientras se acercaba le franquearon el paso con un gesto con el brazo.

Cabalgó durante casi medio kilómetro hasta que aparecieron las primeras tiendas, siluetas blancas entre los troncos de los árboles que jalonaban las cunetas del camino. De repente, se encontró en el claro que albergaba el campamento del Conde.

Empezó a frenar al caballo y el animal redujo la marcha mientras alcanzaban una hilera de caballo atados. Apareció un mozo que, echándole un vistazo a Terrance, gritó:

—¡Ayudadme!

Se acercaron dos soldados a la carrera para ver qué sucedía, al tiempo que Terrance perdía la consciencia y empezaba a deslizarse de la silla. Solo la correa que se había atado evitó que cayera. Notó unas manos sobre él que le ayudaron, mientras que otras desataban el corraje.

Sintió que le llevaban en volandas, y se preguntó por qué ya no tenía frío.

Después, la oscuridad.

Dolor repentino.

Sentía como si le estuvieran despellegando desde la coronilla, un centímetro cada vez, bajando por el cuerpo hasta llegar a los dedos de los pies.

Se incorporó y gritó.

Unas manos fuertes le sujetaron mientras intentaba tirarse del camastro en el que yacía. Luego llegó la debilidad y notó que aquellas manos le volvían a tumbar.

—Se pondrá bien.

Terrance sintió que la cabeza le giraba, y que la sudoración le inundaba el cuerpo con una humedad que apestaba a venenos que rezumaran de su piel. La piel le quemaba, como si su sudor fuese ácido y se le formaran ampollas, pero de inmediato recuperó la consciencia y el dolor se desvaneció. Estaba débil, pero bien. Parpadeó, y la habitación se enfocó. Se pasó la mano por la frente y la retiró mojada. Miró el círculo de caras preocupadas que tenía sobre sí y dijo:

—Me pondré bien.

Se incorporó despacio, poniendo los pies sobre el suelo de tierra. Miró a su alrededor. Estaba en la tienda de la enfermería. A su lado había un par de celadores, y detrás el apotecario y un sanador. Este último asintió, y el apotecario dijo:

—Ha estado cerca, chico. Una o dos horas más y estaríamos colocándote en la pira funeraria.

Respiró hondo. Todavía estaba débil, pero mucho mejor de lo que había estado en días.

—¿Qué ha pasado?

—Llegaste al campamento a la puesta de sol, te caíste del caballo y te trajeron aquí. Te hemos tratado durante toda la noche —sostuvo en alto un frasco—, el padre William ha rezado por ti, y ha funcionado. La fiebre ha remitido y vuelves a estar sano.

—Me gustaría comer algo —dijo Terrance mientras se levantaba. Esperaba sentirse mareado, pero no fue así. Se olió a sí mismo—. Y darme un baño.

—Eso son los venenos de tu cuerpo, hijo —dijo el sacerdote sanador—. Mi hechizo mantuvo tu espíritu en tu cuerpo mientras las drogas del apotecario purgaban la enfermedad de tu organismo.

—Tu cuerpo necesita nutrirse. La magia de mi droga no reestablece el cuerpo, sólo lo cura —dijo el apotecario.

—Gracias —replicó Terrance.

—No tenía opción. Creo que el Conde me lo tendría en cuenta si dejara que muriera un primo suyo.

—Primo lejano —dijo Terrance.

—Paciente, al fin y al cabo. De todas formas, siempre hago todo lo que puedo. —Miró la tienda en derredor, a los enfermos que no volvería a ver el hogar—. A menudo no es suficiente.

Terrance asintió. Le hizo un gesto a un ayudante para que trajera una palangana y ropa. El aire era frío, así que se le puso la carne de gallina mientras restregaba una esponja por su piel, y luego se vistió. Mirando al apotecario, dijo:

—Tengo que informar.

—Después come algo y duerme —le advirtió el apotecario—. No quiero tener que salvarte dos veces en dos días.

—Así lo haré —prometió Terrance. Vio que el morral con los mensajes estaba en el suelo, junto al camastro, así que se inclinó y lo recogió.

Dejó la tienda y miró a su alrededor. Su caballo no estaba a la vista. Algún mozo debía de haberlo llevado a la remonta. Se preguntó si Bella habría encontrado el camino de vuelta.

Se movió con lentitud, aún debilitado, y sin querer parecer torpe delante de los demás soldados. Se maravilló de estar vivo. Tenía tanto miedo el día anterior... Ahora se daba cuenta de que cada vez que saliese en misión se enfrentaría a la muerte. Comprendió aquel hecho, en lugar de pensar que lo sabía. Se había encarado con sus debilidades y las había superado. Se sentía optimista cuando alcanzó la tienda del Conde.

—Tengo mensajes para el conde Vandros —le dijo al guardia.

Solo tuvo que esperar unos momentos antes de ser admitido. El Conde levantó la vista de una conversación que estaba manteniendo con uno de sus capitanes, y dijo:

—Ah, Terry. Te esperaba de vuelta hace dos días.

—Un ligero retraso, mi señor.

—¿Mensajes?

Terrance le entregó el morral a un ordenanza, que lo cogió.

—Un informe del barón Gruder, mi señor.

—¿Qué más?

—Los tsurani atacaron al barón Moncrief. Los repelió durante un día hasta que acudió en su ayuda el barón Summerville. —Le contó al conde todos los detalles—. El barón Moncrief murió durante la batalla.

—Una lástima —dijo Vandros—. Era un buen hombre. Eso hará que el duque de Bas-Tyra esté de un humor de perros. Moncrief era uno de sus barones. ¿Algo más?

—Ayer vi una unidad de tsurani al sur, abriéndose paso hacia el oeste.

—Enviaré una patrulla para ver qué traman.

—Eso es todo, señor.

Vandros miró a Terrance. Tenía el uniforme sucio, y su abrigo gris tenía sangre.

—¿Alguna dificultad por el camino?

—Nada digno de mención, mi señor.

—Entonces ve, come algo y descansa. Y envíame otro mensajero. Puedes retirarte.

Terrance dejó la tienda y Vandros se volvió a su capitán.

—Suerte que destiné al chico a los mensajeros. Ahí está mucho más seguro.

Terrance comió con voracidad un buen pedazo de pan y robó una pequeña porción de queso y una botella de vino de la intendencia, en su camino desde la tienda del Conde. Se sentía bien, pero estaba hambriento. Llegó a su tienda, donde un viejo mensajero yacía sobre una esterilla seca, con el brazo sobre los ojos.

—William —dijo Terrance mientras metía la cabeza en la tienda.

—¿Terry?

—Tu turno.

El hombre asintió y se puso las botas. Terrance se sentó a terminar su comida.

—¿Muchos problemas? —le preguntó William.

Con una sonrisa y un gesto de asentimiento, contestó:

—Nada digno de mención.

William le devolvió la sonrisa.

—Entiendo. Te veré pronto.

—Cabalga seguro, William.

—Cabalga seguro, Terry —replicó William, y se marchó.

El joven mensajero siguió comiendo, esperando conseguir dormir una noche entera antes de volver a ser enviado. Pero, descansado o no, si fuese su turno, acudiría.

# LA SINFONÍA DE LAS EDADES

Elizabeth Haydon



# LA SINFONÍA DE LAS EDADES

Elizabeth Haydon

LA SINFONÍA DE LAS EDADES

*Rhapsody: Child of Blood* (1999)

*Prophecy: Child of Earth* (2000)

*Destiny: Child of the Sky* (2001)

*Requiem for the Sun* (2002)

*Elegy for a Lost Star* (2004)

*The Assassin King* (2005)

La Sinfonía de las Edades está escrita como una historia en la que las eras del tiempo en el universo son divididas en siete edades distintas. La primera trilogía, de próxima aparición en nuestro país, *Rapsodia*, *Profecía*, y *Destino*, está situada al final de la Quinta Edad, la edad del Cisma, y al principio de la Sexta Edad, la edad del Amanecer.

Un árbol gigante se erige en cada uno de los sitios conocidos como los lugares de nacimiento del Tiempo, donde los cinco elementos primordiales (aire, fuego, agua, tierra y éter) aparecieron por primera vez en el mundo. El más antiguo de estos árboles es Sagia, y crece en la Isla de Serendair, el lugar de nacimiento del éter. A través de las raíces interconectadas de Sagia es como tres personas, todos mestizos, huyendo de diferentes perseguidores, escapan al cataclismo que destruye la Isla y se encuentran en el otro lado del mundo, seis siglos después.

Los tres compañeros son antagonistas al principio. Rapsodia, una mujer de sangre mitad humana mitad liringlas, es una Nombadora, estudiante del conocimiento y la música que ha aprendido la ciencia de la manipulación de las vibraciones que constituyen la vida. Huye de una antigua némesis, y es rescatada de mala gana de sus perseguidores por dos hombres. El Hermano es un asesino feo, irritable y repugnante con un don sanguíneo que le permite identificar y rastrear los latidos del corazón de cualquier víctima. Su único amigo, Grunthor, es un gigantesco sargento mayor firbolg con colmillos, una impresionante colección de armas y una tendencia a cantar canciones militares de tono subido. Los dos hombres están

escapando del demonio elemental de fuego que tiene control sobre el verdadero nombre del Hermano. Rapsodia, de manera accidental, cambia el nombre del Hermano a Achmed la Serpiente, rompiendo el control que el demonio tenía sobre él, y posibilitando su huida. Los tres hacen el viaje por las raíces de los Árboles del Mundo hasta las entrañas de la tierra, pasando por el fuego del centro con ayuda de la habilidad de Rapsodia para cambiar nombres.

La novela incluida en esta antología está situada en la Tercera Edad, y narra la destrucción de Serendair, contando la historia de aquellos que se quedaron atrás después del éxodo.



## UMBRAL

Hace dos Edades, la isla maldita de Serendair sobrevivió a un cataclismo, cuando la estrella ardiente que llegó a conocerse como el Niño Durmiente cayó del cielo al mar, llevándose gran parte de la costa, pero evitando las tierras interiores. Ahora, cuando el Niño que ha dormido bajo las olas durante siglos da señales de su despertar, la tierra y el mar se preparan para alzarse, y Gwylliam, el rey profeta de la Isla, prevé la destrucción de Serendair en una visión de un segundo cataclismo.

Casi todo el mundo se ha ido, los nain de las montañas del norte, los lirin de los bosques y las llanuras centrales, y los humanos, siguiendo a su rey en tres grandes flotas para reconstruir su civilización en otro continente. Solo quedan, a la espera del final, los incrédulos, los testarudos, los resignados y unas cuantas almas abandonadas de verdad.

Por orden del Rey, también se ha quedado un pequeño reducto de guardias, para mantener el orden y proteger a los que se quedaron atrás, y para mantener intacto algún vestigio de la autoridad del Rey, en caso de que no se produzca el segundo cataclismo. Condenados como están, no hay forma de prever lo que puede ocurrir cuando uno se detiene en el umbral entre la vida y la muerte.

Esta es su historia, para que no queden olvidados.

Un vapor caliente cubría el mar, lo que le confería la apariencia de calma y quietud de una mañana neblinosa.

*Hoy hay más vapor sobre las islas del norte*, pensó Hector, protegiéndose los ojos del hiriente brillo del sol de mediodía que resplandecía sobre el agua con intensidad cegadora. *Sin duda alguna*.

Miró a su derecha, desde donde Anais observaba la calina impenetrable. La expresión de los ojos plateados de su amigo era tranquila, contemplativa, como siempre; rara vez había variado desde la infancia. Hector sabía que él también había notado el aumento de espesor.

Contempló durante un rato más largo el ascenso de los jirones de niebla, se puso en pie y se enjugó el sudor de la frente con la manga, con la vista aún fija sobre el vapor emergente.

—¿Sigues sin ver el aumento, Seviryrm? —preguntó con guasa. Ya sabía la respuesta del joven soldado.

—No veo diferencia con ayer —replicó Seviryum de memoria—. O con el día anterior.

Jarmon, más de dos veces mayor que los demás hombres, apartó la mano de sus ojos y exhaló, molesto.

—Y así continuará insistiendo, hasta que las olas le llenen la boca y el mar se cierre sobre su cabeza —dijo—. Sus ojos funcionan perfectamente, pero está tan ciego como un topo. No le preguntes más, Hector. Pone a prueba lo que me queda de paciencia.

Seviryum escupió en el mar y se levantó para seguir a Hector, quien se había dado la vuelta y se alejaba caminando del puerto abandonado.

—A pesar de lo que creas, Jarmon, no mantengo falsas ilusiones —susurró—. Es solo que no veo la necesidad de aceptar la inevitabilidad del destino. Puede que la visión del Rey sea incorrecta, o que la malinterpretara. O quizá el Niño Durmiente esté destinado a alzarse, pero el mar no consumirá la isla entera. Eso ni siquiera ocurrió cuando la estrella cayó en la Tierra la primera vez. Está claro que perderemos parte del litoral, pero si nos mudamos a tierras altas, como les hemos estado diciendo a los demás que hagan...

—Os lo ruego, dejadlo —dijo Cantha.

La agria sequedad de su voz cortó el viento, provocando que Seviryum se quedara callado de inmediato. Cantha utilizaba las palabras en pequeñas cantidades, como si hacerlo le provocara algún dolor. Era difícil no obedecer cualquier cosa que dijera.

Hector se detuvo, volviéndose para contemplar con detalle a sus compañeros por primera vez en tanto tiempo que no recordaba, cuatro almas por completo diferentes con una cosa en común: cada uno de ellos había sacrificado de manera voluntaria el tiempo de vida que le quedaba para quedarse atrás en la Isla, y ayudarlo en su fútil misión.

Se sorprendió de lo mucho que habían cambiado sus físicos desde el éxodo de las Flotas, pero le asombraba más el hecho de no haberse dado cuenta hasta entonces. La barba de Jarmon, la famosa sombra rojo vivo de toda su vida, se había vuelto lo bastante gris para camuflarse en la niebla en la que estaban; el cuerpo de Cantha, siempre esbelto y oscuro como una sombra, se había marchitado hasta no ser más que un susurro en el viento. Sus ojos le devolvían la mirada impávidos; la fuerza de su voluntad era tal que ocupaba el espacio en el aire que una vez llenara su presencia física.

Seviryum miraba el suelo, y su rostro mostraba evidencias del agujijón de las palabras de Cantha. Era poco más que un chiquillo cuando, de modo temerario, había decidido quedarse con Hector, y en los últimos cinco meses parecía haber envejecido veinte años, aunque seguía manteniendo el idealismo intermitente que volvía loco a Jarmon. Con cada decepción, con cada reprimenda por parte de un adulto, la vida parecía escapársele un poco más, dejándolo visiblemente más viejo.

Hector inhaló una bocanada de aire con lentitud, y cogió la mirada de comprensión que Anais le dedicaba como si fuese una pelota lanzada hacia su persona. Su mejor amigo, su hermano en todo menos en la sangre, Anais siempre había entendido sus pensamientos sin necesidad de escucharlos en voz alta. Quizá fuese

la herencia lirin que compartían la que unía sus mentes, aunque conservaran rasgos físicos opuestos. Anais había nacido con los rasgos tradicionales de la raza de los liringlas, los ojos plateados, la piel sonrosada y el cabello suave que reflejaba el sol; Hector había salido a su madre, ojos y pelo oscuro, constituyendo la corona de rizos sobre su cabeza y los que caían sobre la frente de Anais su único parecido. Ahora se asemejaban más: ambos se habían apagado, sus rasgos se habían deslustrado hasta el gris por las circunstancias, la fatiga y el calor del mar hirviente.

Les observó durante un momento más, aún esclavo del silencio exigido por Cantha, incapaz de sentir nada por los cambios que había notado. Después les hizo un gesto sin palabras para que siguieran.

Aquel silencio se prolongó durante todo el trayecto por la costa rocosa, hasta que el grupo alcanzó el lugar donde esperaban los caballos, inconscientes de los cambios en el viento de la mañana. Anais le dio una palmada a Seviryum en la nuca.

—¡Ahora entiendo las razones de tu reticencia! —bromeó—. Quieres librarte de la tarea con los sacos de arena.

Seviryum recompuso una ligera sonrisa.

—¿Me culpas por ello?

—Por supuesto que no —dijo Anais—. Podría formar alianza contigo, Seviryum; podemos amotinarnos y exigir el abandono de esta tarea aburrida.

Hector rió mientras montaba su roano.

—Eso sería una pérdida de tiempo. La destrucción de la Isla no puede evitarse, pero el trabajo con los sacos de arena es tan ineludible como la muerte.

—Estás pintando el viento, Hector —dijo Jarmon con amargura—. Pero si distrae tu mente mientras esperamos, supongo que no hay nada que decir.

Anais le ayudó a subir a la silla.

—Habla por ti mismo. Yo me seguiré quejando. Si hubiese sabido que era así como íbamos a ayudarte, no me hubiese quedado. Una cosa es acceder a enfrentarse a la muerte con el mejor amigo de uno. Otra es arruinar unas uñas cuidadosamente aseadas jugando con tierra en la interminable construcción de barricadas de sacos inútiles. Es algo demasiado oneroso para ser soportado. Me debes una noche de borrachera, Hector.

Hector volvió a soltar una carcajada y espoleó a su montura hasta un trote continuo.

Cabalgaron sin hablar bordeando la costa noroeste hasta las afueras del pueblo de pescadores abandonado, y desmontaron para empezar a registrar lo que quedaba en pie de las cabañas con techo de paja y los muelles destrozados. Evacuar el lugar había supuesto poco esfuerzo; los pescadores conocían el mar, y se contaron entre los primeros que se pecataron de lo que se aproximaba.

Los cinco caminaron en silencio por las calles repletas de arena y conchas rotas tirando de sus monturas. El único ruido era el aullido del viento costero, el crujido de la paja o de la madera, los chillidos de las ratas de sentina y el bufido ocasional de los caballos.

Ante las ruinas de cada edificio, uno del grupo se separaba de los demás y rebuscaba entre los restos; poco quedaba, ya que los pescadores eran gente práctica

y habían reunido todo lo que fuese de utilidad antes de preparar sus embarcaciones y seguir a una de las primeras flotillas hacia el continente septentrional, el puerto más cercano.

En las dos ocasiones anteriores había encontrado ocupas, hombres, mujeres y niños de ojos salvajes que habían llegado de las tierras del interior, en busca de un pasaje para salir de la Isla cuando todas las Flotas ya se habían ido. Aquellas almas perdidas se habían refugiado en lo que quedaba de las chozas, rezando por un milagro o vagando dementes sin rumbo. La suerte había querido que encontraran lugar en los pocos barcos de rescate que llegaron después del éxodo de las Flotas. El propio Hector había rogado para no tener que volver a decirle a ninguna alma viviente que la hora de escapar ya había pasado; los lamentos resultantes se parecían demasiado a los sollozos que había oído en otras ocasiones al comunicar otro tipo de noticias.

Como siempre, su mente se desvió hacia Talthea y los niños. Si cerraba los ojos casi podía verla, con la barriga hinchada por el embarazo y la mano sobre el hombro de su hijo...

—Cuerpo —gritó Cantha desde las ruinas de un viejo cobertizo para la sal.

Jarmon y Anais se abrieron paso sobre los restos de fanales de hojalata y de bisagras de hierro roñosas desperdigados en la arena y abrieron la puerta. Cantha estaba de pie cerca del umbral, con los brazos cruzados, mirando el cuerpo de un anciano que se había acurrucado bajo lo que una vez había sido una mesa para desollar, a la que le faltaba el tablero. Las moscas revoloteaban al calor.

—No estaba la última vez que pasamos, hace menos de quince días, ¿verdad, Hector? —preguntó Anais.

Hector tan solo asintió, sacando su yesca mientras los demás se apartaban de los despojos. Golpeó el pedernal contra el metal y dirigió las chispas hacia los fragmentos de ramitas que quedaban del tejado.

—Seas quien seas, encomiendo tu cuerpo al viento y tu alma al cuidado de Dios, el Único, el Todo —dijo en voz baja, cántico que había entonado muchas veces en las últimas semanas. Era una bendición de Nombrador, pero sin un nombre.

Cantha, kith de nacimiento y por tanto hija del mencionado viento, sopló con suavidad sobre las chispas al pasar. Se hicieron más brillantes, prendieron fuego y un momento después formaban una llama fina.

Cuando los restos del cobertizo empezaron a llenarse de humo, y las llamas habían comenzado a consumir el tejado, el grupo se alejó y continuó con su tarea. Al no encontrar a nadie más en la aldea vacía, montaron de nuevo y cabalgaron hacia el sur, sin mirar las oleadas de humo y llamas que dejaban atrás.

Las calles adoquinadas de Kingston, la gran ciudad portuaria situada al sur de la aldea de pescadores, introdujo de vuelta al viaje el elemento sonoro, ya que las pezuñas de los caballos repiqueteaban fuerte sobre las piedras, reverberando por los callejones vacíos que llevaban a la plaza de la ciudad.

El estoicismo que había cubierto los rostros de los viajeros parecía desvanecerse un tanto cada vez que volvían a la capital de las tierras del oeste, transformándose en una silenciosa consternación común. A cada giro de ciclo, la resplandeciente joya de la costa marítima occidental parecía más desvencijada, más quebrada, un puerto desierto para fantasmas y alimañas que en una ocasión había sido una ciudad brillante construida por un rey visionario, hacía siglos.

Al llegar a la fuente seca de la plaza, el grupo desmontó. Los pies de Seviryum llegaron antes al empedrado, seguidos por el ruido sordo de las botas de los demás.

—Maldición —murmuró, mirando el lugar donde la estatua de aquel rey, muerto hacía tiempo y que montaba un hipogrifo, se había erigido sobre el mosaico de incrustaciones del interior de la fuente. La figura había sido golpeada salvajemente, y las alas extendidas de la montura del rey habían sido reducidas a pedacitos de mármol que yacían por la taza seca. La cabeza de piedra había sido separada de sus hombros, y ahora descansaba en la calle, fuera de los adoquines del empedrado, sus ojos sin pupilas mirando ciegamente al cielo nuboso.

Jarmon había consagrado toda una vida de servicio a los descendientes de aquel rey. Se abrió paso entre la arenilla y la gravilla hasta la base de la estatua y, aturdido, limpió el polvo de la inscripción:

*Un imperio construido por esclavos se desmorona en vida de su déspota;  
una ciudad erigida en libertad permanece en pie mil años.*

—Se quedó a la mitad, Majestad —dijo el maduro guardia en voz baja, recorriendo con dedos callosos las letras.

—¿Cuál era el propósito de esto? —preguntó Seviryum, a nadie en particular—. ¿Qué necesidad había? ¿No tenían bastante de qué preocuparse para perder tiempo en esto? ¿No es suficiente la destrucción que se acerca, que necesitan más? Jodidos animales.

—Paz —dijo Hector en voz baja—. No es más que una estatua. Ahora ya no importa. El ideal permanece.

Seviryum echó atrás la cabeza para carcajearse con amargura y tiró de las riendas de su montura para alejar al animal de la fuente polvorienta.

—Debe ser duro para vosotros, los del oeste, estar en este bucle continuo —dijo Anais después de un rato, una vez que Jarmon y Cantha habían seguido a Seviryum desde la plaza. En ese instante, peinaban los restos de las demás calles asignadas—. Al menos, aquellos de nosotros que habitaban en el este, más allá del Gran Río, se libraron de observar la destrucción gradual de nuestros hogares.

Hector no dijo nada y espoleó su roano. Anais y él se dejaron llevar por la rutina y se unieron a los demás en la búsqueda por la ciudad vacía.

Caminó aturdido delante de las tiendas abandonadas, donde de niño gustaba de rezagarse, conduciendo su caballo alrededor de los desperdicios de cristales rotos y grava que una vez fueron el escaparate del comercio de golosinas; la pastelería había producido mercancía tan excepcional que el populacho creía que estaba imbuida de magia. Se permitió rezagarse una última vez más, en un intento

por rememorar el aroma del hojaldre, la visión de los castillos confeccionados con galletas y dulces, las tallas de chocolate que representaban caballos alados y dragones con escamas de fresas, pero solo pudo ver la cáscara vacía del edificio con parches de luz en el suelo, procedentes de los agujeros del tejado. Y solo se podía oler el hedor de la pez, el aceite y la destrucción.

No sabía cuánto tiempo se había quedado allí, mirando inútilmente el pasado, pero cuando la voz de Anais alcanzó por fin su conciencia, fue como una campana que le despertara de un profundo sueño.

—Nada excepto algunos perros callejeros y el asesinato de unos cuervos que se habían refugiado en los aleros de la vieja oficina del prelado.

—¿Un asesinato de cuervos?

Anais adoptó una expresión de seriedad fingida.

—Sí, grandes y feos, también. Puede que uno de ellos fuese la esposa del prelado. Hector sonrió.

—Sí que tenía una voz que parecía un graznido, sí, pero lo siento, ninguno de los pájaros podría ser ella. Que Dios el Único, el Todo, se apiade de mi padre: ella embarcó en su nave.

Anais sacudió la cabeza, compasivo.

—Pobre MacQuieth. Como si no hubiese tenido bastante.

Hector asintió, abandonando el impulso de evocar más recuerdos de la pastelería.

—La mayor tarea de mi padre en los últimos días previos al éxodo fue una ironía en sí misma. Pasó toda la vida luchando en la Guerra Serendí para proteger la Isla de los fuegos del Inframundo, para evitar que los demonios nacidos de ese fuego destruyeran Serendair. Y ahora que el f'dor está vencido, y el último de los suyos está encerrado para siempre en la Cripta del Inframundo, la Isla va a sucumbir ante el fuego, después de todo. El procedente del cielo que tanto tiempo lleva en el fondo del mar.

—Por algún motivo, dudo que la gran tarea de tu padre fuese una ironía —dijo Anais, dando un puntapié al cartel desprendido de una tienda y sacándolo del empedrado de la calle.

—¿Miraste en el establo?

—Sí.

—¿Sigue vivo alguno de los caballos?

—Por extraño que parezca, todos lo están. Pobres bestias. La mayoría está en los huesos. Cantha los está alimentando con el último heno.

Hector exhaló un suspiro profundo.

—Creo que deberíamos desviarnos de nuestra ruta habitual, Anais. Antes de irnos de aquí, llevémoslos fuera de la ciudad, a los campos, y soltémoslos. Con toda seguridad, es más piadoso que dejarlos en sus establos, para que coman solo cuando venimos nosotros. Allí podrán encontrar hierba y agua.

—De acuerdo —dijo Anais—. La población humana se ha ido. ¿Qué supone un retraso en una ruta que nadie guarda, de todas formas?

Hector miró por encima de su hombro, hacia la calle principal que terminaba en la entrada de la Ciudad Amurallada, al norte de Kingston.

—No toda la población humana se ha marchado —objetó, en voz baja—. Solo aquellos que eran libres de irse.

Anais siguió su mirada, e hizo una exhalación profunda.

Mientras el viento marino soplabá por las calles desiertas de Kingston, arrojando arena a sus ojos, ambos rememoraron días anteriores, después del éxodo de las Flotas pero antes de que los barcos de rescate procedentes de otras partes dejaran de venir a Serendair. El joven rey, Gwylliam, recién coronado y arquitecto de la evacuación que había salvado a la mayoría de sus súbditos de la muerte en el cataclismo que estaba por llegar, había embarcado en la última nave de la última flota, una vez seguro de que todo ciudadano serendí que quería irse lo había hecho.

Se había olvidado por completo de la Ciudad Amurallada.

En realidad, no era una sorpresa que la Ciudad hubiese estado fuera del pensamiento consciente de Gwylliam. Aunque ocupara un espacio geográfico dentro de su reino, era un mundo en sí misma, una antigua colonia penal de pequeños ladrones y rateros que había evolucionado por sí sola hacia una sociedad colorista con diferentes niveles de gobierno y amenazas que la hacía incomprensible para cualquiera que no morase entre sus muros cerrados.

A pesar de su apariencia de infranqueable, la Ciudad Amurallada poseía tantos túneles hacia el mundo tras sus fortificaciones como el dique de un castor o un nido de ratas. Incluso en los días previos a la Guerra Serendí que había finalizado doscientos años atrás, la Ciudad había sido dividida en el Anillo Exterior y el Anillo Interior. El primero contenía un floreciente mercado de productos exóticos y servicios excéntricos que los ciudadanos del mundo exterior podían visitar, siempre y cuando fuesen registrados en las puertas.

Se accedía para comprar en los bazares el día en medio de la semana, conocido como el Día de Mercado, al sonido de la gran campana de latón, una vez pagada la señal que les garantizaba la salida de la Ciudad cuando la campana volvía a sonar para marcar la hora de cierre. Compraban perfumes que podía trasladar la mente a lugares más allá de los horizontes de la realidad, telas y sedas de color indescriptibles, joyas, pociones, bálsamos relajantes y miríadas de otras mercancías procedentes de los lejanos rincones de la tierra. La mera existencia de estos productos exóticos era una buena pista de lo porosos que eran en realidad los gruesos muros de la Ciudad Amurallada.

El Círculo Interior era incluso más misterioso, un lugar oscuro al que nadie excepto los moradores permanentes de la Ciudad tenían acceso. Dentro de sus edificios carentes de ventanas, o en sus sombríos callejones, se llevaban a cabo otro tipo de negocios que aquellos que vivían fuera de la Ciudad Amurallada solo podían imaginar en el transcurso de sus pesadillas.

Cuando Hector y sus compañeros se dieron cuenta por primera vez de que la Ciudad Amurallada estaba cerrada a cal y canto, habían intentado ofrecer refugio a sus habitantes en el primero de los barcos que había llegado al principio del éxodo. Había ido a la Ciudad en persona. Sus enormes puertas ya no estaban custodiadas. Había forzado la cerradura y abierto los portones, invitando a la sorprendida población que encontró al otro lado a huir, para salvarse de la des-

trucción que sobrevendría cuando el Niño Durmiente se despertara y emergiera, llevándose la Isla de Serendair de vuelta con él a las olas del mar, como el Rey había profetizado que haría pronto.

La Ciudad Amurallada estaba en ese momento atestada de gente. Le miraron como si estuviera loco, se dieron la vuelta apartando los ojos, y siguieron con sus asuntos como si no estuviera allí.

Al día siguiente, cuando regresó una vez más para rogarles que lo reconsideraran y explicarles el cataclismo inminente, se encontró con las puertas cerradas. Había una nota amable colgada de la puerta, declinando su oferta, dándole las gracias y deseándole lo mejor.

La idea de los miles de almas al otro lado de los muros había perseguido a Hector durante semanas, mientras él y los demás instalaban con cuidado a los rezagados restantes que venían de las tierras al este del Gran Río, o que por algún motivo se habían perdido el éxodo, en el último de los barcos de rescate. A menudo se encontró caminando por el exterior de las murallas de la Ciudad, deseoso de encontrar la forma de lograr que, cualquiera que fuese la fuerza gobernante del interior, cambiase de opinión y salvara a su gente.

Después de un tiempo, la cuestión se volvió trivial. Los barcos dejaron de llegar al tiempo que la temperatura del mar sobre la tumba del Niño Durmiente aumentaba, haciendo que las aguas de pantoque hirvieran por el calor y algunos de los barcos reventaran por las juntas. Hector ya no podía reunir fuerzas para pensar en los que aún seguían al otro lado del muro, condenados a permanecer en la isla hasta el final, al igual que la población al este del Gran Río que había escogido quedarse.

Tan condenados como él y sus cuatro compañeros.

Ahora ya era demasiado tarde para preocuparse.

Hector parpadeó; el sol del atardecer había cambiado de lugar, cegándolo. Se llevó una mano a la frente y miró a Anais, quien hacía un gesto con la cabeza hacia los muelles.

—Ven —le dijo su amigo liringlas, sus ojos plateados relucientes por la luz.

Sin una palabra, Hector espoleó a su caballo y le siguió.

A lo largo del embarcadero ardían hogueras, y las cenizas se mezclaban con la espuma del mar. Cantha, Jarmon y Seviryam debían de haber encontrado más cuerpos, humanos o lo que fuera, o algo que mereciese la pena el gasto del precioso combustible para hacer las piras.

El humo de las hogueras ya no le asfixiaba. En las semanas transcurridas desde que llegara y partiera el último barco, había habido muchas hogueras a lo largo de la ruta que ellos transitaban, un largo recorrido circular sur-norte por las tierras al oeste del Gran Río. Se habían aventurado en las tierras del este una sola vez. Aquella enorme extensión de tierras contenía los subreinos que habían decidido quedarse, ya fuese porque no creían la visión del Rey, o porque, aun aceptándola, preferían permanecer en sus lugares de nacimiento hasta el final. Ya que la salida



definitiva de la Tercera Flota había tenido lugar desde el puerto de Kingston, fue a las tierras del norte donde los rezagados llegaron tarde, y por eso la parte del reino que Hector tenía que custodiar era esa, con el fin de mantener una fútil sensación de orden en los últimos días. Los disturbios y saqueos se redujeron al tiempo que llegó la hambruna y las enfermedades, y la costa este ardía con las piras funerarias que habrían servido de maravillosas señales de fuego, si hubiera algún barco en el mar para contestarlas.

Las nubes de humo giraban y danzaban, zarandeadas por los inconstantes vientos del mar. Hector podía ver las sombras oscuras de sus amigos moviéndose en silencio entre el humo, removiendo las cenizas y alimentando las hogueras.

En los muelles, una silueta que debía ser la de Anais le llamó con señas.

Hector atravesó la neblina acre con un picor en los ojos hasta el final del embarcadero, donde su amigo de la infancia esperaba, y se plantó detrás de él, mirando el chapaleteo del mar y la niebla impenetrable. Aquella silenciosa vigilancia era un ritual que ambos habían celebrado muchas veces desde que partiera la Segunda Flota. Allí de pie, juntos, como habían estado aquel horrible día en que dejaron sus esposas e hijos en manos de MacQuieth. En aquel momento se produjo una conexión, un vínculo en el Tiempo, con el último lugar donde la vida seguía teniendo un significado para ellos.

—Ya no sueño con ellos—dijo Anais, mirando la espuma. Su voz se escuchaba amortiguada por el gemido del viento.

—¿No?

—No. ¿Y tú?

Hector tomó una bocanada de aire, aspirando la sal y el fuerte aroma de las cenizas, y pensó en Talthea, en su hijo y en el nonato.

—Yo sí. Cada noche.—Dejó de mirar al horizonte y bajó los ojos, hacia la niebla entre las olas que rompían bajo el muelle—. Y en nada más.—Era la única cosa que hacía soportable el día, saber que la noche llegaría acompañada de dichos sueños.

Anais asintió, pensativo.

—Cuando me despierto, puedo evocar sus rostros si lo intento—dijo—, pero por las noches sueño con el Árbol del Mundo.

Hector parpadeó y volvió la cabeza hacia su amigo.

—¿Sagia?

Anais volvió a asentir.

—Y con el bosque donde nací, Yliessan.

Al calor del sol del atardecer, Hector sintió un escalofrío repentino ante la mención del gran árbol por parte de su amigo; se trataba de la entidad sagrada del pueblo de Anais, los lirin, hijos del cielo. Sagia era uno de los cinco lugares de nacimiento del Tiempo, donde nacía el Éter, y su poder era la sangre del corazón de la Isla.

—¿Qué ves en esos sueños, Anais?

Este inclinó la cabeza para facilitar el recuerdo de la visión.

—Estoy de pie en Yliessan, junto a la base del Árbol, con la vista levantada hacia su inmenso tronco y las ramas más bajas que se extienden sobre el

dosel que forman los demás árboles del bosque. Su corteza plateada refulge. Alrededor del Árbol hay linajes de lirin de todas clases: lirindarc, moradores del bosque; lirinved, los intermedios, nómadas que viven tanto en el bosque como en la pradera, y que no poseen hogar en ninguno de los dos; lirinpan de las ciudades... Todos están esperando. Los liringlas, mi propio pueblo, cantores del cielo, están al final de la hilera, engalanados con guirnaldas de flores. Uno a uno, trepan a las ramas más bajas. Luego, más arriba. Construyen refugios de algún tipo, nidos, a falta de una palabra mejor. Los liringlas adornan el tronco de Sagia con las guirnaldas de flores. —Anais cerró los ojos, concentrándose en la visión—. Están cantando. Los lirin se están refugiando en Sagia, a la espera del fin en Sus brazos.

La voz de Seviryum rompió la tranquilidad de los muelles.

—¡Hector! ¡Hector! ¡Barco a la vista! ¡Un barco se acerca a puerto!

Los hombres del muelle se giraron, sorprendidos, y miraron la niebla con más detenimiento.

Al cabo de unos instantes, en el extremo de su campo de visión pudieron ver unas velas que se aproximaban al atraque más bajo, en el extremo sur del malecón principal. Hector volvió corriendo al embarcadero, seguido de cerca por Anais, donde se reunieron con los otros tres.

Jarmon estaba sacudiendo la cabeza.

—Idiotas —murmuró al ver cómo el bajel desaparecía entre el vapor que se elevaba fuera de la barrera del mar—. Debe haberse perdido. No puede haber un capitán en el mundo que no conozca el peligro en esta zona.

Cantha también negó con la cabeza.

—Perdido no. Sus movimientos son deliberados.

—¡Eeeh! —gritó Seviryum, corriendo hacia el malecón y saludando con la mano entre las nubes de negra ceniza procedentes de la hoguera—. ¡Eeeh! ¡Aquí!

Nadie, excepto el viento del mar, contestó.

Se quedaron de pie en la neblina espesa durante media hora o más, hasta que al final Anais divisó una débil luz que se abría paso sobre las olas en su dirección, balanceándose arriba y abajo sobre la superficie del agua.

—Han botado una barca —dijo, apuntando al resplandor que se acercaba—. En su proa llevan una lámpara, cerca del agua.

—El barco es una goleta de dos... o tres mástiles —informó Jarmon—. Puede que un bergantín... No puedo distinguirlo. Enorme, eso sí. Debe haber echado ancla justo al otro lado de la barrera. No puedo decir que les culpe. No quisiera navegar entre la niebla de este puerto ahora que los faros ya no lucen.

—Seviryum, enciende una señal y muévela —dijo Hector mientras caminaba hacia el final del malecón. Entrecerró los ojos para ver a través del humo y la niebla, pero solo captó algún destello ocasional de la diminuta linterna que se movía cerca de la bahía.

—Una locura —musitó Jarmon al tiempo que Seviryum trepaba el muro de sacos de arena que habían erigido a lo largo de la costa y sostenía una gran antorcha—. Ya ha pasado más de dos lunas llenas desde el último... ¿Por qué viene ahora un

barco? ¿No puede ver el vapor? Seguro que sube muy arriba en el cielo. ¿Cómo no van a verlo desde mar abierto?

—Quizá tengan el mismo tipo de ojos que Sevirym —sugirió Anais—. Esperemos a ver.

Observaron con silenciosa paciencia durante largo rato, para después abrirse paso de forma simultánea por el largo embarcadero, a través del fulgor de la niebla que se había tragado a Hector. Este último esperaba en el malecón.

La luz de la linterna situada en la proa del bote estaba ahora cerca, difuminada su luminosidad por el brillo del sol sobre el vapor que cubría la costa. Por encima del ruido de las olas que golpeaban el muelle, se oyó una voz ajada que llamaba.

—¡Eeeh!

Una veintena de voces se unieron al otro lamento.

—¡Eeeh! ¿Hay alguien ahí? ¡Eeeh!

Ante los ojos de los cinco compañeros, aparecieron unas luces titilantes, repartidas en una formación de punta de flecha detrás del primer faro. Una barcaza guiada por un contramaestre e impulsada por cuatro remeros emergió de la niebla, seguida un momento después por otras cinco.

En el primer bote había un hombre de pie. Pudieron ver cómo su silueta empezaba a cobrar forma y definición una vez que la barcaza se acercaba al embarcadero.

—¡Eeeh! ¡Estoy buscando a sir Hector Monodiere! ¿Es él alguno de ustedes?

—Soy yo —dijo Hector, cogiéndose a un poste e inclinándose sobre el extremo del muelle para tener una mejor vista del hombre del bote a través de la brumosa luz—. ¿Por qué han venido aquí?

El hombre se protegió los ojos con la mano.

—Soy Petaris Flynt, capitán del *Jinete de las Tempestades*, que navega bajo la bandera de Marinaer. Traigo noticias; écheme un cabo.

Jarmon y Anais se dispusieron a amarrar la barcaza, mientras Cantha regresó para ayudar a Sevirym a guiar a los demás hacia el muelle con la señal. Hector ofreció su mano al capitán y descubrió al tirar del hombre hacia tierra firme lo débil que se había vuelto su apretón y la cantidad de músculo que había perdido en su brazo.

El capitán era un hombre fornido, fuerte y de gran pecho, con barba gris cerrada y ojos tan oscuros como las profundidades del mar. Levantó la mirada hacia Hector, media cabeza más alto, y dejó que sus ojos vagaran hacia los demás, y más allá del embarcadero vacío. Meneó la cabeza y suspiró.

—¿Quién podría imaginar que el gran faro de Kingston se apagaría en mis tiempos? —dijo, pensativo—. Habría puesto más en duda la salida del sol que la presencia del faro. Qué triste. —Hizo una señal tranquilizadora a los marineros de la barcaza, y volvió a encontrarse con los ojos de Hector.

—Estamos aquí para llevar una última carga, sir Hector: los últimos rezagados, quien quiera que perdiese el último barco. Esta será de verdad la última oportunidad que tendrán. El mar de las Islas del Norte se agita por el calor; el pantoque de los barcos se derrite a cincuenta kilómetros de Balatron. Ni siquiera sabemos si lo conseguiremos nosotros. Navegaremos con la marea al atardecer, hacia el suroeste, tan rápido como el viento nos lleve, hasta que alcancemos los Campos

Helados. Después viraremos hacia el norte. Todo el que esté a bordo al ocaso podrá venir con nosotros. Los demás se quedarán... sin excepciones.

—Que Dios el Único, el Todo, me perdone mi ingratitud, ¿pero por qué han venido? —preguntó Hector, incrédulo—. Las rutas marítimas hasta este lugar han sido cerradas desde hace más de dos meses. El éxodo estuvo completo tres meses antes de eso; la Tercer Flota se marchó mediada la primavera. No queda nadie a quien salvar. Todo el que se quería ir ya lo ha hecho.

El ceño de Flynt se frunció.

—Vine por orden del rey de Marincaer, al que le pidió que me enviara Stephastion, uno de los barones de Manosse.

—¿Manosse? —Hector miró a Jarmon y Anais, quienes se encogieron de hombros. Manosse era una gran nación a medio mundo de distancia, en la costa este del Continente Septentrional, lejos de las tierras hacia las que los refugiados que se habían negado a navegar con las Flotas habían huido.

—Sí —dijo Flynt—. Las noticias también vienen de Manosse. La flota de su padre arribó allí.

—¿En Manosse? —preguntó Hector, preocupado—. ¿Por qué? ¿Qué ha ocurrido? Ese no era su destino.

—Parece que fueron atacados por una gran tormenta —respondió Flynt, hablando con rapidez—. Se alejaron del meridiano cero. Muchos barcos se perdieron. Parte de la flotilla superviviente atracó en Gaematria, la Isla de los Magos del Mar, a pesar de ser un lugar prohibido para la mayoría. Su padre condujo al resto de la flota hasta Manosse, probablemente porque sabía que los debilitados barcos no sobrevivirían todo el trayecto hasta Wyrmlands, adonde se dirigían en principio. Piensan quedarse allí, según me han dicho.

Hector asintió.

—¿Y la Primera Flota? ¿Y la Tercera?

El capitán sacudió la cabeza.

—Ni una noticia. Pero si iban a ir a Wyrmlands, me temo que jamás volveremos a tener una palabra de ellos. Aquel lugar no forma parte del Mundo Conocido por una razón. —Miró en derredor, nervioso.

—¿Tiene noticias de mi familia? —preguntó Hector.

—Me han dicho que su esposa e hijo están bien. Y también su hija. Ha nacido sana y salva.

—¿Sabe qué nombre se le ha dado?

—No, pero parece que ser su esposa dijo que usted ya lo sabía.

—Y mi padre... ¿está bien? ¿Y su barco?

Flynt apartó la mirada.

—Sobrevivió al viaje. Su barco permanece intacto, me han dicho.

Hector y Anais intercambiaron una mirada de alivio; aquello presagiaba buenas noticias para la familia de Anais, que había viajado con la de Hector, aunque estaba claro que el capitán estaba omitiendo algo.

—Cuénteme lo de mi padre, lo que sea que no me ha dicho —pidió Hector—. ¿Está enfermo?

—No que yo sepa. —El capitán gesticuló, nervioso, hacia la tripulación de su barcaza, quienes cogieron los remos y bogaron hacia la costa. Después, devolvió su atención al joven—. Su padre vigila constantemente el mar, sir Hector. Una vez que lo que quedaba de la Segunda Flota estuvo en puerto, y su tarea finalizó, se marchó a la península de Sithgraid, en el extremo sur de Manosse, y se metió en el agua. Se dice que permanece allí, noche, día y noche otra vez, negándose a recibir sustento ni compañía de nadie a excepción de su esposa e hijo. Cuando el barón le preguntó a su esposa lo que él estaba haciendo, simplemente contestó que estaba esperando.

Hector recibió las palabras en silencio, mirando al horizonte del este.

—Gracias.

La impaciencia ganó su batalla contra el control del capitán.

—De acuerdo entonces, sir Hector; he entregado mis noticias. Como le he dicho, he venido a recoger a las almas perdidas que deseen marcharse antes de que la Isla sucumba. Reúnelas.

Como si oyera sus palabras por primera vez, Hector se dio la vuelta y miró absorto a Flynt. Luego asintió.

—Muy bien.

—Abre el portón, Seviryum.

El joven soldado parecía vacilante mientras su mirada recorría la gigantesca puerta hasta las torretas de guardia del otro lado. Se quedó mirando el muro que rodeaba la Ciudad Amurallada, consciente de que nadie caminaba sobre él, cogió la manilla oxidada y tiró con todas sus fuerzas.

La pesada puerta de madera, construida de latón, se abrió en silencio.

—Mira esto —susurró Jarmon con amargura—. Durante cuatrocientos años, se necesitaron tres hombres para abrir estas cerraduras, y siete para abrir este portón hacia un nido de ladrones. Ahora se abre como la puerta de la cocina de mi madre. En verdad he vivido demasiado tiempo.

Hector pasó más allá de los gruesos muros reforzados internamente con barras de hierro a través de la entrada, intentando ver lo que había más allá de estos.

La Ciudad Amurallada estaba vacía.

O quizá solo lo parecía. En cada esquina, cada ventana tapiada o cada callejón, podía sentir la presencia de sombras, podía notar el peso de las miradas sobre él, aunque no hubiese nadie a la vista.

Caminaron por las calles silenciosas, pisando los restos del mercado que llenaban las calles, los jirones de tejidos y las carretas rotas, los fragmentos de cristal disseminados y las huellas de hollín de las hogueras tiempo atrás extinguidas. Hector se detuvo en todas las esquinas y miró en los escondrijos del Anillo Exterior, pero no vio nada. Llamó a gritos, pero no recibió respuesta.

Finalmente, llegaron al gran pozo del centro de la Ciudad Amurallada, un lugar que una venerada historia había descrito como «la boca de un laberinto de Subterráneos, gente que vivían en la completa oscuridad bajo las calles de la ciudad, en guaridas con más túneles que un reino de hormigas». Hector no

sabía si dar crédito a las leyendas de aquellas ratas humanas míticas, y tampoco le importaba; solo sabía que el sonido del pozo reverberaba por toda la ciudad. Se inclinó sobre el borde y gritó.

—¡Hola! ¡Salid ahora, todos los que oigáis mi voz! ¡Os ordeno, en nombre de Gwylliam, Alto Rey de Serendair, que dejéis este lugar de una vez! El último barco que jamás llegará espera en el puerto, y partirá con la marea del ocaso. ¡Venid! El Niño Durmiente emerge en el noroeste... ¡Salvaos!

Sus palabras resonaron por las piedras de los callejones, hicieron eco en el pozo y en las calles. Hector esperó.

No hubo respuesta.

—Anais —dijo Hector sin girarse, manteniendo la vista en las calles y callejones ante sí—, vuelve al portón y toca la campana del Día de Mercado.

—¿Estás seguro de que sigue allí? —preguntó Anais, indeciso—. La mayoría de las campanas de Kingston fueron fundidas para hacer piezas de barco cuando empezó en éxodo.

—Esa campana estaba en el interior de la Ciudad Amurallada, la cual fue obviada de los planes del éxodo. Era demasiado grande para que se la llevaran aquellos que hubieran conseguido entrar aquí a través de cualquier agujero que pudiera haber en las murallas. Sigue tocándola hasta que las murallas cedan.

De manera inconsciente, los otros tres se movieron hasta formar un círculo, espalda contra espalda con Hector, mirando los cuatro puntos cardinales en busca de señales de respuesta. Aparte de alguna sombra cambiante, y algún pestañeo aquí y allá en la oscuridad, no había nadie.

Se quedaron así plantados, con las ballestas cargadas pero apuntadas hacia los adoquines, quietos como aquellas piedras, a pesar de que la gran campana sonaba muy alto desde la cima del muro junto a la puerta.

Las oleadas del estruendoso sonido metálico llenaban las calles vacías mientras Anais la tocaba una y otra vez. Un aleteo salvaje se alzó desde los aleros de un edificio de ladrillos de adobe cercano al pozo; una bandada de palomas echó a volar y tomó el cielo, graznando con rabia.

La campana siguió repicando durante quince largos minutos. El ruido se convertía en silencio por unos instantes, solo para continuar con su ensordecedora furia una y otra vez. Hector seguía mirando los callejones oscuros, aguantando la cacofonía sin dar un respingo, hasta que al final apareció la silueta de un hombre al final de una calle que salía del pozo. El hombre esperó hasta que Anais hizo una pausa en su repicar de campana, y gritó desde la calle vacía.

—Haz que pare de inmediato, u ordenaré que te disparen.

—Sería una orden poco sabia —gritó Hector a modo de respuesta, mientras los tres que le rodeaban alzaban sus ballestas—, y la última.

Una carcajada provino de la enjuta figura, y el hombre del final de la calle avanzó, cojeando un poco bajo la luz del atardecer, mientras la campana empezaba a atronar una vez más.

—Alto, Anais —gritó Hector cuando el hombre entró en la plaza, en el momento en que el repiqueteo hizo otra pausa. Miró impaciente cómo el hombre se

inclinaba sobre su bastón y volvió la cabeza hacia el sur para examinar el muro lejano. Los demás no bajaron sus armas.

—¿Qué crees, por el amor de Dios, que estáis haciendo? —preguntó aquel hombre andrajoso con una mezcla de irritación y curiosidad—. Aparte de molestar a las palomas y mi siesta vespertina.

—Un último barco de rescate ha entrado en el puerto. Estoy aquí para hacer un último intento de salvar lo que queda de la gente del Rey.

El huesudo personaje rompió a reír de manera salvaje, carcajada adornada por una hilera intermitente de dientes.

—Ah —dijo con suficiencia y pasándose una mano delgada por la incipiente barba de su cara—. Ahora el origen de nuestro malentendido está claro. Simplemente estáis confundidos. —Su tono se volvió conciliador, con un toque de condescendencia exagerada, como si le hablara a un niño—. Verás, esta no es la gente del Rey; nunca lo fueron. El Rey se olvidó de este lugar hace mucho, al igual que su padre y su abuelo antes de él. Ahora que hace tiempo que cualquiera con un poder real se marchó, yo soy el Rey de este lugar. Bueno, en realidad me llaman el Déspota. Esta es mi gente. Yo decido si van o vienen, si viven o mueren. —Se inclinó hacia delante sobre su bastón mientras su sonrisa parcheada se hacía más ancha—. Y digo que se quedan. Así que métete en tus asuntos, sir caballero; corre y embarca en tu nave. Os agradecemos vuestra generosa oferta, pero con todo respeto, como rey de los que quedan, yo la declino.

—Eres el rey de nada —gritó Jarmon, testarudo.

El Déspota rió.

—Bueno, entonces ya tengo algo en común con Gwylliam. Qué asco. Yo soy más rey de lo que nunca lo fue él, que asusta a su gente con sus visiones, sus predicciones sobre cataclismos, y entonces la abandona. Un rey que abandona su derecho de nacimiento para salvar su pellejo. Al menos yo me quedo con mi gente, y me mantengo en mi puesto. A diferencia de Gwylliam, yo no soy un cobarde.

La expresión de Jarmon se oscureció y levantó la ballesta hasta su ojo.

—Dame la orden, Hector —dijo el viejo guardia, iracundo—. Quiero esta pieza.

—No hay tiempo para sus juegos, su idiotez —dijo Hector con sequedad al Déspota, levantando una mano hacia Jarmon como precaución.

—Entonces deja de gastar aquí el que tengas —dijo el Déspota con tono plano—. ¿Conoces los orígenes de este lugar? ¿Qué hay aquí que merezca la pena salvar?

Antes de contestar, Hector juzgó la situación. Siempre le habían dicho que la ciudad más allá de las murallas estaba llena de trampas, pero el hombre escuálido que tenía ante sí no llevaba armas a la vista, y no veía puertas ni ventanas que pudieran ocultar arqueros. No podía estar seguro de que la posición de Anais estuviese despejada.

—Ellos —dijo simplemente, haciendo un gesto hacia las oscuras calles y callejuelas—. Cualquiera que nunca tuvo la oportunidad de elegir su vida; cualquiera que fuese condenado por si acaso. Un hombre. Una mujer. Un niño. Estos y todos aquellos que quieran marcharse, sin importar sus crímenes ni su inocencia. En el nombre de Gwylliam, el rey, estoy aquí para ofrecerles una oportunidad. ¡Y

ahora, haceos a un lado! ¡No tenemos tiempo para esto! Estamos en el umbral de la muerte.

Los ojos del Déspota se oscurecieron, revelando una profundidad sin alma.

—Pasa, entonces —dijo este con voz glacial—. Es de mala educación quedarse en la entrada.

—Después de vos, Majestad —replicó Hector.

Dejó caer la mano.

Las tres saetas volaron al tiempo y se clavaron en el ojo, el corazón y la frente del andrajoso personaje, atravesándolo como si fuera de pergamino. El Déspota cayó de espaldas sobre los adoquines de la plaza con un ruido sordo, enviando otra bandada de palomas al cielo. El sonido de la caída de uno y del vuelo de otras resonó por las calles vacías, y fue seguido de un silencio ensordecedor.

—Anais, toca la campana tres veces más —gritó Hector sobre el hombro.

El repicar metálico volvió y cesó, desvaneciéndose poco a poco.

—¡Salid ahora! —aulló Hector en el Anillo Exterior—. ¡Venid con nosotros si queréis vivir!

Durante un largo rato nadie contestó. Luego, en el extremo de su campo visual en los oscuros callejones, Hector vio sombras que crecieron un poco, y después se movieron.

Lentamente, de una en una o de dos en dos, las figuras comenzaron a moverse hacia la luz de la plaza, como fantasmas al sol, bizqueando de dolor. Hombres escuálidos, mujeres demacradas y unos cuantos niños harapientos se adelantaron, flotando los unos cerca de los otros, con ojos vacíos y gachos. Hector dejó escapar el aliento; hasta ese momento, no había estado seguro de que hubiese nadie en la oscura ciudad a quien salvar.

—Sevirym —le dijo al joven soldado—, conduce a estas personas al muelle y embárcalas. Envíame a Anais cuando pases por la puerta; nosotros iremos rápidamente casa por casa, y entraremos en el Anillo Interior.

Sevirym asintió con brusquedad ante la mención del oscuro interior de la Ciudad Amurallada, se dio la vuelta y le hizo gestos a las dos docenas de sombras humanas que vagaban poco a poco hacia las puertas.

—Venid —gritó—. Seguidme hasta el barco... hacia una oportunidad de vivir otro día.

Calle tras calle, edificio tras edificio de adobe, comprobaron que no quedaba nadie con vida, solo restos. Había más cuerpos en la Ciudad Amurallada que los que habían encontrado en las tierras del oeste, demasiados para quemarlos o para siquiera rezar por ellos.

Mientras corrían de dintel en dintel, de poste a pilar, hicieron llamamientos por los pasillos vacíos y aporrearon las paredes y escaleras, para avisar a cualquiera que estuviese en los pisos superiores o en las bodegas, pero solo lograron molestar a los nidos de ratas, a los pájaros y a las manadas de gatos salvajes que rapiñaban lo poco que podían sacar del osario.



Finalmente Anais, que había saltado por los tejados de gran parte de la ciudad, descendió y se plantó en mitad de la calle, ante un muro interior que corría perpendicular al resto de los edificios, y que separaba el Anillo Exterior de las calles oscuras que se extendían más allá. La verja forjada en hierro negro y con forma de cerradura gigante tenía los goznes rotos, y el metal estaba retorcido con salvaje ferocidad. Anais se dobló por la cintura, jadeando de cansancio y frustración.

—El Anillo Interior debe empezar aquí —dijo entre bocanadas de aire—. Vas a querer entrar, ¿verdad, Hector?

—Sí.

Anais suspiró.

—Desde luego. Preguntártelo ha sido malgastar un aliento valioso. Ten la bondad de concederme un momento para recuperarlo. Me estoy haciendo viejo para estos sinsentidos.

Hector no dijo nada. *Lo que daría por que tuvieras la oportunidad de hacerte viejo, Anais*, pensó.

—El sol está descendiendo —dijo Cantha, protegiendo sus ojos con una mano de largos dedos y mirando en la impenetrable niebla—. Dos horas y estará más allá del horizonte.

—De acuerdo; entonces treinta minutos de búsqueda como mucho —dijo Hector, haciendo un gesto con la cabeza a Jarmon para que abriera la puerta retorcida—. Y aquí dentro permaneceremos juntos. En su día, esto fue un enclave muy perverso, el lugar más cercano a la Cripta del Inframundo que jamás existió en la Isla; no queremos dar un mal paso.

Con rapidez, atravesaron la entrada evitando el metal torcido, y pusieron sus pies por vez primera en sus vidas en las calles del Anillo Interior.

Era asombrosa su vulgaridad.

Los edificios de lo que una vez fue uno de los rincones más oscuros del mundo no eran diferentes de los del Anillo Exterior, ni siquiera de los de las zonas más pobladas de las tierras del oeste. Las calles eran incluso más silenciosas que las del mundo exterior, y más desprovistas de valor. Los edificios eran tan comunes como los de la zona residencial de Kingston. La única diferencia apreciable era la proximidad entre ellos; se agolpaban uno sobre otro en busca de espacio, separados tan solos por estrechos callejones. De las ventanas colgaban cuerdas aquí y allá, uniendo las calles en el aire tanto como lo estaban en el suelo.

Hector hizo a un lado una media puerta que colgaba de una bisagra y miró en el interior de una tienda en estado ruinoso.

—Mi padre caminó por estas calles muchas veces —dijo en voz alta, pensativo—. Decía que la oscuridad se cernía sobre el lugar, que estaba presente en el mismísimo aire. Debía estar presente en la nefaria población que aquí habitaba; parece que se la llevaron con ellos cuando se fueron.

—Bien —murmuró Jarmon—. Quizá oscureciera su camino hacia el mar y se ahogaran sin dejar rastro.

Peinaron cada calle, cada calleja, llamando por turnos como habían hecho en el Anillo Exterior, pero en aquella pequeña sección cerrada de la Ciudad Amurallada sus palabras eran tragadas por el silencio devorador que reinaba en el lugar.

Cantha se detuvo en medio de una esquina, y la dobló; los demás la siguieron a lo largo de una serie de edificios oscuros hasta un sitio donde parecía que faltaba uno. Un agujero gris de cenizas grises ocupaba su lugar entre el resto de estructuras intactas, como cuando falta un diente en una sonrisa.

La mujer kith inclinó la cabeza hacia el viento e inhaló.

—La tienda de venenos —dijo. Era el único edificio del Anillo Interior que había sido arrasado.

—También se llevaron sus secretos con ellos —dijo Anais.

—Aquí no hay nadie, Hector —exclamó con impaciencia Jarmon desde el otro extremo de la calle, con la voz amortiguada—. ¿Podemos irnos ya de este lugar? Hemos buscado tan bien como Dios, el Único, el Todo, podría pedirnos; salgamos de aquí antes que caigamos en una trampa o descubramos alguna otra señal de desprecio a las fuerzas de Su Majestad.

Hector miró en derredor a las desoladas calles y los edificios vacíos, testigos silenciosos de actos imposibles de describir aunque las piedras pudieran hablar. *Otro misterio que entra a formar parte de los anales del Tiempo*, pensó, confuso. Se volvió hacia los demás, quienes le observaban con atención desde calle arriba.

—Sí —dijo al fin—. Hemos buscado suficiente. Larguémonos.

La segunda barcaza se preparaba para partir cuando Hector y los demás regresaron al malecón del puerto de Kingston.

Sevirym hizo una seña al contraмаestre para que esperase y corrió muelle arriba entre la niebla, en pos de sus amigos.

—¿Alguien más?

—Nadie —dijo Hector de manera inexpressiva—. La Ciudad está vacía.

El capitán del *Jinete de las Tempestades* salió de entre los jirones de calina.

—No hemos cargado ni las dos quintas partes de este bote —dijo, sombrío—. ¿Seguro que esto es todo?

—Me temo que así es.

—Apenas merecía la pena el riesgo —musitó Petaris Flynt—. Una veintena de ratas humanas andrajosas... ¿Por esto nos arriesgamos a cocernos y a partir el barco en dos?

El rostro de Hector se oscureció a la tenue luz del sol poniente.

—Si rescata una sola alma, habrá merecido la pena —dijo con amargura—. Ojalá yo tuviera la oportunidad de hacerlo. Coja su barco, capitán, y despliegue las velas. Corra a casa, hacia los que ama, con su carga de humanos. Deje este lugar mientras pueda.

El capitán asintió con ganas.

—Muy bien. Suban a bordo, sir Hector, y partiremos hacia los Campos Helados. Cinco pares de ojos le miraron con frialdad a través de la neblina.

—Nos ha entendido mal —dijo por fin Anais, tras un momento largo e incómodo—. Nosotros no nos vamos.

—Juré permanecer aquí —interrumpió Hector, haciendo una seña a Anais para que guardara silencio—. Por orden de mi rey y señor, he de quedarme para mantener el orden en los últimos días, y salvaguardar la línea de sucesión.

—¡Es una locura! —bufó Flynt—. El Rey se ha ido, sir Hector; el éxodo ha acabado, y con éxito. No queda nada que salvaguardar. ¡Seguro que su rey no quiso decir que se quedara hasta la muerte, ahora que su tarea está cumplida! Subid a bordo.

—Se lo agradezco, pero no puedo.

—¿Por orden del Rey?

—Por orden del Rey, sí.

—Entonces vuestro rey era un idiota —dijo el capitán con desdén—. Si no queda nada que guardar, ¿para qué fin un soberano condena a unos buenos hombres a una muerte segura mientras se quedan protegiendo nada? ¿Qué clase de hombre, qué clase de rey, haría eso?

—Mi rey —gruñó Jarmon, con los ojos relucientes de furia mientras se abría paso con el codo entre Anais y Hector, deteniéndose a un cabello de distancia del rostro del capitán—. Nuestro rey. Y será mejor que no vuelva a faltarle el respeto, si no quiere enfrentarse usted mismo a una muerte segura.

—Piense en su familia, hombre —dijo el capitán a la desesperada, ignorando al viejo guardia y volviéndose una vez más hacia Hector.

Este se acercó.

—Eso hago, con cada respiración —dijo mientras hacía retroceder a Jarmon con suavidad—. Pero presté juramento a mi rey, y ellos —hizo un gesto hacia los otros cuatro— me lo prestaron a mí. Le agradezco su preocupación, capitán Flynt, y sus heroicos esfuerzos para salvar a la población restante de estas tierras. Pero solo uno de nosotros irá con usted.

El capitán parpadeó; la tensión del aire que podía haberse cortado con un cuchillo un momento antes se desvaneció, reemplazada con la sorpresa con la que los otros cuatro se miraron entre sí, sus caras cubiertas por la perplejidad.

Hector se dio la vuelta e hizo una señal a sus compañeros en referencia al embarcadero. Caminaron juntos hasta la mitad, meneando las cabezas, intercambiando miradas de confusión, hasta que Hector se detuvo fuera del alcance del oído del capitán y apuntó hacia la niebla de la costa, donde la oscura montaña de sacos de arena se erigía.

—Cantha, Jarmon, seguid caminando —dijo con suavidad—. Tú también, Anais.

—¿¡Yo!?! —gritó Seviryum, demasiado crispado para refrenar sus palabras antes de que explotaran en sus labios—. ¿Me estás echando? No, Hector, no voy a marcharme.

Hector volvió a hacer una señal a sus confundidos amigos, urgiéndoles a abandonar el embarcadero.

—Sí, Seviryum —dijo con tranquilidad, poniendo una mano en el hombro del joven soldado. Este se la quitó de encima enfadado—. Te irás.

—¿Por qué? ¿Ha sido mi lealtad menor que la de los demás? ¿Te he deshonrado, te he fallado...?

—Nunca —le interrumpió Hector, cogiendo su brazo de nuevo—. Escúchame, Seviryum; hay poco tiempo y las palabras han de ser empleadas con moderación, para que su significado no se diluya. Nadie podría haber pedido un compañero más leal y un mejor amigo de lo que lo has sido para mí, para los demás y para esta tierra moribunda. Pero ahora necesito que vayas con el capitán, para vigilar a los refugiados, y asegurarnos de que no son conflictivos. —De modo involuntario, dio un respingo ante la visión del dolor en el rostro de su amigo.

—Quiero quedarme aquí, Hector.

Hector suspiró.

—Bien, pues eres el único, Seviryum. Yo no quiero, pero lo que yo quiera no es la cuestión. Ni lo que tú quieras. Ambos somos prisioneros de lo que ha de hacerse, decidido por el que nos ordena. —Su tono se suavizó—. Cumplirás la misma orden del Rey que el resto de nosotros: «Mantened a mi pueblo a salvo en los últimos días». Esos refugiados harapientos son tan súbditos del Rey como tú o como yo. Necesitan de nuestra protección. Sácalos de aquí, Seviryum. Conducélos a la salvación.

Seviryum bajó los ojos, incapaz ya de mantener un semblante calmado.

—¿Me ordenarás hacer esto, contra mi voluntad y mi voto? —dijo con la voz ahogada por la angustia.

—Solo si me obligas —replicó Hector con ternura—. En vez de eso, te pido que lo hagas por mí, como mi amigo y hermano. Juraste permanecer conmigo, para ayudarme en esta tarea que me fue encomendada. Yéndote en el barco, me ayudarás mucho más que quedándote.

Durante largo rato, Seviryum continuó mirando los tablones podridos del malecón, y escuchando el chapoteo de las olas detrás de la niebla. Finalmente, hizo un gesto afirmativo.

Hector hizo lo mismo hacia los tres que estaban en los muelles y se giró para caminar con Seviryum de vuelta al extremo del malecón. Anais levantó una mano; Seviryum alzó la suya hasta el corazón. Jarmon inclinó la cabeza, y se marchó. Tan solo Cantha permaneció quieta, con la mirada fija y severa atravesando la niebla y el rostro inexpresivo.

—Les estoy abandonando, y a ti —susurró Seviryum mientras regresaban donde las barcas y el capitán del barco aguardaban—. Puede que yo viva, pero tú me estás sentenciando a hacerlo como un cobarde.

Hector se paró de pronto, deteniendo a Seviryum por el brazo con rudeza.

—Maldita sea tu lengua si vuelve a decir tal cosa —dijo con aspereza—. Y maldita sea tu mente si lo cree. Lo que te pido que hagas requiere más valor que quedarse aquí, Seviryum; te estoy pidiendo que vivas. Morir es fácil; cualquier idiota puede hacerlo. Es vivir lo que requiere coraje. Y ahora sube a ese condenado barco y cumple tu tarea para con el Rey, conmigo y contigo mismo.

Tras un instante, Seviryum levantó los ojos y se encontró con los de Hector.

—¿Por qué yo? —preguntó en voz baja—. Iré, Hector, pero quiero saber por qué me escogiste, y no a Anais, Jarmon o Cantha.

Hector exhaló un suspiro.

—Porque tú nunca has creído que fueras a morir, Seviryum. A diferencia de nosotros, tú sigues confiando en que la Isla pueda salvarse, en que la muerte no es inevitable... y quizá eso sea una señal de Dios, del Único, del Todo, de que para ti no lo es.

Seviryum siguió mirándole por un momento, y acabó por asentir. Sus ojos reflejaban aceptación.

—Encontraré a Talthea y a tus hijos, Hector, y les cuidaré hasta mi último aliento.

Hector le abrazó.

—Gracias, amigo mío. Cuéntale a Talthea que estuvieron en mis pensamientos hasta el último momento, y también todo lo que ha ocurrido aquí. Todo, Seviryum, díselo todo, no le ocultes nada. Ella es más fuerte que cualquiera de nosotros. —Su abrazo se estrechó—. Te diré algo, Seviryum, una cosa que no le he dicho ni volveré a decirle a ninguna otra alma viviente. —Se acercó más y susurró a su amigo al oído—. Ninguno de nosotros debería haberse quedado.

Seviryum, incapaz de formar palabras, volvió a asentir con la cabeza.

Caminaron hasta el final del malecón, envuelto en un vapor impenetrable. La silueta del capitán esperaba quieta. Hector observó cómo el contramaestre levantaba la lámpara de la proa del bote para iluminar la subida a bordo de Seviryum, y alzó la mano a modo de saludo final.

Entre el resplandor neblinoso de la linterna, Seviryum levantó la suya en respuesta.

Hector se quedó mirando, al tiempo que trataba de mantener sus ojos enfocados, hasta que la sombra se deslizó entre la calina del mar. Volvió a dirigirse hacia el capitán.

—Gracias —le dijo.

—Entonces, ¿eso es todo? —dijo Petaris Flynt, pesaroso—. ¿No puedo hacerle cambiar de opinión, sir Hector?

—Eso es todo —respondió Hector—. ¿Pueden llevarse algunos de los caballos de las cuadras? Esas monturas también consagraron sus vidas al Rey; si tiene espacio para ellos, me alegraría el corazón ver que son salvados.

Flynt asintió sin entusiasmo.

—Qué pérdida de tiempo —murmuró—. Un puñado de ratas humanas, algunos caballos esqueléticos y un soldado, mientras que unos hombres buenos se quedan atrás con su funesto destino. Ofrézcale mis disculpas a su anciano amigo por mi insulto, sir Hector; cualquier rey que inspire semejante lealtad y devoción en personas tan auténticas debe haber sido un magnífico rey.

Hector soltó un suspiro de serenidad.

—Era nuestro rey —dijo, simplemente.

—Entiendo —replicó Flynt. Miró la puesta de sol—. Haga que sus compañeros reúnan esos animales y los metan en las barcasas. Solo podemos hacer un último

viaje al barco antes de partir. —El capitán se dispuso a descender hasta el más cercano de los cinco botes que quedaban.

Hector le detuvo.

—He descubierto que cada vida que salvo, salva la mía propia un poco más —dijo, estrechando la mano del hombre—. Gracias por ayudarme, capitán Flynt.

El capitán inclinó la cabeza.

—Siento no tener la oportunidad de conocerle mejor, sir Hector —dijo. Subió al bote, gritó órdenes a la tripulación, y desapareció en la niebla devoradora.

Mientras el sol se escondía tras el horizonte, los cuatro compañeros restantes se subieron a la muralla de sacos de arena para observar los mástiles negros del *Jinete de las Tempestades* convertirse en parte del atardecer que se extendía más allá de la espesa calina. Se escuchaba el batir de las olas y el aullido de la brisa marina.

—Que así sea, pues —dijo Jarmon cuando por fin la noche cayó, una vez que el cielo arrojara la última luz.

Los demás no dijeron nada. Anais bajó del montón de sacos, le pasó a Jarmon la antorcha, y corrió hasta el final del embarcadero, dejando que la niebla le tragara. Cuando alcanzó el extremo, escudriñó en la oscuridad pero no vio nada.

—Buena suerte, Seviryum —gritó al viento—. ¡Cuidado con el hielo!

Hector también descendió de la barricada.

—Supongo que deberíamos dedicar una hora o así a reforzar el muro de sacos —dijo, limpiándose la grava de las manos—. Se ha acabado la arpillera, pero podemos seguir con las palas y echar arena en la base de... —Sus palabras se agotaron cuando sus ojos repararon en las dos sombras que rondaban en el borde de la oscuridad que tenían detrás.

Una mujer de pie en el extremo lejano del muelle que bordeaba la ciudad se aferraba a los restos de un chal andrajoso que rodeaba sus delgados hombros. Más fantasma que humana, no decía nada, solo miraba la niebla con ojos vacíos.

A su lado había un niño, un muchacho, menudo y de pelo largo, lo bastante joven para justificar que lo cogieran de la mano, aunque no era así en ese momento. Al igual que los de su madre, sus ojos eran grandes y parecía oscuros a la luz de las llamas, pero la diferencia era que los suyos aún mostraban signos de vida.

El resplandor de las llamas parpadeó por un momento debido al temblor de la mano de Jarmon.

—Ay, no —murmuró—. No.

Durante un instante, el único sonido al final del embarcadero fue el omnipresente aullido del viento. Una lluvia helada y punzante cayó sobre el muelle desierto. Hector se giró hacia los demás, apartándose con rabia el pelo de los ojos.

—Jarmon, Cantha, buscadme un bote. Tiene que haber algo por ahí, una barca de remos, el esquife de un pescador, ALGO...

—Hector... —dijo Anais en voz baja.

—Dame la antorcha —dijo Hector, frenético, moviéndose hacia Jarmon—. Los llevaré en barca rápidamente. El barco verá la luz...

—Déjalo, Hector —dijo Anais con más firmeza.

Los ojos del joven caballero captaban el brillante fulgor de las llamas y lo mudaban en desesperación.

—¡Por el amor de Dios, buscadme un maldito bote...!

—Para —dijo Cantha. Su voz rasgó el viento. Los demás se dieron la vuelta para ver su rostro impassivo y el centelleo de sus ojos, a causa de la compasión o, lo más probable, por los regueros de agua fría que caían desde sus pestañas—. Sácalos de la lluvia.

Los compañeros miraban a su líder en silencio, fijamente, ignorando las ropas y las cabezas cada vez más empapadas. Hector se dobló por la cintura y se puso las manos en las rodillas, como si de repente quisiera enrollarse sobre sí mismo. Permaneció así un buen rato, y luego asintió, boqueando en busca de aire.

—Nos refugiaremos en los establos hasta que la tormenta pase —dijo Anais, apretando el hombro de Hector mientras pasaba a su lado en dirección a la mujer y el niño—. Es la única construcción a la que le queda la mayor parte del tejado.

Hector volvió a asentir, todavía acuclillado.

—Los llevaremos con nosotros a la taberna de la encrucijada para que pasen la noche —dijo cuando pudo volver a hablar.

La mujer no se movió al aproximarse Anais, pero los ojos del niño se agrandaron por el miedo, y este se escondió detrás de ella. El soldado liringlas se detuvo, y se volvió hacia los demás.

—Hector, a ti se te da mejor esto —dijo con la voz amortiguada por el viento—. No creo que nunca haya visto antes a nadie de mi raza.

Hector se incorporó y se sacudió la lluvia de hombros y cabeza.

—Yo también soy liringlas en parte, Anais.

Anais gesticuló, impaciente.

—Sí, pero pareces más humano, porque lo eres. Ven aquí.

Hector dejó escapar un profundo suspiro y caminó hasta Anais.

—Venid con nosotros —le dijo a la mujer, aunque ella no parecía escuchar. Si no estuviese de pie, se podría creer que la vida ya había abandonado su cuerpo. Se agachó y puso su mano sobre el niño.

—Venid con nosotros —dijo en el mismo tono que habría usado para engatusar a su propio hijo, un año mayor que este otro—. Os llevaremos a un lugar seco.

El chico se asomó desde detrás de la mujer, con el pelo chorreando.

Hector le llamó con una seña de su mano.

—Adelante —insistió.

El chico lo consideró un momento más. Después, cogió la mano de la mujer y la guió hacia los hombres. Ella aún se aferraba a su chal, ahora empapado.

Con un chisporroteo, el tizón en manos de Jarmon se extinguió por la lluvia.

El niño durmió todo el camino hasta la encrucijada, recostado sobre Hector y sentado en su misma silla de montar. La mujer, que cabalgaba detrás de Anais, también dormía, o al menos eso aparentaba; sus ojos vacíos seguían abiertos,

vidriosos y desenfocados, pero su respiración se hizo constante antes de dos kilómetros.

Ninguno de los seis había dicho palabra en todo el tiempo que estuvieron en los establos. El insistente chaparrón de lluvia se había convertido en toda una tormenta con rapidez, tempestuosa y empapadora. Las cortinas de agua repique-teaban sobre lo que quedaba del tejado de los establos y discurría en pequeñas cascadas a través de las aberturas.

—Bueno, al menos los caballos se fueron —había observado Jarmon con amargura, cambiando de lugar para esquivar una nueva gotera.

—Algo por lo que dar las gracias —había replicado Anais. Hector no había dicho nada.

Después que lo peor de la tormenta pasara, dejando grandes nubes de niebla que cubrían el helado suelo, los viajeros habían tomado el camino al este hacia las afueras de Kingston, a través del arco en ruinas de la ciudad que en tiempos supuso una maravilla arquitectónica, pero que ahora yacía en pedazos sobre el sendero. En la oscuridad, la destrucción no parecía tan grande como de día, y una vez que la ciudad estuvo a sus espaldas quedaban pocas señales de que todo fuese mal en el mundo en aquella noche lluviosa. Los caballos trotaban con comodidad por el camino embarrado, en apariencia revigorizados, aliviados quizá por alejarse de las piras funerarias y estar de nuevo rodeados por la gélida neblina de las praderas.

Tras cabalgar durante una hora, llegaron a la encrucijada, donde se alzaba la legendaria taberna, abandonada y vaciada de la mayor parte del mobiliario. La Taberna de la Encrucijada había sido un lugar con un impacto histórico mayor que el que cualquier edificio tendría derecho a poseer; sitio de reuniones estratégico y refugio en tierra sagrada durante la Guerra Serendí de hace doscientos años y hasta después de aquello, famosa por su hospitalidad, su seguridad y la enorme chimenea de piedra donde el fuego jamás se extinguía. Ahora estaba oscura, vacía como los ojos de la mujer. Su puerta, una vez embellecida con un grifo dorado y de la que se decía que era un talismán gracias al cual la taberna permanecía indemne incluso en los tiempos en que los enemigos ocupaban las tierras del oeste, había desaparecido, transportada más allá del mar con la Primera Flota. Su entrada estaba abierta como una cueva en tinieblas.

La hospitalidad de la taberna podía considerarse intrínseca, ya que permanecía en pie incluso ahora, pálido reflejo de su pasado. Era el lugar favorito de descanso de todos ellos, un refugio, hasta en ausencia del tabernero, el camarero, los vinos de la familia o la puerta.

Jarmon desmontó, encendió una tea y entró, explorando el lugar para cerciorarse de que nada había ocurrido desde la última vez que habían estado allí. Mientras comprobaba con rapidez la taberna vacía y las habitaciones, Cantha ayudó a Hector y a Anais con la carga humana de sus caballos.

—¿De dónde salieron? —preguntó Hector mientras el adormilado chico enroscaba sus brazos alrededor del cuello del caballero.

—Del mercado, diría yo —contestó Anais, ayudando a bajar de la silla de montar a la mujer.



—¿Cómo se nos habían pasado por alto?

Su amigo se encogió de hombros.

—No lo sé. Deben de haber caminado desde el este del Gran Río, o desde un pueblo junto a él. No podemos salvar a todo el mundo, Hector, aunque tú insistas siempre en intentarlo. Seguro que ahora ya te das cuenta.

Hector le pasó la mano con suavidad al chico por la espalda, pensando en otro muchacho como aquel.

—Así es, Anais.

Cantha se adentró en la oscuridad; ambos hombres se dieron cuenta de su paso pero ninguno lo comentó. Se habían acostumbrado a sus desapariciones nocturnas para comulgar, al igual que todos los miembros de su raza, con el viento.

—Despejado aquí adentro —dijo Jarmon desde la titubeante luz de la taberna.

—Bien. Enciende un fuego, Jarmon. Anais, baja a las bodegas y sube vituallas si es que queda algo. —Pasó la oscura entrada hacia el interior de la fría estancia.

Anais, pegado a él, asintió.

—Debe haber, a menos que las alimañas las hayan descubierto. Seviryrm dejó buenas provisiones ahí abajo. —Condujo a la mujer al interior, soltó su mano y cruzó la sala hasta la escalera que bajaba al pasadizo oculto donde se guarda la comida mientras reía en tono bajo. Se giró en la oscuridad de las escaleras, con los ojos plateados titilantes—. ¿Recuerdas cuando decía que no tenía sentido sobrevivir a un cataclismo solo para morir de hambre?

Hector le devolvió la sonrisa ligeramente.

—Sí.

—Has hecho bien en enviarle con el *Jinete de las Tempestades*, Hector —dijo Anais por encima del hombro mientras bajaba los escalones.

—Me alegra que pienses así, Anais —dijo Hector.

—Sí —concedió Jarmon con amargura mientras soplaba las chispas de las llamas en el hogar—. Al menos, ahora podremos morir en paz.

El chico se despertó cuando las volutas de humo que llevaban el aroma del jamón alcanzaron sus fosas nasales; para cuando regresó Cantha, comía con avidez junto a la vacilante luz del fuego.

Anais dejó de masticar para pincharla.

—Bueno, ¿qué tiene que decir el viento esta noche, Cantha? —preguntó en tono jocosos, acercándole sobre la pesada mesa el plato que habían reservado para ella. Esperó la mirada fulminante de la que solo él en el grupo disfrutaba.

—Mucho —respondió Cantha con voz átona, tendiendo su chaleco al fuego para secarlo, y sentándose junto a él—. Nada demasiado claro.

Los ojos de los tres hombres se fijaron en ella mientras cogía su plato y se disponía a comer. Esperaron en un silencio pensativo, casi tenso, a que se explicara, pero la mujer kith terminó simplemente su cena y se sirvió una buena jarra de la apreciada sidra de Seviryrm.

Durante un rato largo, el único sonido en la cavernosa taberna era el del chisporroteo del fuego. Por último, Hector le alargó al chico la cena sin tocar de su madre y le hizo un gesto en silencio para que él la convenciera de que cenase.

—Cantha —dijo, viendo cómo la mujer cogía un pedazo de queso curado del plato y lo contemplaba en su mano—, ¿qué han dicho los vientos?

Con la espalda frente al fuego de la chimenea, los ojos de Cantha eran más negros que la oscuridad que los rodeaba. La piel bronceada de su delgado rostro brillaba naranja con el reflejo de las llamas.

—Algo se acerca —dijo simplemente.

—¿El qué? —exigió Jarmon—. ¿Qué viene?

Cantha meneó la cabeza.

—Cuando los vientos hablan, la mayoría de las veces lo hacen como uno —dijo, aclarándose la voz áspera.

Entonces cambió, chirriando en los oídos de todos. En ella se distinguían el aullido de muchas voces monótona, una cacofonía de chillidos que se elevaba y disminuía con intermitente desorden.

—En este caso, no lo han hecho —dijo, hablando con el discordante sonido del viento—. Gimen de modo salvaje, como aterrorizados. Lo que dicen es como un maelstrom; confuso. Pero sea lo que sea lo que se acerca, los vientos lo temen.

Los hombres intercambiaron una mirada. En la voz de Cantha podía oír el lamento de los vientos marinos, el rugido del trueno, la pesadillesca cadencia de destrucción del vendaval que azota los edificios hasta convertirlos en ruinas. Casi era como el ruido de la batalla, del caos, de los gritos, de la sensación de estar perdido en el fragor de la guerra. El viento predecía algo funesto, pero eso no era inesperado.

Anais quiso, de todas formas, ponerle voz.

—Entonces, ¿tú qué crees que se acerca? —preguntó.

—El fin —dijo Cantha.

Una vez que el escalofrío provocado por lo vacío de las grandes salas de la taberna fue amortiguado por fuego constante de la chimenea, los viajeros empezaron a caer dormidos uno a uno. Primero Jarmon; como miembro más veterano de la Guardia del Rey, había aprendido a mantenerse despierto y alerta durante días seguidos, y por lo tanto a tomarse su descanso en el instante en que se le ofrecía. Su esterilla yacía detrás de lo que fuera la barra de la taberna, como cortesía a los demás; Anais se había quejado de que el prodigioso ronquido de Jarmon estaba causando la combadura de su arco y la oxidación de su espada.

La mujer, que aún no había respondido ni a un simple saludo, había caído inconsciente poco después de Jarmon. El chico había jugado a clavar un cuchillo con Anais, y había pasado más de una hora sobre el regazo de Hector, haciendo sombras en la pared con las manos por turnos, antes de acurrucarse junto a su madre bajo la capa del caballero.

Cantha escogió al final su lugar cerca de la puerta, donde el viento pudiera velar su sueño, a modo de guardaespaldas, aunque había pocas probabilidades de que los bandidos que permanecían en aquella tierra maldita se aproximaran a la

taberna. Su reputación como refugio y bastión de aquellos que defendían todo lo bueno había sobrevivido a la evacuación de los últimos días.

Después de que los demás cayeran dormidos, los dos amigos de la infancia se pasaron entre ellos un odre de vino, pensando en mutuo silencio. Al final Anais levantó la mirada hacia Hector, quien miraba fijamente el fuego, y se inclinó hacia delante, con los ojos plateados brillantes pero solemnes.

—Una niña, entonces —dijo en voz baja.

Hector asintió.

—Las gemelas estarán felices —dijo Anais, pensando en sus propias hijas—. Se enfadaron un poco cuando tu Aidan resultó ser un chico.

—Sin embargo, los tres se hicieron buenos compañeros de juegos —dijo Hector, apoyando la espalda y cruzando los pies cerca de la chimenea—. Me conforta saber que nuestra amistad ha sido traspasada a otra generación.

—¿Cómo se llama? Flynt dijo que tú lo sabrías.

Hector volvió a asentir.

—Quedamos en que si el bebé era niña, y Talthea no sentía después de verla que sería un nombre inapropiado, se llamaría Elsynore.

Anais tomó otro trago del odre de vino.

—Bonito nombre —dijo, elevando el odre en un cómico brindis en dirección al fuego—. Elsynore de Briarwood. Modelo a imitar de una elegante serendí.

—Sí, pero el nombre no es solo por eso —dijo Hector observando la danza de las llamas y su pulso contra las ascuas incandescentes de la vieja chimenea—. La hembra de wyrm que ofreció sus tierras al Rey de los refugiados...

—Ah, claro, Elynsynos, ¿no? Pusiste ese nombre a tu hija para honrarla.

—Con la ayuda de un Nombrador liringlas. Le dimos al bebé los dos nombres que escogimos, el de varón y el de mujer, para llamarla así antes de nacer.

Anais soltó una carcajada.

—¿Esperabais que al darle un nombre similar al del wyrm evitaría que el dragón se la comiera?

Los ojos de Hector perdieron su calidez y se dio la vuelta para ver cómo las sombras a su espalda se retorcían en la penumbra. Observó la oscura silueta de Cantha, dormida sobre el umbral abierto, y luego echó un vistazo al sitio en que dormían el niño y su madre. No podía ver a Jarmon, pero el ronquido sordo que subía y bajaba con ritmo regular, con una cadencia casi de marcha militar, le indicó que dormía tranquilo.

—Confieso que saber que mi padre y la Segunda Flota se han visto desviados a Manosse ha sido alentador —dijo al fin—. Manosse está a un océano de distancia de las tierras del Wyrn; es una nación civilizada con un saludable comercio marítimo, un ejército, un sistema mercantil... Todos los signos de un lugar estable. Dejarlos a su propia suerte cuando todos creíamos que acabarían en tierras inexploradas más allá del mundo conocido, tierras gobernadas por un antiguo dragón cuya hospitalidad solo es atestiguada por Merithyn, fue posiblemente la cosa más difícil que he hecho jamás. Al menos ahora sé que estarán a salvo.

—Mientras se queden en Manosse—dijo Anais con seriedad—. Todo refugiado juró al embarcar lealtad al Rey sobre el cuerno, ¿recuerdas? Tienen la obligación de acudir cuando el cuerno suene, generación tras generación. Si Gwylliam les llama, no tendrán más remedio que volver a navegar hacia las tierras del Wyrn. —Vio cómo los hombros de su amigo se hundieron un poco—. Pero debería tranquilizarte el que Merithyn crea que el lugar es un paraíso seguro y abundante. Cuando partió con otros exploradores del Rey en busca de un lugar para que nuestro pueblo emigrara, nadie había hollado las tierras del Wyrn y vivido para contarlo. Como fue el único de los exploradores de Gwylliam en regresar, y con una generosa oferta de asilo, supongo que sabe de lo que habla.

—¿Quién sabe?—dijo Hector con voz plana—. ¿Quién sabe si alguno de ellos llegó a las tierras del Wyrn? Flynt dijo que no había noticia de la Primera y la Tercera Flota. ¿Quién sabe? Pero Dios, el Único, el Todo, nos ha recompensado en nuestros días finales. Al menos nosotros sabemos que nuestras familias están a salvo en Manosse. Cuando se marcharon, nunca creí que tendría de nuevo noticias de ellos. Y ahora, como Jarmon suele decir, puedo morir en paz.

Anais se apartó del hogar y se estiró, perezoso.

—Sí, pero probablemente no sea esta noche—dijo—. ¿Cuáles son los planes ahora, Hector? ¿Hay alguna razón para volver a hacer nuestra ruta de guardia? Si, como cree Cantha, el final se aproxima, ¿por qué no quedarnos aquí? Hay comida, hay leña y refugio y, por encima de todo, cerveza. Parece un buen lugar para pasar los últimos días.

—Sí—concedió Hector—. Creo que lo que dices es sabio, aunque sospecho que tu amor por la buena cerveza tiene bastante que ver en tu sugerencia.—Miró a la mujer y al niño—. Y sería un disparate intentar hacer nuestra vigilancia habitual con ellos. La mujer es un cadáver andante, y no puede cuidar del niño como es debido. Podemos hacer que ellos también estén tan cómodos como sea posible.—Desenrolló su propia manta y la tendió, tumbándose ante la chimenea para dormir—. Además, estamos lo bastante cerca de la ciudad para hacer dos turnos de sacos de arena al día.

Anais gruñó y se dio la vuelta hacia el fuego.

Y así se quedaron, envueltos en sueños sobre el Árbol del Mundo y sobre las caras que nunca volvería a ver, dormidos junto a las ascuas, hasta que la tranquilidad fue rota por el estridente sonido metálico de la espada de Cantha al salir de su vaina.

Con un movimiento fluido que desmentía su edad, la anciana soldado kith se levantó, desenvainó y cruzó el umbral de la taberna, donde el amanecer había coloreado el cielo de un gris humo que señalaba la cercanía de la mañana.

—Detente e identifícate—gritó con aspereza en la penumbra.

Los hombres estuvieron detrás de ella un momento después. Miraron a través de la entrada, ojerosos como ella, buscando en las sombras el sonido que había llamado su atención.

En la encrucijada había un caballo que pisoteaba el suelo, exhausto. Sobre sus lomos un jinete, doblado por el esfuerzo, pugnaba por permanecer derecho en la silla.

—Ayudadme —dijo la voz de un anciano—. Me llamo Brann, del pueblo de Calaseca, en la costa norte de Kyrlan de la Mar. Busco a los soldados del Rey.

—Jarmon, trae una lámpara —ordenó Hector.

Salió al gélido y gris exterior para ver de cerca al jinete, quien se deslizó de su silla, dio un paso vacilante y cayó en medio del camino. Cuando el jinete perdió el equilibrio, el caballo se alejó varios pasos, lo que Hector interpretó como una señal de su pobre entrenamiento o de la falta de habilidad del jinete. Una vez que tuvo la lámpara en su mano, le hizo una seña a Anais de que esperara con la mujer y el niño, e instó a Cantha y a Jarmon a que le siguieran.

—¿Qué quieres? —dijo mientras se aproximaba.

—Yo... busco a los soldados del... Rey —repitió el anciano, casi sin voz.

Hector alzó la lámpara para iluminar mejor al hombre en el camino. Era humano, según parecía entre sombras, y anciano, pues blanco era el cabello que caía sobre su rostro arrugado, como las hojas secas que cuelgan de un árbol dormido.

—Soy Hector Monodiére, al servicio de Su Majestad, Gwylliam, Alto Rey de Serendair. ¿Qué quieres de mí?

—Su ayuda, sir caballero —graznó el hombre, rechazando la cantimplora de agua que Jarmon le alcanzaba—. El Niño Durmiente se está despertando.

—Lo sé bien. ¿Qué quieres que haga al respecto?

Los ojos del anciano, inyectados en sangre por la extenuación, reflejaban un brillo de desesperación que era visible incluso a la gris luz del alba.

—Puede que haya una forma de contenerlo... o al menos de detener parte de la inundación que es seguro que se producirá cuando despierte.

Los tres compañeros intercambiaron una mirada, y Jarmon escupió en el suelo.

—Locuras —murmuró mientras Hector cogía al viejo por los hombros y lo ayudaba a levantarse—. ¿Has cabalgado todo el camino desde la costa norte para decirnos esto? ¿Por qué no huiste con el resto a las tierras altas del este, o a las Altas Cotas?

A la luz de la lámpara, pudieron distinguir mejor los rasgos del hombre. Como habían comprobado un momento antes, era humano, de ojos oscuros y anciano, aunque estaba claro que gran parte de su envejecimiento provenía de la dura vida bajo el clima del norte, un paisaje agreste de playas pedregosas y grandes olas, donde solo los más fuertes de corazón seguían surcando las aguas salvajes cerca de la desembocadura del Gran Río. Iba ataviado con la andrajosa ropa de hule de los pescadores. La podredumbre y la putrefacción se habían pegado a su atuendo y a su aliento, al igual que en el resto de población que habían encontrado después de partir las Flotas; también empezaba a pegarse a las ropas y alientos de ellos. El hedor del hombre era particularmente fuerte, redoblado por el olor a pescado rancio de toda una vida en el mar, que jamás se eliminaba por completo de las manos y la ropa de un pescador.

—Mi gente es anciana —dijo—. Lo que preguntáis puede parecer muy sencillo, y quizás aplicable para los más jóvenes, de cuerpos más sanos. Pero nosotros hemos vivido al borde del mar durante demasiado tiempo, sir Hector. Somos frágiles. La huida hubiese sido una tarea ardua, y muchos de nosotros no hubiésemos sobrevivido. Si el Despertar ha de determinar nuestro destino, estamos preparados para enfrentarnos a él.

—¿Entonces por qué has venido? —preguntó Jarmon enojado—. Hay otros como tú por toda esta isla maldita, liringlas, bolg, bengard, gwadd, humanos, que por sus propios motivos escogieron hacer caso omiso de la visión del Rey y quedarse atrás. Ahora no podemos ayudarte. Se os ofreció pasaje a todos. Lo rechazasteis. Ya habéis sellado vuestro propio destino.

—Paz, Jarmon —dijo Hector con tono tranquilizador. Se volvió hacia el anciano, cuyo brazo aún sostenía—. Entra y caliéntate. Tenemos comida y bebida que estaremos encantados de compartir contigo.

El anciano sacudió la cabeza.

—No, no, sir Hector. No hay tiempo. Debe ayudarme... creo... creo... que hemos encontrado una manera...

—Cantha, llama a Anais —dijo Hector. Esperó a que el soldado liringlas estuviese al alcance de sus palabras, y volvió a preguntar—. ¿Qué quieres que haga?

Desde el centro del círculo iluminado por la lámpara, Brann apuntó a la oscuridad hacia el sureste, donde el horizonte empezaba a clarear.

—Vaya al castillo Elysian —dijo con voz más fuerte—. Sé que guarda el símbolo del Rey... su cetro, sir Hector. Yo... lo necesito.

El brazo de Jarmon salió disparado y agarró al hombre por la pechera, tirando de él hasta el suelo con poca más resistencia que la del viento.

—¡Perro insolente! —bramó en la cara del anciano, con la furia en el límite de su control—. Estamos al borde de la muerte de esta nación; hemos dado todo lo que teníamos para quedarnos atrás con los imbéciles y los incrédulos que elegisteis la muerte sobre la vida que os ofrecía el Rey, ¿y ahora crees que vamos a deshonorarnos dándole algo como eso a alguien como tú?

—Suéltale, Jarmon —ordenó Hector enfadado—. Contrólate.—El guardia dejó caer al hombre con desdén. Hector se agachó al lado del pescador, quien ahora temblaba de miedo, y lo sujetó por el hombro—. ¿Por qué lo necesitas? Y vuelvo a preguntarte, ¿qué quieres que haga?

Por un instante, los ojos del hombre se movieron con rapidez sobre las caras que le observaban desde arriba. Por último, se centró en los de Hector, y pareció calmarse por lo que vio en ellos.

—Desde el punto más alto de nuestra aldea, y en los días más claros, siempre se ha podido divisar las Islas del Norte por encima del estrecho que cubre la tumba del Niño Durmiente —dijo entre titubeos; Hector le animó con un gesto silencioso de su cabeza—. Ahora el mar hierve; gran parte de la costa ha retrocedido mientras la estrella se despierta y reúne calor y poder para sí misma. Lo que una vez fue el dique de marea de Calaseca es ahora arena, sir caballero. Y a

la vez que el mar ha retrocedido por el momento, se ha revelado algo vasto, algo que data de otra edad del Tiempo.

—¿El qué? —preguntó Anais.

El anciano tragó saliva cuando sus ojos se volvieron hacia el soldado liringlas, para posarse de nuevo en Hector.

—Parece ser una mina antigua, sir Hector. De plata, o quién sabe, aunque en la Primera Edad, en el Día de los Dioses, antes que la estrella cayera en tierra, había minas de todo tipo repartidas por la corteza del mundo, donde hombres de antiguas razas extraían riquezas del mismo modo que los hombres sacan ahora peces del mar. Su extensión no puede ser descrita con palabras, al menos no con las mías, excepto para decir que podemos ver las cumbres y depresiones que definen algunos de sus bordes, aunque no toda ella, revelada ahora por la desaparición de las aguas en las zonas de marea a causa del inminente despertar del Niño. Estas cimas y valles se extienden tan lejos como llega el ojo.

Hector se encogió de hombros.

—Sigo sin ver lo que eso tiene que ver conmigo, o con el cetro del Rey.

Brann habló despacio, con cautela, sus ojos moviéndose nerviosos de soldado en soldado.

—Se cuenta que en los últimos días de la Primera Edad, gran parte de lo que ahora yace bajo el mar era tierra firme. Cuando la estrella fugaz Melita, conocida ahora como el Niño Durmiente, cayó en Serendair procedente del cielo, se llevó mucho de la isla con ella, sir Hector. Lo que ahora son las Islas del Norte, Balatron, Briala y Querel eran montañas en aquel tiempo; casi la mitad de las tierras de labranza del reino acabaron inundadas por el mar. Durante siglos, Serendair fue conocido como Mediatierra, ya que la mayoría fue consumida por el mar en el momento del impacto. En aquellos días, antes del primer cataclismo, esta mina, si es que de eso se trata, se agotó y fue cerrada por quienquiera que fuese el rey que gobernaba la antigua raza que la explotaba. Una mina de ese tamaño sería un peligro solo por su extensión, pero también por otras razones. Las minas puede contener ríos de ácido, que arden con un fuego que solo puede ser extinguido por el tiempo; también precipicios traicioneros o profundas simas. Una de este tamaño debe de haber sido un lugar de extremo peligro, y por eso se cerró, y sus grandes puertas fueron selladas, al parecer para siempre. —La voz del anciano, ronca por el cansancio, bajó de volumen, y este se inclinó hacia Hector para asegurarse de que el caballero podía oírle—. Creemos que hemos encontrado esas puertas, sir Hector.

—¿Y creéis que el cetro del rey las abriría?

—Sí —dijo Brann, con los ojos encendidos por la excitación—. En la mano del Rey... o de quien le represente en su lugar. Podría ser la llave. En realidad, es el último vestigio de la autoridad del Rey, el único símbolo de su dominio que no se ha llevado consigo. Esas puertas están frente a la tumba del Niño, y están selladas más por una orden de un Rey que por una cerradura física. Quizá, como rey regente, pueda ejercer su autoridad para abrirlas. Si consigue abrir las puertas antes del Despertar, quizá, y solo quizá, la mina pueda actuar como una presa o

dique... Es una cueva gigantesca al borde del mar. Es razonable pensar que parte de la destrucción puede ser evitada si se contiene la marejada, o al menos se limita, con este enorme agujero en la tierra. —El hombre se quedó en silencio, mirando fijamente a los caballeros mientras estos se apartaban para debatir el asunto.

—Ridículo —susurró Jarmon—. No se puede contener el mar con un agujero en el suelo más de lo que se puede con una tacita de té.

—Eso no es necesariamente así —dijo Anais, pensativo—. El pescador tiene razón en que lo que salvó a la Isla la primera vez fueron las elevaciones naturales, montañas, riscos, zonas bajo el nivel del mar, que rodeaban a un Serendair mayor. El mar se llevó parte de la costa, pero no toda.

—Suenas como Seviryum —se burló Jarmon—. Por favor, Anais, dime que los rigores del trabajo con los sacos de arena no han afectado tanto a tu cerebro. —Se dio la vuelta hacia Hector para ver a su líder absorto en pensamientos—. Tú también, Hector. Esto es una estupidez... una locura.

—¿Y si no lo es, Jarmon? —replicó Hector—. ¿Y si en estos últimos días, Dios, el Único, el Todo, nos ha provisto de una solución? ¿Es tan difícil de creer, de esperar, que podamos ser salvados, o al menos en parte, por Su gracia?

—¿Ahora dudas de la visión del Rey? —demandó Jarmon, con voz agitada.

—El mismísimo rey dudaba de ella —dijo Hector con suavidad—. Si hubiese estado más seguro de que el cataclismo que presagió el día de su coronación significaría la destrucción de la Isla, nunca nos hubiese dejado atrás, o mejor dicho, a mí, para mantener su línea de sucesión al trono. —Miró a Cantha, cuyos ojos estaban entrecerrados por el recelo—. ¿No es así, Cantha? Soy de su linaje, y su regente, nombrado para que su poder sobre la tierra se mantenga. Si la Isla sobreviviera al Despertar, el hecho de que yo esté aquí, en nombre de Gwylliam, hará que la línea de sucesión no se rompa. Puede regresar y reclamar el trono sin oposición.

—Sí —dijo Cantha con sequedad.

—Así que si el propio rey consideró la posibilidad de que la destrucción completa no fuese inevitable, ¿no sería razonable que nosotros también la considerásemos?

Anais tocó el codo de Hector.

—¿Es posible también que solo estés deseando que sea así por aquellos que perdieron el *Jinete de las Tempestades*? —preguntó en lengua liringlas.

Hector cayó en silencio por un instante, y se encogió de hombros.

—Ya no sé cuáles son mis motivaciones —dijo con franqueza—. Ni siquiera soy capaz de determinar lo que haría mi padre en estas circunstancias, y eso siempre ha sido mi piedra de toque, mi guía. Como el viento que Cantha describió anoche, mis sentidos están perdidos en un maelstrom de confusión. Ya no lo tengo nada claro, Anais. Solo puedo decirte que esta posibilidad suena a promesa en mi cabeza, probablemente porque al menos supone hacer algo. A pesar de lo cómodo que pueda ser pasar los últimos días bebiendo en la taberna, esa idea no encaja conmigo. La gloria está en intentarlo. Prefiero enfrentarme a la muerte intentando algo inútil que perder la oportunidad de haber salvado todo lo posible.

Los otros tres cayeron en silencio, reflexivos. Al final, Anais habló.



—Bueno, aún confuso como estás, sigues siendo nuestro líder, a quien hemos jurado lealtad, Hector. Si deseas intentarlo, estamos contigo. —Miró a Cantha y a Jarmon—. ¿Verdad?

—Verdad —dijo Jarmon. Cantha asintió de manera imperceptible.

Hector pensó durante un rato y se volvió hacia el anciano que estaba en medio del camino.

—Haré lo que me pides —dijo por fin—. Pero dejemos algo claro: el cetro no dejará mi mano.

El rostro del hombre se cubrió de alivio.

—Comprendido. Ninguno entre mi gente lo querría de otra manera. Y sepa, sir caballero, que tengan o no tengan éxito, la gente de mi aldea les estará eternamente agradecida por sus esfuerzos.

Incluso Cantha, recelosa por naturaleza, pudo detectar la innegable verdad en las palabras de aquel hombre.

El sol se encontraba sobre el horizonte cuando el grupo de siete partió hacia el este, siguiendo la brillante mañana. La niebla envolvía el suelo, haciendo que pareciera que cabalgaban por un camino dorado entre las nubes.

El chico, que aún no había dicho su nombre, se sentó delante de Hector en la silla de montar, bebiendo de la brisa fresca y del esplendor otoñal que comenzaba a reclamar el paisaje. Al ser un chico procedente de las sucias calles de la ciudad, estaba maravillado por la vista de las praderas y las flores secadas por los primeros signos de helada, y por los campos ondulados que dibujaban grandes olas como un mar de hierba compuesto de árboles verdes, al lado del camino o en la distancia, cuyas hojas se volvían del color del fuego.

El castillo Elysian se encontraba en el sureste, al otro lado del Gran Río que dividía el extremo occidental de la Isla de norte a sur. Se erigía en lo alto de unos acantilados que dominaban la costa sur a unos quince kilómetros. En los días claros, el océano era visible desde sus torres más altas golpeando con suavidad las costas a sotavento, en marcado contraste con las furiosas corrientes que azotaban las playas en el norte, de donde venía Brann.

Cuando estuvieron a menos de seis kilómetros del río, Anais y Hector intercambiaron una mirada de confusión. El río era en realidad un estuario al sur, y rugía en sus orillas, alimentado por las aguas del mar del norte y por la escorrentía de todo arroyo a ambos lados. Su canción profunda y permanente podía escucharse a kilómetros; ahora estaba en silencio, y el viento no transportaba sonido alguno, salvo el piar nervioso de los pájaros.

—El río estaba bajo la última vez que lo cruzamos, pero no recuerdo que estuviese tan silencioso —dijo Anais, ciñendo más el brazo de la mujer alrededor de su cintura cuando se inclinó de manera alarmante hacia un lado.

—Ahora está seco —dijo Brann, con voz aguda por la tensión—. Hay lugares a lo largo de él donde no hay más que charcos de barro en medio de un lecho seco y pedregoso. Cabalgué a lo largo de la orilla este en mi camino hacia vosotros,

y cuando pasé el molino de piedra de Desembarco de Esperanza, la rueda estaba parada.

—El calor de la estrella está secando el agua desde su lugar de descanso —dijo Hector, señalándole al chico un halcón que volaba en círculos.

—La línea costera del norte ha retrocedido más de cinco kilómetros, sir Hector —dijo el pescador—. De otro modo, las puertas nunca se hubiesen revelado.

En cuanto las palabras dejaron sus labios el terreno retumbó.

Los soldados espolearon sus monturas. Antes incluso del éxodo, el Niño Durmiente había comunicado su presencia de aquella forma, provocando temblores, como si se removiese al tener sueños de que todo llegaba a su fin. Aquellos temblores se estaban haciendo mayores.

Cabalgaron el resto del camino hasta el río en silencio. El puente en el Cruce de Pryce era el mayor de la nación, y surgió ante ellos con sus postes oscuros en contraste con el sol de la mañana, que ahora se encontraba a medio camino del firmamento.

—¿Has traído algo de pan para los trolls, Hector? —bromeó Anais mientras frenaban para cruzar. La antigua tradición sostenía que había que arrojar un pedazo de galleta o de pan al río para aplacar a las bestias legendarias que vivían bajo aquella estructura de siglos de antigüedad.

—No —dijo Hector, sonriendo un poco—. Deberíamos ahorrar hasta la última miga, Anais. Después de todo, no tiene sentido sobrevivir a un cataclismo para morir de hambre.

—De todas formas, los trolls embarcaron en la Segunda Flota —dijo Jarmon. El aire fresco del campo abierto parecía haberles subido el ánimo.

—Eso explicaría por qué la esposa del prelado estaba en el barco de tu padre —dijo Anais.

—Llamar troll a la mujer del prelado es un insulto a los trolls —dijo Jarmon.

Las pezuñas de los caballos repiquetearon sobre los tablones de madera que se extendía sobre el cauce seco, amortiguando el sonido de sus voces. Mientras cruzaban hacia las tierras del oeste por última vez, miraron por encima del borde del Puente de Pryce; pudieron ver el lecho rocoso, que normalmente tenía la profundidad equivalente a la altura de un hombre. Por el cauce lleno de piedras aún corrían, desafiantes, diminutos afluentes, como para demostrar que el río aún no estaba muerto.

El sol había alcanzado la cúspide del firmamento cuando las torres del castillo Elysian quedaron a la vista. A pesar de las muchas veces que lo habían visto, los soldados no pudieron evitar detenerse un momento para contemplar su lejana majestuosidad, con el mármol blanco reluciente sobre el azul del cielo otoñal, en la cumbre de unos riscos sobre el cual se elevaba como un faro, triunfante.

Hector había nacido en aquel palacio, como su madre antes de él. Lo observó en silencio por unos instantes, y luego espoleó su montura, adquiriendo una velocidad que entusiasmó a su pequeño pasajero.

No pasó mucho antes de que la melancolía volviese. Cabalgaron a través del interminable manzanar que una vez rodeara las tierras del castillo, ahora disperso

y sin hojas. Los árboles de las tierras bajas, desde Kingston en el oeste, pasando las Praderas Anchas, hasta el lugar de nacimiento de Anais, Yliessan, el Bosque Encantado del este, habían sido talados rápida y brutalmente para proveer de madera al éxodo. Incluso los manzanos, cuya madera era inútil en la construcción de barcos, habían sido esquilados para confeccionar baúles, barriles, leña para las forjas que fundían metal para remaches, puntas de flecha y miles de otras cosas. Aquellos pocos árboles que quedaban sostenían una fruta pequeña, pero que aún merecía una pausa para recogerse.

El paso a través del Terrabosque, el bosque de piedra que una vez condujera a la base de los acantilados sobre los que se asentaba el castillo, fue más difícil de soportar. Se decía que el terreno del cual habían brotado los antiguos árboles era Piedra Viva, el elemento puro de la tierra procedente de Antes del Tiempo, la era anterior a la primera época de la historia, cuando el mundo era nuevo. Las semillas de los árboles del bosque habían sido repartidas por la tierra viviente, como decía la leyenda, y habían crecido secoyas gigantes, heveralts y robles, vivos por la magia. Estos árboles, con sus cortezas ricas en matices de verde, púrpura, bermellón y oro, eran en sí mismos Piedra Viva, y nunca habían caído a causa del viento, jamás habían ardido por el fuego, ni podrido por la enfermedad. Permanecían en pie, robustos e inmutables, y su savia corría por sus cortezas y hojas en una interminable y mística sinfonía de las edades. Anais y Hector habían pasado su infancia en el bosque de piedra, y por eso les dolía en lo más profundo del alma verlo reducido a poco más que tocones quebrados. Su madera de primera calidad había sido talada para hacer cascos, mástiles y tabloneros para barcos que no se pudrirían, ni se quemarían ni se romperían por los vientos del viaje por mar.

*Esos barcos llevaron a nuestras familias hacia la salvación*, se recordó Hector mientras pasaban por el desolado bosque. *La salvación*.

Al otro lado del Terrabosque, podían verse los terraplenes de los muros del castillo, en lo alto de los trescientos escalones que conducían hasta ellos. Hector tiró de su brida para detenerse y miró a los demás, observando el desmayo silencioso en el rostro del exhausto pescador.

—No desesperes, Brann —le dijo para tranquilizarlo—. Es una gran escalada para cualquiera, ahora que ya no están las rampas para las carretas. Quedaos aquí, Jarmon, Anais. Cantha y yo volveremos en un momento.

Los dos soldados, uno viejo, otro joven, suspiraron profundamente pero no dijeron nada.

Debido a los años pasados en el palacio, el diseño y la construcción del lugar habían sido una fuente de fascinación constante para Hector. Mientras él y la amiga más vieja de su padre subían a toda prisa los escalones labrados en la roca, pasando a través de los jardines vacíos que tanto habían embellecido la subida hasta Elysian, ambos miraron de forma inconsciente los terraplenes ocultos más allá. En otros tiempos, más de diez mil soldados se encontraban apostados en las almenas del acantilado que jalonaban, en anillos ascendentes, los riscos sobre los que descansaba el palacio. Aquella decoración tan preciosista era tributo de Vandemere, el rey que había diseñado y construido el lugar como un monumento

resplandeciente para una nueva era de paz, sabiendo al mismo tiempo que la guerra acechaba, siempre vigilante, en la distancia.

El mismo rey que cabalgaba el hipogrifo cuya estatua quebrada era ahora escombros en la fuente seca de la plaza de Kingston.

El abuelo de Hector.

—¿Le conociste, Cantha? —preguntó Hector mientras se apresuraban por el camino de granito junto a lechos de flora muerta y arbustos enfermos—. ¿A Vandemere?

—Sí. —La mujer kith mantenía los ojos enfocados directamente sobre las grandes puertas que custodiaban la entrada lateral del palacio, ahora sin vigilancia. Una estaba un poco abierta, testamento de lo completo de la evacuación. En su tiempo, nunca menos de veinte soldados vigilaban aquellas puertas.

Corrieron por pasillos elevados, manteniendo fijos los ojos en los corredores que tenían enfrente para no ver el vacío de la fortaleza otrora hermosa. Sus pisadas reverberaban por las cavernosas estancias, monótonas y solitarias en la oscuridad.

Hector podía recorrer el lugar a ciegas; fue solo la urgencia detectada en la voz del pescador y la emoción de una esperanza largo tiempo negada lo que evitaba que se tomara tiempo para detenerse y contemplar por última vez las salas, alcobas y rincones que había amado en su infancia. La mayoría de los tapices seguían colgados de las paredes; gran parte del arte seguía en su sitio, sin tocar por los saqueadores y ladrones que habían limpiado el resto de la costa. Había algo sagrado en Elysian que lo convertía en sacrosanto, un poder que lo protegía, aunque el Rey no estuviese en su trono.

Al entrar en el pasillo que conducía al Gran Salón, Hector se dio cuenta de lo que era.

En cierto modo, aún había un rey en el trono. Gwylliam había nombrado a Hector la sombra del Rey, nacido del mismo linaje, y por tanto, el Rey no se había ido, no del todo.

—Era un lugar notable para pasar la niñez —dijo Hector, pasando las puertas de la guardería donde su madre y sus hermanos habían jugado mientras sus padres daban audiencia—. Hay tantas alcobas que explorar, tantos lugares donde esconderse. Los guardias de palacio fueron llamados más de una vez para que me buscaran. Yo me había hecho un escondite detrás de las cortinas de un pedestal en la Sala de Historia, y me había dormido allí. Era muy divertido... hasta que yo mismo tuve un hijo y Aidan empezó a hacer lo mismo. —Soltó un profundo suspiro—. Todavía no sé en dónde se habrán escondido ese chico y su madre para que se nos pasaran por alto.

—En la necrópolis de la Ciudad —dijo Cantha con los ojos fijos en las enormes puertas de caoba del Gran Salón—. En una de las criptas.

—¿Por qué crees eso?

—Tienen el olor de la muerte sobre ellos. —La mujer kith cogió el enorme pomo de metal—. Aún lo tienen, pero ahora es diferente.

La oscura y cavernosa estancia revelaba el trono desde el cual el último rey no desposado recibía audiencia. Se trataba de una silla ancha de mármol con tallas

acanaladas doradas y azules que recorrían los brazos y el respaldo. Hector caminó por la larga alfombra hasta el pie del estrado, subió los escalones con rapidez y se sentó con descaro en el asiento del Rey. Se tomó un segundo para levantar la mirada hacia la divisa de Vandemere, inscrita durante eras en la pared que tenía ante sus ojos, donde cada rey posterior estaba obligado a verla en todo momento cuando se sentaba en el trono: *Aquel a quien todos los hombres sirven tiene la gran tarea de servir a todos los hombres.*

Extendió su brazo sobre el brazo derecho del trono.

—Traan der, singa ever monokran fri —dijo en voz baja, hablando en la lengua de los Antiguos Serendíes, la raza mística de los Primeros Nacidos traídos al mundo por el elemento del éter, primeros pobladores de la Isla. *Adelántate, en nombre del Rey.*

El brazo de mármol de la silla crujió al abrirse por un resquicio oculto, y se deslizó a un lado. Desde debajo del estado se alzó un brazo mecánico a la misma altura que el trono: el cetro real de Serendair, en su pedestal metálico.

El símbolo del estado era de diseño simple, una pieza doblada de madera negra del tamaño del muslo de un hombre, repujado y tallado con runas intrincadas. Debajo del revestimiento dorado, podían distinguirse las finas estrías púrpuras, verdes, oro y bermellón, los colores de los árboles del Terrabosque, a partir de los cuales probablemente se confeccionó. En el biselado extremo superior, un diamante del tamaño del puño de un niño brillaba pálidamente en la oscuridad del Salón.

Hector contempló el cetro por un momento, atrapado en el mecanismo diseñado por el Rey. Luego lo cogió y lo sacó del brazo metálico, liberándolo.

Los oscuros ojos de Cantha miraban con un fulgor que él nunca había visto con anterioridad. La miró interrogante, invitándola a hablar, y se sorprendió cuando lo hizo. Cantha solía guardar sus pensamientos con celo.

—Hacia mucho que no se veía esto, la corona pasada al primero de los hijos de un Vandemere, en lugar de al último; tú, Hector, en el trono como un rey.

Hector se levantó de la silla y comenzó a salir del palacio.

—Supongo que eso significa que estoy predestinado a acabar de esta forma —dijo mientras retrocedía sus pasos—. Ya que, si hubiese sido rey, yo no me hubiese ido. Sin embargo, Cantha, tú y Jarmon, Anais y Seviryim, hubieseis sido enviados con los demás, para protegerlos en el nuevo mundo, y seguir viviendo. Por esa razón, y solo por esa, siento que la línea de sucesión no cayera sobre mí.

La mujer kith no dijo nada.

Salieron del palacio deprisa y en silencio. Al borde de las almenas, Hector tocó el hombro de ella.

—Dime una cosa, Cantha, ahora que se ha terminado la hora de las sutilezas, y que la cortesía no nos sirve de nada ya —dijo—. Cuando anunciaste que el rey de Kith había decidido que te quedarías atrás como representación de tu raza, creo que fue porque te presentaste voluntaria. Eres la amiga más querida de mi padre. Fue por él que te quedaste conmigo, ¿verdad?

Los ojos de la mujer kith se entrecerraron por el disgusto.

—MacQuieth jamás me habría pedido semejante cosa. A nadie.

Hector sonrió.

—Lo sé. Pero no tuvo que pedirlo.

Cantha suspiró, arrugando el ceño hacia él. Por último, asintió.

—No —dijo—. No tuvo que pedirlo. En efecto, fue por él que me quedé, para cuidar de su hijo cuando él no podía. —Contempló las praderas de hierba cubiertas por sombras doradas, ya que el sol empezaba a ponerse—. Era una opción de final tan buena como cualquier otra.

—Gracias —dijo Hector—. Por quedarte, y por decírmelo.

La mujer kith simplemente inclinó la cabeza.

—Tengo un favor más que pedirte —continuó Hector cuando bajaban por los escalones de piedra—. Ahora vamos a dividir el grupo. Traer a la mujer y al niño al norte con nosotros solo nos retrasaría, y acabaría con cualquier oportunidad que tienen de sobrevivir. Elysian es el punto más alto de la mitad sur de la Isla. Si hay alguna zona que pueda salvarse del mar, será esta. Quédate con ellos, Cantha, en estos últimos días; protégelos, en especial al chico. Dejaremos las provisiones, y podréis buscar fruta en los manzanares. Si tenemos éxito y contenemos el mar, y os quedáis sin alimento, podéis volver a la taberna. —Cantha asintió, y Hector la cogió del hombro, deteniéndola por un segundo—. No obstante, si la ola llega, subid al punto más alto que podáis. Os recomiendo que os quedéis cerca de la torre del visir. —Hizo un gesto con la barbilla hacia la más alta de las torretas del palacio, donde Graal, el consejero y vidente del Rey, había morado una vez. Cantha volvió a hacer un movimiento afirmativo con la cabeza.

Jarmon había preparado los caballos para partir en cuando Hector regresara. Cuando los hombres montaron, Hector escuchó un chillido desde abajo.

—No —gritaba el niño, luchando contra el firme abrazo de Cantha—. ¡No! —Se volvió hacia Hector con ojos suplicantes—. ¡No! ¡Quedo'ntigo! ¡Quedo'ntigo!

Las palabras hacían eco en la mente de Hector; eran las mismas que las pronunciadas por Aidan en el puerto el día que confió su familia a su padre.

¡Quedo'ntigo! ¡Papá! ¡Quedo'ntigo!

La garganta se le estrechó al recordar a Talthea, tan fuerte y valiente, deshecha en lágrimas de dolor por la voz de su hijo. Se agachó para acariciar la cabeza del lagrimoso muchacho, y le hizo un gesto de asentimiento a Cantha. La última visión que tuvo del chico era su violenta lucha en los brazos de la mujer mientras le agarraba. Siguió pugnando y pateando con una testarudez que al final se convirtió en un desgarramiento del alma una vez que los caballos se perdieron de vista.

Igual que Aidan.

Cabalgaron siguiendo un sendero de mulas hacia el norte, junto al río por donde las barcazas tanto habían navegado, cargadas de mercancías procedentes de las islas del norte y de puertos lejanos, y vendidas en cada encrucijada y cada aldea hasta que las anchas embarcaciones alcanzaban Puerto del Sur, la enorme ciudad aledaña al delta del río.

Las piedras al borde del sendero retumbaban a su paso; los temblores en el norte habían intensificado su fuerza y frecuencia, y ver el cielo sobre sus cabezas a través de la niebla era ahora casi imposible. Los parches azules se hicieron menores y más distanciados.

Los hombres cabalgaban callados. Cada día que pasaba la niebla caía más espesa, provocando que, primero las bromas y luego la conversación, se volvieran más difíciles.

Al fin llegaron a Desembarco de Esperanza, la ciudad de molinos más grande del Gran Río, donde se cruzaban los caminos del este y del oeste. En su tiempo, Desembarco de Esperanza había sido el corazón del río, una ciudad animada donde las tierras occidentales se encontraban con las orientales, llena de carretas en hilera hasta donde la vista permitía divisarlas para descargar grano en los molinos o traer productos alimenticios del sur, y después volverlas a cargar con toda clase de mercancías imaginables de las barcas. Ahora la ciudad estaba vacía, y las ruedas de los grandes molinos enterradas en el barro o atascadas por piedras donde el agua había corrido libre en el pasado.

El Molino de Pratt había sido el mayor de todos, y desplazaba las aguas más profundas y rápidas del río. Los puentes habían conectado las riberas este y oeste, con el molino en medio, explanada sobre la que los viajeros cruzaban mientras observaban las corrientes bajo ellos. El tramo occidental había desaparecido, pero el puente oriental seguía allí. Pasaron cabalgando a su lado mientras el calor del sol golpeaba sus coronillas, única pista de que en ese momento era mediodía.

Nada más dejar atrás el molino abandonado, donde el camino torcía al este, Hector indicó al grupo que se detuviera y dejara pacer a los caballos. Recogió un puñado de suaves cantos rodados, llamó a Anais, y juntos caminaron hasta la orilla del Gran Río, seco a excepción de un fino arroyuelo que discurría y se encharcaba sobre el ancho lecho.

—¿Recuerdas cuando este río parecía medir más de un kilómetro? —dijo pensativo, contemplando el regateo del agua alrededor de las rocas y los barriles rotos que jalonaban su cauce.

—Sí —concedió Anais—. Caerse aquí significaba la muerte. Aquella piedra de molino molía día y noche; si caías al norte de ella, te convertías en pan al día siguiente.

—Y ahora podemos cruzarlo con facilidad, sin apenas mojarnos los pies. Es como si el río nunca hubiese dividido la Isla. —Hector examinó las piedras de su mano—. Mi padre me dijo una vez algo que por fin me está entrando en la cabeza. —Se quedó en silencio un rato, intentando recordar las palabras correctas—. Era un Pariente, de una hermandad de soldados cuyo patrón era el viento, y por eso aprendió a pasar por puertas en el viento que cubrían grandes distancias en poco tiempo. Cuando le pregunté por medio de qué magia podía aquello ocurrir, dijo que no era magia, sino simplemente comprender que la distancia era una ilusión. Hay lazos entre nosotros, Anais, entre todos nosotros, amigos y enemigos, que trascienden lo que normalmente se considera como el espacio del mundo. Esa distancia, ese espacio, no es más que el umbral entre un reino y otro, un alma y otra; una puerta, un puente si prefieres. Cuanto más fuerte es la conexión entre

dos lugares, más pequeño es el umbral; más fácil de cruzar, vamos. La distancia física entre los dos es secundaria. Haciendo uso de esto es como MacQuieth fue capaz de ganar su batalla más gloriosa, la destrucción del demonio de fuego, el f'dor Tsoltan. Su odio por ese demonio, y por esa raza primordial, era un vínculo que no se podía ignorar. No había suficiente espacio en el mundo para mantenerlos apartados. —Suspiró profundamente—. Creo que también es la razón por la que mi familia solo está tan lejos como mi siguiente bocanada de aire, por la que puedo verlos en mis sueños, verlos como están ahora, no como un recuerdo. Por eso tú sueñas con el Árbol del Mundo, y con el lugar en que naciste.

Anais asintió, y se quedaron de pie en silenciosa compañía durante un rato, mirando el zigzagueante arroyuelo.

—¿Qué tiempo va a hacer en los próximos días? —preguntó Hector por fin, arrojando una piedra a lo que quedaba del río.

—Aparte de la probabilidad de una destrucción catastrófica, parece que va a ser una buena semana —bromeó Anais—. ¿Por qué lo preguntas?

Hector lanzó otro guijarro al arroyo.

—Solo quería saber cómo pasarías el viaje, si irías seco o empapado por la lluvia. El rostro de Anais perdió la sonrisa.

—¿Viaje?

Hector soltó aire y asintió.

—Te estoy enviando a casa, Anais. No hay necesidad de que sigas con nosotros desde aquí. Tanto si cumplimos la misión como si fallamos, el que estés con nosotros no supondrá ninguna diferencia. Los sueños que has tenido sobre Yliessan son la llamada de Sagia para que vuelvas al hogar. Si el Árbol del Mundo te está llamando, estaría mal evitar que respondieras.

Los ojos plateados de su amigo reflejaban tristeza y comprensión a partes iguales.

—He llegado a aceptar muchas cosas que no hubiese podido desentrañar hace un año, Hector, muchas cosas trágicas y horribles, pero hasta este momento nunca se me había ocurrido que podría no encontrarme con mi destino a tu lado.

Hector arrojó el resto de las piedras al lecho del río y se limpió la grava de la mano con la camisa.

—Hemos vivido uno en compañía del otro toda nuestra vida, Anais, y muy bien —dijo con voz firme—. No hay necesidad de morir en compañía del otro, mientras muramos bien.

Anais se giró.

—Quizá si Seviryem tenía razón, o si cumplís la tarea, no tengamos que morir —dijo.

—Quizá —dijo Hector—. Pero vete a casa de todos modos.

Bajo sus pies, el terreno tembló, más fuerte que antes, como si de una confirmación se tratara.

De regreso al campamento, Hector detuvo a su amigo una última vez.

—Que sepas que nos hallemos donde nos hallemos cuando llegue el final, estarás conmigo, Anais —dijo simplemente.

El caballero liringlas sonrió.



—Más allá del fin, Hector. Ni siquiera la muerte podrá separarnos. —Palmeó el hombro de su amigo—. Aún me debes una noche de fuerte borrachera.

Una vez que Anais se hubo marchado, los días y las noches transcurrieron muy seguidos.

En la distancia, el cielo había empezado a volverse amarillo por la calina de las Islas del Norte. Los temblores habían incrementado su ruido y su frecuencia, provocando que los hombres estuviesen nerviosos y susceptibles de manera continua. Dormir parecía un lujo que apenas podían permitirse, y el cansancio amenazaba con desviarles de su ruta, teniendo en cuenta lo lloroso de sus ojos en la densa niebla.

Cuando al fin pudieron oír el mar en la lejanía y el fuego pudo distinguirse sobre el horizonte, supieron que estaban cerca de Calaseca y acamparon por última vez. Hector removió los restos de sus provisiones en una cazuela encima de la hoguera, mientras que el pescador y Jarmon atendían los caballos, antes de sentarse ante una última comida.

—Brann —dijo Hector, tratando de romper el silencio incómodo con algo de conversación—, ¿has vivido siempre en Calaseca?

El anciano sacudió la cabeza.

—No. Nací allí, pero no he regresado hasta hace poco.

—¿En serio? —preguntó Jarmon, dejando su plato—. Eso es raro en una aldea de pescadores, ¿no? En teoría, la mayoría de las familia de tales lugares se queda allí durante generaciones.

Brann asintió.

—Cierto. Pero hace mucho tuve la oportunidad de irme, y la cogí. Viajé por todo el mundo, haciendo gran variedad de cosas, aunque mi lugar de nacimiento nunca desapareció de mis pensamientos. Cuando se hizo claro que el Niño estaba despertando, no quise más que regresar al hogar, para ayudar en lo que pudiera.

—¿Sabes que las probabilidades de que podamos hacer algo, no digamos ya salvar a tu aldea, son muy pequeñas? —dijo Jarmon con seriedad—. Esta es una misión de locos.

—No, no lo es —dijo Hector con rapidez, viendo que la luz de los ojos del pescador se apagaba un poco—. Es una posibilidad pequeña, pero es una posibilidad. Menos es nada. Intentarlo no es una locura.

—Eso es todo lo que pido, y que mi gente pueda salvarse —musitó Brann, poniéndose sobre los hombros su áspera manta de arpillera y disponiéndose a dormir.

Cuando la respiración de anciano indicó que había caído en la parte más profunda del sueño, Jarmon cogió una resobada petaca de picadura de tabaco de sus alforjas y embutió casi lo último que le quedaba en su pipa.

Bajo ellos la tierra volvió a retumbar. A Hector le pareció que los terremotos se hacía más largos, y era innegable que su frecuencia era mayor. Anais había señalado, justo antes de irse cabalgando al este, que ni siquiera Seviryum hubiese podido ignorarlo.

Hector alzó la vista hacia el cielo oscuro, carente de estrellas.

—Tú y yo, Jarmon; somos los últimos —dijo reflexivo, observando las nubes de densa bruma que transportaba el viento.

—Y Brann —dijo el guardia, exhalando un gran anillo de humo que se mezcló con la neblina que les rodeaba.

—Y Brann. Quizá debieras ser más amable con él. Está claro que le aterrorizas. El viejo guardia sonrió.

—Bien. —Se inclinó hacia delante, sobre las ascuas—. Ya no confío en nadie, Hector, en especial en aquellos demasiado estúpidos o egoístas para aceptar la oportunidad que se les otorgó, y que ahora quieren ser salvados a última hora. Mejor que me teman. Tienen razones para ello.

Hector dio vueltas en sus manos al cetro del Rey.

—No hace falta que estés en guardia contra él, Jarmon. El cetro del Rey está fabricado con un antiguo elemento de poder; emite un sonido en la mano de quien lo porta. Sería capaz de discernir si el anciano pescador miente, y hasta ahora no nos ha dicho más que la verdad.

Jarmon se encogió de hombros.

—¿Y qué importa? —dijo con indiferencia—. Tú y él sois los únicos a los que os queda algo que perder. —Hector le hizo un gesto para que se explicara, pero el viejo soldado tan solo volvió a encogerse—. Dices que crees que la gloria está en intentarlo —continuó Jarmon mientras calaba de su pipa con satisfacción—. Pero en realidad, temes fallar. Siempre lo has hecho, como si hubiese algo que pudieras hacer para evitarlo. Esta situación estaba abocada al fracaso desde el principio, Hector, pero solo tú luchas por demostrar lo contrario. Los demás solo somos seguidores, no líderes. Nosotros sabemos que incluso en el inevitable fracaso, hay gloria. Al final, para un soldado no importa el resultado de la batalla. Lo que importa es que luchó, ya defendiera su terreno con nobleza o titubeara ante el rostro de la muerte. Un soldado no decide contra quién pelear, ni cuándo, ni dónde. Quedarme contigo ha sido la única decisión real que nunca he tomado. Una elección de la que no me arrepiento. Tú has luchado en silencio con la decisión del Rey de dejarte atrás, y con nuestras decisiones de permanecer contigo. Podrías dejar eso y vivir tus últimos días con una apariencia de paz si no hubieses nacido para ser un líder. A diferencia de ti, yo sé que mi opinión acerca de la decisión de Su Majestad no tiene importancia. Cómo vivo entre el ahora y el final... es lo que importa.

Hector se quedó mirando la oscuridad.

—Estoy a la sombra del Rey. Pertenezco a su linaje; soy su regente, nombrado para que su poder sobre la tierra se mantenga. Sus responsabilidades son ahora mías. Si las declino, habré fallado.

—No te engañes a ti mismo, muchacho —dijo Jarmon con seriedad, guardando la petaca de tabaco—. El poder del Rey que importaba se fue con él. El Niño Durmiente comenzó su ascensión cuando su barco enfiló el horizonte y navegó fuera de la vista de Serendair. Aunque no niego que su derecho al trono sigue en su sitio al estar tú aquí, al final no tendrá importancia. El poder que una vez reinó sobre esta tierra sin oposición está ahora roto. La protección que brindaba

se ha esfumado. Tiene agujeros, Hector, grandes agujeros que en tiempos del Rey y de otros gobernantes antes que él eran solidez; un dominio fuerte como el hierro que ahora está oxidado y lleno de muescas. No puedes tapar esos agujeros, no importa cuánto te empeñes. Ya está decidido. Intentas proteger la Isla en sus últimos días por la virtud de tu juramento, pero tu autoridad carece de significado. —Se quitó la pipa de la boca y miró directamente al hombre más joven—. Pero eso no significa que tu sacrificio sea en vano. Puede que nunca alcances la grandeza en sí misma, pero cuando uno ha sido adiestrado para ella, para perseguir la oportunidad de conseguirla, siempre hay un sacrificio. Una vez dada tu palabra a tu rey, rendirse en una batalla que sentías que podías ganar es el más terrible de los sacrificios. Empequeñece a todos los demás. —Jarmon se acomodó en un montón de hojas junto al fuego—. Excepto, quizá, el tener que realizar la tarea de los sacos de arena.

Aquella última noche, Hector soñó, como siempre, con Talthea y los niños. El terreno pedregoso bajo su oreja ardía con el calor creciente del norte, haciendo que sus visiones nocturnas fuesen oscuras y brumosas donde habían sido claras.

En sus sueños, sostenía a su hija, jugaba con su hijo y tomaba el sol en silenciosa contemplación con su mujer, cuando sentía que una sombra le llamaba. Cuando miraba hacia arriba, la sombra que le invocaba tomaba forma. Era el espectro de un rey muerto hacía tiempo, un antepasado al que no conocía. La estatua sin cabeza, hecha pedazos en la Plaza de Kingston, completa una vez más. Su abuelo.

Vandemere.

Sin una palabra, el Rey le volvía a llamar. Hector bajaba la vista para ver sus brazos vacíos. Su esposa y sus hijos ya no estaban.

Hector seguía la sombra del Rey a través de un claro verde de belleza salvaje, viajando hacia atrás en el Tiempo. En este sueño, paseaba por la senda de la historia, desenrollándola mientras se adentraba en el bosque silencioso a través de un velo de niebla dulce.

El mundo cambiaba a su alrededor, deshaciéndose todo. El presente, la Tercera Edad donde la historia actual se enmarcaba, desaparecía ante sus ojos. Podía ver las Flotas regresando a los puertos de los que habían partido en previsión del segundo cataclismo. Contemplaba la involución del nuevo imperio hacia el reino destrozado producto de la Guerra Serendí, y también la propia guerra. Veía los campos ensangrentados, repletos de cuerpos quebrados que volvían a la vida. Las edades pasaban, sin prisa, rehaciendo la historia mientras el Tiempo transcurría al revés.

Hector miraba hacia delante; la silueta del Rey estaba bastante lejos, y desaparecía en la neblina.

Hector empezaba a correr, y el retroceso de la historia se hacía más y más rápido. Desde la Guerra Serendí hasta las guerras raciales que la precedieron y el advenimiento de las razas humanas en Serendair en la Segunda Edad... El tiempo se atrasaba a toda velocidad, como loco. Llamaba al Rey, o lo intentaba, pero no se oía ningún sonido en aquel soñoliento lugar, nublado valle de verdes ricos y frescos.

A la carrera, obligado a descubrir el propósito de su visita al lugar, apenas se daba cuenta de que la Segunda Edad se convertía en la Primera, el Día de los Dioses, cuando las razas élficas hollaban la tierra. Por el rabillo del ojo Hector veía marcha atrás el primer cataclismo, el retroceso de las aguas que habían cubierto la mayor parte de la isla, la ascensión de la estrella caída del cielo, el sellado de la Cripta del Inframundo donde el f'dor estuvo prisionero en su momento, y que contenía los espíritus sin forma que, tras su ruptura, habían escapado para tomar humanos como huéspedes, como Tsoltan, al cual su padre había derrotado.

Con el retroceso de cada evento, el mundo a través del cual corría se hacía más verde, más nuevo, más pacífico, más vivo. Viendo la involución del Tiempo, Hector empezaba a darse cuenta de lo mucho que la magia había hecho por el mundo que había conocido, y lo mucho que había estado presente en el pasado, hace mucho, cuando el mundo era nuevo.

Cuando la Primera Edad se fundía en el Antes del Tiempo, la prehistoria, veía el nacimiento de las razas primordiales que surgieron de los cinco elementos: los dragones, grandes wyrms nacidos de la tierra viviente; los kith, la raza de Cantha, hijos del viento; los mythlin, seres acuáticos antepasados de los humanos, construyendo la hermosa ciudad submarina de Tartechor; los serendíes, la primera de las razas, descendientes de las estrellas; y los f'dor, demonios sin forma nacidos del antiguo fuego, destructivos y caóticos, encerrados por las otras cuatro razas en la Cripta para evitar que la tierra cayera asolada a sus manos.

Veía el mundo primitivo, glorioso y virgen, y silencioso. E incluso eso se desvanecía mientras miraba; la tierra desaparecía en el mar mientras el viento moría, dejando la superficie del mundo quemada por el fuego, hasta que no había más que un pedazo de estrella resplandeciente quebrada que surcaba los cielos. Aquella bola incandescente volaba hacia atrás, uniéndose al cuerpo ardiente del que se había escindido.

A su alrededor no quedaba sino la oscuridad sembrada de estrellas y la sombra del Rey, muerto hace tiempo.

Por último, la sombra de Vandemere se daba la vuelta y le miraba con tristeza.

*¿Qué, abuelo?*, preguntaba Hector, sin que saliera ningún sonido de sus labios, lo que no evitaba que la pregunta reverberara en la oscuridad vacía que les rodeaba. *¿Qué intentas decirme?*

*La eternidad*, decía el Rey. Su voz no sonaba, pero Hector escuchaba las palabras de todas formas.

*¿Qué pasa con la eternidad?* —preguntaba Hector, luchando por respirar en la pesada bruma de la oscuridad.

La sombra del Rey empezaba entonces a desvanecerse.

*No hay tiempo en la eternidad*. La voz de Vandemere rebotaba en el vacío. *Al quedarte atrás, te esforzaste en darles más tiempo. En vez de eso, deberías luchar para evitar perder la eternidad*.

Hector se despertó sobresaltado.

La tierra bajo su cabeza se estaba abriendo, una gran fisura que hacía pedazos el terreno.

En un latido de corazón se puso en pie, agarrando al sorprendido pescador que tenía al lado y apartándolo del borde de la sima, mientras Jarmon se apresuraba a desatar los caballos.

Un rugido como un trueno estremeció los árboles chamuscados que les rodeaban, y el pescador gritó algo que Hector no consiguió oír. Retrocedieron, tirando de las asustadas bestias con todas sus fuerzas, corriendo a ciegas hacia el norte y la niebla de color de fuego, hasta que el terreno bajo sus pies dejó de temblar, quedándose en un murmullo que no cesaba.

—¿Estás bien, Brann? —preguntó Hector, intentando tranquilizar en vano al roano; el animal relinchaba de miedo y pisoteaba el suelo, con las orejas de punta y los ojos de un loco.

Los ojos del anciano estaban tan vidriosos como los del caballo, pero aun así asintió.

—El Despertar... está llegando —susurró, con voz apenas audible por el borboteo del suelo—. No queda tiempo para dormir, sir Hector. No estamos tan lejos; si nos damos prisa, estaremos en Calaseca antes de la mañana. ¡Démonos prisa, se lo ruego! Mi gente espera el rescate.

—Tu gente es idiota si a estas horas no ha abandonado la ciudad, viejo —murmuró Jarmon—. El calor se extiende hasta aquí. Si ellos están más cerca, ya se habrán cocido al fuego.

Hector asió por los hombros al temblequeante pescador y le ayudó a montar.

—Nos vamos —dijo—. Ya no pararemos hasta que estemos allí, o hasta que estemos en el Más Allá.

Cabalgaron por las tierras bajas que una vez albergaron las ciudades y las aldeas cerca de la desembocadura del Gran Río. El aire era pesado debido al humo negro que oscurecía su visión de todo lo que no fuera el cauce del río.

Los caballos, que habían galopado sin cesar, sin parar para beber agua fresca, empezaron a mostrar signos de agotamiento. Cuando la montura de Brann cayó al fin como una masa temblorosa en el sendero de mulas, Jarmon tiró del pescador, que tenía la cara gris por el cansancio y el miedo, y lo montó detrás de él en la silla de montar y espoleó su propio caballo.

—Lo siento, Rosie, vieja amiga —murmuró el viejo soldado, palmeando el cuello del animal. Su mano estaba cubierta con regueros de sudor y esputos del caballo—. Pronto terminará, y entonces podrás descansar.

Por fin, el sonido del mar batiendo en la distancia rasgó el viento aullante.

—¡Aquí! ¡Estamos aquí! —susurró Brann, tirando fuerte de la manga de Jarmon—. El mar se ha retirado una buena distancia, pero aún puede oírse.

Hector tiró de sus bridas para detener su roano. Procedentes del norte, chispas de fuego derretido, como luciérnagas iridiscentes, volaban al azar por el viento

sobre el mar, formando remolinos de diseño amenazante que contrastaban con la negrura del cielo. Se esforzó por ver a través del humo, y creyó distinguir las siluetas de las chozas y los muelles, maderos carbonizados que se fundían con las tinieblas.

Desmontaron y abandonaron las monturas al borde del mar, y se abrieron paso por la arena húmeda, pasando de vez en cuando junto a lo que parecían cuerpos, enterrados bajo un grueso sudario de cenizas.

Hector miró a Brann, pero la mirada del pescador no flaqueó; en vez de eso, el anciano se cubrió los ojos, intentando distinguir entre el gris y el negro de la oscura niebla donde había descubierto lo que pensaba que eran las puertas de la gigantesca mina.

—Por aquí —dijo el pescador, ahora con voz más firme—. Estaba al norte de ese puente de tierra derrumbado, pasado el cabo de esa península, donde antaño el agua se encontraba desde tres frentes.

Como para reafirmar sus palabras, el terreno arenoso tembló con violencia.

—Guíanos —gritó Hector, siguiendo al pescador por el banco de arena.

Cruzaron a ciegas aquel erial, donde el mar solía encontrarse con la tierra, convertido ahora en un desierto de arena oceánica. La retirada del mar había dejado al aire las entrañas de los barcos, los quebrados arrecifes, conchas de todas las formas imaginables, rotas y ajadas en la arena húmeda donde las olas rompían contra la costa en el pasado.

Una columna de fuego se elevó al negro cielo a poca distancia, para caer después en el mar.

Los tres hombres renquearon sobre la arena mojada de la lengua de tierra durante un kilómetro, dos, tres. Las botas les quemaban. Finalmente, cuando alcanzaron un lugar donde el humo ennegrecía el aire casi por completo, Brann se detuvo cerca de un pequeño bote de pesca intacto varado en la arena, cayó de rodillas, y apuntó más allá de la humareda, en la distancia.

—Allí —susurró.

Hector se agachó y siguió el artrítico dedo del anciano con los ojos ardiendo por el calor y las cenizas.

Al principio no pudo ver nada más que la arena interminable y el humo negro, pero después de un momento sus ojos se enfocaron, y el aliento le raspó la garganta irritada.

Estaban sobre lo que parecía una enorme cadena montañosa en el lecho marino, una imponente muralla que bajaba hacia una grieta de más de trescientos metros de profundidad, al pie de donde llegaba lo que quedaba del resto del mar. Hector observó el perímetro con sus ojos, y no pudo ver ni su principio ni su final. La depresión parecía extenderse hasta el horizonte; la pared del acantilado que tenían debajo hacía que el lecho del mar pareciera como si estuviesen sobre una gran pradera en la cima de una montaña. Fueran cuales fuesen las dimensiones reales de la antigua mina, estaba claro que un hombre no podía verla toda de una vez ni en un día despejado; se encontraba más allá de la playa, escondida durante milenios por el mar, en un lugar del cual el agua se había retirado. Al fin

comprendió la insistencia de Brann en que gran parte del mar podía ser desviada hacia el gigantesco espacio, y salvar así una parte de la Isla.

—¿Dónde están las puertas? —gritó sobre el estruendoso rugido que venía del interior del mar, al norte.

—En el fondo —le contestó Brann, pugnando por mantenerse derecho ante el viento abrasador.

—¿Podemos descender escalando el acantilado, Hector? —preguntó Jarmon, buscando un punto de apoyo sin éxito—. Si caemos desde esta altura no habrá forma de parar; por lo menos, será un final rápido.

—Ahí parece haber una especie de camino, o al menos un lugar donde el risco se inclina —dijo Hector, agachándose de nuevo para ver con más claridad.

Brann miraba el cielo, nervioso.

—¡Hemos de apresurarnos! —urgió cuando un fuego líquido volvió a elevarse, escupiendo cenizas y provocando que el terreno se sacudiera bajo sus pies. Se escurrió sobre el borde y empezó a bajar por la pared que había indicado Hector, seguido al instante por los dos soldados.

Bajaron el acantilado deprisa, resbalaron, cayeron, se despellejaron las rodillas y hasta la espalda, solo para levantarse, acuciados por la necesidad y la inminencia del Despertar. En aquel lugar, el suelo era duro, como si hubiese roca bajo la arena, aunque estaban ausentes los detritos que habían visto en la costa de arriba.

Al final, cuando habían descendido lo suficiente para bajar una montaña pequeña, se encontraron en la base de la escarpada ladera, con los pies mojados por las algas del mar que habían cubierto el lugar poco antes, y contemplando una sólida pared de roca.

El viento aullaba y chillaba sobre ellos, pero se mantenía a nivel del mar, entrando en el cañón solo lo suficiente para echar arena en sus ojos.

—¿Dónde están las puertas? —volvió a preguntar Hector, con una voz cercana al silencio que allí reinaba.

Brann apuntó a una enorme losa en el norte.

—Allí —dijo con tono tembloroso.

A cuatro patas, los tres hombres se abrieron paso sobre las piedras del suelo marino, escalando afloramientos rocosos, bajando pendientes y esquivando gritas, hasta que por fin estuvieron donde el pescador había señalado.

Sobre sus cabezas se erigía lo que aparentaban ser dos gigantescas losas de tierra sólida, suaves como el granito y blancas como el resto de la arena. Entre ellas, había una rendija de oscuridad; aparte de eso, no parecían diferentes del resto de las colinas de roca submarinas.

Por enésima vez, la tierra tembló de manera más violenta de lo habitual. Los vientos sobre el cañón silbaban, elevándose en un lamento átono que les llegaba discordante. Un fuego lejano iluminó el cielo, volviendo las nubes de color sangre.

Hector sacó el cetro de su envoltorio. El mango brilló con claridad en su mano, debajo del diamante que refulgía de forma casi amenazadora.

Las losas de piedra parecieron ablandarse. Los tres hombres observaron, paralizados, cómo la arena que las había cubierto desde tiempos inmemoriales

empezaba a desprenderse, acumulándose en la base y revelando unas puertas titánicas fabricadas con metal, con unas grandes manecillas engarzadas en unas planchas del mismo material. A la derecha, una extraña cerradura. Las puertas estaban inscritas con antiguos glifos de protección, contraseñas y runas de una clase que Hector jamás había visto.

Brann miraba el cielo del norte sobre su hombro, muy nervioso.

—Rápido, sir caballero —le urgió.

Hector miró la antigua llave de su mano. Un momento antes le parecía diferente; el oscuro mango de madera viva que pensó que sería la rama de un árbol de piedra ahora se le asemejaba más a un hueso, y el diamante montado en su extremo a su articulación. Con cuidado, lo sostuvo cerca de la cerradura, intentando calcular el ángulo en el que encajaría.

—Viden, singa ever monokran fri —dijo. *Ábrete, en nombre del Rey.*

Los glifos de la puerta resplandecieron, como volviendo a la vida.

La capa dorada comenzó a desprenderse del mango del cetro, cayendo en la arena como copos de oro.

Hector metió la llave en la cerradura y la giró despacio hacia la izquierda.

Más que oírlo, sintió en la mano un golpe sordo. La rendija entre las puertas de piedra se ensanchó un poco. Hector empujó la del lado derecho, pero solo pudo moverla un milímetro. Trató de mirar el interior. No se veía casi nada.

La oscuridad era muy profunda. Cauteloso, Hector abrió la puerta un poco más, empujando contra el montón de arena que se había formado en la base de la puerta. Brann se puso a su lado, añadiendo al esfuerzo lo que le quedaba de sus fuerzas.

A sus espaldas, las lenguas de fuego procedentes del Despertar se alzaban más altas, más intensas en su ardor, arrojando sombras en la negra caverna más allá de las puertas. Hector echó otro vistazo por el hueco.

La inmensidad del lugar era mayor de lo que Hector podía abarcar. A juzgar por lo poco que había conseguido divisar, no parecía haber paredes que marcaran límites, sino que era como abrir una puerta al cielo nocturno, o a las profundidades del universo.

—Una vez más, sir caballero —susurró Brann, pálido por el esfuerzo—. Tenemos que abrirla más. Deprisa, no queda tiempo.

Jarmon también sumó todas sus fuerzas contra la puerta. Con un crujido que hizo que Hector se estremeciera, la puerta derecha se abrió más hacia una oscuridad interminable.

Hector volvió a mirar. Al principio no vio nada, como antes. Después, en el extremo más lejano de su visión, creyó distinguir unas llamas diminutas, quizá restos de los fuegos de la mina que podían seguir ardiendo desde hacía miles de años. Pero cuando aquellas llamas empezaron a moverse, se sintió de repente débil, mareado, al tiempo que su cabeza se veía asaltada por la cacofonía de un millar de voces que reían y chillaban con satisfacción.

Como un pinar incendiado, las llamas vivientes comenzaron a moverse por la gigantesca estancia, algunas más cerca, otras más lejanas, todas hacia la puerta, chamuscando el aire con su destructivo caos.



Hector, con su cabeza dolorida debido al chillido malicioso que tan rápido se aproximaba, solo pudo contemplar horrorizado la marejada de fuego que ardía con intensidad, una legión de llamas individuales que descendían por las paredes oscuras hacia ellos.

La mente le dio vueltas al darse cuenta con repugnancia de lo que había hecho. El tiempo se paralizó mientras la verdad retumbaba en sus oídos, más alto que los terremotos del Niño Durmiente.

Acababa de romper la única barrera que separaba a la vida del vacío, entre la tierra y la destrucción.

Aquello amenazaba incluso la existencia del Más Allá.

—¡Dios! —susurró con las manos llenas de sudor—. ¡Dulce Dios! Jarmon... ¡esta es la Cripta! ¡Hemos abierto la Cripta del Inframundo!

La maldición gutural de Jarmon se perdió en el ruido de la inminente destrucción y de los orgiásticos gritos de los demonios de fuego que se acercaban, tanto tiempo encerrados, hacia la libertad.

Los soldados agarraron las manillas de la puerta y tiraron juntos con todas sus fuerzas. Consiguieron cerrarla en gran parte, pero solo pudieron hacerlo hasta donde el obstáculo del cuerpo del pescador se interponía.

Brann se puso en medio del umbral, bajo el dintel.

Jarmon estiró los brazos para empujar al hombre fuera del camino.

—¡Muévete, idiota! —le gritó. Y se quedó mudo por el dolor cuando su brazo chocó contra las puertas y se vio atrapado por una dolorosa presa.

Miraron al anciano. Su rostro se había endurecido y se había convertido en una máscara casi traslúcida de gozo no disimulado. Su piel arrugada ahora era lisa, su sonrisa feroz, y sobre esta un par de ojos oscuros relucían con los bordes ribeteados de color sangre.

—Yo —dijo Brann con tranquilidad—. Yo soy lo que los vientos os presagiaron, sir Hector. Yo soy lo que se acerca.

—No —murmuró Hector, confuso—. Tú... tú...

El demonio en un cuerpo de anciano se carcajeó con desaprobación, aunque su sonrisa brillaba por la diversión.

—Ahora, ahora, sir Hector —dijo con amabilidad exagerada—. ¡Es un momento histórico que hay que saborear! No lo echemos a perder con recriminaciones, ¿de acuerdo? —Soltó el brazo de Jarmon.

Los soldados volvieron a tirar de la puerta, pero el f'dor tiró en dirección contraria, evitando que la cerraran con una fuerza que crecía por momentos. Hector tiró con toda su energía, pero solo logró despellejar sus sudorosas palmas contra las manecillas de metal caliente.

Jarmon dio un paso atrás, enfurecido, y sacó la espada, pero el pescador tan solo hizo un gesto en su dirección. Un fuego negro explotó desde sus dedos y tocó el arma. La hoja se fundió en la mano de Jarmon, deshaciéndose en un reguero de metal líquido. El guardia profirió un grito de agonía y cayó con pesadez sobre la arena.

—El cetro... —dijo Hector, asfixiado.

—¿Te ayudaría a discernir la verdad? —dijo el demonio, solícito, mientras observaba cómo se acercaban sus compañeros, más cerca ahora—. De hecho, no te equivocabas. Todo lo que te dije era verdad. Mi pueblo ha vivido al borde del mar durante mucho tiempo; tenemos el cuerpo frágil, aunque somos fuertes de espíritu. Sin un anfitrión, o sin alguien que nos ayude, no podemos abrir la puerta por nosotros mismos. Y fui de lo más sincero cuando te aseguré que ninguno de los míos soñaría con tocar el cetro; para los de nuestra raza, tocar un objeto de Piedra Viviente coronado por un diamante supondría la muerte. Por eso te necesitaba; gracias por tus servicios.

—Suelo sagrado —musitó Hector, tirando inútilmente de la puerta y luchando contra las voces chillonas de habitaban en su cabeza—. La taberna es suelo sagrado...

—Nunca me acerqué a la taberna —dijo el f'dor—. Ni al palacio, si recuerdas. No, sir Hector, jamás crucé el umbral de esos sitios; me encontraste en la encrucijada y me dejaste al pie del castillo. Qué amable por tu parte. —El demonio volvió a reír—. Y lo que te dije de mi vida también era cierto. Hace mucho tuve la oportunidad de dejar mi lugar de nacimiento... en los días antiguos, durante el primer cataclismo, cuando la estrella rompió la Cripta. Muchos de nosotros escapamos antes de que volviera a ser sellada, solo para ser perseguidos a lo largo de la historia, teniendo que huir de anfitrión en anfitrión, escondiéndonos, esperando nuestro momento. Pero ahora, una vez más, saldremos al exterior, gracias a ti, sir Hector. ¡Deseabas rescatar a todo el que pudieras del cataclismo, y eso has hecho! ¡Has liberado a toda una raza de su cautiverio! ¡Y no solo nos has librado de la Cripta, sino que serás el anfitrión de nuestro maestro, que tanto tiempo ha vigilado las puertas a la espera de este día! ¡Qué podría ser más edificante que eso?

El fuego de los ojos del demonio rivalizaba en intensidad con el del cielo.

—Cuando el viejo pescador vino remando en su pequeño bote para examinar lo que había revelado el retroceso del mar, yo estaba esperando, sin forma. Regresé a casa cuando oí lo del Despertar, como dije que había hecho. —El demonio suspiró—. Hubiese sido preferible un anfitrión más joven y fuerte, pero uno toma lo que se le ofrece cuando llega un cataclismo. ¿No es la verdad algo maravilloso? El arte está en decirla de manera que sea interpretada de la forma que uno desea. Por último, te dije que te estaríamos eternamente agradecidos, sir caballero. Y lo estamos. Lo estamos. Eternamente.

Jarmon se puso en pie, tembloroso, y miró a Hector a los ojos.

—Hector —dijo en voz baja—, abre la puerta.

En su confusión, las palabras le sonaron claras. La mirada de Hector se estrechó un momento, para ensancharse después por la comprensión.

Con el último resto de sus fuerzas, se echó contra la puerta derecha de la Cripta, abriéndola incluso más de lo que lo había estado antes. La cabeza le estallaba por los gritos de frenesí de la horda demoníaca que ya estaba al alcance de la puerta; intentó apartar los ojos del horror que tenía a la vista, pero se encontró con que su mirada era arrastrada hacia el fuego que se acercaba, ardiente por la excitación de apresurarse hacia la libertad.

En ese mismo momento, Jarmon se arrojó contra Brann y cerró los brazos alrededor de sus tobillos. La frágil forma del anfitrión del demonio se dobló bajo los fuertes brazos del guardia, y la inercia arrojó a ambos más allá del umbral, al interior de la Cripta.

Aquello le dio a Hector el tiempo suficiente para cerrar la descomunal puerta antes que la multitud de f'dor que habían estado sellados desde la Primera Edad cruzara el umbral hacia el mundo material.

Sacó la llave de la cerradura y la tiró detrás de él. Después abrazó la colosal manilla metálica e hizo toda la palanca que pudo mientras las relucientes puertas se oscurecían y volvían a dormirse una vez más.

La mente de Hector se combó bajo los gritos que oyó y sintió más allá de las puertas. La piedra tembló amenazante cuando los demonios la aporrearón desde el otro lado, provocando una conmoción que agitó todo su cuerpo. Apoyó la cabeza, tanto para reforzar el cierre como para acallar los horripilantes sonidos que pitaban en sus oídos. Entre los chillidos demoníacos de furia creyó distinguir la voz de Jarmon con un tono similar, el incomprensible sonido de la agonía de un cuerpo y un alma que se quejaban de manera desagradable.

Al tiempo que se aferraba a las puertas ardientes que arrancaron la carne de su pecho y rostro, el cielo se volvió blanco sobre su cabeza.

Con un bramido estruendoso que quebró la bóveda celeste, el Niño Durmiente se despertó en las profundidades del mar y se alzó con rabia feroz hacia los cielos.

El sonido de los gritos al otro lado de la puerta se desvaneció ante el rugido del infierno que tenía detrás. Todo lo que podía sentir en ese momento era un calor extremo, una temperatura que coció su cuerpo hasta su núcleo desde detrás, y que irradió su energía a través de las puertas que tenía frente a sí cuando el fuego volcánico líquido cayó, sellando eternamente su concha osificada a las manillas de metal.

Mientras cruzaba el umbral de la muerte, desde la vida hasta el Más Allá, Hector vio al fin lo que su padre le había dicho, y que él le había confiado a Anais. Más allá de su visión, tan cerca como el aire de su último aliento, y al mismo tiempo a medio mundo de distancia, pudo ver a su amigo en las ramas del Árbol del Mundo, a su padre vigilante con el agua por las rodillas, a Talthea y a Aidan detrás de él en la orilla, con el bebé en brazos. Los ojos de MacQuieth estaban sobre él, observándole desde el otro extremo de la tierra, al otro lado del Tiempo.

Cuando su espíritu abandonó su cuerpo, disipándose y expandiéndose a la vez hasta las cotas más lejanas del universo, Hector se detuvo por un momento para darles un último beso a su mujer e hijos, y para susurrar al oído de su padre a través del umbral que les unía por medio del amor.

*Ya está, Padre. Puedes dejar de esperar; vuelve a tu vida.*

Su último pensamiento consciente fue de irónica diversión. Mientras el mar se vertía en la grieta, sellando la entrada a la Cripta bajo sus profundidades una vez más, su cuerpo permanecía allí, hecho arcilla, conformando la cerradura que trancaba las puertas, vigilante hasta el final en la muerte como lo había sido en vida.

La llave de piedra viviente yacía tras él, enterrada en la arena del fondo del mar, fuera del alcance para toda la eternidad.

—Manzana, Canfa, pofavó.

La hija del viento miraba desde arriba la pequeña y joven cara humana. Sonrió, a pesar suyo. Extendió el brazo con facilidad hacia las ramas enrevesadas del árbol atrofiado que estaban más allá del alcance de los brazos delgaduchos del niño, cogió una fruta dura y roja, y se la pasó.

La soldado miró a la izquierda, donde la mujer, sentada en el suelo del manzanar diezmado, comía con aire ausente una manzana que ella le había dado un momento antes y contemplaba cómo la yegua plateada de Cantha pastaba de la hierba otoñal en las cercanías.

Un silencio mortal cayó sobre ellos, como cuando se da un portazo.

Los vientos que habían aullado furiosos durante semanas, se callaron.

Y Cantha lo supo.

Se quedó paralizada por un instante en medio del vasto vacío de un mundo carente de aire en movimiento, al borde del cataclismo. Y justo antes de que los vientos comenzaran a gemir, cogió al niño por la espalda de la camisa y lo levantó en el aire, subiéndolo al caballo al tiempo que la manzana caía de la mano de este al suelo.

Estaba tirando de la sorprendida mujer para ponerla en pie y llevándola hasta el caballo cuando el cielo se volvió blanco. Para cuando hubo montado y espoleado la bestia, el horizonte del norte eructó un penacho de fuego que subió al cielo como la chispa de una vela atrapada por el viento. Luego se extendió por las nubes, llenándolas de una luz de intensidad dolorosa. Cantha pronunció una sola orden gutural al caballo y echó a galopar, sujetando enfrente de sí a la mujer y al niño.

A pesar de encontrarse en el extremo sur de la Isla, sintieron los temblores y vieron que la tierra se estremecía bajo las pezuñas del caballo. Cantha podía notar cómo latían los costados del chico. Aunque debía estar chillando, los sonidos eran ahogados por el horrible lamento de los vientos. Le rogó a aquellos vientos que aceleraran su marcha, que facilitaran su camino y su paso, pero no obtuvo respuesta.

Al pie de las almenas bajó a los humanos del lomo del caballo, cortó las cinchas de la silla de montar y las soltó, deseando buena suerte en silencio al caballo. Cogió a la mujer de la mano y se metió al niño bajo el brazo y empezó la ascensión de los escalones de roca.

Se encontraba a medio camino, con los músculos al límite del agotamiento, cuando los vientos arreciaron, rampantes y llenos de cenizas y escombros. Soplaron a su alrededor, robando el aire de sus pulmones y amenazando con tirarla al suelo. Al final tuvo que dejar a la mujer para no soltar al niño.

—¡Sube! —le gritó Cantha a la mujer, pero esta simplemente se quedó rígida donde estaba. Cantha volvió a gritarle, una y otra vez, la empujó inútilmente, y

al final la abandonó, subiendo a ciegas los escalones mientras el cielo se volvía negro sobre sus cabezas.

Cantha llevó al muchacho a través de oscuros corredores y por las escaleras de la torre arriba, de dos en dos. Ahora lo cargaba en los brazos, colgado de su cuello. La torre se estremeció ante el vendaval, y las paredes de piedra que habían permanecido robustas e inamovibles durante quinientos años se zarandearon bajo vientos de guerras y huracanes, temblando a su alrededor.

Al final alcanzaron la cúspide de la torre, las polvorientas salas llenas de estanterías de libros y jarros que otrora fuesen los aposentos del visir real. Cantha, agotada, bajó al chico, cogió su mano y corrió por el estudio, abriendo puertas que se cerraban con el viento, corriendo a lo loco entre los fragmentos de cristal roto que sembraban el suelo, hasta el último tramo de escaleras de madera. Empujó la trampilla de madera que daba a la parte superior de los parapetos. Cogió bien al niño mientras salían a la plataforma desde la que el visir comulgaba con el relámpago, y contempló el mundo que se extendía bajo ellos.

El polvo formaba grandes espirales por las anchas praderas y los bosques destrozados que rodeaban Elysian, y la tierra era removida por el caos de los vientos. En la lejanía, se podía ver al caballo plateado corriendo, galopando libre, sin silla de montar. Miró en derredor en busca de la mujer, pero no alcanzaba a ver los escalones de las almenas.

A su lado, notó que el niño se movía; bajó los ojos para verlo apuntar al norte.

Un muro de agua de la altura de la torre se acercaba, gris oscuro, transportando a su paso una mezcolanza de deshechos que una vez formaron ciudades y aldeas, puentes y molinos.

No era más que la primera ola.

Detrás de ella se cernía la verdadera ola, la cresta de lo que Cantha podía ver, elevándose para encontrarse con el cielo.

Temblando, se agachó y levantó al niño hasta sus hombros, en gran parte para ponerlo a tanta altura como fuese posible, pero también para no tener que volver a ver la expresión de sus ojos. Su propia mirada estaba fija en el mar vertical que se tragaba la Isla, el río, los campos, lo que quedaba del manzano... Justo antes de que el mar alcanzara la torre para reunirse consigo mismo en la costa sur, pensó en las leyendas de los enclaves lirin, quienes habían vivido junto a la costa en los tiempos del primer cataclismo, y cuyas tierras habían quedado sumergidas cuando el Niño cayó en la tierra. La leyenda contaba cómo se habían transformado, pasando de hijos del cielo a hijos del mar, llegando a vivir en cavernas y grutas submarinas, construyendo civilizaciones enteras al abrigo de las arenas del océano y escondidas en arrecifes resguardados, respirando entre las olas. *Si tal cuento de hadas puede ser posible, que lo sea para ti, chico*, pensó, dando una palmadita en la pierna que colgaba de su hombro.

Toda luz desapareció ante el furioso rugido gris azulado.

—Aguanta la respiración, muchacho —dijo Cantha.

Desde la cubierta de popa del *Jinete de las Tempestades*, Sevirym observaba cómo se elevaba el fuego en la distancia. La Isla se encontraba tan lejos de donde estaban, al borde de los Campos Helados en el extremo sur del mundo, que al principio ni se dio cuenta; el Despertar no parecía más que una gloriosa pincelada de color provocada por la puesta de sol. Pero cuando las nubes comenzaron a arder en el horizonte, y al mismo tiempo murieron los vientos marinos, supo lo que estaba contemplando.

Fue incapaz de apartar los ojos del fuego, franja blanquísima en la lejanía, más brillante que el sol. Y entonces, ignorando a la tripulación y los pasajeros que le rodeaban y que también miraban al este, inclinó la cabeza y dio rienda suelta a su dolor, mientras el fuego se desvanecía y desaparecía en el mar.

La ola llegó hasta el extremo opuesto de la Isla, inundando las tierras chamuscadas, tragándose las Altas Cotas del norte hasta el lado sureste. Ahogó lo que una vez fueron campos y bosques, ennegrecidos por la resplandeciente lava, hasta llegar a Yliessan, donde pareció detenerse por un momento sobre Sagia, con sus ramas adornadas con flores, y que acogía a los hijos del cielo que habían buscado allí su último refugio. Entonces rompió sobre ellos, encontrando el mar por todos los bordes de la Isla.

Cuando la marea se niveló, acabada la inundación, la cresta de las olas se cerró sobre la Isla, la cuna del Tiempo, ocultándola a la vista.

Y entonces la paz regresó.

El vapor caliente cubría el mar, calmado y quieto como una mañana brumosa.

# EL CANTAR DE SHANNARA

Terry Brooks





# EL CANTAR DE SHANNARA

Terry Brooks

- La espada de Shannara (1977)
- Las piedras élficas de Shannara (1982)
- El cantar de Shannara (1985)
- Los vástagos de Shannara (1990)
- El druida de Shannara (1991)
- La reina élfica de Shannara (1992)
- El talismán de Shannara (1993)
- El primer rey de Shannara (1996)
- El reino mágico de Landover (1986-1995)

La época de Shannara empieza tras un apocalipsis que ha destruido el viejo mundo y casi ha aniquilado a su gente. Al comienzo de la serie concluyen mil años de salvajismo y barbarie y emerge una nueva civilización, en la que la magia ha reemplazado a la ciencia como fuente predominante de poder. Un Consejo Druida compuesto por los más inteligentes entre las nuevas razas (hombres, enanos, trolls, gnomos y elfos, nombres extraídos de las viejas leyendas) ha empezado la ardua tarea de reconstruir el mundo y poner fin a la guerra interracial que ha consumido a los supervivientes de las llamadas Grandes Guerras desde su conclusión.

Pero las guerras continúan, aunque bajo una forma diferente. La magia, al igual que la ciencia, a menudo es voluble y puede ser empleada para el bien o para el mal, y puede tener un efecto positivo o negativo sobre los que entran en contacto con ella. En *La espada de Shannara*, un druida trastornado por su deseo de poder mágico manipuló a los trolls y a los gnomos en un esfuerzo por someter a todas las demás razas. Fracásó gracias a Shea Ohmsford, el último de una familia de elfos apellidada Shannara. Shea, con la ayuda de su hermano y un pequeño grupo de compañeros, fue capaz de blandir la legendaria Espada de Shannara para destruir al Señor Oscuro.

Posteriormente, en *Las piedras élficas de Shannara*, su nieto Wil se enfrentó a otro tipo de reto, uno que requería el uso de la magia contenida en una colección de piedras élficas. Pero la utilización de las piedras alteró la estructura genética de Wil, por lo que sus propios hijos nacieron con magia en su sangre. Como resultado, en el tercer libro de la saga, *El cantar de Shannara*, Brin y su hermano Jair fueron reclutados por el druida Allanon para buscar y destruir el Ildatch, el libro de magia negra que había corrompido al Señor de los Brujos y que ahora hacía lo mismo con el fantasmal espectro.

La historia que sigue tiene lugar varios años después de la conclusión de *El cantar de Shannara*, y vuelve a presentar a Jair Ohmsford, quien debe asimilar su obsesión por el pasado y el uso de la magia en la que su hermana le ha aconsejado que no confíe.

## INDÓMITO

El pasado siempre está con nosotros.

Incluso aunque apenas tenía la edad suficiente para ser considerado un hombre, Jair Ohmsford había comprendido el significado de la frase desde niño. Significaba que sería cambiado y transformado por los eventos de su vida, por lo que todo lo que ocurriera sería en cierto modo consecuencia de lo que sucedería primero. Que la gente que llegase a conocer influiría en su conducta y sus creencias. Que sus experiencias pasadas tendrían su impacto en sus decisiones del futuro.

Quería decir que la vida era una cadena y que los eslabones que la conformaban no podían ser separados.

Para Jair, el más fuerte de tales eslabones era Gareth Jax. Aquel eslabón, a diferencia de cualquier otro, era un depósito de recuerdos que atesoraba con tanto cariño que los protegía como si fuesen ornamentos de cristal. Los cogía del estante en los que eran guardados, les quitaba el polvo, y luego los devolvía a su lugar con mucho cuidado.

En el verano del segundo año posterior a su regreso desde Marca Gris, aún seguía muy influenciado por aquellos recuerdos. Solía despertar en medio de la noche con sueños de Gareth Jax trabado en combate con el jachyra, oía ecos de las voces de otros en las conversaciones con sus amigos y vecinos, y vislumbraba rasgos del Maestro de Armas en los rostros de los extraños. Todo aquello no le afligía; de hecho, le emocionaba. Era una afirmación de que estaba manteniendo vivo el pasado que tanto le importaba.

En el día en que la muchacha entró cabalgando en Valle Umbroso, él estaba trabajando en la taberna de la familia, ayudando al encargado y a su mujer como un favor para sus padres. Se encontraba de pie en el porche, comprobando la balaustrada que había reparado después de que un vendaval hubiese arrojado sobre ella una gran rama. Algo en la forma en que ella se sentaba a lomos de su caballo captó su atención, haciéndole olvidar sus trabajos manuales. Se protegió los ojos contra el resplandor del sol reflejado sobre un tejado metálico. La mujer jinete iba tiesa como un palo, a horcajadas, sobre un enorme semental negro con una mancha blanca en la frente. Su cabello oscuro le caía en una cascada de rizos hasta la cintura, espeso, reluciente. No era muy grande, pero daba una inmediata impresión de autoconfianza que estaba por encima de la necesidad de poseer fuerza física.

Ella le vio al mismo tiempo que él a ella, e hizo girar al caballo negro en su dirección. Cabalgó hasta él y se detuvo, y una sonrisa traviesa apareció en su alegre rostro ovalado al tiempo que se echaba atrás un mechón de pelo perdido.

—¿Te ha comido la lengua el gato, Jair Ohmsford?

—Kimber Boh —dijo él, sin estar seguro del todo—. No puedo creerlo.

Ella se apeó, dejó caer las riendas de un modo que sugería que eso era todo lo que requería su montura, y se acercó para darle un largo abrazo.

—Parece que has crecido —dijo ella, y despeinó el cabello rubio rizado de Jair para mostrar que no estaba impresionada.

Él podría haber dicho lo mismo de ella. El tacto de su cuerpo contra el suyo durante el abrazo era una clara indicación de que la chica había dejado atrás la infancia. Pero era difícil de aceptar. Aún recordaba a la niña delgaducha y diminuta que había sido dos años antes, cuando la había conocido en las ruinas del Croagh, tras su batalla para salvar a Brin.

Meneó la cabeza.

—Casi no te he reconocido.

Ella dio un paso atrás.

—Yo a ti a la primera. —Miró en derredor—. Siempre quise ver dónde vivías. ¿Está Brin por aquí?

No estaba. Brin vivía en las tierras altas con Rone Leah, con el que se había casado en la primavera. Ya estaban esperando su primer hijo; si fuese un chico, lo llamarían Jair.

Este volvió a hacer un gesto negativo.

—No. Ahora vive con Leah. ¿Por qué no escribiste diciendo que venías?

—Ni yo misma lo supe hasta hace poco más de una semana. —Miró la taberna—. El viaje ha sido agotador y tengo sed. ¿Por qué no entramos mientras charlamos?

Accedieron al fresco interior de la taberna y cogieron mesa junto a una ventana donde el vuelo del tejado les protegía del sol. El tabernero les trajo una jarra de cerveza y dos vasos, dedicándole a Jair una mirada maliciosa mientras se iba.

—¿Te hace un guiño cada vez que traes a una chica bonita al local? —preguntó Kimber cuando el tabernero estuvo fuera del alcance de sus palabras—. ¿Eres habitual aquí?

Él se puso colorado.

—La taberna es de mis padres. Kimber, ¿qué estás haciendo aquí?

Ella reflexionó la respuesta.

—No estoy segura del todo. Vine para encontrarte y persuadirte de que vinieras conmigo. Pero ahora que estoy aquí, no sé si tengo las palabras para hacerlo. De hecho, ni siquiera debería intentarlo. Debería quedarme aquí de visita hasta que me echaras. ¿Qué dirías a eso?

Él se recostó en el respaldo y sonrió.

—Supongo que diría que eres bienvenida a quedarte todo lo que quieras. ¿Es eso lo que quieres?

Ella tomó un sorbo de su cerveza y negó con la cabeza.

—Lo que yo quiero no importa. Puede que tampoco lo que tú quieras. —Miró la luz del sol a través de la ventana—. Mi abuelo me envió. Me dijo que te dijera que lo que creíamos que había terminado hace dos años no está resuelto, después de todo. Parece que queda un cabo suelto que hay que atar.

—¿Un cabo suelto?

Kimber volvió a mirarle.

—¿Recuerdas cuando tu hermana quemó el libro de Ildatch en Marca Gris? Jair asintió.

—No es probable que lo olvide.

—Mi abuelo dice que se le escapó una página.

Cenaron en casa de Jair algo preparado por él mismo, que incluía sopa de verduras frescas, pan y un plato de quesos y frutos secos que almacenaban sus padres, quienes se encontraban en el sur de viaje por donde su talento especial para la curación era necesario. Se sentaron a la mesa y contemplaron cómo la oscuridad dejaba caer con lentitud un telón de sombras que velaban el paisaje como si fuera de seda negra. El cielo permanecía límpido y salieron las estrellas, brillantes y resplandecientes sobre el firmamento.

—¿Te dijo para qué me necesita? —preguntó Jair por lo que debía ser la quinta o la sexta vez.

Ella negó con paciencia.

—Solo me dijo que había que traerte a ti, no a tu hermana, ni a tus padres, ni a Rone Leah. Solo a ti.

—¿Y tampoco dijo nada de las piedras élficas? ¿Estás segura?

Kimber lo miró con una pizca de irritación en los ojos.

—¿Sabes que esta es una de las mejores cenas que he comido? En serio. La sopa está riquísima, y quiero saber cómo se hace. Pero por ahora, me conformo con comerla. ¿Por qué no dejas de hacer preguntas y la disfrutas tú también?

Jair respondió con una sonrisa reticente y sorbió la sopa, quedándose en silencio durante unas cuantas cucharadas mientras meditaba el estado de cosas. Tenía dificultades para aceptar lo que ella le decía, por no hablar de estar de acuerdo con lo que le pedía. Dos años antes, los hermanos Ohmsford habían separado sus caminos para alcanzar el lugar oculto donde se encontraba el Ildatch, el libro de magia negra que había corrompido primero al Señor de los Brujos y a sus Portadores de la Calavera en los tiempos de Shea y Flick Ohmsford, y luego a los espectros en su propia época. La magia contenida en el libro era tan poderosa que el propio libro había cobrado vida, convirtiéndose en un espíritu capaz de dominar y finalmente transformar seres de carne y sangre en monstruosas criaturas no muertas. Lo había hecho muchas veces, y lo habría seguido haciendo si Brin no hubiera logrado destruirlo.

Por supuesto, antes casi había acabado con Brin. Brin, en posesión de la magia del cantar, con el poder de crear o destruir a través del uso de la música y las palabras, era una oponente formidable, pero también una aliada considerable.

Quizá se habría convertido en esto último si Jair no hubiese llegado a tiempo para evitarlo. Pero por eso mismo le había enviado el Rey del Río Plateado para encontrarla, después de que ella dejara Allanon, pues había sabido de antemano lo que podía esperar de él. Su magia era menor, la habilidad de aparentar que cambiaba cosas sin ser capaz de hacerlo de verdad, pero en aquella ocasión había resultado suficiente para las necesidades del momento.

Lo que le confundía era la insistencia del abuelo de Kimber en llamarle ahora. Cualquiera que fuese la naturaleza del peligro representado por la amenaza de un renacimiento de Ildatch, él era el miembro menos capaz de la familia. También dudaba de la capacidad de selección del hombre, pues había visto bastante del impredecible Coglino de mirada salvaje para saber que no siempre podía contar con todos sus tornillos. Puede que Kimber confiase en él, pero eso no significaba que Jair la secundase.

Una preocupación aún más grande era la afirmación del anciano de que, de algún modo, el Ildatch no había sido destruido del todo cuando Brin había llegado a tantos extremos para asegurarse de que así era. Había empleado su magia para reducirlo a cenizas, el tomo al completo, todas y cada una de las páginas. ¿Cómo podía haber sobrevivido algo? ¿Cómo podía Brin haber descuidado algo tan crucial?

Sabía que no lo descubriría a menos que acompañase a Kimber a ver y escuchar al anciano, pero el viaje hasta la Chimenea de Piedra, en las tierras al este, era muy largo, y requería de mucho tiempo y esfuerzo. En especial si resultaba que el anciano se equivocaba.

Así que siguió formulando preguntas, esperando descubrir algo útil, en espera de una revelación. Pero pronto había hecho las viejas más de lo necesario, y se había quedado sin nuevas.

—Sé que piensas que mi abuelo ya no es coherente en lo tocante a algunas cosas —dijo Kimber—. Lo conoces bastante a pesar del poco tiempo que pasaste con él hace dos años, así que no tengo por qué fingir. Sé que puede ser difícil e inestable. Pero también sé que puede ver cosas que otros hombres no, que tiene recursos que a los demás les son negados. Yo puedo interpretar un rastro y seguirlo, pero él puede leer señales en el mismísimo aire. Es capaz de fabricar cosas con compuestos y polvos que nadie ha vuelto a ver desde la destrucción del Viejo Mundo. Él es más de lo que aparenta.

—¿Y crees que debería ir, que hay una posibilidad de que sea cierto lo que afirma sobre el Ildatch? —Jair volvió a inclinarse hacia delante, olvidando su comida—. Dime la verdad, Kimber.

—Creo que sería inteligente que prestaras atención a lo que tiene que decirte. —Su rostro era tranquilo, pero sus ojos no—. Tengo mis propias dudas sobre mi abuelo, pero vi cómo estaba cuando me dijo que viniera a por ti. No se trataba de un antojo, sino algo muy meditado. Habría venido él mismo, pero yo no se lo habría permitido. Es demasiado mayor y frágil. Como yo no se lo habría permitido, tuve que hacer el viaje yo misma. Supongo que eso dice algo sobre cómo veo yo el asunto. —Bajó la vista hacia su cena y la apartó—. Limpiemos todo esto y después podremos salir fuera.

Recogieron los platos, los fregaron, salieron al porche y se sentaron juntos en un banco de madera que daba al suroeste. La noche era cálida y estaba llena de aromas de jazmín y pino, y desde algún lugar en la oscuridad sonaba un arroyo. Se sentaron sin hablar durante un rato, escuchando el murmullo del agua. Un búho pasó volando, y su oscura silueta se dibujó por un instante sobre la luz de la luna. Del pueblo, más abajo, les llegaba el sonido apagado de las risas.

—Parece que hubiese pasado mucho tiempo desde que estuvimos en Marca Gris —dijo ella en voz baja—. Mucho tiempo desde lo que ocurrió hace dos años.

Jair asintió, recordando.

—A menudo he pensado en ti y en tu abuelo. Me preguntaba cómo estaríais. Sin embargo, no sé por qué me preocupaba. Estabais bien antes que Brin y Rone os encontraran. Probablemente, habéis estado bien desde entonces. ¿Todavía tenéis el gato del páramo?

—¿Rumor? Sí. Nos mantiene a salvo de las cosas de las que no podemos protegernos nosotros mismos. —Hizo una pausa—. Pero puede que no estemos tan bien como crees, Jair. Las cosas cambian. El abuelo y yo nos hemos hecho mayores. Él me necesita más; yo le necesito menos. Rumor se marcha más a menudo y vuelve con menos frecuencia. El pueblo está creciendo a nuestro alrededor. No era tan salvaje como solía ser. Hay una aldea de elfos a menos de ocho kilómetros y las tribus de gnomos emigran de Wolfsktaag al Cuerno Negro Azabache, y viceversa, una y otra vez. —Se encogió de hombros—. Ya no es lo mismo.

—¿Qué harás cuando tu abuelo no esté?

Ella rió con suavidad.

—Eso podría no ocurrir nunca. Quizá viva para siempre. —Suspiró, haciendo un gesto vago con una mano esbelta—. A veces pienso en mudarme a Chimenea de Piedra, o a otro lugar. Admito que quiero ver algo del ancho mundo.

—¿Te irías quizás a las tierras fronterizas? —Jair miró a la muchacha—. ¿Te vendrías a vivir aquí? Puede que te guste.

Ella asintió.

—Es posible.

No dijo nada más, así que él volvió a mirar la oscuridad, pensando en todo aquello. Le gustaría tenerla allí. Le gustaba hablar con ella. Supuso que con el tiempo llegarían a ser buenos amigos.

—Necesito que regreses conmigo —dijo ella de repente, mirándole con una intensidad inesperada—. Yo también te lo pido. Tiene más que ver conmigo que con mi abuelo. Ya no puedo con él. Odio admitirlo porque me hace parecer débil, pero me pone los pelos de punta lo anciano y difícil que se está volviendo. No sé si ese asunto del Ildatch es cierto o no, pero no creo que pueda descubrir la verdad yo sola. Estoy siendo de lo más egoísta al venir aquí y pedirte que vengas a Chimenea de Piedra conmigo. El abuelo está empeñado en que es cierto. Solo el tenerte allí escuchándole puede suponer una gran diferencia.

Jair sacudió la cabeza, vacilante.

—Apenas le conozco. No sé qué diferencia puede suponer el que yo vaya.

Kimber titubeó, y luego exhaló el aire con brusquedad.

—Mi abuelo estuvo allí para ayudar a tu hermana cuando ella lo necesitó, Jair. Te estoy pidiendo que devuelvas el favor. Creo que te necesita, sea el peligro del Ildatch real o no. Lo que le está afectando es bastante real. Quiero que vengas conmigo y me ayudes a tranquilizar las cosas.

Jair pensó en ello largo rato, obligándose a hacerlo a pesar de que ya sabía lo que iba a decir. Estaba imaginando lo que haría Gareth Jax.

—Está bien, iré —dijo al fin.

Porque sabía que eso era lo que el Maestro de Armas hubiese hecho en su lugar.

Le dejó una carta al tabernero para sus padres que explicaba adónde iba, cogió algo de ropa y cerró la casa. Ya sabía que cuando volviera estaría metido en un problema, pero eso no era suficiente para evitar que se marchara. El tabernero le ensilló un caballo, una yegua fiable de nervios templados, siempre que no hiciese nada inesperado o estúpido. Jair no sabía mucho de caballos, pero comprendía la necesidad de tener uno en aquel asunto, ya que había mucha distancia por recorrer.

Les llevó una semana llegar a Chimenea de Piedra. Cabalgaron al norte fuera de Valle Umbroso y del bosque de Duln, rodearon el extremo occidental del lago del Arco Iris y atravesaron Callahorn siguiendo el río Mermidón hasta las llanuras del Rabb. Cruzaron el Rabb, guiados por el río hasta el alto Anar, y después pasaron por el claro entre las Montañas de Wolfskaag y los Picos Oscuros, metiéndose por el ojo de aguja que era el espacio entre ambos y manteniéndose alejados de los bordes. Mientras viajaban, Jair consideró lo diferentes que eran las circunstancias en ese momento a las de la última vez que había visitado las tierras del este. En aquella ocasión había sido perseguido y amenazado por más peligros de los que quería recordar. Había sido Gareth Jax quien salvara su vida una y otra vez. Ahora viajaba sin temor a los ataques, sin tener que mirar por encima del hombro, y Gareth Jax solo era un recuerdo.

—¿Crees que hemos vivido otras vidas antes de esta? —le preguntó Kimber en la última noche de trayecto antes de Chimenea de Piedra.

Estaban sentados enfrente de una hoguera, en un soto que flanqueaba el ramal sur del Rabb, dentro de los bosques de la Cuenca Tenebrosa. Los caballos pastaban satisfechos a poca distancia, y la luz de la luna inundaba el espacio herboso que se extendía ante ellos. Esa noche había una pizca de frío en el aire, preludio del otoño.

Jair sonrió.

—No lo creo en absoluto. Ya tengo bastantes problemas viviendo la que tengo sin preguntarme si hay otras.

—¿Y si habrá otras después de esta? —Ella se cepillaba su largo cabello, que mantenía bien atado en una coleta cuando cabalgaba, pero que soltaba en todo su esplendor por la noche—. Mi abuelo cree que sí. Supongo que yo también. Creo que todo está conectado. Las vidas, como los momentos en el tiempo, están todos vinculados entre sí, como un pez en un arroyo, nadando y nadando. El pasado avanza para convertirse en el futuro.

Él contemplaba la oscuridad.



—Yo creo que estamos conectados con el pasado, principalmente con los hechos y las personas que le dieron forma. Pienso que, en cierto modo, siempre estamos estirando el brazo hacia atrás, trayendo al presente lo que recordamos, unas veces por información y otras por consuelo. No recuerdo otras vidas, pero recuerdo el pasado de esta. La gente que estuvo en ella.

Kimber esperó un rato y después se movió para sentarse junto a Jair.

—Por la forma en que lo has dicho... ¿estás pensando en lo que ocurrió hace dos años en la Fuente del Paraíso?

Él se encogió de hombros.

—¿En el que llamabais el Maestro de Armas?

La miró.

—¿Cómo sabías eso?

—No hay mucho misterio, Jair. No hablaste de nadie más después. Solo él, el que te salvó en el Croagh, el que luchó contra el jachyra. ¿No te acuerdas?

—Supongo que sí —asintió él.

—Quizá tu conexión con él se remonte más atrás en el tiempo que solo esta vida. —Levantó una ceja—. ¿Habías pensado en eso? Quizá estuvierais unidos también en otra vida, y por eso te dejó tanta impresión.

Jair se rió.

—Creo que dejó tal impronta en mí porque era el mejor guerrero que jamás había visto. Era tan... —Se detuvo, en busca de la palabra correcta—. Indómito. —Su sonrisa se desvaneció—. Nadie podía hacerle frente, ni siquiera un jachyra. Ni tan siquiera lo que fuese demasiado para Allanon.

—Pero aun así, yo podría estar en lo cierto acerca de lo de las vidas pasadas —insistió. Puso la mano en el hombro de él y lo apretó—. Podías concederme eso, ¿no, joven del valle?

Podía, eso y mucho más. Quiso decírselo, pero no sabía cómo hacerlo sin sonar como un estúpido. Se sentía atraído por ella, lo cual le sorprendía. Al haber pensado en ella durante tanto tiempo como en una niña pequeña, estaba teniendo problemas para aceptar que ahora era mayor. La transición no le parecía posible. Confundía su pensamiento, el pasado en conflicto con el presente. ¿Qué pensaría ella de él, tan cambiado a su forma como ella a la suya? Se lo preguntó a sí mismo, pero no pudo obligarse a formular la pregunta en voz alta.

Alcanzaron Chimenea de Piedra a última hora de la tarde del día siguiente. Él nunca había estado antes, pero sí oído a Brin describir la roca con forma de chimenea tan a menudo que fue capaz de reconocerla al instante. La vio mientras cabalgaban entre los árboles: un oscuro pináculo que dominaba un valle arbolado y poco profundo. Su distintiva silueta accidentada era perfecta para el lugar, una tierra de oscuros rumores y extraños sucesos. Sin embargo, aquello fue en el pasado. Ahora las cosas eran diferentes. Habían llegado por carretera, donde hacía dos años no había ninguna. Habían pasado la recién construida aldea de los enanos, visto las casas y escuchado las voces de los niños. La región estaba creciendo y la naturaleza retrocediendo. Los cambios eran la única constante en un mundo siempre en evolución.

Alcanzaron la casa de campo poco después. Estaba construida de madera y tenía porches delante y detrás. Sobre sus paredes crecía la hiedra, y el terreno alrededor estaba plantado con flores y salpicado de pasarelas y arbustos. Tenía un aspecto muy cuidado; todo estaba plantado de forma ordenada y arreglada, una mezcla de colores y formas muy placentera al ojo. Tenía más pinta de residencia en la ciudad que de casa en el campo. Detrás de la casa, un establo albergaba una yegua y un potro. La sombra de los árboles ayudaba a ocultar los edificios de la vista; Jair no había visto los tejados ni por un momento mientras se acercaban cabalgando.

Miró a Kimber.

—¿Cuidas de todo esto tú sola?

—En su mayor parte.—Sonrió con ironía—. Me gusta cuidar el hogar. Siempre lo he hecho, desde que fui lo bastante mayor para ayudar.

Entraron en el patio y desmontaron, y al instante apareció Cogleine en la puerta principal. Era anciano, y delgado como un palillo bajo sus ropas anchas. Sus cabellos blancos salían en todas direcciones, como si se acabara de levantar. Se tiraba de la barba mientras se acercaba a ellos, peinando los ásperos pelos con los dedos. Su mirada era afilada e inquisitiva, y examinaba a Jair como si no estuviese seguro de qué esperar de él.

—¡Bueno! —Se aproximó con esa sencilla palabra y se plantó tan cerca que el joven del valle se vio forzado a dar un paso atrás. Escrutó fijamente los ojos azules de Jair y tomó cuidadosa nota de sus rasgos élficos—. ¿Este es él?

—Sí, abuelo.—Kimber parecía avergonzada.

—¿Estás segura? ¿Sin posibilidad de error?

—Sí, abuelo.

—Porque ya sabes, podría ser algún otro. ¡Podría ser cualquiera! —Cogleine frunció su ceño siempre arrugado—. ¿Eres el joven Ohmsford? ¿El muchacho, Jair? Jair asintió.

—Lo soy. ¿No me recuerda? Nos conocimos hace dos años, en las ruinas de Marca Gris.

El viejo hombre se lo quedó mirando como si no hubiese oído la pregunta. Jair sintió que su dura mirada le estaba sondeando de una forma poco agradable.

—¿Es esto necesario? —dijo al fin—. ¿No podemos entrar y sentarnos?

—¡Cuando yo lo diga! —replicó el otro—. ¡Cuando yo diga que he terminado! ¡No interrumpas mi estudio!

—¡Abuelo! —exclamó Kimber.

El anciano la ignoró.

—Déjame ver tus manos —dijo.

Jair extendió las manos con las palmas hacia arriba. Cogleine las estudió con atención por un momento, gruñó como si hubiese encontrado lo que estaba buscando, y dijo:

—Entrad, os prepararé algo de comer.

Entraron en la casa y se sentaron a una mesa de tosca madera, pero fue Kimber quien acabó por preparar un guiso para todos. Mientras lo hacía, diri-

giendo regañinas a su abuelo cuando lo juzgaba necesario, Cogline divagó por el pasado y la parte de Jair en él, una desconcertante mezcla de información y observaciones.

—Te recuerdo —dijo—. ¡Solo un crío, saliendo de las ruinas de Marca Gris con tu hermana, ambos cubiertos de polvo y oliendo a muerte! ¡Ja! ¡Yo sé algo sobre ese olor, ya te digo! Combatí muchos monstruos salidos del inframundo mucho antes de que hubieses nacido, antes de que cualquiera que viva ahora hubiera nacido, y de que lo hubieran hecho muchos que ya están muertos. Puede que haya perdido el orden, pero no las habilidades. Ni una sola. Nunca me escuchan, ninguno de ellos, pero eso no hace que me rinda. Lo nuevo es un reflejo de lo viejo. No se puede desconectar ciencia y magia. Son partes de un todo, y las lecciones de una son las lecciones de la otra. Allanon lo sabía. Lo bastante para conseguir que lo mataran.

Jair no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero se animó al escuchar el nombre del druida.

—¿Conoció a Allanon?

—No cuando estaba vivo. Sin embargo, lo conozco ahora que está muerto. Tu hermana fue un don para él. Ella fue la respuesta a lo que necesitaba cuando vio que se acercaba el final. Así es para algunos, el don. Quizá también para ti, algún día.

—¿Qué don?

—Ya sabes, una vez fui un chaval. Y también un druida.

Jair se lo quedó mirando sin saber si aceptar aquello o no. Era difícil pensar en el anciano como un muchacho, pero pensar en él como un druida era más duro aún. Si el anciano fuese un druida de verdad, y no es que Jair pensara ni por un momento que lo fuese, ¿qué estaba haciendo allí, en mitad del monte, viviendo con Kimber?

—Pensé que Allanon fue el último de los druidas —dijo.

El viejo soltó un bufido.

—Tú pensaste muchas cosas que no fueron así. —Echó atrás su plato de carne, sin haberlo tocado apenas—. ¿Quieres saber qué estás haciendo aquí?

Jair se detuvo a medio bocado. Kimber, sentada frente a él, parpadeó una vez y dijo:

—Quizá deberías esperar a que haya terminado de cenar, abuelo.

El anciano volvió a ignorarla.

—Tu hermana creyó que el Ildatch quedó destruido —dijo—. Se equivocó. No fue culpa suya, pero se equivocó. Lo redujo a cenizas, lo convirtió en una ruina chamuscada y ese debería haber sido el final de todo, pero no. ¿Quieres que nos sentemos afuera mientras tenemos esta charla? El aire fresco y el cielo nocturno suelen facilitar la tarea de pensar las cosas.

Salieron al porche delantero, donde el cielo del oeste se volvía de un color mezcla de púrpura y rosa sobre las cimas de los árboles, y el cielo del este ya presentaba una luna parcial y un sembrado de estrellas. El viejo tomó posesión de la única mecedora, y Jair y Kimber se sentaron juntos sobre un banco de madera de respaldo alto. Al joven del valle se le ocurrió que necesitaba cepillar y

alimentar a su caballo, tarea que ahora ya habría terminado si lo hubiese pensado como es debido.

El anciano se mecía en silencio durante un rato, y luego hizo un gesto brusco hacia Jair.

—El mes pasado, durante un noche de luna llena y con el cielo plagado de estrellas, una noche hermosa, me desperté y caminé hasta el pequeño estanque que se encuentra al sur. No sé por qué, tan solo lo hice. Algo me impulsó a ello. Me tumbé en la hierba y dormí, y mientras tanto tuve un sueño. Solo que era más una visión que un sueño. Antes solía tener visiones a menudo. Entonces estaba más cerca de las sombras de la muerte, y debían venir a mí porque era receptivo a sus necesidades. Mas eso fue hace mucho tiempo, y creí que tales cosas se habían terminado. —Pareció reflexionar sobre la idea por un segundo, perdido en sus pensamientos—. Cuando aquello, era un druida.

—Abuelo —le instó Kimber con suavidad.

El anciano volvió a mirar a Jair.

—En mi sueño, la sombra de Allanon venía a mí desde el inframundo. Me hablaba. Me decía que el Ildatch no estaba destruido, que una parte de él sobrevivía. Solo una página, marchita en sus bordes, suelta y llevada por la corriente bajo las piedras del torreón, en la feroz destrucción del resto. Puede que el libro hallara la forma de salvar esa página en su agonía. No lo sé. La sombra no me lo dijo. Solo que había sobrevivido a los esfuerzos de tu hermana y que había sido hallada entre los escombros por mwellrets que buscaban artefactos que les otorgaran el poder que había pertenecido al espectro. Aquellos rets supieron lo que tenían porque la página se lo dijo, ¡con un susurro que prometía grandes cosas! Tenía vida, a pesar de ser un fragmento. ¡Tan poderosa era su magia!

Jair miró a Kimber, quien parpadeó insegura. Estaba claro que aquella noticia también era nueva para ella.

—Una página —le dijo al anciano— no es suficiente para ser peligrosa, ¿no? A menos que contenga un hechizo que los Mwellrets puedan usar.

Cogline se pasó la mano por la madeja áspera de sus cabellos canos.

—¿Que no es suficiente? Sí, ese fue mi pensamiento también. Una página, entre tantas. ¿Qué daño podía haber? Descarté la visión al despertar, convencido de que no era más que una intrusión maligna en una vida pacífica, un miedo sin pies ni cabeza causado por la fragilidad de un anciano. Pero la visión volvió una segunda vez, en esta ocasión cuando dormía en mi propia cama. Fue más intenso que antes, más insistente. La sombra me reprendió por mi indecisión, por mis fallos del pasado y del presente. Me dijo que te buscara y te trajera aquí. No me ha dejado en paz ni una noche desde entonces.

Ahora parecía afligido de veras, como si el recuerdo de la visita de la sombra fuese algún tipo de embrujo con el que jamás habría deseado toparse. Jair comprendió al fin por qué Kimber le daba tanta importancia a llevarlo allí. Cogline era un hombre mayor que se tambaleaba al borde del colapso emocional. Puede que estuviera alucinando o que hubiese contactado con las sombras de un muerto, fuese o no Allanon, pero de todas formas aquello le había afectado sobremedida.

—Ahora que estoy aquí, ¿qué se supone que he de hacer? —preguntó.  
El anciano le miró. Una profunda tristeza se reflejaba en sus viejos ojos.  
—No lo sé —dijo—. No me lo han dicho.  
Apartó la vista hacia la oscuridad y no volvió a hablar.

—Siento todo esto —declaró Kimber más tarde. En su voz había una pronunciada debilidad—. No creí que fuese a ser tan impreciso una vez que tuviera oportunidad de hablar contigo. Debería haberlo sabido. No tenía que haberte traído.

Volvían a sentarse juntos en el banco, bebiendo unas tazas de cerveza fría y escuchando la noche. Habían llevado a su habitación al anciano hacía un rato, le habían metido en la cama y sentado con él hasta que había comenzado a roncar. Kimber había hecho lo posible por acelerar el proceso con una taza de té medicinal.

Jair sonrió.

—No te disculpes. Estoy encantado de que me trajeras. No sé si podré ser de ayuda, pero creo que has obrado bien al no querer manejar este asunto sola. Podría haberse puesto cada vez peor si hubieses intentado disuadirlo.

—¡Pero todo es un montón de tonterías! No había estado fuera de la cama en meses. Ni había dormido junto al estanque nunca. Cualquiera sueño que esté teniendo es el resultado de su negativa a comer bien. —Dejó escapar un brusco suspiro de frustración—. ¡Todo ese asunto sobre la supervivencia del Ildatch en un fragmento de página! Cuando era pequeña solía creerme todo lo que decía, y sigo pensando que es el hombre más sabio del mundo, pero ahora creo que está perdiendo el juicio.

Jair bebió de su cerveza.

—No sé. Parece muy convencido.

Ella le miró.

—No le crearás, ¿verdad?

—No del todo. Pero puede que haya descubierto algo a lo que merece la pena prestar atención. Los sueños tienen un modo de revelar cosas que no comprendemos directamente. Lleva tiempo descifrarlos. Pero una vez que pensemos en ello...

—¿Por qué iba la sombra de Allanon a aparecerse ante mi abuelo en un sueño y pedirle que te trajera aquí, en lugar de aparecésete a ti? —le interrumpió ella con vehemencia—. ¿Qué sentido tiene hacerlo a través del abuelo? ¡No está de los primeros de la lista de personas a las que la gente quiere escuchar!

—Debe haber un motivo, si de verdad ha tenido una visión de una sombra. Estará involucrado de alguna forma importante.

Miró a Kimber en busca de confirmación, pero ella se había girado, y tenía la boca comprimida en una línea apretada y desaprobadora.

—¿Vas a ayudarlo, Jair? ¿Vas a tratar de hacerle ver que se está imaginando cosas, o vas a alimentar su comportamiento destructivo con ánimos sin sentido?

Jair se ruborizó ante la reprimenda, pero mantuvo la calma. Kimber quería que él ayudara a su abuelo a encontrar una salida de las arenas movedizas de su

delirio, y en lugar de hacer eso, se estaba ofreciendo a saltar a ellas. Pero no podía descartar las palabras del viejo tan fácilmente como ella. Él no tenía la carga de los años y las experiencias compartidas. No veía a Cogline de la misma forma que ella, ni era tan rápido a la hora de restar crédito a las visiones, los sueños y las sombras. Él mismo se había encontrado unas cuantas, sin mencionar la visita del Rey del Río Plateado, dos años antes, bajo circunstancias similares. Si no fuese por aquella visita, hecho que podría haber descartado si fuese de mente menos abierta, habría perdido a Brin y el mundo entero habría cambiado. Era algo difícil de olvidar. No querer creer no siempre es la mejor manera de aproximarse a las cosas que no se comprenden.

—Kimber —dijo en voz baja—, aún no sé lo que voy a hacer. No sé lo suficiente para tomar una decisión. Pero si descarto las palabras de tu abuelo de antemano, puede ser peor que si intento discernir lo que se esconde detrás de ellas.

Esperó, mientras ella contemplaba la lejanía con los ojos aún furiosos y la boca rígida. Finalmente, se dio la vuelta hacia él, asintiendo despacio.

—Lo siento. No quería atacarte. Fuiste lo bastante generoso para venir cuando te lo pedí, y estoy dejando que mi frustración interfiera en mi juicio. Sé que quieres ayudar.

—Así es —le aseguró él—. Dejemos que duerma esta noche, y veamos si vuelve a tener esa visión. Podemos hablar del tema cuando se haya despertado y esté despejado. Deberíamos ser capaces de descubrir la fuente de todo esto.

Ella sacudió la cabeza con rapidez.

—Pero, ¿y si es real, Jair? ¿Y si es verdad? ¿Y si te he traído aquí por razones egoístas y te he puesto en verdadero peligro? No quisiera que eso pasase, pero, ¿y si es así?

Volvía a parecer una niña, esquelética y perdida. Jair sonrió y levantó una ceja.

—Hace un momento, me decías que no había posibilidad de que fuese real. ¿Abandonas ese pensamiento solo porque yo he dicho que no deberíamos descartarlo de antemano? Tampoco he dicho que me lo crea. Solo que debe haber algo de verdad en ello.

—Yo no quiero que haya ninguna. Quiero que sea la pura imaginación de mi abuelo y nada más. —Lo miró con los ojos fijos—. Quiero que todo este asunto desaparezca, que se vaya muy lejos y no vuelva. Ya hemos tenido suficiente de espectros y libros de magia negra.

Jair asintió despacio, estiró la mano y tocó ligeramente la mejilla de ella, sorprendiéndose a sí mismo con su descaro. Cuando ella cerró los ojos, sintió que el rostro se le encendía, y retiró la mano deprisa. De repente, se sentía mareado.

—Esperemos a ver, Kimber —dijo—. Quizá el sueño no vuelva.

Ella abrió los ojos.

—Quizá —susurró.

Se volvió hacia la oscuridad, tomó un largo y frío trago de su cerveza y esperó a que se le aclarara la cabeza.

Aquella noche, Cogle no tuvo ningún sueño. En su lugar, lo tuvo Jair Omhsford.

No se lo esperaba cuando se arrastró hasta su cama, agotado por el largo viaje y un tanto mareado por las tazas de cerveza. Los caballos ya estaban cepillados y alimentados, y sus posesiones metidas en el armario. Las luces de la casa estaban apagadas. No sabía cuánto había dormido antes de que llegara, solo que ocurrió de repente, y que cuando lo hizo fue como si estuviese completamente despierto y despejado.

Estaba de pie al borde de una gran masa de agua que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. La superficie era gris y tranquila, y reflejaba un cielo igual de incoloro y calmado, así que no había distinción entre una y otro. La sombra ya estaba allí, flotando sobre la superficie, un enorme espectro oscuro que le hacía parecer enano y que tapaba con su presencia un buen trecho de horizonte. Una capucha ocultaba sus rasgos, y lo único visible eran unos puntitos de luz roja como ojos, que ardían en una cavidad negra.

*¿Me conoces?*

Por supuesto que sí. Lo supo al instante, sin tener que pensar en ello, sin más que aquellas dos palabras con las que trabajar.

—Eres Allanon.

*Eso en vida. En muerte, soy su sombra. ¿Recuerdas cómo era yo?*

Jair volvió a recordar al druida, esperando a Brin, a Rone Leah y a él mismo cuando regresaban a casa tarde, de noche. Una silueta oscura, imponente, demasiado grande para su casa. Oyó al druida hablarles del Ildatch y del espectro. Los marcados rasgos y la determinación en su voz le hipnotizaban. Nunca había conocido a nadie tan dominante como Allanon. Excepto Garet Jax, quizá.

—Te recuerdo —contestó.

*Observa.*

Apareció una imagen en el aire frente a sí, sombría y borrosa. Revelaba las ruinas de una enorme fortaleza, montones de escombros sobre un fondo de bosques y montañas. Marca Gris destruida. Entre los restos se movían siluetas tenebrosas, rebuscando entre las piedras quebradas. Unas cuantas que llevaban antorchas se adentraron más, bajando por unos túneles que amenazaban con desplomarse. Vestían capas con capucha, pero el parpadeo de la luz sobre sus manos y rostros revelaba escamas de reptil. Mwellrets. Se abrían paso dentro de las ruinas, hacia las catacumbas recientemente construidas que conducían a lugares donde solo podían encontrarse la oscuridad y la muerte. Procedían con lentitud, tomándose su tiempo, deteniéndose a menudo para buscar en cada rincón, en cada rendija que la tierra podría utilizar como escondite.

Entonces, uno de los mwellrets empezó a cavar de manera casi frenética, apartando piedras y vigas, siseando como una serpiente. Trabajó durante unos minutos, en solitario, mientras los demás se iban por otros sitios. El polvo y la sangre cubrieron pronto su piel escamosa, y su respiración se convirtió en un jadeo rayano en la extenuación.

Pero al final encontró lo que estaba buscando. De los escombros sacó la chamuscada página arrancada de un libro, una página con una escritura sobre ella que latía como las venas debajo de la piel...

*Observa.*

Apareció una segunda imagen, esta vez en otra fortaleza que no reconoció al principio, aunque le sonaba familiar. Era tan sombría y siniestra como había sido Marca Gris, tan llena de tinieblas y lobreguez, igual de tosca e imponente. La imagen se detuvo solo un momento en las murallas exteriores, para después mostrar su interior, una vez pasadas las puertas y las almenas hacia zonas inferiores. En una estancia poco iluminada por unas antorchas que humeaban por el aire húmedo y marchito, un grupo de mwellrets se agolpaban sobre la solitaria página recuperada en las ruinas de Marca Gris.

Estaban celebrando un rito arcano. Jair no podía estar seguro, pero tenía la sensación de que no eran del todo conscientes de lo que les estaba ocurriendo. Se movían a la vez, como las ruedecillas de una máquina, cada uno en sincronía con el resto. Mantenían gachas sus cabezas y los ojos fijos, y un sonido hipnótico de sus voces y sus gestos sugerían que respondían a algo que no podía ver. Entre la penumbra y el humo, le recordaban a las arañas gnomo de la cresta del Toffer, sacrificándose a sí mismas a los hombres bestia, ofreciendo las vidas de unos pocos en la errónea creencia de que redundaría en beneficio para la mayoría.

Como uno solo, movían sus palmas sobre la superficie del papel, apropiándose de la sensación de la escritura venosa y murmurando cánticos furtivos y pequeñas oraciones. Bajo los dedos de reptil, la página refulgía y las líneas de escritura latían. Respondían a sus esfuerzos. Jair pudo notar el salvaje tironeo de la atracción.

Lo que quedaba del Ildatch se alimentaba, en busca de un camino de regreso al borde de la extinción, necesitado de la nutrición que haría posible el resurgir y el uso de los hechizos que había perdido.

La imagen se desvaneció. Volvía a estar solo con la sombra de Allanon, dos solitarias figuras cara a cara sobre un paisaje vacío. Las tinieblas habían crecido, así como la oscuridad del cielo. El lago ya no reflejaba luz de ninguna clase.

Al finalizar las visiones, se había dado cuenta de por qué la segunda fortaleza le había sido tan familiar. Se trataba de Dun Fee Aran, las prisiones de los gnomos donde le había llevado el mwellret Stythys para obligarle a entregar su magia y finalmente su vida. Recordó su desesperación al ser arrojado a la celda que le fue asignada, en lo más profundo de los intestinos de la fortaleza, solo en la oscuridad y el silencio. Recordó su miedo.

—No puedo volver allí—murmuró, anticipando lo que la sombra iba a pedirle.

Pero la sombra no le pidió nada. En vez de eso, le hizo un gesto por tercera y última vez, y el aire enfrente del joven del valle empezó a temblar.

*Observa.*

—¡Lo sabía! —exclamó Cogleine con regocijo—. ¡Sigue vivo! ¿No os lo había dicho? ¿No es eso lo que había dicho? Pensabas que era un viejo loco, nieta mía, ¿mas cuán loco parezco ahora? ¿Alucinaciones? ¿Imaginaciones? ¡Ja! ¿Vais a seguir tratándome como a una flor delicada? ¿A consentirme, a mimarme?



Empezó a bailar por la habitación y a reír como un demente. Jair supuso que en realidad estaba tan cerca de eso como se puede estar mientras se conserva un mínimo de cordura. El joven del valle le observó con paciencia, tratando de no mirar a Kimber, quien estaba tan enfadada y disgustada que él podía sentir el calor que irradiaba su mirada. Era por la mañana, y estaban sentados uno enfrente del otro separados por la vieja mesa de madera, bañada por los brillantes rayos de sol que se colaban a través de las ventanas abiertas y rompían la oscuridad del momento.

—Todavía no nos has dicho lo que espera de ti la sombra —dijo Kimber con voz tranquila, aunque era inconfundible el filo de sus palabras.

—Lo que tú ya habías supuesto —respondió, encontrándose con su mirada, muy a su pesar—. Lo que yo sabía antes incluso de que la tercera imagen me lo mostrara. Tengo que ir a Dun Fee Aran y detener lo que está ocurriendo.

Cogline dejó de bailar.

—Bueno, puedes hacerlo, espero —dijo, haciendo a un lado las implicaciones con un encogimiento de hombros—. Ya lo hiciste una vez, ¿no?

—No, abuelo, no fue así —le corrigió Kimber con impaciencia—. Fue su hermana, y no entiendo por qué no es enviada ella, si la idea es acabar el trabajo que ella empezó hace años. Es por su culpa que el Ildatch sigue vivo.

Jair meneó la cabeza.

—No es culpa de nadie. Tan solo sucedió. En cualquier caso, Brin está casada y embarazada, y ya no utiliza la magia.

Ni volverá a usarla, pensó. A Brin le había llevado mucho tiempo reponerse de lo sucedido en el Maelmord. Él había visto lo que costaba. Ella le había advertido que la magia era peligrosa, que no podías confiar en ella, que puede volverse contra ti incluso cuando piensas que es tu amiga. Recordó la mirada de angustia en sus ojos.

Se echó hacia delante, entrelazando sus manos ante sí.

—La sombra de Allanon dejó claro que ella no puede ser expuesta al Ildatch una segunda vez, ni siquiera a un fragmento de página. Es demasiado vulnerable a su magia, demasiado susceptible a lo que puede hacer con humanos, incluso tratándose de uno tan poderoso como ella. Tiene que ir otra persona, alguien que no haya estado expuesto al poder del libro con anterioridad.

Kimber estiró los brazos de manera impulsiva y cogió las manos de él.

—¿Pero por qué tú, Jair? Pueden hacerlo otros.

—Quizá no. Dun Fee Aran es un baluarte mwellret, y la página está escondida en algún lugar bien adentro. Solo llegar allí presenta problemas que mantendrían alejada a la mayoría. Pero yo poseo la magia del cantar, y puedo usarla para disfrazarme. Puede hacer como si no estuviera allí. De esa forma, ganaría el tiempo suficiente para encontrar la página sin ser descubierto.

—¡El muchacho tiene razón! —exclamó Cogline, animado por la idea—. ¡Es la elección perfecta!

—¡Abuelo! —le cortó ella.

El anciano se volvió, recorriendo con sus dedos arrugados su desordenada barba.

—¡Deja de gritarme!

—¡Entonces deja de soltar conclusiones estúpidas! Jair no es la elección perfecta. Puede que sea capaz de pasar delante de los rets y entrar en la fortaleza, pero luego tiene que destruir la página y volver a salir. ¿Cómo va a hacerlo, cuando toda su magia consiste en crear ilusiones? ¡Humo y espejos! ¿Cómo se defendería de un ataque real, cosa que casi seguro sucederá en algún momento?

—¡Nosotros iremos con él! —declaró el anciano—. ¡Seremos sus protectores! Nos llevaremos a Rumor... en cuanto vuelva de dondequiera que esté. ¡Maldito gato!

Kimber se pasó una mano por los ojos como si intentara ver las cosas con más claridad.

—Jair, ¿comprendes lo que estoy diciendo? ¡Esto es inútil!

El joven del valle no contestó de inmediato. Estaba recordando la tercera visión que le enseñara la sombra de Allanon, de la cual no había hablado aún. Un batiburrillo de imágenes inciertas emborronadas por sombras erráticas que le asustaban y confundían. Sin embargo, le habían imbuido también de una certeza por el éxito, una seguridad tan fuerte e inconfundible que no podía ignorar.

—La sombra dijo que encontraría el camino —contestó. Vaciló un poco—. Solo si creía en mí mismo.

Ella se lo quedó mirando.

—¿Solo si creías en ti mismo?

—Lo sé. Suena estúpido. Y Dun Fee Aran me aterroriza, lo ha hecho desde que estuve allí hace dos años, prisionero del mwellret Stythys, mientras buscaba a Brin. Pensé que iba a morir en aquellas celdas. O que algo peor sucedería antes. Jamás había tenido tanto miedo de nada. Juré, una vez que salí de allí, que nunca volvería por ningún motivo. —Inspiró hondo y exhaló el aire despacio—. Pero creo que tendré que volver de todos modos, en parte porque es necesario si hay que detener al Ildatch, pero también porque Allanon me hizo sentir que ya no tenía por qué sentir miedo. Me otorgó una sensación de confianza de que no volvería a ser como la última vez, de que en esta ocasión sería diferente porque ahora soy mayor y más fuerte... más capaz de afrontar lo que me está esperando.

—Decirte todo eso podría ser una forma de conseguir que hagas lo que quiere —apuntó Kimber—. Puede ser un truco de druida, un engaño del tipo por el que son famosas las sombras.

Él asintió.

—Quizá. Pero no lo siento así. No me parece falso. Creo que es verdad.

—Claro que lo crees —dijo ella en voz baja. Parecía abatida—. Te traje aquí para que ayudaras a que mi abuelo encontrara paz de espíritu con sus sueños, no para que arriesgaras la vida por él. Todo lo que te dije que temía que podía ocurrir está sucediendo. Y lo odio.

Ella le apretaba las manos con tanta fuerza que le estaba haciendo daño.

—Si no fuese, Kimber —dijo—, ¿quién acataría los sueños de tu abuelo? No es algo que hayamos planeado ninguno de nosotros, pero no podemos ignorar lo que es necesario. He de ir. Tengo que ir.

Kimber asintió despacio, retirando las manos de las suyas.

—Lo sé. —Miró a Cogline, quien estaba muy quieto ahora, con aspecto afligido, como si de pronto fuese consciente de lo que había causado. Sonrió a su abuelo—. Lo sé, abuelo.

El anciano hizo un gesto afirmativo, pero su alegría se había esfumado.

Quedaron en partir al día siguiente. Era un viaje de cierta distancia, aunque fuesen a lomos de caballos. Les llevaría gran parte de una semana atravesar las montañas del Cuerno Negro Azabache y circunvalar los bordes del Páramo Viejo hacia donde miraba Dun Fee Aran sobre el Río Plateado, a la sombra del Alto Bens. Era un escenario accidentado, selva en su mayor parte, más allá de los asentamientos de enanos y los campamentos de los gnomos. Junglas y pantanos, algunos de ellos demasiado peligrosos para intentar atravesarlos. Una ruta de aproximación directa estaba descartada. Como mucho, serían capaces de encontrar una senda a lo largo del borde oriental del Cuerno Negro Azabache. Tendrían que llevar sus propias provisiones y agua, y estar preparados para lo peor.

A Jair no le agradaba la idea de que Kimber y Cogline le acompañasen, pero tampoco había nada que pudiera hacer. Iba a volver a la región que tan poco conocida le fue hacía dos años y con la que seguía sin estar familiarizado. No sería capaz de encontrar el camino sin ayuda, y la única que tenía a mano era la de la chica y su abuelo, quienes conocían el Anar mucho mejor que cualquiera. Lo mejor hubiese sido dejarles atrás, a salvo, pero dudaba que se lo hubieran permitido aunque no hubiese tenido necesidad de su presencia. Por razones muy evidentes, pensaban pasar por todo aquello con él.

Pasaron el resto del día reuniendo suministros, proceso tedioso y emocionalmente agotador, como si el acto de preparación fuese equivalente a escalar un acantilado antes de saltar por él. No hubo mucho intercambio de conversación, y la mayor parte de lo hablado concernía a la propia tarea. Lo mejor que se podía decir era que el esfuerzo ayudaba a pasar el tiempo.

Más a menudo de lo que quería admitir, Jair se preguntaba cuánto estaba tentando a su suerte volviendo al lugar de donde había conseguido escapar una vez con tanta fortuna. Se podría argumentar que esta vez, al igual que la última, se dirigía allí porque no tenía elección, pero de hecho sí la tenía. Podía ignorar los sueños y sus implicaciones. Darle la razón a Kimber y admitir que estaba siendo manipulado por razones que era incapaz de apreciar. Incluso se podría sostener que los esfuerzos por revivir el Ildatch estaban condenados al fracaso, ya que su destrucción por parte de la magia de su hermana fue tan completa que los intentos por recrear el libro a partir de una sola página serían fútiles. Podía dejar todo lo que estaba haciendo con solo decir que se iba a su casa a ayudar a sus padres y a su hermana. En cualquier caso, sería más inteligente involucrarlos, ¿no?

Pero no haría eso. Lo supo mientras se decía a sí mismo que podría. Era lo bastante mayor para no pedir ayuda a menos que la necesitara de verdad. Descartó la idea de buscar asistencia en su familia. Era casi como si esperaran eso de él, el más joven, el menos experto, al que todos tenían que haber ayudado tantas

veces. Sería como admitir su fallo, y no podría soportarlo. Aquello era algo que tenía que hacer él, después de todo. Había entrado en aquella región una vez, y peligrosa o no, podría hacerlo de nuevo.

Su humor no mejoró con la llegada de la noche y la constatación de que no había más que hacer sino esperar a la mañana. Comieron la cena que Kimber preparó. El anciano rellenaba los silencios con pensamientos acerca de los viejos días y el nuevo mundo, del pasado druida y de un futuro sin ellos. Habría un tiempo en que volverían, insistía. Los druidas volverían a ser necesarios, y todos dependerían otra vez de ellos. Jair mantuvo la boca cerrada. No quería decir lo que estaba pensando acerca de los druidas y la necesidad de ellos.

Aquella noche volvió a soñar, pero no con la sombra de Allanon. En su sueño, ya estaba en el interior de la fortaleza de Dun Fee Aran, abriéndose paso por corredores empapados de humedad y tinieblas, perdido sin remedio y a la búsqueda de una salida. Una voz sibilante cuya fuente no podía adivinar le susurraba al oído: *No podrás dejar estar esto...* Una criaturas horribles le perseguían, pero no podía ver más que sus sombras. Cuanto más vagaba, peor eran sus presentimientos, hasta que al final caminar fue todo lo que podía hacer para no gritar.

Cuando una sala se abrió ante él, su interior negro como la tinta, se detuvo en el umbral, temeroso de ir más allá, a sabiendas de que si lo hacía, algo terrible sucedería. Pero no pudo evitarlo porque las sombras llegaban por detrás, asediándolo, y pronto se lo tragarían por completo. Así que entró en la habitación, un paso, dos, tres, tanteando el camino con una cautela que rogaba pudiera salvarle, y que sin embargo temía que no lo haría.

Entonces una mano se extendió en su dirección, delgada y marrón, y supo que era Kimber. Extendió la suya a su vez, tan agradecido que quiso llorar, cuando algo le empujó por detrás y se tambaleó hasta un foso. Empezó a caer, incapaz de salvarse. La mano que se había extendido hacia él había desaparecido, al igual que sus esfuerzos por escapar. Siguió precipitándose, esperando el impacto que quebraría sus huesos y le dejaría sin vida. Sabía que se acercaba más, y más...

De pronto, una segunda mano apareció para cogerle con un agarrón increíblemente poderoso, y la caída se detuvo...

Se despertó con una convulsión, jadeando en busca de aliento y aferrado a la sábana que había sacado de su sitio con sus pataleos. Le llevó un rato salir del sueño por completo, recuperar el control de sus emociones y dejar de temer que podría comenzar a caer otra vez. Sacó las piernas por el borde de la cama y se sentó con la cabeza entre las rodillas, tomando largas bocanadas de aire. El sueño le había hecho sentirse asustado y solitario.

Por fin, levantó la vista. Afuera, los primeros brillos del amanecer se hacían visibles entre los árboles. Un pánico súbito le inundó.

*¿Qué estaba haciendo?*

En ese instante supo que no estaba preparado para la tarea que se había impuesto a sí mismo. No era lo bastante fuerte ni valiente. No poseía la habilidad ni la experiencia necesarias. Ni siquiera había vivido dos décadas. Podría ser considerado un hombre en algunos lugares, pero en el que contaba, en su corazón,

seguía siendo un chaval. Si fuese listo, saldría por la puerta en ese momento y cabalgaría de vuelta al hogar. Abandonaría aquel asunto y salvaría su vida.

Consideró la posibilidad durante largo rato, sabiendo que debería actuar por instinto, y también que no podía.

Afuera, el cielo siguió iluminándose. Finalmente, se incorporó y empezó a vestirse.

Partieron a media mañana, dirigiendo sus monturas hacia el norte lejos de Chimenea de Piedra, hacia los pasos de la cresta del Toffer que les llevarían a través del Cuerno Negro Azabache hasta las tierras del este. Un Cogline voluble abrió la marcha. Este había confeccionado una ruta que les permitiría viajar a caballo todo el camino hasta Dun Fee Aran si el clima y las circunstancias no lo impedían, hecho que insistía en repetir en cada oportunidad que tenía. Había que admitir que el anciano conocía la región mejor que nadie, excepto las tribus nómadas de gnomos y unos cuantos rastreadores locales. Lo que a Jair le preocupaba era lo bien que se acordaría de lo que recordaba cuando hiciese falta, pero no había nada que hacer respecto a la impredecibilidad de Cogline, aparte de esperar lo mejor. Por el momento, el viejo parecía estar bien, incluso deseoso de ocuparse de las cosas, lo cual era más de lo que Jair había supuesto.

También se sentía decepcionado porque Rumor no hubiese aparecido antes de su marcha, ya que el gato de los pantanos hubiese sido un complemento bienvenido en la compañía. Pocas criaturas vivas, humanas o bestias, osarían enfrentarse a un gato de los pantanos adulto. Pero ya no había solución: tendrían que arreglárselas sin él.

El clima se mantuvo agradable durante los primeros tres días, en los que el viaje transcurrió sin eventos. Cabalgaron al norte hasta los pasos de la cresta del Toffer, manteniéndose alejados del Páramo Viejo, donde vivían los hombres bestia. Viajaban de día para no confundir el camino. Acampaban cada noche en un lugar elegido con cuidado por Cogline y aprobado por Kimber, un sitio donde pudieran estar vigilantes y razonablemente seguros. Kimber preparaba cada noche comida para todos y acostaba a su abuelo. El anciano siempre se dormía sin protestar y caía dormido al instante.

—Es el té —le confió a Jair—. Pongo en él un poco de su medicina para tranquilizarlo, la misma medicina que utilicé en Chimenea de Piedra. A veces es la única manera de que duerma.

Se encontraron con pocos viajeros, y el viaje cayó en una monotonía que deformaba su naturaleza. A veces, Jair sentía como si no estuviesen haciendo nada más que una excursión, la exploración de una región desconocida, sin otro propósito que echar un vistazo. En tales ocasiones, era difícil pensar en lo que les esperaba al final. Dicho final parecía tan lejano y ajeno al presente como si perteneciera a otra experiencia distinta.

Pero estos momentos de complacencia nunca duraban, y cuando se disipaban se convertían en una lúgubre reflexión acerca de lo que haría falta al llegar a Dun

Fee Aran. Las conclusiones siempre eran las mismas. Entrar sería bastante fácil. Sabía cómo emplear su magia para ocultarse. A diferencia de Brin, él nunca había dejado de usarla y practicaba constantemente, probando sus límites. Mientras se acordara de no sobrepasar dichos límites, todo iría bien.

Lo que le preocupaba era ser sorprendido y descubierto una vez que estuviese dentro. No tenía intención de que eso ocurriera, pero si así era, ¿qué iba a hacer? Era mayor y más fuerte que hace dos años, y había estudiado el uso de las armas y de la autodefensa desde su regreso al valle, pero no era un luchador avezado, y se encontraría en el corazón de una fortaleza enemiga. El que sus únicos aliados fuesen una mujer joven y un anciano medio loco no era nada tranquilizador. Kimber llevaba aquellos cuchillos para lanzar con los que era tan letal, y el viejo su bolsa de extraños polvos y productos químicos, algunos de los cuales podían derrumbar muros enteros, pero Jair no se sentía inclinado a confiar en ninguno de los dos. Cuando no estaba pensando en dar la vuelta y regresar a casa (lo cual hacía al menos una vez al día), pensaba en cómo persuadir a Kimber y a su abuelo de que no entraran con él en Dun Fee Aran. Fuese cual fuese su destino, no quería que ellos sufrieran ningún daño. Él era el único al que había convocado y enviado la sombra de Allanon. La tarea de destruir el fragmento del Ildatch le había sido concedida a él.

Sus temores y dudas le perseguían. Se aferraban a él como el polvo del camino, diminutos recordatorios de que su misión no iba a terminar bien, de que no estaba preparado para la tarea encomendada. No podía sacudírselos de encima, ni persuadirse a sí mismo de que sus pequeñas e insistentes voces eran mentiras diseñadas para erosionar su confianza, ya de por sí débil. A cada kilómetro recorrido, se sentía más y más como el chico que recorriera aquel camino con anterioridad. Dun Fee Aran era un pozo de terror, y los mwellrets eran los monstruos que lo moraban. Deseó tener con él a sus compañeros de antaño, Garet Jax el hombre fronterizo, Edain Elessedil el príncipe elfo, y Foraker el enano. Incluso Slanter, el taciturno y malhumorado gnomo, sería bienvenido. Pero a excepción del gnomo, al que no había visto desde su separación hacía dos años, todos habían muerto en Marca Gris. No había posibilidad de reemplazarlos, o de encontrar aliados del mismo calibre. Si estaba decidido a no involucrar a Cogline y a Kimber más que como guías y compañeros de viaje, tendría que ir solo.

Al cuarto día, el tiempo se puso de tormenta. Al amanecer, una oscura masa de nubes llegó desde el oeste, y a media mañana llovía copiosamente. En ese momento atravesaban el Cuerno Negro Azabache y cabalgaban hacia el sureste a la sombra de las montañas. El terreno era rocoso y estaba cubierto de maleza, y se vieron obligados a desmontar y a llevar de las riendas a sus monturas bajo un aguacero cada vez más intenso. Tapados por sus capas y capuchas, se encontraban aislados unos de otros, cada uno convertido en una silueta sombría y sin rostro que se encorbaba bajo la lluvia.

Atrapado en la fría humedad de su ropa empapada, Jair pensaba de manera incongruente que había subestimado sus oportunidades de éxito, que estaba mejor preparado de lo que había pensado antes, que su magia le sería de gran ayuda.

Todo lo que tenía que hacer era entrar en Dun Fee Aran, esperar su oportunidad, y destruir lo que quedaba del Ildatch. No era como la vez anterior, cuando el libro de magia era un ser sensitivo, capaz de protegerse a sí mismo. No había que evitar ningún espectro. Los mwellrets eran peligrosos, pero no tanto como los caminantes. Podía hacerlo. Podía conseguirlo.

Creyó en ello durante unas dos horas, y luego las dudas y los miedos volvieron para evaporar su confianza. Caminando pesadamente por el cieno y la oscuridad, se vio avanzando por una senda hacia el borde de un abismo, para tomar una dirección que solo podía terminar de una forma.

Su humor taciturno había regresado, y el peso de su incompetencia volvió a ser una carga.

Aquella noche instalaron el campamento bajo Marca Gris, en los bancos del Río Plateado, bien resguardados por los árboles. Encendieron una hoguera al abrigo de unos robles tan gruesos que sus ramas tapaban casi toda visión del cielo. Había mucha madera muerta, parte de ella lo bastante seca para arder incluso después del chaparrón. Estando tan cerca de Dun Fee Aran y de los mwellrets, no deberían arriesgarse, pero la mayor parte de las criaturas peligrosas de aquellos bosques tenían cuatro patas. De todas formas, tan alejados del monte era improbable que se encontraran con nada.

Pero no mucho después de cocinar y comer la cena, se vieron sorprendidos por un sonido metálico y el estridente rebuzno de un animal de carga. Una voz les llamó desde la oscuridad, pidiendo permiso para acercarse. Cogleine lo concedió, quejándose entre dientes mientras lo hacía, y el visitante entró en el radio de luz tirando de una mula con una brida de cuerda. El hombre era alto y delgado, y estaba tapado de pies a cabeza con un abrigo viejo que parecía muy usado. La mula tenía aspecto robusto, y cargaba con un portaequipajes de madera del que colgaban docenas de cazuelas, sartenes y utensilios de cocina. Se habían topado con un buhonero y sus mercancías.

El hombre ató su mula y se sentó al fuego, rechazando la taza de té que le fue ofrecida en favor de una llena de cerveza, que bebió encantado.

—Un día largo y húmedo— declaró con voz cansada—. Esto ayuda a mejorarlo.

Le dieron la comida que había sobrado, aún caliente dentro de la cazuela, y le observaron comer.

—Está bueno— anunció, asintiendo en dirección a Kimber—. La primera comida caliente en cierto tiempo, y probablemente la última. No se ven muchos campamentos por aquí. Ni mucha gente, por cierto. Pero estoy más que dispuesto a compartir compañía esta noche. Espero que no os importe.

—¿Qué está haciendo por aquí?— le preguntó Jair, aprovechando el tema abierto por él.

El buhonero se detuvo a medio bocado y le dedicó una sonrisa irónica.

—Hago esta ruta varias veces al año, sirviendo en lugares donde otros buhoneros no quieren. No lo parece, pero hay pueblos al pie de las montañas que

necesitan lo que yo vendo. Llego, hago mi negocio, y me vuelvo a casa, cerca del Rabb. Es mucho viaje, pero me gusta. Solo tengo que preocuparme de mi burra y de mi propia persona. —Continuó con el mordisco a medias y lo masticó con cuidado—. ¿Y vosotros? ¿Qué os trae a la ladera este del Cuerno Negro Azabache? Perdonadme por decirlo, pero no parecéis de aquí.

Jair intercambió una rápida mirada con Kimber.

—Viajamos hasta Dun Fee Aran —anunció Cogleline antes de que pudieran detenerle—. Tenemos nuestros propios negocios. Con los rets.

El buhonero hizo una mueca.

—Yo me lo pensaría dos veces antes de hacer negocios con esos. —El tono de su voz dejaba claro su disgusto—. Dun Fee Aran no es lugar para vosotros. Conseguid a alguien que haga el negocio por vosotros, alguien algo menos...

Vaciló, mirando los rostros uno a uno, incapaz de encontrar palabras que expresaran su preocupación por el hecho de que un muchacho, una chica y un anciano pensarán en hacer negocios con los mwellrets.

—No nos llevará mucho —dijo Jair, tratando de suavizar la idea—. Solo tenemos que recoger algo.

El buhonero asintió, con el esbelto rostro macilento por algo más que el frío y la humedad.

—Bien, tened cuidado. No se puede confiar en los mwellrets. Ya sabéis lo que dicen de ellos. Les miras a los ojos, y ya les perteneces. Te roban el alma. No son humanos, ni tienen un carácter humano. Yo nunca voy por allí. Nunca.

Regresó a su comida, y mientras terminaba nadie volvió a hablar. Pero cuando hizo a un lado el plato y volvió a coger su taza de cerveza, Kimber se la rellenó y dijo:

—¿Nunca ha tenido tratos con ellos?

—Una vez —contestó en voz baja—. Un accidente. Me cogieron todo lo que llevaba y me abandonaron para que muriera. Pero conozco la región, así que fui capaz de volver a casa. Jamás volví a acercarme a ellos, ni a Dun Fee Aran ni al camino hacia allí. Son monstruos. —Hizo una pausa—. Dejad que os diga algo sobre Dun Fee Aran, ya que vais allí. No le he dicho esto a nadie. De todas formas, no creo que nadie me creyera, pero deberíais saberlo. Estuve dentro de sus muros. Me retuvieron allí mientras decidían qué hacer conmigo, después de llevarse mis cosas y mi mula. Vi cosas. Sombras que atravesaban las paredes como si la piedra no fuese más que aire. Vi a mi madre, muerta hace quince años. Me reconoció, e intentó sacarme de allí. Pero no podía irme con ella porque no podía atravesar los muros. Es cierto. Lo juro. También había otros. Cosas de las que no quiero hablar. Estaban allí, en Dun Fee Aran. Los rets no parecen verlas. O quizá no les importe. —Sacudió la cabeza—. Una vez que sales, no quieres volver a estar entre aquellos muros.

Su voz se desvaneció y miró hacia la oscuridad, como si buscara más manifestaciones sustanciales de los recuerdos de los que no podía escapar. El miedo se reflejaba en sus ojos con un brillo que avisaba del daño que tales recuerdos podían hacer. No aparentaba ser un hombre cobarde, ni supersticioso, pero en



las sombras líquidas de la noche él había encontrado demonios de los que otros hombres no se percatan.

—¿Me creéis? —preguntó en voz baja.

La boca de Jair estaba seca y la garganta cerrada en el silencio momentáneo que siguió a sus palabras.

—No lo sé —dijo.

El hombre asintió una vez más.

—Sería inteligente que lo hicieras.

Al alba, el buhonero siguió su camino. Le vieron llevarse su mula entre los árboles y torcer al norte a lo largo del Río Plateado. Como una de las sombras que afirmó haber visto en las mazmorras de Dun Fee Aran, se adentró en el muro de niebla matutino y desapareció.

Viajaron todo el día por una zona llena de maleza, cubierta por grises capas de bruma. El mundo estaba vacío y quieto, un lugar en el que la humedad y la tristeza apagaban toda vida y transformaban el paisaje en una maraña selvática. Si no fuese por el curso del Río Plateado, se habrían perdido con facilidad. Hasta Cogle se detuvo más de una vez a reconsiderar la ruta. El cielo había desaparecido en el horizonte, y este en la tierra, con lo que el terreno adquirió el aspecto de un capullo. O de un ataúd. Se cerraba en torno a ellos y se negaba a aflojar su abrazo mortal. Les rodeaba con la escalofriante promesa de una constancia que solo perseguía acabar con la vida. Aquella desolación era deprimente y aterradora, y no ayudaba en nada a la confianza ya de por sí erosionada de Jair. Ya era bastante malo que el buhonero hubiese apagado la pequeña llama de determinación que tenía; ahora el terreno sofocaba también las ascuas.

Cogle y Kimber le dijeron poco mientras caminaban, encerrados en sus propios pensamientos bajo el oscuro abrigo de sus capas y capuchas, como espectros en la neblina. Guiaban los caballos como guerreros exhaustos que regresaban al hogar desde la guerra, doblegados por el cansancio y los recuerdos, perdidos en lugares oscuros. Aquel día el viaje fue lento y largo, y a veces Jair estuvo tan seguro de la inutilidad de su propósito que quiso detener a sus compañeros y decirles que deberían volver. Solo la vergüenza de su propia debilidad evitó que lo llevara a cabo. No podía mostrar su debilidad, ni admitirla. Sabía que al hacerlo podría morir.

Aquella noche durmieron junto al río, pues encontraron un pinar que podía darles cobijo y protección. Dejaron los caballos cerca y establecieron turnos de vigilancia. No hubo fuego. Estaban demasiado cerca de Dun Fee Aran para ello. La cena fue fría, se acabaron la cerveza para luchar mejor contra el frío, y se fueron a dormir tristes y preocupados.

Se despertaron helados y doloridos por la noche y la constante llovizna. A menos de dos kilómetros del campamento encontraron un vado en el río que remontaron y cruzaron hasta la tarde, hasta que, con la noche cayendo y un viento helado comenzando a soplar procedente de las montañas, llegaron a divisar su objetivo.

No fue un momento bienvenido. Dun Fee Aran se alzaba ante ellos como una masa de murallas y torres, envueltas en niebla y empapadas por la lluvia. La luz de las antorchas parpadeaba sobre la tosca superficie de las puertas de hierro y a través de las aspilleras enrejadas, como si dentro hubiese almas atrapadas que pugnaran por salir. El humo se alzaba en zarzillos desde las chisporroteantes llamas, dando a la fortaleza el aspecto de unas ruinas incendiadas. No había señales de vida, ni siquiera sombras arrojadas por figuras en movimiento. Ni ningún sonido. Era como si la fortaleza hubiera sido abandonada a las tinieblas y a los fantasmas del buhonero.

Los tres viajeros retrocedieron con sus monturas cierta distancia y desmontaron. Se mantuvieron cerca unos de otros mientras la noche descendía y la oscuridad se hacía más profunda, observantes, a la espera de que algo se revelara. Fue un esfuerzo inútil.

Jair contemplaba la enorme silueta de la fortaleza con cierto conocimiento de lo que les esperaba en el interior y sintió que se le ponía la carne de gallina.

—No puedes entrar ahí —le dijo Kimber de repente, con voz aguda y tensa.

—Tengo que hacerlo.

—No tienes que hacer nada. Deja el asunto. Puedo oler la maldad en este lugar. La saboreo en el aire. —Le agarró el brazo—. Ese buhonero tenía razón. Aquí solo hay fantasmas. Abuelo, dile que no tiene por qué seguir adelante con esto.

Jair miró a Cogline. El anciano le miró a los ojos, y luego se dio la vuelta. Había decidido dejarlo a elección del joven del valle. Era la primera vez desde que se conocieran que había tomado una posición neutral en cuanto al asunto del Ildatch. Eso decía mucho acerca de sus sensaciones, ahora que Dun Fee Aran se erigía frente a ellos.

Jair suspiró hondo y volvió a mirar a Kimber.

—Habré hecho un largo camino para nada si al menos no lo intento.

Ella miró la lluvia y las tinieblas que se agazapaban en el castillo mwellret, a la sombra de las montañas, y negó con la cabeza.

—Eso no importa. No sabía que sería así. Este lugar es mucho peor de lo que pensé. Ya te lo he dicho, no quiero que te ocurra nada. —Señaló la fortaleza—. Esto parece difícil para cualquiera.

—Parece abandonado.

Ella le echó una mirada fulminante.

—No seas estúpido. Eso no te lo crees ni tú. Sabes lo que hay dentro. ¿Por qué finges que podría ser de otra manera? —Sus labios se comprimieron en una línea fina—. Volvamos. Ahora mismo. Dejemos que algún otro se enfrente al Ildatch, alguien más capaz. ¡Jair, esto es demasiado!

Había una desesperación en su voz que amenazó con llevarse la poca resolución que le quedaba. Algo del miedo del buhonero se reflejaba ahora en sus ojos, un rastro de lugares oscuros, y de sentimientos aún más negros. Kimber estaba reaccionando ante el miedo visceral de Dun Fee Aran, a su dureza e impenetrabilidad, a su enorme silueta y su inmutabilidad. No era una cobarde, pero estaba

intimidada. No se la podía culpar. Él apenas podía considerar la posibilidad de entrar. Era más fácil pensar en irse, sin más.

Miró en derredor, como si fuese a hacer eso precisamente.

—Es demasiado tarde para ir a ningún sitio esta noche. Acampemos entre los árboles, donde haya algo de refugio. Comamos algo y durmamos. Pensaremos qué hacer, y decidiremos por la mañana.

Ella pareció aceptar la propuesta. Sin discutir más el tema, abrió el camino por el bosque, más allá de la visión y el oído de la fortaleza y sus ocultos habitantes. La lluvia siguió cayendo y el viento continuó soplando, incómoda mezcla que eliminaba la posibilidad de la menor de las comodidades. Hallaron un parapeto en un grupo de pinos, lo mejor que podían esperar, atendieron y desensillaron los caballos, y se instalaron.

Sus provisiones eran escasas, y Jair sorprendió a la chica y a su abuelo sacando un odre de cerveza que dijo haber estado guardando para el momento. Lo beberían ahora, una pequeña recompensa para celebrar que habían llegado sanos y salvos, y para guardarse de los malos presentimientos y del inhóspito clima. Sirvió generosamente sus tazas y contempló cómo bebían, con cuidado de fingir solo que se tomaba la suya.

Su engaño le pesaba en la conciencia, pero se dijo que estaba haciendo un bien, lo que en su mente justificaba la traición.

Estuvieron dormidos en unos minutos, tumbados sobre el suelo del bosque. La medicina que había robado de Kimber y añadido a la cerveza había hecho su trabajo. Desenrolló sus mantas, les cubrió bien con ellas, les arrastró bajo la protección de unas ramas de pino, y dejó que durmieran. Había visto cómo Kimber le administraba la droga a su abuelo todas las noches desde que partieran de Chimenea de Piedra, con sus planes ya decididos. Si había calculado bien la cantidad que había puesto en la cerveza, no se despertarían hasta la mañana.

Para entonces, él habría regresado o muerto.

Se ajustó su espada corta, se metió una daga en la bota, se envolvió en una capa, y partió en busca de lo que tuviera que ser.

No se sintió valiente en particular, ni confiado en lo que había decidido llevar a cabo. Más bien, se sentía resignado. Aunque Kimber pensase que él tenía elección, él opinaba lo contrario. Jair no era de los que huían de sus responsabilidades, y no importaba que las hubiera pedido o no. La sombra de Allanon le había convocado de manera deliberada y con una intención específica. No podía ignorar lo que aquello significaba. Ya había recorrido ese camino con anterioridad en su corta vida, y al hacerlo había llegado a comprender una verdad básica que otros preferían ignorar, pero no él. Si no actuaba, era bastante probable que nadie más lo hiciera.

En su mente, la cuestión había sido decidida casi desde el principio, y sus dudas y temores no eran más que una prueba de su determinación.

Le reconfortaba en cierto modo el hecho de haber conseguido evitar que Kimber y su abuelo vinieran con él. Lo habrían hecho, desde luego, con buena intención,

e incluso puede que fuesen de ayuda. Pero él habría estado preocupado por ellos, y eso hubiese hecho menos efectivos sus esfuerzos. Además, solo podía ocultarse él mismo. Ocultar a otros dos al tiempo que entraban en Dun Fee Aran hubiera sido demasiado.

La niebla y la lluvia oscurecían su visión, y se vio forzado a abrirse paso con cautela, incapaz de ver más que unos metros en cualquier dirección. Más adelante, el apagado fulgor amarillento de las antorchas de Dun Fee Aran iluminaban la lóbreguez reinante como a través de un velo vaporoso. Bajo sus botas, el suelo era esponjoso y estaba cubierto de ramas muertas y hojas arrastradas por el viento. El aire era frío y olía a tierra húmeda y a corteza mojada. El aroma acre de la pez ardiente lo inundaba todo, y le guiaba en su destino.

Entonces los árboles se abrieron, y las gigantescas murallas de la fortaleza quedaron a la vista, negras y relucientes bajo la lluvia y la neblina. Caminó despacio, estudiando los parapetos y las ventanas con cuidado, en busca de movimientos. Ya estaba cantando, invocando la magia del cantar. A diferencia de Brin, él le daba la bienvenida como si fuese un viejo amigo. Quizá eso tuviera que ver con que él fuese el que estaba allí.

Más adelante, las puertas principales surgieron, gruesa madera de roble envuelta en hierro de más de siete metros de altura. Eran un obstáculo prohibitivo, pero ya había divisado la pequeña puerta a un lado, la que se utilizaba para admitir viajeros en noches como aquella, cuando era peligroso abrir las grandes. Caminó hacia esa puerta, sin dejar de cantar, sin disfrazarse más con la invisibilidad sino con la pretensión de ser alguien que no era.

Despacio, comenzó a tomar forma, a asumir la que le franquearía la entrada.

Cuando alcanzó la puerta pequeña, susurró una llamada al centinela de guardia del interior. Nunca dudó que allí hubiera alguien. Al igual que Kimber, podía sentir la maldad del lugar y sabía que su fuente nunca dormía. Solo unos momentos después llegó la respuesta. Se abrió una ranura en la plancha de hierro y unos ojos de reptil amarillos asomaron. Lo que vieron no estaba allí en realidad. Lo que vieron fue otro mwellret, empapado, enfadado y arrebuñado en una capa, con un gesto de autoridad que no debía ser retada. La decisión fue tomada con rapidez: la puerta se abrió hacia afuera con un gemido de bisagras oxidadas, y un rostro de reptil apareció en el umbral.

—Tienes que declarar qué asunto...

El centinela se tragó el resto de lo que iba a decir. El mwellret que esperaba ver ya no estaba allí. Lo que esperaba en su lugar era un hombre envuelto en una capa negra, que medía más de dos metros de altura y a quien se creía muerto hacía más de dos años.

El centinela contemplaba al druida Allanon.

Fue una apuesta arriesgada por parte de Jair, pero tuvo el efecto deseado. Siendo de miedo y asco, el centinela se tambaleó de espaldas hasta meterse en la garita, demasiado traumatizado hasta para pensar en asegurar las puertas. Jair entró, obligando al mwellret a retroceder incluso más en su pequeño cubículo. Con mucho retraso, el ret cogió una pica, pero un simple gesto amenazador fue

suficiente para hacer que la tirara, aterrorizado, y volviera a retroceder, esta vez hasta la pared.

—Escondéis un fragmento del Ildatch —retumbó la voz del druida desde la boca de Jair—. ¡Dádmelo!

El mwellret salió disparado por la puerta trasera de la garita hacia el interior de Dun Fee Aran, gritando como un poseso con su ronca voz silbante mientras alcanzaba la torre central y desaparecía. No se molestó en comprobar si Allanon le seguía, concentrado como estaba en escapar, dar aviso y encontrar ayuda en cualquier sala. Cuando lo hiciera, se encontraría con que el druida se había esfumado y que el mwellret que había pensado dejar entrar en primer lugar había reaparecido. Con su nuevo disfraz, Jair siguió al centinela huido con una intensidad que no permitía distracciones. Cuando los demás rets pasaron corriendo junto a él en dirección a la garita y a la amenaza que ya no existía, se apartaba entre las sombras o dejaba paso en señal de deferencia ante sus superiores, quienes no se interesaron ni se preocuparon por él.

Ya estaba en el interior de la fortaleza principal, abriéndose paso por corredores y escaleras descendentes, nadando río arriba contra un repentino flujo de soldados. La fortaleza entera había vuelto a la vida como un enjambre de formas de reptil, un nido de víboras de ojos fríos y penetrantes. *¡No mires esos ojos!* Se sabía las historias de cómo robaban las almas de los hombres. Una vez había sido víctima de su efecto hipnótico, y no tenía intención de volver a pasar por ello. Evitó las miradas en su dirección mientras pasaban los mwellrets y avanzó más y más en las profundidades del castillo, dejando atrás los gritos que ahora procedían en su mayor parte del patio principal.

Sintió cómo el tiempo y la oportunidad le aplastaban, como muros que se derrumban sobre uno. ¿Dónde estaba el centinela?

Lo encontró no mucho después, jadeando la noticia a otro mwellret, uno que parecía muy capaz de encargarse del problema inesperado. El segundo ret escuchó sin hacer comentarios, despachó al asustado centinela por donde había venido, y dobló por un pasillo que se internaba aún más en las entrañas de la fortaleza. Jair, reuniendo todo su coraje, le siguió.

Su presa se movió con decisión por el corredor y luego bajó un vuelo de escalones. Miró atrás una o dos veces, pero ahora Jair había vuelto a cambiar de apariencia. Ya no era un mwellret, sino parte de la propia fortaleza. Era los muros, el suelo, el aire, y nada más. El mwellret podía mirar por encima del hombro todo lo que quisiera, pero tendría que mirar con mucha atención para darse cuenta de que había algo extraño en lo que estaba viendo.

Pero lo que preocupaba a Jair es que el ret podría no estar conduciéndolo hacia el fragmento del Ildatch. Había supuesto que el centinela se apresuraría a dar aviso de la amenaza de Allanon y así guiaría a Jair hasta aquello que custodiaban, el fragmento de página que había venido a destruir. Sin embargo, no había nada que indicara que el ret le llevaba a donde quería ir. Si se había confundido en aquello, tendría problemas de un tipo que no quería considerar. Su habilidad

para emplear la magia no era inagotable. Tarde o temprano, se cansaría. En ese momento, no solo quedaría al descubierto, sino indefenso.

La luz de las antorchas iluminaba el final del pasillo. Una puerta forrada de hierro y un grupo de guardias con enormes picas bloqueaban el paso más adelante. El mwellret que perseguía hizo una seña indiferente a la guardia mientras salía de la oscuridad del corredor hacia la luz, y los guardias abrieron las cerraduras y se hicieron a un lado para que pasara. Jair, aún invisible para todos los que le rodeaban, se aprovechó del cambio de luz, se pegó a su presa mientras entraba y se deslizó en la cámara tras él, justo cuando la puerta volvía a cerrarse.

Una vez en el interior, miró rápidamente la cavernosa sala llena de humo y sus ocupantes. Siete, no, ocho mwellrets se apiñaban sobre una gigantesca mesa de madera en la que reposaban botellas, viales y recipientes por el estilo, en medio de un jaleo de tablillas y libros antiguos. En su centro, situado con cuidado sobre un atril que lo mantenía elevado con respecto a todo lo demás, había un solitario fragmento de papel envejecido, con los bordes quemados y retorcidos. Un extraño fulgor emanaba del fragmento, y la escritura de su superficie latía sin cesar. El aura que desprendía era tan repugnante que Jair retrocedió a su pesar, y una repentina oleada de náuseas le inundó.

No había duda de lo que estaba viendo. Haciendo a un lado su repulsión, reunió los escasos jirones de su determinación y puso el cerrojo que atrancaba la puerta por dentro.

Nueve cabezas se giraron como una sola, rostros escamosos que salían a la luz desde sus sombrías capuchas. Un momento de incertidumbre paralizó a los mwellrets, y entonces el que el joven del valle había seguido desde los pisos superiores comenzó a avanzar hacia la puerta, con un cuchillo largo aparecido de pronto en su garra. Jair ya se estaba haciendo a un lado, siguiendo las paredes de la estancia en dirección a la mesa y su contenido. Los mwellrets habían empezado a moverse hacia delante, colocándose entre la puerta y su tesoro, con la atención concentrada en lo que podría estar ocurriendo en el pasillo exterior. Todo lo que el joven del valle necesitaba era un instante para colocarse detrás de ellos y coger la página. Podía pasarla por las llamas de una de las antorchas antes de que pudieran detenerlo. Si se daba la prisa suficiente, jamás se darían cuenta de que estaba allí.

*Calma. No corras. No te delates.*

El mwellret de la entrada abrió el cerrojo y abrió la puerta. Los sorprendidos centinelas se giraron sorprendidos cuando miró detrás de ellos, hacia el pasillo, buscando. Jair había llegado a la mesa y se deslizaba por su borde hacia el fragmento de página, con el camino despejado ante sí. Los mwellrets murmuraban entre sí, incómodos, tratando de decidir si estaban amenazados o no. Solo le quedaban unos segundos.

Alcanzó el atril, cogió el fragmento y lo dejó caer con un aullido cuando quemó sus dedos como un carbón al rojo vivo.

Al instante, los mwellrets se giraron, viendo su preciosa reliquia revolotear en el aire antes de caer en la mesa entre el desorden, humeando y retorciéndose como una cosa viviente. Sus protectores empezaron a dar gritos, y algunos sa-

caron espadas de entre sus capas y empezaron a distribuirse por la habitación. Furioso consigo mismo y aterrorizado por su error, Jair retrocedió, luchando por mantener la calma. La magia protegía al fragmento del Ildatch como había protegido al propio libro. Ya fuese magia del propio libro o de sus custodios, la situación había cambiado. Si no podía coger la página, ¿cómo iba a quemarla? ¿Cómo iba a destruirla?

Se pegó a la pared, alejándose de los rets, quienes aún no estaban seguros de lo que estaban buscando. Sabían que allí había algo, pero no sabían qué. Si pudiera mantenerlos confusos más tiempo...

Su mente corría, y las débiles posibilidades saltaban en ella como ratas en una jaula.

Entonces uno de los mwellrets, imaginando el subterfugio, cogió un cubo de madera de la mesa, metió la mano en él, y empezó a esparcir puñados de polvo blanco. Jair ya sabía lo que venía. Una vez que el polvo fuese arrojado en su dirección, su silueta sería tan visible como una sombra bajo la brillante luz del sol. Lo mejor que podía esperar era encontrar una forma de destruir el fragmento del Ildatch antes de que eso ocurriese, y lo más probable es que solo le quedase un intento más.

Miró sobre su hombro y vio una antorcha que ardía colgada de la pared. Si la cogía y se daba prisa, podría dejarla caer sobre el papel. Eso sería suficiente para acabar con el asunto.

*Tranquilo. No te apresures.*

Los mwellrets estaban dando la vuelta a la mesa, y sus manos aferraban el aire vacío como si intentaran sacar de su escondrijo al intruso invisible. El del polvo blanco siguió lanzando puñados al aire, pero seguía al otro lado de la mesa, lejos aún de ser una amenaza. El joven del valle siguió con su canto, concentrado, mientras se acercaba a su objetivo. Lo que necesitaba era otra distracción, una pequeña oportunidad para actuar.

Entonces, el ret de los polvos se dio la vuelta de repente y empezó a arrojar puñado en su dirección.

La inmediatez de la amenaza fue demasiado para el aguante del joven del valle. Reaccionó por instinto, sustituyendo la magia que le otorgaba la apariencia de invisibilidad por algo más fuerte. Por toda la habitación aparecieron imágenes de Garet Jax, formas con capucha negra que llevaban espadas en ambas manos y que se movían como guerreros expertos. Fue todo lo que Jair pudo idear con su mezcla de pánico y urgencia, y se aferró a ello como un náufrago a una cuerda de salvamento.

Al principio, pareció ser suficiente. Los mwellrets retrocedieron aterrorizados, pillados por sorpresa, desprevenidos ante tantos adversarios que aparecían a la vez. Incluso los centinelas que ahora bloqueaban la entrada retrocedieron, con las picas a la defensiva. Fuese cual fuese la magia que presenciaban, estaba más allá de aquello a lo que estaban acostumbrados, y no sabían qué hacer.

Era la distracción que Jair necesitaba, y se aprovechó de forma inmediata. Cogió una de las antorchas de las abrazaderas de la pared a sus espaldas y tiró

de ella. Pero sus manos estaban cubiertas de sudor y no pudo sacarla de su sitio. Los mwellrets sisearon furiosos, viéndole ahora con claridad detrás de su muro de protectores y dándose cuenta de repente de lo que pretendía hacer. Bajo otras circunstancias, puede que hubiesen dudado antes de actuar, pero estaban guiados por una necesidad irracional y sobrecogedora de proteger el fragmento del Ildatch. Pasara lo que pasara, no perderían su oportunidad de ser inmortales.

Se acercaron a las imágenes de Gareth Jax como un enjambre, blandiendo sus cuchillos y espadas cortas con un frenesí brillante, cortando y dando mandobles sin importarles su propia seguridad. La furia y lo repentino de su ataque cogió a Jair desprevenido, y su concentración flaqueó. Una a una, las imágenes desaparecían. Los mwellrets descubrieron que no tenían enfrente guerreros reales, sino que estos estaban hechos de poco más que vapor de colores.

El joven del valle abandonó su esfuerzo de liberar la contumaz antorcha y se dio la vuelta para enfrentarse a los mwellrets. Estaban alrededor de él, estrechando el cerco, con sus filos formando un círculo de metal afilado del que no podía escapar. Había sido demasiado lento, demasiado vacilante. Su oportunidad se había esfumado. Desesperado, desenvainó su propia espada para defenderse. Pensó fugazmente en Gareth Jax, intentando recordar la forma en que se movía cuando le rodeaban los enemigos, y lo que él hubiera hecho en ese momento.

Y a modo de respuesta, se formó una nueva imagen, espontánea y por completo inesperada. Con un temblor de aire, el Maestro de Armas reapareció, réplica de las imágenes ya destruidas, blandiendo una de las espadas mortales que llevara en vida. Pero esta imagen no se separó de Jair como las otras. En vez de eso, se cerró sobre él como una segunda piel. Ocurrió tan deprisa que el joven del valle no tuvo tiempo de detenerla.

En segundos, se había convertido en la imagen.

Al instante, esta versión híbrida de sí mismo unida con el Maestro de Armas se volvió hacia los mwellrets con una resolución que quitaba el aliento. Los rets, creyéndolo inofensivo, apenas lo apuntaron con sus armas. Dos de ellos murieron por su descuido de un solo mandoble. Otro cayó de una acometida que enterró su hoja tan adentró que tuvo que tirar fuerte para sacarla. Un instante después, los mwellrets se dieron cuenta de que se enfrentaban a algo nuevo. Dieron mandobles y cortes con sus propias espadas a modo de represalia, pero muy bien podrían haber estado blandiendo juguetes de madera. Jair escuchó sus agudas inspiraciones de aire en el momento en que sus cuchillos encontraron su objetivo; notó el estremecimiento de los cuerpos y el temblor de sus miembros. Los mwellrets se desplomaron y murieron a sus pies, con miradas de sorpresa en sus caras, mientras él pasaba sobre ellos, matándolos con la precisión de una guadaña.

Fue horrendo y vigorizante, y el joven del valle estaba inmerso en la sensación, viviéndola. Durante unos momentos, se trataba por completo de otra persona, alguien cuyos pensamientos y experiencias no eran las suyas. No era que mirase a través de Gareth Jax... Él era Gareth Jax. Estaba tan ensimismado en sí mismo, siendo parte del Maestro de Armas, que incluso aunque lo que estaba experimentando era oscuro y estremecedor, le llenaba de satisfacción y le hacía desear más.



Los centinelas rets se apresuraron a unirse a la batalla, con las picas ante sí. Los guardias estaban entrenados y no serían despachados con tanta facilidad. Una punta ganchuda le cortó el brazo de la espada, enviando un destello de dolor por todo su cuerpo. Esquivó haciéndose a un lado el siguiente golpe. Los guardias le cerraban el paso, pero ahora estaba preparado y los eludía con facilidad. Como un fantasma que se movía con agilidad ante cada barrido de sus armas, salía de su alcance mortal y ya estaba sobre ellos antes que se percataran de que había fallado su intento de detenerlo.

Segundos después, el último de los rets yacía sin vida en el suelo.

Pero cuando se giró para comprobar la devastación que había dejado en su despertar, vio al joven del valle que se había quedado en el extremo opuesto de la mesa. Sus ojos se encontraron, y sintió que algo cambiaba en su interior. El joven del valle se desvanecía mientras lo observaba, volviéndose transparente poco a poco, transformado en un fantasma.

Estaba desapareciendo.

*¡Haz algo!*

Liberó una antorcha de la pared y la arrojó a los polvos y pociones de la mesa. Al momento, la mezcla volátil quedó envuelta en llamas blancas y chisporroteantes. El fragmento del Ildatch latía en el centro, y entonces se elevó de la mesa sobre el aire, flotando en corrientes invisibles generadas por el calor.

*Está escapando...*

Sacó la daga de su bota y dio un salto adelante, atravesando el maldito pedazo de papel en el aire y clavándolo a la mesa de madera, donde las llamas ardían con ferocidad. El papel se dobló sobre su piel, como sujetándolo, y tuvo que doblar la cabeza hacia atrás por la conmoción de los dolores agudos que le subieron por el brazo hasta el pecho. Sin embargo, se negó a dejarlo ir. Ignorando el dolor, sostuvo el papel clavado en su sitio. Cuando el infierno se hizo por fin tan intenso que se vio obligado a liberar su presa sobre la daga y a retroceder, el fragmento de Ildatch apenas era reconocible. Se quedó al borde de la mesa en llamas, agarrándose la mano chamuscada, mientras observaba cómo el papel se arrugaba y se convertía en cenizas.

Después, rodeó la mesa y atravesó la imagen del joven del valle, metiéndose de nuevo en su cuerpo. Sintióse como liberado de un peso sobre los hombros, vio cómo la sombría silueta envuelta en una capa a la que había estado unido se desvanecía, regresando al éter del que había venido, a la tierra de los muertos.

Huyó de la estancia, saltando sobre el montón de cuerpos mwellrets y saliendo por la puerta, abrazando las paredes de los pasillos llenos de humo hacia las escaleras que conducían a la salvación. La mente le daba vueltas con imágenes de lo que acababa de experimentar, dejándolo mareado y confuso por las dudas. En lugar de utilizar el canto para ocultar su paso, se sentía totalmente expuesto.

*¿Qué ha pasado ahí detrás?*

¿Había encontrado Gareth Jax una forma de volver de entre los muertos, erigiéndose en protector de Jair una última vez? ¿Lo había enviado Allanon a través de un truco de magia druídica que trascendía los dictados de la tumba?

Quizá.

Pero Jair no lo creía. Lo que pensaba es que solo él había sido el responsable, que de algún modo el canto había hecho que esa última imagen cobrara vida.

Era imposible, pero eso era lo que opinaba.

Respiró hondo para tranquilizarse mientras salía de las mazmorras de Dun Fee Aran. Era una locura pensar que su magia podría devolver la vida a los muertos. Sugería posibilidades que apenas era capaz de considerar. Dar vida a los muertos violaba todas las leyes de la naturaleza. Se le puso la piel de gallina.

Pero le había salvado, ¿no? Había sido capaz de destruir el fragmento del Ildatch, y eso era lo que había venido a hacer a Dun Fee Aran. ¿Qué importaba cómo lo hubiese logrado?

Sin embargo, sí importaba. Recordó cómo se había sentido al formar parte de Gareth Jax. Qué había sentido al matar a aquellos mwellrets, al oír sus gritos, al ver sus miradas de sorpresa, al oler su sangre y su miedo. Recordó el sonido áspero de su espada contra sus huesos, y el tacto asombrosamente suave de su carne escamosa. No odiaba todo aquello: lo había disfrutado, lo bastante para que en los breves momentos que había estado conectado al Maestro de Armas, hubiera deseado tener más. Incluso ahora, en los terribles momentos posteriores, empapado de sangre, y otra vez dueño de sus pensamientos y su cuerpo, ansiaba más.

¿Y si no hubiese mirado atrás en el último momento ni hubiese visto cómo se desvanecía?

¿Y si no hubiese sentido la inesperada y peligrosa posición en que había quedado, y hubiese quedado unido por siempre al fantasma?

Encontró la salida al exterior más fácilmente de lo anticipado, moviéndose con rapidez y agilidad entre el caos. No se encontró más mwellrets hasta que alcanzó los pasillos superiores, donde seguían arracimados en grupos rabiosos, buscando aún algo que no estaba allí, sin darse cuenta aún que el druida que buscaban era una ilusión. Quizá los sonidos quedaran amortiguados por los muros de piedra y las puertas de hierro, pero todavía no habían descubierto lo que había sucedido abajo. No le vieron pasar, disfrazado con su magia, y en unos instantes estuvo de vuelta en los portones. Distrayendo a los ya de por sí despistados guardias lo suficiente para abrir la puerta una última vez, se fundió con la noche.

Se alejó de la fortaleza entre la lluvia y la niebla, utilizando el canto hasta que llegó a los árboles. Entonces se detuvo, dejando que la magia muriera en sus labios. Sus rodillas se rindieron, y se sentó en el suelo húmedo mirando al cielo. La mano quemada le latía y la herida del brazo le dolía. Estaba vivo, pero por dentro se sentía muerto. Pero lo que sentía en su interior era culpa suya. ¿No era traer de vuelta de entre los muertos a Gareth Jax lo que siempre había querido? ¿No era ese el propósito de guardar todos esos recuerdos de Marca Gris y del Croagh? ¿Convertir el pasado que tan bien atesoraba en parte del presente?

Posó la mano sobre la gélida tierra y la contempló.

Algo no encajaba.

Si era el Maestro de Armas el que había luchado contra los mwellrets y destruido el fragmento del Ildatch, ¿por qué tenía él la mano quemada? ¿Por qué la herida de su brazo?

Se obligó a recordar con más intensidad. Gareth Jax solo había llevado una espada en su batalla con los mwellrets, en lugar de las dos que todas las demás imágenes había blandido.

La espada de Jair.

La garganta se le cerró por la sorpresa. Había visto las cosas desde una perspectiva equivocada. El canto no había traído a Gareth Jax de vuelta. Solo uno de ellos había estado en aquella mazmorra.

Él mismo.

Ahora veía las cosas de verdad, todas ellas, lo que había malinterpretado por completo. Brin le había advertido que no confiara en la magia, le había avisado de que era peligrosa. Pero él no le había hecho caso. Había asumido que su uso era diferente al de ella, menos potente y en apariencia inofensivo, que no resultaba amenazador de la misma forma. Ella podía cambiar las cosas de verdad, crear o destruir, mientras que él solo les daba apariencia distinta. ¿Dónde estaba el daño en eso?

Pero su magia había evolucionado. Quizá lo había hecho porque había crecido. Puede que solo fuese la consecuencia natural del paso del tiempo. Fuera cual fuera el motivo, algo en los últimos dos años había sufrido una gran transformación. Y esa noche, en las mazmorras de Dun Fee Aran, respondiendo a la urgencia de la desesperación y el miedo, había revelado sus capacidades por primera vez.

Él no había conjurado la sombra de Gareth Jax. No le había dado la vida a un hombre muerto de modo misterioso. Lo que había hecho era transformarse a sí mismo a imagen y semejanza del Maestro de Armas. Había sido él todo el rato, enfundado en las ropas de su antiguo protector, una réplica de la máquina de matar que el otro había sido. Por eso lo había visto todo tan claro, tan real. Lo había sido. El Gareth Jax de las mazmorras de Dun Fee Aran era un reflejo de sí mismo, de su propia naturaleza oscura, de lo que yacía enterrado más allá de la superficie.

Un reflejo, recordó con un escalofrío, en el que había desaparecido casi por completo.

*Porque arriesgarse a ese destino era necesario si tenía que destruir el Ildatch y sobrevivir.*

Entonces una última revelación vino a él, una tan terrible que supo casi tan pronto como se le ocurrió que era cierta. Allanon había sabido que su magia lo conseguiría cuando le había impuesto la tarea a través de los sueños de Cogleine.

Kimber Boh tenía razón. El druida le había utilizado. Incluso muerto, podía manipular a los vivos. La circunstancia lo requería, la necesidad lo dictaba, y Jair había sido sacrificado a ambas, a costa de echarle un vistazo a la parte más oscura de su alma.

Cerró los ojos ante lo que estaba sintiendo. Quería irse a casa. Olvidarse de todo lo que había ocurrido esa noche. Enterrar el conocimiento de lo que su magia podía hacer. Deseaba no haber llegado nunca a saberlo.

Pasó los dedos por las hojas húmedas y la tierra empapada de lluvia a sus pies, extendiendo el aroma acre de ambas, trazando dibujos al azar mientras esperaba que sus sentimientos se tranquilizaran y su cabeza se despejase. En algún lugar en la distancia, escuchó los gritos de la fortaleza. Habían descubierto la cámara donde yacían los cadáveres. Intentarían comprender lo que había ocurrido, pero no lo conseguirían.

Solo él lo sabía.

Después de un rato largo, abrió otra vez los ojos y limpió la tierra y la suciedad de su mano herida. Volvería hasta Kimber y su abuelo y los despertaría. Les contaría algo de lo ocurrido, pero no todo. Jamás podría contárselo todo a nadie.

Se preguntó si seguiría el consejo de su hermana y no volvería a emplear la magia, lo que ocurriría si escogía ignorar de nuevo el consejo, o si el destino y las circunstancias le obligarían de todas formas, como había sucedido esa noche. Se preguntó cuáles serían las consecuencias la próxima vez.

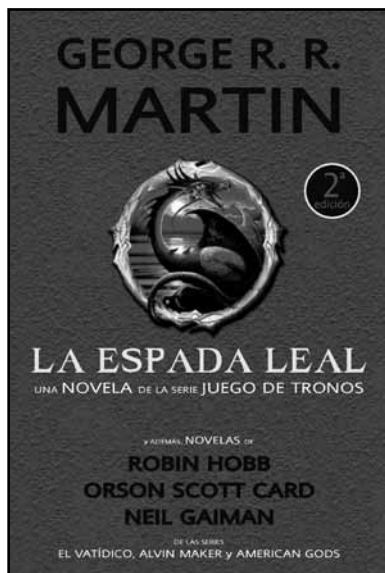
El pasado está siempre con nosotros, pero a veces no sabemos con exactitud por qué.

Se puso en pie y empezó a caminar.



- |  |                         |
|--|-------------------------|
| 3. Cthulhu 2000                        | H. P. Lovecraft y otros |
| 13. La primera crónica                 | Glen Cook               |
| 16. Sombras fluctuantes                | Glen Cook               |
| 27. Mago: aprendiz                     | Raymond E. Feist        |
| 30. Aprendiz de asesino                | Robin Hobb              |
| 33. Juegos de sombras                  | Glen Cook               |
| 35. La diplomacia del asesino          | Robin Hobb              |
| 37. Mago: Maestro                      | Raymond E. Feist        |
| 38. Asesino real                       | Robin Hobb              |
| 39. La fragilidad del asesino          | Robin Hobb              |
| 40. La tumba de los horrores           | Keith Francis Strohm    |
| 42. Paladín de almas                   | Lois McMaster Bujold    |
| 44. La búsqueda del asesino            | Robin Hobb              |
| 45. El espino de plata                 | Raymond E. Feist        |
| 46. La senda del asesino               | Robin Hobb              |
| 47. La maldición de Chalion            | Lois McMaster Bujold    |
| 48. Una oscuridad en Sethanon          | Raymond E. Feist        |
| 49. Sueños de acero                    | Glen Cook               |
| 50. La tierra sin Rey                  | Ed Greenwood            |
| 51. Los dragones del Rey               | Kate Elliott            |
| 52. Garras y colmillos                 | Jo Walton               |
| 53. La magia de Recluce                | L. E. Modessit JR.      |
| 54. Las naves de la magia              | Robin Hobb              |
| 55. Leyendas                           | Varios autores          |
| 56. Estación de penurias               | Glen Cook               |
| 57. La búsqueda sagrada                | Lois McMaster Bujold    |
| 58. El trono vacante                   | Ed Greenwood            |
| 59. Las flechas de la Reina            | Mercedes Lackey         |
| 60. Las naves de la locura             | Robin Hobb              |
| 61. 1610: Un reloj de sol en una tumba | Mary Gentle             |
| 62. El príncipe de los perros          | Kate Elliott            |
| 63. El anillo del espíritu             | Lois McMaster Bujold    |
| 64. Ella es la oscuridad               | Glen Cook               |
| 65. Las naves del destino              | Robin Hobb              |
| 66. Soldado de Sidón                   | Gene Wolf               |
| 67. Estirpe de reyes                   | Raymond E. Feist        |
| 68. La piedra ardiente                 | Kate Elliott            |
| 69. Los señores de las runas           | David Farland           |
| 70. El vuelo de la flecha              | Mercedes Lackey         |

- |   |                   |
|---|-------------------|
| 71. El agua duerme                          | Glen Cook         |
| 72. El bucanero del rey                     | Raymond E. Feist  |
| 73. Confesiones de un pirata                | Gene Wolfe        |
| 74. Los jardines de la Luna                 | Steven Erikson    |
| 75. Tigana                                  | Guy Gavriel Kay   |
| 76. La caída de la flecha                   | Mercedes Lackey   |
| 77. La hermandad del lobo                   | David Farland     |
| 78. Las puertas de la Casa de la Muerte     | Steven Erikson    |
| 79. Ysabel                                  | Guy Gavriel Kay   |
| 80. La guerra secreta                       | M. F. W. Curran   |
| 81. El último señor del Dragón              | Joanne Bertin     |
| 82. Las memorias del hielo                  | Steven Erikson    |
| 83. La espada del demonio                   | Richard A. Lupoff |
| 84. El retorno de los soldados              | Glen Cook         |
| 85. Dilvish, el maldito                     | Roger Zelazny     |
| 86. Dilvish, la tierra cambiante            | Roger Zelazny     |
| 87. La Casa de Cadenas                      | Steven Erikson    |
| 88. El tesoro de Mhorrer                    | M. F. W. Curran   |
| 89. La noche de los cuchillos               | Ian C. Esslemont  |
| 90. Mareas de medianoche                    | Steven Erikson    |
| 91. La Compañía Negra: Los Libros del Norte | Glen Cook         |
| 92. La espada leal y otras novelas          | Varios autores    |
| 93. El Libro de los Cambios y otras novelas | Varios autores    |



## La espada leal y otras novelas VV. AA.



En Poniente, los hermanos Aegon y Daemon Fuegoscurto, de la Casa Targaryen, se disputan el Trono de Hierro. Comienza así la Rebelión de Fuegoscurto, en la que diez mil hombres mueren en el Campo de Hierbarroja, entre ellos Fuegoscurto y sus hijos, asesinados por el bastardo Cuervo de Sangre. Se inicia para los perdedores una larga etapa de vergüenza y silencio. La otrora rica Casa de Osgrey, fiel al dragón negro, es condenada a vivir de la caridad en un aislado torreón junto a Bosque Real. Su vecina, una opulenta viuda de la Casa Webber, asola sus tierras hasta que Dunk, un caballero de Desembarco del Rey y su escudero Targaryen Egg regresan dispuestos a hacer justicia.

